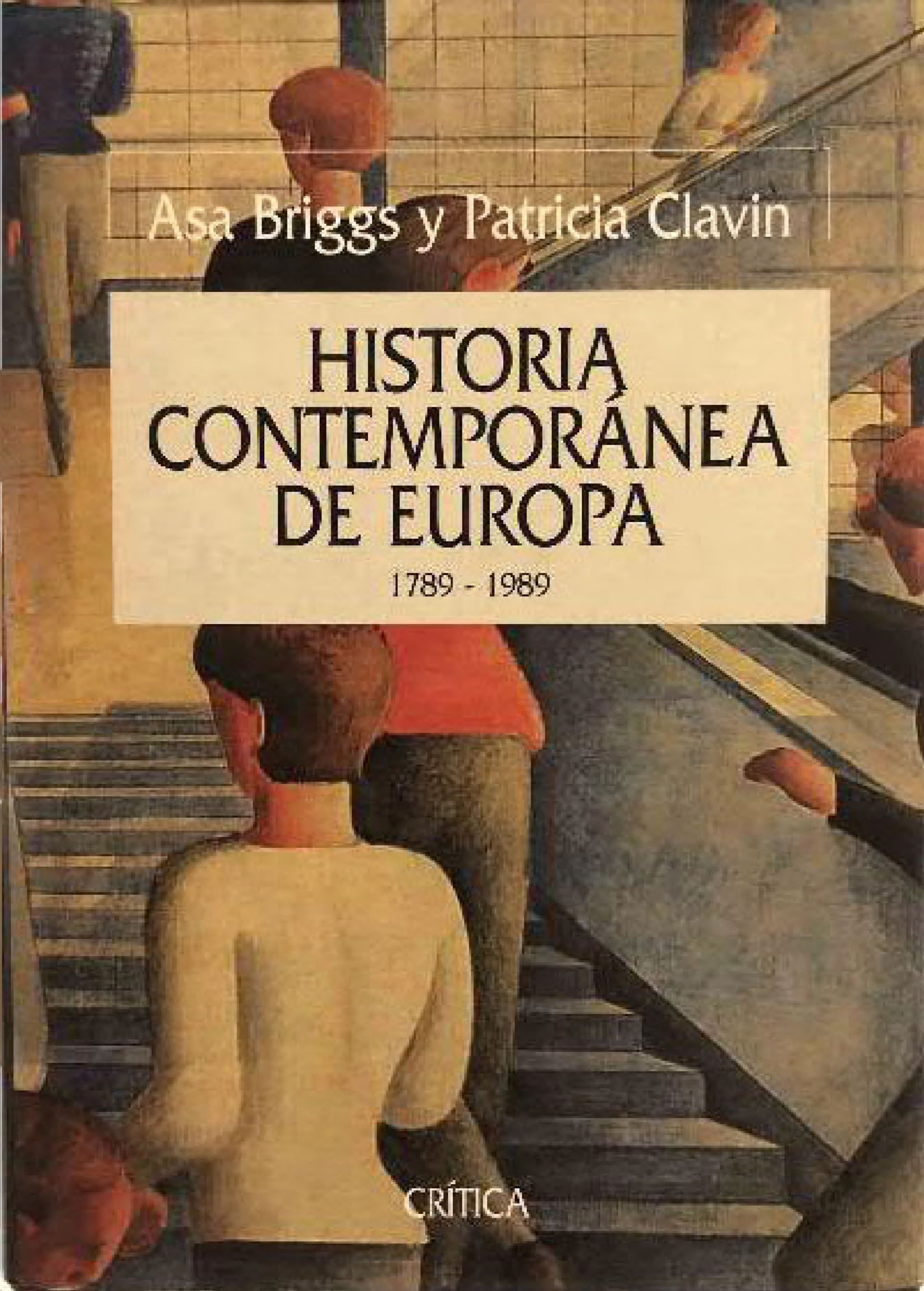


Asa Briggs y Patricia Clavin

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE EUROPA

1789 - 1989

CRÍTICA

Asa Briggs y Patricia Clavin
HISTORIA CONTEMPORÁNEA
DE EUROPA
1789-1989

Asa Briggs (lord Briggs of Lewes) es una de las más prestigiosas figuras de la historiografía británica de nuestro siglo. Especialista en el estudio de la edad contemporánea –es posiblemente el más calificado de los historiadores de la era victoriana–, ha aportado en sus obras una dimensión social que enriquece la narración de los hechos políticos, militares y culturales.

Las cualidades de un Asa Briggs que está hoy en la cima de su prestigio aparecen claramente en esta que es, sin duda, su obra maestra: una ambiciosa visión de conjunto de la historia de Europa en los dos siglos de la época contemporánea, desde el inicio de la Revolución francesa hasta la caída de los regímenes de la Europa oriental y la consolidación de la Unión Europea con el tratado de Maastricht.

Partiendo de la época de la Revolución y del Imperio, Briggs nos muestra la evolución del siglo XIX con la consolidación del orden político internacional en la Restauración, la construcción de las naciones y la rivalidad imperialista, el crecimiento económico y la evolución cultural. El cuadro del siglo XX se abre con esa «guerra civil europea» que fue la de 1914-1918 y prosigue con el intento de establecer un nuevo orden, con la dramática década de crisis y rearme de 1919 a 1939, la primera guerra que podemos llamar legítimamente «mundial» (la de 1939-1945), seguida de una posguerra de reconstrucción y enfrentamientos, hasta llegar a esa gran mutación de fines del milenio que ha hecho hablar a muchos del fin de la historia.

Sobrecubierta: Oskar Schlemmer, *Escalera de la Bauhaus*, 1932 (fotografía: ©1996, The Museum of Modern Art, Nueva York).

prometeo
libros

Av. Corrientes 1916
Tel. 952-4486/8923
Fax (54-1) 953-1165
E-mail prometeo@sminter.com.ar

ASA BRIGGS Y PATRICIA CLAVIN

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE EUROPA

1789-1989

Traducción castellana de
JORDI AINAUD

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA

Título original:
MODERN EUROPE 1789-1989
First Edition
Longman, Londres

Diseño de la colección y cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-854-4
Depósito legal: B. 40.792-1997
Impreso en España
1997.—HUROPE, S.L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

PREFACIO

Este volumen es la continuación de La Edad Media *y* El mundo moderno *de Helli Koenigsberger.* En un principio, los tres volúmenes tendrían que haber constituido una unidad, de acuerdo con el plan que nos trazamos Koenigsberger y yo, y escribí el borrador de los capítulos que me correspondían antes de la publicación de* El mundo moderno*; sin embargo, es muy poco lo que ha quedado en el presente libro de los borradores originales, ya que, desde el momento en que concebimos el proyecto original hasta hoy, tanto la Europa occidental como la oriental han experimentado grandes transformaciones, y la historiografía ha avanzado en numerosos campos.*

Así, por ejemplo, es mucho lo que se ha escrito desde una perspectiva «revisionista» acerca de las historias nacionales, incluida la historia de Gran Bretaña, y también es mucho lo que se ha escrito acerca de «la idea de Europa», sus orígenes y sus formas de expresión intelectual y cultural a lo largo de distintas épocas. Estos análisis están directamente relacionados con cuestiones fundamentales para la historia reciente de Europa —los acontecimientos que se han producido en el seno de la Comunidad Europea y la desintegración del poderío comunista—, y su desconocimiento por parte de los políticos que participan en el debate actual sobre identidad europea e identidad nacional (¿unidad en la diversidad?) es una excusa excelente para que los historiadores se esfuercen por proporcionar obras de síntesis que penetren mucho más allá de la superficie de la política, hasta llegar a la sociedad y la cultura.

Es peligroso considerar que acontecimientos del pasado nos han conducido inexorablemente al presente (estados nacionales en el seno de la Comunidad Europea), del mismo modo que, en el siglo XIX*, para los especialistas en la historia de Inglaterra (no del conjunto de Gran Bretaña) era una imprudencia considerar que el pasado tenía su gloriosa culminación en el gobierno constitucional victoriano. Sea cual sea la versión que se dé de la historia de Europa, Gran Bretaña figura, tal como le corresponde, dentro de Europa, y no fuera, por más que se trace una nítida distinción entre Gran Bretaña y el continente europeo,*

* Títulos primarios de los volúmenes de la edición española publicados bajo el genérico de «Historia de Europa», en 1991, por esta misma editorial *(N. del e.)*.

como sigue ocurriendo con los titulares de prensa. Y lo que han dicho y pensado de «Europa» los políticos, escritores, artistas y viajeros británicos del pasado añade profundidad y variedad a las reflexiones actuales.

Hay otro motivo, de menor actualidad, para concentrarse en la época que abarca el presente libro dentro del conjunto de la historia de Europa. Es una época crucial porque no fue hasta después de la Revolución francesa cuando cobró forma lo que Pim de Boer ha descrito como «una idea definida, fruto de la autorreflexión, de una Europa con una historia y un significado propios». También fue durante esta época cuando los estados nacionales pasaron a ser el centro de los acontecimientos y los estudios históricos, estudios que se basaban sobre todo en archivos nacionales de reciente creación. La construcción nacional se convirtió en un tema básico.

En fecha más reciente, se ha dedicado cada vez mayor atención a la historia local y regional, y, si bien este libro se basa en el mapa de los distintos estados, incluyendo los antiguos imperios, los nuevos estados nacionales y las fronteras que los separaban, también pretende llamar la atención hacia el mapa de las «regiones» dentro de los estados y las regiones que se extienden más allá de las fronteras estatales. Las desigualdades en el desarrollo regional y el empuje de las iniciativas regionales en determinadas partes de Europa dan mayor variedad a todos los aspectos de la historia de Europa, tanto en el ámbito de la historia económica y política como en el cultural.

El relato y el análisis de los hechos, a escala nacional, local o regional, se ven reforzados cuando parten de datos obtenidos «desde la base», algo que, para el historiador, es tan aplicable al estudio de empresas y trabajadores (economía), grupos sociales (sociología) y percepciones y motivos (psicología). Los datos adoptan formas diferentes, y en la segunda mitad del presente siglo, los historiadores han ampliado la variedad de sus fuentes de información y han recurrido mucho más al «folklore», la «cultura popular», la música y el arte, sin olvidar el lenguaje, que sus predecesores del siglo XIX. *A todo, hasta lo más efímero, se le saca partido. También es más variada la extracción social de los historiadores, que examinan el pasado tanto desde el punto de vista de su experiencia personal, como a la luz de sus propios trabajos de investigación.*

Sigue siendo imposible separar en lo más mínimo la «realidad» de la geografía —disciplina que, a su vez, ha experimentado en este período una transformación del mismo calibre que la historia— de la realidad histórica, sobre todo porque la «realidad» geográfica se ha visto transformada por unos niveles de crecimiento demográfico, urbanización, industrialización e innovación tecnológica sin precedentes, así como por nuevos sistemas de comunicación en el siglo XIX *y el siglo* XX. *Además, es imposible seguir la evolución de la «idea de Europa», el papel de los estados nacionales o los sentimientos regionales sin tener en cuenta también las «realidades» geográficas fundamentales (ríos, montañas, lagos, mares, océanos) y los factores de cambio, sobre todo los nuevos sistemas de comunicación que afectan tanto al entorno natural como al artificial, así como a la percepción humana de la distancia y el tiempo. En el período que comprende este libro, a partir de la geografía surgieron tanto la*

geopolítica como una nueva clase de geografía social y cultural, basada a menudo en las regiones.

Este libro es una obra de síntesis, que combina distintas líneas de investigación, y todos sus capítulos se basan, de forma inevitablemente selectiva, en la obra de historiadores de épocas, edades y opiniones diversas, a veces pertenecientes a «escuelas históricas» o, más recientemente, a «grupos de investigación», bien definidos, que han polemizado entre sí —la historia, al igual que la política actual, evoluciona gracias a las polémicas—, sin llegar más que raras veces a un consenso general. No obstante, este libro presta poca atención a las controversias historiográficas acerca de, por ejemplo, la Revolución francesa, la naturaleza del Risorgimento *italiano o los orígenes de la primera o la segunda guerra mundial, no sólo porque las limitaciones en la extensión obliguen a seleccionar rigurosamente lo que se debe incluir u omitir, sino porque los historiadores suelen hacer tanto hincapié en sus propias querellas, que sus definiciones de los problemas históricos dificultan el esclarecimiento de la propia historia. Además, los historiadores se basan en gran medida en una terminología de cosecha propia, fruto en parte de acalorados debates, pero reproducida en frío, lo que puede intimidar al lector que no es ni tiene la menor intención de ser historiador profesional.*

Las notas se han reducido adrede al mínimo, pero la bibliografía, ya de por sí selectiva, no sólo incluye los nombres de los libros y los autores en los que se basa esta obra, sino también los de libros y autores a los que debe acudir el lector que pretenda continuar sus estudios por cuenta propia. Algunos libros llegan a conclusiones diferentes de las nuestras. Los mapas no son un lujo añadido, sino que procuran aportar datos importantes en sí mismos.

En la preparación de este libro, he tenido la suerte de contar con la coautoría de Patricia Clavin, de la Universidad de Keele. Cada cual ha escrito su parte del texto final, pero hemos comentado a fondo y conjuntamente esas partes en varias fases del proceso de investigación y redacción. Así pues, el resultado final es una obra conjunta. Sólo el prefacio es obra enteramente mía. Sin duda, este libro deberá ser revisado a la luz de los cambios que se produzcan en el futuro. Europa, con la riqueza, pero también el lastre, de su pasado, aún se está gestando.

Quisiéramos dar las gracias a nuestra editora, Stephanie Cooke. También le estamos muy agradecidos a Andrew McLennan por su dedicación —y paciencia— durante la redacción del presente libro. Estamos en deuda con él.

ASA BRIGGS

Abril de 1995

Capítulo I

REVOLUCIÓN E IMPERIO: EXPERIENCIA E IMPACTO, 1789-1815

Cambio y revolución: lo viejo y lo nuevo

Fueron tantos los cambios, en su mayor parte sin precedentes, que se produjeron durante la segunda mitad del siglo xviii, que tanto en aquella época como más adelante, la mayoría de la gente ha visto en ese período de la historia de la humanidad la línea divisoria fundamental entre el pasado y el presente. Para ellos, este fue el verdadero comienzo de los «tiempos modernos». Al mirar hacia atrás, el aristócrata francés Alexis de Tocqueville, uno de los comentaristas políticos y sociales más agudos, no conseguía encontrar «equivalente alguno» en toda la historia. «El pasado ha dejado de arrojar su luz sobre el futuro.»

A finales del siglo xx, depués de que el mundo haya experimentado una nueva oleada de cambios sin precedentes, la mayoría de ellos, en los últimos 30 años, es lícito cuestionarse esa visión de los cambios de finales del siglo xviii. Con la perspectiva que nos ha dado el tiempo, hoy en día podemos identificar líneas continuas en el pensamiento, los comportamientos sociales y las instituciones. Desde luego, el pasado influyó en el futuro. También hemos introducido los términos «posmoderno» y «postindustrial» en nuestro vocabulario para ampliar las perspectivas; sin embargo, la palabra «revolución» sigue teniendo una fuerte carga dramática, tanto si la aplicamos a la situación político-social de la Francia de finales del siglo xviii, el estado con la población más numerosa de Europa (27 millones de habitantes en 1789, siete millones más que en 1700), como a la industrialización de Gran Bretaña, un país con la tercera parte de los habitantes de Francia, pero que disfrutó de una expansión económica sin precedentes en las últimas décadas del siglo xviii.

La palabra «revolución» también se ha aplicado a lo que ocurrió en Norteamérica después de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776 (año de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith y de una nueva máquina de vapor, de mayor tamaño, de James Watt, con el nombre, bastante

apropiado, de «motor del Parlamento»). Durante la guerra de independencia de los Estados Unidos, los franceses, incluidos algunos miembros de la nobleza de Francia, lucharon contra los ingleses en tierras de Norteamérica. La consecución de la independencia de los Estados Unidos, victoria en la que participó Francia, no sin un considerable esfuerzo económico, fue una humillación para Gran Bretaña, pero no detuvo el desarrollo industrial. En cuanto a las transformaciones políticas en los Estados Unidos, algunos historiadores norteamericanos afirman que «en el sentido moderno de la palabra, no puede decirse que fuera una verdadera revolución».[1] No obstante, nació una nueva república y, con ella, el compromiso del pueblo norteamericano con la «búsqueda de la felicidad». También apareció una constitución escrita, con la carga de autoridad correspondiente, redactada en Filadelfia en 1787.

Es mucho lo que los historiadores pueden aprender de los cambios en el significado de las palabras. Originariamente, la palabra «revolución» era un término astronómico aplicado al recorrido orbital de las estrellas; e incluso después de que empezara a utilizarse en política durante el siglo XVII, su sentido implícito era que, a consecuencia de la revolución, se restauraría el orden natural de las cosas, alterado por los poderosos; así pues, se trataba de volver a empezar desde el principio. Una vez más, fue Alexis de Tocqueville quien escribió a propósito del inicio de la Revolución francesa en 1789 que «hubiera podido creerse que el fin de la incipiente revolución no era derrocar el antiguo régimen, sino restaurarlo». No obstante, después de 1789, la palabra «revolución» ya no volvería a tener el mismo significado.

A pesar de los aspectos en los que se mantuvo la continuidad entre la Europa prerrevolucionaria y la de después de 1789, había una sensación general y muy singular de novedad. Maximilien-Isidore Robespierre, el más revolucionario de los revolucionarios, escribía a su hermano en el verano de 1789 que Francia había producido «en unos cuantos días mayores gestas que en toda la historia de la humanidad», mientras que, al otro lado del canal de la Mancha, el cabecilla de los *whigs* ingleses, Charles James Fox, describió la toma de la Bastilla como «el acontecimiento más trascendental que se haya producido en la historia universal». En el nuevo mundo de la industria, el pionero inglés de la alfarería Josiah Wedgwood creía que «la maravillosa revolución» había «hecho que el mundo se saliera de madre», mientras que en el viejo mundo de las musas, poetas tan diferentes como William Blake y Samuel Taylor Coleridge se sumaban al mismo coro, junto con Johann Wolfgang Goethe y Friedrich von Schiller en Alemania. Para William Wordsworth, a los 19 años, aquella era

> ... una época de regocijo para Europa,
> en la que Francia vivía momentos de oro
> y la naturaleza humana parecía renacer.

¿Qué podía ser más nuevo que eso?

El principal adversario ideológico de la Revolución, Edmund Burke, se dio perfecta cuenta de la novedad de lo que había sucedido, al igual que los revolu-

cionarios y sus simpatizantes. Ya en 1790, Burke describió la Revolución como una «novedad», una deliberada ruptura con la historia, en vez de su culminación. Para él, por lo tanto, no tenía nada que ver con la «gloriosa» Revolución inglesa de 1688, cuyo centenario se había celebrado en Londres justo antes de que empezara el ciclo revolucionario francés. Tampoco creía Burke que tuviera mucho en común con la Revolución norteamericana. A diferencia de los simpatizantes extranjeros de la Revolución francesa, muchos de los cuales cambiaron de opinión más adelante, a la luz de los acontecimientos posteriores, Burke vio desde el principio que esa novedad seguía unos esquemas: la revolución era un ciclo, y no una secuencia. Había empezado con abstracciones antiabsolutistas y terminaría en el absolutismo revolucionario y la guerra.

La Revolución dependía de mucho más que del destino de un rey bienintencionado, Luis XVI, que había ascendido al trono de Francia en 1774. Pero fue a partir de la creación de la nueva república de Francia en septiembre de 1792 y el guillotinamiento del rey el 21 de enero de 1793 cuando lo novedoso de la Revolución fue proclamado plena y conscientemente al mundo entero mediante el nuevo calendario republicano adoptado por la Convención Nacional el 5 de octubre de 1793, dos semanas antes de la ejecución de la reina María Antonieta. El año 1, de acuerdo con lo aprobado, empezaba el 22 de septiembre de 1792, y en lo sucesivo los meses del año también se redistribuirían: seguirían siendo 12, pero todos ellos, de treinta días.

Sus nombres «republicanos», que en un principio fueron «primero», «segundo» y así sucesivamente, como los nombres de las calles en forma de cuadrícula de las ciudades norteamericanas, después fueron determinados por una Comisión designada ex profeso, pero no a partir de la historia o la mitología, sino de la naturaleza; o, mejor dicho, de la naturaleza tal como pensaban que la veían los campesinos, y no la burguesía. El primer mes, vendimiario, era el mes de la vendimia, y el último, fructidor, el de los frutos. El segundo, brumario, era el mes de las brumas. Germinal era el mes de la siembra, floreal, el de las flores, y termidor, el décimo mes, el del calor. Cada mes se dividía en tres décadas de diez días. El domingo cristiano desapareció del todo, al igual que las festividades cristianas. El nuevo culto a la Razón, basado en la filosofía del siglo XVIII, desplazó al cristianismo. Los cinco días que habían quedado libres tras la reorganización de los meses eran festividades republicanas dedicadas a la Virtud, el Talento, el Trabajo, las Opiniones y las Recompensas. En los años bisiestos, el día de más, que pasaba a ser el último día del año, sería el Día de la Revolución.

El calendario no duró más allá de 1805, diez años antes de la caída de Napoleón y la restauración (como se dio en llamarla) de los Borbones. Francia no había empezado de cero ni había desaparecido el cristianismo. Pero tampoco había acabado la industrialización con el viejo orden en Gran Bretaña, a pesar de la fascinación que sentían los industriales británicos con el concepto de «novedad», igual a la de los revolucionarios franceses, y a pesar también de haber conferido un magnetismo especial a la palabra «invención». Matthew Boulton, socio de James Watt, se enorgullecía de comerciar con «novedades»

antes de vender energía; y de Birmingham, su ciudad, sin equivalente alguno en Francia, se dijo luego que representaba, al igual que otras de las nuevas ciudades industriales, un sistema de vida construida de acuerdo con «principios totalmente nuevos».

La industrialización también introdujo una concepción del tiempo completamente distinta, aunque no exigiese un calendario nuevo. Las vidas de los obreros, entre los cuales había niños, pasaron a estar reguladas por la sirena de la fábrica. El trabajo empezaba temprano y acababa tarde. Al lunes lo llamaban San Lunes, porque era un día que, a pesar de la dureza de la disciplina, tan severa como la de los ejércitos napoleónicos, a veces los obreros se tomaban el día libre. En una fase más avanzada de la industrialización, se producirían enfrentamientos entre patronos y obreros tanto por los horarios laborales como por los salarios. En otros campos, el «marco temporal» también cambió. Las diligencias introdujeron los «horarios» antes de que se iniciara la era del ferrocarril y que los relojes de las estaciones marcasen la hora oficial. Los extranjeros se quejaban a menudo de la manía de los ingleses de «ahorrar tiempo».

La mayoría de los críticos de lo que se dio en llamar «la revolución industrial» ponían reparos al dominio de las máquinas y a la monótona rutina del trabajo industrial, mientras que los críticos de la Revolución francesa creían que lo que sucedía en el ciclo o secuencia revolucionaria que concluyó con la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815 podía explicarse mejor por analogía con la naturaleza que con la historia, o, como harían los críticos posteriores, con el teatro. Compararon la Revolución con una tempestad o, de modo más truculento, con un torrente o un río de lava, y fue, pues, con alivio, aunque con una prematura confianza, como la *Quarterly Review* de Londres afirmó en 1814 que «el volcán ya se ha extinguido, y podemos acercarnos al cráter con absoluta seguridad»: eso fue antes de la pirueta final de la historia, cuando Napoleón se escapó de la isla de Elba y volvió a presentar batalla.

En este sentido, las transformaciones políticas en Francia eran totalmente distintas de las transformaciones económicas e industriales que se estaban produciendo en Gran Bretaña, y a las que aplicó por primera vez la etiqueta de «revolución industrial» un economista francés de la década de 1820, Adolphe Blanqui. Al comparar las transformaciones políticas y sociales que habían ocurrido en Francia en los decenios de 1780 y 1790 con los cambios sociales y económicos que tuvieron lugar en Gran Bretaña, Blanqui destacaba como figuras señeras a Georges Jacques Danton, a un lado del Canal, y a Watt, del otro. Un historiador francés de la generación siguiente, Paul Mantoux, en un texto de 1906, define lo sucedido en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII como «uno de los momentos de mayor importancia de la historia moderna, cuyas consecuencias han afectado por entero al mundo civilizado y siguen transformándolo y configurándolo ante nuestros propios ojos».[2]

Blanqui, hermano de un político comprometido con la revolución, vivía en una época en la que la mayoría de los europeos cultos argumentaban que la fortaleza económica de Gran Bretaña, basada en la explotación del carbón y el hierro, la invención de nueva maquinaria y el dominio de nuevas fuentes de

energía, era lo que le había otorgado la victoria en la larga serie de guerras contra la Revolución francesa y Napoleón, que duró, con breves intervalos, de 1793 hasta 1815. Algunos ingleses no estaban de acuerdo, sino que atribuían el éxito no a su fortaleza industrial —o financiera—, sino a su «fortaleza moral», al protestantismo, o, parafraseando a Burke, a la excelencia del «legado» institucional de la monarquía parlamentaria y el imperio de la ley. Así se comparaban dos sistemas: el británico, que se fundamentaba en la historia, y el francés, que, durante la revolución, había intentado librarse de la historia. Pero incluso dentro de esta línea interpretativa, que pretendía explicar por qué los «ingleses libres de nacimiento» no había llevado a cabo una revolución política, era pertinente preguntarse por qué no se había producido una revolución industrial en Francia.

Se encontraron muchas razones. El sistema social francés, decían, era más rígido, a pesar del surgimiento de una nueva prosperidad en el siglo XVIII, en buena parte derivada del Caribe, al igual que buena parte de la reciente prosperidad de Gran Bretaña. Esa riqueza permitió que apareciesen nuevos aristócratas, pero no favoreció a los empresarios. Los capitales se desviaban con gran facilidad de los proyectos «útiles» a los «lujos». Los ingresos se gastaban en pura ostentación, y no en inversiones productivas. Se prefería la calidad a la cantidad. Los incultos mecánicos ingleses creaban máquinas; los artesanos franceses empleaban su ingenio en la creación de chismes inútiles, como juguetes mecánicos. La enorme industria textil de Francia, que existía desde hacía casi un siglo, fabricaba tapices. Manchester se dedicaba al algodón; Lyon a la seda. La «Etruria» de Wedgwood, centro de sus fábricas de cerámica, era un sitio muy diferente de Sèvres, centro de la porcelana francesa, tal como reconocía el propio Wedgwood. Los trabajadores ingleses poseían mayor ductilidad y movilidad, mientras que los escoceses eran más ahorradores y ambiciosos. Los protestantes sólo representaban el 2 o el 3 por 100 de la población francesa, y los exiliados protestantes llegados de Francia habían estimulado la industria británica. Las materias primas británicas eran más accesibles: la localización de los yacimientos de carbón, muy cerca de los puertos marítimos, no podía ser más práctica, mientras que el hierro podía importarse o bien fundirse en el mismo país. Y si las carreteras eran mejores en Francia, Gran Bretaña tenía el doble de canales en 1800, después de la vertiginosa expansión de la red de canales que precedió a la del ferrocarril (que no se produciría en Francia al mismo tiempo) al cabo de una generación.

La industrialización, al igual que la revolución política, se explica mejor a partir de una compleja serie de interacciones, la mayoría a nivel regional, más que mediante una lista de causas y efectos. En realidad, mientras que la industrialización británica del siglo XVIII estuvo muy regionalizada, la economía francesa, en la década de 1780, tenía una componente industrial mayor de lo que decían los primeros historiadores de la revolución industrial. Había empresarios en Francia, y había varias fábricas importantes, incluyendo una fábrica de hilaturas de Nantes que contaba con 4.000 empleados. En Chaillot, cerca de París, fabricaban máquinas de vapor. Había pequeñas regiones industriales en

el este, como la de los alrededores de Mulhouse. Si bien la producción de carbón de Francia apenas era el 10 por 100 de la de Gran Bretaña, la de hierro fundido, durante la década de 1780, en realidad era mayor en Francia que en Gran Bretaña.

Pese a todo, había una diferencia económica fundamental: mientras que ambos países se habían beneficiado de lo que se ha dado en llamar (de forma equívoca) las «revoluciones comerciales», basadas en el azúcar y los esclavos, que aumentaron su riqueza en el siglo XVIII, en Francia, a diferencia de Gran Bretaña, no se produjo una «revolución agrícola», otro término equívoco, aunque práctico, que designa una serie de importantes mejoras en la agricultura, el sector económico más importante en ambos países. Las mejoras introducidas en Gran Bretaña implicaban el mejor aprovechamiento de las tierras; nuevas técnicas de producción de alimentos, que fueron ampliamente difundidas; la rotación sistemática de cultivos; el empleo de los cultivos de invierno como forraje; la expansión de la producción de cereales, básica para una población cada vez mayor de hombres, mujeres, niños... y caballos; y una cría más selectiva del ganado, atendiendo tanto a la cantidad como a la calidad.

Al resumir y alabar sus logros en la industria y la agricultura, tanto antes como después de la Revolución francesa, los ingleses preferían emplear la palabra «mejora», que se puso de moda a ambos lados del Atlántico, en lugar de «revolución»; y no fue hasta la década de 1880, poco antes del centenario de la Revolución francesa (la torre Eiffel fue su monumento conmemorativo), cuando el uso del término «revolución industrial» se generalizó en Gran Bretaña.[3] A esas alturas ya era evidente que los cambios producidos en la industria eran irreversibles: tan difícil era retroceder de la sociedad industrial a la preindustrial como alterar el curso de los astros. De hecho, era más fácil lograr una restauración política después de una revolución que atrasar el reloj de la economía.

En 1889 la Revolución francesa y la revolución industrial británica, sin vínculos originales, ya les parecían relacionadas a algunos comentaristas en cuanto a sus consecuencias. Fábricas y barricadas se habían convertido en parte del mismo decorado. Los miembros de un nuevo «proletariado» industrial (en realidad, una mano de obra dividida) eran considerados portadores de la revolución permanente. En opinión sobre todo de los socialistas, como el alemán Karl Marx, a la revolución burguesa contra lo que él interpretaba como el feudalismo, que se había producido en Francia en 1789, la seguirían, a medida que se extendiese la industrialización, las revoluciones proletarias que destruirían el capitalismo y, al final, provocarían el nacimiento de una «sociedad sin clases». Estas interpretaciones, que tendrían más influencia sobre la ideología y la práctica en Francia que en Gran Bretaña, resultarían cuestionadas a finales del siglo XX a la luz no sólo de la experiencia, sino también de un estudio más profundo de la naturaleza de ambas revoluciones, a pesar de las significativas coincidencias existentes entre ellas.

En primer lugar, cada una estaba provista de un mensaje universal, aplicable a más de un país y más de una época. El universalismo formaba parte de

la retórica de la Revolución francesa, en los llamamientos de los revolucionarios de París en 1789 a sus «conciudadanos» de Europa para que se unieran a ellos y se liberasen de sus cadenas; llamamientos que al principio tuvieron un éxito considerable, incluso en Gran Bretaña. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del verano de 1789 era una declaración de derechos humanos, y no un simple fuero de los franceses. No era sólo Francia la que se desgajaba del pasado, sino que se invitaba al mundo entero a hacer lo mismo. Tom Paine, el crítico más eficaz y de mayor éxito popular de Burke, obtuvo la nacionalidad francesa y representó a Calais en la Asamblea Nacional.

También había universalismo en la «revolución industrial», que no podía restringirse a Gran Bretaña. La fuerza del vapor era tan universal como la de las ideas, hasta el punto de que podía escribirse a propósito de la máquina de vapor de Watt:

> ¡Máquina de Watt!, de ímpetu sin rival.
> Comparado contigo, ¿qué es el poder del tirano?
> Su fuerza destruye, la tuya crea y salva,
> tus triunfos viven, como frutos y flores.

Desde luego, a todo el mundo no le parecía tan beneficiosa la máquina de vapor. En realidad, en algunos poemas de un universalismo alternativo, el vapor —y las máquinas— son los tiranos. Al «despiadado rey» lo atendían «sacerdotes» que convertían «la sangre en oro».

En segundo lugar, ambas revoluciones se presentaban como «inacabadas», lo cual resulta evidente en el caso de la revolución industrial, puesto que era de por sí improbable que las técnicas inventadas por los ingleses en las últimas décadas del siglo XVIII estuvieran siempre «al día». Los objetos hechos a mano se estandarizarían, y el vapor cedería su puesto a la electricidad: Prometeo se había liberado de sus cadenas.[4] Tampoco era probable que zonas del mundo que disponían de muchos más recursos naturales que Gran Bretaña —Norteamérica y Alemania, por ejemplo— dejasen que Gran Bretaña mantuviera la primacía en la industria por haber sido pionera en la invención.

El carácter «inacabado» de la Revolución francesa es algo más complejo. A algunos franceses les hubiera gustado «acabar» la revolución en un momento dado: 1789, antes de la toma de la Bastilla, un acontecimiento de gran carga simbólica; 1791, cuando se completó el primer programa revolucionario y el «feudalismo» quedó definitivamente superado; 1795, después del agotamiento provocado por el «Terror», durante el cual los revolucionarios se enfrentaron a los revolucionarios; o 1799, antes de que Napoleón asumiera plenos poderes. Otros, en cambio, hubieran querido que la revolución fuese mucho más lejos, incluso que se convirtiera en una «revolución permanente». Para el socialista francés de mediados del siglo XIX Pierre Joseph Proudhon, autor de la frase «la propiedad es un robo», no había más que «una revolución, la misma y eterna». No se trataba de alcanzar sólo la libertad política, sino la igualdad económica.

Un autor muy diferente, el filósofo alemán de la historia Georg Wilhelm Friedrich Hegel, quedó profundamente impresionado por la Revolución francesa en tanto que manifestación del espíritu humano. «La historia universal —dijo Hegel en la primera de sus clases en la Universidad de Berlín en el decenio de 1820— no es más que el desarrollo de la libertad del hombre», y la Revolución francesa fue un triunfo del bien. «Nunca, desde que el sol brilla en el cielo y los planetas se mueven a su alrededor —añadió— se había visto que el hombre actuara siguiendo su cabeza, es decir, el pensamiento, y modelase la realidad en consecuencia.» Una filosofía así tenía que culminar en la creencia en la necesidad histórica. Marx también creía en la necesidad histórica, aunque sustituyendo el idealismo por el materialismo en su análisis posthegeliano que incorporaba la revolución industrial, además de la Revolución francesa, a la historia de la humanidad.

No todo el mundo estuvo de acuerdo con esas ideas. Del mismo modo que los revolucionarios franceses nunca contaron con un voto de confianza unánime, tampoco lo recibieron ni Hegel ni Marx. Lo que sí hicieron —en el tumulto y tras el final de la revolución, respectivamente— fue convertir la historia en un tema clave; en el caso de Marx, en un llamamiento a la actuación política. Cuando su influencia llegó a su fin aparente dos siglos después de la destrucción de la Bastilla, a algunos observadores les pareció que la propia historia había llegado a su fin (véase más adelante, pp. 413 ss.).

Largo plazo: corto plazo

Si miramos hacia atrás en lugar de hacia adelante, es fácil ver la continuidad. El culto a la libertad y la idea de ciudadanía eran anteriores a la Revolución francesa. La explotación del vapor como fuente de energía no empezó con Watt, quien registró su primera patente de una máquina de vapor veinte años antes de la toma de la Bastilla, sino que en la década de 1680 ya había sido inventado un motor «atmosférico», y una bomba de vapor, en 1698. El predecesor más dotado de Watt, Thomas Newcomen, fallecido en 1729, inventó en 1712 un motor que bombeaba el agua de las minas de estaño de Cornualles: el verdadero logro de Watt fue conseguir que el vapor moviera máquinas. El proceso de fundición de mineral de hierro con carbón de coque ya lo había inventado Abraham Darby en Coalbrookdale en 1709.

Las cosas y las ideas tienen un pedigrí; y los grandes acontecimientos, como los que tuvieron lugar entre 1776 y 1815 a ambos lados del canal de la Mancha, no se produjeron de forma autónoma. Del mismo modo, a menudo lo que parecía ser un nuevo lenguaje no era la primera vez que se empleaba. Ya se hablaba de «revolución», particularmente de revolución en el gobierno, en Francia y en otros países de Europa, mucho antes de 1789, sobre todo en la década anterior a la coronación de Luis XVI como rey de Francia en 1774. El historiador Albert Sorel, que escribió una magistral, aunque anticuada, historia de *Europa y la Revolución francesa*, en ocho volúmenes, publicados entre 1885 y 1904,

citó un ejemplo concreto e interesante del uso de la palabra en 1751 —con más miedo que esperanza—, en el que alguien había escrito en tono lúgubre que estaba «muy lejos de creer que entremos en la era de la razón; desde luego, no resultaría difícil convencerme de que Europa se encuentra bajo la amenaza de una revolución catastrófica».

En el siglo XVIII, la fe en la razón había sido la creencia fundamental de la «Ilustración», término que, a diferencia de «revolución industrial», emplearon los contemporáneos; y los portavoces de la Ilustración, los enciclopedistas, formaron una república mucho antes de la fundación de la República Francesa, una e indivisible, mediante la revolución en 1792. Aunque no estaban más de acuerdo entre ellos de lo que lo estarían los revolucionarios, tenían puntos de vista en común: su negativa a dar por válidos los principios aceptados; el interés por la exploración de temas que más adelante cobrarían entidad propia, como la política, el derecho, la criminología, la economía, la administración, la sociología, la psicología y la religión; la hostilidad hacia la ignorancia y la superstición, que identificaban con la Iglesia; y el deseo (y la capacidad) de difundir la información y el conocimiento. El hecho de que el más famoso (y agudo) de los enciclopedistas, François-Marie Arouet, *Voltaire*, no hablase de fundar repúblicas, sino de su propia iglesia, formada por «hermanos» y «fieles», atestigua su pujanza.

Al cuestionar la «autoridad», los enciclopedistas usaban generosamente nombres abstractos como «razón», «libertad», «felicidad», «utilidad» y «progreso»; sin embargo, les interesaba tanto o más la aplicación práctica de las políticas que realizaban o podían realizar los soberanos o sus gobiernos, interés manifestado en una de sus grandes obras colectivas, los 18 volúmenes de la *Encyclopédie*, el primero de los cuales apareció en 1751. «Hay que examinarlo todo», escribieron sus editores, Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert. «Hay que darles una buena sacudida a todas las cosas, sin excepción ni contemplaciones.» El título completo de la obra era *Encyclopédie ou Dictionnaire Raisonné*.

La obra abordaba casi todos los aspectos del pensamiento y la acción del hombre, incluida la «tecnología», palabra nueva de finales del siglo XVIII, así como la palabra «industria» en su acepción actual. Si hasta ese momento, se había utilizado para describir una cualidad humana, la laboriosidad, a partir de entonces pasó a describir una rama (más tarde se emplearía la palabra «sector») de la economía. La palabra «constitución» también adquirió una nueva relevancia. Voltaire escribió el artículo sobre los «hombres de letras» (*Gens de lettres*) en la *Encyclopédie*; y los hombres de letras, que para Voltaire eran una nueva aristocracia, fueron quienes más contribuyeron al desarrollo del nuevo vocabulario, tras el nombramiento de D'Alembert como secretario perpetuo de la prestigiosa Academia Francesa, custodia de la lengua francesa, en 1772.

La idea de la *Encyclopédie* se la había sugerido a los franceses una enciclopedia anterior en inglés, y a lo largo del siglo XVIII la comunicación en el terreno literario y filosófico entre Francia e Inglaterra (y después con Escocia) fue de gran importancia a la hora de hacer cambiar de opinión a la gente y ensan-

char sus horizontes. La mayoría de los enciclopedistas eran cosmopolitas, y Edimburgo y Ginebra fueron focos de la Ilustración. Voltaire había vivido en Inglaterra en su juventud; el barón de Montesquieu, el más reflexivo de los enciclopedistas, tomó por modelo la constitución no escrita de Gran Bretaña; los fisiócratas franceses, tan preocupados por los avatares de la economía francesa en el siglo XVIII, se sumaron a las acerbas críticas de Adam Smith al «sistema mercantilista» que, en palabras de Smith, tenía su origen en «el señor Colbert, famoso ministro de Luis XIV».

Ni los fisiócratas ni Smith, cuya *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* tendría una influencia inmensa en la forma de los debates venideros sobre lo que se daría en llamar política económica, previeron con toda claridad las consecuencias revolucionarias del siglo XVIII, revolución industrial incluida. Y es que ellos observaban a la sociedad desde arriba, no desde abajo. Y lo mismo hacían los enciclopedistas franceses, la mayoría de los cuales confiaban más en los gobernantes que en el pueblo como impulsores del cambio. En 1770, Diderot afirmó que «el gobierno más feliz sería el de un déspota justo e ilustrado». E incluso Jean-Jacques Rousseau, una figura con entidad propia y cuya teoría de la «voluntad general» serviría de justificación a la soberanía popular, consideraba necesaria la existencia de un legislador. Los primeros enciclopedistas fueron tan famosos por su correspondencia —en francés— con monarcas ilustrados como por sus libros y opúsculos. Hasta Jeremy Bentham, el filósofo utilitarista inglés, que consideraba que el criterio de gobierno debía ser «la máxima felicidad de la mayoría», puso su fe en primer lugar en los soberanos, y mantuvo correspondencia con Catalina II (intitulada «la grande») de Rusia. Y si Bentham vivió lo bastante —hasta 1832— como para exigir (y presenciar) reformas políticas fundamentales en Gran Bretaña, Catalina vivió lo justo —hasta 1795— para poder condenar la Revolución francesa.

Los enciclopedistas, tan preocupados por los prejuicios y la tolerancia, el «progreso» y la «civilización», se esforzaron por diferenciar entre la «época de la Ilustración» y una «época ilustrada», reconociendo así que, por más ilustrados que fuesen ellos a título individual, estaban rodeados por unas tinieblas que apenas empezaban a dispersarse. Un observador francés comentaba en 1750 que la gente que vivía a cien leguas de París podía vivir a cien años de la capital en «su forma de pensar y comportarse». Por ello no resulta sorprendente que la mayoría de enciclopedistas creyese que los cambios vendrían desde arriba, aunque supieran también que la «razón» que prefería seguir hasta el más «ilustrado» de los monarcas sería la «razón de estado», definida por el propio monarca, y no por ellos.

Entre las otras y muy variadas fuerzas económicas y psicológicas que influían no en «los grandes», sino en «los pequeños» (*les petits*), gran parte de los cuales eran analfabetos, estaban el hambre, el desprecio y la rabia. La cara oscura de París —y los contrastes existentes dentro de la misma— aparece descrita de forma inolvidable en las páginas de *Les Nuits de Paris*, de Nicholas Restif de la Bretonne, publicada entre 1788 y 1794, en donde figuran «todos

los hechos reales» que Restif había presenciado en sus recorridos nocturnos por la gran ciudad, «la urbanidad, el libertinaje, la cortesía, la picaresca y todas las ventajas y abusos de la vida urbana». No es de extrañar que en los círculos literarios más elevados, Restif fuera descrito como «el Rousseau del arroyo».

La búsqueda del beneficio propio, como la curiosidad social, era una fuerza que entendían a ambas orillas del canal de la Mancha. Las aspiraciones y ambiciones propias podían hacer que los miembros de lo que los ingleses llamaban «las clases medias» y que los franceses llamaban burguesía se mostraran activos en el campo económico y político. Las aspiraciones de los abogados podían ser las mismas que las de los comerciantes, y era muy posible que les horrorizasen los escándalos de las altas esferas, descritos gráficamente en los *libelles* (opúsculos) que circulaban de forma clandestina y en los panfletos impresos y vendidos abiertamente en Londres en Paternoster Row, y cuya influencia era más directa y potente que la de las ideas de los enciclopedistas.

«La» Revolución

A Restif, que describió con gran viveza el juicio contra Luis XVI y el guillotinamiento de María Antonieta, le alarmaba tanto como a Burke el carácter sanguinario de la secuencia revolucionaria que, irónicamente, no empezó con la revuelta de los pobres, sino con la de la nobleza.

Los orígenes de la Revolución francesa —que ha pasado a la historia como *la* Revolución— se encuentran antes de 1789 en los impulsos, a menudo contradictorios, y en los enfrentamientos, a menudo encarnizados, dentro del «antiguo régimen», enfrentado a unas dificultades económicas que resultaron ser insuperables. (El ministro de Hacienda de Francia, el barón de Turgot, había advertido a Luis XVI antes de que Francia interviniese en la guerra de independencia de los Estados Unidos que «el primer tiro provocaría la ruina del Estado».)

La situación económica y financiera general en 1788 y 1789 era peor. Las malas cosechas de 1787 y 1788 aumentaron el precio del pan, que en algunos lugares se duplicó, mientras el paro crecía en las ciudades. Los pobres se morían de hambre y las quejas se multiplicaban. La agricultura representaba las tres cuartas partes del producto nacional de Francia, y su desfallecimiento puso en tensión al país. El clima también participó del dramatismo general en vísperas de la Revolución: el granizo de la tormenta que barrió Francia el 13 de julio de 1788 fue lo bastante grande como para matar a personas y animales, además de para arrasar los campos.

El ritmo de la secuencia de acontecimientos políticos que desembocaron en la Revolución, muchos de ellos con su propia carga dramática y, a diferencia del clima, con su propia retórica, estuvo directamente relacionado con la compleja problemática financiera de Francia, que iba desde los usos contables en tiempos de paz y de guerra hasta el reparto y la recaudación de impuestos (que se delegaba siempre en recaudadores, para quienes representaba un negocio muy

lucrativo), pasando por la capacidad de endeudamiento y concesión de créditos públicos. Los abogados, elemento importante dentro de la ruidosa burguesía francesa, estaban en el centro de las discusiones económicas y políticas, como lo estarían con la Revolución ya en marcha. No obstante, el descontento de los pobres, incluido el de los campesinos pobres, no puede excluirse de las ecuaciones sociopolíticas. Arthur Young, el incansable defensor de la mejora de la agricultura en Inglaterra, que viajó por toda Francia, dijo en aquella época que el déficit financiero «no hubiera producido la Revolución de no haber sido por el precio del pan».

Entre 1787 y 1789, los acontecimientos se fueron sucediendo paso a paso, a través de una serie de maniobras y contramaniobras que acabaron generando una escalada. El primer acontecimiento fue el fracaso del ministro de Hacienda del rey en 1787 a la hora de conseguir fondos mediante una «Asamblea de Notables» escogidos a dedo. Los aristócratas pertenecientes a la misma se negaron a apoyar la propuesta radical de introducir un impuesto sobre la propiedad de la tierra, sin tener en cuenta la condición social de los propietarios, y en mayo de 1787 la asamblea fue disuelta. Los privilegiados se habían atrincherado y no querían moverse, a pesar de la persistencia de la crisis financiera, que continuaría hasta que se redistribuyesen las cargas fiscales. Tal como ya había constatado plenamente uno de los asesores financieros previos del monarca, el banquero suizo Jacques Necker, antes de cesar en su cargo en 1781, era «una auténtica monstruosidad a los ojos de la razón», la piedra de toque del siglo XVIII, que parte de la aristocracia (la nobleza) no pagase impuestos, que el clero (cuyas máximas figuras, arzobispos y obispos, eran designadas por el rey) estuviese exento y que la pesada carga de los impuestos indirectos (incluido el impuesto sobre la sal) recayera sobre los pobres.

Como consecuencia del punto muerto de 1787 y de otros (aunque no nuevos) conflictos constitucionales entre los ministros del rey y el Parlamento de París y otros parlamentos provinciales, antiguos organismos con competencias legislativas y privilegios que los ministros consideraban un obstáculo para un gobierno absolutista, no se encontró más alternativa que la convocatoria de los Estados Generales en 1789. Se trataba también de un organismo antiguo, de representación, pero sin poderes legislativos, que constaba de tres estados distintos —el clero, la nobleza y el pueblo— y que no se había reunido desde 1614. El arzobispo de Brienne, ahora ministro principal del rey (título que no se utilizaba desde 1726), que se había enfrentado con los parlamentos, convocó los Estados Generales en agosto de 1788, la misma semana en que el Tesoro de Francia, en bancarrota, suspendió pagos. A finales de mes, Necker, un protestante que no poseía títulos rimbombantes como el de Brienne, accedió a reincorporarse temporalmente al gobierno, y Brienne dimitió.

El Parlamento de París decretó que cuando los Estados Generales se reuniesen tendrían que seguir todos los rituales de Estado antiguos y formalistas, del mismo modo que Luis XVI había seguido el ritual íntegro en su coronación en la catedral de Reims. No obstante, antes de reunirse, se habían producido acontecimientos en el plano político que hacían aparecer como arcaicos aque-

llos rituales. Los propios parlamentos, en sus luchas constitucionales con los ministros de Luis XVI, ya habían empezado a utilizar un nuevo lenguaje: «ciudadanos» en lugar de «súbditos», por ejemplo, e incluso la expresión «los derechos del hombre»; los parlamentos decían ser «custodios de las libertades del pueblo». Ahora, entre agosto de 1788 y mayo de 1789, los oradores (y escritores) que participaban en un vigoroso debate público, bebían de varias fuentes, tanto nuevas como viejas, para abordar cuestiones fundamentales relativas a privilegios, derechos y constituciones.

Se publicaron no menos de 752 panfletos y otros impresos entre septiembre y diciembre de 1788, y 2.369 durante los cuatro primeros meses de 1789. Las opiniones contaban tanto como los intereses, igual que la violencia generada no sólo por el debate, sino por el descontento popular, en buena parte entre los campesinos. Hubo disturbios en lugares tan distantes entre sí como Rennes en Bretaña y Grenoble en el Delfinado. A partir de ese momento, el entramado de opiniones, intereses y violencia ocuparía el corazón de la historia.

Las elecciones a los Estados Generales en primavera confirmaron lo que ya estaba claro: que ni la nobleza ni los parlamentos se encontraban en situación de dictar el curso futuro de los acontecimientos. Todo hombre mayor de 25 años que pagase impuestos tenía derecho a votar; y mientras que los nobles elegían a nobles y el clero, a clérigos, el tercer estado, que disfrutaba del doble de representantes que los otros dos, 648 diputados, estaba en contacto con el electorado más numeroso. Los distintos representantes de cada estado recogían de sus electores memoriales de agravios (*cahiers des doléances*), que contenían cuestiones genéricas, a veces basadas en precedentes, otras en textos políticos recientes, y también agravios muy concretos que se multiplicaron en los meses que precedieron a la reunión de los Estados Generales. Los representantes electos del tercer estado no eran representativos de su electorado ni por su oficio ni socialmente: había 166 abogados, 85 comerciantes y 278 hombres con distintos cargos en la Administración.

En París, donde un segmento mucho más nutrido de la población desempeñaría un papel activo y polémico en el desarrollo de los acontecimientos, hubo disturbios durante dos días en el Faubourg St. Antoine en abril de 1789 (con un total de 25 muertos y tres ejecuciones posteriores). En este caso, el enemigo no era el rey, sino los políticos y empresarios locales, partidarios de salarios más bajos. Los trabajadores del mismo *faubourg* tendrían un papel destacado en la destrucción de la Bastilla, una de las antiguas prisiones estatales de París, al cabo de unos pocos meses.

Este acontecimiento sería más recordado que la apertura, con gran pompa y boato, de los Estados Generales, precedida por una ceremonia religiosa de inauguración. Sin embargo, fue justo después de la apertura, que empezó con un aburrido discurso de Necker (el rey se echó a dormir), cuando el tercer estado reafirmó inmediatamente su papel especial: no se consideraba, al modo tradicional, un estado dentro del reino, sino como la voz de la nación, y se negaba a sentarse solo o a votar por separado. Estas reivindicaciones ya habían sido adelantadas en discursos y por escrito con anterioridad a la reunión de los Esta-

dos Generales, sobre todo en uno de los panfletos más leídos y comentados de la época, *¿Qué es el tercer estado?* Su autor, un clérigo, el abbé Sieyès, hijo de un empleado de correos, desempeñaría un papel crucial en el modo en que se precipitaron los acontecimientos ese mismo año. «Hoy —escribía Sieyès en su panfleto—, el tercer estado lo es todo; la nobleza, tan sólo una palabra.»

La relación exacta entre el lenguaje, verbal o visual, y la acción es una de las cuestiones más fascinantes que plantean los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1789 y 1795. En 1788, un memorando de los funcionarios municipales de Nantes ya afirmaba que «el tercer estado cultiva los campos, construye y tripula las naves del comercio, sostiene y dirige las manufacturas, alimenta y vivifica al reino. Es hora de que tanta gente cuente para algo». Más adelante, el lenguaje de la oratoria sería mucho más declamatorio, aunque la incidencia de la declamación sea discutible. Jean-Joseph Mounier, uno de los oradores de los debates de mayo de 1789 sobre los derechos constitucionales, se preguntó en una ocasión: «¿Qué importan las palabras si no cambian las cosas?», a lo que un miembro de la Asamblea de distinta ideología repuso escuetamente: «Las ideas se aclaran cuando se explican las palabras». Más adelante, los revolucionarios creerían que las palabras son más fuertes cuando no están destinadas a aclarar o explicar, sino a inspirar e incitar a los hombres a la acción.

Las conversaciones de mayo (con la presencia de público) no llegaron a ningún acuerdo, y el 10 de junio el tercer estado forzó el ritmo adrede al aprobar por 493 votos contra 41 una moción presentada por Sieyès según la cual si los otros dos estados no accedían a reunirse en asamblea con el tercero, éste actuaría en solitario. Otra moción, en la que la Asamblea se autoproclamó «Asamblea Nacional», fue aprobada al cabo de una semana por 491 votos contra 89, y dos días más tarde, el clero decidió por un estrecho margen sumarse a la Asamblea. Y en ese momento llegó el primero de los que luego se recordarían como momentos culminantes de la prolongada secuencia de la Revolución. El 20 de junio, cuando los miembros de la Asamblea llegaron a la sala de juntas, se encontraron las puertas cerradas y vigiladas por soldados, y carteles en la pared que anunciaban para la semana siguiente una «sesión real» no prevista. En lugar de retirarse en silencio, los asamblearios se reunieron en una cancha contigua (donde se jugaba al *jeu de paume* o «juego de pelota»), y todos menos uno juraron solemnemente no disolverse hasta que «se haya establecido la constitución del reino y sea reforzada con unos sólidos cimientos».

La determinación de los asamblearios se puso a prueba cuando, en la «sesión real» que había sido aplazada el rey insistió, en un discurso que, por lo demás, tenía un tono conciliador, en que los estados tenían que seguir reuniéndose por separado y que debían retirarse a los lugares de reunión correspondientes a cada uno. El juramento del *jeu de paume* se mantuvo en pie. Como dijo el conde de Mirabeau, miembro de la Sociedad de los Treinta, un reducido grupo de nobles (y otros personajes) contrarios a los privilegios, sólo las bayonetas obligarían a moverse a la Asamblea. Pero nadie recurrió a las bayonetas, sino que el 27 de junio, después de prolongadas discusiones entre bastidores, Luis XVI escribió a los presidentes de los dos primeros estados ordenándoles

que se unieran a la Asamblea Nacional. Cuando el rey y la reina aparecieron en el balcón, la multitud los recibió con gritos de júbilo. Arthur Young creyó que la revolución había terminado.

En cambio, no había hecho más que empezar, y París, no Versalles, se convirtió enseguida en el centro de la acción. Las disputas en la corte, los movimientos de las tropas reales y la destitución de Necker el 11 de julio —le ordenaron que abandonara el país— inducían a pensar que la voluntad popular estaba amenazada y que la Asamblea Nacional, que cuatro días antes había cambiado su nombre por el de Asamblea Nacional Constituyente, sería disuelta. Y esas amenazadoras maniobras se produjeron al término de una semana en la que la Asamblea Nacional no había estado discutiendo la constitución, sino el precio del pan. Se armó un revuelo inmediato en un París ya de por sí agitado y turbulento con la llegada de las noticias a la ciudad. Ya se había formado una milicia «ciudadana» para proteger la propiedad, pero fue incapaz de «contener las iras del pueblo». Como dijo uno de sus miembros: «no era momento de razonar con ellos». Y tenía razón.

Para comprender el cambio de posición del rey y las reacciones subsiguientes de los líderes revolucionarios resulta esencial estudiar las actitudes y reacciones de personas cuyos nombres no figuran en los libros de historia. Esta clase de estudio ha revolucionado la historiografía de la Revolución. Al principio, los historiadores usaban términos genéricos, como «el pueblo», mientras que, hoy en día, analizan a individuos concretos en lugares concretos. Conocidos o anónimos, fueron individuos sin poder, y no los miembros de la Asamblea Nacional, quienes llevaron la Revolución un paso adelante con la toma y destrucción de la Bastilla el 14 de julio. Murieron 83 personas, entre ellas el aristócrata que estaba al mando de la fortaleza, y que intentó volarla por los aires antes que entregar las llaves. Le escupieron y le golpearon mientras lo hacían desfilar por la calle antes de ser brutalmente asesinado, después de lo cual exhibieron entre la multitud su cabeza clavada en una pica.

En ese momento sólo había siete prisioneros en la Bastilla —el propio Luis XVI había intentado derribarla en 1784—, pero la magnitud del tumulto —y su naturaleza— demostraron (de forma algo más que simbólica) que la violencia era endémica y, al mismo tiempo, que el rey ya no podía confiar en sus tropas. Se cuenta que el 15 de julio el duque de la Rochefoucauld-Liancourt le dijo al rey: «Señor, esto no es una revuelta, sino una revolución». Había dado con la palabra justa: lo que sucedía era algo nuevo. El rey dio orden de dispersarse a las tropas que rodeaban París, y, tres días después, en lo que sería otro acontecimiento simbólico, recibió a representantes del nuevo gobierno municipal de París (encabezado por un alcalde, cargo de nuevo cuño) y aceptó la escarapela tricolor que le ofrecieron.

Hubo gritos de «rey y padre nuestro», pero Luis XVI permaneció en silencio. Volvió a llamar a Necker y confirmó el nombramiento del marqués de Lafayette como comandante de la milicia ciudadana, que pasó a llamarse Guardia Nacional. Lafayette, un aristócrata que había sido uno de los héroes franceses de la guerra de independencia de los Estados Unidos, y que había bautizado

a su primogénito, nacido en 1780, con el nombre de George Washington, había enviado una piedra de las ruinas de la Bastilla al otro lado del Atlántico, a Washington. Pero tanto él como Washington ya eran conscientes, a esas alturas, de que la Revolución francesa seguía un curso diferente del de la norteamericana. En 1791, cuando tenía sólo 31 años, Lafayette aconsejaría a Luis XVI que se marchase de París a Ruán e hiciera ondear allí la bandera monárquica, y, al cabo de un año, Lafayette huyó de Francia tras el derrocamiento de la monarquía, y fue encarcelado en Austria. Todo eso estaba al caer.

A la destrucción material de la Bastilla por parte de la multitud, siguió una oleada destructora de las antiguas instituciones por parte de la Asamblea Nacional, un hecho positivo, en vez de un acto simbólico, el más importante de todos los frutos de la Revolución. Sin embargo, fue algo que se consiguió sobre un trasfondo de violencia física tanto dentro como fuera de París. Así, el 19 de julio, la hacienda de un detestado terrateniente de Quincey en el Franco Condado quedó destruida a consecuencia de una enorme explosión. Los tumultos de los campesinos, que dieron lugar a lo que Georges Lefebvre, uno de los máximos historiadores franceses de la Revolución, identificó como *la Grande Peur* (el gran miedo), alcanzaron su apogeo; sin embargo, en medio del pánico tenía cabida la esperanza. A los campesinos los movía la idea de que su situación cambiaría radicalmente, y temerosos de que la nobleza fuera a engañarlos pasaron a tomarse la justicia por cuenta propia, al principio con frecuentes vítores al rey.

En una atmósfera de entusiasmo y exaltación, el 4 de agosto de 1789 la Asamblea decretó «la abolición completa del sistema feudal», y, con ella, de la estructura de la administración provincial y municipal, de acuerdo con unas directrices que no se habían discutido cuando fueron convocados los Estados Generales. Se saldaron cuentas pendientes desde hacía tiempo. Se renunció a los privilegios, a veces alegremente. La gente tardó en darse cuenta de todas las implicaciones de lo que se estaba haciendo, aunque las primeras leyes llegaron al cabo de una semana. La «revolución campesina» no trató por igual a todos los campesinos: a algunos se les permitió comprar tierras a bajo precio, y, libres ya de las cargas de las obligaciones y corveas feudales, prosperaron y se fueron volviendo cada vez más conservadores políticamente, mientras que otros se quedaron sin tierras, pobres e insatisfechos.

Ningún gobierno podía prescindir de los campesinos, aunque el gobierno estaba sometido a presiones más inmediatas procedentes de París, donde los acontecimientos se sucedían a mayor velocidad que en Versalles, impulsados no por los más pobres de entre los pobres, sino por «los pequeños»: artesanos, pequeños fabricantes, minoristas, taberneros, barberos y libreros. El término desafiante que se empleaba para describirlos, *sans-culottes*, se refería a su ropa: los *sans-culottes* llevaban los pantalones largos propios de los trabajadores en lugar de los calzones de la aristocracia. Lo que unía a los revolucionarios *sans-culottes* no era ni su oficio ni sus ingresos, sino el activismo revolucionario: compartían un sentimiento de fraternidad y solidaridad, la solidaridad de una ciudadanía que había expresado firmemente la Declaración de los Derechos del

Hombre y del Ciudadano adoptada por la Asamblea Nacional el 27 de agosto. «Los hombres nacen libres y permanecen iguales en derechos», afirmaba el artículo I. «Las distinciones sociales sólo pueden basarse en la utilidad general.» La base fundamental de «toda soberanía se encuentra en la nación», decía el artículo III. Nueve de los diecisiete artículos se referían al «imperio de la ley».

El lenguaje de la declaración estaba claro, pero, mientras se redactaba, lo más urgente para la mayoría de parisienses seguía siendo el precio del pan, como pudo comprobarse el 5 de octubre de 1789, cuando un grupo de insurgentes, a quienes poco importaba el imperio de la ley, asaltó el Hôtel de Ville y una muchedumbre de mujeres, que se habían reunido en los mercados, marcharon bajo la lluvia de París a Versalles pidiendo comida, y exigiendo que el rey, que se había mostrado reticente hasta el momento, manifestara su apoyo inequívoco a todo lo decretado en nombre de la Revolución desde el 17 de julio. El rey satisfizo la demanda, tras algunas discusiones en el seno de la corte; y al día siguiente, acompañado de Lafayette, que había acudido con 20.000 guardias nacionales y con carros llenos de trigo y harina, ante los ojos de la multitud, el rey se trasladó del aislamiento de Versalles al palacio de las Tullerías en París, que Luis XIV había abandonado un siglo atrás. Cien miembros de la Asamblea Nacional, muchos de ellos impresionados por lo ocurrido, se trasladaron también a una ciudad turbulenta, brillantemente iluminada para la ocasión, dispuesta a dar la bienvenida al «panadero, su mujer y su hijo».

El desarrollo posterior de la Revolución francesa afectó a muchas más cosas que el destino del rey. Por lo tanto, es una revolución cuyas etapas deben estudiarse con detenimiento. Existían diferencias sociales e ideológicas acusadas en París, una ciudad plagada de «clubes populares», en donde se discutían apasionadamente las tácticas y los objetivos revolucionarios, se formaban patrullas revolucionarias y se realizaban otras labores revolucionarias. Grupos nutridos de activistas creían que el gobierno tenía la obligación de regular los precios, sobre todo el del pan. Tenían su propia política económica, muy distinta de la de Adam Smith o los fisiócratas, y que forzosamente tenía que alarmar a los revolucionarios burgueses tanto de la Asamblea como de provincias.

También se dieron desde el principio importantes diferencias regionales. En algunas regiones, donde la Revolución apenas había cuajado en un primer momento, los revolucionarios más aplicados se entregaron aún más a su labor misionera a partir de octubre de 1789, lo cual generó más violencia. Desde ese momento, hubo más de una revolución, mientras que las contrarrevoluciones pronto se integraron en el esquema. También aparecieron nuevos límites regionales, ya que en 1789 los departamentos sustituyeron a las antiguas provincias. La federación estaba al orden del día, hasta el punto de que se celebró una *Fête de la Féderation* en 1790 en el aniversario de la destrucción de la Bastilla.

La política insurgente se basaba en algo más que el debate constitucional, pero fue el resultado de ese debate lo que hizo inevitable la violencia. La abolición del feudalismo había suscitado el entusiasmo general. Pero ese no fue el caso de la siguiente decisión clave de la Asamblea Nacional en noviembre de 1789: la expropiación de los bienes de la Iglesia (junto con las tierras de la Co-

rona). La motivación fundamental de esa decisión fue de índole financiera: era inevitable que la Asamblea se ocupara de las finanzas, tal como habían hecho los ministros de la Corona antes de 1788. En realidad, la situación había empeorado, porque incluso quienes habían pagado impuestos hasta la fecha hacían todo lo posible por no pagarlos. Las propiedades confiscadas a la Iglesia servirían de respaldo al nuevo papel moneda, los *assignats*, introducido por los revolucionarios en diciembre de 1789.

Otras decisiones que perpetuarían las divisiones en Francia se adoptaron en febrero de 1790, con la supresión de las órdenes religiosas contemplativas, y en julio de 1790, con la promulgación de la «Constitución civil del clero». A partir de ese momento, a los párrocos los elegirían las asambleas de ciudadanos locales, y a los obispos, los electores de cada departamento, y todos ellos serían funcionarios a sueldo del Estado, sin que pudieran difundirse mensajes del papa en Francia, salvo con autorización gubernamental. En noviembre se exigió que, además, los clérigos prestasen juramento, y quienes se negasen a ello serían destituidos y reemplazados. Un amplio sector del episcopado y el clero, incluidos algunos miembros de la Asamblea Nacional, se negaron a aceptar el juramento, y el papa lo condenó el 13 de abril de 1791.

No obstante, las cifras de quienes se negaron a pronunciar el juramento varían según las regiones. En la Vendée, en el oeste de Francia, en Bretaña, en Normandía, en Flandes y en Alsacia, menos de una quinta parte del clero lo aceptó, mientras que en el Var el índice de aceptación fue del 96 por 100. Los primeros indicios de contrarrevolución fueron las conspiraciones; luego vinieron los alzamientos en masa, de base popular. Ya habían abandonado Francia algunos exiliados —los primeros, encabezados por el conde de Artois, hermano del rey, en julio de 1789— y habían hecho preparativos para la guerra civil y para una invasión extranjera en nombre de la familia real y la aristocracia. Ahora la guerra civil cobraba ímpetu en la propia Francia con el reforzamiento de un movimiento contrarrevolucionario de base. En muchos lugares —también con variaciones regionales—, los contrarrevolucionarios formaron sus propias guardias nacionales.

La huida del rey de su palacio en París a Varennes, cerca de la frontera de Francia, el 21 de junio de 1791 —él y su mujer viajaban disfrazados—, llevó al clímax a esta fase de la Revolución: mientras lo llevaban preso de vuelta a París el 25 de junio de 1791 por la tarde, se dice que murmuró: «En Francia ya no hay rey». Lo que el rey debía considerar que eran los frágiles hilos que conectaban el pasado y el presente de Francia al final se habían cortado. También fue un momento crucial para el pueblo francés, que tuvo que decidir (si bien por la fuerza) si prestaba su apoyo o no a la Revolución. La Asamblea Constituyente atribuyó la fuga del rey a los engaños de conspiradores, pero se produjeron grandes manifestaciones de parisienses radicales, espoleados por una prensa radical, exigiendo un nuevo sistema de gobierno republicano. Lafayette consiguió reprimir la primera gran manifestación y en los Campos de Marte murieron cerca de 50 personas y otras muchas resultaron heridas el 17 de julio, pero el número de exiliados creció aún más, y el 13 de septiembre el rey aceptó

a regañadientes una nueva constitución unicameral que recortaba todos sus poderes.

En las prolijas discusiones que se remontaban a 1789 —e incluso antes— sobre la clase de constitución que debía adoptar Francia, algunas de ellas en el marco de comités, se había hablado de los vínculos que debían unir el pasado con el futuro. ¿Qué era una constitución? ¿Había una «constitución antigua» que restaurar, o bien había que crear una nueva? ¿La redacción de la nueva constitución tenía que ir antes o después de la de una declaración de derechos fundamentales? ¿Cuál debería ser el papel del monarca? Ahora parecían resueltas todas estas cuestiones, algunas de las cuales nunca se habían sometido a votación. Así pues, la Asamblea Constituyente fue sustituida por una nueva Asamblea Legislativa, tras unas elecciones celebradas a finales de agosto de 1791 por sufragio restringido.

La mitad de sus miembros eran abogados, y dentro de este grupo aparecieron formaciones políticas, sin ser todavía partidos políticos, una de las cuales, la de los girondinos, estaba encabezada por Jacques Pierre Brissot, y otra, la de los jacobinos, había recibido este nombre por ser el de la sede de un club de París con más de mil socios y más de mil sociedades filiales. El término «girondino» hacía referencia al departamento de la Gironda, en el suroeste de Francia, de donde procedían muchos de sus integrantes. Cualquiera que fuese su bando, los delegados de la Convención tenían que estar atentos a la gran variedad ideológica de su electorado. Había muchos franceses que detestaban el quebrantamiento del orden y el extremismo de las ideas sociales y políticas que oían expresar a su entorno en París, una ciudad que les despertaba tantas suspicacias como las que sentían los *sans-culottes* de París hacia los banqueros y los grandes hombres de negocios.

Pese a todo, al vetar dos importantes decretos de la Asamblea, tal como se lo permitía la nueva constitución, Luis XVI demostró que no era un simple cero a la izquierda, sino que incluso pasó a tener algo de iniciativa con la llegada de la noticia de la concentración de tropas de exiliados en Alemania, cerca de la frontera con Francia, y fue ruidosamente aclamado el 14 de diciembre de 1791 cuando explicó a la Asamblea que había enviado un ultimátum al príncipe-arzobispo de Tréveris diciéndole que Francia le declararía la guerra a menos que prohibiese toda actividad de los exiliados en su territorio. El príncipe-arzobispo obedeció, al igual que el elector de Maguncia.

No había nada de revolucionario en ese ultimátum, ya que en el siglo XVIII se daba por sentado que la guerra, el uso organizado de la fuerza armada por parte de un estado contra otro, era justificable desde el punto de vista de la razón de Estado. No obstante, cuando el conde de Vergennes, el último ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVI antes de la Revolución, firmó un tratado comercial con Gran Bretaña en 1787, afirmó categóricamente que «ya no es tiempo de conquistas» («*Ce n'est plus le temps de conquêtes*»), mientras que la Asamblea Nacional había realizado una «Declaración de Paz al Mundo» en agosto de 1791, en un momento en que algunos de los enemigos extranjeros de la Revolución, como Gustavo II de Suecia (que pronto caería asesinado, no

por los revolucionarios, sino por un noble), ya habían empezado a hacer llamamientos a una nueva cruzada.

La Revolución, la guerra y el Terror

A partir de su estallido, la guerra, un elemento nuevo en la situación revolucionaria, revolucionó aún más la Revolución. En palabras de Friedrich Engels, amigo y colaborador de Marx, los «latidos» subsiguientes de la Revolución dependieron de ella. Pero no sólo la revolución resultó afectada, sino también el papel del Estado. Como dijo, al otro lado del Atlántico, James Madison, «la guerra debe engrandecer al Ejecutivo», algo que pronto ocurriría en Francia. La inflación ya era un problema antes de que empezara la guerra: en 1793 los *assignats* valían la cuarta parte que dos años antes.

El ardor bélico se había apoderado de Francia en 1791, y se intensificó después de que el emperador de Austria, Leopoldo, anunciara que sus tropas se pondrían en marcha si se obligaba a capitular a Tréveris y Maguncia. El 25 de enero de 1792 se pidió a Luis XVI que informase a su real cuñado que declararían la guerra a los Habsburgo a menos que manifestase el carácter pacífico de sus intenciones. Cuando la respuesta de Luis fue menos dura de lo que deseaba la Asamblea, se produjo otra crisis, y amenazaron con destituirlos a él y a la reina. Luis XVI volvió a cambiar de opinión, destituyó a sus ministros, que se habían hecho impopulares, y el 20 de abril formó un nuevo gobierno, a propuesta de los girondinos, y declaró la guerra al rey de Hungría y Bohemia. Leopoldo había muerto el 1 de marzo, y su sucesor, Francisco, aún no había sido coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Brissot y su facción, los girondinos, creían que la guerra unificaría Francia e incluso podría mantener a la monarquía constitucional, y la declaración de guerra provocó el delirio en algunos círculos revolucionarios. Sólo siete diputados de la Asamblea votaron en contra. «Nos enfrentamos a la crisis del universo», dijo un patriota. «Dios deshizo el caos original», y ahora que «los hombres libres son los dioses de este mundo», «los hombres libres» y «los patriotas» tenían que emprender una «guerra santa».

Por desgracia para Brissot, la guerra, que había empezado con palabras tan elocuentes y razones tan diversas, resultó desastrosa para él y su grupo, sin olvidar al rey. Tras una serie de derrotas iniciales en las que las tropas francesas no se comportaron como los «misioneros armados» que algunos ciudadanos deseaban que fuesen (si bien un general francés sospechoso de traición fue asesinado por sus propios hombres), los ejércitos enemigos entraron en Francia, y el 18 de mayo todos los extranjeros de Francia quedaron sometidos a estricta vigilancia. Los ministros girondinos fueron destituidos, y el 20 de junio una muchedumbre airada entró en los aposentos reales de las Tullerías.

Luis XVI mantuvo la compostura en ese trance, y se puso el gorro rojo de la libertad para brindar a la salud de la nación. Pero el cabecilla antirrevolucionario, el duque de Brunswick, hizo público un manifiesto el 25 de julio de 1792

amenazando con las más duras represalias si le hacían daño a la familia real. El manifiesto exaltó los ánimos de los revolucionarios, que volvieron a asaltar el palacio de las Tullerías el 10 de agosto. Esta vez, murieron 400 personas en la más sangrienta de las jornadas revolucionarias, y la guardia suiza del rey fue exterminada. Tras la lucha, los miembros de la familia real fueron trasladados al Temple en calidad de prisioneros.

En esos momentos de la Revolución, la vengativa Comuna de París marcaba más la pauta de los acontecimientos que la Asamblea Legislativa, y tras la caída de Languy en manos del ejército prusiano, y después, la de Verdún, a sólo 300 kilómetros de París, en septiembre de 1792, la multitud presa de pánico invadió las cárceles de París y mató a más de mil «enemigos de la Revolución». En el mismo mes, después de la apresurada movilización de un ejército de ciudadanos, llegó el 20 de septiembre la noticia de la primera victoria francesa en Valmy, y dos días más tarde fue proclamada la república. El rey, que ya hacía tiempo que se había resignado a su suerte, fue interrogado (tras un agrio debate sobre la necesidad de tal interrogatorio) y por la más exigua de las mayorías, un solo voto, fue guillotinado en la actual plaza de la Concordia de París el 21 de enero de 1793.

Proclamó la república la recién creada Convención Nacional, elegida en el calor del verano, y que se reunió por primera vez el mismo día de la batalla de Valmy. Al igual que la Asamblea Legislativa, la mayoría de sus miembros eran burgueses, con predominio de los abogados, y, entre sus 749 diputados, 200 habían pertenecido al organismo precedente. También había 83 diputados que habían sido miembros de la Asamblea Constituyente. Pese a todo, la Convención Nacional era un organismo de gente joven, que iba desde algunos antiguos nobles, en un extremo del espectro social, hasta los artesanos, en el otro extremo. Los bandos políticos se consolidaron en su seno. Se enfrentaban a los girondinos los *montagnards*, los montañeses, que recibían ese nombre porque sus miembros se sentaban en la parte más alta de la cámara, pero tampoco en este caso se trataba propiamente de partidos políticos; además, había un grupo de diputados parisienses que actuaban conjuntamente con frecuencia. Los diputados que no pertenecían a ninguno de los dos grupos formaban lo que se conocía por «la llanura».

Las experiencias de la Revolución, incluyendo las «matanzas de septiembre» y el guillotinamiento del rey y después de la reina, parecían ratificar las profecías de Burke sobre la revolución, al igual que la relación cada vez más estrecha entre la política revolucionaria y la guerra. En 1793 ya no había paz en el interior de Francia. Una revolución que había empezado con la lucha de los revolucionarios contra los «enemigos del pueblo» continuó, como pasaría con revoluciones posteriores, con la lucha de los revolucionarios entre sí. Algunos de los admiradores iniciales de la Revolución, como el crítico acérrimo de Burke, Paine, que había sido elegido diputado de la nueva Convención, dieron con sus huesos en la cárcel. (Allí escribiría Paine su obra *La era de la Razón*.) Otros acabaron en la guillotina. Tanto si la primera fase de la Revolución había logrado plenamente su objetivo de conseguir la «libertad» —y, desde luego,

rompió muchas cadenas—, el cariz de la última fase, que aún empeoraría a lo largo de 1793 y 1794, convirtió la «fraternidad» en una burla. La aprobación de algunas medidas útiles, como la introducción del sistema métrico de pesos y medidas, o, en otro campo, el fin del encarcelamiento por deudas, quedó ensombrecida por los acontecimientos revolucionarios.

La guerra, que experimentó numerosas vicisitudes, poseía su propia lógica, tan implacable como la de la Revolución. Había que movilizar hombres y encontrar recursos. Las primeras noticias después de Valmy fueron buenas, y las victorias posteriores llevaron a los ejércitos franceses a Bélgica, Alemania y, en el sur, a Niza. Una de las ciudades de las que se apoderaron fue Frankfurt. El 16 de noviembre de 1792 el río Escalda se declaró abierto a todas las naciones, y tres días más tarde, Francia ofreció su apoyo a todo pueblo que se alzase contra su gobierno.

Gran Bretaña se indispuso con Francia como consecuencia de la primera de estas iniciativas, y exigió la retirada del embajador francés en Londres. Como respuesta, Francia declaró la guerra a Gran Bretaña y a las Provincias Unidas el 1 de febrero de 1793. Francia se enfrentaba ahora no a una combinación de Austria y Prusia, sino a una «Primera Coalición», que incluía a Gran Bretaña, obligada por una serie de alianzas, Rusia y España. Tropas austríacas penetraron en el sur de los Países Bajos, y el general francés Dumouriez sufrió una derrota decisiva en Neerwinden. Al mes siguiente, tropas españolas sitiaron Perpiñán, y en agosto la marina británica conquistó Tolón sin encontrar resistencia, ya que Tolón, como muchas otras ciudades, se había unido a una revuelta realista a gran escala, especialmente encarnizada en la región de la Vendée, donde se libraba una sangrienta guerra de guerrillas. También se produjeron traiciones en el frente: después de su derrota, Dumouriez pidió un armisticio e intentó marchar sobre París con sus tropas para liberar a la reina y proclamar al delfín Luis XVII. Pero cuando éstas se negaron, Dumoriez se pasó a los austríacos. También Lafayette cambió de bando.

En esas circunstancias, el «terror» se convirtió en parte inevitable del devenir de la secuencia revolucionaria, igual que el aumento de rigidez en la organización. Fue en el mes más conflictivo, marzo de 1793, cuando se creó un Tribunal Revolucionario, y fueron enviados a cada uno de los ejércitos representantes comisionados con la orden de movilizar a la nación para la guerra. La rápida conversión de todos los franceses en soldados significaba que ahora la voluntad contaba más que la disciplina. El nuevo himno nacional de Francia, un canto a la fraternidad y a la guerra, se cantó por primera vez en Renania, y captaba la atmósfera del momento: «*Aux armes, citoyens!*». Pero los ciudadanos necesitaban comida además de armas, y en París la subida de los precios de los alimentos hizo que la Comuna de París decidiera fijar el precio del pan subvencionando a los tenderos.

Toda medida en favor de la movilización tenía una dimensión política, empezando en abril con la formación de un Comité de Salud Pública al que, en el curso de 1793, se dotó de un Comité de Seguridad General paralelo, encargado de funciones policiales. Detrás de todo ello se encontraba un creciente ím-

petu revolucionario, y a finales del mes siguiente, miembros de la Guardia Nacional rodearon las Tullerías, donde se había reunido la Convención Nacional. Siguieron tres días muy agitados, del 30 de mayo al 2 de junio, en los que fueron expulsados 29 diputados girondinos de la Convención, que habían sido objeto de ataques cada vez más intensos por parte de los *sans-culottes* parisienses, medida que provocó revueltas contra los montañeses en parte de las provincias. Algunos de los expulsados huyeron de París; otros, Brissot incluido, fueron guillotinados. Cualquier ciudadano de «espíritu moderado» era sospechoso. Pero con estas medidas no se resolvía el problema de la comida, de modo que el 26 de julio se decretó la pena de muerte para los acaparadores.

Al día siguiente, Robespierre se incorporó al Comité de Salud Pública, cuya principal figura, Danton, lo había abandonado el día 10, dado que los miembros del Comité tenían que ser reelegidos cada mes. El 10 de agosto fue promulgada una nueva constitución democrática para Francia, basada en un legislativo unicameral elegido anualmente por sufragio universal masculino. Al cabo de cuatro días, un estricto y eficaz especialista en lo que hoy llamamos logística militar, Lazare Carnot, fue nombrado miembro del Comité de Salud Pública; pronto sería saludado como el «organizador de la victoria». A finales de agosto se decretó la movilización general de todos los hombres solteros entre los 18 y los 25 años de edad: «hasta que los enemigos de Francia hayan sido expulsados del territorio de la República, todos y cada uno de los franceses deben estar dispuestos a servir y apoyar a nuestras fuerzas armadas».

Debido a la agitación revolucionaria, la constitución democrática no llegó a entrar en vigor. En septiembre de 1793, otro mes cruel, los constantes tumultos populares hicieron que la Convención Nacional (presionada por la Comuna de París) aprobase una Ley de Máximo General que regulaba los precios no sólo de los alimentos, sino también de otros bienes y servicios. En el mismo mes fue aprobada una Ley de Sospechosos que facultaba a los comités de vigilancia, creados con anterioridad ese mismo año, para detener a ciudadanos que «por su conducta, sus contactos, sus palabras o sus escritos se muestren partidarios de la tiranía, del federalismo, o sean enemigos de la libertad».

La movilización en masa, con el objetivo de alcanzar un millón de hombres, entró en vigor, apoyada entusiásticamente por los *sans-culottes* de París organizados en secciones (de las que había 48, cada una de las cuales enviaba a dos representantes a la Comuna de París) y por los militantes de los ejércitos revolucionarios provinciales, descritos por Richard Cobb, un historiador que sabía infundir nueva vida al pasado, como «la más original y característica de las muchas instituciones creadas espontáneamente por el Terror». Entre sus funciones estaba el control de los suministros de provisiones, y entre sus aficiones, las agresiones blasfemas a los sacerdotes y el saqueo de la plata de las iglesias. A partir de octubre de 1793, por lo tanto, la Convención quedó tan a merced de fuerzas que escapaban a su control como lo había estado el rey. Continuó existiendo hasta el agotamiento de sus tres años de vida, pero 120 de sus diputados estuvieron detenidos en algún momento u otro, y 74 fueron ejecutados.

Puede que se haya exagerado la escalada del «Terror», que alcanzó su apo-

geo durante el mandato de Robespierre, pero en 1793 y 1794 hubo 14.000 ejecuciones por medio de la guillotina, un instrumento que, como la máquina de vapor en Gran Bretaña, poseía su propia retórica. De hecho, mientras duró el Terror, la guillotina, inventada por el doctor Guillotin en 1789 como instrumento humanitario de ejecución, indoloro y eficiente —las cabezas «salían despedidas en un abrir y cerrar de ojos»—, reemplazó al gorro frigio de la libertad como imagen de la revolución. «Los traidores la ven y se echan a temblar», rezaba una inscripción que acompañaba a una imagen de la guillotina. «Permanecerá en activo después de que todos hayáis perdido la vida.»

La mayoría de quienes perdieron la vida, la mayor parte de ellos fuera de París, no eran personajes conocidos, y quienes los enviaron al patíbulo, a menudo con la ayuda de confidentes, tampoco solían ser conocidos. No sólo se recurrió a la guillotina: noventa sacerdotes fueron ejecutados en 1793 hundiéndolos en el Loira, atados como animales, en una barcaza destartalada y llena de agujeros. En cuanto a los cabecillas de la Revolución, existen profundas discrepancias entre los historiadores especializados en el tema acerca de su personalidad y su pertenencia a uno u otro bando, en particular en los casos de Danton y Robespierre, sometidos a constante revisión.

Para el eminente historiador radical francés de la Tercera República Alphonse Aulard, que escribió una gran historia política de la Revolución en cuatro volúmenes a principios del siglo XX, Danton era el héroe de la historia, un hombre inteligente, valiente y realista, que luchó por una «república democrática», y su guillotinamiento en marzo de 1794 fue la gran tragedia de la Revolución. (Camino del patíbulo, se cuenta que dijo: «Mostrad mi cabeza al pueblo: cosas así no se ven todos los días».) En cambio, para historiadores posteriores, Danton pagó su oportunismo y su codicia.

Robespierre ha sido aún más críticado desde la izquierda y la derecha. Participó en la Asamblea antes de convertirse en diputado de la Convención y miembro del Comité de Salud Pública, y al principio se opuso a la guerra. Un historiador y político francés del siglo XIX, Adolphe Tiers, lo describió como «una de las criaturas más odiosas que haya ejercido el poder absoluto sobre los hombres», y el primer historiador inglés de la Revolución francesa, Thomas Carlyle, que al principio de su estudio comenta un volumen de retratos de los revolucionarios, lo calificó, en tono más poético, pero también de censura, de «acre, implacable, impotente, desabrido, estéril como el viento harmatán».

Sin embargo, no cabe duda que Robespierre dominó la escena, aunque no siempre dominase el curso de los acontecimientos, entre octubre de 1793 y julio de 1794. La elocuencia era su arma principal. «La democracia —dijo— es la única forma de estado en la que todos los participantes pueden llamarlo patria.» «Los franceses —proseguía— son el primer pueblo del mundo que ha fundado una auténtica democracia [Robespierre también hablaba de una "república de la virtud"] al exhortar a todos los hombres a disfrutar de la igualdad y la plenitud de sus derechos cívicos.» Para alcanzar y mantener la «república de la virtud», los «falsos» revolucionarios tenían que ser destruidos, y para ello la guillotina servía de «guadaña de la igualdad».

Los primeros en desaparecer fueron los «moderados», Brissot y los girondinos, que cantaron desafiantes la Marsellesa mientras los llevaban a la guillotina. Los «ultras» de la izquierda fueron los siguientes, incluido J. R. Hébert, el más lenguaraz periodista de París, y los «indulgentes», que, como Danton, querían aflojar la marcha del «Terror», fueron los últimos en desaparecer, con la excepción, claro está, del propio Robespierre y del joven Saint-Just, «el ángel del Terror», que fueron guillotinados en julio de 1794 (10 de termidor del año II), un mes en el que se produjeron 1.400 víctimas, mientras que el apogeo se había alcanzado en enero de 1794, con 3.500 muertos. Saint-Just había recomendado que el dinero confiscado a los «sospechosos» fuera repartido entre los pobres.

Las fuerzas que acabaron por destruir a Robespierre formaban una alianza temporal extraña y de carácter nacional, menos compacta que la Primera Coalición que habían formado las grandes potencias europeas para combatir a los ejércitos revolucionarios franceses. La centralización de la autoridad en Francia era uno de los motivos de discordia, y otro, la activa descristianización del país: Robespierre quería nacionalizar el culto al Ser Supremo. Los agravios económicos eran importantísimos: la constante depreciación del *assignat* contribuyó a sumir a París en el hambre, no sólo porque subieron los precios (a pesar de los máximos legales), sino porque los campesinos acaparaban los alimentos. También se produjeron enfrentamientos personales, como el que se dio entre Saint-Just y Carnot sobre la dirección de la campaña militar en los Países Bajos.

La fase del Terror acabó en 1794 en una especie de punto muerto: tras la caída y el guillotinamiento de Robespierre, hubo otra facción que especuló con la restauración de la monarquía en la persona de un niño de nueve años, Luis XVII, que murió en la cárcel el 8 de junio de 1795. Al cabo de unas semanas, quedó claro que la «tempestad revolucionaria» había agotado sus fuerzas, de modo que la Convención restringió los poderes del Comité de Salud Pública, abolió el Tribunal Revolucionario y la Ley de Sospechosos, cerró el Club de los Jacobinos, reducto de Robespierre, rehabilitó a los girondinos supervivientes y abandonó el sistema de precios fijos y la intervención estatal en el funcionamiento de la economía.

Hubo protestas desde la izquierda, sobre todo por estas últimas medidas, y en mayo de 1795 (pradial del año III), los «ultras» irrumpieron en una reunión de la Convención. Anteriormente, una irrupción así hubiera sido decisiva, pero a esas alturas fue reprimida por la fuerza, y muchos de los activistas jacobinos supervivientes fueron encarcelados o guillotinados. También se recurrió a la fuerza para sofocar el «Terror Blanco» y una invasión de exiliados por el sur. La Convención procedió a redactar una nueva constitución, que distaba mucho de ser democrática, conocida como Constitución del año III. Se creó un Directorio con poderes ejecutivos y constituido por cinco miembros elegidos indirectamente por el legislativo, que estaría formado por dos cámaras: la de los Quinientos y la de «los senadores» o de los «Ancianos». La constitución exponía tanto los «deberes» como los derechos de los ciudadanos, y afirmaba

rotundamente que «en el mantenimiento de la propiedad ... se basa el orden social».

Hubo protestas ante ese cambio de actitud, incluida una protesta de los conservadores en octubre de 1795, con el apoyo de los monárquicos, que fue dispersada con cuatro tiros por el general Napoleón Bonaparte antes de que la Convención se disolviera en ese mismo mes. Al cabo de un año, con el Directorio en el poder, una conspiración de signo contrario, de izquierdas, encabezada por «Gracchus» Babeuf —que se autodenominaba «comunista»— también fue descabezada. Babeuf —que durante su carrera se había dedicado tanto a recoger y catalogar archivos como a destruirlos (quemó varios archivos nobiliarios intentando proteger a los campesinos de Picardía)— fue el responsable de un elocuente *Manifeste des Égaux* («Manifiesto de los iguales»), que sería tan famoso a su muerte como lo fue mientras conspiraba para poner en práctica sus contenidos. Los conspiradores fueron tratados con benevolencia: en la represión sólo Babeuf y uno de sus colaboradores fueron condenados a muerte.

El «realismo», en cambio, no estaba extinguido, y en las siguientes elecciones, en 1797, sólo 11 diputados de la antigua Convención fueron reelegidos, mientras que muchos realistas obtuvieron un escaño. El Directorio empezaba a perder el control, y había abundantes indicios de corrupción y tráfico de influencias. No resulta, pues, sorprendente que en septiembre de 1797 se produjera un golpe de estado en el que tres de los miembros del Directorio se aliaron con el general Bonaparte para deshacerse de los otros dos, junto con 200 miembros de las dos cámaras legislativas. Fue un golpe republicano, al que seguiría dos años más tarde, en octubre de 1799, otro golpe (brumario del año VIII) que llevó a Bonaparte al poder en calidad de uno de los tres cónsules. A Bonaparte lo consideraban un firme defensor de la Revolución, igual que a Sieyès, autor de la nueva constitución.

De la guerra a Napoleón y de Napoleón a la paz

El Directorio había coqueteado con los generales a medida que se prolongaba la guerra revolucionaria, aunque nunca tuvo claro lo que debía hacer con ellos cuando la balanza del poder empezó a inclinarse del lado de éstos. Napoleón, el más destacado de ellos, sabía lo que tenía que hacer consigo mismo. Nacido en 1759 en Córcega, una pequeña isla del Mediterráneo que acababa de adquirir Francia, entró en la Escuela Militar de París en 1784. Diez años más tarde, después de haber estado al mando de la artillería que destruyó Tolón tras su captura por los británicos, se convirtió en general del arma de artillería en Italia, donde se labró una reputación como militar gracias a una serie de victorias «milagrosas», conseguidas no por la invención de nuevos principios estratégicos, sino mediante la vigorosa aplicación de las ideas militares avanzadas del antiguo régimen francés.

Napoleón pertenecía a esa rara clase de hombres cuya carrera suscita toda suerte de interrogantes sobre el papel del individuo —y, en concreto, del «gran

hombre» o el «héroe»— en la historia. El novelista ruso León Tolstoi, en su novela *Guerra y paz* insinuaba que, en última instancia, puede que Napoleón fuese un «títere»: «cuanto más poderoso parece un hombre, más esclavo es de la historia». Esa fue una opinión posterior. Remontándonos en el tiempo, ya en 1784, el año en que Napoleón ingresó en la academia militar, el filósofo Immanuel Kant había pronosticado la aparición de un legislador de genio eximio que haría por la sociedad humana lo que los grandes pensadores de la ciencia habían hecho por el estudio del universo material en el pasado. «La naturaleza produjo un Kepler, que redujo las órbitas excéntricas de los planetas al orden de una fórmula de modo inesperado, y un Newton que aclaró los principios universales que rigen el orden natural de las cosas». ¿No sería Napoleón ese hombre, una nueva clase de genio?

Cuando un filósofo alemán posterior, Hegel, vio a Napoleón desfilando a caballo por Jena después de una de sus grandes victorias, creyó que era la Razón personificada. Es un comentario que arroja más luz sobre Hegel que sobre Napoleón, porque la «historia» podía ser analizada desde un punto de vista muy diferente. De todos modos, puede que el historiador y político francés del siglo XIX François Guizot simplificase demasiado las cosas al afirmar que si la Revolución había supuesto una ruptura violenta con el antiguo régimen, Napoleón supuso una ruptura violenta con la Revolución.

Napoleón había estudiado a los enciclopedistas, pero creía más en su propio destino que en las teorías de los demás. Él no tenía grandes planes: «Soy una piedra lanzada al espacio», dijo una vez en una de esas frases memorables que acuñó en cantidades industriales. La guerra revolucionaria lo ayudó a preparar el camino para cumplir sus designios, y fue gracias a la Revolución como consiguió demostrar su notable capacidad para ganarse la devoción de sus tropas. «¡Cada paso de la Gran Nación está cargado de bienaventuranzas!», rezaba uno de sus carteles italianos. «Feliz el ciudadano que forma parte de ella. Feliz quien puede decir de nuestros grandes hombres: ¡estos son mis amigos, mis hermanos!» También fue gracias a la Revolución, y a pesar de que sus tropas se aprovisionaban mediante el saqueo de las tierras conquistadas, como Napoleón consiguió granjearse el apoyo de influyentes sectores de la población local. A sus ojos, era más que un conquistador.

En un año, Napoleón puso de rodillas al reino de Piamonte-Cerdeña y expulsó a los austríacos de su provincia de Lombardía, y al cabo de unas semanas del golpe de estado de septiembre de 1797 consiguió forzar a Austria a capitular en Campoformio, con un tratado de paz que establecía la «República revolucionaria Cisalpina» en el norte de Italia, el primero de sus «estados satélites», y ratificó la adquisición de la orilla izquierda del Rin por parte de Francia. Pero por el mismo tratado los austríacos ganaban la República de Venecia y la costa dálmata, de modo que los franceses, que a estas alturas ya se habían ganado la antipatía de numerosos italianos por su comportamiento como ocupantes, parecían quitarles a los demás la libertad al mismo tiempo que se la ofrecían al mundo.

Fue el mundo, y no Europa, lo que inspiró la siguiente empresa bélica de

Napoleón —en su juventud, había descrito Europa desdeñosamente como una «topera»—, ya que cruzó el Mediterráneo y se dirigió a Egipto, y aunque su expedición fuese en realidad el sucedáneo aventurero de una campaña directamente contra Gran Bretaña, no carecía de romanticismo. Habiendo disfrutado de lo que luego llamaría «la época más bella de mi vida porque fue la más idealista», Napoleón regresó a Francia en octubre de 1799 como un héroe, incluso a pesar de que la aniquilación de la flota francesa en aguas egipcias en la batalla de Aboukir, en el delta del Nilo, en julio de 1798, hubiese acabado con sus grandes proyectos para ganarse la fama eterna en Oriente.

La demostración de la superioridad naval británica se repetiría más de una vez durante las largas guerras que sólo se interrumpirían en una ocasión antes de 1815, con motivo de la paz de Amiens en 1802; y el almirante inglés responsable de la victoria naval británica, Horatio Nelson, se convertiría luego en héroe popular británico: en la plaza principal de Londres, Trafalgar Square, así bautizada en honor de la victoria postrera de Nelson, se ubicaría una columna con su estatua. Napoleón, que seguía soñando con la conquista de tierras lejanas, decidió apostar por la guerra en tierra firme (tanto dentro como fuera de Europa), y la guerra ya nunca volvería a ser la misma después de él. Fue asimismo por culpa de la guerra por lo que Napoleón acabó perdiendo todo lo que había conquistado.

Todo ello aún estaba por llegar en 1798. No obstante, el ascenso de Napoleón al cargo de Primer Cónsul de Francia, un cargo nuevo de resonancias romanas, fue menos el resultado de sus intrigas que de las intrigas ajenas. A continuación, Bonaparte formó un gobierno a su gusto en forma de Consejo de Estado, en el que ningún ministro tenía autoridad independiente de la de Napoleón. Pese a todo, era un gobierno de base amplia, en el que figuraban Lucien Bonaparte, su hermano, como ministro del Interior; Talleyrand, un aristócrata de gran talento y flexibilidad que había participado tanto en la Revolución como en el exilio, como ministro de Asuntos Exteriores; Joseph Fouché, un veterano del «Terror» como ministro de Policía; y Martin Gaudin, un contable muy capaz, como ministro de Hacienda. Era una mezcla químicamente extraña, pero potente. Los generales quedaron sometidos a la acción del gobierno y dejaron así las manos libres a Napoleón, instalado en las Tullerías. De este modo se cumplió la profecía de Burke de que «los oficiales del ejército se amotinarán y se dividirán en bandos hasta que un general que entienda el arte de conciliar los ánimos de los soldados ... atraiga sobre sí las miradas ajenas». Un inglés muy diferente, Jeremy Bentham, que se había convertido en ciudadano francés a título honorario, dio su voto a Napoleón en 1799.

Antes de que pudiese haber paz en Europa, cosa que Napoleón consideraba necesaria, hasta el punto de que se lo había prometido a Francia, había que obtener otras victorias, ya que a los 14 meses de haber firmado el tratado de Campoformio, Austria lo había denunciado, y una Segunda Coalición, que incluía tanto a Rusia como a Gran Bretaña, empujó a los franceses de vuelta a sus fronteras «naturales». La coalición disponía de un potencial del doble de hombres que Francia. Las victorias del general ruso Suvorov en Italia destruye-

ron toda la labor de Napoleón en la zona, y las tropas rusas llegaron a penetrar en Suiza, que los franceses habían convertido en abril de 1798 en la República Helvética, al tiempo que se anexionaban la ciudad-estado de Ginebra.

Por suerte para Napoleón, el zar Pablo, sucesor de Catalina la Grande, estaba descontento con el comportamiento de sus aliados, sobre todo Austria, y, tras abandonar la Segunda Coalición, que carecía de una estrategia común, mandó regresar a sus tropas a finales de 1799. Después de este cambio de escena, Napoleón pudo derrotar a los austríacos (por muy poco) en Marengo en junio de 1800 y después, en diciembre, en Hohenlinden. El tratado de paz de Lunéville de febrero de 1801 hizo más que confirmar el de Campoformio: los austríacos reconocieron las Repúblicas Helvética, Cisalpina, Ligur y de Batavia, además de la anexión francesa de la orilla izquierda del Rin. Al mes siguiente, en virtud del tratado de Aranjuez, en Italia se creó un nuevo reino, el de Etruria, y una nueva república, la de Lucca, mientras que Nápoles cedía la isla de Elba a Francia. Después de neutralizar a Prusia y restablecer las relaciones con Rusia, Napoleón se dedicó a resolver los problemas menores de los países europeos de menor importancia durante los primeros meses de 1801. Además, firmó un concordato con el nuevo papa, Pío VII, en abril, y confirmó la cesión de la Luisiana por parte de España.

Sólo Gran Bretaña seguía mostrándosele hostil, pero Napoleón volvió a tener la suerte de su lado cuando William Pitt, que había llegado al poder envuelto en la polémica por ser hombre de confianza del rey, dimitió en 1801 del cargo de primer ministro que ocupaba desde 1784. Pitt continuó sirviendo al rey hasta el final, negándose a desbaratar los planes de Jorge III en Irlanda, donde los franceses habían protagonizado un intento frustrado de invasión en 1798, aunque Pitt había llegado a la conclusión de que la negativa del rey a autorizar la emancipación civil y política de los católicos era un error. El sucesor de Pitt, Addington, carecía de la experiencia y la habilidad de aquél, si bien se aprovechó, del mismo modo que Pitt, de que algunos antiguos simpatizantes de la Revolución, entre ellos Wordsworth, al llegar a principios del siglo XIX, estaban decepcionados con ella, y eran pocos (con excepciones como la de William Hazlitt) quienes simpatizaban con Napoleón.

Cualesquiera que fuesen las corrientes de opinión y fuera quien fuese Primer Ministro, la actitud oficial de la Gran Bretaña hacia Francia y hacia Napoleón fue, en líneas generales, simple y coherente: Francia era un viejo rival, que en los inicios de la rivalidad había sido mucho más fuerte que Inglaterra; y, sin tener que remontarse más allá del reinado de Luis XIV, Gran Bretaña había tenido que luchar para impedir que Francia dominase Europa. Pero luchar en tierra firme sólo se consideraba deseable en caso de necesidad, como había ocurrido cuando los franceses habían declarado el Escalda abierto a la navegación en 1792. A partir de entonces, la lucha marítima en un esfuerzo por limitar el dominio de Francia sobre Europa y garantizar el poderío británico en ultramar se convirtió en algo esencial. Para Pitt, esta interpretación de los hechos, que expondría claramente en 1804, era mucho más importante que cualquier ideología contrarrevolucionaria. Burke era adversario, no partidario, político

de Pitt cuando escribió sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa* en 1791. La política francesa en los Países Bajos fue lo que hizo que Pitt participase en la Primera Coalición. Y sería en esa zona, en Waterloo, cerca de Bruselas, donde se libraría la última y victoriosa batalla contra Napoleón.

Hubo un breve lapso de paz napoleónica después de la firma de la paz de Amiens por parte de Gran Bretaña en marzo de 1802. El tratado reconocía tácitamente la supremacía francesa en Europa, al tiempo que hacía lo propio con todas las conquistas británicas fuera de Europa. (El negociador británico, Cornwallis, había sido virrey de Irlanda, gobernador general de la India y comandante de las tropas inglesas en Yorktown durante la guerra de independencia de los Estados Unidos.) La paz no incluía un tratado de comercio, y sin él —como se quejaron sus críticos británicos desde el principio—, el artículo I, en donde se prometía paz y amistad entre Gran Bretaña y Francia, era una hipocresía. No obstante, ambos países deseaban la paz, y Napoleón quedó momentáneamente satisfecho: «en Amiens —diría luego— había conseguido la conquista moral de Europa».

La palabra «moral» plantea toda clase de cuestiones, al igual que la política nacional de Napoleón en Francia. «Se acabó la novela de la revolución —comentó en otro de sus muchos y peligrosamente memorables aforismos— y ahora tenemos que empezar su historia.» Como Primer Cónsul y, después de agosto de 1802, Cónsul vitalicio, consolidó muchos de los logros de la Revolución francesa, que se convirtieron en la base indispensable del poder del Estado napoleónico. El Consejo de Estado promulgó un nuevo Código Civil en 1804, en el que llevaba trabajando un comité de expertos desde 1800, y que fue completado ya durante el Imperio después de que el mismísimo Bonaparte presidiera 36 de las 84 sesiones del comité. El concordato de 1801 con el papa reconocía al catolicismo como la religión dominante en Francia, pero se mantuvo el sistema de tratar al clero como funcionarios a sueldo del Estado. La reforma a fondo de las instituciones de gobierno local llevó a la designación de prefectos para cada departamento, que obedecían las órdenes de la capital y estaban comprometidos con la reforma de la Administración.

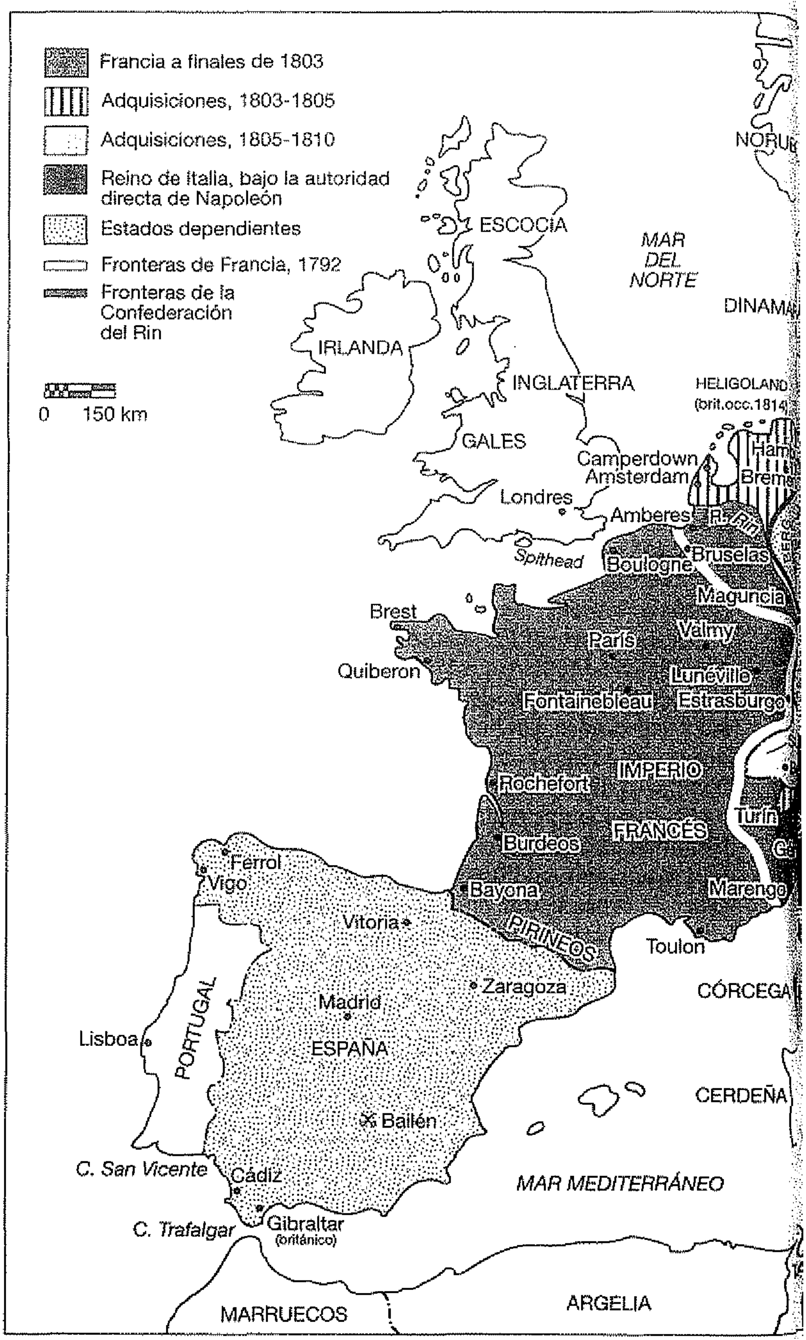
Napoleón no creía en la educación gratuita universal, pero el nuevo tipo de centros de enseñanza media que auspició —los liceos, el primero de los cuales data de 1801— sobrevivió a su régimen, al igual que los prefectos y que la Escuela Politécnica, una antigua institución de enseñanza para la elite, que cambió de nombre en 1795. La política educativa de Napoleón, dirigida por una «Universidad de Francia» que hacía las veces de ministerio de Educación, se ocupaba más de cómo trepar en la escala social que de la base y la cobertura de la misma. (El verdadero reformador de la pedagogía de la época, Pestalozzi, no trabajaba ni en Francia ni en Gran Bretaña, sino en Suiza.) La misma actitud quedó reflejada en la creación por parte de Napoleón de la nueva orden de la Legión de Honor en 1802. A la luz de todo ello, la decisión de Bonaparte de convertirse en emperador, anunciada en diciembre de 1804, no sorprendió ni a sus amigos, que competían unos con otros por adquirir títulos y figurar en la corte, ni a sus enemigos, revolucionarios o monárquicos, aunque consiguió

que el gran compositor alemán Ludwig van Beethoven, un año más joven que Napoleón, a quien no conocía, suprimiese la dedicatoria de la sinfonía *Heroica* a Bonaparte.

El propio Napoleón creyó siempre en sus escenificaciones, y después de convencer al papa para que asistiera a la ceremonia de su coronación en París en diciembre de 1804 tuvo mucho cuidado, en el momento más solemne de una ceremonia impregnada de historia, de ponerse él mismo la corona sin ayuda de nadie. Con anterioridad, había jugado con la insignia y la espada de Carlomagno, e incluso había reunido a la corte en la capital de Carlomagno, Aquisgrán. La «Ilustración» no contaba para nada en esta mezcla de ambición y fantasía. Pero tanto antes como después de convertirse en emperador, en cierto sentido, Napoleón estaba llevando la política del «despotismo ilustrado» a sus lógicas consecuencias, procurando unificar el proceder de la Administración y proporcionar al país un orden nuevo y eficaz, un proceso que inevitablemente iba a estar marcado por aciertos y fracasos. Antes de empuñar la espada de Carlomagno, Napoleón siempre había llevado la máscara de revolucionario, y se había granjeado mucho más el apoyo de las bases —el campesinado y la burguesía— que un «déspota ilustrado» de lo que el emperador José II, de la dinastía de los Habsburgo, jamás había logrado como monarca hereditario.

Pese a todo, en Francia se sacrificaron algunas libertades antes y después de 1804. Ya en enero de 1800 fueron suprimidos no menos de 60 periódicos parisienses, y al cabo de siete años sólo 8 de los 33 teatros de París no habían sido clausurados. Un biógrafo inglés de Napoleón, Herbert Butterfield, que rindió un elocuente homenaje a las reformas napoleónicas, señaló también que Napoleón disponía de «una maquinaria para la represión del individuo más temible que la que tenía a su disposición cualquier monarca absoluto». Napoleón inauguró un «tipo de gobierno más formidable como órgano de poder de lo que hubieran podido imaginar los antiguos feudalismos y los mal ajustados sistemas dinásticos».

Napoleón lo sabía, pero fue siempre consciente de su falta de «legitimidad». En palabras del historiador alemán Fritz Hartung, «al imperio de los Bonaparte le faltaba seguridad interior: tenía que estar constantemente preparado para nuevas conmociones». Desde luego, los sistemas dinásticos «mal ajustados» fueron uno de los ingredientes de la política de Napoleón, ya que puso en el trono de los estados satélites a los miembros de su propia familia, a quienes los miembros de las antiguas familias reales consideraban unos advenedizos, y en 1810 se divorció de su esposa, Josefina, que no le había dado hijos, y se casó con María Luisa, la hija del emperador de la casa de Habsburgo. Napoleón había humillado a los Habsburgo en más de una ocasión, pero nunca tuvo la suficiente confianza en sí mismo como para prescindir de ellos. Además, era consciente de la existencia de ciertas constantes ominosas: al igual que muchos emperadores del Sacro Imperio antes que él, Napoleón pensaba tanto en Italia como en Alemania. Cuando María Luisa le dio su tan deseado hijo, el niño recibió el título de «rey de Roma», e incluso en la cuna su afectuoso padre lo llamaba siempre «el rey».



MAPA 1. Europa en el momento culminante de Napoleón.


FINLANDIA
SUECIA
MAR BÁLTICO
RUSIA
Copenhague
Danzig (Rep.)
Tilsit
BORNHOLM
Friedland
PRUSIA
GRAN DUCADO DE VARSOVIA
Posen
Varsovia
Berlín
SAJONIA
SILESIA
R. Oder
Cracovia
R. Dniéper
Dresde
R. Elba
Praga
GALITZIA
BOHEMIA
Austerlitz
AUSTRIA
IMPERIO
R. Dniéster
MOLDAVIA
Wagram
Presburg
Viena
HUNGRÍA
TRANSIL-VANIA
TIROL
AUSTRÍACO
Venecia
VALAQUIA
MAR NEGRO
BOSNIA
SERBIA
R. Danubio
MAR ADRIÁTICO
IMPERIO
Bósforo
Constantinopla
MONTENEGRO
Roma
NÁPOLES
ASIA MENOR
Dardanelos
Nápoles
ALBANIA
OTOMANO
Janina
Esmirna
Maida
Palermo
ISLAS JÓNICAS (francesas)
MOREA
SICILIA
MALTA (británica)

El paso de Cónsul vitalicio a emperador hereditario nunca le resultó difícil a Napoleón, aunque en el intervalo un tribunal militar totalmente manipulado representó una parodia de juicio contra el joven príncipe de la casa de Borbón, el duque de Enghien, heredero al trono, acusándolo de conspiración. Su condena a muerte significó que Napoleón, al igual que todos los revolucionarios que lo habían precedido, había derramado sangre real. Así fue como accedió al trono; pero un trono de verdad, hasta el punto de que un irlandés que visitó la corte napoleónica afirmó que era mucho más esplendorosa que la antigua corte francesa. En ella se encontraba a más individuos no pertenecientes a la nobleza que en la corte de Luis XVI.

Napoleón era sensible a los lazos de unión con el pasado tanto monárquico como con el revolucionario. Así, por ejemplo, cuando fue a la catedral de Nôtre-Dame para celebrar la firma del concordato con el papa antes de ser coronado emperador, Napoleón llevó el diamante Regente que Luis XVI había llevado en la apertura de los Estados Generales en 1789. Algunos de sus chambelanes habían servido a Luis XVI. El artista Isabey, que había pintado miniaturas de las damas de María Antonieta, realizó dibujos para el emperador y diseñó trajes prácticos. También se daría una continuidad con el futuro: el arquitecto oficial de Napoleón, Pierre Fontaine, serviría luego a Luis XVIII, Carlos X... y Luis Felipe.

Fuera de la corte, Napoleón encaraba el futuro de otro modo. Creía en las ciencias naturales y las protegió: un informe oficial de 1808 sobre el progreso de la física y las matemáticas desde 1789 hacía balance de lo que se había conseguido y lo que aún faltaba por conseguir. Napoleón se encontraba más a gusto hablando con ingenieros que con artistas, y mejoró mucho las carreteras y puentes de Francia y del imperio. Estaba especialmente orgulloso de las carreteras de montaña que recorrían los puertos de los Alpes que unían Francia con Italia. También reconstruyó la carretera en cornisa de la costa mediterránea que unía Niza con Génova, y que Napoleón había seguido cuando invadió Italia a petición del Directorio.

Las limitaciones de Napoleón como gobernante «ilustrado» resultaron evidentes sobre todo en su política comercial y económica. El Banco de Francia se fundó en 1800, y tres años más tarde se le dio el monopolio de la emisión de billetes de banco. Por otro lado, el sistema de recaudación de impuestos fue finalmente objeto de un importante reajuste, aunque sin que se crease un impuesto sobre la renta en Francia, mientras que Pitt ya lo había implantado en Gran Bretaña. Napoleón creía en la solvencia, pero fueron los fondos obtenidos en los países ocupados los que le permitieron mantener los impuestos en Francia sin aumentarlos hasta 1813. Jamás aceptó los argumentos a favor del librecambio, y cuando los británicos propusieron el retorno a los bajos aranceles de 1786 después de la firma de la paz de Amiens, que apenas duró un año —la ocupación británica de la isla de Malta fue el pretexto de la ruptura—, Napoleón se negó; sin embargo, autorizó la exportación de cereales a Gran Bretaña para compensar las deficiencias en el sistema nacional de aprovisionamiento incluso en período de hostilidades entre ambos países y cuando se encontraba

preparando la invasión de Inglaterra. El «bloqueo continental» napoleónico, introducido en 1807, fue un intento de cerrar el conjunto de Europa a los ingleses, pero los barcos británicos recurrieron a una serie de trucos, como la navegación bajo pabellón extranjero, el contrabando y el soborno puro y duro, para romper el bloqueo. Las tentativas británicas, por real decreto, de controlar el tráfico internacional y registrar los barcos neutrales en alta mar proporcionaron a los Estados Unidos la excusa para declarar la guerra a Gran Bretaña en 1812, aunque la guerra fue tan poco concluyente como el tratado de Gante que le puso fin, pues carecía de los alicientes que había tenido para Francia la guerra de independencia de los Estados Unidos.

Napoleón se dio perfecta cuenta de la importancia de la industria, sobre todo la que contaba con una base tecnológica, y, en consecuencia, consiguió promover la producción de materiales que reemplazasen a los que no podía importar; por ello, acogió muy favorablemente la invención de un nuevo proceso químico para la fabricación de sosa a partir de la sal. También estaba al tanto de los progresos de la industria textil, y en 1806 el Estado adquirió la patente del nuevo telar de Jacquard, que perpetuó la superioridad de Francia en la fabricación de sedas. A consecuencia de todo ello, la expansión industrial de Francia alcanzó un nivel preocupante a los ojos de los industriales británicos, muchos de los cuales pusieron serias objeciones al real decreto ya mencionado. Pero el desarrollo industrial francés, que carecía de ímpetu en la base, distaba mucho de constituir una «revolución industrial», y no afectó a la producción de hierro. Tampoco le sirvió de nada a Napoleón que la economía británica presentara síntomas de graves tensiones en 1811 y 1812, que estimularon el radicalismo ideológico tanto de los empresarios como de los trabajadores. La combinación británica de poderío naval e industrial demostró ser inmensamente superior a cualquier alternativa que Francia pudiera ofrecer.

El «bloqueo continental», que se vino abajo en 1813, no fue una idea original de Napoleón, como tampoco lo fueron muchos de los planes concretos que configuraron el imperio napoleónico. De hecho, Napoleón no tenía un esquema general de política exterior, sino que los temas se abordaban de uno en uno, con una impaciencia que acabó degenerando en un deseo de abarcar más de lo posible. Tras el fracaso de la invasión de Inglaterra en 1804, Napoleón regresó a Italia. Como emperador, difícilmente podía seguir siendo «presidente de la República Cisalpina», pero cuando optó por el título de «rey de Italia» (fue coronado en Milán en mayo de 1805), su elección despertó las lógicas iras del reaccionario rey de Nápoles y del emperador de Austria, que consideraron que la adopción del título atentaba contra el tratado de Lunéville. En agosto de 1805 Gran Bretaña, Austria y Rusia formaron la Tercera Coalición, y los ejércitos que Napoleón confiaba que invadieran Inglaterra tuvieron que correr de un lado a otro de Europa para derrotar a los austríacos en Ulm y a austríacos y rusos en Austerlitz. Ambas batallas fueron grandes victorias, pero 1805 fue también el año de la batalla de Trafalgar, en la que pereció Nelson, pero un tercio de los barcos de Francia y de su aliada, España, no volvieron a puerto.

La batalla de Trafalgar se libró el 21 de octubre, la de Austerlitz el 2 de di-

ciembre. El tratado de Presburgo, firmado a continuación, humilló a los austríacos, que se vieron obligados no sólo a reconocer los títulos de Napoleón, sino a cederle Venecia y la costa dálmata. Pronto empezaron a cederse territorios como si nada —a menudo bajo amenazas o para cumplir con lo prometido—, y después de que Austria cediera el Tirol a Maximiliano José, rey de Baviera, en Presburgo, el ducado de Berg y Cleves fue cedido al cuñado de Napoleón, Joachim Murat. En 1806 asignaron el reino de Nápoles a su hermano José, y se creó un nuevo principado, el de Neuchatel, en Suiza, para el general Berthier. Mientras tanto, los holandeses se vieron obligados, bajo la amenaza de anexión, a aceptar como rey a otro hermano de Napoleón, Luis.

Los apartados del tratado de Presburgo relativos a Alemania, sobre todo el fin del Sacro Imperio Romano Germánico y la creación de la Confederación del Rin, consiguieron irritar a los prusianos, que antes se habían mantenido neutrales, y su irritación no disminuyó con la cesión en su favor de Hannover, territorio gobernado por la familia real británica, que desde 1714 era la Casa de Hannover. Así pues, Prusia entró en guerra en 1806, para ser derrotada por Napoleón en persona en Jena y por uno de sus generales en Auerstadt. Dos semanas después de Jena (14 de octubre) entraron las tropas francesas en Berlín, encabezadas por Napoleón, y, según se dice, se afilaron los sables en la estatua de Federico II. Rusia resultó ser más problemática. La sangrienta batalla de Eylau no fue decisiva, pero la victoria napoleónica en Friedland el 14 de junio de 1807 obligó a los rusos a pedir un armisticio, y se vieron involucrados en uno de los acontecimientos más fascinantes de toda la era napoleónica: una entrevista en privado entre Napoleón y el zar Alejandro I en una balsa en mitad del río Niemen en Tilsit.

Por un momento pareció como si ambos hombres estuvieran sellando allí el destino del conjunto de Europa. Llegaron a un acuerdo sobre Prusia, permitiendo al rey que conservara el trono, y sobre Turquía, prescindiendo sin ningún escrúpulo de la vieja alianza francoturca y repartiéndose el botín turco. Se creó el Gran Ducado de Varsovia, y Jerónimo, hermano de Napoleón, se convirtió en rey de Westfalia. En cuanto a Gran Bretaña, sin embargo, no pudieron hacer más que preparar el terreno para una alianza antibritánica que firmaron en secreto ese mismo año. Ambos soberanos esperaban atraer a la lucha a todas las pequeñas potencias navales, incluyendo a Portugal, Dinamarca y Suecia, en una especie de cruzada al revés, para crear un sistema de «estados federados», en palabras de Napoleón, «un auténtico imperio francés». Pero sus esperanzas se vieron frustradas cuando los británicos tomaron la iniciativa y en septiembre de 1807 bombardearon Copenhague, que ya había sido bombardeada por los británicos en 1801, de modo que, dos meses después de Tilsit, todo lo que quedaba de la flota danesa, la mayor de las «flotas menores» de Europa, estaba en manos británicas. Se repetía así un esquema ya conocido: la tierra en manos francesas; el mar, en manos británicas.

Era poco probable que los acuerdos de Tilsit entre Francia y Rusia durasen más que el tratado de Presburgo con Austria, pero Napoleón empezó a considerarse por encima de cualquier ley moral, como si en el fondo fuera invenci-

ble. Así, cuando los portugueses se negaron a cerrar sus puertos a los barcos británicos —y Portugal era el aliado más antiguo de Inglaterra—, Napoleón firmó un pacto secreto con España para repartirse Portugal, que invadió en octubre de 1807. Lisboa fue puntualmente ocupada por las tropas del general Junot, pero al hacer gala de insensibilidad e ignorancia de los intereses y susceptibilidades de los españoles y los portugueses, Napoleón pronto se enfrentó a una revuelta popular en la Península Ibérica. El derrocamiento de los Borbones y el ofrecimiento del trono español a su hermano José en el verano de 1808 —Murat pasó a ocupar el lugar de éste en el trono de Nápoles— no resolvió nada, y el mismo Napoleón comentaría después que fue «la úlcera española» lo que «me destruyó».

Fue en la Península Ibérica, y no en los Países Bajos, donde las fuerzas terrestres británicas —esta vez, en lugar de las marítimas— agotaron las energías de Napoleón. El general británico Arthur Wellesley —un irlandés que gracias a la guerra se convirtió en duque de Wellington— siguió una estrategia de gran eficacia. También fue en la Península Ibérica donde la tenacidad y la magnitud de la resistencia popular en Europa demostró que no todos los que carecían de poder estaban dispuestos a responder positivamente a la propaganda revolucionaria de Napoleón. En el resto de Europa, hasta Polonia por el este, donde su política acabaría provocando las iras de Alejandro I, los ejércitos de Napoleón llevaban un mensaje que podía atraer el apoyo tanto de la burguesía como del campesinado, pero en España no consiguió granjearse más que las simpatías de un reducido sector de la burguesía. Mientras tanto, como consecuencia directa del desplazamiento de la *grande armée* de Napoleón a España, se produjo un reagrupamiento de las grandes potencias que aún le eran hostiles. Austria declaró la guerra a Francia en abril de 1809, tres meses después de que Madrid capitulase ante Napoleón.

No fue una acción decisiva, porque Napoleón ganó la batalla de Wagram en julio de 1809, y después de ocupar Viena obligó a los Habsburgo a ceder territorios. Se produjo una nueva distribución de los mapas de Italia y Alemania. Pero esta vez la victoria napoleónica incluyó un ingrediente nuevo: sonaron campanas de boda. El emperador Napoleón se casó con María Luisa, hija del hombre que había sido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Francisco I. La corte de Napoleón se trasladó a Dresde, capital del reino de Sajonia, donde, en su calidad de anfitrión, el emperador guerrero recibió pleitesía de Francisco I y del rey de Prusia. A continuación, sus ejércitos se dirigieron hacia la frontera con Rusia. Napoleón diría más tarde que el destino lo guió hacia el este, pero ese fue su error más grave y la causa de su derrota final. Sus ejércitos eran inmensos, e incluían a miles de soldados de muchos lugares de la Europa napoleónica además de Francia: entre ellos había austríacos y prusianos, y a Francisco I le hubiese gustado unirse a ellos.

Dresde, una de las ciudades más hermosas de Europa, era un excelente observatorio. Las fronteras de los territorios gobernados directamente por Francia ahora iban desde más al sur de los Pirineos hasta el Báltico y desde el mar del Norte hasta la costa dálmata, y dentro de esta inmensa, aunque caótica,

extensión había otras grandes ciudades, tan grandes, importantes y distintas como Amsterdam, Barcelona, Hamburgo, Florencia y Roma. Pero con eso no le bastaba a Napoleón, y todo se iría al traste mientras sus soldados luchaban en Rusia en 1812 y 1813 y entraban en Moscú en septiembre de 1812 para no ver más que cómo ardía, de acuerdo con las órdenes del comandante supremo de las fuerzas rusas.

La retirada de Moscú en pleno invierno fue terrorífica. Durante la misma, Metternich, el canciller austríaco, que había sido embajador en París, le ofreció a Napoleón la posibilidad de un tratado de paz que hubiera garantizado las «fronteras naturales» de Francia: el Rin, los Alpes y los Pirineos. De hecho, en lo tocante a Francia, el mapa de Europa habría vuelto a ser el mismo que en el primer año del Directorio, con Bélgica, la orilla izquierda del Rin y Niza-Saboya en manos de Francia. Napoleón lo rechazó: para él, el imperio era más que Francia, y la hegemonía era algo más que la tranquilidad.

Su final fue tan dramático como su comienzo. En octubre de 1813, la recién formada Cuarta Coalición, con Austria, Rusia, Prusia y Gran Bretaña, derrotó a Napoleón cerca de Leipzig —aún muy lejos de las fronteras naturales de Francia— en una batalla que pasó a conocerse como la batalla de las Naciones, y en la que murieron por lo menos 50.000 franceses. Napoleón obtuvo nuevas victorias frente a Prusia, pero París se rindió a los aliados a finales de marzo de 1814, y Napoleón abdicó al cabo de dos semanas. Lo exiliaron en la diminuta isla de Elba, en su Mediterráneo natal —una isla mucho más pequeña que la Córcega de sus orígenes—, y ese podría haber sido el final de la historia de no haberse tratado de Napoleón, que, en cambio, huyó, desembarcó en la costa sur de Francia e hizo un llamamiento a los franceses para que se unieran a su causa. Los aliados habían restaurado a un Borbón, Luis XVIII, hermano de Luis XVI, en el trono francés, pero fue tan incapaz de contrarrestar el hechizo de Napoleón como los pocos revolucionarios demócratas que habían sobrevivido en 1799. En 1815 Napoleón tuvo que hacer hincapié en su compromiso personal con la Revolución, como ya había hecho en 1799: «No soy un déspota militar, sino el emperador de los campesinos. Yo represento al pueblo de Francia».

Pero lo que contaba en 1815 no era Francia, sino Europa, y el 17 de junio, en Waterloo, las fuerzas británicas, prusianas, austríacas, holandesas y belgas volvieron a encontrarse del lado ganador. Napoleón abdicó una vez más, y se rindió, esta vez —como si le hubiera sido predestinado— al comandante de un barco de guerra británico. Lo exiliaron a Santa Helena, una islita del Atlántico sur, donde murió en 1821, cuando sólo contaba 51 años de edad. Sus guardianes se negaban a entregarle los libros y cartas dirigidos al emperador Napoleón, sino que optaron por la fórmula «general Bonaparte». Napoleón se pasó gran parte del tiempo urdiendo fantasías sobre lo que había hecho, lo que hubiera querido hacer y lo que hubiese podido hacer. Este era su único lamento: «Le pedí veinte años al destino, y sólo me concedió trece».

BALANCE SOCIAL: PÉRDIDAS Y GANANCIAS

Los historiadores han escrito sobre la Revolución francesa y Napoleón —y la revolución industrial— desde perspectivas muy diferentes de las que ofrecían Dresde, cuyo centro histórico sería destruido por una coalición de aliados muy diferentes en 1945, o Waterloo, en las afueras de Bruselas, donde la Comisión Europea dictaría sus normas de alcance europeo a finales del siglo XX. Las transformaciones revolucionarias afectan a gentes y grupos diferentes, sea cual sea su país, de modo diferente: para algunos, significan la muerte, para otros, el poder; para algunos, privaciones; para otros, la liberación; para muchos más, confusión.

Un aristócrata en Francia después de 1790 —si hubiera sobrevivido a la guillotina— habría sido consciente, ante todo, de la pérdida de privilegios. La vida ya no sería la misma aunque volviera a casa. A un abogado francés en 1789 se le habrían abierto nuevas oportunidades, como le pasó a Robespierre. Los méritos propios podían hacerle avanzar en «una carrera abierta al talento». Un campesino francés, es probable, aunque no seguro, hubiera salido ganando económicamente con los decretos revolucionarios, y, de hecho, a algunos campesinos les fue muy bien. Un soldado francés —si hubiera sobrevivido a las guerras— habría visto más lugares de Europa que la mayoría de los franceses antes o después; sin embargo, muchísimos soldados y marineros de ambos lados resultaron heridos o muertos. Un *sans-culotte*, alguien muy pobre, habría tenido serias dudas en 1800, al cabo de diez años de revolución, en gran parte violenta, sobre si vivía mejor o no, aunque quince años más tarde es probable que lo creyera si vivía en el París de Napoleón, con su corte incluida.

Hubo algunos momentos durante la Revolución en que los decretos revolucionarios habían favorecido a los *sans-culottes*, y había habido revolucionarios como el joven y ardoroso Saint-Just, que afirmó que «los infelices» (*les malheureux*) eran «la fuerza de la tierra» (*la puissance de la terre*). Napoleón no pensaba así; sin embargo, en todos los países europeos existía el equivalente de los *sans-culottes*, al igual que había aristócratas y abogados, y a los abogados también les iban las cosas viento en popa en Gran Bretaña.

La Revolución francesa y la revolución industrial británica pueden compararse de modo semejante: por sus efectos sobre distintos grupos de gente (ricos y pobres: aristócratas, campesinos y burgueses) y sobre distintas partes del país. En Gran Bretaña, uno podía regodearse como fabricante con la potencia del vapor, comparándola con la potencia de los caballos —y aprovecharse de ella— o, en el caso de los obreros industriales de las nuevas industrias algodoneras, acusar la enorme pérdida de independencia personal, a pesar de la mejora de la propia situación económica. ¿Se podía estar mejor económicamente y seguir sin ser libre? Norteamérica fue la primera en plantearse la cuestión y apuntar hacia nuevas posibilidades antes que Europa.

Los efectos de la industrialización siempre han sido tan polémicos como los de la Revolución francesa, aunque nadie pueda dudar del crecimiento sin

precedentes de la producción. El poeta y biógrafo inglés Robert Southey, fascinado al principio por el «estallido» de la Revolución francesa, pero crítico desde el principio con el avance de la revolución industrial, escribió en tono apasionado sobre ambos temas, y llegó a redactar una biografía popular de Nelson. Sus afirmaciones suscitaron la polémica acerca de ambas revoluciones durante los siglos XIX y XX. En concreto, irritó al gran historiador *whig* del siglo XIX Thomas Babington Macaulay, que estaba de acuerdo con los resultados de la Revolución francesa, pese a deplorar su violencia. Macaulay se quejó de que Southey no se hubiera «inclinado a estudiar en detalle» la historia del desarrollo industrial, comparando «una comarca con otra o una generación con otra». Su preferencia por «los rosales y los malos sueldos» en lugar de «las máquinas de vapor y la independencia» era sentimental. Pero había mucha gente, no únicamente los pobres, que estaba del lado de Southey.

Por lo que se refiere a la Revolución francesa, no tiene nada de sentimental el siguiente veredicto positivo de 1814 —pronunciado antes de Waterloo— en el sentido de que «la Revolución ha proporcionado un sistema más conforme con la justicia y más adecuado a los tiempos que corren. Ha reemplazado la arbitrariedad con la ley, los privilegios con la igualdad; ha liberado a los hombres de las diferencias de clase; a la tierra, de las barreras de las provincias; al comercio, de las cadenas de las corporaciones ... a la agricultura, de la sumisión feudal y la agresión del diezmo; a la propiedad, de las trabas del mayorazgo, y lo ha reducido todo a un estado, un sistema legal y un pueblo».

Era un lenguaje moderado, aunque la última frase planteara interrogantes fundamentales sobre el papel del estado, que era mucho más fuerte en Francia que en Gran Bretaña. Y el lenguaje que se utilizaba para hablar de las transformaciones en la industria también era en buena parte mesurado como no lo eran los juicios de Southey. Las estadísticas servían como vara de medir, cosa que el propio Napoleón sabía; sin embargo, era más habitual que los políticos revolucionarios prodigasen con más entusiasmo las palabras que las cifras, y la mayor parte del lenguaje de la Revolución francesa fue tan intenso como los mismos acontecimientos. Uno de los problemas de las estadísticas es su selectividad: es posible que no tengamos cifras básicas. Otro problema es cómo interpretarlas. En el siglo XX se produjo un acalorado debate sobre el nivel de vida en las primeras décadas de la industrialización. Algunos sectores de la mano de obra, sobre todo los tejedores manuales, salieron perjudicados de forma catastrófica. En cambio, la mayoría de trabajadores especializados —y había demanda de nuevas especialidades— salió ganando. La situación variaba de una región a otra, y dentro de una región, como en la zona industrial de Lancashire, de pueblo en pueblo. Los medios de distribución eran limitados y los precios variaban a nivel local. Hay que tener en cuenta otros datos, de tipo cualitativo y no cuantitativo, a la hora de valorar el nivel de vida. Y las diferencias cualitativas también se refieren a los efectos de la industrialización sobre la comunidad y el medio ambiente.

En Gran Bretaña tampoco puede ser completo ningún análisis de la revolución industrial que no evalúe su impacto sobre el trabajo de las mujeres y los

niños y en la estructura familiar. La sustitución del trabajo doméstico por el trabajo en la fábrica, asociado con el surgimiento de la máquina de vapor, convirtió a mujeres y niños en asalariados que cobraban menos que los hombres y eran empleados precisamente por eso; no obstante, había más empleados domésticos que obreros del ramo del algodón, de modo que casos como el de Lancashire (y después algunas zonas del West Riding de Yorkshire) eran excepcionales.

En Francia las mujeres figuraron en un lugar destacado en la mitología heroica de la Revolución, y desempeñaron un papel fundamental en la marcha a Versalles del 5 de octubre de 1789, como observó Dickens en su novela *Historia de dos ciudades*, haciendo calceta y conspirando mientras sus maridos y amantes mataban. (Charlotte Corday pasó a la historia por el asesinato del convencido revolucionario J. P. Marat en la bañera.) Sin embargo, los clubes femeninos de París fueron disueltos en 1793, y desde 1795 en adelante no se admitió a mujeres solas en la galería de espectadores de las Asambleas Nacionales. Si bien la Revolución había prometido participación política a todo el mundo, excluyó a las mujeres de la vida pública de acuerdo con argumentos biológicos, y no políticos: debido a su constitución física. La guerra, naturalmente, ya fuese revolucionaria o contrarrevolucionaria, reforzó el papel de apoyo de las mujeres. Mientras sus maridos e hijos estaban fuera, ellas tenían que arreglárselas. Era frecuente verlas dirigir negocios. En las provincias católicas, las mujeres eran las principales defensoras de la antigua fe. En Burdeos, por ejemplo, cuando una valiente mujer de la familia Fumel, propietaria de los grandes viñedos de Haut Brion, que había sido encarcelada por motivos religiosos, fue guillotinada ante los ojos de su padre, se convirtió de inmediato en mártir, igual que María Antonieta.

Es necesario que los historiadores investiguen más la historia de ambos sexos en los años de la Revolución, y también lo era, hasta hace muy poco, en relación con las consecuencias sociales de las dos revoluciones, la política y la económica, para «los pobres» de la ciudad y del campo, que tanto en Francia como en Gran Bretaña no estaban sujetos a impuestos directos, pero nunca se vieron libres de privaciones, y en un «mal año» de malas cosechas o en el que no hubiera trabajo (ambas cosas estaban interrelacionadas), se veían sumidas en la miseria más absoluta. Sus «anales» de la época los compilaron sobre todo otras personas, en las actas judiciales, los registros de los hospitales y los depósitos de cadáveres, los informes de los curas y de los responsables de las organizaciones benéficas, y a veces en encuestas oficiales. Los pobres no formaban un grupo homogéneo ni en Francia ni en Gran Bretaña.[5] Algunos siempre fueron pobres, otros, en especial los jóvenes, disfrutaban de una gran movilidad en su búsqueda de alimento y trabajo. Algunos se convirtieron en mendigos. En Rusia y otras zonas de la Europa oriental, muchos de ellos eran siervos de la gleba, atados por un sistema que en el siglo XIX pasaría a ser anacrónico.

En Gran Bretaña, donde el sistema cambió antes de la Revolución francesa, sir Frederick Eden escribió un libro de valor incalculable, *The State of the Poor*

(La situación de los pobres) en 1794, en el que observaba que los pobres eran a menudo víctimas de la política de cercado de las tierras promovida por el Parlamento, que cambió tanto sus vidas como el paisaje. Y fue Arthur Young quien, pese a toda su fe en la mejora de la agricultura, recogió las voces de los campesinos que se quejaban de que «lo único que sé es que yo tenía una vaca, y una ley del Parlamento me la ha quitado». Algunos de ellos lucharon encarnizadamente —y continuaron luchando— por sus derechos tradicionales, pero sucumbieron ante el poderío de los propietarios. Mientras tanto, gracias a la Revolución, los campesinos franceses, que constituían el 80 por 100 de la población, habían adquirido nuevos derechos, pero se habían convertido en un grupo aún menos homogéneo que los nobles hacia los que, antes de 1789, se suponía que debían mostrar deferencia sin rechistar. Uno de cada cinco campesinos ya era jornalero antes de la Revolución. En Inglaterra había pocos productores independientes: los *yeomen* (pequeños terratenientes) no eran propietarios más que del 10 por 100 de las tierras en la última década del siglo. No obstante, había aparceros acaudalados, algunos de ellos muy interesados en las nuevas técnicas agrícolas, del mismo modo que muchos de los hidalgos propietarios de tierras o incluso algunos aristócratas. Al mismísimo rey Jorge III no le desagradaba que lo llamasen «Jorge el Granjero».

Los ingleses no utilizaban la palabra «nobleza», un vocablo que en los demás países europeos aparecía escrupulosamente definido en los textos jurídicos, sobre todo en la Europa oriental, y que definía a un sector de la población especialmente amplio en España. Los prusianos tenían una nobleza poderosa e inmovilista, los *junkers*, de cuyo servicio al Estado dependían los reyes de Prusia. En Gran Bretaña se prefería el término «aristocracia», y algunos aristócratas se beneficiaron notablemente de su participación en la industria, mientras que otros ingresaron en el mundo del comercio por vía matrimonial, aunque no tantos como decían algunos de sus contemporáneos. Todos ellos reconocían que, incluso en lo tocante a la propiedad de tierras, ellos no eran los únicos hombres influyentes. Los *squires*, hidalgos rurales, algunos de ellos con una gran independencia de criterio, compartían el poder político y social a nivel local. Eran magistrados y a veces propietarios de beneficios eclesiásticos, y eran ellos, y no los aristócratas, quienes desconfiaban más en Inglaterra de los nuevos ricos que surgían de la City de Londres y de las nuevas comarcas industriales, muchos de los cuales no deseaban más que convertirse, a su vez, en *squires*. Fueron también los *squires* quienes más se enorgullecieron de la derrota de Napoleón, que representaba todo lo que les resultaba más odioso.

Capítulo II

ORDEN Y MOVIMIENTO, 1815-1848

La restauración: ¿idea o realidad?

Después de las grandes conmociones que experimentó Europa entre 1789 y 1815 nada podía volver a ser lo mismo. La experiencia de la revolución y la guerra había calado tan hondo y la había compartido tanta gente, aunque de forma desigual, que no era fácil que se olvidara. Pero no todo el mundo quería olvidar. En realidad, antes incluso de morir en 1821, Napoleón se convirtió en una leyenda que aún tenía la capacidad de conmover a los hombres. En su *Memorial*, escrito en Santa Helena, Napoleón culpaba a todo el mundo menos a él de su derrota, como había hecho durante los Cien Días, y afirmaba que, de haber resultado él victorioso, Europa habría sido una «federación de pueblos libres» agrupados en paz eterna alrededor de la Francia ilustrada. «Parece que había algo en el aire de Santa Helena —escribió en el siglo XIX un político inglés—, que atacaba a la pura verdad.» Y cuando Napoleón, a quien rara vez le había importado «la pura verdad», decidió presentarse a sí mismo en sus últimos años como revolucionario y liberal, los aspectos de su carrera que no encajaban con esta imagen fueron debidamente olvidados.

Había revolucionarios y liberales en la mayoría de países de la Europa posnapoleónica. Ambos grupos creían que la labor emprendida en 1789 debía continuar. Los primeros solían ser profesionales en sus opiniones y desinhibidos en sus métodos, mientras que los segundos intentaban conservar las conquistas positivas para la libertad humana resultantes de 1789, evitando al mismo tiempo los «excesos revolucionarios». No confiaban en las conspiraciones, sino en el «constitucionalismo».

Un italiano, Filippo Buonarroti, se convirtió en el revolucionario profesional por antonomasia de la época, en un mundo de espías y agentes provocadores. Nacido de noble cuna en Toscana en 1761, había sido admirador primero de Robespierre, después de Babeuf, y atrajo a discípulos y seguidores de países que iban desde Polonia a Italia y de Bélgica a España. Otro profesional, Auguste Blanqui, nacido mucho más tarde, en 1805, estaba enamorado de la revolución.

Blanqui dividió a sus camaradas conspiradores en Años, Estaciones, Meses, Semanas y Días, respetando por lo menos en eso el calendario prerrevolucionario. El nombre de su cabecilla era Domingo.

No había nada de «liberal» en semejantes actividades, pero la palabra «liberal», incluso con L mayúscula, se estaba incorporando a la política cotidiana de varios países europeos. Uno de los primeros ejemplos de su uso se encuentra en España: Southey hablaba en 1816 de los «liberales»,* y cuatro años más tarde, en París, se comparaba a los *libérals* con los ultras. En 1822 apareció en Londres un periódico con el nombre de *The Liberal*, y posteriormente, en la misma década, los miembros más «liberales» del gabinete conservador de lord Liverpool, que desempeñaba su cargo desde 1812, formaban grupo.

Los partidos políticos aún se encontraban en fase embrionaria, pero gracias a su desarrollo posterior, el liberalismo, en sus múltiples versiones, con el apoyo de la prensa periódica, se convirtió en una fuerza política importante. Para algunos liberales, como, por ejemplo, los que vivían en los grandes puertos de Europa, la libertad económica parecía una causa más urgente que la libertad política, o bien la una iba inextricablemente unida a la otra. Los liberales de las grandes ciudades, en cambio, hacían hincapié en la libertad de reunión y de expresión.

Entre tanto, antes del surgimiento de partidos políticos que actuasen de forma libre y continuada, las protestas políticas se basaban en los disturbios en aquellos países que no tenían constituciones liberales, y en plataformas de agitación y de presión en los países que sí las tenían. En Gran Bretaña, al igual que en Francia, las protestas urbanas eran más habituales en los años en que coincidían las malas cosechas con un aumento del paro. En palabras de William Cobbett, un radical inglés que no era en absoluto liberal, pero que había pasado varios años formándose en Norteamérica, era difícil agitarse con el estómago lleno, un comentario de aplicación universal. Al mismo tiempo, muchos liberales tenían tanto miedo de la presión de las clases inferiores —ya fuesen de la ciudad o del campo— como de las autoridades superiores.

El descontento en el campo solía adoptar formas poco refinadas, entre ellas los incendios provocados, incluso en Inglaterra; y en el continente europeo, donde los campesinos aceptaban el trabajo agotador y la pobreza con resignación, era más difícil que participasen en protestas públicas que los habitantes de las ciudades. Además, cuando participaban, era para exigir soluciones a escala local. Su religión, de carácter popular, ya fuera católica, protestante u ortodoxa, era para ellos una fuente de consuelo. No obstante, en 1820 campesinos mafiosos sicilianos irrumpieron en las calles de Palermo reivindicando la autonomía, y los jornaleros asustaron al gobierno reformista *whig* del conde Grey antes y después de la ley de Reforma de 1832.

Los años posteriores al final de las guerras napoleónicas fueron particularmente desoladores en la mayor parte de Europa, como volverían a serlo los últimos años de la década de 1820, lo que demostró que la paz podía ser tan dura

* En castellano en el original. (*N. del t.*)

como la guerra. En Francia en 1816 la cosecha fue tan mala que hubo que importar grandes cantidades de cereales de Inglaterra, y el temor a una mala cosecha en ambos países hizo subir el precio del pan en 1818. Además, el paro en las ciudades era elevado. En 1817, mientras se organizaban manifestaciones radicales en las nuevas ciudades industriales de Gran Bretaña, las autoridades de la antigua ciudad industrial de Lyon, sometida a las fluctuaciones de los ciclos comerciales como cualquier ciudad británica, también informaron de la existencia de «reuniones, conspiraciones y movimientos». Sólo la mitad de los telares de seda de la ciudad estaban activos. Dos años más tarde, en agosto de 1819, cuando se reunió una gran muchedumbre en Manchester para exigir la reforma del Parlamento, la caballería rural cargó contra la multitud y mató a 11 personas e hirió a 400. Después de Waterloo, ahora le tocaba a Peterloo. Uno de los miembros del gobierno de lord Liverpool que reaccionó haciendo aprobar seis decretos (las *Six Acts*) con los que se intentaba suprimir las libertades de prensa y de reunión fue lord Castlereagh, una figura clave en el compromiso posnapoleónico.

De momento, Europa en 1815, tras la caída de Napoleón, estaba en manos de hombres que deseaban una restauración en lugar de cambios. Mirando hacia atrás, la Revolución y el imperio les parecían aventuras a las que habían puesto fin, como no podía ser de otro modo, aunque a un alto precio. El respeto por la autoridad legítimamente constituida y por la jerarquía social que la apoyaba debía ser restaurado, a su juicio, con el regreso a sus países de los soberanos, algunos de los cuales eran los reyezuelos de países minúsculos. Fue un crítico de Rousseau, el escritor suizo, que no alemán, Ludwig von Haller, quien escribió en 1816 que «los monarcas legítimos han sido restaurados en sus tronos, y del mismo modo debemos ahora restaurar en su trono legítimo a la ciencia, la ciencia que sirve al supremo monarca, y cuya verdad confirma el universo entero».

Esa era la lógica de la situación a los ojos de los participantes y observadores de la misma que utilizaban un lenguaje prerrevolucionario; sin embargo, el reaccionarismo, como la revolución o el bonapartismo (el *ismo* de la leyenda) o el nacionalismo (un fenómeno nuevo) se expresaba con frecuencia en un tono muy romántico, cargado de vehemencia. Entre los filósofos de la «restauración» había algunos que miraban con añoranza hacia una época anterior a la Revolución francesa y la revolución industrial, anterior a la Ilustración, anterior incluso a la Reforma protestante. Hacían hincapié en la necesidad de recuperar un orden social orgánico, basado en los deberes, y no en los derechos; en una ideología y una moral únicas, y no en la diversidad de opiniones o conductas; en la fe religiosa, y no en «la marcha del intelecto». René de Chateaubriand, que había sido diplomático por poco tiempo en la época de Napoleón, había hablado, en su *Genio del cristianismo* (1802), de los «sublimes misterios del cristianismo» como «arquetipos del sistema del hombre y del mundo». Para él, Napoleón había «hechizado» a la juventud de Francia con «los milagros que obraban sus armas» y había enseñado a los franceses a «adorar la fuerza bruta».

La tarea de la restauración

Aunque los cinco grandes estadistas que se dispusieron a «restaurar Europa» en 1815 poseían caracteres y convicciones distintos, compartían el mismo desagrado por la revolución y la idea de que era necesario erradicarla. Ninguno de ellos, por otro lado, necesitaba el apoyo de la nostalgia. Con la excepción de Castlereagh, que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña desde 1812, la mayoría de ellos habían tenido trato directo con Napoleón y se habían mostrado dispuestos a pactar con él, no siempre tras haber sido derrotados. En Tilsit, el zar Alejandro I había intentado sellar el destino de Europa con él en una barcaza cubierta en el río Niemen, decorada con dos juegos de águilas imperiales distintas. A Metternich, que elogiaba a Napoleón por ir «directo hacia la meta, sin entretenerse en cuestiones que trataba como secundarias», no lo habían engañado las apariencias: el emperador le había parecido «bajo, achaparrado» y «descuidado» en «sus modales aunque intentase parecer imponente».

En el fondo, Metternich era un hombre del siglo XVIII que apreciaba a Voltaire: «Lo razono todo y en todo momento», dijo en una ocasión. Bien relacionado, no había nacido en Austria sino en Renania, y el marco de su pensamiento era Europa. Se sentía más cómodo hablando en francés que en alemán. No se hacía ilusiones acerca del carácter permanente de la restauración, de la que se dijo que él era «el puntal», pero estaba decidido a sostenerla todo lo humanamente posible. «El destino —dijo— me ha impuesto el deber de contener, en la medida de mis energías, a una generación cuyo sino parece ser el de precipitarse por una cuesta que la conducirá a una ruina segura.»

Las revoluciones nunca han sido «obra de las grandes masas populares», le dijo Metternich a Alejandro I en 1820, sino que las provocan «los agitadores», grupos reducidos de hombres ambiciosos, entre ellos «los funcionarios a sueldo del Estado, los hombres de letras, los abogados y los responsables de la enseñanza pública». En su opinión, los abogados eran los más peligrosos. En 1819, Metternich utilizó el asesinato del escritor antiliberal August von Kotzebue a manos de un estudiante de teología desequilibrado como excusa para redactar los represivos decretos de Carlsbad, que prohibían las manifestaciones, imponían una estricta censura de prensa y sometían a un rígido control las enseñanzas y los nombramientos universitarios.

Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico, era cuatro años mayor que Metternich, y no habría discutido ni el diagnóstico ni la solución. También él estaba «ligado por la historia y la tradición» y estaba muy escorado hacia la derecha dentro de la política británica (los términos derecha/izquierda ya empezaban a usarse). Como secretario de Estado para Irlanda en funciones, había sido responsable de sofocar la rebelión de 1798, que había contado con asistencia francesa, y del Acta de Unión entre Gran Bretaña e Irlanda en 1800. Al igual que Metternich, desconfiaba de las ideas «abstractas y especulativas» y deseaba más que cualquier otra cosa un período de «reposo» para Europa.

Por el contrario, Alejandro I estaba lleno de ideas grandiosas y místicas de

cosecha propia, que se volvieron cada vez más grandiosas y místicas a medida que fue envejeciendo. En 1804 había entablado correspondencia con William Pitt, el mentor de Castlereagh, proponiéndole un proyecto de paz universal confuso pero altisonante, basado en una agrupación de estados, en la práctica, un gobierno europeo, que se dedicaría a poner fin al feudalismo y a introducir gobiernos constitucionales. La respuesta de Pitt no tuvo en cuenta la idea del zar, sino que propuso un acuerdo de posguerra con garantías basadas en el principio del equilibrio de poder. Diez años más tarde, en 1814 y 1815, Alejandro I conservaba su propia visión de Europa, de la que seguía deseando ser el árbitro, pero ahora lo que le parecía necesario era un nuevo sistema de autoridad. Continuaba prefiriendo la idea de «reconstruir» Europa a la de «restaurar» el *statu quo*, y por eso no se fiaban de él ni Metternich ni Castlereagh. De todos modos, Alejandro I tenía numerosos asesores de diversa extracción, que desempeñaron un papel importante en las negociaciones de la posguerra, entre ellos el conde Nesselrode (de origen alemán) y Pozzo di Borgo (nacido en Córcega, igual que Napoleón).

Federico Guillermo III de Prusia había estado interesado en las reformas mientras Napoleón tenía en sus manos el futuro de Alemania, y sus ministros Karl Stein y K. A. Hardenberg se habían propuesto «hacer desde arriba lo que los franceses han hecho desde abajo»; sin embargo, al exhortar a sus compatriotas a que reemprendiesen la lucha contra Napoleón en 1813, Federico Guillermo había sacado del pasado de Prusia, al que había acudido en busca de inspiración, los títulos de «Gran Elector» y «Federico el Grande», así como el recuerdo de cruentas batallas previas libradas en pro de la «libertad de conciencia, el honor, la independencia, el comercio, la industria y la ciencia». Federico decía estar luchando «por una paz segura y gloriosa y por la vuelta de tiempos mejores». Cuando llegó la paz, prometió la ampliación del «gobierno representativo», pero no hizo ni el más mínimo esfuerzo por avanzar en esa dirección, sino que se dedicó a hacer caso a Metternich y Alejandro I. El ministro principal de Federico, Hardenberg, que se mantuvo a su lado hasta su muerte en 1822, tampoco hizo gala de su antiguo radicalismo en esta etapa de su carrera, por más que en otra época le hubiera entusiasmado «la infinidad de fuerzas por desarrollar y por aprovechar que duermen en el seno de la nación». En 1819 el rey y sus ministros apoyaron los decretos de Carlsbad, y en la capital de Prusia, Berlín, el gran fundador de su universidad, Wilhelm von Humboldt, cuyo idealismo en política universitaria influiría en las generaciones posteriores, dimitió asqueado.

El acuerdo

Antes de que Metternich asumiera la función de supervisor de la Europa posnapoleónica, Castlereagh desempeñó un papel destacado a la hora de intentar conjugar en una Cuádruple Alianza a los cuatro aliados principales de la guerra que habían participado en las cuatro coaliciones bélicas, y ya antes

de la derrota definitiva de Napoleón habían firmado un tratado válido durante 20 años en Chaumont en 1814, en el que todos se comprometían a trabajar en íntima colaboración. Existía otro compromiso que iba más allá del acuerdo de reparto territorial: las grandes potencias celebrarían una serie de reuniones en tiempo de paz para consultar temas de interés común. Castlereagh y Metternich ya se habrían conformado con eso, pero Alejandro I quería algo más altisonante: un acuerdo que no se basara en la razón de Estado, sino una declaración de principios basada en las «verdades sublimes» contenidas en el cristianismo (la «justicia», la «caridad cristiana» y la «paz»). Se crearía una «Santa Alianza» de monarcas, a los que Alejandro describía como «padres de familia», que garantizase el orden cristiano «en el nombre de la santísima e indivisible Trinidad».

«El proceder que *antes* seguían las Potencias en sus relaciones mutuas tenía que someterse a cambios *fundamentales*», clamaba Alejandro en la primera versión de su propuesta de alianza. «Era *urgente* sustituirlo por un orden de cosas basado en la exaltación de las verdades de la religión eterna del Salvador.» Después de haber leído este borrador, cuentan que el emperador de Austria dijo que no sabía si hablar de la propuesta en el consejo de ministros o en el confesionario, y Castlereagh describió el documento final de Alejandro I como una «muestra de misticismo sublime y estupidez». No es de extrañar que el sultán del imperio otomano fuese el único soberano de un reino europeo al que Alejandro no pidió que firmase su texto; y si bien el regente de Gran Bretaña, el futuro Jorge IV, expresó su sintonía con él, no lo firmó.

La primera dificultad a la que se enfrentaban los negociadores era práctica, no ideológica: la restauración de tronos, estados y fronteras. Primero les tocó a los tronos porque la legitimidad de la monarquía hereditaria había sido cuestionada tanto por los revolucionarios regicidas de Francia como por el reparto de coronas entre la familia de Napoleón. La restauración de los estados vino después, porque esas eran las unidades territoriales en las que los gobernantes ejercían su autoridad. Los negociadores rechazaban unánimemente las que ellos consideraban ideas peligrosas sobre la soberanía del pueblo. La restauración de las fronteras pasó al tercer lugar, aunque reconocieron que no podían restaurarse tal como habían sido: el mapa de Europa había cambiado tantas veces entre 1792 y 1815 —a menudo con la activa complicidad de los gobernantes del «antiguo régimen» supervivientes—, que era necesario examinar con calma lo que se consideraba la realidad geográfica esencial.

Esa realidad pronto cambiaría sustancialmente con la llegada del ferrocarril y la creación de nuevos sistemas de comunicaciones; sin embargo, Metternich partía de la situación geográfica de las grandes potencias en esos momentos. «Francia [a la que, significativamente, colocó en primer lugar] y Rusia no tienen más que una frontera común, difícilmente vulnerable. El Rin, con su triple línea de fortalezas garantiza la tranquilidad de Francia, y el atroz clima hace que el Niemen sea una frontera igualmente segura para Rusia. Austria y Prusia se hallan expuestas por todos lados a los ataques de las potencias vecinas. Amenazadas continuamente por la preponderancia de esas dos potencias,

Austria y Prusia sólo pueden encontrar la tranquilidad en una política prudente y mesurada, en relaciones de buena voluntad tanto recíprocas como con sus vecinos.»

Las grandes potencias habían alcanzado un acuerdo previo en el primer tratado de París (mayo de 1814) después de enviar a Napoleón exiliado a Elba. En esa ocasión también habían resuelto una serie de cuestiones básicas relativas a la paz, entre ellas la restauración de Francia a sus «antiguas fronteras», las de 1792; la ampliación de Holanda con la inclusión de Bélgica (los Países Bajos austríacos hasta 1792) y Luxemburgo; la independencia de Suiza; la división de Italia en estados independientes; la restauración de los Borbones en España igual que en Francia; y la creación de una confederación alemana. Sajonia, que había permanecido aliada con Napoleón hasta el final, y Polonia, víctima de una partición anterior y en donde, por consiguiente, Napoleón no había sido visto como un agresor, sino como un restaurador, fueron omitidas expresamente en este primer tratado.

Dentro de este marco general había, desde luego, margen para discrepancias importantes, incluso entre las cuatro grandes potencias, cuyos representantes se reunían casi cada día en privado en los aposentos de Metternich durante el Congreso de Viena, que se inauguró el 1 de noviembre de 1814. Fue un congreso concurrido y brillante, al que asistieron no sólo representantes de cada estado, sino también de muchas organizaciones que ahora consideraríamos «no gubernamentales». Se llevaban a cabo negociaciones secretas sobre temas difíciles entre bastidores, entre ellos las relaciones con la Francia derrotada, representada en Viena con gran habilidad diplomática y social por Talleyrand, a sus 60 años, el hombre a quien todos conocían; sin embargo, Talleyrand no pudo hacer nada para impedir (aunque lo hubiese querido) el mantenimiento de las adquisiciones coloniales británicas durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, tal como habían sido reconocidas en los tratados del siglo XVIII, como el tratado de París de 1763 que puso fin a la guerra de los Siete Años y que dejó en la Francia borbónica una profunda sed de venganza. En cuanto a Gran Bretaña, lo fundamental en 1815, al igual que durante la guerra, no eran las adquisiciones territoriales, sino el dominio de los océanos y de las bases que lo permitían.

El acuerdo de Viena, la discusión del cual se vio interrumpida por la fuga de Napoleón de Elba y sus Cien Días, finalmente fue firmado en junio de 1815. Era el acuerdo más ambicioso alcanzado en Europa desde la paz de Westfalia en 1648. Austria presidiría una confederación muy laxa de 39 estados alemanes (la Deutsche Bund, Confederación Alemana), y aunque no llegó a desarrollar una identidad propia, a la larga fue importante para el futuro de Alemania. Al mismo tiempo, Austria obtuvo el dominio directo sobre una serie de territorios italianos que tendrían una importancia capital en el futuro de Italia: se anexionó la Lombardía y Venecia, y dos ducados italianos fundamentales, Módena y Parma, pasaron a manos de príncipes austríacos. Italia quedaba dividida en ocho estados independientes.

De este modo, mediante los acuerdos alcanzados sobre Italia y Alemania,

Metternich se aseguró de que él y el imperio plurinacional gobernado desde Viena estuviesen en el corazón del nuevo orden europeo mientras él viviese. Pero sólo uno de los elementos de este orden duraría mucho más que él: Suiza no sólo vio reconocida su independencia, sino también su neutralidad. El «antiguo régimen» no fue restaurado del todo en Suiza. Antiguos territorios sometidos, como Ginebra y el Valais, se convirtieron en cantones de la Confederación. El acuerdo facilitó la expansión del comercio y la industria, pero eso también cambiaría en 1846 debido a la crisis y la guerra en Suiza dos años antes de la caída del propio Metternich.[1]

Prusia, tan preocupada por proteger el nuevo *statu quo* como Metternich, recibió (después de conversaciones secretas cruciales) el 40 por 100 de Sajonia, y también le concedieron territorios estratégicos en el Rin y en el ducado napoleónico de Westfalia como barrera de protección contra Francia, lo que al final permitiría a Prusia convertirse en adalid de Alemania frente a Francia, mucho después de que Federico Guillermo III y Metternich desaparecieran de escena. La consecuencia más inmediata fue que la población de Prusia se duplicó. Pese a todo, Berlín estaba en el este, no muy lejos de Rusia. Los demás estados alemanes tenían una orientación geográfica diferente y unos gobernantes muy variados.

Entre la Alemania desunida y la Francia relativamente unida, el antiguo principado de Lieja se fusionó arbitrariamente con los antiguos Países Bajos austríacos, y el conjunto se lo dieron a Holanda en compensación por la pérdida de sus colonias en Suráfrica, que pasaron a manos británicas. Este era un acuerdo que no podía durar. En el este, permitieron a Rusia la reconstrucción de parte del antiguo reino de Polonia como un reino nuevo, pero vasallo, de Polonia (maniobra para la cual fue necesario que Prusia devolviese la región de Varsovia). No fue hasta otra larga guerra europea del siglo XX cuando apareció en el mapa una Polonia independiente.

Hubo todo tipo de acuerdos compensatorios en 1815, de los que este fue uno más. Así, por ejemplo, Austria, al hacerse con los ducados italianos, perdió sus territorios en Bélgica, y en el norte, Suecia «dio» Finlandia a Rusia y, a cambio, como ya se había acordado, «recibió» Noruega de Dinamarca. En Italia, donde, igual que en Alemania, los Habsburgo obtuvieron unas ganancias considerables, aunque a la larga peligrosas, Víctor Manuel I, rey del Piamonte-Cerdeña, con su peluca y su coleta al estilo *ancien régime*, regresó a Turín, y, saludando a sus «buenos y leales súbditos», les aseguró que se encontrarían «una vez más bajo el dominio de los amados príncipes que les habían proporcionado la felicidad y la gloria durante tantos siglos», y les ofreció todas las ventajas de un gobierno absolutista, aunque abolió el servicio militar y redujo los impuestos. De acuerdo con lo pactado, recibió parte de Saboya y Génova, que durante siglos, antes de la ocupación francesa, había sido una república independiente, y había sido liberada por un oficial inglés, William Cavendish Bentinck. En el resto de Italia, el gran duque de Toscana regresó a Florencia; el papa Pío VII (papa de 1800 a 1823) volvió a Roma (y a los Estados Pontificios, que ocupaban el centro de Italia de un extremo a otro); y Fer-

nando IV, rey de Nápoles —convertido ahora en Fernando I, rey de las Dos Sicilias—, fue restaurado en su antiguo trono de Nápoles, aunque sólo después de firmar una alianza defensiva permanente con Austria.

Gran Bretaña, que tanto y con tanta asiduidad se había comprometido en las coaliciones durante la guerra, se hizo con lo que le interesaba. Su dominio de los mares se reforzó mediante una serie de adquisiciones dispersas: la colonia de El Cabo en Suráfrica (una posición clave hasta la construcción del canal de Suez, pero futura causa de conflictos políticos tanto en el siglo XIX como en el XX), Ceilán, las islas Mauricio, algunas de las Antillas francesas, y, ya más cerca de Gran Bretaña, Heligoland (junto a la costa alemana) y Malta, una isla mediterránea que había cambiado de manos constantemente durante las guerras napoleónicas. Gran Bretaña también obtuvo el compromiso de la apertura a la navegación de ciertos ríos y la condena general del tráfico de esclavos, una exigencia constante de algunos grupos de presión británicos influyentes que estaban representados en Viena. Abolida por los revolucionarios franceses en 1792, la esclavitud había sido restaurada por Napoleón.

A diferencia de las grandes potencias presentes en Viena, Gran Bretaña era un país donde las presiones podían encarrilarse a través del Parlamento, y donde las políticas de todo tipo, por liberales que fueran, eran debatibles. Castlereagh sabía que todos sus actos estarían sujetos al público escrutinio e incluso a los ataques más groseros en su país. Los caricaturistas se ocuparían tanto de él como los periodistas... y los poetas, entre ellos Shelley, que, en un famoso poema, que no tenía nada que ver con Viena, describió un encuentro «con la muerte en el camino», que llevaba «una máscara igual que Castlereagh». Aunque Castlereagh no estuviese de acuerdo con la Santa Alianza, sus enemigos políticos en Gran Bretaña no hacían distinciones entre el tratado de las cuatro potencias y el pacto «ideológico».

Uno de los participantes en el congreso, Friedrich von Gentz, traductor de Edmund Burke además de secretario de Metternich, dejó un relato muy crítico de su desarrollo. Situado en pleno corazón de las intrigas, Gentz afirma que en Viena no se lograron más que «restauraciones que ya se habían llevado a cabo por la fuerza de las armas, acuerdos entre las grandes potencias que apenas tenían algún valor para el mantenimiento de Europa, manipulaciones arbitrarias de los dominios de los estados más pequeños, pero ningún acto de índole superior, ninguna gran medida en pro del orden público o del bien general que compensara a la humanidad por sus prolongados sufrimientos o la pacificase de cara al futuro».

Este veredicto ha sido analizado muchas veces a la luz de la experiencia posterior, sobre todo la experiencia de las dos guerras mundiales del siglo XX, a la primera de las cuales siguió luego un polémico «acuerdo» que sólo duraría 20 años, y a la segunda, un acuerdo a plazos, del que surgirían la Organización de las Naciones Unidas junto con una «guerra fría» que empezó casi inmediatamente después del fin de la guerra «caliente». Las valoraciones han cambiado. Woodrow Wilson, en su calidad de presidente de los Estados Unidos al término de la primera guerra mundial, se propuso delinear un acuerdo de signo

opuesto a partir de principios antagónicos que Harold Nicolson, un joven diplomático presente en las negociaciones, criticó con la misma aspereza con la que Gentz había criticado el congreso de Viena. Henry Kissinger, que sería el secretario de Estado norteamericano durante una parte de la guerra fría, y que en su juventud, como historiador, había realizado un estudio histórico detallado y benévolo de las personalidades que intervinieron en Viena, alabó a los responsables del acuerdo por haber dado pie al período más largo de paz en Europa conocido hasta la fecha, y cuyo mantenimiento, además, se basaba menos en la fuerza que cualquier otro acuerdo.

No cabe duda de que el acuerdo de 1815 garantizó un equilibrio general de fuerzas en Europa que superó las crisis locales de algunos lugares concretos, entre ellos España e Italia, y un cambio importante en el mapa de Europa: la creación del nuevo reino independiente de Bélgica en 1830. A la hora de hacer balance, la Francia derrotada, aunque ahora fuese la Francia realista de los Borbones, tuvo un papel importante, muy diferente del que le asignarían a la Alemania vencida en 1919 y 1945. Francia se había visto obligada a dejar de ser gigantesca, según se dijo, para poder ser grande. Privar a Francia de las conquistas revolucionarias y napoleónicas no significaba la destrucción del país, y fue por voluntad propia por lo que cambió de régimen en 1830.

Incluso después de que la huida de Napoleón de Elba obligase a replantear el acuerdo, no fue nada vengativo. Partes de Saboya y Flandes que Francia había conservado en el primer acuerdo fueron entregadas a sus vecinos, junto con territorios en Alemania y una plaza fuerte en Alsacia; además, Francia fue declarada responsable de indemnizar de forma limitada a los demás países y de pagar el costo de la ocupación aliada. El nuevo acuerdo, firmado en noviembre de 1815 en un segundo tratado de París, hizo justicia en otro apartado, al obligar a devolver a sus justos propietarios el sinfín de obras de arte robadas por los franceses durante las guerras napoleónicas.

La debilidad principal del acuerdo, que incluía novedades tan destacadas como la Comisión Internacional del Rin, fue que dejó una serie de futuros puntos conflictivos en el mapa y creó otros nuevos. Además, si bien Alemania e Italia fueron mantenidas a raya —divididas— hasta 1848, a partir de esta fecha alterarían el equilibrio. El acuerdo también pasó por alto una zona que había sido importante desde el punto de vista diplomático y estratégico inmediatamente antes de que empezasen las guerras revolucionarias y que crearía numerosos conflictos en el siglo XIX: la Europa oriental y el imperio otomano. No había ninguna Comisión del Danubio.

EL «SISTEMA DE CONGRESOS»

Surgieron muchos problemas poco después del fin de la etapa inicial de paz, que no fueron resueltos en 1818, cuando la Cuádruple Alianza se convirtió en Quíntuple con la inclusión de Francia, una medida lógica que Talleyrand, siempre en el lugar justo a la hora justa, animó a tomar a las demás potencias. Pero

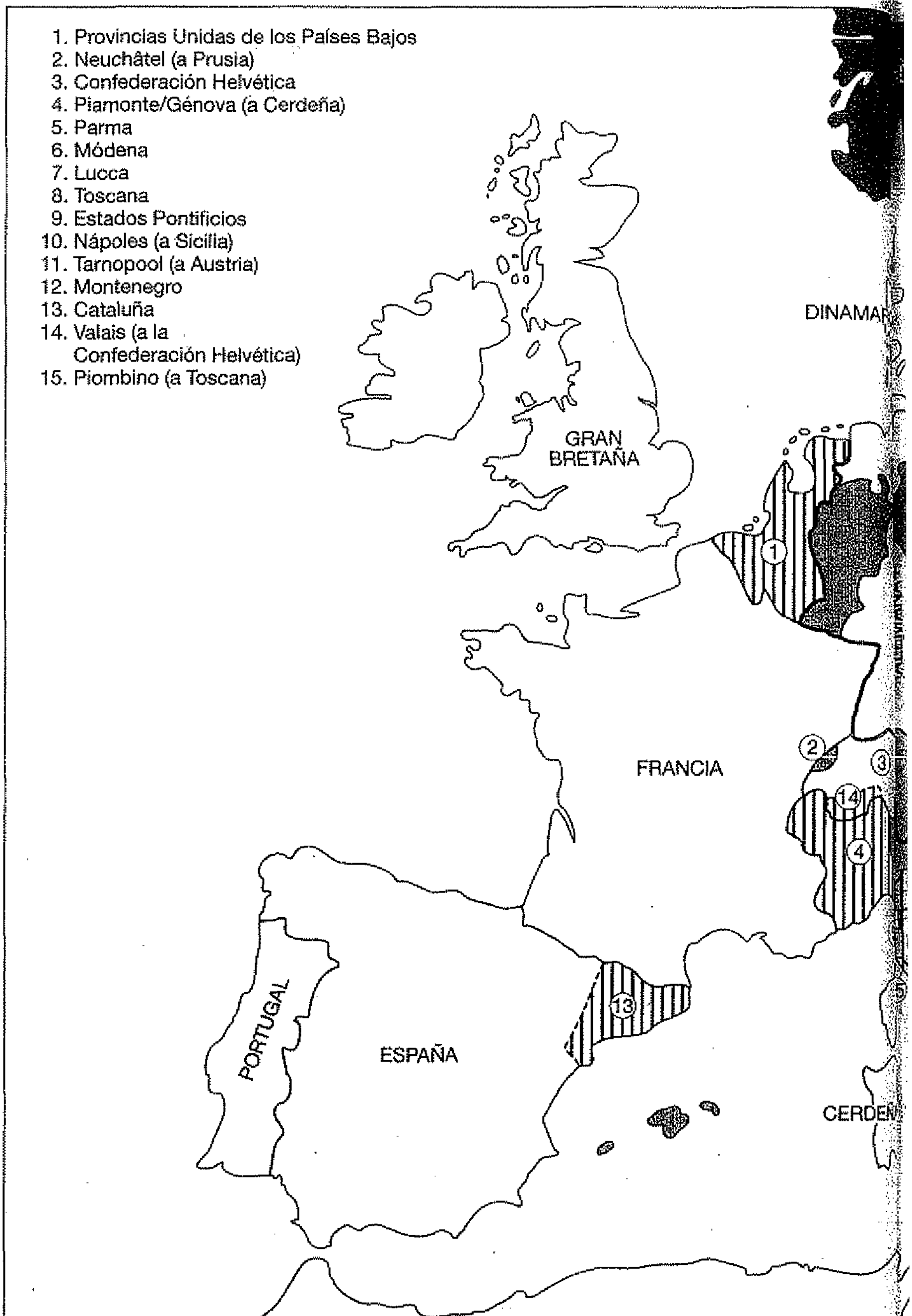
Talleyrand sabía muy bien que Francia tenía sus propios intereses políticos dentro del «sistema de congresos», y ahora podría manifestarlos en los distintos congresos que se celebraron para supervisar el orden de la Europa de la posguerra.

Las cinco grandes potencias que supervisaban la paz eran las mismas que habían dominado el panorama europeo antes de 1789, pero sus interrelaciones habían cambiado después de que Gran Bretaña llegase al término de las guerras revolucionarias y napoleónicas con un nivel de prosperidad nacional mayor y con la posibilidad de acceder a fuentes de riqueza fuera de Europa mucho mayores que cualquier otra gran potencia. Al mismo tiempo los recursos de los Habsburgo eran insuficientes para satisfacer sus compromisos y proporcionar a Metternich la seguridad que necesitaba para desempeñar el papel que él consideraba adecuado en Europa.

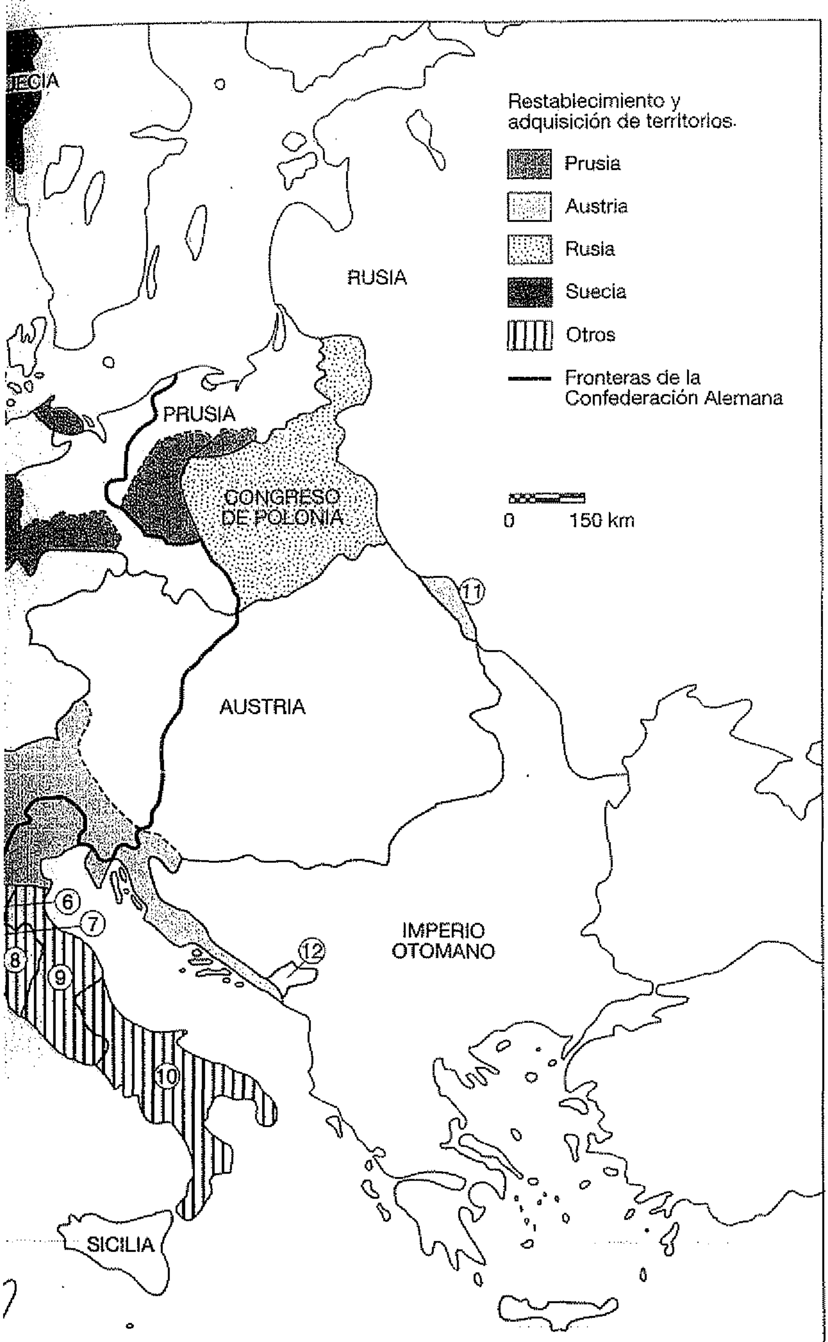
El grado de inteligencia con que Metternich jugó sus cartas sigue siendo objeto de polémica. El imperio de los Habsburgo abarcaba muchas regiones, y la represión en su seno del liberalismo y del nacionalismo era una tarea formidable. Los soldados de sus ejércitos, con unos recursos insuficientes y una estructura difícil de reformar, hablaban muchos idiomas, entre ellos el húngaro, el serbio y el italiano; sin embargo, hacer notar en exceso esta realidad iba contra el «honor» militar, una virtud suprema en Viena. Los movimientos políticos de base no siempre podían ser reprimidos, y lord Palmerston le dijo al embajador austríaco en Londres mucho después de la quiebra del «sistema» que la forma de Metternich de abordar los asuntos europeos era mediante «la opresión y la represión». El inmovilismo no era conservadurismo, y provocaría «un estallido casi con la misma certeza que una caldera cerrada herméticamente y sin válvula de seguridad».

Aunque el «sistema de congresos» era nuevo y no se había probado nunca, los cuatro congresos europeos celebrados entre 1815 y 1822 ya habían dejado muy claro, en primer lugar, que los países aliados durante la guerra (con Gran Bretaña en la periferia y Austria en el centro) tenían puntos de vista diferentes en tiempo de paz, y, en segundo lugar, que era un error afirmar sin matizaciones que se había «restaurado» el viejo mundo, porque había demasiados indicios de que estaba surgiendo un mundo nuevo. Desde el primer momento, Castlereagh, a pesar de sus escasas simpatías por ese mundo nuevo, se dio cuenta de lo difícil que sería mantener cualquier orden, cristiano o no, en Europa, mientras que Metternich rechazó los esfuerzos del zar por crear un ejército internacional que garantizase las fronteras y los gobiernos existentes en Europa. Pero cuando se produjeron levantamientos en Nápoles y en España contra regímenes monárquicos reaccionarios, Metternich quedó profundamente impresionado por lo que consideraba, utilizando términos nada históricos, «terremotos», «erupciones volcánicas», «peste» o «cáncer». Se dice que empleó ocho metáforas de esta clase para describir la sociedad.

En el caso de Nápoles, donde, al igual que en otras partes de Italia, Metternich había animado constantemente a los ministros a mejorar la administración del país, se sintió en la obligación de actuar sin recurrir a metáforas. Un tratado secreto entre Austria y Nápoles (uno de varios tratados semejantes) per-



MAPA 2. Europa tras el congreso de Viena.



SUECIA
Restablecimiento y adquisición de territorios.
Prusia
Austria
Rusia
Suecia
Otros
Fronteras de la Confederación Alemana
0 150 km
RUSIA
PRUSIA
CONGRESO DE POLONIA
AUSTRIA
IMPERIO OTOMANO
SICILIA
6
7
8
9
10
11
12

mitió que Viena recibiese exhaustivos informes de inteligencia, y con la ayuda, no sin reservas, de Gran Bretaña y el apoyo entusiasta de Rusia (que quería tomar parte en la intervención), un ejército austríaco entró en Nápoles en 1821 y aplastó la revuelta tan rápidamente como ésta había empezado. De hecho, la población local apenas auxilió a los dirigentes militares que habían encabezado la revuelta y que se resistían a la idea de dar una constitución nueva y distinta a Sicilia. El resultado fue la vuelta de Fernando I al trono. El coste financiero fue enorme para Austria: necesitó un elevado empréstito y, para poder conseguirlo, tuvo que liquidar anticipadamente parte de un empréstito anterior que adeudaba a Gran Bretaña, lo cual provocó un elevado déficit presupuestario a los austríacos.

Incluso antes de las intervenciones austríacas en Nápoles y en el reino de Piamonte-Cerdeña, donde los rebeldes planeaban derrocar a Víctor Manuel I e introducir una nueva constitución, el «sistema de congresos» había experimentado dificultades. En la primera conferencia, celebrada en Aquisgrán en 1818, Castlereagh había recibido órdenes de su gobierno de evitar «meterse en líos en el Continente» y limitarse a velar por mantener a Francia a raya; y en noviembre de 1820, durante el congreso de Troppau, al que no asistió, Castlereagh se opuso firmemente —y en público— a un protocolo redactado para satisfacer los deseos de Alejandro I, que afirmaba que los estados en donde se produjesen cambios de gobierno debidos a revoluciones, y que, por consiguiente, amenazasen a los demás estados, dejarían de ser «miembros de la Alianza Europea», añadiendo que «si, por culpa de esas alteraciones, un peligro inminente amenazara a otros estados, las potencias se comprometen, por medios pacíficos o, si es necesario, mediante las armas, a reintegrar al estado culpable al seno de la Gran Alianza».

En el congreso celebrado a continuación en Laibach (enero de 1821) quedó claro que no había compromiso posible entre la postura de Gran Bretaña, por un lado, y las de Austria y Prusia, por el otro, aunque un diplomático austríaco describió las reacciones de Castlereagh como las propias de «un gran amante de la música religiosa, que quisiera aplaudir en una iglesia pero no se atreve». Antes del siguiente congreso, que tenía que celebrarse en Verona en octubre de 1822, y en el que estuvieron presentes las cinco potencias, Castlereagh se había suicidado (por razones personales), y su sucesor inmediato, George Canning, reiteró en un lenguaje más firme que nunca la total negativa de Gran Bretaña a participar en la intervención aliada en la segunda área de conflicto, España, donde los rebeldes exigían la adopción de una constitución redactada en 1812 y que no había sido aplicada.

Con la entrada de las tropas francesas en España en 1823, apoyada por Austria y Rusia, el «sistema de congresos» llegó a su fin. Así, podemos detectar un tono de lamentación en el comentario de Castlereagh al rey Jorge IV en su última entrevista, cuatro días antes de suicidarse: «Señor, es necesario decirle adiós a Europa; sólo Vos y yo la conocemos y la hemos salvado: después de mí, no hay nadie que entienda los asuntos del Continente».

INDICIOS DE CAMBIO

Entre 1822 y 1830 se puso de manifiesto que había distintas interpretaciones del significado de «Europa». En esos mismos años, la palabra «movimiento», *como el término «liberal», se incorporaba al vocabulario político europeo* del siglo XIX con la misma naturalidad con que se había añadido a finales del siglo XVIII la palabra «revolución», y adquirió una fuerza propia. Utilizada vagamente en relación no sólo con la difusión de las ideas y opiniones liberales, sino también con el avance del nacionalismo, se empleaba de forma menos vaga en relación con las nuevas organizaciones y las nuevas agrupaciones políticas, y de forma estrictamente literal *en relación con «el movimiento de los pueblos».* En la Gran Bretaña de la revolución industrial, las palabras «movimiento obrero» ya se utilizaron en 1828; en esa fecha, el término ya abarcaba a los sindicatos, cooperativas y organizaciones socialistas.

La decisión de incorporarse a un movimiento llevaba implícita una serie de compromisos y lealtades nuevos. Podía tratarse de un movimiento secreto, basado, como la masonería, en juramentos, o un movimiento público basado en la propaganda, incluyendo carteles y panfletos, y podía ser de ámbito nacional o internacional. El movimiento secreto más famoso posterior a 1815, más proclive a la conspiración que a organizar campañas, fue el de los *carbonari* (carboneros) fundado en Nápoles en 1810. A los «aprendices» de su organización homóloga francesa, la *charbonnerie*, los iniciaban durante una imitación del juicio de Jesús, y se consagraban a la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Otro grupo con logias esparcidas por doquier era la Liga de los Sublimes y Perfectos Maestros a la que pertenecía Buonarroti, y cuya sede central se hallaba en Turín. También había una sociedad griega, la Hetairia Philiké, que unía a sus simpatizantes griegos de varias ciudades de los Balcanes. Algunos contrarrevolucionarios atribuyeron la mismísima Revolución francesa a una conspiración de origen masónico; y el antisemitismo, endémico en sus distintas formas en toda Europa, generó inquietantes teorías de la conspiración durante siglos. En Rusia las conspiraciones revolucionarias tenían su propia personalidad: al morir Alejandro I en diciembre de 1825 se produjo un malentendido acerca de quién debía sucederle, y, mientras el trono permanecía vacante durante tres semanas, parte del ejército se rebeló en San Petersburgo, exigiendo la convocatoria de una asamblea nacional. Cuando Nicolás I, el hijo menor de Alejandro, sucedió a su padre en el trono, tal como éste había dispuesto, el motín, conocido como Revuelta Decembrista, fue aplastado con gran dureza, pero el nuevo zar se vio perseguido durante el resto de su vida por el fantasma de la revolución.

La propia Francia siguió siendo un foco de conflictos políticos; sin embargo, los reyes borbones —Luis XVIII, restaurado dos veces, y su reaccionario hermano Carlos X (el antiguo conde de Artois, que sucedió a Luis en 1824)— tuvieron que prestar menos atención a los movimientos que a una ambigua, pero limitativa, Carta Otorgada que había redactado en 1814 un comité de ex ministros, senadores y diputados del imperio, y que consagraba el reparto de tierras efectuado durante la Revolución, conservaba el sistema administrativo

y educativo napoleónico y establecía un gobierno parlamentario. Sólo el preámbulo, que afirmaba que la Carta era un «don a Francia» otorgado por el monarca, era inequívocamente propio del antiguo régimen. Aunque el derecho a voto se vio estrictamente reducido en 1822 —sólo había 100.000 votantes sobre un total de 29 millones de habitantes—, Carlos X adoptó personalmente las primeras medidas que provocaron su caída al intentar prescindir de todo lo dispuesto en la Carta Otorgada. La oposición francesa, tanto la que formaba grupúsculos clandestinos que se reunían en secreto como la que se manifestaba abiertamente en la prensa y en la Sociedad de Amigos de la Libertad de Prensa, no pudo ser acallada, y mucho menos aplastada.

Tampoco lo fue en España, donde el Borbón Fernando VII siguió los pasos de su tío, Fernando I, rey de las Dos Sicilias, e intentó erradicar el «liberalismo» mediante el terror «blanco» realista más despiadado. Uno de los ministros de Fernando I dijo en una ocasión que «el primer funcionario de la Corona debería ser el verdugo». Pero Fernando VII no disponía de verdugos suficientes para mantener el orden sin oposición, y tras su muerte en 1833 sobrevino una guerra civil. La victoria total frente al «liberalismo» también quedó descartada en Portugal, donde la toma del poder por un regente reaccionario en 1826 provocó inmediatamente una guerra civil. La joven reina María II acabó triunfando en su lucha con el apoyo de los liberales.

En la década de 1820, la libertad no sólo estuvo en juego en España y Portugal, sino en la Europa del Este, donde en el futuro se vería amenazada con frecuencia. Y una vez más aparecieron fisuras entre Gran Bretaña y las otras cuatro grandes potencias. Surgieron nuevas complicaciones diplomáticas, entre ellas el aislamiento temporal de Austria. Después de 1815, estallaron dos revueltas contra la débil autoridad imperial de los turcos otomanos. La primera fue en Serbia en 1827, cuando Milos Obrenovic se hizo con el poder, aunque atrajo poco la atención fuera de los Balcanes. La segunda fue en Grecia, y, por el contrario, esta revuelta atrajo la misma atención en Europa que atraería la guerra civil española en los años treinta del siglo XX.

En 1821 los rebeldes griegos arrebataron el antiguo Peloponeso de manos de los turcos con engañosa facilidad y rapidez, y los turcos respondieron inmediatamente con brutales represalias contra los griegos tanto en Turquía como en las islas del Mediterráneo. El patriarca griego y tres arzobispos fueron ahorcados con sus ropas eclesiásticas en Constantinopla, el centro de la Iglesia grecoortodoxa, y por lo menos 30.000 personas murieron o fueron esclavizadas en la isla de mayoría griega de Quíos, no lejos de la costa turca. Ese fue el comienzo de una larga lucha que se prolongó durante la mayor parte de la década de 1820. Los griegos, que tenían presente la constitución norteamericana cuando se reunieron en asamblea en Epidauro en 1822 para redactar su propia carta magna, consiguieron un enorme apoyo popular en todos los países por parte de los «filohelenistas»: escritores, poetas, políticos y soberanos, como Luis de Baviera, que envió una brigada de su ejército. Hasta Carlos X tenía inclinaciones filohelenistas.

Los cabecillas del movimiento romántico tuvieron en Byron a su héroe, el

«genio más brillante» de Inglaterra y «el más noble amigo de Grecia», y se lanzaron entusiasmados a la defensa de la que consideraban la más noble de las causas. (A uno de sus amigos ingleses, el coronel —y más tarde, conde— Stanhope, Byron lo llamó «el coronel tipográfico» porque no sólo proporcionó armas a los griegos, sino que les facilitó una imprenta.) A pesar de este apoyo, los griegos parecían a punto de desfallecer por completo en 1827. Con Atenas sitiada, eligieron presidente por siete años a Capo d'Istria, que había sido uno de los consejeros de Alejandro I en el congreso de Viena.

Aunque Metternich no hubiese estado en activo, Austria y Rusia se habrían enfrentado de todos modos por la cuestión griega. De hecho, las diferencias en cuanto a intereses y puntos de vista en todos los asuntos de Europa oriental se mantendrían, aunque «hibernadas», hasta entrado el siglo XX. En la década de 1820 los rusos, que no sentían ninguna afinidad ni con el mundo clásico ni con el liberalismo griego, pero sí con la Iglesia ortodoxa, habían empezado a ayudar a los rebeldes griegos aunque exhortasen a los países europeos a actuar conjuntamente contra toda clase de rebeldes. Pero Metternich, que no consideraba a los rebeldes griegos diferentes de los rebeldes napolitanos o españoles, estaba decidido por lo menos a impedir la intervención de cualquier estado en su favor.

El revés le llegó en abril de 1826, cuando Nicolás I, que había sucedido a Alejandro como zar en 1825, participó en un acuerdo con Gran Bretaña para imponer la mediación a los contendientes y conseguir una Grecia autónoma bajo la soberanía nominal del imperio otomano. En julio de 1827 Francia dio su apoyo al acuerdo, provocando una interesante —aunque temporal— alianza de las grandes potencias que se repetiría en 1914 con el estallido de la primera guerra mundial. El momento culminante de esta fase llegó cuando un almirante británico aniquiló a la flota turca en Navarino en octubre de 1827, el mayor desastre naval turco desde Lepanto.

Pese a todo, no se consideró que fuera del interés británico, ni entonces ni durante el resto del siglo XIX, el reparto y destrucción del imperio otomano (aunque Carlos X de Francia soñase con ello), de modo que el duque de Wellington, que sucedió a Canning como primer ministro a la muerte de éste en 1828, llegó a disculparse ante el sultán, en nombre de su «antiguo aliado». Los temores británicos parecieron justificados cuando los rusos avanzaron contra los turcos por tierra y llegaron a Andrinópolis en agosto de 1829: jamás habían estado los rusos tan cerca de Constantinopla; sin embargo, Nicolás se detuvo —no tenía ganas de destruir el imperio otomano, sino que prefería mantenerlo débil—, y gracias al tratado de Andrinópolis obtuvo una indemnización de los turcos (que se comprometían a no lesionar los derechos de los cristianos, que colocaban bajo la protección de Rusia) y, en terreno más práctico, el delta del Danubio en el mar Negro. En virtud de un tratado posterior firmado en Londres por Gran Bretaña y Francia, Grecia consiguió no ya la autonomía, sino la independencia. Grecia se convertiría en un reino, en vez de una república, pero no fue hasta febrero de 1833, después de largas negociaciones en las que salieron a relucir los nombres de varios candidatos, cuando Otón I, hijo del helenófilo rey de Baviera, subió al trono.

La importancia de la revuelta griega no radicó principalmente en el aspecto diplomático. Metternich había quedado aislado, aunque momentáneamente, y Gran Bretaña y Francia (por motivos distintos y no por última vez) habían mostrado su interés particular por lo que sucediese en Constantinopla. Sin embargo, fue mucho más importante que la revuelta griega hubiese movilizado la clase de apoyo, incluido el apoyo del campesinado, que más temía Metternich. Además, había acabado con el reconocimiento de un nuevo país que ocupaba un lugar en el mapa no como un simple estado, sino como un estado nacional. El hecho de que la nueva nación adquiriese una dinastía real en 1833 no disminuyó la importancia del cambio a escala europea, aunque complicaría la política griega en lo sucesivo, tanto en el siglo XIX como en el XX. Europa iría hacia adelante, no se quedaría quieta ni, como ansiaban algunos, volvería al pasado.

El estadista que mejor lo entendió fue Canning. Al igual que su predecesor, Castlereagh, Canning era conservador, aunque era partidario de la emancipación de los católicos y sabía que Europa —y el mundo— tenía que cambiar. «Canning vuela —se quejó Metternich—, yo camino. Él se eleva hacia regiones no habitadas por el hombre. Yo me mantengo a la altura de lo humano.» (Canning llamó a Metternich «el mayor canalla y embustero del Continente, y tal vez del mundo civilizado».) Metternich se equivocaba al creer que Canning no era consciente de la realidad. Como diputado por Liverpool, su homólogo británico era plenamente consciente de la dura realidad del comercio británico y de la industria que le prestaba un apoyo cada vez más importante. Canning no quería subordinar los intereses británicos a los temores de un conglomerado de potencias conservadoras. «Cada país a lo suyo, y Dios con todo el mundo» era una de sus divisas. Y, a diferencia de Castlereagh, tuvo que ocuparse de lugares situados tanto dentro como fuera de Europa.

Las colonias españolas en América se rebelaron contra Madrid durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, y se produjeron oleadas de guerra civil en la región entre 1812 y 1820. Byron simpatizó con la causa independentista hispanoamericana antes de dirigir su atención hacia Grecia. Algunos de los episodios de la lucha fueron igualmente dramáticos, como cuando Simón Bolívar, «el Libertador», cruzó los Andes para crear la república de Venezuela en 1819, el año de Peterloo. Así pues, fue de gran importancia que en 1825 y 1826 Canning no vacilara en prestar todo su apoyo a los rebeldes, haciendo «surgir el Nuevo Mundo», como dijo en una frase célebre, «para restablecer el equilibrio del viejo».

Era 1776, pero al revés, y Canning se hizo muy popular en Latinoamérica gracias a su actitud, que compartían muchos ingleses; sin embargo, los sueños de Bolívar de una unión de pueblos ya se habían venido abajo en el año de su muerte, 1830, y Bolívar murió detestado y vilipendiado. Después de perder el poder, declaró que «quien siembra la revolución ara en el mar».

LAS REVOLUCIONES DE 1830: EL DESAFÍO AL «STATU QUO»

Nadie pronunció aforismos tan memorables en 1830, cuando recorrió Europa una oleada revolucionaria, aunque el poeta francés Victor Hugo, cuyas ideas políticas habían evolucionado a lo largo de la década anterior, dio con las palabras justas e inusualmente concisas en él al describir la revolución francesa de 1830 como «una revolución que se quedó a medias». De todos modos, no hubiera habido revolución en Francia de no haber sido por el deseo de Carlos X de hacer su régimen aún más autoritario de lo que era. Con el apoyo de políticos de extrema derecha, Carlos empezó a buscarse problemas cuando le pidió a uno de éstos, el conde de Polignac, que había sido embajador de Francia en Londres, que fuera primer ministro en agosto de 1829. Polignac había sido uno de los dos miembros de la Cámara que se habían negado a jurar la Carta Otorgada de 1814, de modo que el resultado de este golpe de estado real fue un enfrentamiento directo. «De un lado está la corte —dijo un periódico parisiense—; del otro, la *nación*.» Este periódico, el *Globe*, era nuevo. Había sido propiedad de Thiers, un joven político liberal (y que más adelante sería historiador y represor de revoluciones), que contaba con el apoyo —y la protección— de Talleyrand.

Carlos X fue derrocado con muy escaso derramamiento de sangre en el curso de la Revolución de Julio en París, impulsada sobre todo por la burguesía insatisfecha, bajo la bandera tricolor, apoyada por multitudes de obreros que estaban dispuestos a ir a las barricadas en caso de necesidad; sin embargo, el resultado no fue la creación de una nueva república revolucionaria, sino una monarquía constitucional, con la investidura de Luis Felipe, el nuevo monarca, como «rey de los franceses» en vez de «rey de Francia». Al mismo tiempo, se reformó la Carta Otorgada de 1814 y se estipuló explícitamente que se trataba de un contrato entre el rey y el pueblo.

Luis Felipe era hijo de «Felipe Igualdad» (*Philippe Egalité*), que había conspirado contra Luis XVI pero que había sido guillotinado más tarde. De joven había luchado en Valmy, la batalla defensiva crucial para la Revolución en 1792, y en el momento crítico de la Revolución de Julio se situó en la misma plataforma que Lafayette, a quien algunos revolucionarios habían querido nombrar presidente. En todo ello había resonancias históricas, aunque tan capaces de despertar la polémica como los recuerdos. Se recuperó la celebración del Día de la Bastilla, igual que la bandera tricolor. Pero los gorros frigios estaban prohibidos, y después de plantar árboles de la libertad en 1830 y 1831, estas plantaciones se acabaron con el primer jefe de gobierno conservador de Luis Felipe.

Las consecuencias inmediatas de la revolución fueron más notables en el exterior que en Francia, y hubieran podido ser arrasadoras de haber querido Luis Felipe ponerse a la cabeza de las fuerzas revolucionarias de Europa. Pero no quiso y, por lo tanto, los acontecimientos siguieron su curso. Austria y Prusia no hicieron nada —por razones económicas, Austria no podía intervenir en los asuntos de Francia—, pero se produjo una violenta revuelta en Brunswick, donde el palacio ducal fue incendiado. (El nombre de Brunswick tam-

bién poseía resonancias históricas para Francia.) «Durante quince años, pareció como si la eterna fuerza generadora de la historia universal estuviese paralizada —escribió años más tarde un liberal alemán—. Y entonces tres días bastaron para derribar un trono y hacer que los demás temblasen.»

El primer trono que tembló fue el de Holanda. En agosto de 1830, se vio coronada por el éxito una revuelta en Bruselas, que estalló, como no podía ser de otro modo, después de una ópera de argumento antiautoritario. (La ópera solía tener finalidades políticas en el siglo XIX.) El gobierno provisional de Bélgica exigió la independencia, y el rey de Holanda, Guillermo I, que había insistido en hacer del holandés el idioma oficial de todo el país, no pudo restablecer su autoridad. Parecía como si la Santa Alianza se hubiese venido abajo. Brotaron «atrevidas y fervientes ilusiones como árboles de fruto dorado», según el joven poeta romántico alemán Heinrich Heine, un judío que se exilió en París en 1831, y que se había sentido decepcionado en su visita a la «materialista» Inglaterra unos años antes, motivada por su admiración por Canning. «No enviéis a un poeta a Inglaterra», aconsejó. Para Heine, París era «la nueva Jerusalén», y el Rin era el Jordán «que separa la tierra de la libertad de la tierra de los filisteos».

Sin embargo, los frutos que mencionaba Heine habían empezado a aparecer incluso en Alemania antes de que él se fuera, ya que varios estados alemanes, entre ellos Sajonia, Hannover y Hesse-Cassel, adoptaron constituciones liberales, y en mayo de 1832 más de 20.000 personas de toda Alemania celebraron una fiesta en Hambach, en el Palatinado, donde hicieron ondear la bandera tricolor, y se brindó por la soberanía del pueblo y la fraternidad de las naciones. El año anterior, la bandera tricolor había ondeado en Birmingham, mientras Gran Bretaña se encontraba inmersa en una prolongada crisis política y constitucional en torno a la aprobación de una ley de reforma del Parlamento, que extendía el derecho a voto a gran parte de la clase media. El primer ministro *whig*, el conde Grey, que sucedió a Wellington en 1830, estaba convencido, con toda la razón, de que la legitimidad política de los de arriba era necesaria para canalizar la presión popular de los de abajo. Al aumentar casi un 50 por 100 el electorado, la ley vincularía a las «clases medias» con la constitución.

Se produjeron combates encarnizados, aunque con menos éxito, a favor de la introducción de cambios políticos y constitucionales en otros lugares, aunque provocaron más represión que cambios. Antes de aplastar las siguientes manifestaciones que tuvieron lugar en Alemania en 1831 y 1832, Metternich consiguió que la Dieta alemana aprobase Seis Artículos prohibiendo las asociaciones políticas y las asambleas populares. También se produjo una catastrófica debacle revolucionaria en Polonia. Los polacos se habían alzado contra los rusos en noviembre de 1830, pero la nobleza polaca no había hecho ningún esfuerzo por conseguir el apoyo de los campesinos, y además estaba profundamente dividida entre «rojos» y «blancos». Cuando en septiembre de 1831 los rusos lograron volver a entrar en Varsovia, su venganza fue inmediata. Un decreto de 1833 declaró a Polonia en «estado de guerra», autorizando la muerte o el encarcelamiento de miles de patriotas polacos, la confiscación de tierras,

el cierre de las universidades y la vigilancia de las calles de Varsovia por el ejército. Casi 10.000 polacos se exiliaron, la mayoría en Francia, mientras que otros llegaron hasta Norteamérica, una ruta que seguirían miles de sus compatriotas durante el siglo XIX.

El hecho de que Bélgica pudiese obtener la independencia, mientras que Polonia fue aplastada, y que los británicos pudiesen aprobar en el Parlamento una ley de reforma (*Reform Act*) mientras que a los estados alemanes se les advertía que debían aceptar sin rechistar las decisiones de la Dieta, son indicios de las divisiones cada vez más agudas y evidentes entre la Europa del este y la del oeste. El conflicto belga no se acabó con el tratado de Londres de diciembre de 1830, que garantizaba la independencia de Bélgica y, al cabo de un mes, su neutralidad. (Talleyrand lo firmó en nombre de Francia, y lord Palmerston, el ministro de Asuntos Exteriores y antiguo seguidor de Canning, en nombre de Gran Bretaña.) No obstante, en las discusiones posteriores —sobre quién debía ser el rey y cuáles debían ser los límites territoriales—, Gran Bretaña y Francia acercaron sus posiciones y se alinearon como potencias «liberales» frente a las potencias «conservadoras»: Austria, Prusia y Rusia, conocidas por «las cortes nórdicas».

En el lenguaje de la Santa Alianza, Luis Felipe no era más que un «rey de las barricadas». Pero esa no era la opinión de Palmerston, que (de forma discontinua) sería ministro de Asuntos Exteriores durante más años que ningún otro. Palmerston se alegró de que Luis Felipe prefiriese el entendimiento con Gran Bretaña al apoyo sin reservas a las demás revoluciones europeas que le pedían algunos de sus partidarios. El rey de los franceses llegó a abandonar la idea de imponer un monarca francés en Bélgica, y aceptó la designación de Leopoldo de Sajonia-Coburgo, tío de la reina Victoria de Gran Bretaña, que llegó al trono en 1837. Cuando el rey de Holanda se negó a aceptar la nueva situación en Bélgica, un ejército francés y una flotilla británica avanzaron conjuntamente para obligarle a ceder. La nueva constitución de Bélgica —en la que Leopoldo figuraba como «rey de los belgas»— se convirtió en un modelo para los liberales más actual que el norteamericano, y como tal sería objeto de estudio.

Los franceses y los británicos también colaboraron en Portugal y en España en 1834, firmando una Cuádruple Alianza que Metternich, que intentó dividirlos, temía que tuviese un contenido ideológico. También en Egipto, en 1833, Francia y Gran Bretaña apoyaron la reconciliación entre el sultán y Mehmet Alí, un rebelde inteligente y ambicioso, de origen albanés, que en la práctica era el amo de Egipto. Una vez más, sus intereses no eran de tipo ideológico: no se trataba de apoyar los denodados esfuerzos de Mehmet Alí para reformar la política y la administración egipcias, sino de las implicaciones de sus actividades ilustradas a los ojos de Constantinopla. En ese sentido, el mayor problema era el papel de Rusia, y en su alianza no tuvieron más éxito a la hora de proteger del zar al sultán del que tuvieron en la salvaguarda de la independencia de Polonia. En virtud del tratado de Unkiar Skelessi de 1833, Rusia obtuvo el consentimiento de Turquía al cierre de los estratégicos Dardanelos a todos los barcos extranjeros. Fue en el mismo año cuando Nicolás I describió a Met-

ternich como su «jefe», y Metternich «absolvió» a Rusia de toda agresividad en relación con el imperio otomano. Cuando la invasión de Siria por Mehmet Alí en 1839 precipitó otra crisis, Gran Bretaña y Francia adoptaron posturas distintas, y Palmerston colaboró personalmente con Metternich en la consecución del tratado de los Estrechos de 1841, que anuló el de Unkiar Skelessi (y aisló a Francia).

Mientras tanto, Rusia se había unido a Austria y a Turquía en su política de represión en la Europa oriental, en Alemania y en Italia. Después de la aprobación de los Seis Artículos por el Deutsche Bund, se crearon comisiones conjuntas para supervisar toda actividad subversiva y dirimir las disputas constitucionales. Nicolás I, junto con los monarcas de Austria y Prusia, firmó el convenio de Münchengratz (octubre de 1833), que reconocía el derecho de todo soberano amenazado por una revuelta (como en la Santa Alianza de 1815) a llamar en su ayuda a Austria, Prusia y Rusia. «Mientras dure la unión de los tres monarcas —dijo Metternich—, la seguridad será posible en este mundo.» Desde entonces hasta la década de 1840, la determinación inflexible por parte de Metternich de mantener la «seguridad» fue más fuerte que cualquier deseo por parte de los gobiernos británico y francés de apoyar a los regímenes liberales. En realidad, el interés principal de Palmerston no era alterar el equilibrio europeo, sino mantener un equilibrio lo más eficaz posible.

En Italia, después de la expulsión de los duques de Módena y Parma, a quienes apoyaba Austria, tras sendas revueltas en 1831 que apenas estuvieron coordinadas entre sí, y después del establecimiento de un gobierno provisional liberal en Bolonia y los Estados Pontificios en el mismo año, a los austríacos no les fue difícil restablecer el orden. Luis Felipe envió «un ejército de observadores» a Ancona, donde permaneció hasta 1838, pero sin desempeñar ningún papel en el curso de los acontecimientos.

Nación y clase

En 1831 se produjo un suceso más interesante, cuando Giuseppe Mazzini, nacido en 1805, el año de Austerlitz y Trafalgar, fundó la Joven Italia en Marsella, en territorio francés. Mazzini, un apasionado defensor del nacionalismo como fuerza liberal y liberadora en toda Europa, estaba influido por otros autores, pero siempre conservó su propia personalidad, y reclutó a más de 60.000 partidarios en Italia, todos ellos de menos de 40 años, antes de embarcarse en el proyecto de mayor alcance, pero relacionado con el primero, de crear una Joven Europa.

El tiempo demostraría que Mazzini no era un político ni eficaz ni realista: no tuvo en cuenta ni la fuerza de las ideologías alternativas ni el localismo o la apatía, muy fuertes en Italia tanto en 1830 como después, y fueron más los amigos sacrificados que los enemigos convertidos; sin embargo, se hizo notar con pequeñas acciones con mucha publicidad, aunque se tratase de fracasos, como la invasión de Saboya desde Suiza en 1834; y su ideología del nacionalis-

mo liberal merece ocupar el lugar de honor en el polo opuesto del espectro político en relación con la idea de «seguridad universal». Por otra parte, también hay que diferenciarlo de las filosofías nacionalistas que recurrían a la agresividad chauvinista y daban rienda suelta a las ansias de dominación. Los distintos nacionalismos eran complementarios, no competitivos.

Sin embargo, la idea de Mazzini de «misión nacional» presentaba dificultades. Mazzini no creía en el nacionalismo irlandés, y tampoco le gustaban las versiones del nacionalismo distintas de la suya. Después de haber leído los escritos del poeta exilado polaco Adam Mickiewicz, que vivía en París, Mazzini creía que Polonia, el «Cristo de las naciones», podía tener la misión de ejemplificar la redención nacional mediante el sufrimiento, pero otorgaba la primacía a Italia en la tarea de la reconstrucción de Europa: «El destino de Italia es el del mundo», «la palabra de Dios entre las naciones». No todos los nacionalistas franceses estaban de acuerdo. Dijeran lo que dijesen Luis Felipe y sus ministros sobre los límites de la política exterior de Francia, había muchos franceses —no todos bonapartistas— que creían que era Francia la que tenía la obligación especial de actuar de «piloto del barco de la humanidad». Nadie lo creía más firmemente que Victor Hugo.

En Alemania el «nacionalismo» adoptó una forma diferente. Se identificó con la fe en el *Volk*, palabra muy distinta, por sus connotaciones y derivaciones, de las palabras francesas *peuple* y *nation*, o sus equivalentes en italiano y castellano, que ahora quedaban unidos por definición; unas palabras que también se asociaban a dos nuevas palabras acuñadas en francés con posterioridad a 1789: *nationalisme* (que aparece raras veces antes de 1815) y *nationalités*. J. G. Herder, el primer filósofo alemán del nacionalismo, fallecido en 1803, no pensaba en términos de poder nacional, sino de culturas nacionales basadas en una lengua común. Herder creía que el nacionalismo atraería a los jóvenes que buscasen una «comunión espiritual». En su desarrollo posterior, el nacionalismo alemán atrajo más a los jóvenes sencillos que a los viejos más reflexivos, y al corazón y al intelecto por igual. A medida que se fue desarrollando, la palabra «razón» se convirtió en sospechosa. La gente se dio cuenta de que tal vez los jóvenes viviesen lo bastante como para ver a Alemania convertida, de una simple expresión geográfica (como la veía Metternich) o una suma de asociaciones y lealtades históricas (como la entendía Federico Guillermo III), en un estado nacional con un lugar en el mapa de Europa.

Los límites de Alemania no estaban claros. Friedrich Ludwig Jahn, que animó al movimiento juvenil de la posguerra a adoptar la bandera negra, gualda y roja para la nueva Alemania, creía que debía ser un gran estado —que abarcase también Suiza, los Países Bajos y Dinamarca— y con capital propia, Teutonia. No era el único. Había quien estaba dispuesto a incluir en Alemania todos los dominios de los Habsburgo. Los profetas a veces esquivaban el tema. Heinrich Laube, por ejemplo, que profetizó el fin de los nacionalismos y el advenimiento de una nueva república europea en la primera parte de su obra *Das Junge Europa* (1833) había cambiado de opinión cuando redactó la segunda parte en 1838: ahora lo primero era la nación alemana.

El nacionalismo fue un movimiento que apareció en los años de la inmediata posguerra cuando las distinciones entre los varios «movimientos» no eran muy estrictas; sin embargo, más adelante esas distinciones lo fueron, sobre todo después de que el uso de la palabra «clase» empezara a generalizarse, sustituyendo, aunque no de inmediato ni de forma general, al antiguo lenguaje de estados, órdenes y grados. En Prusia, de hecho, y antes incluso en algunos de los estados alemanes más pequeños, la representación mediante los Estados fue restaurada después de 1815, y en la mayor parte de Alemania la nobleza, atrincherada en el Estado superior, conservó el poder, como lo había ejercido en Francia antes de 1789. Mediaba un abismo entre ellos y las clases medias mercantiles, fuertes en Renania. Tanto en Alemania como en Italia, así como en Francia, las palabras burgués y burguesía tenían una larga historia, que se remontaba a las ciudades medievales; sin embargo, resultó confuso que en alemán *bürgerlich* significara al mismo tiempo «burgués» y «civil», de tal modo que no existía la distinción entre sociedad burguesa y sociedad civil, algo que generaba confusiones, tanto entonces como a finales del siglo xx, con la resurrección de la fórmula «sociedad civil» en el debate político.

Estas palabras se empleaban mucho menos en Gran Bretaña, donde dominaba el pragmatismo en la práctica de la política nacional e internacional, pero fue en Gran Bretaña donde apareció una nueva clase patronal, orgullosa de su energía y de sus ansias de innovación, y a la que interesaban los beneficios, en vez de los honorarios y las rentas. Era en esta clase en la que Marx y Engels, hijos de familias opulentas de judíos renanos conversos, pensaban sobre todo cuando durante su exilio en Gran Bretaña analizaban el futuro de la revolución. Marx y Engels expusieron sus predicciones en un lenguaje inolvidable en el *Manifiesto comunista*, escrito en seis semanas y publicado en 1848, y más adelante sostendrían (de forma mucho más sistemática) que el pasado, el presente y el futuro podían analizarse de forma «científica», igual que la revolución. A partir de datos e ideas derivados del filósofo dialéctico alemán Hegel, de las historias francesas de la «lucha de clases» y de la economía política británica, sobre todo la teoría de la plusvalía del especialista inglés en política económica David Ricardo, Marx y Engels crearon una nueva síntesis.

Las clases se desarrollaban a través de movimientos, de cambios económicos más que de cambios políticos, y sus identidades, de contornos a menudo difusos, no las definían ni las leyes ni las costumbres. Se articulaban a través de experiencias compartidas, entre ellas la «combinación», y mediante conflictos. No obstante, es más peligroso generalizar al hablar de «clases» como solían hacer Marx y Engels, incluso de la «clase gobernante», algunos de cuyos miembros desconfiaban mucho de todas las formas de movimiento, que generalizar al hablar de burocracia, quienquiera que fuese el soberano. Un examen más detallado de la clase obrera naciente y de la burguesía durante estos años centra su atención tanto en las variaciones ocupacionales y regionales de grupo dentro de cada clase, como en la incipiente o inminente solidaridad de clase. En el continente europeo, la burguesía de provincias, inmovilista y a menudo tradicionalista, muchas veces se mostraba contenta y respetuosa con la comu-

nidad local, muy diferente de las nuevas ciudades industriales, y sus miembtros no participaban de forma visible en causas o movimientos políticos.

En un nivel parecido se situaban los tenderos (algunos de los cuales eran proveedores de la aristocracia), los comerciantes (algunos muy ricos), los industriales (que seguían siendo poco numerosos, pero algunos de ellos eran ricos) y los banqueros, los más notables de los cuales constituían una ambiciosa alta burguesía que a veces, como en el caso de los Rothschild, actuaba por medio de una red de contactos internacionales. Como muy bien sabía Metternich, eran menos propensos a defender causas generales que los abogados o los «intelectuales», otro vocablo poco utilizado en Gran Bretaña.

Los estudiantes británicos, a diferencia de los europeos, se mantenían en su mayoría al margen de los movimientos políticos. En la Europa continental eran los representantes más conspicuos de una nueva generación, igual que los poetas, que en Francia y Alemania a veces defendían su «movimiento» con mayor firmeza que los promotores del ferrocarril. Alphonse Marie Louis de Lamartine, que desempeñaría un papel clave en la revolución francesa de 1848, le escribía a un amigo 11 años antes diciéndole que «la única vía hacia el poder» consiste en «identificarte con el espíritu mismo del movimiento victorioso en un momento en que nadie pueda contradecirte». Decidir cuál era el momento adecuado era, en opinión del joven Marx, posiblemente la más importante de las decisiones que debían tomar los revolucionarios.

Sólo en Gran Bretaña, Bélgica y partes de Alemania y Austria había bastantes obreros industriales empleados en minas, talleres y fábricas como para que contasen políticamente, e incluso en estos países la «mano de obra» se encontraba localizada en las regiones industriales. La producción manual en lugar de mecánica continuó siendo la forma dominante de trabajo en la industria de la mayoría de países, y durante la década de 1840 hubo trabajadores manuales en Francia, Alemania y Austria que actuaban como los luditas británicos de la generación anterior, destruyendo las máquinas que creían que les estaban dejando sin empleo. En toda Europa eran más quienes trabajaban la tierra que los trabajadores urbanos, e incluso en Gran Bretaña no fue hasta el año 1851 cuando la población urbana superó a la rural.

De todos modos, no fue necesaria la industrialización —que casi en todas partes, Gran Bretaña incluida, aún era a pequeña escala— para que la burguesía planteara sus reivindicaciones en contra de la aristocracia o para que apareciese el socialismo en pueblos y ciudades. Fue debido a la creencia que la revolución aún no había terminado, pese a que buena parte de la burguesía estuviese radicalmente en contra, por lo que se escribieron manifiestos socialistas. «La mano de obra había llegado antes de que el capital estuviese preparado.» En la misma Francia, donde el progreso de la industrialización fue relativamente lento después de 1815, abundaban las ideas socialistas, muchas de ellas propagadas por intelectuales que conocían mejor el interior de las bibliotecas que el de las fábricas. Y, de hecho, la palabra «socialismo» en su acepción contemporánea fue inventada en Francia.

Las ideas de los socialistas, a muchos de los cuales Marx menospreciaba

por «utópicos», eran divergentes. Los socialistas cristianos veían en Jesús al primer *sans-culotte.* Louis Blanc, que publicó su obra *L'Organisation du Travail* (La organización del trabajo) en 1839, creía en el uso del poder del Estado para controlar el mercado. Charles Fourier y sus discípulos recurrieron a la creación de comunidades socialistas o *falanges*, al igual que el cooperativista británico Robert Owen, que empleaba un lenguaje muy diferente y menos extravagante. Proudhon desconfiaba de todos los dogmas y afirmaba que las reformas sociales sólo podrían alcanzarse mediante un «convenio económico» que devolviese «a la sociedad lo que otro convenio económico le había arrebatado». Saint-Simon y sus seguidores, que en la década de 1820 empleaban tanto la palabra «masas» como el término «clases», con lo que apuntaban ya hacia nuevas tendencias, creían en la necesidad de la industrialización. La sociedad del pasado había sido una sociedad militar en la que los guerreros habían contado con apoyo de los sacerdotes. La sociedad del futuro se basaría en la empresa, no en la fuerza ni en la devoción. Las opiniones de Saint-Simon evolucionaron, y al hacerlo influyeron mucho en pensadores tanto franceses como extranjeros, al igual que las obras de Marx, que consideraba que su tarea no era la de «intentar poner en práctica un sistema utópico», sino «participar conscientemente en un proceso histórico mediante el cual la sociedad se transforma ante nuestros propios ojos».

Realidades y sueños

Así pues, los nacionalistas no eran los únicos que soñaban entre 1815 y 1830. Robert Owen, que había estado presente en el congreso de Viena para intentar conseguir apoyos para sus ideas cooperativistas, creía que se acercaba una «crisis» —nombre de un periódico británico de clase obrera de principios de la década de 1830— de proporciones apocalípticas que provocaría el renacimiento del mundo. El abate Lamennais, un católico liberal francés, ponía a la Iglesia por encima del Estado y soñaba en 1832 con la conversión del papa al liberal-catolicismo. Su periódico se llamaba *L'Avenir* (El futuro) y sus panfletos, en los que hacía hincapié en la necesidad de la solidaridad y la justicia, eran muy leídos. Richard Cobden, fundador en 1839 de la Anti-Corn Law League («Liga contra la ley de cereales») británica, una organización muy eficaz, dedicada a conseguir a través de la presión extraparlamentaria la derogación de la ley del grano proteccionista vigente en Gran Bretaña, aprovechó al máximo en sus campañas la introducción del sello de correos de un penique (1840), además de toda clase de reuniones, hasta en mercadillos. Cobden soñaba con un nuevo orden internacional basado en el librecambio universal. Para los hombres así y sus devotos seguidores, los estados (con sus aristocracias) y las naciones (con sus ejércitos) que iban desarrollándose eran menos importantes que los principios. «Que los gobiernos tengan el menor trato posible unos con otros —escribió Cobden— y que los pueblos tengan unos con otros el mayor trato posible.»

Entonces y a lo largo de la década de 1840, influyeron en el curso de la polí-

tica una serie de cambios estructurales de gran alcance: el desarrollo urbano; la industrialización; y, sobre todo, los nuevos sistemas de comunicación. La «era del ferrocarril» empezó con la inauguración de una línea entre Manchester y Liverpool en 1830 (a la que asistió Wellington), y en 1838, año en que Rusia tendió su primera línea férrea, en Gran Bretaña ya había 750 kilómetros de vía en funcionamiento. Los ferrocarriles fueron desde el principio símbolos de movimiento (y velocidad), estimulando la imaginación aún más que el vapor que impulsaba a las locomotoras. Pero eran mucho más que símbolos: redujeron los costes de transporte, abrieron mercados y generaron una demanda de carbón y acero sin precedentes. El tren transportaba al mismo tiempo mercancías e ideas, y poco después de su introducción apareció el telégrafo, un invento que pronto se asoció con el tren. Los países pequeños podían beneficiarse del ferrocarril tanto como los grandes. A mediados de la década de 1830, Bélgica le llevaba la delantera a Gran Bretaña en el desarrollo de una «política ferroviaria», y la línea de Bruselas a Malinas transportó a más pasajeros en su primer año que todos los ferrocarriles de Gran Bretaña juntos.

Para facilitar y aumentar el volumen del transporte de mercancías, Prusia, en vez de Austria, tomó la iniciativa con la creación de un Zollverein («unión aduanera») que pronto se convertiría en motivo de preocupación para Metternich, que veía en ella «un estado dentro del Estado», pero que sabía que las industrias austríacas no estaban lo bastante desarrolladas como para participar en él. El Zollverein fue aumentando de tamaño y envergadura, hasta que en 1834 abarcaba 18 estados del centro y el sur de Alemania con 23 millones de habitantes y una superficie total de 275.000 kilómetros cuadrados. Para Prusia, las ventajas políticas eran mínimas, pero las económicas para los prusianos fueron sustanciales. Al eliminar las barreras aduaneras internas, el Zollverein amplió el mercado alemán, y al amparar a sus miembros con las tarifas prusianas de 1818 limitó la importación de productos elaborados del resto de Europa, con un arancel del 10 por 100 *ad valorem*. Del temor a la competencia económica alemana a través del Zollverein se hizo eco el Parlamento británico a finales de la década de 1830, y mientras que el primer administrador del Zollverein fue un admirador prusiano de Adam Smith, las acusadas tendencias proteccionistas dominantes en Prusia aparecen reflejadas en *El sistema nacional de economía política* de Friedrich List (1844). List había estado exiliado en Norteamérica, donde las ideas librecambistas británicas nunca gozaron de la aprobación general.

Norteamérica incidió de distintos modos en la historia europea entre 1815 y 1848, pero sobre todo porque era también un símbolo de libertad de movimientos, un lugar de verdad adonde iban personas de verdad; sin embargo, eran las personas, y no los gobiernos, quienes determinaban los flujos migratorios intercontinentales, a veces motivadas por el miedo a sus gobiernos. Y todos los años, para encontrar una nueva esperanza en una tierra nueva, un sinnúmero de gentes cruzaba los océanos, cada vez con mayor frecuencia en barcos de vapor, y a menudo pasando grandes penalidades. El número de emigrantes sólo británicos subió de 57.000 en 1830 a 90.000 en 1840 y 280.000 en 1850. A los emigrantes les atraía algo más que los sueños: la dura realidad de la vida coti-

diana en Europa en las décadas de 1830 y 1840 hizo que muchos de sus habitantes más emprendedores intentasen mejorar su situación, una mejora que, desde luego, era más que un sueño. «Ahora, padre —escribía un emigrante inglés a su familia después de haber llegado a Australia—, me parece que esta es la Tierra Prometida.»

Muchos emigrantes venían del campo, otros, de las grandes ciudades. En 1848, 47 ciudades europeas tenían más de 100.000 habitantes —28 de ellas en una Gran Bretaña que se encontraba en plena industrialización—, y todas eran focos de conflictos, a pesar de ser, al mismo tiempo, centros de orgullo local, que solía manifestarse en la rivalidad con otras ciudades. El Manchester industrial se convirtió en la sensación de la época, y todo observador o crítico social que quisiera ver cómo se desarrollaba la sociedad creía necesario informarse sobre Manchester o, mejor aún, visitarlo. En todos los lugares recibían más atención por parte de los comentaristas las condiciones de vida en los centros industriales y en las ciudades superpobladas que las de los pueblos y las haciendas, aunque la situación social también fuese mala.

Puede que la realidad más dura de Europa fuese la de la gran hambruna que afectó a Irlanda y a gran parte de la Europa del este a mediados de la década de 1840. La pérdida de la cosecha de patatas en 1845 y en los años siguientes provocó la generalización del hambre, y sólo en Irlanda murieron más de 20.000 personas, aunque muchos más emigraron a los Estados Unidos. Cerca de 1,5 millones ya habían abandonado la isla antes del principio de la Gran Hambruna, un siniestro fenómeno de resonancias malthusianas que el gobierno de Londres no supo cómo resolver, y a cuyo término Irlanda había perdido un tercio de sus habitantes. Pronto hubo más irlandeses en las ciudades de Norteamérica que en cualquier ciudad de la propia Irlanda, una circunstancia que tendría consecuencias a largo plazo, tanto en el ámbito de la realidad como en el de la leyenda.

No todas las realidades eran tan impactantes como las del desarrollo urbano, la migración y el hambre; sin embargo, los años que van de 1830 a 1848 fueron años en los que se habló tanto de la realidad —la dura realidad— como de los sueños. La necesidad de recopilar estadísticas, un término que la Enciclopedia Británica de 1797 había descrito como «de introducción reciente» y originario de Alemania, se hizo evidente en todas partes, sobre todo, tal vez, en Gran Bretaña y Francia, tanto estadísticas oficiales como los voluminosos *blue books* británicos («libros azules», informes de comisiones de investigación) como estadísticas extraoficiales recogidas por investigadores sociales o asociaciones de voluntarios. No sólo eran estadísticas de población —que siguió aumentando en Europa a pesar de la emigración, y llegó a superar los 260 millones en 1848, 75 millones más que en 1800—, sino también de producción industrial, importaciones y exportaciones, salud pública y alfabetización, sin olvidar la delincuencia. La palabra «clase» solía utilizarse también en un contexto no económico, sino de moral. La idea de la existencia de unas «clases peligrosas», sobre todo en las grandes ciudades, estaba extendida por toda Europa, al igual que la de la existencia de una «clase criminal» con características propias, un concepto que más adelante sería matizado.

Las estadísticas sobre salud fueron de especial importancia, porque mediante el análisis comparativo de los índices de mortalidad (las diferencias en los índices entre distintas regiones de un país o incluso entre las distintas partes de la misma ciudad) los analistas motivados por finalidades de tipo social llegaron a la conclusión fundamental de que sería posible eliminar algunas diferencias locales y regionales con el seguimiento de la política social adecuada. En el caso no sólo de las enfermedades endémicas, como el tifus, relacionadas con la pobreza, sino también de las enfermedades epidémicas, sobre todo el cólera, que afectaban a gente de todas clases (incluido uno de los primeros ministros de Luis Felipe), los analistas invitaban enardecidos a desafiar al destino modificando deliberadamente las posibilidades de vida o muerte de la gente, realizando mejoras en el suministro de agua y el sistema de alcantarillado público.

No se trataba de un sueño, como habría podido serlo en el siglo XVIII, sino de un proyecto que ahora podía verse realizado (con la ayuda de ingenieros más que de médicos). El suministro de agua limpia —y había muchos lugares de Europa donde no estaba garantizado— precedió en el tiempo a la fabricación y distribución a gran escala de jabón barato. Mientras tanto, la recogida de estadísticas siguió aumentando de año en año. «La realización de investigaciones estadísticas —afirmaba el décimo Informe de la Statistical Society de Londres en 1844— ha progresado tanto ... que se ha convertido ya en una necesidad de nuestra época, y una de sus características más honrosas.»

No todos los comentaristas de las transformaciones sociales se fiaban de las estadísticas. El esfuerzo por recoger estadísticas fue objeto de burlas algunas veces; otras, fue descrito como una moda; finalmente, había quien las consideraba una forma menos eficaz de abordar los problemas de la sociedad que «el factor imaginativo», que se expresaba mejor en novelas que en tablas y en los artículos y reseñas de periódicos y revistas que ya algunos veían como el «cuarto poder». Por suerte, algunos críticos consiguieron abrirse paso en cuestiones de análisis social a base de imaginación. Por ejemplo, el analista de datos belga Adolphe Quetelet, a quien entusiasmaba explorar «las leyes de los grandes números», se dedicó al cálculo de probabilidades además del de agregados y de variancias e introdujo el concepto de «hombre medio».

En Francia, investigadores sociales como Eugène Buret y Louis Villermé relacionaron la salud con la vivienda y la vivienda con la delincuencia. Pasaron muchas más décadas antes de que las políticas públicas consiguieran mejorar la situación de la vivienda, que los conservadores, defensores de la familia y el hogar, favorecieron aún más que los radicales. Era menos fácil enfrentarse a los problemas de la vivienda —construcción de mala calidad, exceso de ocupantes y ausencia de las comodidades domésticas esenciales— que poner en práctica medidas de carácter colectivo para mejorar la salud pública. Antes que los baños eran necesarias las cloacas. En 1829 Villermé fue uno de los fundadores de los *Annales d'hygiène publique et de médicine légale*, la primera publicación periódica del mundo que se centró en problemas de salud pública.

De entre los investigadores sociales de las décadas de 1830 y 1840, pocos eran socialistas. De hecho, a Edwin Chadwick, el último secretario de Bent-

ham, la gente lo asociaba no sólo con las reformas en la salud pública (la primera ley británica de salud pública fue aprobada en 1848), sino con la introducción de una nueva y polémica ley de pobres en 1834 que también se basaba en los postulados de Bentham. Las discusiones acerca de cómo tratar a los pobres tuvieron lugar paralelamente en otros países, y a menudo fueron violentas. Ya habían sido habituales en el siglo XVIII. Así pues, la ley británica de 1834 fue un hito europeo. Con la abolición de toda beneficencia de puertas afuera y obligando a los pobres a inscribirse en «talleres», que no eran instituciones nuevas, pero que se introdujeron en todas partes, se ahorraba dinero, y la asistencia a los pobres, que antes se asociaba con la caridad, se sistematizaba. Se procuraba que la situación de los residentes en los talleres fuese peor que la de los empleados en las peores formas alternativas de trabajo. No es de extrañar que los pobres comparasen los talleres con Bastillas, y su situación con la de los esclavos negros.

La oposición a la ley de pobres de 1834 en Gran Bretaña tuvo un papel clave en el desencadenamiento del gran movimiento de protesta del cartismo, el primer movimiento específicamente obrero y a gran escala que se produjo en Europa, como reconocieron Marx y Engels. Otro elemento de la protesta creciente era la exigencia de reformas en las fábricas, sobre todo la limitación de la jornada laboral de mujeres y niños, que seguían siendo una parte importante de la mano de obra de las fábricas, en particular en la industria textil (la liebre entre las tortugas de la carrera industrial). Una parte importante de la reforma de las fábricas se consiguió en 1847, un año después de la derogación de las leyes de cereales, pese a que algunos de los responsables de esa derogación se opusieron a la reforma con el argumento de que la ampliación de las competencias de los inspectores de las fábricas constituía una intromisión del gobierno en la industria. Este cambio de bando político era toda una novedad, como lo era el interés de la aristocracia por las condiciones de vida de los pobres de las ciudades, manifestado en Inglaterra, por ejemplo, por el séptimo conde de Shaftesbury, un reformador protestante que pertenecía al partido conservador. En Prusia había fuertes tendencias paternalistas, y en 1839 fue aprobada una ley de fábricas (aunque no se aplicase por entero) que prohibía emplear a los niños menores de nueve años y limitaba la jornada laboral de los niños de entre nueve y dieciséis años.

La política que se centraba en la mejora de las ciudades, en la intervención social en las fábricas y en las medidas con que abordar el problema de la pobreza —muy grave en todos los países, ya fueran industriales o no— era «política social», y para mucha gente sin derecho a votar en las elecciones, así como para algunos que sí tenían ese derecho, esta era la única clase de política que contaba. Era una política compleja, sin nada de simple. Los cartistas británicos, que redactaron su documento fundamental, la Carta, en 1838, empezaron con la realidad —la realidad de un derecho de voto restringido y de la terrible «situación de Inglaterra»—, pero también tenían sus sueños: el sueño de convertir el Parlamento británico en un parlamento del pueblo basado en un sistema electoral de sufragio universal masculino, elecciones anuales y sin que se

exigiese a los parlamentarios tener un mínimo de propiedades. Cuando se cumplieran sus Seis Puntos, todo el mundo tendría un rosbif sobre la mesa.

Cuando los cartistas empezaron su agitación durante una grave depresión económica, la más grave desde el comienzo de la revolución industrial, la primera reforma parlamentaria importante ya se había llevado a cabo en Gran Bretaña. Esta circunstancia proporcionó a los cartistas uno de sus argumentos principales: que se limitaban a pedirle al Parlamento que concediese a la clase obrera lo que ya habían concedido los *whigs* a la clase media gracias a la ley de reforma de 1832. Pero ni los *whigs* ni sir Robert Peel, un «conservador» sensible y sensato, hijo de un rico fabricante de algodón, que aceptó la ley y ganó las elecciones generales con el nuevo sistema de sufragio en 1841, simpatizaban en lo más mínimo con las reivindicaciones de los cartistas. Así pues, los cartistas no tuvieron más remedio que organizarse y manifestarse.

Los cartistas consiguieron demostrar la fuerza de la presencia de la nueva clase obrera en la vida británica —lo que despertó los temores de algunos—, pero nunca o casi nunca amenazaron con una revolución. Muchos de ellos creían en la consigna «pacíficamente si podemos, por la fuerza si debemos», pero la fuerza física organizada apenas tenía cabida en la ideología cartista; como tampoco se produjo —hasta 1848, cuando ya era demasiado tarde— una verdadera confluencia entre los cartistas y los irlandeses descontentos, que protestaban contra la ley de unión con Gran Bretaña de 1800. El hecho de que el líder cartista más popular, Feargus O'Connor fuese irlandés no era garantía de una alianza, ya que O'Connor desconfiaba tanto de Daniel O'Connell, el líder irlandés en el Parlamento, como el propio O'Connell desconfiaba de él.

Mientras tanto, de 1841 a 1846, Peel puso en práctica un programa de importantes reformas —entre ellas, reformas fiscales, el reforzamiento del sistema bancario y en 1846 la derogación de las leyes de cereales— que colocaron los cimientos de la seguridad y la prosperidad de la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX. No obstante, la política de Peel dividió al partido conservador, uno de los primeros partidos parlamentarios que contó con bases organizadas en las circunscripciones electorales. Un amplio sector del partido, incluida la hidalguía rural, se volvió contra él, empujado por la brillante retórica de Benjamin Disraeli, un joven político aún por consagrar, para quien ser judío (aunque converso) sólo era una pequeña dificultad. Así pues, en la política británica de la década de 1840 una ruptura política tuvo más importancia que cualquier alianza social.

Lo ocurrido en 1846 tuvo consecuencias políticas a largo plazo de gran importancia. Los *whigs*, un partido mayoritariamente aristocrático con una minoría de disidentes protestantes, políticos radicales, irlandeses, antiguos seguidores de Canning como Palmerston y, tras la muerte de Peel en 1850, seguidores de Peel, dominaron la política británica durante más de un cuarto de siglo; sin embargo, la victoria de los *whigs* no fue total, porque durante esta etapa central del período victoriano se produciría una transformación paulatina de los partidos políticos británicos que empezó en las bases y culminó con la aparición de un nuevo tipo de partido liberal, que encabezaría un antiguo se-

guidor de Peel, el principal adversario de Disraeli, William Ewart Gladstone.

Las circunstancias políticas británicas, que permitieron una adaptación tan importante, contrastan muchísimo con las circunstancias políticas de Francia durante el reinado de Luis Felipe, la «monarquía de julio». El «Rey Ciudadano» admiraba Gran Bretaña, al igual que uno de sus ministros más capaces, el protestante François Guizot, que creía en el progreso económico y el gobierno parlamentario; sin embargo, aún no se había producido la revolución industrial en Francia, y los republicanos más comprometidos continuaban tomando como punto de referencia a la Asamblea Constituyente, la Convención o Napoleón, sobre cuya figura se cantaban canciones y cuyo cuerpo fue trasladado a París en 1840 y enterrado en el imponente marco de los Inválidos.

La bandera roja ondeó en París en el funeral del general radical Lamarque (víctima del cólera) en 1832, y se produjo una grave insurrección de obreros en la ciudad industrial de Lyon en noviembre de 1831 cuando la guarnición militar abandonó la ciudad.[2] Cinco años después los tejedores de seda de la ciudad desfilaron por las calles con banderas negras. En ese mismo año apareció el primer periódico popular de Francia, *La Presse*. Al cabo de siete años, fue fundado el diario radical *La Réforme*. Pese a todo, las conspiraciones, los asesinatos y las revoluciones no alteraron demasiado la política parlamentatia entre 1830 y 1848. Se presentaron proyectos de ley de reforma, pero fueron derrotados, y la oposición estaba siempre dividida. Hubo no menos de 17 gobiernos entre 1830 y 1840.

Luis Felipe, ambicioso y decidido a gobernar tanto como a reinar, tenía pocas cualidades napoleónicas y se convirtió en blanco inevitable de sátiras y caricaturas, la más famosa de las cuales, muy reproducida, lo presenta en forma de pera, mientras que la más reveladora de las caricaturas lo representa vistiendo con ropa de calle por encima de una armadura. A Luis Felipe le encantaba restaurar palacios, pero aceptó una asignación presupuestaria de 12 millones de francos en lugar de los 32 millones de Carlos X. La Cámara también fue blanco de las burlas: sólo podía votar uno de cada 200.000 franceses, comparado con uno de cada 30 en Gran Bretaña después de la ley de reforma electoral de 1832.

Además, todo el mundo admitía que muchos diputados franceses —tal vez la mayoría— ponían sus propios intereses por delante de los de la nación. Y lo mismo hacían los ministros, dos de los cuales, por ejemplo, se vieron implicados en una maquinación para alterar el precio de la sal. Mientras que los británicos defendían el librecambismo, los franceses seguían aplicando las medidas proteccionistas de la Restauración. Y mientras que los británicos no sólo se beneficiaban del desarrollo fulgurante del ferrocarril, sino que se dedicaban a construir ellos los ferrocarriles, los franceses en general se dedicaban a hablar del tema y a especular sobre su construcción. Sólo había 1.800 kilómetros de vía férrea en Francia en 1848, menos de la cuarta parte que en Gran Bretaña. (Y si hacemos otra comparación significativa, la extensión de la vía férrea en Alemania también era mucho mayor que en Francia.)

Exiliado después de 1848, Guizot, que no había vacilado en utilizar a la

policía para «amordazar al país» en su última etapa en el cargo, escribió una elogiosa biografía de Peel; en cambio, los logros de Guizot fueron mucho menos duraderos. La divisa con la que se asociaba al régimen de Luis Felipe, *Enrichissez-vous* («enriqueceos»), acuñada, según se dice, por el mismo Guizot, tampoco estaba a la altura de las circunstancias en una época de tensión social. En 1840 un publicista republicano afirmó que siete de los ocho millones de la «población activa», el *peuple menu*, eran revolucionarios en potencia debido a la pobreza de sus vidas. El gran novelista francés Honoré de Balzac, muy admirado por Marx, supo plasmar el ambiente de la época. Algunas de sus descripciones tienen un aire fotográfico muy adecuado para un país en el que la fotografía empezó en 1839.

En París, cuya población crecía rápidamente, el ajetreo solía dominar el panorama económico y social. París era el centro de las finanzas, el comercio, la administración y las comunicaciones, y no había ningún centro de actividad o autoridad comparable. Las provincias, rurales o urbanizadas, contaban con su propia historia y geografía, y seguían un ritmo más tranquilo. La especulación estaba mal vista, y era mayor el miedo al desastre que la iniciativa empresarial, y la gente prefería quejarse de la usura en lugar de ampliar las posibles fuentes de financiación. «Somos decididamente conservadores —le escribió Guizot al embajador francés en Roma en 1846—. Esa es la responsabilidad mayor y natural de los gobiernos. Somos aún más firmes en nuestro conservadurismo porque nuestro país ha pasado por una serie de revoluciones.» Sólo mirando hacia el pasado desde el futuro podía decirse que, mientras que Gran Bretaña había evitado la revolución, Francia iba camino de otra.

No obstante, uno de los comentarios más imprudentes de Luis Felipe fue el que hizo en enero de 1848 al general Von Radowitz, embajador plenipotenciario del rey de Prusia: «Decidle a vuestro señor que hay dos cosas que no pueden volver a ocurrir en Francia: una es la revolución; la otra es la guerra». Y es que ese mismo mes De Tocqueville pronunció un discurso profético en la Cámara francesa, en el que advirtió del peligro que se avecinaba. (Tocqueville utilizó la palabra «tempestad», no «revolución».) «Es cierto que no hay ningún indicio visible de desorden, pero eso se debe a que el desorden se encuentra en el corazón de la gente. La razón de fondo por la que un hombre pierde la autoridad es porque no está preparado para ejercerla». El discurso fue recibido entre risotadas.

El momento preciso de la caída de la monarquía en Francia se ha relacionado directamente con un acusado empeoramiento de la situación económica en 1847 al que siguieron las mismas malas cosechas (de cereales y patatas) que dieron origen a la hambruna de Irlanda y a la derogación de las leyes de cereales británicas. Los precios de los áridos alcanzaron nuevos máximos en mayo de 1847. De todos modos, los factores políticos tuvieron más importancia que los económicos. Lo que en numerosos círculos políticos se consideraba que era «la verdadera naturaleza del régimen» que encabezaba Luis Felipe se puso de manifiesto en una serie de escándalos en los que salieron a relucir los nombres de personajes importantes. Así pues, en 1847 y 1848 había dos políticas socia-

les distintas: la de los pobres y la burguesía resentida, por un lado, y la de la alta sociedad, por el otro. «Existe una gran inquietud en París —informaba la *Gazette de la France* el 16 de enero de 1848—. La bolsa baja todos los días. En política, la gente ha dejado de ser razonable.»

Además, el rey de Francia había realizado una maniobra de diplomacia matrimonial que había provocado un roce con Gran Bretaña. Luis Felipe quería que la reina Isabel II de España se casara con uno de sus hijos, y en 1847 y 1848 pareció como si su proyecto fuera a llegar a buen puerto. Palmerston, que había vuelto al gobierno en calidad de ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña tras el fracaso del gobierno de Peel, aprovechó la oportunidad para soliviantar a la opinión pública británica contra el régimen francés. En tiempos de Peel, había continuado la *entente cordiale* de principios de la década de 1830: la reina Victoria había visitado Francia dos veces, y Luis Felipe había sido recibido en Windsor, lo cual disgustó profundamente a los soberanos de Austria, Rusia y Prusia. Pero Palmerston, que ya había roto la *entente* en una ocasión (cuando el enfrentamiento entre Mehmet Alí y los turcos en 1840) antes de que Peel recuperase el poder, no sólo no tuvo reparos en volver a romperla, sino que llegó a entregar a algunos de los adversarios políticos de Guizot (entre los que destacaba Thiers, que había ocupado cargos en el gobierno en 1836, 1840 y 1848) documentos políticos con la intención de comprometer al gobierno francés.

El final no fue premeditado. En 1847 y 1848 se extendieron de París a las provincias una serie de concurridos «banquetes de la reforma», manifestaciones de la burguesía a favor de la extensión del sufragio; y cuando resultó evidente que ni el rey ni Guizot tenían la menor intención de ceder a las presiones (como decían sus adversarios que había hecho Grey), las protestas se endurecieron. Mientras el socialista Louis Blanc proclamaba que «el fantasma de la revolución» estaba presente en cada banquete, Lamartine escogió un lenguaje más adecuado para describir la situación cuando habló de una «revolución del desprecio». La prensa desempeñó un papel fundamental, sobre todo *La Réforme* y *Le National*.

En los banquetes se proponían brindis a la salud del «rey de los franceses» antes de los discursos, pero también había brindis por «la mejora de la situación de la clase obrera». Desde el principio, los «verdaderos» revolucionarios estuvieron en minoría, pero el 22 de febrero de 1848, después de que prohibieran un banquete, empezaron los disturbios en París, en los que los estudiantes se unieron a los artesanos en las nuevas barricadas. Al día siguiente, después de que parte de la Guardia Nacional se hubiera pasado a los rebeldes, el rey destituyó a Guizot e intentó que lo sustituyese primero el conde Molé y después Thiers, antes de perder la confianza en sí mismo, abdicar y huir disfrazado a Gran Bretaña el 24 de febrero. La mayoría de diputados de la Cámara francesa probablemente habría aceptado al nieto de Luis Felipe, de nueve años, como sucesor, pero la multitud parisiense irrumpió en la Asamblea y, con ayuda de la prensa radical, se aseguró de que esa no fuera la solución. Al mismo tiempo, proclamaron la república en el Ayuntamiento de París. Lamartine en-

salzó el espíritu de libertad surgido de las ruinas de un «régimen retrógrado», y, haciendo gala de un lenguaje tan anticuado como el de la Santa Alianza en 1815, constató el «misterio sublime de la soberanía universal».

La primavera de la libertad: el alba de las revoluciones de 1848

La Revolución de Febrero en Francia y el consiguiente inicio de la Segunda República francesa anunciaron una serie de revoluciones que barrieron las capitales europeas, incluyendo Viena y Berlín, durante la primavera excepcionalmente hermosa de 1848. Se produjo una impresionante manifestación cartista en Londres el 10 de abril de 1848, en la que por primera vez se unieron a los cartistas los partidarios de la Joven Irlanda, un grupo nacionalista irlandés que había alcanzado cierta notoriedad tras la muerte de O'Connell. Tanto aquí como en todas partes, lo principal era la juventud.

El nuevo gobierno provisional de la Segunda República francesa, heterogéneo e improvisado, incluía a un antiguo político de la oposición, Alexandre Ledru-Rollin, en el ministerio del Interior, un cargo clave; a Lamartine en el ministerio de Asuntos Exteriores; y a Blanc, que insistía en que la revolución proclamase el derecho al trabajo además del derecho al voto. Aparte de fijar las elecciones, por sufragio universal —lo que representó un aumento del número de electores de unos 25.000 a nueve millones—, para principios de abril, el gobierno creó «talleres nacionales» en París para dar empleo a los parados. Sobre el papel, se garantizaba el derecho al trabajo, mientras que la jornada laboral se reducía en una hora. Mientras tanto, el gobierno mostró gran cautela en sus relaciones con los revolucionarios del extranjero, que se dirigían a París en busca de líderes, pero, por lo menos de boquilla, el gobierno provisional saludó el nacimiento de «la gran república europea», una federación de pueblos libres.

No hacían falta estas expresiones para espolear a los ciudadanos de otros países. Antes de que estallara la Revolución de Febrero, la guerra civil de Suiza había acabado con la victoria de los liberales sobre los cantones católicos —en la que Metternich no había logrado intervenir—, y Suiza se había convertido en un estado liberal. También se había producido una revuelta en enero en Palermo, en Sicilia, la región más pobre de Italia, contra Fernando II de Nápoles, que se vio obligado a ofrecer a los rebeldes una constitución liberal para todo el reino, basada en la constitución francesa de 1830, con la vana esperanza de que los sicilianos dejasen de pedir la independencia. También salió triunfante el «constitucionalismo» en Alemania, en Baden, donde el cabecilla de los liberales exigió la convocatoria inmediata de un Parlamento nacional alemán.

Tanto en Italia como en Alemania antes de 1848 habían surgido indicios varios de que el liberalismo se encontraba por lo menos en fase ascendente. De hecho, un papa de apariencia liberal, Pío IX, había sido elegido en 1846 contra todo pronóstico, y su pontificado empezó con una amnistía, la liberalización de la censura de prensa y la creación de un consejo de estado formado por abo-

gados, con la misión de asesorar al papa en política exterior. También se decidió el tendido de una vía férrea en los Estados Pontificios y la creación de un sistema telegráfico. El liberalismo de Pío IX no duraría mucho, pero por un momento pareció hacerse eco de las esperanzas de Vincenzo Gioberti, un elocuente partidario italiano de una confederación de príncipes italianos presidida por el papa; y cuando en 1847 Metternich ordenó a las tropas austríacas que ocupasen la ciudad pontificia de Ferrara, Pío IX envió una nota de protesta a las grandes potencias, y Carlos Alberto, rey de Piamonte-Cerdeña, se ofreció a ayudar militarmente al papa. Metternich se retiró de Ferrara en diciembre de 1847. Era evidente que Piamonte-Cerdeña tenía que desempeñar un papel fundamental en todo movimiento de unificación de Italia, y el 8 de febrero de 1848 Carlos Alberto I anunció un nuevo proyecto de constitución que incorporaba un parlamento bicameral, elegido por sufragio censitario, y una milicia ciudadana.

Para que el liberalismo y el nacionalismo triunfasen en Italia o en Alemania era tan esencial que se produjera una revolución en ese ente plurinacional que era el imperio austríaco, y que Metternich desapareciera del panorama europeo, como lo era que se produjese una revolución en Francia; sin embargo, no fue en Viena, sino en Budapest, donde empezó la cadena de acontecimientos que acabaría provocando la caída de Metternich. El 3 de marzo, en la aristocrática Hungría, Lajos Kossuth, que se convertiría en uno de los héroes de 1848 (y en una de sus víctimas), pronunció un apasionado discurso en la Dieta húngara —en la que sólo estaba representada la nobleza, un sector enorme de la población húngara, uno de cada 20 habitantes— exigiendo el fin del absolutismo y del centralismo burocrático. «Los sistemas políticos antinaturales —dijo Kossuth a sus colegas parlamentarios—, a veces duran mucho tiempo, porque se tarda mucho tiempo en agotar la paciencia de la gente. Pero algunos de esos sistemas políticos no se vuelven más fuertes con la edad, y llega un momento en que sería peligroso prolongarles la vida.»

Eran unas palabras muy apropiadas, y el 6 de marzo empezaron a circular por Viena escritos solicitando unas instituciones y una prensa libres. La caída de Metternich (su dimisión) se materializó en Viena un día espléndido de primavera, al cabo de una semana, cuando —después de producirse escaramuzas en las calles y discusiones a puerta cerrada en las que Metternich había exhortado a resistir— fue destituido por el emperador y salió del país para reunirse con Guizot en Londres, en donde coincidieron, al cabo de poco, en la escalinata del Museo Británico.

Una pregunta que deberíamos plantearnos es si las revoluciones de 1848 provocaron la caída de Metternich, o la caída de Metternich provocó las revoluciones.[3] El apocado emperador Fernando, que abdicaría a finales de año (se había hablado ya de su abdicación en 1847), estaba dispuesto a ceder para proteger a su dinastía, pese a no ser consciente de todas las implicacones de la caída de Metternich. Tampoco lo eran los sectores de la nobleza que forzaron la marcha de Metternich, creyendo que se había rodeado de un «bosque de bayonetas». En realidad, algunos, como el poeta Franz Grillparzer, creían que Metter-

nich tendría que haberse retirado mucho antes, después de morir el emperador Francisco I en 1835. Pero nadie había hecho nada por librarse de él, ni entonces ni después. Ahora el emperador, en su calidad de rey de Hungría, aceptó las «Leyes de Marzo», otro hecho de cuyas repercusiones pocos eran conscientes.

Ya en el exilio, Metternich, en la autobiografía que escribió a imitación de otros exilados, echó la culpa de todo a la nobleza de Hungría, Italia y Austria, a la que antes ya había criticado en privado. «Entre la lista de síntomas de esta época enferma y degenerada —escribió Metternich en 1850— figura la postura completamente falsa que suele adoptar la nobleza. En todas partes eran ellos quienes contribuían a la confusión que se avecinaba.» En cambio, Metternich no habló tanto de la crisis financiera de Viena, al borde de la quiebra, que lo llevó a implorar la ayuda urgente de los Rothschild en 1847. «Si el diablo me lleva —le dijo a Solomon Rothschild—, también se lo llevará a usted.»

Los estudiantes —y sus profesores, que hasta entonces habían permanecido en calma— figuraron entre los más activos en las escaramuzas callejeras que precedieron a la caída de Metternich, al igual que los obreros manuales e industriales, que, como sus colegas británicos y franceses, sufrían los rigores de la depresión económica: muchos de ellos estaban en paro. Y a la hora de reprimir la revuelta, Metternich disponía de una fuerza policial en activo sorprendentemente reducida —sólo 1.000 agentes, muchos menos que Luis Felipe— y una guardia urbana de 14.000 agentes, de modo que la guardia civil y la legión estudiantil, acabadas de crear, se hicieron con el control. Resulta significativo que no se exigiese la república. El nuevo gobierno, presidido por el conde Kolowrat, que había colaborado (a veces de forma desleal) con Metternich, prometió la libertad de prensa y la convocatoria de delegados de los estados de las provincias para esbozar una nueva constitución.

Los componentes de los disturbios que se produjeron a continuación en el heterogéneo imperio de los Habsburgo fueron muchos y contradictorios (liberalismo, nacionalismo, movimientos de campesinos, sin olvidar el antisemitismo); y pronto las grandes ciudades de Praga, Budapest, Milán y Venecia sucumbieron a la fiebre revolucionaria. A finales de marzo, Hungría contaba ya con una nueva serie de «Leyes de Marzo», que, de estado feudal, convirtieron al país —por lo menos sobre el papel— en uno moderno: proclamaban la igualdad ante la ley, abolían la censura de prensa y suprimían la exención fiscal de la que disfrutaban los nobles, el único sacrificio que éstos hicieron. En Milán, con una población de 200.000 habitantes, el triunfo de la revuelta (18-23 de marzo), que ha pasado a la historia como «los Cinco Días de Milán», obligó al veterano general austríaco conde Josef Radetzky, que había luchado contra Napoleón, a abandonar la ciudad con sus 13.000 soldados. «El país entero», contó luego en Viena, se había rebelado. En Venecia (los sucesos de ambas ciudades no estaban relacionados), Daniele Manin, que había sido encarcelado en enero por proponer reformas constitucionales moderadas, proclamó la restauración de la república después de que la muchedumbre de la ciudad asaltase el arsenal medieval y la ópera en busca de armas.

En Piamonte-Cerdeña los reformistas, en busca de ayuda, acudieron a Car-

los Alberto, quien despertaba suspicacias tanto en su país como en el extranjero, pero que esta vez, aconsejado por su ministro, el conde Camillo de Cavour, había llegado a la conclusión de que «la hora suprema de la monarquía piamontesa había sonado» —«el Estado se habría perdido si no hubiésemos luchado»—, de modo que sus tropas entraron en Milán el 26 de marzo, después de que Radetzky se hubiese retirado, proclamando que «el destino de Italia está madurando, y se abre un nuevo futuro para los valientes que se alzan para luchar por sus derechos contra el opresor».

En Alemania, donde también se produjo un estallido de entusiasmo, en febrero y marzo se desencadenaron por doquier reivindicaciones a favor de la libertad de prensa y de gobiernos constitucionales, y la Dieta o Deutsche Bund, reunida en Frankfurt, con una composición diferente, adoptó alegremente la bandera negra, roja y gualda de Alemania. La idea de un parlamento nacional que incluyese representantes de todos los estados alemanes fue aprobada, y el 31 de marzo se reunió también en Frankfurt un «Preparlamento» (Vorparlament), la primera asamblea nacional relativamente representativa de Alemania, para discutir los preparativos.

El entusiasmo fue indescriptible el 18 de mayo cuando los diputados del nuevo Parlamento realizaron una procesión solemne a la Paulskirche (entre el tañido de las campanas y el estampido de los cañones). Entre los diputados figuraban algunos de los eminentes abogados, jueces, escritores, profesores y artistas de varios estados alemanes, algunos de los cuales se habían labrado la reputación de patriotas durante la guerra de liberación de 1813-1814. Entre ellos estaban Jahn, el poeta Arndt, el obispo Ketteler, destacado dirigente católico, y el historiador Friedrich Christoph Dahlmann, que había sido desposeído de su cátedra de la Universidad de Gotinga cuando el reaccionario duque de Cumberland, británico de nacimiento, llegó como rey a Hannover en 1837. El *Diccionario político* de Dahlmann y su posterior estudio *Política* hacen hincapié en la necesidad de un Estado fuerte, que para él era una institución tan natural como la familia.

Nada de lo sucedido en Alemania hubiera sido posible de no haber cambiado los tiempos en Viena además de en París. De momento, Viena no estaba en condiciones de intervenir, y muchos miembros de la delegación austríaca en el Parlamento de Frankfurt llegaron tarde; sin embargo, fueron mayores los cambios que se produjeron en la capital de Prusia, Berlín, que en Viena. Federico Guillermo IV, que había accedido al trono en 1840, había vacilado antes de 1848 entre el liberalismo y el autoritarismo, y siguió vacilando en 1848. Deseoso de reformar el Deutsche Bund, como le aconsejaba su amigo íntimo, el general Radowitz, nieto de un oficial católico croata, a principios de 1848 había hecho preparativos para convocar un congreso de príncipes alemanes en Dresde, pero, debido a la caída de Metternich, que se presentó en Dresde en el día señalado, camino del exilio, el congreso nunca se celebró.

Los berlineses comentaban la situación cambiante en las terrazas de las cervecerías, mientras que los ciudadanos de Frankfurt la comentaban, al igual que los parisienses, en los cafés y los clubes. Se habían producido «algaradas de

hambre» en 1847. En esta ocasión no se reprodujeron, pero la tensión subió en Berlín el 16 de marzo con la llegada de la noticia de la caída de Metternich, y dos días más tarde el rey hizo pública una proclama anulando la censura y prometiendo reformas constitucionales en Prusia y en el Bund. Sus súbditos lo vitorearon, pero al final del día los vítores se habían convertido en gemidos y la risa, en llanto. Mientras se agolpaba la multitud en las plazas que rodeaban el palacio real, la presencia ostensible e intimidatoria de las tropas reales despertó la alarma, y después de que los soldados del rey hicieran dos disparos inintencionados, estalló una lucha encarnizada, en la que destacaron los obreros de los gremios artesanales de Berlín. Algunos de los súbditos de Federico Guillermo levantaron barricadas, mientras que otros fueron apresados o muertos.

Entonces les tocó a los oficiales gemir, ya que a la mañana siguiente el entristecido monarca, de corazón romántico pero comportamiento vacilante e indefinido, lanzó una nueva proclama, declarando que, como sus súbditos habían sido víctimas de una confusión, los perdonaba y ordenaba la retirada de las tropas. Como consecuencia, se vio obligado a rendir homenaje a los cadáveres de algunos de sus súbditos muertos en la refiega y a nombrar un nuevo gobierno, encabezado por un mercader liberal de Renania, Ludolf Camphausen. Federico Guillermo también tuvo que declarar (aunque fuese en un tono ambiguo) que «a oartir de ahora Prusia se integrará dentro de Alemania». En una ocasión así, el rey estaba tan «indefenso», escribió el embajador estadounidense, como «el malhechor más desgraciado de las prisiones».

Más adelante, en esa misma primavera de 1848, el 22 de mayo, cuatro días después de la apertura del Parlamento de Frankfurt, a la que asistió un solo campesino, y ningún obrero industrial, la Asamblea Nacional de Prusia, cuya composición social era más variada, pues incluía algunos campesinos, se reunió en Berlín, una ciudad todavía muy alterada, que la guardia civil no conseguía dominar. El rey se pasó la mayor parte del verano en Potsdam, rodeado de amigos conservadores y aristocráticos («la camarilla») y tropas reales bien disciplinadas. Era, pues, poco probable que las primeras conquistas de la excitante «primavera de la libertad» llegaran a consolidarse.

Mucha gente de muchos países se sorprendería con la serie de acontecimientos que vinieron a continuación y que analiza el capítulo siguiente; sin embargo, lo que estaba claro era que la Europa que había surgido en 1848 al cabo de decenios de «orden» no era probable que durase. Las revoluciones de 1848 habían sido más rurales que urbanas, y las habían dirigido «intelectuales» con poca experiencia política, cuyos objetivos eran muy distintos entre sí, y los trabajadores que habían participado en ellas no eran en su mayoría obreros industriales, sino jornaleros, artesanos y maestros artesanos de poca monta, una mano de obra muy diferente del proletariado industrial al que se dirigían Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*.

En Gran Bretaña, donde había más obreros industriales que en ningún otro país europeo, la fuerza de la clase media ya había quedado patente en la primavera de 1848. No fueron necesarias ni grandes medidas de seguridad por parte del ejército, organizadas por Wellington, ni una legión de comisarios especiales

(entre ellos el futuro Napoleón III) para salvar a Londres de la revolución el día de la manifestación de Kennington Common. La mayoría de cartistas no deseaba la revolución. Lady Palmerston, la esposa del ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, en una carta a una amiga suya contándole detalles, según ella, «confidenciales» de «nuestra revolución», concluía en tono jovial: «Estoy segura de que es una suerte que haya pasado todo esto, porque ha demostrado la buena disposición de nuestra clase media».

Después de abril de 1848, estaba por ver si la paz social duraría en el continente europeo. Los gobernantes se habían mostrado reticentes a usar la fuerza para reprimir los disturbios en la primavera de 1848, y algunos de ellos, como Federico Guillermo, habían estado más dispuestos a ceder que Luis Felipe. Los gobiernos cuya composición y orientación había alterado la revolución, ¿se comportarían del mismo modo? La mayoría de los nuevos gobiernos tenían tanto miedo al desorden social, en el campo y las ciudades, como esperanzas de cambio. De momento, al término de la primavera, había refugiados, pero no presos políticos. ¿Sería siempre así? Dos de los refugiados, los radicales alemanes Friedrich Hecker y Gustav von Struve, habían intentado perpetrar un golpe de estado republicano en Baden, mientras el Preparlamento discutía sobre las elecciones. Su intento fracasó, y los dos tuvieron que cruzar el Atlántico en dirección a los Estados Unidos.

Para los revolucionarios fue un signo particularmente ominoso que a lo largo de la primavera de 1848 Rusia, donde se produjeron numerosos disturbios en el campo, pero ninguno en las ciudades, se mantuviese a la expectativa. Nicolás I había movilizado inmediatamente un gran ejército para apoyar a las posibles víctimas de agresiones francesas en febrero de 1848. Y aunque la situación europea cambió por completo tras la caída de Metternich y la revolución de Berlín, el gran ejército ruso —como sabían los liberales y nacionalistas de todas partes— seguía alerta.

Capítulo III

CONSTRUCCIÓN NACIONAL, 1848-1878

LAS LECCIONES DE 1848

La revolución en sí misma suscitó el mismo entusiasmo en 1848 que en 1789. El orden político y social inmovilista se había hundido. Para todos los que vivían bajo la opresión de ese orden, los «días de marzo» fueron días de una libertad sin precedentes, que parecían ofrecer un futuro lleno de esperanza; sin embargo, en todas partes también había gente que creía que Europa sufría un arrebato de locura primaveral. El consenso sólo se daba en un punto: que el adjetivo *vormärzlich* («de antes de marzo»), como la expresión «de antes de la guerra» en los años posteriores a 1918 o 1945, hacía referencia a unos tiempos relegados al baúl de los recuerdos.

Un antiguo radical alemán, David Friedrich Strauss, ya se quejaba en abril de 1848 de que había sido más feliz en la época prerrevolucionaria, cuando podía dedicarse a la «teoría pura» sin preocuparse por cómo aplicarla. Esa fue una reacción individual. Otra, no muy distinta, fue la del novelista vienés Adalbert Stifter. La revolución había demostrado que «las personas poseídas por deseos y necesidades imperiosas» no eran de fiar. Las personas que prometían «colmarte de una libertad infinita» eran «en su mayoría hombres corrompidos por la fuerza de sus emociones». Estas reacciones son muy diferentes de la que expresaba un cartel parisiense de marzo de 1848 que rezaba: «Cuando la contrarrevolución ha tenido derecho a manifestarse durante medio siglo, ¿es demasiado acaso darle un año a la libertad?». La diversidad de reacciones de gran cantidad de gente durante y después de la primavera de la libertad, aunque no se expresara habitualmente, no tenía nada que ver con la «teoría» o con las experiencias pasadas. La gente prefería depositar su confianza en la autoayuda y en la mejora de la situación personal más que en el fervor revolucionario común.

Cada situación revolucionaria tenía su propia historia, en la que convergían elementos diversos, posiciones confusas y personalidades enfrentadas, pero había algunos rasgos comunes a todas, entre ellos el desencanto final. Para el historiador norteamericano del siglo XX Bernadotte Schmitt, 1848 fue un «hito»,

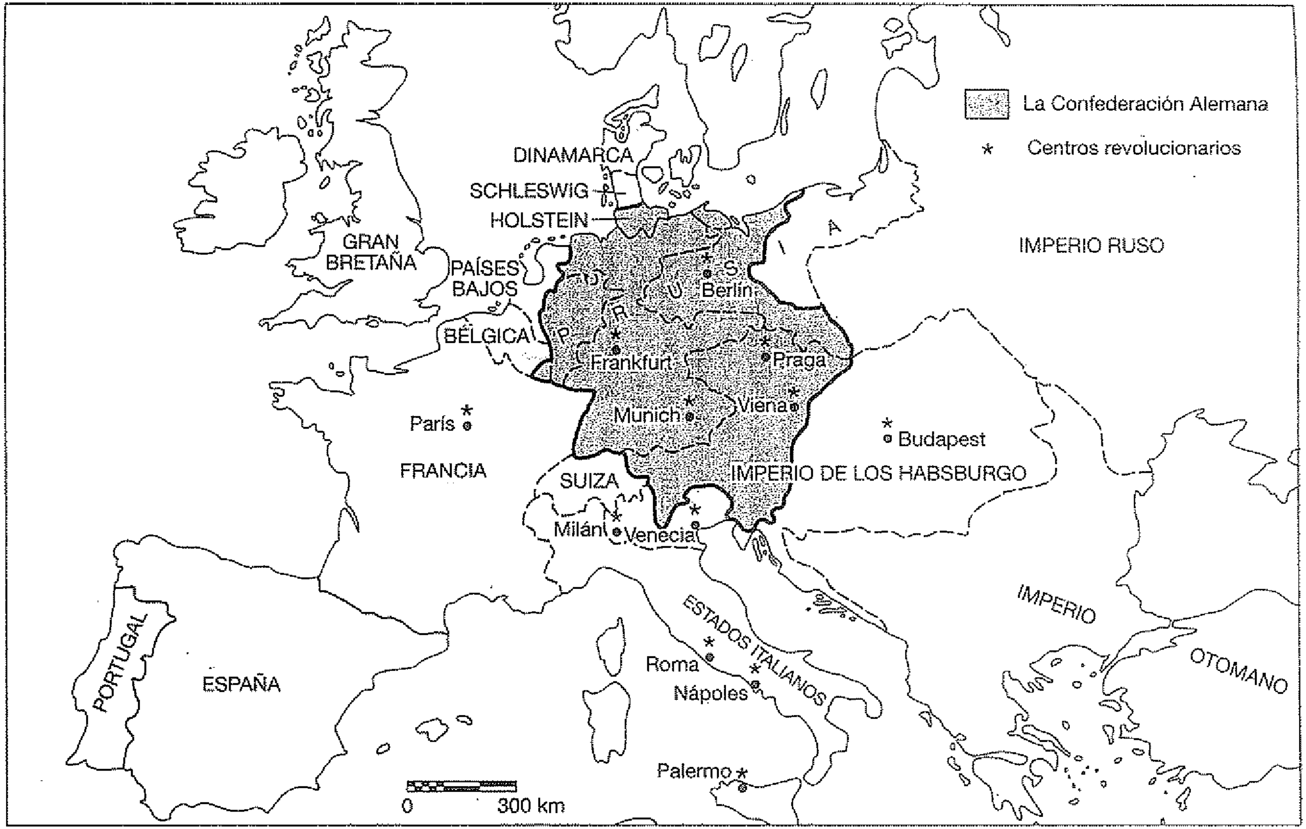
mientras que para el historiador británico G. M. Trevelyan, más decepcionado que desilusionado, fue «el momento decisivo en el que la historia contemporánea no decidió nada».[1] Las fuerzas liberales en las que creía Trevelyan, descendiente de Macaulay, no se hicieron con las riendas de la situación. En junio de 1848 Francia, que se había puesto al frente de la revolución, había sido la primera en manifestar la desesperación que podía llegar a acompañar a la «reacción», y a finales de 1848 las causas revolucionarias estaban amenazadas en todas partes. Pese a todo, no fue hasta 1849 cuando el fuego de la revolución fue finalmente extinguido en Alemania y Centroeuropa. Esta vez, los rusos pudieron hacer de bomberos, a diferencia de en 1815, en que no les habían dejado hacer de policías. El autoritarismo había triunfado.

Los dos bandos aprendieron una lección en 1848 y 1849. El «autoritarismo» aprendió lo que significaba tener que recurrir a evasivas y ceder: por un momento, en palabras del rey de Prusia, había tenido que arrastrarse sobre su vientre. «No hay que dejar que eso vuelva a ocurrir nunca», concluyó el rey. Los revolucionarios, que antes de 1848 habían aprendido de los libros la mayor parte de lo que sabían —desde luego, los que habían hablado más eran los libros—, posiblemente aprendieron menos de la experiencia. Y, divididos como de costumbre, cedieron su puesto a otros. Pero para los nuevos revolucionarios no era sólo que a los viejos libros les hubiesen añadido nuevos capítulos: el texto en su conjunto necesitaba una revisión a fondo. Un tema importante de cara al futuro sería la unificación nacional de Alemania e Italia, que no se consiguió en 1848. ¿Cómo podría lograrse?

Había tres tipos de lecciones que aprender a partir de los sucesos de 1848 y del año siguiente, aunque no todo el mundo sacase las mismas conclusiones, y se produjesen divisiones en los bandos revolucionario y contrarrevolucionario, además de entre ambos bandos. La primera lección se refería a la dinámica de clase social, y, en ese sentido, lo ocurrido en Francia fue la principal fuente de enseñanzas, aunque no la única. El segundo tipo de lecciones se refería a la interacción de los nacionalismos, mucho más compleja de lo que habían creído los nacionalistas y los antinacionalistas antes de 1848. Y la tercera lección fue el papel de la fuerza en la política y en la construcción nacional, un tema del que los nacionalistas habían empezado a hablar cada vez más en 1848 y 1849 mientras sus oponentes actuaban, empujados más por el miedo que por la esperanza. Había dos cuestiones más que afectaban a las lecciones de las tres categorías: la relación entre la monarquía y el «parlamentarismo» (que en el futuro iría mucho más allá de la concesión o derogación de constituciones) y el desarrollo del aparato del estado, incluido el aparato militar.

La dinámica de clase

Los acontecimientos de entre marzo de 1848 y junio de 1849 fueron más reveladores de la dinámica de clase en el marco políticosocial que el *Manifiesto comunista*, primero en Francia, luego en Alemania y a lo largo de todo el pe-



MAPA 3. Centros revolucionarios en Europa en 1848.

ríodo en Gran Bretaña, donde no se produjo ninguna revolución, pero donde los cartistas siguieron discutiendo acaloradamente sobre los conflictos de clase, la cooperación, el liderazgo político y la educación, incluso después de que las revoluciones europeas fuesen sofocadas. En todas partes se produjeron disputas acerca de la propiedad y su relación con la libertad. «¿Dónde está el loco —o el charlatán— que diga que la libertad del proletariado puede garantizarse sin la redistribución de la propiedad?», se preguntaba el periódico radical francés *Le Peuple Souverain* en marzo de 1848.

En Francia, país que Marx y Engels estudiaron con especial afán, el antagonismo entre los obreros parisienses, a la mayoría de los cuales no había afectado la revolución industrial, y la burguesía (a la que tampoco había afectado) fue evidente casi desde el principio; y las demandas de «socialización», que sonaban igual de revolucionarias en el Londres liberal o en la aristocrática Viena, hicieron saltar las alarmas del mismísimo París. «La población que usa mono de trabajo aumenta de día en día», escribió una persona alarmada varios días antes de que *Le Peuple Souverain* se refiriera al tema. Los republicanos habían prometido elecciones en Francia tan pronto como llegasen al poder, y cuando éstas tuvieron lugar —por sufragio universal de la población masculina— en abril de 1848, antes de acabar la primavera, el resultado demostró las limitaciones reales del celo revolucionario y del compromiso social. De los nuevos diputados de la Cámara francesa, 165 habían participado en la Cámara anterior en época de Luis Felipe. Los monárquicos superaban con creces a los radicales, y sólo había 30 «obreros». Incluso en París no fueron elegidos más que 12 socialistas. En total, sobre 876 escaños, los radicales y los socialistas sólo obtuvieron 100, con una participación del 84 por 100. A la hora de acudir a las urnas, para los franceses la «propiedad» constituía «una especie de fraternidad».

En París, grupos de manifestantes, temerosos del resultado de las elecciones, habían intentado aplazarlas, y, siguiendo las tradiciones de 1789, no estaban dispuestos a aceptar el veredicto de las urnas nacionales. En consecuencia, la revolución continuó desde abajo, y se produjeron disturbios callejeros en mayo cuando un nuevo gobierno revolucionario, con el apoyo de Blanqui, fue proclamado en el Ayuntamiento de París. La Guardia Nacional actuó contra los revolucionarios, irrumpiendo en la Cámara y llevando a cabo numerosas detenciones. El choque definitivo se produjo al mes siguiente. La existencia de talleres nacionales, que proporcionaban empleo a los pobres, había dividido profundamente a la opinión pública según la clase social, y uno de los detenidos de mayo había sido Louis Blanc. Para sus críticos, los talleres eran «una incitación a la holgazanería» (y al desorden); para sus defensores, eran la única garantía de «la primera promesa de la República de darles el pan de cada día a sus hijos proclamando el derecho universal al trabajo». La amenaza gubernamental de cerrarlos —o destruirlos— provocó una insurrección, y el 22 y el 23 de junio la gente empezó a cortar árboles para levantar barricadas.

Los ánimos no eran los mismos que en marzo, cuando se habían plantado árboles de la libertad por doquier; y cuando un militar acabado de llegar de

Argelia, el general Cavaignac, en nombre del gobierno, reprimió de forma despiadada los disturbios, le ayudó en la tarea la Guardia Nacional, dominada por la burguesía. El 24 de junio fue declarado el estado de sitio, y en la guerra civil que estalló ese día y el siguiente en las calles de París murió más gente que en toda la sucesión de acontecimientos revolucionarios que había empezado en 1789. De todos modos, no cabía ninguna duda sobre el resultado final de ese «espantoso derramamiento de sangre»: Cavaignac, con la ayuda de reclutas franceses de provincias, acabó con la resistencia de los obreros, cuyo último reducto fue el Faubourg Saint-Antoine.

En noviembre de 1848 fue redactado un nuevo proyecto de constitución republicana que no mencionaba el derecho al trabajo y que otorgaba el poder ejecutivo al presidente, elegido por sufragio directo. Pero el primero en ocupar ese cargo no sería Cavaignac, el héroe de la burguesía de los «días de junio» y ahora candidato del «orden», sino el príncipe Luis Napoleón, sobrino del héroe por excelencia de la época que, mirando hacia atrás, la mayoría de los franceses consideraba más heroica de la historia de Francia. Cavaignac quedó el segundo en las elecciones, celebradas en diciembre, con sólo 1.442.302 votos, frente a los 5.534.520 de Luis Napoleón. (El candidato de la izquierda radical sólo consiguió 36.920 votos, y Lamartine, el héroe romántico de febrero, no obtuvo más que 17.910.)

Luis Napoleón era un novato en la política francesa (sus dos anteriores tentativas de participar en ella mediante conspiraciones habían terminado en fracaso), y sus adversarios, muchos de los cuales eran también diputados de la segunda asamblea popular elegida ese año, lo consideraban un hombre superficial y «trivial». De todos modos, es evidente que Luis Napoleón contaba con apoyos de muy diversa procedencia. Los campesinos, que tan beneficiados habían salido de la Revolución francesa, lo apoyaron no sólo porque se opusieran frontalmente en 1848 a la idea de continuar la revolución social, sino porque para ellos el liberalismo republicano carecía de sentido. Los votos de la clase obrera son aún más fáciles de explicar: ¿por qué tendrían que haber votado por Cavaignac los obreros de París? Luis Napoleón, con un nombre de leyenda, por encima de clases y partidos, se dirigió por primera vez a los franceses en tono conciliatorio. Sus motivaciones internas eran muy diferentes: una fe ardiente en la herencia de su familia y en el destino. «Estoy seguro —había exclamado en 1842— de que la sombra del Emperador me protege y me bendice.»

Así pues, lo ocurrido en Francia a finales de 1848 era muy diferente de lo que revolucionarios y no revolucionarios creían que ocurriría al principio de la secuencia revolucionaria. De todos modos, nunca cupo la menor posibilidad de que los obreros descontentos, concentrados en París y en las grandes ciudades, obtuviesen unos beneficios duraderos (y menos aún, el derecho al trabajo) en las circunstancias sociales, políticas y económicas de 1848. Aún tenían que aprender a organizarse —y luchar— de otro modo —mediante sindicatos y partidos políticos—, y aun así, el resultado de su lucha sería escaso. Tampoco los republicanos —en sus distintas formas— disfrutaron de auténticas oportuni-

dades. Los acontecimientos de ese año habían demostrado que, en las circunstancias presentes, la introducción del sufragio universal no significaba necesariamente la llegada al poder de un gobierno democrático y republicano, una lección política que se repetiría muchas veces en lo sucesivo. En realidad, Napoleón III se dio cuenta muy pronto de que los plebiscitos nacionales podían reforzar su autoridad personal. Para Proudhon, el sufragio universal era contrarrevolucionario.

El éxito de Napoleón por fuerza tenía que despertar inquietud en otras zonas de Europa donde se restauraron formas anteriores de autoridad; sin embargo, las mismas lecciones pueden extraerse, en parte, de la secuencia revolucionaria en Austria, que poseía una interesante serie de características propias. En Austria, a diferencia de Francia, la revolución era una novedad. En Austria, además, también a diferencia de Francia, no había una nación, sino muchas. Los primeros logros del Parlamento austríaco (Reichstag) que se reunió en representación de toda Austria en julio de 1848 —y que no había sido elegido por sufragio universal, sino por votación indirecta, y en donde figuraban muchos miembros de la pequeña burguesía y del campesinado (algunos de ellos, analfabetos)— fueron impresionantes, y recordaban a los de la Revolución francesa en 1789. En una época de dificultades económicas constantes, el Parlamento aprobó, con el apoyo del emperador, la emancipación de los campesinos por una simple cuestión de principios: sus derechos humanos; así se completaba la labor iniciada por José II en el siglo XVIII.

La medida, por supuesto, satisfizo a un amplio sector del campesinado, al igual que los campesinos de Francia se habían sentido satisfechos en 1789, mientras que a los terratenientes se les compensaba por la pérdida de sus derechos históricos. Como resultado, el movimiento revolucionario militante de Viena, un movimiento urbano precoz encabezado por profesores, estudiantes y artesanos, con escaso apoyo en el campo o en el Reichstag, se quedó solo en su lucha después del verano de 1848. La exigencia de más inversión en obras públicas para reducir el paro provocó las mismas reacciones y problemas en Viena y en París, después de que se hubieran producido ya disturbios en Praga y Budapest, que se agravaron cuando los salarios de los trabajadores públicos sufrieron un recorte. El 23 de agosto estallaron luchas callejeras, la denominada «batalla del Prater».

Octubre fue el mes crítico en la capital de Austria. La corte de los Habsburgo, que había huido a Innsbruck en mayo, para volver brevemente en agosto, tuvo que huir nuevamente de la ciudad, dejándola en manos de revolucionarios fervientes, que se oponían categóricamente a la decisión del gobierno austríaco de declarar la guerra sin ambages a la revolución húngara encabezada por Kossuth. El 6 de octubre, cuando un batallón austríaco tenía que partir hacia Hungría, sabotearon la vía férrea en la estación del Norte, y cortaron los cables del telégrafo. El mismo día fue asesinado el ministro de la Guerra, y atacaron el arsenal. Pero la autoridad se impuso en Viena del mismo modo en que lo había hecho en París: una vez más, una autoridad brutal y militar, dirigida ahora por el príncipe Windischgrätz. Se proclamó la ley marcial a finales

de octubre de 1848, fueron clausurados los clubes políticos, se abolió la libertad de prensa y se disolvieron las organizaciones estudiantiles y la Guardia Nacional (que en Viena seguía siendo una fuerza revolucionaria).

Al cabo de tres semanas de la «caída de Viena», Austria tenía un nuevo emperador, que reinaría durante 68 años, y un nuevo primer ministro, el cuñado de Windischgrätz, el príncipe Von Schwarzenberg. Miembro de una familia antigua y poderosa, el príncipe había sido elegido diputado del Reichstag y era lo bastante inteligente como para darse cuenta de los puntos fuertes y débiles del movimiento revolucionario. Fue él quien convenció al emperador Fernando de que abdicase en favor de su hijo Francisco José, de 18 años de edad. El gabinete de Schwarzenberger incluía a algunos liberales, y el Reichstag, que se encargaba de redactar el proyecto de constitución, continuó con sus debates, pero no en Viena, sino en la pequeña población morava de Kremsier.

La tarea del Reichstag hubiese constituido un auténtico desafío de todos modos, pero, estando como estaban las cosas, fue imposible; sin embargo, el Reichstag tuvo el atrevimiento de introducir en el primer borrador de la constitución un apartado, que tuvo que suprimir de inmediato, afirmando que «toda soberanía emana del pueblo». Además, decretó que los ministros del emperador respondiesen de su gestión ante el Parlamento. Otros párrafos de la constitución comprendían la abolición de los títulos nobiliarios, la introducción del matrimonio civil, y, algo de capital importancia en la situación del imperio, la afirmación de que todos los pueblos del imperio (del que Hungría y la Lombardía-Venecia estaban excluidas por motivos constitucionales) tenían los mismos derechos. «Todos los pueblos tienen el derecho inviolable a presentar su nacionalidad en general y su lengua en particular. La igualdad de derechos en la escuela, la administración y la vida pública de todas las lenguas de uso local está garantizada por el Estado.»

Algunas de estas propuestas, que eran demasiado radicales como para que las aceptasen el emperador y sus ministros, provocaron divisiones en el Reichstag, y en marzo de 1849 el ministro del Interior de Schwarzenberg informó a los diputados reunidos en Kremsier que el Reichstag quedaba disuelto. Y aunque también les informó al mismo tiempo de que el emperador había aprobado una nueva constitución «por la gracia de Dios», tampoco esa nueva constitución llegaría a aplicarse. Karl Kübeck, responsable del Tesoro en tiempos de Metternich y representante de Austria en el Parlamento de Frankfurt, aconsejó al emperador que volviera a la situación de partida anterior a marzo de 1848, de modo que, el último día de 1851, la tercera constitución fue revocada. En su lugar, Kübeck encabezaría una comisión con la tarea de examinar todas las leyes aprobadas desde marzo de 1848 para asegurar la eliminación de todo rastro de liberalismo. Schwarzenberg, que hubiese estado dispuesto a actuar en el marco de un sistema parlamentario pero que tampoco se oponía al gobierno personal del emperador, murió el 5 de abril de 1852. La única reforma importante que duró más allá de 1852 fue la emancipación del campesinado.

En Berlín, el fracaso de la revolución de Viena animó al rey de Prusia a tomar medidas. Ya había tenido ganas de tomarlas cuando la recién elegida

Asamblea Nacional de Prusia votó a favor de la abolición de los títulos aristocráticos y de suprimir la fórmula «por la gracia de Dios» del título real. El 2 de noviembre, el rey de Prusia nombró a un nuevo primer ministro, un oficial de caballería, el conde Brandeburgo, y al cabo de una semana (entre las protestas de la Asamblea, que había convocado una huelga de contribuyentes) trasladó el lugar de reunión de la Asamblea de Berlín a la ciudad de Brandemburgo, en provincias. Dos días más tarde, se declaró el estado de sitio en toda Prusia. Finalmente, la Asamblea fue disuelta el 5 de diciembre y se impuso una nueva constitución que hacía hincapié en el derecho divino de la monarquía, dejaba el control del ejecutivo en manos del rey, trataba al ejército como un elemento aparte dentro del Estado y creaba un parlamento bicameral que favorecía a los latifundistas. La cámara baja sería elegida por sufragio universal, pero como los votantes se dividían en tres grupos según los impuestos que pagasen, la constitución consolidó los intereses de los propietarios. Al mismo tiempo, fue disuelta la guardia civil y cerraron sus puertas los clubes políticos. Además, se restringió la libertad de prensa.

Tanto entonces como más adelante, Federico Guillermo se opuso totalmente a la idea, expresada por un destacado orador en el Parlamento de Frankfurt, de que «nuestra autoridad [para redactar una constitución] emana de la soberanía nacional». Y cuando el Parlamento de Frankfurt, que se encontró en una situación más que delicada debido a la restauración del autoritarismo monárquico tanto en Berlín como en Viena, decidió en marzo de 1849 (por mayoría simple, casi con el mismo número de abstenciones que de votos) ofrecer a Federico Guillermo la corona de una nueva Alemania, éste la rechazó. Federico Guillermo dijo estar «profundamente emocionado» por la oferta, que, según dijo a una delegación de parlamentarios de Frankfurt, le había hecho poner los ojos en el «Rey de reyes», pero en la declaración muy medida que hizo no tenía la mirada puesta en el Rey de reyes, sino en los demás reyes de Alemania, indicando que había «prometido explícita y solemnemente» con anterioridad que obtendría «el consentimiento voluntario de las testas coronadas, príncipes y estados libres de Alemania» en toda maniobra que condujese a la «unidad de Alemania». En privado, y de forma más gráfica, declaró que la corona imperial que le ofrecía el Parlamento de Frankfurt sería un «collar de perro» que lo convertiría en «siervo de la revolución de 1848».

Fue de gran importancia para la historia de Alemania que después de ello Federico Guillermo no intentara aprovecharse del hecho de que no menos de 28 de los gobiernos existentes en Alemania, empezando por el de Baden, declarasen que veían con buenos ojos la elección del rey de Prusia como emperador de Alemania en el marco de la constitución alemana redactada por el Parlamento de Frankfurt. Federico Guillermo no quiso aceptar esa constitución, obra de un parlamento dividido, cuya simple existencia él desaprobaba. En abril de 1849 ya se había desvanecido toda esperanza de unificación de Alemania bajo el liderazgo de Prusia (y con apoyo de los liberales). En cambio, las tropas prusianas contribuyeron a sofocar los disturbios revolucionarios de abril y mayo en Baden, Baviera y Sajonia.

El destino del Parlamento de Frankfurt estaba ya sellado. Desde el principio hasta el final careció de responsabilidades ejecutivas, y hasta última hora no logró desarrollar agrupaciones formales organizadas según las directrices propias de los partidos políticos que podrían haber concretado sus decisiones. El principal grupo de liberales moderados era partidario del sufragio censitario, pero la mayoría de los moderados abandonó el Parlamento durante los turbulentos meses de abril y mayo de 1849. Los delegados del imperio de los Habsburgo se retiraron en bloque, y el rey de Prusia ordenó que los siguieran todos los diputados prusianos. El núcleo resultante (136 diputados), al que Federico Guillermo calificó de «aliado de los terroristas» que participaron en las revueltas dispersas de la primavera, se trasladó a Stuttgart, donde acabó siendo disuelto por la fuerza por soldados de Württemberg en junio de 1849. Para entonces, en Alemania había liberales que habían llegado a las mismas conclusiones que los conservadores y Federico Guillermo: que la exhortación del Parlamento a la unidad de Alemania era un engaño. En realidad, el núcleo del Parlamento había luchado a favor «del ateísmo, el perjurio y el latrocinio».

La interacción de los nacionalismos

El liberalismo o el radicalismo del Parlamento de Frankfurt frente al poder autoritario, sobre todo cuando se vio reducido a su núcleo esencial, fueron menos destacados en su momento y, vistos en retrospectiva, siguen siéndolo, en comparación con su nacionalismo. Se hizo evidente casi inmediatamente después de la primera sesión del Parlamento que uno de los principales problemas a los que tendría que enfrentarse sería el de decidir a qué alemanes debía excluir de la órbita de la unificación geográfica y a qué no alemanes debía incorporar. De los 36 millones de súbditos del imperio de los Habsburgo, menos de 6 millones hablaban alemán, y eran mayoritariamente católicos, mientras que de los 16 millones de habitantes de Prusia, en su mayoría protestantes, 14 millones hablaban alemán. Una «gran Alemania» (*Gross Deutschland*) que hubiese incluido las zonas de lengua alemana de Austria habría implicado la destrucción del imperio de los Habsburgo; una «pequeña Alemania» (*Klein Deutschland*) no sólo hacía necesario dar un papel preponderante a Prusia dentro de la nueva Alemania, sino también dejar a gran cantidad de germanohablantes fuera de las fronteras de Alemania.

Algunos alemanes estaban convencidos de que les resultaba ventajoso que los Habsburgo alemanes gobernasen a pueblos no alemanes, y había pocas personas en la política y el gobierno de Austria que opinasen que los Habsburgo tenían que desprenderse de sus dominios no alemanes. Al mismo tiempo, algunos alemanes creían que Alemania no era un concepto territorial, sino metafísico: todo individuo de sangre y lengua alemanas debía lealtad en primer lugar a la patria alemana, que hundía sus raíces en el pasado remoto. Los alemanes eran distintos de los italianos y los eslavos.

Los problemas prácticos, así como los metafísicos e históricos, dificultaron

la existencia del Parlamento de Frankfurt del mismo modo en que habían dificultado la de la corte de los Habsburgo. Por ejemplo, ¿qué debía pasarles a los polacos que vivían en Prusia? Si los polacos estaban dispuestos a continuar siendo súbditos del rey de Prusia —y en 1848 muchos prusianos estaban más dispuestos a aceptar las reivindicaciones lingüísticas y culturales polacas que los rusos—, no lo estaban a que los integraran en un estado nacional alemán. Entre los miembros del Parlamento de Frankfurt había opiniones muy diversas sobre «la cuestión polaca», desde la de quienes deseaban deshacer la injusticia de las tres particiones de Polonia en el siglo XVIII hasta la de quienes querían impedir la creación de un estado polaco independiente. Al principio, los favorables a los polacos eran mayoría, pero más adelante la situación cambió. Y cuando finalmente estallaron las hostilidades entre alemanes y polacos en Posen, las provincias polacas dominadas por los prusianos, la solidariedad nacional de los alemanes se impuso al apoyo al nacionalismo polaco y a la creencia cosmopolita en la complementariedad de las distintas causas nacionales.

También hubo disensiones en torno a Dinamarca. Fueron muchos los discursos chauvinistas pronunciados en Frankfurt sobre los alemanes y los daneses (como también, por supuesto, sobre los alemanes y los checos). Incluso se habló con general desdén de «nacionalidades enanas» (*Nationalitätchen*) que se esforzaban por «establecerse entre nosotros y vivir como parásitos para destrozar a las nuestras». El político e historiador checo Frantisek Palacky había dejado bien claro desde el principio que los checos no querían estar representados en el Parlamento de Frankfurt; en palabras que se harían famosas: «Si no existiese el estado austríaco —dijo en el Parlamento—, tendríamos que crearlo en interés de Europa». 500 años antes de las revoluciones de 1848 la Universidad de Praga había sido fundada como universidad alemana. Ahora, Bohemia veía en el futuro un imperio austríaco multinacional, reorganizado sobre una base federal, algo que ni entonces ni más adelante se pondría en práctica.

Dentro del imperio de los Habsburgo hacía tiempo que perduraba la tendencia de parte de las autoridades a atizar los enfrentamientos entre nacionalidades, y en 1848 no estaba nada claro quién o qué era «revolucionario» o «contrarrevolucionario», en gran parte debido a que la revolución húngara, que tuvo éxito en su primera fase porque el emperador, en su condición de rey de Hungría, aceptó sus reivindicaciones, no parecía representar una amenaza de tipo social, sino una amenaza para las «nacionalidades sumergidas» del imperio de los Habsburgo, entre ellas los croatas, los checos, los eslovacos y los rutenos, todos los cuales estaban representados en Hungría. El propio Kossuth era partidario de la hegemonía magiar en Hungría, y cuando se reunió una nueva asamblea nacional en julio de 1848 los croatas se rebelaron contra ella. La Dieta húngara había decidido que todos los candidatos a las elecciones tendrían que hablar magiar (hasta entonces, el latín había sido la lengua oficial) y que las antiguas Dietas de Croacia y Transilvania iban a desaparecer.

A esas alturas, los sucesos de Praga ya habían seguido el esquema típico de revolución y reacción. Palacky, el presidente del Congreso de los eslavos convocado por los checos en Praga el 2 de junio de 1848, creía que esta asamblea

serviría de contrapeso tanto del Parlamento húngaro como del de Frankfurt. Pero el Congreso de los eslavos también puso de manifiesto una serie de tensiones nacionalistas entre los propios eslavos —entre checos y eslovacos, por ejemplo, y entre checos y polacos—, en las que los polacos simpatizaban más con los húngaros que con los checos. El Congreso aprobó una resolución por la que se convocaba a un «Congreso General de Naciones Europeas» con el fin de «examinar todos los asuntos internacionales». Pero todo eso quedó en nada. En vez de ello, se produjo una revuelta en Praga, que empezó el mismo día en que se clausuró el Congreso, y que estuvo dirigida por la misma combinación de obreros y estudiantes activa en Viena, y que fue sofocada en cinco días por tropas austríacas.

Después le tocó el turno a la revolución húngara, aunque se tardó mucho más de cinco días en reprimirla, y su represión atravesó varias fases. En septiembre de 1848, el emperador, que ahora deseaba la revocación de las Leyes de Marzo, declaró la guerra al régimen revolucionario húngaro, provocando así los disturbios de otoño en Viena, y Windischgrätz entró en Budapest el 5 de enero de 1849. En febrero de 1849 el ejército austríaco derrotó a los húngaros en Kapolna, y cuando se disolvió el Reichstag austríaco a la semana siguiente, la nueva constitución unitarista que se promulgó no tuvo en cuenta las demandas húngaras y checas de un sistema federal en los territorios de los Habsburgo.

Como consecuencia, Hungría, abandonando por primera vez a los Habsburgo, se declaró independiente en abril de 1849, con la designación de Kossuth como Dirigente Supremo, para acabar capitulando —después de una serie de victorias iniciales, una fiera resistencia, complejas maniobras y la intervención de Rusia— en agosto de 1849. (Un castillo resistió hasta noviembre.) Durante varios años, Hungría permaneció bajo la ley marcial, administrada por funcionarios alemanes enviados por Viena. Kossuth, que había enterrado la corona húngara cerca de la frontera, huyó a Turquía y después visitó Londres, donde fue saludado como un héroe, aunque no lo recibiese el ministro de Asuntos Exteriores británico, Palmerston. Kossuth visitó también los Estados Unidos, que, a finales del siglo XIX, acogían a millones de inmigrantes de distintos grupos étnicos de la Europa central y los Balcanes, a veces más que en sus propias capitales.

En resumen, la segunda lección de 1848 y 1849 fue que el nacionalismo había demostrado ser una fuerza tan capaz de generar conflictos e incluso confusión como de resultar liberadora. Si dejamos a Alemania a un lado y tenemos en cuenta únicamente las experiencias húngara y eslava, es evidente que un nuevo orden *internacional* basado en la coexistencia de naciones iba a provocar tantos conflictos de intereses como el antiguo orden dinástico que tenía como objetivo el «equilibrio de poder». La misma lección la habían aprendido más al este, en el imperio otomano, donde en junio de 1848 se creó un gobierno independiente que proclamó la unidad de valacos, moldavos y transilvanos en el seno de una Rumanía libre. Había profundas diferencias, lingüísticas y culturales, entre los magiares, por un lado, y los valacos y los moldavos, que hablaban una lengua románica, por el otro, y además había minorías alemanas en

esos territorios. Y cuando Nicolás I acudió en auxilio del sultán para sofocar la rebelión rumana, la fraternidad de las grandes dinastías, y no la de los revolucionarios, quedó patente a los ojos del mundo.

«El año 1848», escribió sir Lewis Namier, el distinguido historiador británico de origen polaco, marcó «para bien o para mal el principio de una era de nacionalismo lingüístico, que configuró identidades en masa y generó conflictos inevitables entre ellas». Y si bien la expresión «identidades en masa» necesita alguna aclaración, el «nacionalismo lingüístico» se convertiría en una fuerza cada vez más poderosa a partir de 1848-1849, para la que la «declaración de derechos lingüísticos» se convertiría en la «Carta Magna de los revolucionarios». Había la misma cantidad de prejuicios que de idealismo en el modo en que solían afirmarse las diferencias nacionales (al igual que las diferencias religiosas que podían dar pie al nacionalismo). No obstante, los prejuicios eran más peligrosos para el futuro de Europa que la lengua en que éstos se expresasen, y a veces surgían aunque la lengua fuese la misma. En mayo de 1848, por ejemplo, un oficial del ejército francés informó que peones franceses que trabajaban en la línea férrea de Dunquerque habían «atacado a trabajadores belgas, que, después de cobrar, volvían a su tierra».

En Italia, donde los amantes de la lengua eran gente culta y a menudo erudita, y donde, a pesar de los dialectos, la lengua escrita era prácticamente sólo una, las diferencias locales y regionales (además de la imperfección de las comunicaciones) mantenían alejados a individuos que hablaban dialectos del italiano, pero muchos de los cuales todavía no se consideraban «italianos». La lucha por cuestión de principios planteó unos problemas enormes, nacionales y no nacionales. Cuando el rey de Piamonte-Cerdeña, Carlos Alberto, que no era ni liberal ni romántico, anunció en marzo de 1848 (con la esperanza de evitar una intervención francesa) que Italia se espabilaría por sí misma (*Italia farà da sè*), pecó de optimista. Y antes de que sus tropas fuesen derrotadas por los austríacos en Custozza en julio de 1848, Carlos Alberto ya había descubierto que los lombardos de Milán no estaban nada contentos con su incorporación al reino de Piamonte-Cerdeña, con el gobierno en Turín.

La derrota de Custozza tuvo importantes repercusiones contrarrevolucionarias, pues dejó a los austríacos las manos libres para luchar contra los húngaros; sin embargo, no supuso el fin de las luchas en Italia. En marzo de 1849 Carlos Alberto reemprendió las hostilidades, para ser derrotado otra vez, ahora en Novara. Como consecuencia, se vio obligado a reconocer la autoridad austríaca en la Lombardía y el Véneto y a pagar una elevada indemnización a Viena. Además, Carlos Alberto abdicó, sin que lo lamentase mucha gente, y pasó el resto de su vida en Portugal, que se convertiría después en el hogar de muchos refugiados de la realeza. Le sucedió en el trono su hijo Víctor Manuel.

Entre tanto, había aparecido y desaparecido una efímera República de Roma, y el papa Pío IX, que se convertiría en uno de los enemigos más implacables de todo liberalismo, tanto dentro como fuera de Italia, había sido repuesto por Luis Napoleón. No parece que aquí estuviese en juego una cuestión de principios, por lo menos para los franceses, ya que muchos nacionalistas italianos

confiaban en que Luis Napoleón les ayudaría. Las tropas francesas enviadas a Roma se encontraron con la encarnizada resistencia de las guerrillas dirigidas por Giuseppe Garibaldi, uno de los máximos guerrilleros de la historia, pero la resistencia fracasó y los franceses se quedarían en Roma protegiendo al papa hasta la guerra francoalemana de 1870 y la caída de Napoleón III. Por un breve período, Mazzini, que en una época anterior de su vida había afirmado solemnemente que había llegado el momento del «culto a los principios», había sido «triunviro» de la República de Roma que había sido proclamada el 9 de febrero de 1849 por una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal. Después de 1849, Mazzini ya no volvería a ocupar cargo alguno.

El papel de la fuerza

La tercera lección de 1848 y 1849 fue que la fuerza se impuso a los principios en el campo de batalla y en las barricadas. *Einheit, Freiheit und Macht* (unidad, libertad y poder) era una divisa alemana de 1848; a partir de entonces, se haría especial hincapié en el *Macht*. También fue en Alemania donde se inventó el término *Realpolitik*, la política del poder, y donde el máximo teórico militar del siglo XIX, el prusiano Karl von Clausewitz, ejercería mayor influencia, inspirando mucho después de su muerte a Helmuth von Moltke, jefe del estado mayor prusiano en una nueva etapa de la historia de Alemania. Moltke situaba a Clausewitz al mismo nivel que Homero y la Biblia. Clausewitz había ingresado en el ejército prusiano en 1792, y al cabo de un año había entrado en combate contra el ejército francés; sin embargo, no toda su experiencia militar era de origen prusiano, sino que aprendió de los franceses la importancia de involucrar a la nación entera en la guerra, y también aprendió durante su breve estancia en las filas del ejército ruso: Clausewitz luchó en Borodino (y vio arder Moscú) antes de participar en la batalla de Waterloo.

Fue la experiencia, además de la «ciencia», lo que llevó a Clausewitz a la conclusión de que «el verdadero espíritu militar se encuentra sólo en el ejército que se mantiene unido bajo el fuego más mortífero, que no se deja amedrentar por temores imaginarios y se resiste a los de base real con todas sus fuerzas; que, orgulloso de sus victorias, no pierde la fortaleza necesaria para obedecer órdenes ni el respeto y la confianza en sus oficiales, ni siquiera en la derrota; [y] cuya fuerza física, como los músculos de los atletas, se ha templado mediante la privación y el esfuerzo». El ejército prusiano procuró alcanzar este espíritu resuelto, pero fue en el ámbito de la economía alemana, y no en el terreno militar, donde Prusia superó a Austria antes de 1848 gracias a las actividades del Zollverein, que, en palabras de un observador británico en 1840 «llevó el sentimiento nacional alemán del terreno de las esperanzas y los deseos al de los intereses materiales y positivos».

En la esfera política y diplomática, Austria conservó la primacía en 1849 después de llenar el vacío creado por el cese de Metternich con Schwarzenberg, y un hombre que confiaba en que Prusia tomara la iniciativa, el general Josef

von Radowitz, amigo de Federico Guillermo, fracasó en su intento de controlar la recién fundada federación de estados alemanes, la Unión de Erfurt. Schwarzenberg se mantuvo en un prudente segundo término, y dio su consentimiento al llamado «ínterin», durante el cual Prusia y Austria supervisarían conjuntamente los asuntos de Alemania. Pero cuando concluyó el «ínterin», el 1 de mayo de 1850, con el restablecimiento del orden en el imperio de los Habsburgo, Schwarzenberg consiguió restaurar la antigua Dieta del Deutsche Bund tal como era antes de 1848. Hubo algunos momentos de tensión en los que Austria y Prusia se habían enfrentado a causa de los movimientos de tropas en los ducados de Schleswig-Holstein y Hesse, pero fue Prusia la que cedió.

Radowitz perdió el poder y fue transferido a Londres como embajador de Prusia, y en noviembre de 1850 los prusianos alcanzaron un acuerdo con Austria en Olmütz en virtud del cual abandonaban su iniciativa política y prácticamente aceptaban el liderazgo austríaco en los asuntos de Alemania. Por último, en mayo de 1851, ambos países firmaron un tratado trianual descaradamente favorable a uno de los firmantes: Prusia garantizaba el dominio austríaco en Italia, pero no se daba ninguna garantía recíproca del dominio de Prusia en Renania. Sólo en el campo económico se mantuvo la hegemonía de Prusia. El Zollverein resistió con firmeza los intentos austríacos de disolverlo, y en 1853 fue renovado por 12 años más. A largo plazo, Austria, más débil económicamente, no fue capaz de mantener la primacía en la política alemana que había recuperado en 1849 y 1850, pero Prusia tuvo que recurrir a la guerra, en vez de la diplomacia, para conseguirla; una guerra corta y cruenta que, según las normas de Clausewitz, fue «la continuación de la política por otros medios».

El lenguaje del poder se había dejado sentir en 1848 y 1849 fuera de Austria y Prusia en el mismo Parlamento de Frankfurt, y por parte de la izquierda, no de los conservadores. «Si supiese que la unidad y la futura grandeza de Alemania se lograrían mediante la renuncia temporal a todas las libertades —había declarado un diputado liberal en febrero de 1849—, yo sería el primero en aceptar semejante dictadura.» (Esta afirmación vino a complementar la famosa frase de Ludwig Ühland, uno de los poetas más populares de Alemania, de un mes antes: «No brillará cabeza alguna en Alemania que no haya sido ungida con una generosa gota de aceite democrático».) Cuando los prusianos se vieron obligados a retirarse del sur de Dinamarca, en donde habían intervenido en 1848 y 1849 en apoyo de los «alemanes» que vivían en Schleswig-Holstein, por las presiones de Austria (y, significativamente, de Rusia), fue el grupo de la izquierda del Parlamento de Frankfurt el que protestó más enérgicamente por la afrenta al «espíritu nacional» y el «honor militar» de Alemania.

El hombre que encontró la vía definitiva de la unificación alemana fue Otto von Bismarck, hijo de un terrateniente *Junker* de Prusia, aunque no se convirtiese en presidente del gobierno prusiano hasta 1862. Nacido en 1815, el año de Waterloo, Bismarck alcanzó la notoriedad por primera vez como político conservador en ocasión de las revoluciones de 1848. Al oír que Federico Guillermo IV no podía dormir por lo mucho que le preocupaba la revolución, Bismarck se limitó a comentar que «un rey debe poder dormir», y animó al rey

a resistir, además de dormir. No obstante, el propio Bismarck era el más sensible y voluble de los conservadores, un hombre de nervios además de un hombre de hierro. Y aunque, visto en perspectiva, destaca como arquitecto de la unificación de Alemania, siguió una estrategia política sutil y retorcida antes y después de conseguir ese objetivo. De hecho, A. J. P. Taylor ha llegado a decir que en 1870 Bismarck unificó Alemania para derrotar a Franncia, en vez de derrotar a Francia para unificar Alemania.

Desde luego, el tipo de unificación que logró Bismarck no supuso una centralización salvo en el terreno diplomático y militar. La Alemania de la época (como la actual) conservó en su seno un alto grado de iniciativa regional y local. Bismarck hizo gala de sus mayores habilidades al utilizar a los individuos y a los grupos en beneficio propio, escogiéndolos y prescindiendo de ellos cuando dejaban de ser útiles para sus objetivos. A pesar de estar al servicio de los reyes de Prusia, no se hacía ilusiones acerca de las limitaciones personales de éstos, sobre todo en cuanto a la dependencia que mostraban hacia sus parientes. Bismarck era muy consciente de las limitaciones de la diplomacia matrimonial en una Europa interrelacionada por una red de matrimonios reales, aunque supo explotarlas.

Incluso en lo tocante al servicio de Alemania, Bismarck siempre puso en primer lugar los intereses de Prusia. «¿Qué diablos me importan los estados [alemanes] de tres al cuarto?», se preguntó en una ocasión. «Lo único que me preocupa es proteger y aumentar el poder de Prusia ... La única base sana para un gran estado que lo diferencia de modo fundamental de un estado de tres al cuarto es el egoísmo de estado y no el romanticismo, y es indigno de un gran estado luchar por algo que no esté relacionado con sus propios intereses.»[2] Esta era una manifestación prototípica de *Realpolitik*, que no tenía nada en común con el nacionalismo liberal del Parlamento de Frankfurt, aun cuando ese nacionalismo exigiese el uso de la fuerza. «Alemania», sostuvo siempre Bismarck, «no confía en el liberalismo de Prusia, sino que confía en su fuerza ... Desde los tratados de Viena, nuestras fronteras han sido inadecuadas para nuestro cuerpo político. Las grandes cuestiones de nuestra época no las decidirán ni los discursos ni las resoluciones de la mayoría, sino la sangre y el hierro.»

Bismarck llegó al poder en 1862 después de atacar duramente a los «charlatanes» que, según él, eran incapaces de gobernar Prusia. En política exterior, en concreto, eran unos «críos». La política exterior siempre le había interesado profundamente, sobre todo cuando fue representante de Prusia en el Deutsche Bund resucitado de 1851 a 1858. A continuación fue embajador en Rusia de 1858 a 1862 y, durante unos pocos meses de 1862, embajador en París. De estas útiles experiencias, Bismarck aprendió a tratar con Rusia y a enjuiciar a Napoleón III en una década de cambios. Ambos países desempeñaron un papel clave en sus ideas sobre el panorama internacional, mientras que Gran Bretaña ocupaba el tercer puesto, a gran distancia.

De todos modos, las relaciones de Bismarck con Austria eran aún más importantes para sus planes, ya que no podía producirse la unificación de Alemania sin que Prusia sustituyera a Austria como influencia principal en Alemania.

Frustrado por lo que consideraba la «ambición desmesurada» de los austríacos, Bismarck también se había sentido agraviado por las descaradas maniobras antiprusianas de Schwarzenberg en Dresde. Pero tanto antes como después de la que consideraba una guerra «necesaria» entre Austria y Prusia en 1866, Bismarck quería una Austria fuerte, y no débil. Bismarck daba la máxima importancia al mantenimiento de vínculos a largo plazo entre Austria y Alemania. Los vínculos con Francia, que tan importantes fueron para los políticos alemanes después de 1945, no contaban para él. Lo que deseaba era el equilibrio de fuerzas en Europa, y no una integración europea, ya fuese de la vieja Europa de los soberanos y la aristocracia, un grupo al que él pertenecía, o la nueva Europa de los comerciantes y los industriales. De todos modos, Bismarck también creía que, dado el apoyo que prestaba Francia a los movimientos revolucionarios en Europa, de los que a veces se había convertido en representante, Prusia podía beneficiarse de esa actitud durante una etapa de transición. Francia no era más que «una pieza —aunque esencial— en el ajedrez de la política europea».

La diplomacia y la guerra

En realidad, fueron muchos los indicios de cambios en la escena internacional en la década de 1850, una época de crecimiento económico en la que Bismarck, como espectador privilegiado desde distintas plataformas post-1848 (entre las que no figuró Londres), pudo examinar la situación. A principios de la década, la política de Schwarzenberg de reforzar el dominio de Austria en los pequeños estados del sur de Alemania y aislar política y diplomáticamente a Prusia manteniendo las buenas relaciones con Rusia parecía triunfar. Los estados alemanes medianos desconfiaban de las ambiciones de Prusia, y Rusia, que había salvado los intereses de los Habsburgo en 1849, seguía vigilante. «Nadie necesita una Austria fuerte y poderosa más que yo», le había dicho el zar Nicolás I a la madre de Francisco José, el joven emperador austríaco, en diciembre de 1848.

Pero fue Rusia, cada vez más aislada desde principios de la década de 1850, la que ocupó el primer plano de la diplomacia europea después de 1851, y, después de evitar la revolución en 1848, se dejó arrastrar hacia una guerra. Los puntos conflictivos del equilibrio europeo se situaban en los límites geográficos del continente: en el norte, Schleswig-Holstein, históricamente la llave del Báltico, y en el sur, en el imperio otomano, al que Nicolás I (entre otros) consideraba «el enfermo de Europa». Y después de la resolución (aunque frágil) del complejo problema de Schleswig-Holstein en mayo de 1852 por el tratado de Londres, que determinaba la sucesión al trono de Dinamarca y reconocía la autoridad de Dinamarca sobre ambos ducados (aunque permitiendo que Holstein siguiera estando representada en el Deutsche Bund), la atención se centró en el Este. Los primeros cambios de bando importantes desde 1815 no se produjeron como consecuencia de la unificación alemana o la italiana, sino

de la guerra de Crimea de 1854 a 1856, la primera guerra en la que participó Gran Bretaña desde 1815 —esta vez, aliada con Francia contra Rusia— y una guerra en la que no intervinieron ni Austria ni Prusia.

Napoleón III creía con toda la razón que una política firme en la Europa del Este y una alianza con Gran Bretaña proporcionarían a su régimen la seguridad y el prestigio que necesitaba, mientras que la opinión pública británica (más aún que los gobiernos británicos) creía que los intereses vitales de Gran Bretaña estaban en juego. En 1859 y 1860 Gran Bretaña también apoyaría oficial y extraoficialmente la unificación de Italia, aunque en esta ocasión desconfiara de Francia y de las intenciones francesas no sólo en Italia sino en otras partes. No fue hasta el final de la década cuando Italia pasó a un primer plano. La guerra entre Austria y Francia (en la que Prusia, pese a padecer una aguda francofobia, no participó) no sólo provocó cambios de bando, sino que alteró el mapa de Europa. Al acabar con la derrota austríaca y la unificación parcial de Italia, dio alas al nacionalismo alemán.

La política interior también había cambiado para aquel entonces, sobre todo en Austria y en Francia. En Austria el Reichstag se amplió en 1860 para otorgarle mayor representatividad, y el derrotado Francisco José accedió a ejercer sus facultades legislativas sólo con la «colaboración» del parlamento y de las dietas provinciales. Un liberal vienés, Anton von Schmerling, se convirtió en primer ministro de los Habsburgo. En Francia, donde Napoleón III había gobernado de forma autoritaria (aunque arbitraria) desde la promulgación de una nueva constitución imperial en 1852, se realizaron concesiones parecidas a los liberales en 1860. El legislativo, elegido por sufragio universal, pudo debatir por fin la política del gobierno, y la prensa informar de los debates. Mientras se fueron sucediendo los años de expansión económica de mediados de siglo, en ninguno de los dos países se volvió a la situación de 1849 o 1850.

Pero todo esto aún estaba por llegar cuando estalló la guerra de Crimea en 1854. Sus causas inmediatas, algunas de las cuales se sitúan fuera de Europa, fueron más complejas que sus consecuencias. El dominio de los denominados «santos lugares», los enclaves religiosos situados en Jerusalén y sus cercanías, se convirtió en motivo de disputa entre Francia y Rusia, y cuando en 1852 el gobierno otomano otorgó a los católicos la igualdad de derechos con los ortodoxos (además del pleno dominio de la iglesia de la Natividad de Belén), Rusia presionó al sultán concentrando tropas en las fronteras con Moldavia y Valaquia, enviando una delegación a Constantinopla a reivindicar el derecho de Rusia a amparar a los cristianos ortodoxos en cualquier parte, y proponiendo al embajador británico ante la Sublime Puerta un proyecto de partición de los territorios turcos. Cuando la delegación, encabezada por el príncipe Menshikov, fracasó en sus objetivos, Moldavia y Valaquia fueron ocupadas, lo que provocó protestas populares y gubernamentales en Gran Bretaña y Francia. Después de que fracasara una iniciativa de paz austríaca, Turquía declaró la guerra a Rusia en octubre de 1853, y en marzo de 1854 Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Rusia; por primera vez desde hacía siglos, ambos países se encontraban en el mismo bando.

La guerra de Crimea duró lo suficiente como para revelar la incompetencia militar y administrativa de ambos bandos. Las pérdidas humanas fueron sustanciales, mayores que las de cualquier otra guerra entre 1815 y 1914 (300.000 rusos, 100.000 franceses y 60.000 británicos), de los que murieron más por enfermedades, sobre todo tifus, que en combate. Una vez más, el cólera, que se había sumado a los problemas de Europa tras las revoluciones, escapó a todo control. Florence Nightingale, «la dama de la lámpara», que organizó la atención a los enfermos, heridos y moribundos británicos, se convirtió en una heroína nacional. Rusia, que no tuvo ni héroes ni heroínas, tomó la iniciativa a la hora de buscar el fin de las hostilidades, no mediante un cambio de gobierno (hubo un cambio de esa clase en Gran Bretaña), sino mediante un cambio de zar: en marzo de 1855 murió Nicolás, y le sucedió Alejandro II, quien, ante la amenaza de la posible intervención de Austria en la guerra, hizo los primeros gestos de paz antes de que se pusiera de manifiesto toda la fuerza —o la debilidad— de cada bando.

Paradójicamente, el resultado de las negociaciones, la paz de París, preparó el terreno para el futuro entendimiento de Francia con Rusia, como reconoció Bismarck, que lo observó todo entre bastidores. «Vos deseáis cambiar en parte el tratado de París», le escribió Napoleón al zar Alejandro II en 1858, añadiendo que él también «deseaba cambiar en parte los tratados de 1815»; y es que, de hecho, ambos tratados estaban estrechamente relacionados. De acuerdo con el tratado de paz de 1856, que convirtió al mar Negro en neutral y puso coto a la libertad con que Rusia había intimidado a Constantinopla, se consiguió la libre navegación por el Danubio, al tiempo que el imperio otomano quedaba admitido dentro del «sistema y el derecho público de Europa», el «concierto» del que había sido excluido el sultán en 1815. La idea del «concierto» había sobrevivido al fracaso del sistema de congresos ideado en 1815, y las grandes potencias representadas en París consensuaron una «Declaración de respeto al Derecho Marítimo».

Napoleón obtuvo un gran aumento de prestigio con la guerra de Crimea, mientras que Gran Bretaña, debilitada pese a la victoria, se dio cuenta de los problemas a los que tenía que enfrentarse un «estado liberal en guerra» (con los grupos radicales antirrusos que presionaban a favor de una victoria más completa). El reino de Piamonte-Cerdeña, que había formado con Gran Bretaña y Francia una alianza que reforzó sus pretensiones de ser considerado una potencia a nivel europeo, por el mero hecho de estar presente en el congreso de París, aunque no obtuvo territorios, algo salió ganando. Rusia sufrió pérdidas territoriales y de prestigio, al verse obligada a ceder parte de Besarabia a la provincia turca de Moldavia, el núcleo de la futura Rumanía. El imperio otomano salió apuntalado, pero no reforzado. De hecho, el sultán aceptó conceder un grado importante de autonomía no sólo a Moldavia y Valaquia, sino también a Serbia, que obtendría la plena independencia en 1878. (La guarnición turca de Belgrado se retiró en 1867.) Por lo tanto, después de 1856 las puertas estaban abiertas de par en par a la intensificación de la rivalidad entre Austria y Rusia en los Balcanes, y en más de una ocasión la rivalidad demostró ser más fuerte que los intereses contrarrevolucionarios comunes.

Con el paso del tiempo, Bismarck supo utilizar en beneficio propio el recuerdo de la guerra de Crimea, así como la economía. Austria sufrió una crisis económica como consecuencia de la guerra de Crimea, y a lo largo de la década de 1850 fue cediendo terreno a Prusia y al Zollverein cada año. En el mismo año en que Bismarck accedió al poder, 1862, un acuerdo comercial entre Prusia y Francia destruyó toda esperanza que pudiera albergar Austria de poder unirse al bloque económico liderado por Prusia. Políticamente, puede que algunos de los estados alemanes más pequeños tuvieran los ojos puestos en Viena, pero económicamente ya los tenían puestos en Berlín, aunque el hierro de la «sangre y el hierro» bismarckianos todavía estaba por forjar. Aún en 1860 Francia producía más hierro en lingotes que Alemania. Es significativo que el despliegue más notable del potencial económico prusiano se diera en el terreno militar, con la ascensión de los Krupp y de la industria alemana de armamento. En la Gran Exposición de Londres de 1851, donde se predicaba el evangelio de la paz, Alfred Krupp había expuesto un cañón enorme y el mayor bloque de acero jamás producido.

Vista en perspectiva, la compleja diplomacia de Bismarck parece haber tenido un desarrollo lógico, con el apoyo de un poderío militar creciente, entre 1862 y 1871, el año en que Guillermo I, que sucedió a Federico Guillermo IV en el trono de Prusia en 1861, fue coronado emperador de Alemania. Guillermo había sido regente desde 1857 después de que declarasen incapacitado a su hermano Federico Guillermo, y aunque era profundamente conservador, creía firmemente en la misión de Prusia de unificar Alemania. No obstante, como pasó con la «lógica revolucionaria» de la década de 1790 y de los años 1848 y 1849, lo que ocurrió a continuación no fue premeditado ni respondió a un plan. Bismarck pensaba en el momento presente y se aprovechaba de su ductilidad en todos sus cálculos. «Cuando me han preguntado si era prorruso o prooccidental —escribió en una carta de 1857—, siempre he contestado que soy prusiano, y en política exterior mi ideal es ... la independencia de criterio conseguida sin presiones ni aversiones por parte de otros estados y de sus gobernantes ... Que nuestras tropas disparasen contra franceses, ingleses o austríacos me proporcionaría la misma satisfacción.»

Antes de que Bismarck llegase al poder en 1862 para aprovecharse del curso de los acontecimientos, o para modificarlo, la posición de Austria y Francia había cambiado por completo a consecuencia de la unificación de Italia, y fue ese cambio de postura lo que permitió a Bismarck llevar a cabo su política en la década de 1860. La cronología tuvo su importancia. Todavía en 1860 el príncipe regente de Prusia le dijo a Napoleón III que no esperaba vivir para ver la unificación de Alemania, y cuando lo coronaron rey de Prusia en Königsberg, ni él ni Bismarck podían prever que lo coronarían emperador de Alemania al cabo de nueve años, y no en Alemania, sino en Versalles. Los franceses se vengaron por lo de Versalles después de la primera guerra mundial, en 1918, cuando los Hohenzollern perdieron el trono, y después de la segunda guerra mundial, cuando Königsberg se convirtió en una ciudad de Rusia.

La unificación de Italia

La figura clave en el contexto italiano fue el primer ministro de Piamonte-Cerdeña, Camillo di Cavour, cinco años mayor que Bismarck, que entró en la arena parlamentaria en Turín en junio de 1848, y que se convirtió en primer ministro en 1852, diez años antes que Bismarck. Al igual que éste, Cavour se aprovechó plenamente de la fluidez cada vez mayor de la diplomacia europea, procurando conseguir todo lo posible. Por consiguiente, estaba dispuesto a recurrir a los tratados, las batallas y las intrigas de salón para conseguir sus objetivos. A pesar de ser el director de *Il Risorgimento*, despreciaba a los revolucionarios «frenéticos, feroces y absurdos», y en una ocasión dijo que los utilizaría de buena gana como abono para sus remolachas.

Cavour era el benjamín de un noble, y su madre, de origen francés, había vivido en Suiza, de modo que él mismo escribía mejor el francés que el italiano, y con su perspectiva europea era muy consciente de los problemas de lo que en una ocasión llamó «nuestra pobre península». Cavour llegó a tildar de «absurda» la unificación de Italia. Desde luego, para él era, en el fondo, el corolario de la lucha por la independencia y de una serie de acontecimientos excepcionales e imprevistos dentro de Italia a los que él supo sacar partido. Cavour sabía que había otras personalidades involucradas en el proceso de unificación aparte de él, y que para algunos la unificación era la meta. En cierto sentido, ideológicamente Cavour tenía más en común con Peel y con Guizot, a quienes admiraba, que con Bismarck. Además, muchas de sus políticas respondían a cuesiones derivadas de una época anterior a la de Bismarck. Así, por ejemplo, Cavour disolvió la mitad de los monasterios de Piamonte-Cerdeña como habría hecho un déspota ilustrado, y apoyó la abolición de los tribunales eclesiásticos, que habían conservado su forma original en Italia, pero no en el resto de Europa.

Aunque con unos planes muy diferentes, también compartía las ideas de Peel sobre el librecambio, la necesidad del progreso económico (incluida la mejora de la agricultura) y la importancia de prevenir «los trastornos políticosociales generales». Cavour había visitado Gran Bretaña en 1835, y le impresionaron mucho la actividad industrial de Birmingham y la comercial de Liverpool, donde visitó una fábrica y cogió un tren hacia Manchester. Y es que Cavour reconocía que los trenes eran símbolos de prosperidad. Todavía en 1859 la mitad de la vía férrea tendida en Italia se encontraba en Piamonte-Cerdeña.

El embajador británico en Turín, que era un gran admirador de la obra de Cavour y lo ayudó a lograr sus objetivos, lo describió como «un financiero que se guía por Adam Smith, no un conquistador que aspira a endeudarse para obtener un imperio». Pero eso era subestimar la sutileza diplomática de Cavour y la diversidad de sus preocupaciones, que nunca fueron exclusivamente económicas; y, aunque no le interesaran personalmente los imperios, no podía ignorar la existencia del imperio de los Habsburgo, porque la independencia era, en primer lugar, la independencia de Austria, cuyo papel en Italia era muy diferente —y tenía detrás una trayectoria histórica también muy diferente— del

que desempeñaba en Alemania. Cavour podía hablar con toda naturalidad de «los bárbaros» extranjeros, «acampados» en la Lombardía, que oprimían a Italia, mientras que Bismarck, aunque lo hubiera deseado, jamás habría podido emplear el mismo tono al hablar de los austríacos en Alemania, sino que tenía que conformarse con quitarse la chaqueta y fumar puros con el mayor descaro en presencia de sus enviados.

La dinámica política italiana y el logro de la unificación de Italia en dos etapas —1861 y 1870— dependió de muchas personas de muchos lugares, tanto dentro como fuera de Italia. Cavour no simpatizaba en absoluto con los revolucionarios italianos al estilo de Mazzini, que denominó a sus seguidores «el Partido de la Acción» en 1853, y, cuando ese año Mazzini y sus seguidores intentaron organizar una revolución republicana en Milán, Cavour los atacó abiertamente, cosa que le agradecieron los austríacos. No obstante, después de 1856, Cavour flirteó con la Sociedad Nacional, la principal fuerza del *Risorgimento* italiano, a pesar de estar dirigida por italianos radicales, muchos de los cuales eran miembros de la misma, cuyos puntos de vista sobre política social y sobre la unificación de Italia eran distintos de los suyos, y fue todo un éxito para él cuando la Sociedad empezó a referirse a Víctor Manuel como rey de Italia. Cavour describió a Daniele Manin, uno de sus dirigentes, como «el pequeño utópico de siempre», pero tuvo la astucia de reconocer que incluso ese tipo de utopismo podía ser «útil» cuando «resultase práctico».

A continuación, Cavour siguió una estrategia diferente para demostrar que estaba tan deseoso de librarse de los austríacos como Mazzini. Buscando posibles aliados, fue lo bastante realista como para reconocer desde el principio que Italia tenía que granjearse ante todo el apoyo de Francia, y cuando en 1855 decidió meter a Italia en el enredo político de la guerra de Crimea, lo hizo por temor a que Austria entrase antes en guerra. Al final de la contienda, Cavour tuvo unas provechosas conversaciones con Napoleón III en el congreso de París, que continuaron en Plombières en el verano de 1858.

En virtud del pacto de Plombières (algunos de cuyos detalles Cavour no reveló a su gobierno), Napoleón aceptó el «principio de nacionalidad» y declaró que participaría en una guerra para expulsar a Austria de la Lombardía y el Véneto, lo que, naturalmente, constituiría una repetición de lo que había hecho Napoleón I. Y otra repetición sería que Napoleón III y Cavour acordaron arreglar el matrimonio de un primo de mediana edad de Napoleón, Jerónimo, y la hija de quince años de Víctor Manuel. El aspecto más cínico del trato —una demostración de la capacidad negociadora de la *Realpolitik* de Cavour— era que Piamonte-Cerdeña cedería Saboya y Niza a Francia. El acuerdo informal de Plombières se convirtió en un tratado formal en enero de 1859, tras el cual se produjo un acuerdo francorruso, por el que Rusia aceptaría los cambios en Italia, y Francia apoyaría a Rusia en la derogación de las decisiones aún recientes del congreso de París para cerrar el mar Negro.

En manos de Cavour quedaba encontrar el momento oportuno para la guerra, algo que en principio parecía difícil, ya que incluso los países amigos como Gran Bretaña presionaban para que se alcanzara un compromiso europeo para

resolver «la cuestión de Italia» sin recurrir a la guerra. (Palmerston había creído siempre en la necesidad de una Austria estable, sobre todo durante los alborotos de 1848 y 1849.) Pero durante un «conato de guerra», algo que se convertiría en familiar en los años anteriores a 1914, los austríacos le hicieron el juego a Cavour, como luego se lo harían (igual que los franceses en 1870) a Bismarck. Cuando Cavour movilizó el ejército relativamente pequeño de Piamonte-Cerdeña en marzo de 1859, los austríacos respondieron en abril con la movilización de un ejército mucho mayor; y cuando fueron aún más lejos y en abril de 1859 enviaron un ultimátum a Piamonte-Cerdeña exigiendo el «desarme» de Italia en un plazo de tres días, Cavour lo rechazó, y Napoleón III, como había prometido, entró en Italia.

La guerra no fue exactamente como estaba prevista, pues Napoleón no era Bismarck; sin embargo, duró sólo seis semanas, y las dos sangrientas y costosas victorias francoitalianas en Magenta y Solferino fueron decisivas. El ferrocarril fue empleado por primera vez en una guerra, y de las atrocidades de Solferino nació la Cruz Roja, después de que un observador suizo en el campo de batalla, Jean-Henri Dunant, quedase horrorizado al ver cómo trataban a los heridos de ambos bandos. La paz tampoco salió como estaba prevista, porque Napoleón, cambiando repentinamente de táctica, inició las negociaciones con los austríacos antes de lo que hubiese querido Cavour, y, a espaldas de este, Napoleón III, en conversaciones con Francisco José en Villafranca, accedió a dejar el Véneto y los ducados del centro de Italia en manos de Austria, que sólo cedería la Lombardía. Napoleón también propuso que se crease una confederación italiana presidida por el papa y de la que Austria fuese miembro. Cavour, escandalizado, dimitió después de una escena tan tempestuosa con su rey como cualquiera de las que tuvo Bismarck con el suyo.

Pero la rueda de la fortuna no había dejado de girar, y al cabo de un año de la paz, Piamonte-Cerdeña había duplicado su extensión, al incorporar no sólo la Lombardía, sino los tres ducados del centro de Italia y parte de los territorios papales. Además, en el mismo año, el gobierno británico dejó muy claro que no toleraría ninguna resistencia a estos movimientos. Palmerston, primer ministro británico de 1859 a 1865, y su ministro de Asuntos Exteriores, lord John Russell, fueron tan encendidamente proitalianos en ese instante crucial de la historia de Italia, que recibieron el apodo de «los dos viejos maestros italianos». Gladstone, el futuro cabecilla del liberalismo británico, que había estado al servicio de Peel, pero que había entrado en el gobierno de Palmerston como ministro de Economía, era igual de proitaliano, e Italia contribuyó directamente a su conversión en un político popular.

La expansión de Piamonte-Cerdeña se produjo en fases distintas. Después de Villafranca, las asambleas constituyentes de Parma, Módena, Toscana y la Romaña formaron una alianza con un ejército común y se pusieron al amparo de Piamonte-Cerdeña. Cavour recuperó el poder, con la seguridad del apoyo británico, y cuando Napoleón (que volvió a cambiar de chaqueta) aceptó esta modificación total de lo acordado en Villafranca, Cavour consintió que Niza y Saboya pasaran a manos de Francia, cosa que hicieron después de que entra-

sen en ellas tropas francesas, no para combatir, sino para organizar un plebiscito.

De todos modos, Cavour seguía sin ser el único personaje en escena, y al principio se sintió profundamente alarmado, y no entusiasmado, por lo que pasaba más al sur de Italia. Dos meses después de que Napoleón se hiciera con Niza y Saboya, Garibaldi y mil «camisas rojas» —que pronto se harían más famosos en toda Europa que sus heroicos defensores de Roma en 1849— desembarcaron en la lejana Sicilia, donde se había producido un levantamiento popular contra el rey de Nápoles, Francisco II. Los «mil» (en realidad, había 1.088 hombres y una mujer, y el grupo más numeroso era de Lombardía) se apoderaron pronto de Palermo, y a los tres meses cruzaron el estratégico estrecho de Messina y avanzaron por la península italiana. El 7 de septiembre entraron en la ciudad de Nápoles e hicieron un alto antes de marchar sobre Roma.

Un éxito tan espectacular era mucho más deslumbrante que nada de lo que hubiera sucedido en el norte de Italia, y además, fue un triunfo conseguido sin intrigas, porque Garibaldi no valoraba la diplomacia; en realidad, antes de desembarcar en Sicilia, se había planeado un desembarco alternativo en Niza, su ciudad natal, para frustrar los planes de los franceses. Las acciones de Garibaldi —en nombre de «Víctor Manuel y de Italia»— desde luego eran demasiado espectaculares y demasiado directas para Cavour, que en ese momento crítico necesitaba todos los recursos posibles de la *Realpolitik* para decidir lo que tenía que hacer. Cavour se había opuesto enérgicamente a la expedición de Garibaldi, pero no había sido capaz ni de impedirla ni de criticar en público el resultado de la misma: «no hubiese durado en el cargo», escribiría más tarde, «si hubiese intentado frenar a Garibaldi». En un texto de carácter privado escrito seis días después del desembarco en Sicilia, Cavour comenta que «si aplastan la insurrección en Sicilia, no diremos nada; si tiene éxito, intervendremos en nombre de la humanidad y del orden».

Temeroso de la espontaneidad impulsiva de Garibaldi, de su radicalismo natural y de su inmenso prestigio, Cavour hizo una serie de maniobras para poner freno a Garibaldi antes de encontrar una que funcionase: sabedor de las graves repercusiones internacionales de la entrada de las tropas de Garibaldi en Roma —ya que Napoleón III, que se había autoproclamado defensor del papa, podía intervenir, y esta vez con el posible apoyo de Austria—, Cavour llegó a la conclusión de que lo que necesitaba era un éxito aún más espectacular que los de Garibaldi. Tenía que salir en los titulares. Y lo logró. El día en que Garibaldi entraba en Nápoles, Cavour envió un ultimátum de cosecha propia a los Estados Pontificios, que se hallaban bajo la protección de Francia. Con la excusa de que el papa era incapaz de controlar los movimientos revolucionarios en sus territorios, Cavour envió a sus tropas, y el 18 de septiembre, en Castelfidaro, los piamonteses derrotaron al ejército del papa, a cuyo mando estaba un general monárquico francés enemigo acérrimo de Napoleón. Dejando Roma a un lado, los piamonteses avanzaron hacia Nápoles, en donde convergieron con las tropas de Garibaldi que habían derrotado a un ejército de 30.000 soldados en Volturno. Víctor Manuel y Garibaldi entraron juntos a caballo en la ciudad de Nápoles.

Las grandes potencias no habían podido intervenir directamente en la historia, aunque Gran Bretaña en particular aprobase el resultado, y Cavour hubiese coordinado de antemano (con gran cinismo) su atrevidísima maniobra con Napoleón III, cuyas tropas se interponían en su camino hacia Roma. Toda Italia salvo Venecia y la zona circundante a Roma se encontraba ahora bajo el dominio directo de Piamonte-Cerdeña.

Las tropas «irregulares» de Garibaldi fueron disueltas enseguida sin armar mucho ruido, y el gran héroe se retiró a vivir en paz, o así lo esperaba Cavour, en una islita situada frente a Cerdeña. Se celebraron plebiscitos por sufragio universal masculino en Nápoles, Sicilia y los territorios pontificios conquistados, que confirmaron el deseo de sus habitantes de convertirse en súbditos de Víctor Manuel (aunque no se les dio la posibilidad de votar a favor de su pertenencia a reinos independientes), y la constitución de Piamonte-Cerdeña de 1848, que Carlos Alberto había otorgado a sus súbditos, se hizo extensiva al nuevo reino de Italia. Víctor Manuel II, que había maniobrado con frecuencia por cuenta propia durante esta extraordinaria secuencia de acontecimientos, fue proclamado rey, y Cavour se convirtió en su primer ministro. El primer Parlamento nacional se reunió en Turín en marzo de 1861; sin embargo, sólo aproximadamente un 2 por 100 de la población tenía derecho a voto. Y es que no se trataba de un plebiscito, sino de una asamblea que pronto tuvo que enfrentarse a graves dificultades a la hora de determinar el grado de descentralización administrativa.

La palabra «nacional» suscitaba muchos interrogantes, al igual que la inevitable elección de Turín, la capital de Piamonte-Cerdeña, como capital nacional. Las diferencias regionales —económicas, sociales y culturales— entre el sur y el norte eran enormes, y también en muchas ciudades, antiguas y nuevas, existían diferencias entre «clericales» y «anticlericales», políticos «respetables» y revolucionarios radicales. Víctor Manuel se negó a intitularse Víctor Manuel I, mientras que un diputado federalista superviviente se preguntaba en solitario, en el primer debate parlamentario, por qué Milán, Florencia y Nápoles debían gobernarse desde Turín. Hubo problemas en Nápoles casi inmediatamente después de la unificación. Los disturbios proborbónicos fueron una de las formas en que se manifestó el descontento. Otra fue la guerra llamada «de los bandoleros», en la que perecieron numerosos civiles debido a los disturbios en zonas rurales. Y hubo otro momento dramático más al norte cuando en 1862 Garibaldi fracasó en su tentativa de apoderarse de Roma (*O Roma o morte*, «o Roma o la muerte») con un ejército de voluntarios al que derrotaron en Aspromonte no los franceses, sino tropas italianas. Para aquel entonces, Cavour ya había muerto, víctima de las «fiebres» (seguramente malaria) a los 51 años. Cavour ya había declarado en público que Roma, la clave de Italia, tenía que ser la capital de Italia. Cuando había pasado a ocupar el centro de la vida política italiana, Cavour desapareció.

Serían más frecuentes las tensiones en el reciente pero pobre reino de Italia que en el nuevo y próspero imperio alemán, mientras unos ministros que decían profesar tanta devoción por la memoria de Cavour como la que los peeli-



MAPA 4. La unificación de Italia.

tas profesaban por la de Peel en Gran Bretaña se esforzaban por mantener unido el país. Pero el primer ministro que sucedió a Cavour no era de Piamonte-Cerdeña, sino de Toscana, y Turín cedió temporalmente la condición de capital a Florencia. El hombre que pasó a ocupar el centro del escenario político europeo fue Bismarck, que llegó al poder en 1862 asegurándose de que su rey podía gobernar a través de él sin depender del Parlamento. Subieron los impuestos —y fueron recaudados— en beneficio de un importante presupuesto de defensa sin contar con la aprobación del Parlamento. Bismarck, que despreciaba el liberalismo (aunque no ponía reparos ni siquiera a su utilización), poseía las cualidades personales adecuadas para replicar a la consigna liberal de «el ejército del pueblo, detrás del Parlamento» con la consigna real «un ejército disciplinado, que también es el pueblo armado, detrás del rey, señor de la guerra». El embajador austrohúngaro en Gran Bretaña, el conde Karolyi, estaba completamente de acuerdo. «Si se suprime la democracia en Prusia, su perniciosa influencia sobre el resto de Alemania también se verá mermada.»

La unificación de Alemania

Para hacer posible la utilización del ejército prusiano como un instrumento político eficaz, Bismarck, que quería que todas las guerras en que se viese involucrado fueran cortas, tuvo que evitar establecer alianzas o coaliciones internacionales que le estorbasen. Para Bismarck, el primer año crítico fue 1863, cuando estalló una revuelta de los polacos después de que Rusia intentase reclutar para su ejército a los polacos de las ciudades. Como consecuencia de la revuelta, Rusia anuló las libertades que aún conservaban los polacos, y desapareció incluso el antiguo nombre de «reino de Polonia». Bismarck se granjeó las simpatías de los rusos al hacer oídos sordos a las protestas de los liberales prusianos favorables a Polonia, y fue igual de brusco con el príncipe heredero cuando este también protestó. En el mismo año, Bismarck emprendió una serie de maniobras en sus fronteras septentrionales que le colocarían en una situación desde la que pudo entrar en guerra con Austria en 1866.

Cuando el rey Federico de Dinamarca murió en noviembre de 1863, volvió a surgir la cuestión de quién debía gobernar los ducados meridionales germanodaneses de Schleswig y Holstein, y apareció un pretendiente alemán, Federico de Augustenberg, que se autoproclamó duque de Schleswig-Holstein. Bismarck evitó la intervención europea en la disputa —en parte gracias a su habilidad, y en parte por pura casualidad— y después de intervenir militarmente con éxito, con la autorización del Bundestag alemán, llegó a un acuerdo, el tratado de Viena, por el que, prescindiendo de Federico de Augustenberg, el rey de Dinamarca renunciaba a todos sus derechos sobre Schleswig y Holstein en favor del rey de Prusia y del emperador de Austria. En 1865, se acordó en la convención de Gastein, que era un compromiso claramente transitorio, que Austria ocupase un ducado (Holstein) y Prusia el otro (Schleswig). La presencia

de Austria en el lejano Holstein, un ducado mayoritariamente alemán, serviría de excusa para las futuras maniobras de Prusia.

No se convocó ningún congreso europeo, a pesar de que tanto Prusia como Austria habían desafiado el recién firmado tratado de Londres, con lo que aparentemente quedó demostrada la capacidad de cálculo de Bismarck. En Londres, Palmerston, que se había comprometido con los daneses y que decía ser uno de los pocos que entendían la cuestión, no consiguió que su gabinete ni la reina apoyaran una intervención británica. Mientras tanto, Bismarck se ganó a Francia e Italia: dos meses después de Gastein, visitó a Napoleón III y sostuvo unas amigables conversaciones con él en Biarritz. En todo este tiempo, Rusia, cuya amistad ya había conseguido Bismarck, no prestó ningún apoyo a los daneses. En 1860, *The Times* de Londres había ridiculizado a Prusia por «apoyarse siempre en alguien, por buscar siempre a alguien que la ayude, en lugar de ayudarse a sí misma; siempre dispuesta a deliberar, nunca a decidir; presente en los congresos, pero ausente en las batallas». Ahora habían cambiado las tornas, y no hubo «concierto».

Llegó la venganza prusiana por Olmütz. Cuando el emperador de Austria viajó a Frankfurt para presentar a los príncipes alemanes un plan de directorio para gobernar Alemania, con cinco miembros y encabezado por él, así como una nueva Dieta alemana compuesta de representantes de las dietas de los distintos estados alemanes, Bismarck convenció al rey de Prusia de que no asistiera. El emperador fue recibido por los políticos de la *Gross Deutschland* y acogido por la multitud jubilosa, pero su plan no tenía posibilidad alguna de éxito. En cambio, Bismarck presentó un plan alternativo mucho más popular en julio de 1866, proponiendo la abolición de la Dieta y la convocatoria de una Asamblea Alemana que redactase una nueva constitución. Más adelante, se crearía un nuevo Parlamento alemán, elegido por sufragio universal.

El objetivo de Bismarck, por supuesto, era superar la oferta de Austria, y no dar al pueblo alemán una mayor participación en el gobierno, pero era difícil que los liberales, una vez se dio publicidad al plan, se opusieran al mismo. Los antiguos miembros del Parlamento de Frankfurt, sobre todo, no tenían motivos de queja. Bismarck ya se había ganado el apoyo de los nacionalistas de 1848 al invadir Schleswig-Holstein: después de todo, en 1848 habían protestado enérgicamente por la retirada de las tropas prusianas.

La diplomacia secreta era más relevante que las manifestaciones públicas, pese a la importancia que tenían éstas en la estrategia bismarckiana. Entre bastidores, Bismarck se hizo discretamente con el apoyo de Piamonte-Cerdeña (que, después de todo, había estado en guerra con Austria en 1859) y de Francia (aliada de Piamonte-Cerdeña en aquella guerra) en una eventual intervención militar prusiana contra Austria. «Prusia y Francia —le dijo en tono halagador a Napoleón en Biarritz en 1865— son las dos naciones de Europa cuyos intereses son casi idénticos.» Al obtener garantías de neutralidad por parte de Francia en una guerra entre Prusia y Austria, las posibilidades de un entendimiento entre Francia y Austria —con tantos ecos del siglo XVIII— se vieron reducidas al mínimo. Y en Schleswig-Holstein, Bismarck encontró, tal como esperaba, un

terreno abonado para provocar a Austria, a pesar de que los austríacos habían conseguido manifestarse moderados y conciliadores.

No fue Prusia, sino Austria (apoyada por los estados alemanes más pequeños: Baviera, Sajonia, Hannover y Baden), la que declaró la guerra en 1866, y el ministro austríaco responsable de la declaración pecó de optimista al manifestar que así se «compensaría Magenta y Solferino». «Sin una guerra —añadió— la única perspectiva posible es la de una paz inestable o la revolución». El error de cálculo fue total. El ejército prusiano, bien entrenado y bien armado, hizo el mejor uso posible de su superioridad en armamento, sin olvidar el ferrocarril y el telégrafo como instrumentos de movilización y despliegue de tropas. La guerra duró apenas siete semanas y culminó en la decisiva victoria prusiana de Königgratz el 3 de julio.

De haber ido mal la guerra, Bismarck no hubiera vacilado en llamar en su ayuda contra Austria a grupos de resistencia italianos, magiares, polacos, checos y croatas; y tal vez sea significativo que el tratado final se firmase en Praga. Pero Bismarck no quiso una paz revanchista, y dio orden a su ministro del Interior de que hiciera lo posible para que la prensa de Berlín no exigiera una paz así. Bismarck creía que el mundo necesitaría una Austria «fuerte» en el futuro —una creencia bastante peligrosa, dadas las pruebas cada vez más abrumadoras de la debilidad austríaca— y tuvo que pelearse con su propio rey para salirse con la suya, al igual que había tenido que discutir con él por Schleswig-Holstein. Dijera lo que dijese la prensa, la paz habría sido mucho más dura de haberla decidido Guillermo I.

En la práctica, la paz de Praga excluyó a Austria de Alemania y de Italia, y al año siguiente los magiares obtuvieron el pleno control de sus asuntos internos. Se creó una monarquía dual, por la que Francisco José, dividiendo sus territorios en el río Leithe, un pequeño afluente del Danubio, se convirtió simultáneamente en emperador de Austria y rey de Hungría. Los liberales de Viena apoyaron el cambio, que supuso también la introducción del parlamentarismo y la garantía de las libertades civiles. Pero esta partición, tan significativa como cualquier unificación, no satisfizo las reivindicaciones de otras «nacionalidades» del imperio, y cuando éstas se manifestaban enérgicamente de forma directa o indirecta, a los ministros les resultaba difícil gobernar con firmeza. Fue necesario negociar en interés no sólo de la conciliación, sino de la actuación del ejecutivo, un proceso en el que Europa salió perdiendo.

Las cosas eran muy diferentes en la nueva Confederación del Norte de Alemania, de la que el rey de Prusia se convirtió en presidente y comandante supremo. En la práctica, era una gran Prusia, aunque sin centralizar, porque tampoco podía hacerlo, todos los aspectos del gobierno y de la vida. Muchos asuntos de importancia podían determinarse lejos de Berlín. Los estados del norte de Alemania que se habían opuesto a Prusia fueron anexionados, con la excepción de Sajonia, pero los demás estados alemanes, cada cual con sus propias tradiciones, siguieron existiendo dentro de sus fronteras originales. Y en la misma Prusia, Bismarck obtuvo una victoria política cuando, después de años de obstrucción por parte de los liberales moderados en el Landtag, fue aprobado

un decreto de indemnizaciones que eximió al gobierno de toda responsabilidad por los cuatro años anteriores de gastos públicos no autorizados. Bismarck también triunfó en la nueva Alemania cuando se negó a responder legalmente ante el Reichstag. En la recién creada Bundesrat, donde el voto de los diputados seguía siendo delegado, como en la antigua Dieta federal, el hecho de que fuera necesaria una mayoría de dos tercios garantizaba el dominio de Prusia, y en el nuevo Reichstag, elegido por sufragio universal, el poder popular era limitado, ya que no podía debatir ni aprobar el presupuesto anual.

La época de Metternich estaba totalmente superada. En Europa, gracias a la habilidad diplomática de Bismarck, tan notable como la de Metternich, y al poderío económico y militar de Prusia, que seguiría creciendo a lo largo de toda la década, la labor de la contrarrevolución de 1848-1850 y del congreso de Viena que la precedió había quedado deshecha. La época de Palmerston (que murió en 1865) también estaba ya muy superada. De hecho, Gran Bretaña no hizo más en la guerra austroprusiana de lo que había hecho durante la crisis de Schleswig-Holstein. Estaba ocupada en sus propios asuntos.

La siguiente guerra de Bismarck, la francoprusiana de 1870, tuvo su origen inmediato, al igual que tantas otras crisis europeas anteriores, en el problema de la sucesión al trono de España. La reina de España, Isabel II, cuyo matrimonio había provocado un incidente diplomático inmediatamente antes del derrocamiento de Luis Felipe, tuvo que exiliarse en 1868 tras el triunfo de una revolución, y la Asamblea constituyente española ofreció el trono vacante a un miembro bastante reticente de la familia real de Prusia, Leopoldo de Hohenzollern. Bismarck promovió la candidatura de Leopoldo y en 1869 empleó fondos reservados en España para conseguir apoyos. El gobierno francés, animado por una prensa enardecida, sintió una antipatía creciente por la candidatura de Leopoldo. La prensa de Prusia también echó leña al fuego en 1870, igual que la prensa británica antes, durante y después de la guerra de Crimea.

Bismarck planeó con mucha astucia su actuación a la hora de promover intrigas y exaltar los ánimos, pues sabía que en Francia andaban cortos de mecha. A Napoleón siempre le interesaba llegar a acuerdos, y cuando, animado por Bismarck, manifestó públicamente sus proyectos de expansión territorial a costa de Bélgica y Luxemburgo, cayó en la trampa de Bismarck. En 1870 en Europa —Londres incluido— eran muchos los que veían la máxima amenaza a la paz en Napoleón, en vez de en Bismarck, quien llegó al extremo de intentar convencer de ello a Mazzini.

Ante las protestas de Francia por la candidatura de un Hohenzollern, Guillermo I accedió a echarse atrás, y Leopoldo retiró inmediatamente su candidatura (por segunda vez); sin embargo, la crisis no estaba resuelta. El gobierno francés cometió la estupidez de pedir más garantías. Cuando Guillermo se negó a ello —Bismarck maniobraba entre bastidores con gran astucia, como se supo al cabo de unos años, e incluso manipuló el texto de un telegrama del rey—, fue Francia, a la que la prensa consideraba «ultrajada», quien declaró la guerra el 19 de julio de 1870. Una vez más, Bismarck lo había dispuesto todo de modo que no fuera él, sino sus adversarios, quienes se viesen forzados a tomar

la iniciativa; así, Bismarck pudo afirmar ante el Parlamento alemán 17 años más tarde —sin que nadie le contradijese— que Napoleón «se había lanzado a la guerra» porque «creía que su gobierno saldría reforzado de puertas adentro». Una vez más, la victoria de Prusia, conseguida en Sedan el 2 de septiembre, fue rápida, aunque no inmediatamente decisiva, lo cual pareció justificar las tácticas empleadas. El imperio de Napoleón III se hundió a los dos meses. Prusia se había convertido en la nación más fuerte del mundo en el terreno militar.

Gran Bretaña y Rusia permanecieron a la expectativa, al igual que Francisco José, con quien Napoleón, después de Königgratz, había mantenido conversaciones sobre un posible tratado que no llegaron a fructificar. Pero la derrota francesa en Sedán provocó nuevas divisiones internas en Francia. Después de que Napoleón capitulase, se proclamó la república en París —que se encontraba en estado de sitio—, y un republicano empedernido que luego haría carrera, Léon Gambetta, huyó en globo para organizar la resistencia en las provincias. No fue hasta el 18 de enero de 1871 cuando Francia firmó el armisticio con Bismarck. E incluso entonces continuaron las divisiones. París resistió en circunstancias calamitosas (y con numerosas muertes) hasta finales de mayo bajo el gobierno de una Comuna revolucionaria que no fue aplastada por los alemanes, sino por los franceses, dirigidos por Adolphe Thiers. En la Comuna no sólo había socialistas y anarquistas, sino también republicanos convencidos, y, con la bendición de Marx, alimentó más mitos aún que el *Risorgimento* italiano. La violencia y los mitos iban de la mano. En el siglo XX, amortajaron el cadáver de Lenin con una bandera de la Comuna, y una cinta de esa bandera fue llevada al espacio por cosmonautas soviéticos en 1964.

Cualquiera que fuese la fuerza futura del mito, la capitulación de Francia en 1871 demostró que, imperial o republicana, Francia ya no disfrutaba de la misma ventaja en Europa de la que había disfrutado cien años antes. En 1870 tenía 5 millones de habitantes menos que los 39 millones de la Alemania unida creada por Bismarck, y fue Alemania, en lugar de Francia, la que experimentó una industrialización a gran escala después de 1870. La nueva Alemania representaba el triunfo tanto de la sangre como del hierro.[3] De todos modos, el dinero también tuvo su importancia, ya que fue necesario convencer al rey de Baviera de que se sumara al nuevo imperio alemán sobornándolo con fondos incautados al rey de Hannover después de su anexión en 1866.

Después de la victoria, Bismarck exigió de la derrotada Francia una cuantiosa indemnización económica, además de la cesión de las provincias de Alsacia y Lorena, esta última rica en minerales. Esta cesión, que Guillermo I, los generales y la presión popular alemana impusieron a Bismarck, fue un error. Incluso en 1848, cuando el Parlamento alemán hizo un llamamiento a los alemanes de todo el mundo, nadie sugirió que hubiese delegados de Alsacia-Lorena, y después de 1870 la cuestión enturbió las relaciones francoalemanas hasta la primera guerra mundial, ya en el siglo XX. Después de 1870 Bismarck declaró que Alemania estaba «saciada» y que su único interés era la paz. Pero aquí había un exceso de saciedad y un *casus belli*.

También había defectos en la nueva estructura imperial, en este caso pues-

tos adrede por el propio Bismarck para limitar la «democracia». No hubo representantes electos del pueblo en Versalles cuando coronaron emperador a Guillermo I (esta vez la chusma no debía aparecer ni por asomo), y aunque la nueva constitución alemana, como la de 1867, se basaba en el sufragio universal estuvo muy claro desde el principio que la relación entre el canciller (Bismarck) y el nuevo emperador seguiría siendo más importante que la relación entre el canciller y el Reichstag. La relación empezó de modo menos triunfal de lo que aparentaba, porque a Guillermo tuvo que convencerle con mucho tacto Luis de Baviera para que aceptase la flamante corona, y Bismarck tuvo que insistir para obligar al rey a intitularse «emperador alemán» en vez de «emperador de Alemania», un título polémico dado que aún existían varios estados alemanes. En palabras del príncipe heredero de Prusia, hubo «llantos y sollozos» antes de la coronación.

La insistencia de Bismarck demostró, si es que hacía falta, que opinaba lo mismo de la constitución después de 1871 que antes de 1870. En vista de la importancia del ejército, no habría debate *anual* sobre los presupuestos militares, que representaban el 90 por 100 de los gastos del gobierno. El gobierno podía perder las votaciones en el Reichstag, que estaba formado por varios partidos políticos, pero el canciller del Reichstag, que era el presidente del Bundestag, tenía que ser prusiano y todos sus ministros eran responsables exclusivamente ante el emperador. Después de 1870 el sistema de administración de Prusia se introdujo en las instituciones imperiales de la nueva Alemania confederal, para garantizar que, si bien no había democracia, sí habría burocracia. Así pues, en el marco de la nueva constitución era difícil atisbar la menor posibilidad de que se produjese un movimiento que condujera a un «gobierno constitucional» basado en un mayor grado de libertad y responsabilidad individuales; y el sistema, que daba cabida a la iniciativa y la autonomía en los asuntos internos de los estados, sobreviviría a la caída de Bismarck en 1890. A partir de ese momento, al mismo tiempo que la economía alemana entraba en una expansión acelerada, el sistema conduciría a atolladeros en la política nacional alemana de consecuencias desastrosas.

En 1871, el principal problema —a nivel nacional— era muy diferente. Había tantos alemanes fuera del nuevo imperio (una *Klein Deutschland*), que el poeta austríaco Franz Grillparzer pudo afirmar que «creéis que habéis creado un imperio, cuando no habéis hecho más que destrozar una nación». Del mismo modo, dentro de las nuevas fronteras había muchos no alemanes: en la Prusia occidental y Posnania, por ejemplo, vivían casi tres millones de polacos. Los alemanes que quedaban fuera de las nuevas fronteras podían convertirse en radicales peligrosos, una amenaza para la paz que Bismarck, después de la unificación de Alemania, deseaba mantener. En 1873, al igual que Metternich antes que él, animó a los emperadores de Austria y Alemania y al zar de Rusia a firmar un pacto de los Tres Reyes para colaborar y oponerse a las ideas revolucionarias. Era una tarea aún más colosal que la que había llevado a cabo Metternich. Las relaciones interétnicas en el imperio austrohúngaro solían ponerse al rojo vivo, y era un signo igual de ominoso el que los intelectuales alemanes

de dentro del imperio alemán —incluso los que desconfiaban de Bismarck— hiciesen un llamamiento en defensa de los alemanes que vivían fuera de sus fronteras. El pangermanismo ganaría adeptos tras la desaparición de Bismarck.

Por culpa del modo en que se había constituido el imperio, pronto surgieron dificultades a la hora de encontrar los símbolos imperiales adecuados. Al principio, por ejemplo, ni siquiera había una bandera nacional o un himno nacional de Alemania. (En cambio, el himno británico, «Dios salve al rey» —o a la reina— fue escrito en 1745.) No fue hasta 1892 cuando se creó una bandera tricolor negra, blanca y roja (con los colores dominantes de Prusia, el blanco y el negro); e incluso entonces esta bandera, como muchos otros emblemas, nunca fue popular en Baviera. *Deutschland über Alles* (cuya música había compuesto originalmente Haydn para el emperador de Austria) se cantaba a menudo como himno nacional en la década de 1890, pero también solía cantarse *Die Wacht am Rhein*, una canción nacionalista que reiteraba y destacaba la vieja enemistad entre Alemania y Francia.

En 1871 Bismarck creía que una Alemania «saciada» no ganaría nada en una nueva guerra, pero el nacionalismo, a menudo atizado por la prensa, seguía apuntando hacia nuevas guerras en lugar de hacia nuevas armonías. Además, el nacionalismo más vocinglero recurría a veces al antisemitismo, al anticatolicismo y al antisocialismo que había dentro del país. El curso futuro de los acontecimientos ya empezaba a estar claro antes de que Bismarck completase su tarea. «El nacionalismo —escribió el historiador inglés lord Acton en 1862— no tiene por meta la libertad ni la prosperidad, a las que sacrifica por la necesidad imperiosa de hacer de la nación el molde y medida del Estado.» Cuatro años más tarde, Émile de Laveleye, que conocía tan bien el nacionalismo francés como el alemán, comentó en tono desengañado que «el nacionalismo ... se burla de los tratados, pisotea los derechos históricos, provoca el caos en la diplomacia ... y es posible que mañana desencadene una guerra infernal».

Acton escribía desde el punto de vista de un católico liberal, y la Iglesia católica, a su vez, se vio también afectada por los cambios políticos ocurridos en Europa en 1870. La destrucción del poder temporal del papado fue posible gracias a Bismarck, ya que Italia se aprovechó de la guerra francoalemana de 1870 y de la retirada de las tropas francesas de Napoleón III de Roma, que permitió a los italianos apoderarse por cuenta propia de la ciudad y convertirla, como deseaba Cavour, en la capital de Italia. También fue gracias a Bismarck que Italia consiguió el Véneto por el tratado de Praga en 1866 después de que las fuerzas italianas hubieran sido derrotadas por los austríacos en Custozza. Los dos estados unificados estaban en deuda el uno con el otro.

1870 Y MÁS ALLÁ

Dio la casualidad de que, cuando la crisis política y militar de 1870 se encontraba en su punto culminante, el papa había convocado en Roma un Concilio Vaticano de «toda la cristiandad» que proclamó el dogma de la infalibili-

dad papal en los pronunciamientos *ex cathedra* en materia espiritual, dogma que el historiador Acton, al igual que muchos teólogos alemanes, encontró difícil de justificar. Ya en 1864 Pío IX había atacado el liberalismo de toda clase (y con él, el socialismo y la fe en la «civilización moderna») en una *Suma de errores*. Después de 1870, privada de poder temporal, la Iglesia se vería involucrada en disputas en numerosos países europeos, entre ellos Alemania e Italia. No fue hasta la elección de un nuevo papa, León XIII, en 1879, cuando el papado recuperó su capacidad de maniobra y adaptación, y a esas alturas era ya imposible que recuperase su poder temporal. Hasta 1888 el papa se consideró prisionero en el Vaticano y ni siquiera lo abandonaba para ir al otro lado de la plaza, a la gran basílica de San Pedro.

Esta situación tenía más que ver con la política italiana que con la europea. Los sucesores de Cavour, que realizaron una política de derechas, fueron mucho menos ágiles que éste a la hora de atraer el apoyo de otras formaciones de centro y centroizquierda, y, aunque recurriesen a los mitos del *Risorgimento*, no querían que el nacionalismo se convirtiese en una revolución permanente, y no deseaban alterar el *statu quo*. No fue hasta la muerte de Mazzini, en 1872, cuando se erigió una estatua en su memoria. Entre sus últimas reflexiones sobre el nuevo régimen, Mazzini había dicho que, después de haber intentado conjurar el alma de Italia, lo que veía ante sí no era más que su cadáver. Pocos alemanes habrían sido tan negativos o tan sinceros. A Garibaldi le fue mejor: vio como las reliquias particulares de sus campañas se convertían en reliquias del museo del *Risorgimento* en vida propia.

Cambió la orientación, aunque no el sistema, con la llegada al poder de la nueva izquierda parlamentaria, la *Sinistra*, en 1876, con el liberal Agostino Depretis, un piamontés con un pasado mazziniano, en el cargo de primer ministro. Con la nueva administración hubo tanto tráfico de influencias y corrupción como en la época de gobiernos extranjeros o de Cavour, pese a que Depretis se declaró dispuesto a aceptar «la ayuda de todos los hombres honestos y leales». El resultado fue un sistema de *trasformismo*, de absorción de los adversarios políticos en la propia órbita en lugar de competir con ellos, un sistema que, visto en perspectiva, se remontaba a la época del mismo Cavour, y que no cambió hasta 1887, cuando Depretis murió y cedió su puesto a su rival Francesco Crispi, que adoraba a Bismarck y que empujó a Italia a una serie de aventuras coloniales en África.

Cuando resultaba imposible asimilar a todos los adversarios, los grupos que quedaban descolgados permanecían a la expectativa de nuevas —y a menudo oportunistas— coaliciones. Gladstone, que había criticado con aspereza al antiguo régimen de los borbones de Nápoles cuando no estaba de moda hacerlo, describió en una ocasión la unificación de Italia como una «de las mayores maravillas de nuestro tiempo»; sin embargo, fue poco lo que tuvo de maravillosa en las décadas de 1870 y 1880. En el siglo XX, un marxista italiano muy inteligente, Antonio Gramsci, afirmaría que el aspecto más importante del *Risorgimento* había sido la «revolución frustrada» (*rivoluzione mancata*).

En Alemania, menos atormentada por la pobreza de algunas regiones y por las disputas parlamentarias, los problemas políticos eran muy diferentes, y la era de Bismarck, que duró hasta 1890, fue una época que se distinguió por el ejercicio del poder sin oposición, con una gran fe en el porvenir de la nación. Pese a todo, hubo problemas en el ritmo y la escala de la industrialización y sus implicaciones políticas, entre otros, para la corte y para la vieja clase dominante de los *Junkers*. Fue muy diferente de la industrialización de Gran Bretaña, en unas circunstancias muy distintas, a finales del siglo XVIII. Pero como la industrialización de aquel entonces y otras posteriores, fue un proceso desigual. La Alemania de Bismarck después de 1870 no entró en una etapa de prosperidad excepcional. La crisis económica de 1873 puso fin a la expansión inmobiliaria, y la economía avanzó a trancas y barrancas a lo largo de la década de 1870.

La diferencia más importante entre las revoluciones industriales, separadas por un siglo, de Alemania y Gran Bretaña era estructural: el papel del Estado, que en Alemania a menudo intervenía directamente en la economía, como ya era tradicional. En efecto, mucho antes del comienzo de la revolución industrial en Alemania, los historiadores y los especialistas en economía política alemanes habían identificado al nacionalismo político con el nacionalismo económico. La economía política adquirió una dimensión histórica, y la economía política británica clásica, que había culminado en la teoría del librecambio universal, se consideraba en el mejor de los casos abstracta y teórica, y, en el peor de los casos, una justificación ideológica de los intereses económicos británicos. En la década de 1860, Prusia se benefició de una política librecambista en su rivalidad con Austria, pero cuando en 1879 Bismarck introdujo un arancel en defensa de los «intereses nacionales» para obtener unas rentas que estuviesen fuera del control de los estados alemanes que conformaban el país, apenas encontró oposición. Estos ingresos independientes eran los que permitían llevar a la práctica la política imperial.

A lo largo de la era de Bismarck, los banqueros alemanes, con el apoyo del Estado, contribuyeron apreciablemente a la industrialización de Alemania, y los ferrocarriles alemanes (el ferrocarril no existía en los comienzos de la revolución industrial británica) pasaron directamente a manos del Estado, que los gestionó de un modo muy disciplinado, con unos empleados vestidos impecablemente de uniforme. La longitud de la vía férrea casi se duplicó entre 1870 y 1880. La adquisición de los ricos yacimientos de hierro de Lorena, uno de los frutos de la victoria alemana ante Francia, permitió un crecimiento enorme de la producción de hierro y acero, a la que se pudo sacar un rendimiento aún mayor, irónicamente, gracias a la aplicación de un nuevo proceso de producción de acero inventado en Gran Bretaña.

En el campo de la ingeniería, la invención de la dinamo en 1867 por Werner von Siemens abrió el camino a la «era de la electricidad» en la que Alemania tomaría la delantera. La Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, fundada en 1883, fue un ejemplo destacado de la capacidad de la industria alemana de unirse formando grandes organizaciones, en marcado contraste con las organizacio-

nes a pequeña escala que habían surgido al principio de la revolución industrial británica. La competencia industrial era limitada, y se formaron cárteles industriales que fijaban los precios y controlaban la producción.[4]

Muchos sectores económicos, entre ellos la floreciente industria química, tenían una base científica, y se enseñaba ciencia en instituciones que contaban con el firme apoyo de los gobiernos municipales, regionales y nacional, como la gran Charlottenberg Technische Hochschüle, creada en 1879. Estaba claro que la competitividad alemana dependía tanto de la investigación como de la formación, y que la competencia implicaba una ampliación de los mercados. El Sindicato de la Potasa, fundado en 1881, tenía como objetivo explícito la explotación de nuevos mercados en el exterior, y en 1910 el Estado promovió la continuación de sus actividades.

En el sector comercial, el Deutsche Bank, fundado en 1870, contó también con apoyo estatal para extender la «esfera de influencia» de Alemania en el extranjero. Al ir subiendo Alemania en lo que ya se consideraba el cuadro de honor de las naciones, fue inevitable que Alemania y Gran Bretaña se convirtiesen en rivales económicos. Aunque existía una buena relación mutua como clientes, la rivalidad era un factor en las relaciones internacionales que recibió cada vez mayor atención por parte del público tanto en Alemania como en Gran Bretaña inmediatamente antes y después de la caída de Bismarck. Obtuvo especial resonancia el hecho de que la marina mercante alemana, una de las más reducidas de Europa en 1879, sólo se viese superada por la de la Gran Bretaña al llegar a finales de siglo.

El proteccionismo fue la clave de la política interior de Bismarck durante su último decenio en el poder. Al acceder al mismo en 1862, había contado con la firme oposición de los liberales, pero a partir de mediados de la década de 1860 y hasta 1879, Bismarck obtuvo el apoyo parlamentario de los liberales nacionales, sector mayoritario de aquéllos. Después de Königgratz, los liberales nacionales no sólo convalidaron unas medidas que había adoptado sin la autorización del Parlamento antes de 1866, sino que apoyaron decididamente su activa política exterior. Muchos de ellos llegaron a otorgar mayor importancia al imperio de la ley que a las libertades constitucionales. Como dijo uno de ellos: «la época de los idealismos ha pasado, y es el deber de los políticos preguntar no qué es lo deseable, sino qué es lo posible».

En una línea más positiva, los liberales nacionales apoyaron a Bismarck en sus ataques a los privilegios de la Iglesia católica (y al «clericalismo») en la denominada *Kulturkampf* (lucha de culturas) de principios de la década de 1870, cuando surgió un nuevo partido de centro en 1871 para defender a la Iglesia. Algunos de los liberales nacionales estuvieron dispuestos incluso a apoyar el giro abiertamente proteccionista de Bismarck en 1879: en un clima de incertidumbre económica, la mayoría de los liberales nacionales no se opuso a unos nuevos aranceles destinados a proteger los cereales y el hierro alemanes y a tranquilizar tanto a los agraristas, temerosos por su futuro, como a los industriales, que atravesaban una «depresión». En su negativa a comprometerse ni siquiera verbalmente a satisfacer a los sectores liberales disidentes, Bismarck se acercó

al Partido de Centro y al recién formado Partido Conservador, que obtuvo 79 escaños en las elecciones de 1897, en las que los liberales nacionales perdieron 24. Bismarck siempre despreció el interés de los liberales nacionales por los debates parlamentarios, y desaprobó sus reticencias a la hora de amoldarse por completo a sus intenciones.

Después de 1879, las definiciones que hizo Bismarck de los liberales nacionales empezaron a ser tan crueles como sus definiciones de los diputados del Parlamento de Frankfurt 30 años antes. Eran, según dijo en una ocasión, «unos caballeros a quienes no calienta nuestro sol ni moja nuestra lluvia». Al presentarlos como desleales no sólo al emperador, sino también a su patria, Bismarck consiguió que sufrieran una grave derrota en las elecciones de 1881, de la que nunca se recuperaron. Los liberales estaban en decadencia en Austria al mismo tiempo, y Francisco José utilizó contra ellos su influencia en las elecciones de 1879. En lo que quedaba del siglo XIX ya no volvieron a obtener la mayoría en el Parlamento.

Las divisiones en el liberalismo alemán dificultaron que la política alemana reflejase plenamente los cambios socioeconómicos que se produjeron como consecuencia de la transformación económica de Alemania, y que se aceleraron después de que Bismarck abandonase el cargo. El Partido Liberal Nacional superviviente a la derrota de 1881 sirvió más para apuntalar al gobierno que como formación política independiente, deseosa de debatir cuestiones políticas y de despertar en los demás la conciencia política. Era de esperar, por lo tanto, que en 1887, un año en que, por razones de política exterior, Bismarck necesitó el apoyo del Reichstag, el Partido Liberal Nacional llegó a un acuerdo con el Partido Conservador, que se llamó el acuerdo del *Kartel*, por el que ninguno de los dos partidos presentaría candidatos rivales a las elecciones en las circunscripciones donde tuviera la mayoría garantizada uno de ellos.

La dependencia de Bismarck de los grupos conservadores durante la década de 1880 aceleró el desarrollo de la socialdemocracia en Alemania, una nueva fuerza de la que recelaban los liberales tanto o más que los conservadores. Bismarck quiso curarse en salud en este terreno introduciendo el seguro de enfermedad en 1883, el de accidente en 1884 y las pensiones de jubilación en 1889, con lo que fue el primer estadista de Europa que siguió una política social de este tipo. Bismarck podía afirmar, como afirmaban algunos conservadores y profesores de economía política alemanes, que la «protección de los derechos de los trabajadores» era una forma necesaria de proteccionismo, en plena consonancia con tradiciones de la historia alemana que se remontaban a la Edad Media. Además, Bismarck también podía alegar que, al igual que la protección de la agricultura, era también de interés nacional.

Bismarck tenía instintos paternales, y, al igual que Disraeli en Gran Bretaña, estaba dispuesto a hacer grandes concesiones a cambio del apoyo de la clase obrera. Así, ya en la década de 1860, mantuvo conversaciones en secreto con uno de los primeros dirigentes socialistas alemanes independientes, Ferdinand Lassalle. Bismarck no pudo impedir el ascenso de la socialdemocracia alemana, que adoptó un programa marxista o casi marxista, pero dificultó en la me-

dida de lo posible que los socialistas obtuvieran el apoyo de las masas. Pese a todo, éstos crearon en Eisenach en 1869 el que sería el partido socialdemócrata más poderoso de Europa. La actitud de los socialdemócratas ante la guerra francoprusiana de 1870 provocó divisiones en el partido, ya que Ferdinand Lassalle estaba a favor de ella y August Bebel, un prusiano, y Wilhelm Liebknecht, un seguidor de Marx, en contra, pero la unidad se recuperó en 1875, con una nueva plataforma política, el «programa de Gotha». En 1871 Bebel era el único socialdemócrata en el Reichstag; en cambio, en 1877, el partido obtuvo 12 escaños y consiguió el 9 por 100 de todos los votos en Alemania.

En esas circunstancias, Bismarck, en 1878, hizo aprobar una ley antisocialista que dispuso la disolución de todas las asociaciones socialdemócratas, socialistas y comunistas, aparte de incluir artículos en los que se amenazaba a impresores, libreros y posaderos con la pérdida de sus permisos de trabajo si se enfrentaban a la ley. Como consecuencia, muchas instituciones socialdemócratas, entre ellas periódicos y editoriales, tuvieron que cerrar, y los poderosos sindicatos alemanes, aunque no estuviesen adscritos al partido, se vieron asimismo afectados. Entre 1878 y 1890, año en que la ley fue derogada después de la caída de Bismarck, 900 personas fueron desahuciadas de su domicilio y cerca de 1.500 fueron encarceladas. No obstante, a pesar de todo lo que hiciera Bismarck por la vía de la represión o de la «seguridad social», no pudo impedir el avance de la socialdemocracia. El voto a los socialdemócratas cayó un 25 por 100 en 1881, pero en 1884 fue mayor que en 1878, y llegó a más del triple en 1890.

En el seno de la nueva nación alemana, se fue configurando en un relativo aislamiento una subcultura socialdemócrata bajo la vigilancia permanente de la policía. El programa de Erfurt (1891) era explícitamente marxista (se produjeron agrias disputas sobre teoría y tácticas marxistas), y, como el partido se encontraba apartado del poder, conservaba la fe en la revolución sin estar en disposición de llevarla a la práctica.[5]

A diferencia de sus homólogos de muchos países europeos, Bismarck no fue nunca el líder de un partido político, que hiciera salir a la calle a sus partidarios y los animase a participar del poder. No hizo ningún esfuerzo por educar a sus compatriotas, y cuando tenía que hacer algún tipo de pronunciamiento constitucional insistía en su apoyo incondicional a la monarquía, algo que acabaría provocando su ruina política cuando accedió al trono un nuevo emperador, Guillermo II, en 1890. Joven, ambicioso y más en sintonía con las inquietudes de la nueva y más próspera Alemania que había ido cobrando forma entre 1871 y 1890, Guillermo II estaba decidido a llevar adelante su propia política. El canciller tuvo que irse, y Alemania entró en una nueva etapa histórica, peligrosa y errática.

Lo que quedó fue una ideología nacional que los alemanes habían alimentado en lugar del liberalismo. Bismarck hablaba en el lenguaje del deber, pero muchos exponentes del poder nacional alemán expresaban su ideología en un lenguaje que oscilaba entre el sentimentalismo y el totalitarismo. Para el profesor liberal nacional Heinrich von Treitschke, el peor defecto de un estado era

la debilidad, y su obligación moral más elevada era aumentar su poder. Sólo los estados grandes y poderosos merecían existir. Pero fue el sociólogo marxista Max Weber quien hizo mayor hincapié en que para los alemanes la unificación de 1871 había sido el principio, en lugar del fin. En su lección inaugural pronunciada en la Universidad de Friburgo en 1895, Weber exigió que Alemania se convirtiese en potencia mundial. A menos que la unificación se convirtiese en el «punto de partida de una *Weltmachtpolitik*», 1871 parecería una «locura de juventud, cometida por la nación en decadencia, y, con lo que había costado, mejor hubiera sido ahorrársela».

Naciones e imperios

Ninguna descripción de la construcción de naciones en el siglo XIX estaría completa si sólo se ocupase de Alemania e Italia, o incluso de estos dos países y del imperio austrohúngaro plurinacional. El nacionalismo fue igual de poderoso en todas partes de Europa, asociado en muchos casos (como en Austria-Hungría) con la partición tanto como con la unificación; sin embargo, también se asociaba a sueños de grandes territorios nacionales en un nuevo mapa de Europa, que incluían una Polonia resucitada que traspasaba las fronteras existentes de varios imperios. La idea de «nación», emotiva y retórica, era diferente de la idea de «región», y se apoyaba en un conjunto diferente (aunque afín) de símbolos. En ambos casos, se invocaba la historia, incluyendo la del pasado más lejano, que, si era necesario, se inventaba. En ambos casos había una fuerte correspondencia con las diferencias religiosas, y el renacer religioso podía estimular un «despertar nacional». Al mismo tiempo, la religión de la nación (o del Estado) a veces era la religión de quienes no tenían otra.

En Europa occidental estaba Irlanda, el apéndice agrario y mayoritariamente católico de una Gran Bretaña protestante y cada vez más industrializada (mientras que en Irlanda la industrialización se concentraba en el norte protestante). Había gente de origen irlandés diseminada por todo el imperio británico e irlandeses en el ejército británico, pero los representantes de Irlanda en el Parlamento de Westminster permanecieron hostiles al Acta de Unión, cuya existencia se vio reafirmada en 1886 cuando el Partido Liberal se dividió sobre el tema. En 1870 fundaron un Partido Irlandés Autonomista (Home Rule Irish Party) que en 1878 eligió como líder a Charles Stewart Parnell, quien mantuvo el cargo hasta 1889, año en que su carrera política se vio arruinada por un divorcio que dio mucho que hablar. En otra parte de la Europa occidental, en Bélgica, el nacionalismo flamenco se reafirmó, y ya en la década de 1890 empezó a exigirse el uso del neerlandés en el ejército, los tribunales, las escuelas, y en la Universidad de Gante.

En el norte de Europa estaba Noruega, una comunidad de granjeros y pescadores de espíritu independiente, mayoritariamente protestantes, y que seguía unida a Suecia en virtud del compromiso de 1815, del que había sido moneda de cambio. Los noruegos adoptaron y desarrollaron su propia lengua nacional,

la *landsmaal*, tenían su propio Parlamento (el Storting) y, después de una serie de disputas constitucionales, obtuvieron el control de sus propios ministros (aunque no sobre la política exterior) en 1884. En Finlandia, después de que el zar Alejandro I concediese cierta autonomía a sus nuevos súbditos en 1819, empezó a reunirse con regularidad un Parlamento de cuatro estados (Landtag) a partir de 1863, y ese mismo año Alejandro II promulgó un decreto en el que se obligaba a los funcionarios y a los tribunales a aceptar documentos y demandas escritas en finés. Y entre 1877 y 1878 se creó un pequeño ejército finlandés, cuyos miembros eran seleccionados por lotería.

Los rusos, a pesar de su política interior represiva —en la zona del Báltico además de en Polonia y en el Sur—, fomentaron el nacionalismo en el exterior. El apoyo que prestaron a la causa griega durante la guerra de independencia de Grecia se hizo extensivo a los eslavos de los imperios otomano y austrohúngaro. No fue una coincidencia que en 1867, el año de la fundación de la monarquía dual en el imperio de los Habsburgo, se celebrase en Moscú la segunda conferencia paneslava; sin embargo, el paneslavismo, en etapas ulteriores, se convirtió en un movimiento más imperialista que nacionalista, identificado con una filosofía y unas políticas reaccionarias. La obra de Danilevski *Rusia y Europa* (1869), de la que se imprimieron cinco ediciones antes de acabar el siglo, no sólo proclamaba sin ningún rubor la superioridad de los eslavos, sino que ensalzaba la «misión especial» de Rusia.

Las relaciones entre las distintas comunidades eslavas eran tan complejas como sus relaciones con los imperios de los que formaban parte, como ya había quedado demostrado antes de 1867 en el congreso eslavo de Praga en 1848. Había una cantidad importante de eslavos en el imperio otomano, pero allí también había otras nacionalidades sumergidas, entre ellas importantes «bolsas» de alemanes que habían emigrado hacia allí siglos atrás. Las distintas minorías del imperio otomano, algunas de las cuales se habían convertido al islam, disfrutaban de un grado de autonomía y de libertad de expresión variable y oscilante. Las «matanzas» eran noticia, pero lo normal era que hubiese un alto grado de tolerancia, por ejemplo, hacia los judíos y los gitanos, pueblos ambos que serían las trágicas víctimas del nacionalismo racista del siglo XX, basado no en los imperios, sino en la ideología. En Turquía también hubo un movimiento nacionalista: enfrentándose al autocrático sultán Abdulhamid II, «Abdul el Maldito», que gobernó de 1876 a 1908, los «Jóvenes Turcos» lograron arrancarle la creación de un sistema parlamentario en 1907, antes de derrocarlo y sustituirlo por su hermano menor Mehmet V.

El nacionalismo ruso era en sí mismo una fuerza poderosa, aunque en estado latente, dentro de un imperio ruso en expansión; sin embargo, la emancipación de los siervos decretada por Alejandro II en 1861, sin que mediara una revolución, no convirtió a éstos en una fuerza políticamente consciente en la base de la sociedad. Los siervos del campo ya no estaban obligados al pago de un censo en efectivo, en especie o en trabajo a los propietarios, pero tuvieron que pagar el dinero de su rescate, a menudo pidiéndolo prestado al gobierno, y sus tierras no eran propiedad suya, sino que formaban parte de la propie-

dad comunal de la aldea (el *mir*). Los siervos tampoco eran libres de marcharse a la ciudad. La singularidad de Rusia en Europa debido a su marco institucional se percibía de forma muy marcada, aunque los problemas de tierras fuesen comunes a la mayor parte de la Europa del Este, sobre todo a causa del aumento de la población.

En la mayor parte de Europa, aunque no en toda, la rivalidad entre las grandes potencias influyó en las alianzas y las aspiraciones nacionales. Los irlandeses tenían algo en común con los polacos, pero no estaban sujetos a la triple influencia —austríaca, rusa y prusiana— a la que estaban sometidos éstos. Y fuera de los Balcanes, no había ningún otro lugar cuya población estuviera compuesta por cristianos (de varias clases) y musulmanes. No fue hasta la primera guerra mundial —y tampoco del todo— cuando las fronteras del mapa de Europa empezaron a coincidir con las fronteras nacionales, e incluso entonces reflejaban de manera imperfecta, como todos los mapas, la distribución de las «nacionalidades», algunas de las cuales se encuadraban dentro de unidades superiores, «paneslavas», «panalemanas» o «panescandinavas».

Los acontecimientos que se produjeron en el siglo XIX en el imperio austrohúngaro fueron reveladores, ya que, dentro de sus dilatadas fronteras, el nacionalismo, incluido el nacionalismo alemán, se manifestaba a veces en su forma más pura o más adulterada. Cuando Hungría consiguió la igualdad de derechos en 1867 y el imperio se convirtió en una monarquía dual (Francisco José fue coronado con la corona de san Esteban en Budapest), algunos húngaros, así como algunos austríacos de lengua alemana, esperaban que se seguiría una política de moderación hacia las demás minorías nacionales. Pero a la mayoría de nacionalistas húngaros les importaban un bledo esas consideraciones. Su orgulloso nacionalismo alcanzó el apogeo en el siglo XIX con la celebración del «milenario» del dominio magiar sobre el Danubio.

La postura de los checos solía ser ambigua. Después de la fundación de la monarquía dual, fueron incapaces de conseguir un sistema parecido para Bohemia, y pasaron a ejercer una oposición frontal a los gobiernos «liberales» y centralistas de Viena de 1867 a 1879. (Al «liberalismo» del imperio austrohúngaro de la época no le importaba nada que no fuese el nacionalismo alemán.) No volvieron al Parlamento de Viena hasta que llegaron al gobierno los conservadores del conde Taaffe en 1879. A partir de entonces, se fundó una universidad checa en Praga en 1882, y los funcionarios municipales, a partir de 1886, estuvieron obligados a utilizar el checo además del alemán. Por otra parte, en la Dieta de Bohemia hubo una mayoría checa.

Pese a todo, siguieron produciéndose inquietantes «altibajos» —que tan importantes serían en la historia checa en el siglo XX—, y al ir en aumento las reivindicaciones de los checos, Praga fue puesta bajo la ley marcial en 1893. Durante dos años se desencadenó una durísima represión, con la abolición de la libertad de prensa y de los juicios con jurado. Luego vino un período de calma, durante el cual el profesor Masaryk y una nueva generación de nacionalistas checos consiguieron desarrollar su filosofía de un nacionalismo «realista», que incluía la necesidad de una actuación conjunta de checos y eslovacos.

Masaryk simpatizaba con el paneslavismo rusófilo, al tiempo que era consciente de que se trataba poco más o menos de un instrumento de la política exterior rusa. Pero el paneslavismo contaba con pocos aliados entre los polacos, o, inmediatamente después de 1878, entre los croatas y los serbios, debido a que, en 1878, después de la crisis más grave y significativa del siglo XIX en Oriente Próximo, los rusos presionaron con toda su fuerza a favor de la creación de una nueva y gran Bulgaria a partir del imperio otomano en descomposición. Los búlgaros, de lengua eslava y políticamente activos, habían reivindicado un mayor uso de su lengua desde la década de 1860, y en 1870 el sultán, presionado por Rusia, había reconocido la autoridad eclesiástica del patriarca de Bulgaria como jefe de la Iglesia búlgara, que ya no reconocía la autoridad del patriarca de Constantinopla.

En 1875, las revueltas de los montañeses de las provincias otomanas de Bosnia y Herzegovina, junto a la frontera austrohúngara, hicieron estallar la crisis. Las revueltas habían sido provocadas por la mala cosecha de 1874, que provocó que los campesinos huyesen de los recaudadores de impuestos turcos, y al irse extendiendo la revuelta, atrajo a voluntarios de Serbia, Croacia, Eslavonia, Eslovenia e incluso Rusia, sin olvidar a garibaldinos de Italia. Murieron muchos campesinos, y los caminos quedaron inundados por una masa ingente de refugiados, más de 100.000 de los cuales se marcharon de Bosnia entre grandes penalidades.

El levantamiento que se produjo a continuación en 1876 en las provincias búlgaras del imperio otomano fue reprimido con extrema crueldad, y, al propagarse la noticia, los principados de Serbia y Montenegro declararon la guerra al imperio otomano, después de acordar que Serbia se anexionaría Bosnia, y Montenegro, Herzegovina. Serbia cayó derrotada enseguida, pero Montenegro resistió, y la crisis llegó a su apogeo cuando el 24 de abril de 1877 Rusia declaró la guerra al imperio otomano, con el apoyo de los paneslavistas, que eran tan contrarios al imperio otomano como al austrohúngaro. La campaña no fue demasiado bien, pero acabó en desastre para Turquía. Los rusos entraron en Sofía en enero de 1878, y al avanzar a gran velocidad hacia Constantinopla, los turcos pidieron la paz.

En marzo de 1878 se firmó el tratado de San Stefano, dictado en la práctica por Rusia. Rumanía, Serbia y Montenegro obtuvieron el reconocimiento como estados nacionales totalmente independientes, y se creó un enorme principado de Bulgaria, que abarcaba desde el mar Negro hasta las montañas de Albania e incluía hasta una pequeña franja de la costa del Egeo. Fue una paz paneslavista, aunque dividió entre sí a los eslavos y dejó a Bosnia y Herzegovina bajo la soberanía turca.

Esta no fue una crisis «local», sino que encrespó y dividió a la opinión pública extranjera, al mismo tiempo que provocó el enfrentamiento entre las políticas exteriores de las principales capitales de Europa. Las máximas divisiones de opinión acerca de lo que ocurría y la mejor manera de responder a ello se presentaron en el país más alejado de la acción, Gran Bretaña. Allí, el liberal Gladstone —un liberal de cuño muy distinto al de Cavour o de los liberales

nacionales alemanes— volvió de su retiro en apoyo de los búlgaros. Tronando contra las atrocidades de los turcos, aprovechó el entusiasmo liberal popular —o, más bien, se dejó llevar por él— que surgía en reuniones y manifestaciones multitudinarias. Sabía muy pocas cosas de los búlgaros, pero aún sabía menos de los afganos cuando en 1879 exhortó a una multitud entusiasta de Escocia a «recordar que la santidad de la vida en las aldeas de las montañas de Afganistán, entre las nieves invernales, es tan inviolable a los ojos de Dios todopoderoso como la vuestra». Los principios morales y políticos «se extienden por la superfice del mundo entero y abarcan en su seno infinito tanto a los más pequeños como a los más grandes».

El primer ministro conservador, Disraeli, que desconfiaba enormemente de las intenciones de Rusia en los Balcanes y más allá —y que temía que Rusia obtuviera acceso al Mediterráneo a través del mar Negro—, procuró no hacer sermones. Los intereses de Gran Bretaña tenían para él tanta importancia como los de Alemania para Bismarck. También se habían producido divisiones en Austria antes de San Stefano. ¿Debía participar junto a Rusia en la partición del imperio otomano? ¿Debía oponerse al aumento del poderío ruso cerca de sus fronteras? ¿Tenía que actuar por su cuenta? Aun antes de tomar decisiones, resultaba evidente que los acuerdos previos alcanzados entre Austria, Rusia y Alemania (la alianza de los Tres Emperadores) para resistir la revolución y mantener el *statu quo* eran letra muerta.

Como tratado de paz bilateral, el tratado de San Stefano iba demasiado lejos como para que lo aceptasen las demás grandes potencias. De hecho, en febrero de 1878, antes de su firma, Disraeli había ordenado a una flotilla británica que cruzase los Dardanelos y anclase frente a Constantinopla, porque estaba decidido a demostrar el interés de Gran Bretaña en la supervivencia del imperio otomano. Y después de la firma del tratado en marzo de 1878, Austria, con el apoyo británico, propuso la convocatoria de un congreso de las grandes potencias. Los rusos tuvieron que ceder, y el congreso se celebró en Berlín en junio y julio de 1878, con Bismarck ejerciendo de buena gana el papel de mediador ecuánime. Libre de las presiones de la opinión pública de su país, sometida a estricta vigilancia, Bismarck no deseaba dejar las manos libres a Rusia frente a Austria; y en 1879, cuando hubo pasado la crisis, su apoyo a Austria se vio consagrado en una alianza bilateral que, a la larga, sería de la máxima importancia. Pero en 1877 Bismarck no había tomado medida alguna para impedir que Rusia atacara al imperio otomano, y en un famoso discurso, cuyo contenido y estilo contrastaba con los grandes discursos de Gladstone sobre el tema, Bismarck argumentó que en «la cuestion de Oriente» no estaban en juego «intereses alemanes que valgan los huesos de un solo granadero de Pomerania».

El congreso de Berlín, al que asistieron los jefes de gobierno de las grandes potencias, incluidos Disraeli, de parte de Londres, y Julius Andrassy, de la de Viena, fue la última y esplendorosa reunión asociada con lo que después de la primera guerra mundial, ya en el siglo XX, pasó a considerarse como la diplomacia europea «a la antigua», la diplomacia en la que era un maestro Bismarck. En lo esencial, el congreso consistió en un «reparto». Se «salvó» el im-

perio otomano y se garantizó su integridad, pero perdió la mayor parte de sus territorios europeos en beneficio de los nuevos estados nacionales. De acuerdo con el tratado de San Stefano, Rumanía, Serbia y Montenegro vieron reconocida su independencia, pero la gran Bulgaria se dividió en tres. Una parte se convirtió en un principado autónomo; la segunda, en una provincia otomana al mando de un gobernador cristiano; y la tercera, Macedonia, fue devuelta al sultán. (En 1885 la primera y la segunda partes se unieron para formar el reino de Bulgaria, con un monarca de la familia Battenberg, en lugar de un eslavo.) La administración y ocupación de Bosnia y Herzegovina corrieron a cargo de Austria, y Gran Bretaña obtuvo Chipre.

Los austríacos esperaban ser bien recibidos, y enviaron por telegrama la noticia de la decisión del congreso a Sarajevo diez días antes de que la publicasen los periódicos de las capitales europeas. Pero no lo fueron. La religión se convirtió en un elemento a tener en cuenta cuando colgaron una bandera verde musulmana en el exterior de la mezquita de Sarajevo, y no fue hasta después de haber vencido en la batalla de Klokoti, cerca de Vitez, y de ocupar Sarajevo casa por casa, cuando los austríacos se adueñaron del país. Al mando de sus tropas se encontraba un noble croata. Algunos austríacos se habían opuesto a la ocupación, por miedo a que fuese peligroso añadir millones de eslavos a esta minoría ya de por sí numerosa, de modo que las nuevas provincias no se unieron a Hungría ni quedaron bajo la autoridad del gobierno austríaco de Viena, sino que se convirtieron en tierras de la Corona, administradas por el ministerio de Hacienda.

En Viena no había muchas razones para el entusiasmo. Pero en Londres parecía que las hubiese. El patrioterismo británico en 1878 demostró que Gran Bretaña no era inmune a la fiebre nacionalista, aunque los patrioteros fueran el blanco de feroces críticas en el mismo país. Disraeli explotó el patrioterismo cuando dijo que traería de Berlín una «paz honorable». Los italianos no podían decir lo mismo: no salieron ganando nada, y cuando el delegado italiano, de vuelta a Roma, presumió de haber conservado «las manos limpias», sus compatriotas lo abuchearon y lo echaron del cargo.

Las nuevas naciones balcánicas, cada una de las cuales se apresuró a adquirir toda la parafernalia del nacionalismo —himnos, banderas, escuelas y cuarteles—, no eran naciones satisfechas. Rumanía, que perdió Besarabia a manos de Rusia (una ínfima porción de lo que consiguió Rusia en el reparto), de hecho tenía menos rumanos con sus nuevas fronteras que con las antiguas, y pronto los rumanos pusieron la mirada en una posible expansión territorial en la Transilvania húngara. Serbia, que aspiraba a convertirse en el Piamonte-Cerdeña de los Balcanes, tenía ahora frente a frente a una Austria que había acrecentado su dominio sobre los serbios que vivían dentro del territorio ocupado de Bosnia y Herzegovina. Los búlgaros, entusiasmados con la idea de una gran Bulgaria, vieron el desmembramiento de sus territorios el mismo año en que los habían unido. Por todo ello, no es de extrañar que los Balcanes se convirtiesen en «el polvorín de Europa». También eran (por citar otra metáfora de la época) una «olla», de la que saldría poca cosa, salvo problemas para Europa.

No todos los problemas eran étnicos o religiosos, aunque Croacia fuese fervientemente católica y Serbia, ortodoxa. La propiedad de las tierras siguió siendo polémica. En 1876 los turcos habían autorizado la liberación de los siervos que pagasen un rescate, cosa que hicieron muchos, pero los esfuerzos de Austria por mejorar la agricultura (sin introducir una reforma agraria en profundidad) no fueron bien recibidos. A Serbia, que dependía de Austria-Hungría en el terreno comercial, le escocía el poderío económico y político austríaco, y muchos de sus ciudadanos soñaban con una gran Serbia.

Para el historiador y analista del nacionalismo estadounidense Carlton J. H. Hayes, Berlín no hizo más que reemplazar un enfermo (el imperio otomano) con media docena de locos, «porque el congreso de Berlín hizo que los pueblos de los Balcanes enloquecieran».[6] Es un veredicto final insatisfactorio e incompleto, pero apunta hacia otra conclusión importante: si era una locura el cambiar Europa, haría falta algo más que *Realpolitik* para controlarla.

Capítulo IV

RIVALIDAD E INTERDEPENDENCIA, 1871-1914

«Las causas de la guerra»

Como quedó bien patente en la década de 1870, existieron muchas fuerzas contradictorias dentro y fuera de Europa en los 44 años de hegemonía europea que van desde la fundación del imperio alemán en 1871 hasta el estallido de la primera guerra mundial en 1914, una guerra europea que se convirtió en guerra mundial. De hecho, llegó a estar de moda durante la guerra y después examinar el pasado para identificar esas fuerzas contradictorias, a nivel nacional e internacional, como «causas» de la guerra, entre las que se repartían las culpas. En época más reciente, la palabra «orígenes» ha sustituido a «causas», y un historiador norteamericano, L. Lafore, ha descrito su «larga mecha».[1] Antes de empezar esta etapa, Disraeli predijo cómo sería el futuro cuando explicó en el Parlamento en 1871 que la guerra entre Francia y Alemania no era «una guerra normal como la de Crimea, la de Italia o la austroprusiana. Ha constituido un acontecimiento político más importante que la Revolución francesa en el siglo pasado», y añadió con gran sutileza que con ello no quería decir que fuese «un acontecimiento de mayor o igual trascendencia social». «Tenemos un mundo nuevo, nuevas influencias en acción y objetos y peligros desconocidos a los que hacer frente.»

Una fuerza identificable en el «mundo nuevo» de finales de siglo, el militarismo, no era nueva. Nunca había estado limitada a un solo país o grupo de países, y en algunos lugares tenía la misma fuerza que una religión. Ahora se había reforzado, y el gran adversario de Disraeli, Gladstone, lo consideraba la mayor amenaza de un futuro imprevisible. Los jinetes vestidos de brillantes uniformes estaban orgullosos de su rango y de su código de honor, pero también de sus armas. El armamento desplegado en tierra y mar en Europa aumentó un 300 por 100 entre 1870 y 1914, lo cual fue posible no sólo gracias a las decisiones de los dirigentes políticos, sino también debido a la prosperidad creciente y al progreso tecnológico asociados con la industrialización.

Otra fuerza era la autocracia, que ocupó una posición destacada en la pri-

mera guerra mundial, en la que el imperio ruso se enfrentó al imperio de los Habsburgo. En Viena, el liberalismo y el populismo habían limitado la autocracia. En Rusia, la autoridad del zar no conoció hasta 1905 otros límites que el asesinato. Hubo tres intentos de asesinar a Alejandro II antes de que lo matase una bomba anarquista en 1881. El primer partido socialista ruso fue fundado en 1883, pero no en Rusia, sino en Suiza, y cuando en 1905 estalló la revolución en unas circunstancias que los revolucionarios no habían planeado ni previsto, llegaron demasiado tarde como para influir en el curso de los acontecimientos. Setenta mil personas fueron detenidas y 15.000 murieron antes de que la revolución quedara totalmente sofocada. Como consecuencia, el zar convocó una asamblea nacional (la Duma) que se reunió en abril de 1906, pero fue disuelta a los dos meses. Hubo tres convocatorias más antes de 1914, pero no sirvieron casi de nada.

La autocracia también tenía un peso importante en Alemania, donde, de forma anacrónica, la industrialización estuvo acompañada por «una cultura neoabsolutista de la corte» a la que los altos cargos militares tenían un acceso privilegiado. El coste anual de la corte era superior al de la cancillería del Reich, el departamento de Justicia del Reich, el ministerio de Asuntos Exteriores (cuerpo diplomático incluido) y el departamento de Colonias juntos. La oficina del mariscal en jefe de la corte tenía asignadas a casi 500 personas.[2]

Una tercera fuerza era el imperialismo, término que solía aplicarse a los imperios de fuera de Europa en lugar de los situados en ella, así como a la feroz competencia en pos de beneficios y de poder. Para los políticos «realistas», sobre todo en Alemania, la política imperial parecía capaz de desviar la atención de los conflictos sociales internos. Fürst Bernhard von Bülow, que se hizo cargo del ministerio de Asuntos Exteriores en una importante crisis de gobierno en 1897 y que pronto se convertiría en canciller, escribió, ya retirado, en 1914, en un libro que fue muy leído, que la *Weltpolitik* (la política mundial) era «el verdadero antídoto contra la socialdemocracia».

Una cuarta fuerza, más polémica y difícil de definir, era la desintegración moral, ya fuese en forma de dirigentes demagogos o bien de histeria de masas. «La imaginación popular es algo que no se debe dejar de lado bajo ningún concepto en el cálculo de probabilidades de la política», afirmaba el colaborador de una revista popular, *Science Siftings*, en 1897. El uso de la palabra «masa» se fue generalizando a lo largo de esa década y la siguiente en Alemania, Francia, Austria y Gran Bretaña, donde se hablaba más de *Masspsychosen*, la psicología de las masas, que de la «imaginación popular». Una de sus manifestaciones era el antisemitismo. Los judíos se convirtieron en chivos expiatorios en Berlín, Viena, Moscú y París. Y los ataques contra ellos contribuyeron a desencadenar fuerzas difíciles de dominar. En un estudio muy comentado, *La multitud*, el sociólogo francés Gustave le Bon desvió la atención desde el individuo hacia lo que él denominaba «la mentalidad colectiva». Una de sus expresiones clave era «contagio social».

El militarismo, el imperialismo, la autocracia y el contagio social aparecían interrelacionados en la obra de un autor liberal inglés, J. A. Hobson, que influ-

yó en Lenin (cuyo verdadero nombre era Vladimir Uliánov), y que acabó por creer que el triunfo de la revolución se produciría gracias a la guerra, como sucedió finalmente en Rusia en 1917; sin embargo, a la hora de buscar las «causas» de la guerra, la mayoría de la gente no ha ido más allá de lo que un subsecretario de Estado alemán (en agosto de 1914, el mes en que estalló la guerra de Europa) denominó «este jodido sistema de alianzas, la maldición de la era moderna». En octubre de 1916, el presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson, cuyo país era ajeno al sistema, atribuyó la guerra a «una concatenación de alianzas y tratados, una compleja red de intrigas y espionaje que atrapó infaliblemente en sus mallas a la familia entera». El hecho de que la red se hubiera desarrollado en buena medida en secreto era para Wilson un elemento más de culpa. Las «filtraciones» de información reservada, algunas de ellas deliberadas, habían servido de arma en la diplomacia, al igual que el espionaje, el descifTamiento de mensajes en clave y otras formas de inteligencia militar y naval.

Los orígenes del sistema europeo de tratados se remontan en el tiempo, aunque fue en época de Bismarck —que actuaba según las opciones, prefiriendo los acuerdos con países o grupos de países concretos según las circunstancias de cada caso— cuando el sistema alcanzó la perfección, en opinión del canciller, como instrumento de paz. Ya antes de la fundación del imperio alemán, Bismarck había demostrado ser un maestro en la elaboración de tratados, utilizando tratados públicos y secretos del modo más conveniente para sus fines. Y después de 1870, cuando declaró que el imperio alemán se encontraba «saciado», estaba tan decidido como Metternich a utilizar los tratados para mantener a raya a las demás potencias. Su habilidad era inconfundible, tanto como el poderío militar que subyacía en esas habilidades, y al que, como había demostrado antes de 1870, estaba dispuesto a recurrir. Además de saber exactamente lo que quería, Bismarck tenía una idea muy precisa de hasta dónde debía aventurarse para lograrlo.

Pese a todo, la paz bismarckiana era una paz en la que se sacaba partido a las rivalidades y los conflictos, en vez de eliminarlos, y el propio Bismarck carecía de una visión general de los intereses de Europa. A veces la explotación de esas rivalidades se realizaba con una sutileza y unos subterfugios que daban pie a nuevos malentendidos, incluso en Alemania. Bismarck era propenso a tener pesadillas. Si dentro de Europa los gobernantes, los funcionarios y amplios sectores del público a menudo tenían miedo, sobre todo de la revolución social, en su fuero interno Bismarck siempre lo tuvo.

Podría argüirse —por supuesto, después de la muerte de Bismarck— que el endurecimiento posterior del sistema europeo de alianzas hasta formar bloques rígidos después de 1890 se debió a que sucedieron a Bismarck hombres de menor altura. Al fin y al cabo, Bismarck había mantenido la paz en una época de cambios económicos, sociales y culturales considerables, durante la cual Alemania cambió más tarde y más deprisa que muchos otros países. Pero los hombres de menor altura que sucedieron a Bismarck también planeaban sus alianzas según las opciones, entre las que figuraba la guerra como continuación legítima de la política. Otra expresión habitual en su vocabulario era

«esfera de interés», que se utilizaba en relación tanto con Europa como con el mundo. Gran Bretaña ya era una potencia mundial en 1871. En realidad, lo era desde el siglo XVIII, y durante mucho tiempo había identificado sus propias «esferas de influencia», ampliando el concepto a finales del siglo XIX hasta englobar lo que lord Rosebery, un imperialista liberal, llamaba las zonas «de precaución» que pudiesen reclamar otras potencias. Alemania, que no era una potencia mundial en 1871, cobró un decidido impulso, que la convirtió en potencia mundial, aunque no lo fue hasta la caída de Bismarck en 1890.

El deseo de Guillermo II de gobernar una potencia a escala planetaria contó con apoyos de orden intelectual y económico. El economista e historiador económico Gustav Schmoller predijo en 1890 que los grandes imperios mundiales del siglo XX serían Alemania, Rusia, Gran Bretaña, los Estados Unidos y tal vez China. Europa, decían, era demasiado pequeña y estaba demasiado poblada. La expansión era necesaria. Además, dentro de Europa, Alemania estaba «rodeada». Después de 1897, sus dirigentes quisieron romper el cerco y salir al exterior, lo que provocó un inevitable enfrentamiento con Gran Bretaña.

El sistema de alianzas de Bismarck

Mientras Bismarck ocupó su cargo, las ecuaciones de poder se resolvieron de forma racional. Personalmente, él prefería el entendimiento mutuo entre tres grandes potencias —Austria, Rusia y Alemania—, a las que se sumaba la cuarta, Italia, siempre que fuese necesario. Esta combinación dejaba aisladas a la derrotada Francia y a Gran Bretaña, país neutral, y para Bismarck era importante que los dos países no colaborasen nunca durante mucho tiempo. Estas preferencias de Bismarck —sometidas a revisión constante de acuerdo con las circunstancias— quedaron patentes en la alianza de los Tres Emperadores en 1873 (figura 1).

A pesar de lo divergente de sus intereses, sobre todo en los Balcanes, Austria y Rusia participaron en un mismo acuerdo «conservador» con Alemania parecido al que existía cuando Metternich era primer ministro en Viena, para resistir ante las fuerzas revolucionarias, incluida una nueva fuerza que no existía en la época de Metternich: la Internacional de los Trabajadores que guiaban Marx y Engels.

Antes incluso de que la crisis de Oriente Próximo de 1875 a 1878 pusiera de manifiesto los problemas inherentes a esta alianza, Bismarck había organizado o explotado un «amago de guerra» francoalemana que provocó las protestas simultáneas tanto de Rusia, que pertenecía a la alianza, como de Gran Bretaña, que era ajena a la misma. «¿Guerra a la vista?», se preguntaba el titular de un periódico alemán después de que los franceses aprobaran en 1875 una ley que añadía un cuarto batallón a todos los regimientos del ejército. La idea de una guerra «preventiva» por parte de Alemania tan inmediatamente después de 1870 era anatema tanto para Londres como para San Petersburgo.

Lo que más temía Bismarck no era la combinación de Gran Bretaña y Ru-

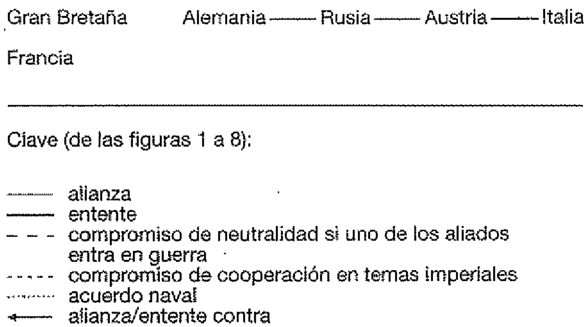


FIGURA 1

sia, sino la combinación de la Rusia zarista y la Francia republicana. Después del congreso de Berlín de 1878, que puso fin a la crisis de Oriente, las pesadillas de Bismarck se hicieron cada vez más frecuentes, pues se dio cuenta de que ahora Rusia era una potencia agraviada e «insatisfecha», que podía salir ganando con un posible cambio, como le había pasado a Francia con el depuesto Napoleón III, aunque era difícil que lo que más deseaban los rusos —el acceso al Mediterráneo a través del mar Negro— pudiera conseguirse de forma pacífica. La alianza de los Tres Emperadores se convirtió en papel mojado antes incluso del congreso de Berlín, en el que el zar vio «una coalición europea contra Rusia, dirigida por el príncipe Bismarck».

Entre las pesadillas de Bismarck estaba el aislamiento de Prusia, algo improbable en su época, aunque, a consecuencia del congreso de Berlín, Bismarck decidió —pese a la oposición frontal del emperador Guillermo I, tío del zar— establecer una Doble Alianza con Austria (figura 2).

El resultado fue un tratado exhaustivo que el conde Gyulov Andrassy, el negociador austríaco, buen conocedor de los temores de Bismarck, insistió en que tuviese unas cláusulas muy concretas. La primera cláusula afirmaba que si una de las dos partes, «en contra de lo esperado» y «contra su más leal deseo», era atacada por Rusia, la otra parte acudiría en su ayuda con «toda su fuerza». La segunda cláusula, en caso de agresión por parte de otra potencia, comprometía a ambas partes a mantener por lo menos una «neutralidad benevolente», a menos que la otra potencia contase con el apoyo de Rusia «mediante su participación activa o bien mediante medidas de tipo militar que constituyan una amenaza para la parte agredida».

La Doble Alianza entre Alemania y Austria, pese a ser de carácter defensivo, resultó ser más duradera que cualquier otro tratado del siglo XIX. Con una

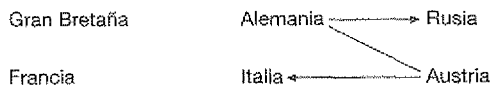


FIGURA 2

duración inicial de cinco años (Bismarck se fijaba tanto en la fecha de vencimiento de los tratados como los norteamericanos en la fecha de las elecciones presidenciales), la Alianza fue renovada en 1883 y 1902, y duró hasta el hundimiento del imperio austrohúngaro en 1918. De hecho, fue la base del sistema de alianzas de preguerra que luego se convertiría en un conflicto de alianzas. Y al implicar a Alemania en la política austríaca en los Balcanes —en donde Alemania tenía intereses propios, sobre todo económicos—, contribuyó directamente a la guerra de 1914-1918. De todos modos, es evidente que Bismarck no se dio cuenta del peligro, y tampoco el marqués de Salisbury, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores británico, que recibió la noticia de la Alianza de parte del gobierno de Austria como «una buena nueva que traerá gran dicha». Para Bismarck, era necesario complementar la Alianza con otros tratados, a ser posible, con el zar, a quien, ante la insistencia del emperador Guillermo, le enviaron en secreto detalles del tratado.

Antes de alcanzar un nuevo acuerdo con Rusia, la alianza de los Tres Emperadores resucitó en 1881. Las diferencias entre Gran Bretaña y Rusia en Oriente Próximo y Asia predispusieron a Rusia a firmarla. El tratado estaría en vigor durante tres años, en primera instancia. Esta vez, Bismarck tuvo que convencer a los austríacos. Alemania y Austria acordaron que no ayudarían a Gran Bretaña contra Rusia (aunque sin mencionar los nombres de cada país), y Rusia se comprometió a mantener la neutralidad en caso de guerra entre Francia y Alemania o entre Italia y Austria. En las cláusulas adicionales se detallaba la política a seguir por parte de Austria y Rusia. La nueva alianza, mucho más formal y concreta que la antigua, se mantuvo en secreto, y fue renovada en 1884. Y cuando llegó a su fin en 1887 (el mismo año que otros tratados concluidos por Bismarck) las consecuencias fueron graves.

El acuerdo alcanzado en 1881 representaba el mejor trato posible para Bismarck, quien pronto cerró un acuerdo complementario, a primera vista de carácter muy singular. Al cabo de un año de haber firmado la alianza de los Tres Emperadores, Italia, Alemania y Austria firmaron en secreto una Triple Alianza de cinco años de duración (figura 3).



FIGURA 3

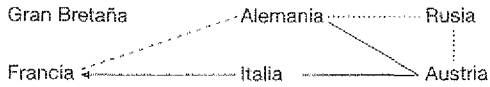


FIGURA 4

Desde luego, los italianos, que acababan de entrar en la órbita de Viena, hubiesen preferido una alianza sólo con Alemania, pero Bismarck insistió en la participación de Austria. Esta vez, se mencionaban los nombres de países concretos en un tratado que era puramente defensivo. «En caso de que Italia, sin mediar provocación directa por su parte, sea agredida por Francia por la razon que fuere, las otras dos partes firmantes estarán obligadas a prestar ayuda y asistencia con todas sus fuerzas a la parte agredida.» Austria no insistió en obtener ayuda de Italia en caso de agresión rusa. El negociador italiano ya se había negado a prometer ayuda militar a Alemania frente a una agresión por parte de Francia.

Bismarck no se hacía ilusiones en cuanto al poderío militar italiano, pero, para él, el valor de la Triple Alianza era evidente. Del mismo modo en que la alianza de los Tres Emperadores había mantenido a Rusia alejada de Francia, la alianza con Italia mantendría a ésta alejada de Francia y reducía las posibilidades de un conflicto entre Austria e Italia que Bismarck juzgaba innecesario. Mientras tanto, dos potencias menores, Serbia y Rumanía, preocupadas las dos en aquellos momentos por mantenerse alejadas de Rusia, entraron secretamente en la órbita de Alemania y Austria en 1881 y 1883, la primera mediante una alianza de diez años con Austria en 1881 y la segunda mediante una alianza de cinco años con Austria y Alemania en 1883.

En 1884 Bismarck hizo exhibición de la variedad de recursos y la ductilidad de su diplomacia al colaborar estrechamente con Francia para aislar a Gran Bretaña y obtener las primeras colonias alemanas en África (figura 4).

El aislamiento de Gran Bretaña fue una posibilidad permanente a lo largo del siglo XIX, y a veces a los británicos se les antojaba algo «espléndido», pero 1884 no tuvo nada de espléndido para Gran Bretaña. En más de un sentido, fue un año de tensión interior creciente y de humillación nacional, un *annus horribilis* en la carrera política de Gladstone, cuando en el lejano Sudán el general Gordon, enviado por Gladstone, encontró su solitaria muerte. También fue el año culminante de la vida de Bismarck.

De todos modos, las alianzas de 1884 duraron poco, y en 1887 Bismarck se inclinó por una opción muy diferente en sus relaciones con Francia y Gran Bretaña. Ideó un «pacto del Mediterráneo» entre Gran Bretaña, Austria e Italia para el mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo, el Adriático, el Egeo y el mar Negro y como barrera frente a Rusia y Francia (figura 5).

Había una ventaja adicional: la firma del pacto convenció a los italianos de prorrogar la Triple Alianza (aunque con modificaciones). Había dos motivos importantes por los que Bismarck estaba ansioso por garantizar su prórroga, pese a que, en su nueva forma, se introdujesen cambios en el *statu quo*

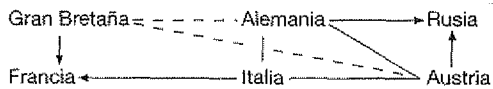


FIGURA 5

que beneficiaban a dos de los tres aliados. En Francia, el nuevo ministro de la Guerra, el nacionalista general Boulanger, de simpatías bonapartistas y «apóstol de la venganza», parecía una amenaza para la paz, y en Rusia se había levantado un clamor en contra de la renovación de la alianza de los Tres Emperadores, con el argumento de que restringía la libertad de maniobra de Rusia en los Balcanes. Antes había habido tensiones en Austria y en Hungría, y Bismarck tuvo que advertir a los austríacos que si atacaban o provocaban a Rusia lo harían por su propia cuenta y riesgo, y que Alemania no tenía por qué ayudarles, de acuerdo con el tratado de 1879.

El año 1887 fue tan peligroso para Bismarck como propicio le había sido 1884, aunque consiguió que el recién elegido Reichstag aceptara el aumento del tamaño del ejército que le había sido negado el año antes. Ahora Bismarck creía esencial cerrar un acuerdo con Rusia, lo que consiguió en junio, mediante un pacto de garantía secreto, firmado el mismo mes en que vencía la alianza de los Tres Emperadores, y un mes después de que en Francia (por suerte para él) destituyesen a Boulanger. Por este pacto, de cuya existencia pocos tenían noticia o sospecha alguna, Alemania se aseguraba la neutralidad de Rusia en caso de agresión francesa, y Rusia se aseguraba la neutralidad alemana en caso de agresión por parte de Austria o de Gran Bretaña (figura 6).

El pacto de garantía no era incompatible con la Doble Alianza de 1879, pero hacía falta mucho valor para mantenerlos a ambos al mismo tiempo. Esa no era la opción predilecta de Bismarck, porque Alemania se veía obligada a reconocer los derechos históricos de Rusia en los Balcanes y su influencia «preponderante y decisiva» en Bulgaria. Pero era el tratado más aceptable, dadas las circunstancias, y parecía lo bastante eficaz como para conjurar la amenaza de una alianza francorrusa.

El pacto superó con gran dificultad las tensiones de un año en el que Rusia, profundamente involucrada en la cuestión del trono de Bulgaria, reforzó militarmente sus fronteras con Alemania y Austria. Bismarck tuvo que recurrir a otras maniobras diplomáticas y económicas, como recortar los créditos concedidos por Alemania a Rusia y dar publicidad al texto de la Doble Alianza de 1879 para demostrar que Alemania estaba estrechamente comprometida con



FIGURA 6

Austria. «Los alemanes tememos a Dios y a nada más en el mundo» fue su mensaje a Europa. Y Bismarck acertó al hacer notar sin sutilezas que en última instancia la diplomacia alemana se basaba en la superioridad de fuerzas.

No obstante, la posición de Bismarck como malabarista supremo estaba limitada por un hecho fundamental: a menos que lo apoyase el emperador, él no era nada. Esa era la relación fundamental dentro del sistema constitucional del imperio alemán, y Bismarck en persona lo había dispuesto así. Antes de que expirase el pacto de garantía en 1890, las relaciones francorrusas no sólo habían mejorado ligeramente (cuando Alemania restringió los créditos a Rusia, ésta se dirigió a Francia en busca de créditos y también de suministros militares), sino que el emperador Guillermo I, con quien Bismarck había discutido muchas veces, pero que siempre había cedido en las cuestiones de importancia, había muerto a los 91 años. Su primer sucesor, en 1888, casado con una hija de la reina Victoria de Inglaterra, no reinó más que tres meses; su segundo sucesor, Guillermo II, apenas contaba 31 años de edad (Bismarck rondaba los 75), y reinaría hasta que fue depuesto en 1918, tras la derrota de Alemania en la primera guerra mundial.

El nuevo Reichstag, elegido en 1890, redujo el apoyo parlamentario de Bismarck, al perder 57 escaños los nacional liberales y 24 los conservadores. De todos modos, este hecho en sí no hubiera tenido mayor trascendencia, porque Bismarck tenía un audaz plan que incluía la convocatoria de nuevas elecciones y, en caso de necesidad, la proclamación de la ley marcial y la reforma de la constitución. Lo que sí resultó trascendental fue que a Guillermo II, que al principio admiraba a Bismarck, no le gustaba esa actitud. Guillermo temía no sólo que Bismarck arrastrase al país a la guerra civil, sino que se convirtiese en dictador perpetuo. «Se trataba de si debía reinar la dinastía de los Hohenzollern o la de Bismarck.» Después de varias semanas de disensiones crecientes tras las elecciones, Guillermo exigió la dimisión de Bismarck el 17 de marzo, y al cabo de nueve días celebraron su última reunión. «Estoy tan abatido como si hubiese vuelto a perder a mi abuelo», le escribió Guillermo a un familiar. Pero las últimas palabras de su carta eran «¡Adelante a toda máquina!».

En ese momento fue de una importancia capital que el principal funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Friedrich von Holstein, se hubiese opuesto durante mucho tiempo al pacto de garantía, que ahora tenía que prorrogarse, con el argumento de que era incompatible con la Doble Alianza. El emperador quería prorrogar el tratado, pero Holstein convenció al sucesor de Bismarck, el general Von Caprivi, un militar sin experiencia diplomática previa, de que el sistema bismarckiano era demasiado complicado. Para él, carecía de importancia que los rusos, cuyo ministro de Asuntos Exteriores era proalemán, quisieran prorrogar el tratado. Lo deseable era una política exterior más abierta, que incluyera no sólo un entendimiento leal con Austria sino una amistad más estrecha con Gran Bretaña.

Por consiguiente, el pacto de garantía no fue prorrogado, y si bien Guillermo II expresó su deseo de mantener la amistad de Rusia, en julio se firmó un acuerdo bilateral angloalemán, por el que se intercambió la isla de Heligoland

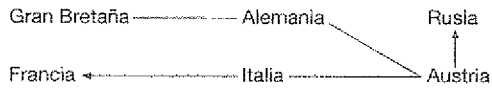


FIGURA 7

(en manos inglesas desde 1795) por territorios coloniales alemanes en África (Zanzíbar y Uganda). En mayo de 1891 se prorrogó 12 años la Triple Alianza con Austria e Italia. Y cuando barcos británicos realizaron una visita protocolaria a Venecia y Fiume en junio de 1891 —el mismo año en que Guillermo II visitó Londres—, se rumoreó que la Triple Alianza iba a convertirse en una Cuádruple Alianza de la que Gran Bretaña sería el cuarto miembro (figura 7).

No fueron necesarios bismarcks ni diagramas para deducir lo que ocurriría a continuación, en vista del miedo al aislamiento y a la fe en las alianzas que caracterizaron esta etapa histórica. Pero había razones de peso para que Rusia y Francia *no* se aliasen. Algunos franceses, comprometidos con la causa revolucionaria, temían asociarse con la «potencia más reaccionaria» de Europa, y eran aún más los rusos que seguían viendo en Francia no sólo un país revolucionario «de espíritu», sino también que había demostrado ser muy poco de fiar.

Los primeros gestos fueron más teatrales que trascendentes. Así, por ejemplo, el zar escuchó con la cabeza descubierta la interpretación de la *Marsellesa* cuando barcos de guerra franceses visitaron Kronstadt en julio de 1891. Pero finalmente, en diciembre de 1893 (después de que los alemanes aprobasen una nueva Ley del Ejército y los franceses se enfrentasen a los ingleses en la política colonial de Extremo Oriente), se firmó una convención francorrusa secreta. «Si Francia es atacada por Alemania —rezaba la primera cláusula—, o por Italia con el apoyo de Alemania, Rusia empleará todas sus fuerzas disponibles contra Alemania.» La segunda cláusula se refería a la Triple Alianza: si las potencias de la Triple Alianza se movilizaban, Rusia y Francia también se movilizarían, y el tratado seguiría vigente mientras durase la Triple Alianza.

En el primer caso, la firma de este nuevo tratado —que se convertiría en el segundo pilar del sistema de alianzas de principios del siglo xx— no añadió tensión a la política europea de bloques, que seguían estando al lado unos de otros, en vez de enfrentarse. Ello se debe en gran medida a que Gran Bretaña nunca participó en una alianza con Alemania, Austria e Italia —ni a principios ni a finales de la década de 1890—, aunque también en parte a que en 1897 Francisco José, en el curso de una visita a San Petersburgo, acordó con el zar colaborar en el mantenimiento del *statu quo* en los Balcanes y los estrechos. Era tan importante en todos estos acuerdos que Austria y Rusia mantuviesen a raya a sus propios «satélites», los nuevos estados nacionales, como que ambas potencias coincidiesen.

En cuanto al papel de Gran Bretaña, a lo largo de la década de 1890 fue fácil unir en más de una ocasión a todas las potencias europeas —la Triple Alianza, Francia y Rusia— contra ella en los asuntos coloniales o de otra índole. Y era más habitual la colaboración entre Alemania, Rusia y Francia que entre

Alemania y Gran Bretaña, Rusia y Gran Bretaña o Francia y Gran Bretaña. Así, por ejemplo, Alemania apoyó a Francia en 1894 al bloquear un acuerdo territorial entre Gran Bretaña y el Estado Libre del Congo, una empresa en el África central bajo la autoridad personal del rey Leopoldo de Bélgica; y, al cabo de un año, con gran irritación por parte de Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Francia intervinieron contra el Japón después de que éste derrotase a China y se hiciera con bases en territorio chino.

Casi todos los años se producían episodios de esta clase. En 1896 Guillermo II envió un telegrama de felicitación al presidente Kruger, de la República Bóer del Transvaal, tras el fracaso del Jameson Raid (una incursión de saqueo por parte de colonos blancos de origen británico en Suráfrica que tuvo lugar con la connivencia del enérgico y ambicioso secretario de Estado para las Colonias, Joseph Chamberlain). Cuando Gran Bretaña entró en guerra con los bóers en 1899 y pronto se vio metida en un conflicto enojoso y sorprendentemente prolongado —una gran potencia contra un país pequeño—, la mayoría de países europeos expresaron su simpatía por los bóers; sin embargo, Gran Bretaña siempre conseguía superar estas muestras de desaprobación internacional porque tenía el dominio absoluto de los mares, un elemento tan fundamental del «aislacionismo» británico como el dominio en tierra de Alemania dentro del sistema de alianzas al que ésta pertenecía. Ninguno de los dos países pensaba ya en «conciertos» de naciones.

Las políticas imperiales

Antes de examinar las fases por las que atravesó el endurecimiento del sistema de alianzas europeo después de 1900 —y la rivalidad marítima tuvo un papel importante a la hora de arrastrar a Gran Bretaña hacia el sistema—, es necesario examinar más detalladamente las políticas imperiales de finales del siglo XIX, aún más complicadas que la política europea, y que no pueden resumirse en esquemas. Las decisiones no sólo se tomaban en los departamentos de asuntos exteriores de Europa, sino *in situ*, a muchos kilómetros de distancia, y en ellas participaba mucha gente. Había presiones de parte de los misioneros que predicaban el Evangelio y de aventureros que traficaban en oro y armas. Las comunicaciones iban mejorando, pero seguían siendo lentas. Las órdenes podían llegar demasiado tarde.

Hasta finales de la década de 1860, la palabra «imperialismo» —uno de los muchos «ismos» de finales del siglo XIX— se había aplicado sobre todo a la Francia de Napoleón III. No fue hasta 1869 cuando un autor británico se refirió en una revista a lo que él llamaba «el imperialismo en el buen sentido», por el que entendía «la conciencia de que a veces tenemos el deber ineludible de realizar tareas pesadas u ofensivas como defender el Canadá o gobernar Irlanda».

El autor no mencionaba los beneficios que ello proporcionaba, aunque era evidente que las inversiones en el exterior daban dinero, ya fuese en territorios

bajo el dominio directo de países europeos, o bien en países abiertos a «imperios informales», los imperios del desarrollo y el comercio. El autor se refería además específicamente a las zonas de población blanca, mientras que la mayoría de los «beneficios coloniales» entre 1869 y 1900 procedían del trópico.

Las ganancias territoriales fueron impresionantes en términos cuantitativos. El imperio británico incrementó su extensión en un 50 por 100 y su población en un tercio en las tres últimas décadas del siglo XIX, aunque en Londres ejerciesen a veces el poder gobiernos antiimperialistas. (Gladstone, por ejemplo, jamás aprobó el expansionismo imperialista.) Del mismo modo, Francia, donde los imperialistas nunca acabaron de salirse con la suya, adquirió nueve millones de kilómetros cuadrados de territorio en las dos últimas décadas del siglo, mientras que Alemania adquiría dos millones y medio. Bismarck había dicho en una ocasión que su mapa de Europa estaba en África, y le encantaba enfriar o desviar las peligrosas rivalidades internas en Europa estimulando la competencia en el exterior. Pero fue él quien inició la expansión colonial de Alemania.

Otros, más entusiastas que Bismarck, y con toda la retórica del imperialismo a su disposición, llevaban su expansionismo hasta el extremo de despertar los temores de Gran Bretaña. Mientras tanto, los antiguos imperios de España y Holanda seguían existiendo sobre el mapa —y este último aumentó en riqueza, ya que no en tamaño—, mientras que el imperio portugués creció en ambos sentidos. Italia participó en la carrera imperial con escaso éxito (en 1896 fracasó en su tentativa de apoderarse de Abisinia), y Bélgica, que teóricamente carecía de imperio, se ocupaba de gestionar el Estado del Congo, propiedad del rey Leopoldo, quien lo legó al país en su testamento en 1889. Incluso los Estados Unidos, con un abultado historial de anticolonialismo, adquirieron colonias en la década de 1890.

Las estadísticas sólo nos cuentan parte de la historia, que en la época solía contarse a partir de elementos no estadísticos: mapas, relatos de aventuras, libros de viajes, canciones populares y discursos vehementes pronunciados desde palestras cubiertas con la bandera. El imperialismo compartía ciertos ingredientes del folklore nacionalista, ya que siempre tuvo sus héroes y sus mitos. Y, al igual que el nacionalismo, podía sostener que el mundo no se repartía entre imperialismos rivales, sino complementarios, cada uno de los cuales tenía su propia «misión». De hecho, a veces los distintos imperialismos formaban causa común en nombre de la «civilización» y el «progreso».

Los abanderados del colonialismo británico solían trazar una distinción muy clara entre ellos, con sus «familiares y amigos», y los «nativos» o «aborígenes» a quienes vencían o dominaban. En el primer caso —ejemplificado por Canadá y Australia—, los colonos, a los que se habían sumado oleadas de inmigrantes recientes, obtuvieron la independencia parcial en la segunda mitad del siglo XIX; el gobierno federal de Australia, por ejemplo, se remonta a 1900. En el segundo caso, se hablaba de la «carga del hombre blanco», pero también había razones para el entusiasmo, además de un deseo de «poner las cosas en su sitio». «La experiencia práctica nos demuestra —escribió sir Francis Younghusband, explorador del Asia central (donde chocaron los intereses británicos

y rusos en lo que se ha dado en llamar «el gran juego»)—, que los asuntos del mundo no funcionarán mientras haya desorden.»

Participó tanta gente, a tantos niveles y en tantos lugares en las aventuras «imperialistas», que es difícil generalizar. En África, teatro de rivalidades, la imagen que tenía la gente era la de un «continente negro» que había que explorar y explotar, mientras que en la «extraña y misteriosa» Asia había religiones y culturas antiguas que no podían ser ignoradas. Hasta 1875, las naciones europeas no se habían adueñado de más del 10 por 100 de África, pero la India estaba en vísperas de la proclamación como emperatriz de la reina Victoria, una maniobra que inició Disraeli. Era más fácil repartirse África que Polonia, pero habría sido difícil «estabilizar» el Asia central o el «Extremo Oriente».

Al llegar a la última década del siglo XIX, la cuestión del «Extremo Oriente», término que refleja la dominación europea del mundo, salió a relucir no tanto debido al expansionismo europeo directo, como por el auge de una potencia asiática, Japón, que ya había asimilado buena parte de la parafernalia del nacionalismo europeo. (En 1880 invitaron al director alemán de la banda del ejército británico en Yokohama a poner música a la letra de un himno del siglo XIX para crear así un himno nacional.) Japón se encontraba también en el inicio de una revolución industrial que contaba con el apoyo del estado y que iba a transformar las bases de su poder en el siglo XX. En 1894-1895, la guerra entre el Japón insular y la China continental —los británicos tomaron nota del paralelismo— puso de manifiesto al mismo tiempo la fortaleza de Japón y la debilidad de China.

¿Era el imperio chino el imperio otomano del Extremo Oriente? Francia, Rusia y Alemania consiguieron presionar a Japón para que modificase el tratado de Shimonoseki (abril de 1895) en beneficio de ellos. Pero antes de acabar el siglo, la rebelión xenófoba de los bóxers en China alarmó a los países europeos y a los Estados Unidos más que nada de lo que hubiera ocurrido en Japón. En 1908, China tenía ya un proyecto de constitución —algo que los sultanes nunca habían estado dispuestos a aceptar en Constantinopla— y en 1912 se convertiría en república.

Si examinamos el mundo en fase de «imperialización» en su conjunto —África, Asia y el Pacífico—, vemos que entre la gente que participó en el complejo proceso de expansión había exploradores (Leopoldo, un conquistador moderno, expuso su proyecto africano en un congreso geográfico internacional celebrado en Bruselas en 1876); misioneros de todos los credos, que difundían el evangelio o evangelios rivales y muchas cosas más, entre ellas la educación; emigrantes, que adquirían un nuevo hogar, lejos de su lugar de nacimiento, y un nuevo estilo de vida; hombres de negocios de todos los calibres, en busca de nuevas materias primas (tan distintas como el caucho, los minerales y los aceites vegetales) o de nuevos mercados para sus productos manufacturados; contratistas, constructores de ciudades, puertos y ferrocarriles; soldados, porque los anales del imperialismo están manchados de sangre derramada en lo que se dio en llamar, a veces de forma engañosa, «pequeñas guerras»; y administradores, también de todo tipo, algunos de ellos tan importantes como para

que los llamasen —y se vieran a sí mismos, al estilo napoleónico— «procónsules». Este era el caso de los tres grandes del imperio británico de finales del siglo XIX y principios del XX: Evelyn Baring, primer conde de Cromer, en Egipto, un país que enlazaba África con el imperio otomano (como bien sabía Napoleón, el primer cónsul); el primer marqués de Curzon en Persia y la India; y Alfred, primer vizconde Milner, un recién llegado, en Suráfrica.

El lugar que ocupa el afán de lucro en esta historia no es fácil de evaluar, aunque le diesen la primacía las teorías del «imperialismo» desarrolladas a partir de las doctrinas marxistas por Lenin en el siglo XX. Fue un liberal inglés que escribió sobre el imperialismo y lo criticó sin piedad, J. A. Hobson, quien insinuó que la razón de ser del imperialismo no se hallaba en el comercio, sino en la inversión. Las colonias proporcionaban nuevos mercados de capitales, y los capitales invertidos en el extranjero podían generar mayores beneficios que los invertidos en el propio país, además de contribuir a crear empleo y aumentar el nivel de vida en este. La obra de Hobson *Estudio del imperialismo* apareció en 1902, y Lenin adoptó los elementos principales de su tesis, encajándolos en un marco cronológico marxista ampliado, según el cual la era del imperialismo era la consecuencia natural e inexorable de la era del capitalismo europeo.

La explicación de Lenin no era más exhaustiva que la explicación del capitalismo que había ofrecido Marx, y que era objeto de «revisión», sobre todo por parte de los marxistas alemanes y los socialistas de la Fabian Society en Gran Bretaña, muchos de los cuales no habían leído a Marx. Hay muchos ejemplos de expansión colonial que sólo pueden explicarse a partir de premisas no económicas: la expansión de Rusia por tierra en dirección al Asia central y el Extremo Oriente en el siglo XIX es una variante de esa clase de expansión. Y tampoco es cierto que las inversiones acompañasen siempre a las banderas: a finales del siglo XIX, fueron muy escasas las inversiones de capitales británicos en los nuevos territorios pintados de rojo —el color imperial británico— en el mapa, con la excepción de Suráfrica. Fueron mucho más cuantiosas las inversiones británicas en Suramérica y en los Estados Unidos. Noruega, cuyo comercio marítimo sólo era superado por Gran Bretaña y Alemania, no poseía un imperio, y ni siquiera era un estado nacional.

El lugar que ocupan los gobiernos en la historia es casi igual de difícil de evaluar en líneas generales, ya que los procesos imperiales solían mantenerse sin solución de continuidad a pesar de los cambios de gobierno; y cualquier gobierno podía tener que enfrentarse a algún hecho consumado a miles de kilómetros, que no podía prever ni controlar. También eran muy variadas y a veces contradictorias las motivaciones de los «imperialistas» de los partidos políticos y los gobiernos de Europa. Algunos creían que los territorios coloniales servían para colocar al excedente de población, un argumento que era el favorito de los gobiernos conservadores, pero que plantearon personas que no tenían ninguna relación con el comercio ni con las finanzas. Otros pensaban en el poder y el prestigio, otro punto de vista típicamente conservador, propio de hombres como Disraeli o Bismarck, aunque ambos fueron lo bastante inteligentes como para sacar partido de ese punto de vista más que compartirlo. Jules Ferry,

en la Francia derrotada de la década de 1870 hablaba del *esprit* y del *élan*, y también argüía, al hablar de lugares tan alejados entre sí como Túnez y Tonkín, que si Francia no creaba un nuevo imperio, «bajaría de la primera división a la tercera o cuarta». Más adelante, aún en el mismo siglo, Joseph Chamberlain, cuyos orígenes políticos en los sectores radicales de la ciudad de Birmingham lo llevaban a pensar desde el punto de vista de la acción, consideraba al imperio «un estado subdesarrollado».

Aun después de la ruptura de Chamberlain con Gladstone y el Partido Liberal por la cuestión de Irlanda en 1886, el Partido Liberal superviviente continuó dividido entre los liberal imperialistas (*limps*) y hombres como Hobson, críticos no sólo con los principios económicos del imperialismo, sino también con el patrioterismo que el imperialismo promovía entre «las masas». Todas estas contradicciones —y sueños— estaban presentes en Cecil Rhodes, que llegó a Suráfrica cuando acababan de descubrir diamantes en Kimberley en 1870. A Rhodes le interesaba todo lo imperial: el dinero, el poder, el desarrollo, el bienestar, la educación; sin embargo, admiraba el nacionalismo irlandés y dio dinero a Parnell.

Los efectos de las rivalidades extraeuropeas en la política europea variaban de un año a otro, al igual que las rivalidades concretas que se convertían en noticia. De todos modos, se midan como se midan, tuvieron especial importancia en 1884 y 1885, años en que las grandes potencias se reunieron en Berlín para hablar de África por primera y última vez. (Entre ellas estaban los Estados Unidos.) Fue una conferencia impresionante, que lanzó la expresión «esfera de influencia» y que acordó, con escasa consideración hacia la sensibilidad de los africanos, que, en la práctica, las potencias podían adquirir territorios en África tomando posesión de los mismos, siempre que respetasen las reivindicaciones de los demás países y les informasen de lo que hacían. Fue durante estos años cuando se reconoció al Estado del Congo de Leopoldo (con la condición de que aboliese la esclavitud) y cuando Bismarck planteó sus reivindicaciones coloniales. Hasta entonces, Bismarck había condenado a «nuestros colonialistas patrioteros», pero a partir de ese momento no tuvo ningún problema a la hora de escoger el tono apropiado: «las colonias representarán la obtención de nuevos mercados para las industrias alemanas, la expansión del comercio y un nuevo terreno para la actividad, la civilización y los capitales de Alemania» (en ese orden). También se habló de Nueva Guinea, y después de repartir sus territorios no holandeses entre Alemania y Gran Bretaña, los alemanes se hicieron con Samoa (no sin discusiones) y dieron el nombre de Bismarck a un archipiélago del Pacífico.

Y con todo ello no se agotaron las cuestiones pendientes en 1884 y 1885. Los británicos tuvieron problemas en el noroeste y el noreste de la India. Cundió la alarma en Calcuta y Londres en 1884, cuando los rusos ocuparon Merv, un centro turcomano que se encontraba a sólo 300 kilómetros de lo que se consideraba uno de los puntos clave de la ruta hacia la India, Herat. Y en el este, cuando el rey de Birmania otorgó la concesión de los ferrocarriles y otras ventajas económicas a los franceses en 1885, los británicos le enviaron un ulti-

mátum, lo capturaron y anexionaron Birmania a la India el 1 de enero de 1886.

Otros años de incidentes fueron 1896, 1897 y 1898. El primero fue el año no sólo del Jameson Raid, sino también de la conquista británica del reino de Ashanti en lo que se conocía como Costa de Oro; de la conquista de Madagascar por los franceses; y de la derrota de los italianos a manos de los abisinios en Adua (un raro ejemplo de derrota de un aspirante a potencia colonial por parte de un adversario no europeo). También fue el año en que un oficial del ejército francés, Jean Marchand, recibió la orden de penetrar en el Sudán, donde el general británico Horatio Kitchener acababa de derrotar a un ejército de nativos en Omdurman. (Uno de los jóvenes oficiales presentes era Winston Churchill.) Marchand se negó a obedecer la demanda de Kitchener de que se retirase, y la noticia del atolladero llegó a Europa.

A lo que pasó a continuación hubo quien le atribuyó después gran importancia, más importancia de la que realmente tuvo. Los franceses, representados por un nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Théophile Delcassé, accedieron a retirarse del Sudán, y franceses y británicos firmaron luego un acuerdo que redujo la tensión en 1899. Algunos vieron en ello el principio del acercamiento francobritánico, que se convertiría en una *entente cordiale* en 1904 y una estrecha alianza francobritánica durante la primera guerra mundial, aunque todavía en 1900 la convención francorrusa preveía una posible guerra con Gran Bretaña.

Como era de esperar, la *entente*, que firmó Delcassé, se limitaba a liquidar la rivalidad en el exterior: en ella no se mencionaba Europa. Como también era de esperar, Gran Bretaña ya había dado el primer paso para abandonar su aislacionismo (justo hacia el final de la guerra con los bóers) en enero de 1902: una alianza no con una potencia europea, sino con Japón. Esta alianza hubiera podido ser entre Alemania, Gran Bretaña y Japón, pues a los alemanes les interesaba un acuerdo de este tipo en aquel momento. En cambio, Gran Bretaña se fue alejando cada vez más de Alemania a medida que se fue acercando a Francia entre 1904 y 1914. Guillermo II estaba fascinado por la *Weltpolitik* apoyada en el poderío naval que le recomendaban algunos de sus consejeros, sobre todo el almirante Alfred von Tirpitz, mientras que Delcassé simplemente creía que Alemania era el «enemigo hereditario» de Francia.

La interdependencia mundial

Hablar de amigas y enemigas entre las naciones se estaba convirtiendo en algo tan habitual a finales del siglo XIX como hablar de la necesaria competencia entre ellas, y el lenguaje de la competencia estaba tan influido por la biología como por la economía. Las teorías de Darwin sobre la «supervivencia del más apto» se divulgaron de formas muy variadas (algunas de las cuales, por emplear un adjetivo peyorativo de uso más tardío, eran abiertamente «racistas») hasta llegar a incluir la supervivencia de la nación más apta y justificar el triunfo de los fuertes sobre los débiles. Von Bülow, que se convirtió en canciller alemán en 1900 —apenas el tercero después de Bismarck—, estaba conven-

cido de que la paz permanente no existía ni tenía por qué existir: «la guerra es un elemento esencial en los designios de Dios».

Pero al mismo tiempo que este lenguaje —a menudo desagradable, aunque nunca profundo— se ponía de moda, la realidad económica, pero no la teoría, apuntaba hacia un grado de interdependencia mundial sin precedentes. Los lazos económicos entre los distintos países nunca habían sido tan estrechos o fundamentales como en el cuarto de siglo que precedió a 1914. Por más que se hablase después del estallido de la primera guerra mundial de la necesidad de alejarse de la «anarquía internacional» del período de preguerra, las cosas cambiaban cuando se mencionaba la economía al hablar de un retorno a la «normalidad» de antes de la guerra. Sólo los marxistas y algunos socialistas no marxistas vieron en los orígenes de la guerra causas exclusivamente económicas.

De todos modos, la interdependencia se basaba en la hegemonía de Europa y en un sistema de especialización económica desarrollado para satisfacer los intereses europeos. Los primeros países de Occidente en industrializarse —Gran Bretaña, Bélgica, Alemania, Francia— eran los más ricos, pero su industrialización dependió de productos importados de ultramar. El más importante de éstos era el algodón, que vinculaba los intereses de las plantaciones económicamente atrasadas del sur de los Estados Unidos, con su mano de obra esclava, a las fábricas de una de las regiones económicamente más adelantadas del mundo, la zona industrial de Lancashire, con sus industriales y operarios seguros de sí mismos y sus constantes intercambios comerciales. Lo mismo pasó con otras fibras. Al llegar a 1914, la mitad de los suministros de lana del mundo procedían de Australia y Nueva Zelanda, tierras nuevas y colonizadas por blancos de origen y procedencia casi exclusivamente británicos (ingleses, galeses, escoceses e irlandeses).

El gran cambio de los últimos años del siglo fue el aumento de la dependencia europea de las zonas no europeas no sólo en materias primas para la industria, sino también en alimentos. Las llanuras del Medio Oeste de los Estados Unidos producían trigo (el volumen de las exportaciones norteamericanas de trigo se multiplicó por 20 entre 1850 y 1914, aunque Francia y Alemania hicieron todo lo que pudieron por mantener su propia producción); Argentina producía carne (los barcos frigoríficos, inventados en la década de 1870, hicieron posible su exportación); las Antillas producían azúcar (aunque los países europeos produjesen cantidades superiores a partir de la remolacha); Nueva Zelanda contribuía con productos lácteos; el África occidental, con cacao y aceites vegetales; la India (y, en menor medida, China), con té; y Brasil producía café (el 64 por 100 del café importado por Alemania en 1914 procedía de Brasil).

Estas son sólo estadísticas representativas, que hacen referencia a un aspecto parcial de la realidad, y, como las estadísticas del imperialismo, sólo nos cuentan una parte de la historia. A los mapas pintados con los colores imperiales de los nuevos atlas escolares hay que contraponer siempre los mapas del comercio y las comunicaciones. Y a las cronologías de tratados y batallas hay que contraponerles las cronologías de los ciclos económicos, a corto plazo, con los

altibajos en la producción, el empleo, los precios y los salarios, y a largo plazo, con los movimientos ascendentes y descendentes de los precios y de las nuevas tendencias en tecnología a lo largo de una generación. Es importante observar que el nivel general de los precios, que había ido aumentando a lo largo de las décadas centrales del siglo, bajó a mediados de las décadas de 1870 y 1890, en que mucha gente se quejó de la «depresión». Algunas de estas quejas eran infundadas. Los bajos tipos de interés favorecían a determinadas clases de inversión, y mientras que los márgenes de beneficio se redujeron, los ingresos reales de los trabajadores asalariados aumentaron. No obstante, en malos años, como 1902, los obreros industriales de todos los países —y algunos trabajadores del sector servicios como los estibadores, la mano de obra más «temporal»— se quedaban sin empleo.

La interdependencia se daba tanto en los desastres como en los beneficios. Muchos agricultores europeos se arruinaron por culpa de las importaciones de trigo norteamericano barato en la década de 1880. Las medidas proteccionistas sólo les ayudaron hasta cierto punto. Francia, el país europeo que mayor éxito tuvo en esta línea, aumentó los aranceles del trigo regularmente entre 1881 y 1897, mientras que Alemania se protegía contra el trigo norteamericano y el ruso. Francia también aumentó los aranceles a los productos industriales en 1892 —hasta llegar a más de un tercio en el caso de los productos manufacturados británicos— siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos. Gran Bretaña, en cambio, se mantuvo fiel al librecambismo, aunque la superficie de tierra cultivada disminuyese en casi un 10 por 100 entre 1897 y 1912 y sus viejas industrias con una maquinaria cada vez más anticuada sufriesen la competencia de los Estados Unidos y Alemania.

El papel de Gran Bretaña en la configuración del sistema internacional era fundamental, aún más de lo que lo fue el papel de la Alemania de Bismarck en la configuración del sistema de alianzas posterior a 1870. En 1914 Gran Bretaña era el único país europeo que vendía más productos fuera que dentro de Europa. También era el mayor importador, banquero y proveedor de servicios (como los seguros) del mundo. El Banco de Inglaterra era una institución privada. Detrás de la libra esterlina estaba el oro, y fue el papel de Gran Bretaña, como país librecambista cuyos intereses dominaban las bolsas de contratación del mundo entero y con un mercado monetario muy flexible, lo que permitió al patrón oro actuar con el mayor automatismo posible, sin intervenciones gubernamentales. El automatismo aparente del sistema, que se basaba en un acuerdo tácito, contrastaba con la complejidad del sistema político y, más aún, con la del sistema diplomático. Mientras tanto, Gran Bretaña exportaba capitales, además de productos elaborados, al resto del mundo: el 43 por 100 de la inversión exterior mundial en 1914 procedía de Gran Bretaña, cuando el porcentaje de Alemania era de sólo un 13 por 100 y el de los Estados Unidos, sólo el 8 por 100.[3]

El nivel de interdependencia era evidente en la misma Europa. La mitad del comercio mundial estaba compuesto por las importaciones y exportaciones de siete países europeos. Alemania era el principal competidor industrial de Gran

Bretaña dentro de Europa (tema de un fascinante libro de Edward Williams, *Made in Germany*, publicado en 1896), pero Gran Bretaña era el mejor cliente de Alemania, mientras que ésta sólo se veía superada por la India como compradora de productos británicos. En Berlín quemaban carbón británico cuando estalló la guerra, y se utilizaban planchas de acero alemanas en la construcción de barcos de guerra para la marina británica. En 1914 en Francia se llevaba a cabo la construcción de altos hornos con la ayuda de capital alemán, y los alemanes tenían industrias químicas en Rusia, un país hasta entonces atrasado con unos elevados índices de crecimiento en los años inmediatamente anteriores a la guerra y un empuje sin precedentes en unas cuantas regiones industriales. También había algunos *trusts* y cárteles internacionales cuya actuación se extendía más allá de las fronteras nacionales, y que conseguían cuotas de mercado con sus propios métodos.

Es importante no idealizar la interdependencia económica. La división del mundo en regiones «verdes» (agrícolas) y «negras» (industriales) iba acompañada de una división de la población en el interior de cada país entre «ricos» y «pobres», y era fácil considerar a ambas divisiones obra de la naturaleza, en lugar de producto de la actuación humana. En la propia Europa había diferencias notables en cuanto al nivel de vida entre Palermo y Milán, entre Milán y Luxemburgo, y entre Luxemburgo y Lübeck. Tampoco la intervención del Estado, por la razón que fuese (bienestar o poder), tenía por qué mejorar las cosas. La burocracia era frustrante e intimidatoria. Así, por ejemplo, los terratenientes alemanes disfrutaban del proteccionismo en la agricultura, pero los obreros alemanes padecían sus efectos. Finalmente, las perspectivas internacionales cambiaban. Europa dominaba el comercio internacional, pero los Estados Unidos hacían grandes progresos en producción, aprovechándose de sus enormes reservas de materias primas, un mercado interno enorme y una tecnología avanzada que permitía ahorrar en mano de obra. En las nuevas industrias —como la automovilística, una industria tan fundamental en el siglo XX como el ferrocarril en el XIX—, los Estados Unidos pronto tomaron una delantera que ya no perderían.

La revolución industrial japonesa demostró también que la industrialización no era en modo alguno monopolio de los blancos. Japón se encontraba especialmente próximo a Gran Bretaña en el terreno político después de la firma del tratado anglojaponés, pero fue de Alemania, más que de Gran Bretaña, de donde los japoneses sacaron el modelo de desarrollo económico, y sería la competencia japonesa lo que acabaría con el dominio mundial del sector textil británico, la industria pionera en la revolución industrial de Gran Bretaña. Pero eso aún estaba por llegar, porque en 1914 no menos del 80 por 100 de la enorme producción de la industria algodonera británica se exportaba. (La India, cuya industria textil anterior a la revolución industrial había acabado sucumbiendo a la competencia británica, adquiría por lo menos el 40 o el 45 por 100 del total.)

Ninguna descripción de la interdependencia estaría completa sin hablar de las comunicaciones. Sin trenes ni barcos de vapor (que sustituyeron a los veleros entre 1870 y finales de 1880), la expansión sin precedentes de la producción

y el comercio no hubiera tenido lugar, como tampoco se hubiese producido la expansión de las industrias del carbón, el hierro y el acero. Brasil tuvo su primer ferrocarril en 1854, Argentina en 1857, Australia en 1854 y Suráfrica en 1860; pero en 1840 en Norteamérica ya había la mitad del total mundial de línea férrea en funcionamiento. Así pues, mucho antes del advenimiento del automóvil, los Estados Unidos y Canadá, siguiendo los pasos de Gran Bretaña, líder en tecnología, fueron los máximos usuarios de la primera fase de la revolución de las comunicaciones —la fase del transporte—, una etapa indispensable en el proceso de integración económica.

A partir del transporte se desarrollaron otras formas de comunicación (como ya observó el historiador canadiense Harold Innis, maestro de Marshall McLuhan, el profeta de las comunicaciones del siglo XX). Los británicos, con su imperio diseminado por todo el mundo, fueron los introductores del telégrafo en las décadas de 1850 y 1860, y en Londres, en 1851, el barón Reuter, natural de Hesse Cassel, creó una gran agencia de noticias basada en la telegrafía, en lugar de las palomas mensajeras. El teléfono, en cambio, inventado en Canadá en 1876 por un inmigrante escocés, Alexander Graham Bell, fue explotado de forma mucho más eficaz en Canadá y en los Estados Unidos que en Europa. La telegrafía sin hilos, un invento de la última década del siglo, inmediatamente posterior a los rayos X, se consideró al principio como el sustituto de la comunicación por cable —su lenguaje era el código Morse, no las palabras—, del mismo modo que el automóvil (un artículo de lujo inventado no en Gran Bretaña, sino en Francia y Alemania) al principio se consideró que era un simple carro sin caballos. El avión no era más que un sueño, aunque los entusiastas creyesen que se convertiría en realidad.

No fue hasta la segunda mitad del siglo XX cuando la gente empezó a hablar de una «revolución de las comunicaciones», de los «medios de comunicación» y de las «redes mundiales» electrónicas; sin embargo, a mediados del siglo XIX ya se presentó el tendido de los grandes cables transcontinentales como una forma de unir al mundo gracias a la ciencia, y al llegar a la década de 1890 se hizo cada vez más hincapié en las posibilidades de potenciar los intercambios humanos mediante los «nuevos y maravillosos inventos». No sólo salieron ganando las empresas y los gobiernos, sino que todo el mundo, se decía, saldría beneficiado, porque los nuevos inventos penetraron en los hogares, así como en las fábricas y las oficinas, equipadas con máquinas de escribir además de teléfonos. Mientras tanto, los diarios, que entraban en las casas junto con los productos que anunciaban, no habrían podido ofrecer las noticias de todas partes del mundo de no haber sido por el telégrafo, que, en palabras del último primer ministro británico de la era victoriana, Salisbury, «combinaba casi al instante ... las opiniones de todo el mundo inteligente con respecto a todo lo que ocurre en ese momento sobre la faz del mundo».

Una vez más, es importante no idealizar. El telégrafo podía usarse en la diplomacia con fines maquiavélicos, como Bismarck utilizó el telegrama de Ems de parte del emperador en vísperas de la guerra francoalemana de 1870, y los periódicos a veces se utilizaban para explotar los prejuicios tanto como para

divulgar hechos. Incluso cuando la prensa no estaba controlada por el gobierno, podía contribuir a aumentar la tensión de fondo, como ocurrió cuando el incidente de Fashoda. El objetivo era una gran tirada. En el año 1896 Alfred Harmsworth fundó en Londres el *Daily Mail*, un periódico barato. Fue el mismo año en que el joven Guglielmo Marconi llegó a Londres procedente de Bolonia con sus aparatos inalámbricos, y cuando en París y Londres tuvieron lugar las primeras sesiones de cine. En 1900 el *Daily Mail*, que anunciaba a bombo y platillo todos los nuevos inventos, tenía ya una tirada de más de un millón de ejemplares.

Le Petit Parisien vendía en ese momento unos 800.000 ejemplares, y el *Berliner Morgenpost* lo leían más de medio millón de personas. Todos estos periódicos tenían mucho más que decir sobre las «crisis» y las «rivalidades» que sobre la interdependencia. Y Marconi llevó sus aparatos inalámbricos no sólo al servicio de correos británico, sino al ejército y la marina de Gran Bretaña e Italia. A finales de siglo, su empresa, recién fundada y que no obtuvo beneficios en sus 12 primeros años de vida, tenía ya una rival en Alemania, la empresa Telefunken, que contaba con el apoyo de Siemens y del gobierno y la corte de Alemania.

De las crisis a la guerra

Vistos en perspectiva, resulta fácil sobrevalorar los aspectos de la diplomacia europea entre 1904 y 1914 que apuntaban hacia la primera guerra mundial, como hacen muchos documentos oficiales (y extraoficiales) alemanes. En realidad, hubo esfuerzos paralelos por regular las rivalidades y las disputas internacionales, incluida una conferencia internacional sobre telegrafía celebrada en Berlín en 1904, convocada por Alemania. Además de los premios de ciencias y literatura, había un premio Nobel de la paz, que ganó en 1905 la baronesa y novelista austríaca Bertha von Suttner, que había convencido a Nobel de que lo instituyera: el libro de la baronesa *Die Waffen Nieder* (Abajo las armas) tuvo 37 ediciones entre 1889 y 1905.

Se resolvieron mediante arbitraje más contenciosos en los últimos 20 años del siglo XIX que en los 80 anteriores, y hubo más de cien arbitrajes de estos entre 1904 y 1914. El artículo sobre el arbitraje en la undécima edición de la *Enciclopedia Británica* (1910) afirmaba en tono optimista que «con la ayuda de la prensa de difusión mundial, la opinión pública siempre puede imponerse en cualquier Estado que intente rehuir sus obligaciones morales». Por desgracia, no había consenso en cuanto al significado de la expresión «obligaciones morales», un concepto demasiado amplio para los abogados, más aún que el de razón de Estado un siglo antes, y tampoco tenía el peso que se había otorgado en fecha más reciente a la fórmula «concierto europeo».

Hacia finales del siglo XIX, en 1898, el zar Nicolás II difundió entre los diplomáticos acreditados en San Petersburgo un edicto imperial que afirmaba que «el mantenimiento de la paz se ha convertido en un objetivo de la política nacional», y se inauguró una Conferencia de Paz en La Haya, la capital de Ho-

landa, el día de su cumpleaños en 1899, de la que Salisbury dijo que no había que tomarla «demasiado en serio», mientras que Guillermo II en Berlín la tachó de «utópica». En realidad, la conferencia adoptó una serie de «normas de guerra» y reforzó la posición de la Cruz Roja, al igual que la segunda Convención de La Haya en 1907, pero no hizo nada por reducir los armamentos, en contra de lo que esperaba Nicolás (aunque no fuese más que por motivos económicos).

Muchas de las personas que asistieron a la convención eran firmes defensores en sus respectivos países del aumento del gasto en armamento; entre ellos, el almirante británico sir John Fisher y el experto militar alemán coronel Schwarzhoff, que afirmó secamente ante los asistentes que no veía razón alguna para que Alemania redujese su poderío militar porque otros países no podían competir con ella. Los Estados Unidos tenían entre sus representantes al capitán Alfred Mahan, autor de un estudio clásico sobre el poderío naval (publicado en 1890) que explicaba lo fundamental que era el poderío para la prosperidad nacional. En 1900 el geógrafo alemán Friedrich Ratzel hizo un llamamiento a Alemania para que fuese «fuerte en los mares para cumplir su misión en el mundo».

La carrera de armamento naval entre Gran Bretaña y Alemania, que siempre quería estar al nivel de aquélla, aceleró el ritmo. Un año antes de que Nicolás redactara su edicto imperial, Alemania aprobó una nueva ley de la Marina anunciando su intención de crear una flota de combate. Sin ella, según el almirante Alfred Tirpitz, el promotor de la nueva política, Alemania sería un «molusco sin concha». Las leyes de la Marina aprobadas en 1899 y 1900 equiparon a Alemania lo bastante como para actuar a escala limitada en el mar del Norte, pero no para enfrentarse a Gran Bretaña en los océanos del mundo. A partir de ese momento, cada vez que la prensa se hacía eco del tema de la rivalidad naval, se alteraban los responsables políticos y la opinión pública de Gran Bretaña.

En poderío militar, Alemania llevaba una gran ventaja. Ya en 1894 el conde Alfred von Schlieffen presentó la primera versión de sus planes de batalla para impedir que los dos nuevos aliados, Francia y Rusia, coincidieran en suelo alemán. Se basaban en un ataque relámpago contra Francia a través de Luxemburgo y Holanda. En 1905 se llegó a un acuerdo sobre otra versión, que luego fue enmendada en 1911: en lugar de invadir Holanda, las fuerzas alemanas pasarían por Lieja e invadirían Bélgica. A esas alturas, los dirigentes militares alemanes estaban muy preocupados por el poderío militar creciente de Rusia, y el *Reichstag* aprobó el mayor aumento de toda la historia del ejército alemán (financiado con un impuesto sobre el patrimonio).

Los rusos, por su parte, no habían hecho exhibición de poderío, naval o tropas de tierra, en la primera de las grandes «crisis» del siglo XX, que fue del máximo interés para Gran Bretaña. En 1904 Rusia se vio arrastrada a una guerra contra Japón en lo que parecía ser la inevitable culminación de la política rusa de expansión en el Extremo Oriente, que constituía una alternativa a la expansión en los Balcanes (frenada después de la visita de Francisco José a San

Petersburgo en 1897). Los japoneses, frenados a su vez por la reacción europea al tratado de Shimonoseki firmado después de la victoria de Japón en la guerra contra China, querían expulsar a los rusos de Manchuria; los rusos, por su parte, estaban interesados en Corea, y querían que fuese neutral a partir del paralelo 39. (El tratado anglojaponés de 1902 había reconocido que Japón tenía un «particular interés» por Corea.) El 6 de febrero de 1904, tropas rusas cruzaron el río Yalu, y dos días más tarde los japoneses ocuparon Seúl y atacaron a la flota rusa en Port Arthur, todo ello antes de que ninguno de los dos bandos declarase la guerra, cosa que hizo Japón el 10 de febrero. En la guerra, Port Arthur cayó en manos japonesas al cabo de cinco meses de sitio, y en mayo de 1905 una flota rusa que había dado la vuelta al mundo desde sus bases en el Báltico fue derrotada en el estrecho de Tsushima.

Francia, Alemania y Gran Bretaña observaron la guerra con mayor o menor preocupación, pero fue el presidente de los Estados Unidos quien ayudó a que se firmase la paz en los mismos Estados Unidos, en Portsmouth, New Hampshire, en agosto de 1905, lo que supuso en sí mismo un alejamiento notable respecto a los modelos diplomáticos del siglo XIX. La paz reconocía los intereses permanentes de Japón en Corea, parecidos a los de Gran Bretaña en Egipto. Los japoneses designaron a un gobernador en Seúl y en 1910 se anexionaron toda Corea. Al año siguiente se produjo una sublevación en China que provocó el fin de 260 años de gobierno imperial manchú.

El gobierno imperial ruso había dado muestras de mayor debilidad en 1905 que nunca, al cernerse la amenaza de una revolución sobre un país que había sido inmune a ella durante décadas y que había ayudado a otros países a reprimirlas. Todo empezó en enero de 1905 cuando, por orden del zar, dispararon contra una nutrida y vehemente muchedumbre, dirigida por un sacerdote ortodoxo, el padre Gapon, después de que ésta exigiera la convocatoria de una asamblea elegida por sufragio universal, la reforma agraria y la jornada laboral de ocho horas. La derrota en la guerra ruso-japonesa contribuyó a aumentar el descontento hasta entonces endémico, que afloró a la superficie.

Sorprendidos por los acontecimientos, los líderes socialistas en el exilio, Lenin y Trotski, volvieron a Rusia, pero no antes de que ya se hubiesen producido una oleada de huelgas y el motín del acorazado *Potemkin*, que ha entrado en la leyenda, además de en la historia. Cuando Lenin y Trotski llegaron a finales de noviembre, crearon un soviet en San Petersburgo que fue aplastado brutalmente después de 50 días de vida, al igual que las demás revueltas de campesinos y obreros. El fracaso de los revolucionarios parecía definitivo, pero el poder demostró su escasa imaginación: la paz concluida con Japón bloqueaba la futura expansión de Rusia en Oriente y la empujaba otra vez hacia la política balcánica.

Pero para eso aún faltaba, y mientras tanto se produjo una segunda crisis que se convirtió en un «momento decisivo en la historia diplomática de la Europa contemporánea». No comenzó con una revuelta, sino con un acuerdo. En 1904 Gran Bretaña y Francia alcanzaron una *entente cordiale* —no una alianza— que zanjó sus prolongadas disputas coloniales e incluía el acuerdo de que en

dos de los territorios norteafricanos del imperio otomano, Francia no adoptaría ninguna medida que perturbase la actuación de los británicos en Egipto, mientras que Gran Bretaña no haría nada que perturbase la actuación de los franceses en Marruecos. El gobierno alemán jamás había creído que fuera posible una *entente* de esta clase entre Gran Bretaña y Francia (algunos alemanes creían posible arrastrar a Gran Bretaña hacia una alianza con Alemania), y decidió ponerla a prueba con un contragolpe. Convencieron a Guillermo II, de camino hacia un crucero por el Mediterráneo, para que desembarcase en Tánger (Marruecos) y presentara sus respetos al sultán en marzo de 1905, lo que sirvió de pretexto para una exhibición naval y para una declaración de interés de Alemania en los asuntos de Marruecos «no sólo por razones económicas, sino sobre todo con el ánimo de mantener su prestigio».

Fue un contragolpe peligroso que tuvo desde el principio todas las posibilidades de resultar contraproducente, y al principio, cuando Von Bülow y Holstein lanzaron la idea, a Guillermo no le gustó, de modo que la visita se aplazó hasta marzo. Guillermo tenía toda la razón al dudar, porque el resultado de su discurso, que causó sensación, fue el reforzamiento de la *entente*. Pero antes Alemania obtuvo una victoria pírrica, al exigir que Francia aceptase someter la cuestión de Marruecos al arbitraje de una conferencia internacional, una exigencia que el gobierno francés, que temía ir a la guerra, aceptó, no sin que Delcassé dimitiera en señal de protesta, lo que le convirtió en un héroe nacional, como no era de extrañar. Y tampoco fue de extrañar que cuando se celebró la conferencia internacional de Algeciras en 1906, todos los países, salvo Austria, apoyasen a Francia. Italia, que en virtud de un tratado de 1900 había reconocido los intereses franceses en Marruecos a cambio del apoyo francés a los intereses italianos en Trípoli, se mantuvo fiel a lo acordado, a pesar de seguir perteneciendo a la Triple Alianza. Francia contó también con el apoyo de los Estados Unidos. Gran Bretaña y Francia estrecharon sus relaciones, y nadie se sorprendió por la dimisión de Holstein.

Al año siguiente, las implicaciones del contragolpe alemán se hicieron patentes cuando Gran Bretaña, después de prolongadas negociaciones, alcanzó un acuerdo con Rusia destinado a reducir las tensiones. Al igual que la *entente cordiale*, el acuerdo sólo se refería a asuntos extraeuropeos, pero sus implicaciones europeas eran evidentes, dada la existencia de una alianza francorrusa, y, por supuesto, los franceses le dieron pleno apoyo. El acuerdo dividía Persia en «esferas de influencia» y reconocía los intereses de Gran Bretaña en el golfo Pérsico, el respeto a la neutralidad de Afganistán y la condición de estado tampón del Tíbet. No se decía nada en él del viejo contencioso entre Gran Bretaña y Rusia —la «cuestión de Oriente»—, salvo que se garantizaba la integridad territorial del imperio otomano, y que los británicos se mostrarían benevolentes si más adelante se producían discusiones en torno al mar Negro, el Bósforo y los Dardanelos. La apertura de Constantinopla a la marina de guerra rusa era un objetivo al que siempre se había opuesto Gran Bretaña desde la época de William Pitt.

Guillermo II tenía razones de sobra para sentirse preocupado por ese acuerdo.



FIGURA 8

De hecho, él había firmado una efímera alianza con el zar en Björko en 1905, que fracasó —por lo menos en apariencia— porque iba demasiado lejos y se concluyó demasiado deprisa. Antes de que se llegase al acuerdo anglorruso, Holstein había hablado (y no era la primera vez) del «cerco» a Alemania (*Einkreisungspolitik*). Ahora Guillermo se daba cuenta de su aislamiento inminente: «Unas perspectivas halagüeñas. Tendremos que contar en lo sucesivo con la alianza francorrusa, la *entente* anglofrancesa y la *entente* anglorrusa, con España, Italia y Portugal como satélites.» Pero no podía hablarse de aislamiento: seguía vigente la alianza defensiva de 1879 con Austria, que nunca había tenido carácter exclusivo, pero que, entre 1907 y 1914, arrastraría a Europa a la peor guerra de su historia (figura 8).

La importancia de la alianza pronto se puso a prueba en lo que se dio en llamar la «prueba de fuego de Bosnia» de 1908-1909, cuyos orígenes se remontaban a 1903, año en que la dinastía de los Obrenovic fue destronada en Belgrado, y otra dinastía, la de los Karageorgevic, favorable a Rusia, se hizo brutalmente con el poder. El equilibrio se había alterado, y en 1906 Austria-Hungría, temerosa de que Serbia siguiese la política de resistencia nacional que había adoptado Italia en el siglo XIX, impuso un arancel a las importaciones del principal producto de exportación de Serbia, los cerdos, empezando lo que se conoce como la «guerra del cerdo». Cuando dos años después los Jóvenes Turcos depusieron al sultán, llegó la oportunidad de adoptar medidas adicionales, y el ministro de Asuntos Exteriores de los Habsburgo, el barón Aloys von Aehrenthal, anunció la plena anexión de Bosnia-Herzegovina el 5 de abril de 1908. De acuerdo con el tratado de Berlín de 1878, Austria estaba facultada para «ocupar y administrar» las provincias turcas de Bosnia y Herzegovina, y una de las cláusulas secretas de la Alianza de los Tres Emperadores de 1881 estipulaba que Austria-Hungría se reservaba «el derecho a anexionarse las provincias en el momento que considere oportuno». De todos modos, la noticia de la anexión sin previo aviso en octubre de 1908 disgustó no sólo a Serbia, como pretendía Aehrenthal, sino también a Rusia, algo que Aehrenthal no pretendía. Rusia ofreció su apoyo a Serbia, que quería esas provincias para sí.

La tensión fue en aumento, pero se mantuvo la paz después de que el ministro de Exteriores ruso, Alexander Izvolsky, que había participado en conversaciones anteriores con Aehrenthal, aconsejase a Serbia que «permaneciese en silencio ... y ... no hiciese nada que pudiera provocar a Austria y le diera la ocasión de aniquilar a Serbia». En consecuencia, los gobiernos austrohúngaro y turco firmaron un acuerdo en febrero de 1909 en virtud del cual el imperio austrohúngaro adquiría plenos derechos sobre Bosnia, se retiraba del Sanjak de Novi-Bazar y garantizaba libertad religiosa absoluta a los musulmanes de

Bosnia, además de pagar una indemnización a Turquía. Pero aun después del acuerdo, la crisis se prolongó durante varios meses.

El hecho de que no se produjese una guerra en Europa en 1909 no garantizaba que en lo sucesivo no fuera a producirse una por la misma cuestión, ya que el único motivo por el que Rusia no se involucró fue porque Alemania dio su apoyo incondicional a Austria. A Guillermo no le gustó la anexión, de la que se enteró cuando ya era un hecho consumado, y que le pareció que ponía fin a 20 años de colaboración cada vez más estrecha con el imperio otomano, parte del *Drang Nach Osten*, en el que también se encuadraba el tendido de la vía férrea, con apoyo alemán, de Berlín a Bagdad. Pero al prolongarse la crisis, Alemania dio carta blanca a Austria y envió a Rusia lo que en la práctica era un ultimátum, diciendo que tanto ella como Serbia debían aceptar la anexión sin rechistar. Izvolsky decidió que no tenía más remedio que ceder. Así, toda posibilidad de resucitar la Alianza de los Tres Emperadores, en la que Aehrenthal aún confiaba, se esfumó para siempre.

Esta vez Alemania no obtuvo ni siquiera una victoria pírrica. Guillermo había acudido en ayuda de su aliado «como un caballero al rescate», en sus propias palabras, pero era su aliado quien se había metido en el enredo y había arrastrado a Alemania. Austria, sin el apoyo de Gran Bretaña, firmó casi de inmediato un tratado secreto con Bulgaria, una nueva amenaza a la estabilidad en los Balcanes. Rusia se recuperó pronto de toda humillación diplomática y aceleró su programa de armamento (que irónicamente dependía de la industria armamentista alemana). Y Serbia, que había tenido que firmar una declaración humillante comprometiéndose a «cambiar la orientación de su política actual hacia Austria-Hungría y convivir con ella en lo sucesivo como buenos vecinos», esperaba la ocasión de vengarse. Francia empezó a desconfiar cada vez más de la política alemana, y Gran Bretaña aceleró el programa de construcción naval.

Antes de que dos guerras balcánicas enturbiaran aún más las relaciones entre los imperios y naciones en 1912, se produjo otra crisis en Marruecos, protagonizada por segunda vez por Francia y Alemania. La rebelión beréber de Marruecos en 1911 proporcionó a Francia una excusa para enviar una expedición a ocupar Fez, la capital de Marruecos, lo que, a su vez, proporcionó a Alemania la excusa para enviar un buque de guerra, el *Panther*, al puerto marroquí de Agadir para proteger a los súbditos alemanes. (En Agadir no había ninguno, si bien los franceses habían detenido a tres desertores alemanes de la legión extranjera en Casablanca.) La crisis resultante duró varios meses, en el curso de los cuales los alemanes presionaron a los franceses para que cediesen el Congo francés en «compensación» por el reconocimiento de las reivindicaciones de Francia en Marruecos. El gobierno francés en funciones estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con Alemania, pero esta vez los británicos fueron más antialemanes que los franceses.

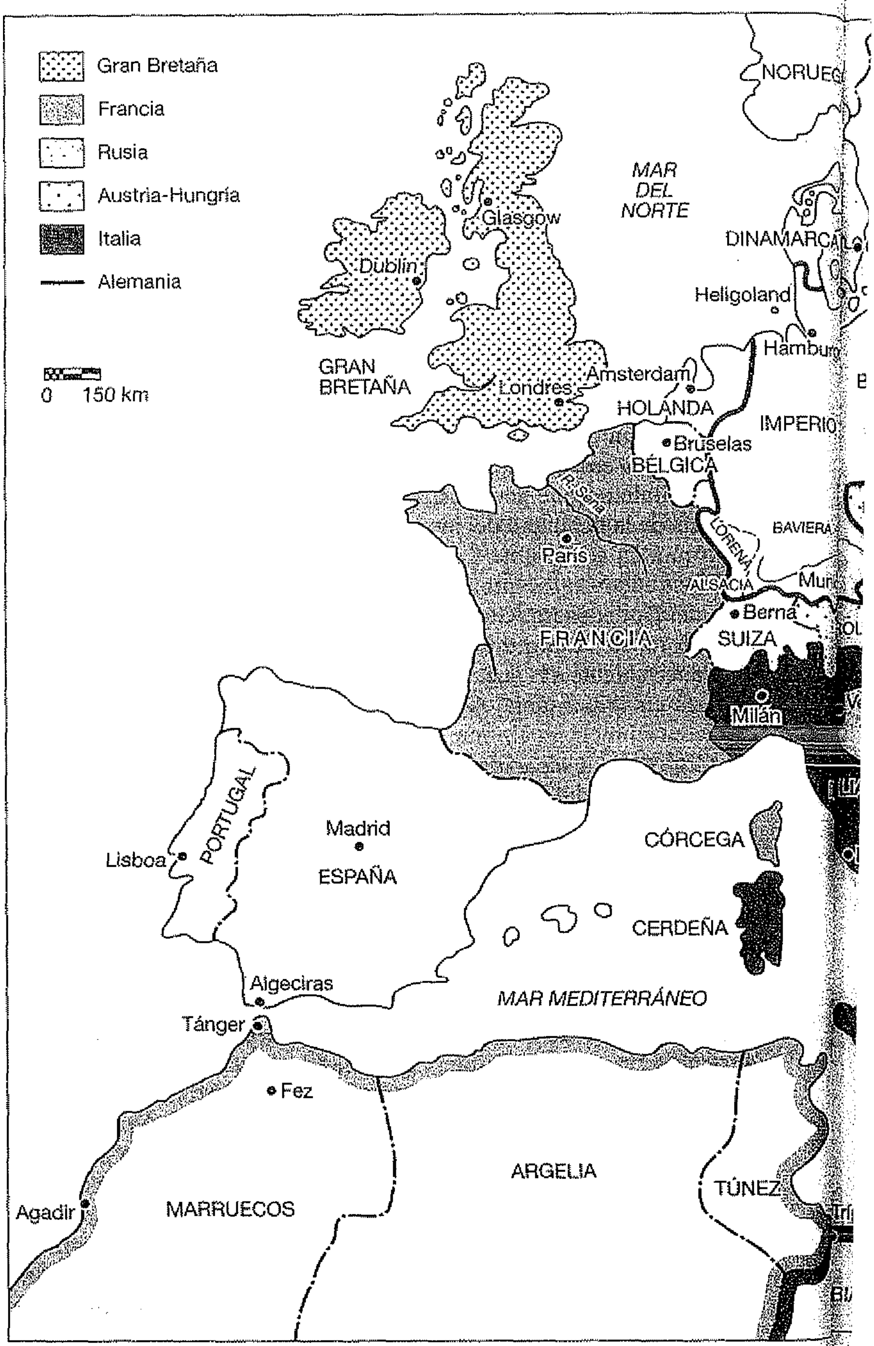
Fue un líder liberal y futuro primer ministro durante la primera guerra mundial, David Lloyd George, quien se hizo cargo de la situación. Hasta entonces, Lloyd George, como ministro de Economía, contrario a los onerosos gastos de

la armada británica en los acorazados gigantes del modelo Dreadnought, había defendido una actitud amistosa hacia Alemania. Ahora, en un discurso muy difundido, Lloyd George afirmaba que «la paz a cualquier precio sería una humillación intolerable para un gran país como el nuestro». Cuando todo lo que los alemanes consiguieron de Francia en un acuerdo en noviembre de 1911 fue la entrega de una pequeña parte del Congo francés a cambio del reconocimiento del protectorado francés en Marruecos, les tocó a ellos sentirse humillados. Y al echarle la culpa más a Gran Bretaña que a Francia, Tirpitz utilizó la crisis para conseguir que apoyasen la ampliación de su programa naval.

Fue durante esta crisis cuando se pactaron los detalles de la cooperación militar y naval entre Francia y Gran Bretaña en caso de guerra. Además, puesto que el gobierno francés había dado muestras de una excesiva predisposición a alcanzar un acuerdo político con Alemania, fue sustituido por un gobierno «patriótico» encabezado por Raymond Poincaré. Finalmente, la crisis tuvo un epílogo italiano que llevó casi inmediatamente a una guerra de mayor calibre. En vista de la debilidad del imperio otomano en África, Italia declaró la guerra a Turquía en septiembre de 1911 y sus tropas desembarcaron en Trípoli. Los turcos se encontraron pronto en apuros, y la guerra se extendió de África a las islas del Dodecaneso. Cuando los agobiados turcos cerraron los Dardanelos y el Bósforo, Rusia protestó, provocando una nueva crisis balcánica que conduciría directamente a la guerra. Una vez más, Serbia, que veía con envidia el avance italiano en Tripolitania, Cirenaica y el Mediterráneo, tuvo un papel clave en los acontecimientos. En marzo de 1912, se alió con Bulgaria y luego con Grecia, dispuestas a repartirse los restos de los Balcanes turcos. Serbia obtendría tierras en el Adriático, como parte de la gran Serbia; Bulgaria se quedaría con Macedonia; y Grecia se apoderaría de Salónica. Un cuarto país, Montenegro, fue el que declaró la guerra a Turquía el 8 de octubre de 1912, con el resultado inmediato de obligar a los turcos a firmar la paz con Italia. Otra consecuencia fue que cundió la alarma tanto en Austria-Hungría, temerosa del engrandecimiento de Serbia, como en Rusia, que temía que Bulgaria se apoderase de Constantinopla.

Pero no fue la Liga Balcánica, sino las grandes potencias, las que consiguieron un acuerdo en Londres en mayo de 1913. Incluso llegaron a acercarse durante el proceso. Y no intervinieron cuando estalló una segunda guerra balcánica casi de inmediato debido al reparto del botín: la gran Bulgaria atacó al mismo tiempo a Serbia y a Grecia, Rumanía atacó a Bulgaria y el imperio otomano recuperó Andrinópolis. Tampoco intervinieron en la paz de Bucarest, a la que llegaron los estados balcánicos por sí solos, y que obligó a Bulgaria a entregar casi todo lo que había ganado en la primera guerra.

Las conquistas de Serbia, que parecía como si volviese a hacer de Piamonte de los Balcanes, irritaron a Austria-Hungría, y cuando los serbios pensaron en atacar Albania, Austria-Hungría logró el apoyo de Alemania. En octubre de 1913, Guillermo II prometió al mariscal de campo Conrad von Hötzendorf, que era el jefe del estado mayor austrohúngaro desde 1906, que si Austria atacaba a Serbia (algo en lo que Hötzendorf venía insistiendo desde enero), Guiller-



Mapa 5. Europa en vísperas de la Gran Guerra de 1914.


SUECIA
Estocolmo
San Petersburgo
MAR BÁLTICO
Moscú
RUSIA
Danzig
Varsovia
POLONIA
R. Dniéper
Praga
GALITZIA
BESARABIA
Viena
R. Danubio
AUSTRIA
HUNGRÍA
Budapest
Odessa
TRANSILVANIA
Trieste
CROACIA
RUMANÍA
MAR NEGRO
BOSNIA
SERBIA
Sarajevo
Sanjak de Novi-Baza
BULGARIA
MONTE-NEGRO
MAR ADRIÁTICO
TURQUÍA
Constantinopla
ALBANIA
MACEDONIA
Roma
Gallipoli
MAR EGEO
IMPERIO OTOMANO
GRECIA
SICILIA
CHIPRE
MALTA
CRETA
EGIPTO

mo la apoyaría, «dispuesto a desenvainar el sable si vuestra actuación lo hace necesario». Y Guillermo no estaba solo: en marzo de 1913, Alemania había aprobado una nueva ley del ejército pensada para superar al ejército ruso al año siguiente. Los rusos replicaron aumentando sus efectivos, con una previsión de aumento del 40 por 100 antes de 1917, lo que los enfrentó no sólo con Austria-Hungría, sino con Alemania, que envió de inmediato una delegación militar a Constantinopla.

«Las relaciones rusoprusianas están muertas para siempre —escribió Guillermo en una nota interna que habría dejado atónito a Bismarck—. Nos hemos convertido en enemigos». El saber que Rusia era cada año más fuerte respaldaba la tesis de los militares de que si Alemania no iba a la guerra en 1914, no podría resistir un conflicto que ya era inevitable. A principios de año, los austríacos decidieron iniciar maniobras militares en Bosnia, sabiendo que ello constituía una provocación para los serbios.

La crisis definitiva empezó el 28 de junio de 1914 con el asesinato del heredero del imperio de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, y su mujer a manos de un serbobosnio en Sarajevo. Von Hötzendorf no quería esperar el resultado de una investigación judicial. Berchtold y los primeros ministros de Austria y Hungría, sí. Guillermo II no hizo preguntas: quería pasar a la acción, «ahora o nunca». El tratado de 1879 estaba en vigor. Para Von Hötzendorf era una cuestión de principio, o, mejor dicho, de principios, dos de los cuales estaban en abierto conflicto: «el mantenimiento de Austria como un conglomerado de varias nacionalidades ... o el surgimiento de una serie de estados nacionales independientes que reclamaban a Austria-Hungría sus territorios étnicos». Las actividades de los serbios habían llevado el conflicto a un punto crítico.

El canciller alemán, Theobald von Bethmann-Hollweg, consciente de las implicaciones de sus actos, prometió a Viena su respaldo absoluto el 5 de julio, pero hubo que convencer al gobierno de Budapest, y no fue hasta el 19 de julio cuando se llegó a un acuerdo en torno a un ultimátum de diez puntos a Serbia, que presentaron a Belgrado el 23 de julio con la demanda de una respuesta en 48 horas. Habían transcurrido casi cuatro semanas desde el asesinato, y otra de las causas del retraso fue la visita de tres días a Rusia del presidente francés Poincaré, cuya fecha de inicio estaba prevista para el 20 de julio. Cuando los serbios pidieron más tiempo para contestar, les recordaron secamente que vivían en «la era del ferrocarril, el telégrafo y el teléfono», y al negarse a aceptar los diez puntos, el imperio de los Habsburgo les declaró la guerra el 28 de julio. Para Alemania, bien pertrechada y a punto, con unos planes de acción impresionantes tanto para el este como para el oeste, había llegado el momento de atacar. En cuanto Rusia empezase a movilizarse, lo que hizo, lentamente, antes de que los serbios respondiesen, los alemanes querían comenzar lo antes posible una guerra que creían que iba a ser corta.

A partir de ese instante, el sistema de alianzas se puso en marcha en el verano de 1914 —la Triple Alianza contra la Triple Entente—, aunque hubo un último intercambio de telegramas familiares entre Guillermo II y Nicolás II, pri-

mos y que pronto entrarían en guerra, y una tentativa frustrada por parte de sir Edward Grey, el ministro de Asuntos Exteriores británico, de convocar una conferencia. El 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia, y Francia se movilizó. El 2 de agosto los alemanes presentaron un ultimátum a Bélgica, que lo rechazó inmediatamente, y, a los dos días, los alemanes cruzaron la frontera belga. El mismo día, 4 de agosto, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. El hecho de que los pueblos implicados apenas expresasen remordimientos, sino un gran entusiasmo en la mayoría de los países, exige otra clase de explicación que la que nos proporcionan los libros de historia de la diplomacia o las memorias de los ministros de Asuntos Exteriores y de los generales.[4]

Capítulo V

CLASICISMO, ROMANTICISMO, VICTORIANISMO, MODERNIDAD

Las transformaciones culturales

El gran historiador liberal italiano Benedetto Croce, que vivió en una época apasionante del siglo XX hasta después de la segunda guerra mundial, argumentó de forma convincente que después de 1870, la etapa que hemos abordado en el capítulo anterior, se había operado una profunda transformación en «el espíritu público de Europa», directamente asociada, en su opinión, con las unificaciones de Alemania e Italia. Otros historiadores han abundado en la misma línea, reconociendo también una profunda transformación en la conciencia y la percepción humanas, e identificando en este período, que conecta el siglo XIX con el XX, los orígenes de un «movimiento moderno» que se manifiesta por igual en la literatura, la pintura y la música.

No fue un cambio sin precedentes. A mediados del siglo XVIII también existía esa misma sensación de cambio, aunque en esa época el calificativo «moderno» se empleara en relación con el «mundo antiguo», tomándolo como punto de comparación o modelo. Los cambios se concebían como algo que iba más allá de la esfera intelectual. Fue D'Alembert, coeditor de la *Encyclopédie*, quien escribió en 1759 que «si examinamos de cerca la etapa intermedia del presente siglo, los acontecimientos que nos ocupan, nuestras costumbres, nuestras conquistas e incluso nuestros temas de conversación, no es difícil comprobar que se está produciendo una notable transformación de nuestras ideas, con una velocidad tal, que parece anunciar una transformación aún mayor».

En el momento de la Revolución francesa, que no fue exactamente la «transformación aún mayor» que esperaban D'Alembert y la mayoría de sus colegas de la «Ilustración», ya se habían producido cambios significativos en los gustos y en las ideas, como, por ejemplo, en las reacciones a la «naturaleza» y las opiniones sobre la «naturaleza humana». Lo artificial (o trivial) se convirtió en sospechoso. Lo «pintoresco» y lo «sublime» pasaron a verse reflejados en nuevos objetos: montañas, páramos, tumbas y ruinas. El «hombre sentimen-

tal» pasó a ser bien visto, al igual que el «buen salvaje» rousseauniano. En *Pablo y Virginia* (1788), de Bernardin de Saint-Pierre, una obra bucólica situada en una isla exótica, el contacto con la «civilización» europea es el desencadenante de una tragedia, como sostenía Rousseau. Más de 20 años antes, los *Poemas de Ossian* (1762), de James Macpherson, habían evocado el crepúsculo del mundo celta. «Invocamos —escribió Macpherson en el prólogo— los años que han huido presurosos.»

La evocación se combinaba con la novedad, y por mucho que se hablara del pasado en los poemas de Ossian, los poemas en sí eran inventados. La reacción del público ante los mismos, como su reacción ante las novelas (cuyo mismo nombre, «novela», está relacionado con la novedad), resulta de interés para los historiadores de la cultura que intentan examinar los sentimientos de la gente además de seguir la evolución de sus ideas. Siempre ha habido novelas consideradas «significativas», como *La nueva Eloísa* (1761) de Rousseau y el *Werther* (1771) de Goethe, a las que se han contrapuesto autobiografías como las *Confesiones* (1781) de Rousseau. Para captar la diversidad existente en la época, hay que tener en cuenta asimismo la *Autobiografía* de Edward Gibbon, publicada, con algunos retoques, en 1796, dos años después de su muerte.

Los propios novelistas se interesaban por los datos, y tiene un interés más que simbólico el hecho de que el novelista británico Henry Mackenzie, autor de *The Man of Feeling* (1771), empleara el recurso de un legajo incompleto de documentos, descubierto con posterioridad a los hechos descritos, para introducir parte de la trama del libro. También sir Walter Scott se dedicó a desenterrar toda clase de datos históricos en sus novelas del ciclo de Waverley. Entrado el siglo XIX, otros géneros literarios infundirían nueva vida a la historia, sobre todo las biografías, que acostumbraban a centrarse en los «grandes hombres», algunos de ellos «héroes», y que solían basarse en los datos que aportaban las cartas, los diarios y las autobiografías. De todos modos, resulta interesante que cuando Thomas Carlyle, que creó su propio estilo literario, comenzó su monumental obra sobre la Revolución francesa, a lo primero que recurrió fue a los grabados y retratos de los líderes revolucionarios.

Es extremadamente difícil dividir en etapas las transformaciones culturales, porque siempre se producen encabalgamientos, desfases y movimientos retrógrados. A veces la moda parece dictar el proceso, como ocurrió a finales del siglo XVIII con el *Gothic revival* (neogoticismo) inglés, o con el entusiasmo francés por las *chinoiseries* (cuadros y objetos de estilo chino). Pero en cada generación hubo escritores, como el joven poeta francés Arthur Rimbaud, nacido en 1854, que recibían con alborozo todo lo nuevo por motivos que no tenían nada que ver con la moda: «pidamos a los poetas cosas nuevas: ideas y formas», porque el poeta «hallará lo desconocido».

Rimbaud, que publicó su primer libro de poemas cuando aún iba a la escuela y apenas escribió nada importante después de los 19 años, afirmó que el poeta se convierte en *vidente* «mediante un largo, inmenso y racional *desajuste de todos los sentidos* ... Consume en sí todos los venenos, para no conservar sino su quintaesencia. Inefable tortura para la que necesita toda su fe y su

fortaleza sobrehumana, y por la cual se convierte en el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito... ¡y el Sabio supremo!». Samuel Taylor Coleridge, poeta y filósofo, lo expresó de forma diferente cuando, al relatar su entusiasmo ante el descubrimiento de lo nuevo con su juventud, hablaba del descubrimiento del «encanto de lo nuevo» en «las cosas de cada día», «una sensación análoga a lo sobrenatural, al despertar la atención del pensamiento del letargo de la costumbre».

El impacto de lo nuevo sería una fuente de emociones a principios del siglo XX, por ejemplo en 1911, cuando la explosiva —ruidosa, rítmica, «primitiva»— composición musical de Igor Stravinski *Le sacré du printemps* (La consagración de la primavera) se estrenó en París. Del año anterior, 1910, la novelista inglesa Virginia Woolf diría en 1924 (después del impacto de la primera guerra mundial), sorprendentemente, que «alrededor de diciembre de 1910 cambió el carácter humano». Fue en ese momento cuando, en una polémica exposición de los postimpresionistas en Londres, la mayoría de espectadores británicos vio por primera vez cuadros de Vincent Van Gogh, Paul Gauguin, Henri Matisse, Pablo Picasso y, para Virginia Woolf, el más destacado de entre todos ellos, Paul Cézanne.

El esfuerzo de Virginia Woolf por situar esa «transformación» en una determinada perspectiva demuestra la importancia de las distinciones que se han hecho repetidamente entre lo «moderno» y lo «contemporáneo», aunque ambas palabras a menudo fuesen empleadas como sinónimos. Buena parte de lo «contemporáneo» —en realidad, la mayor parte— era visto con indiferencia o desdén por parte de los autores y artistas deliberadamente «modernos», algunos de los cuales habían llegado a la conclusión, mucho antes que Virginia Woolf —y, desde luego, mucho antes de 1910—, de que el «carácter humano» había cambiado. Para ellos, lo esencial de lo «moderno» es que era «problemático». El pasado había dado respuestas; el presente planteaba preguntas. Lo «primitivo» era una vía de escape. «Yo sólo quería vivir de acuerdo con los impulsos de mi verdadero yo», dice uno de los personajes de una novela del escritor alemán Herman Hesse. «¿Por qué era tan difícil?» En su búsqueda, el escritor y el artista estaban dispuestos a despreciar toda idea de «responsabilidad» hacia el «público», un concepto cuyos orígenes se remontaban a finales del siglo XVIII.

Los imperativos sociales determinaban el contexto de los «impulsos» individuales. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, se produjeron cinco importantes cambios estructurales, que no siempre fueron entendidos de inmediato, y que configuraron un contexto nuevo y cambiante dentro del cual trabajaban los escritores y los artistas: la sustitución, que nunca fue total, del mecenazgo literario y artístico a cargo de la realeza o la aristocracia, por la adquisición por parte de particulares o instituciones; la aparición de «públicos» nuevos para los libros, los cuadros, las esculturas, las composiciones musicales y las artes escénicas (teatro, danza, ópera, ballet, conciertos); el surgimiento de las vanguardias, minorías dispuestas a desafiar el convencionalismo y la tradición; el desarrollo de nuevas tecnologías, tan diferentes, por ejemplo, como el dorado por electrólisis y la fotografía, que permitían la fabricación

de copias a bajo precio y su distribución en mercados más amplios; y la creación y la evolución de instituciones culturales, algunas de ellas basadas en el «voluntariado», y otras, en las subvenciones, que actuaban paralelamente a las instituciones educativas —escuelas, universidades, academias, conservatorios— o en el seno de estas.

Gracias por lo menos al segundo, el tercero y el cuarto de estos cambios, podemos hablar, en el siglo XIX, de políticas culturales y de politización de la cultura. Por otra parte, se convirtió en algo habitual que el público (o los públicos) depositara su confianza en profetas de la cultura, como John Ruskin, que vivió hasta 1900, o en creadores de modas como Viollet-le-Duc, que restauró catedrales y castillos en Francia.[1] Ambos trataron al «gótico» como la forma suprema de «arquitectura orgánica». La influencia de los creadores de modas y de los críticos no podía sino aumentar con la desaparición de unas «normas de buen gusto» de aceptación general para todos los pueblos y todas las épocas como había sido el caso a principios del siglo XVIII. El gótico —o sus sucedáneos— no llegó a imponerse nunca.

Tampoco existió un estilo característico del siglo XIX, y por ello el eclecticismo de mediados del siglo XIX llevó a muchos clientes —o seguidores— a buscar algún tipo de orientación y, a otro nivel más profundo, algún tipo de formación. No obstante, hubo reacciones contrarias a los profetas culturales de mediados del siglo XIX antes de finales de siglo, y los anunciantes sustituyeron paulatinamente a los creadores de modas a medida que se fueron desarrollando la producción y la distribución en masa.[2] Al mismo tiempo, aparecieron vanguardias en todas las artes, minorías que atraían a las minorías, como el grupo de Bloomsbury, al que pertenecía Virginia Woolf. El siglo XX, que empezó con un movimiento paralelo, pero contrapuesto, hacia la «especialización» y la «profesionalización» iba a ser muy diferente del XIX, como quedó patente a finales de su primera década.

Visto en perspectiva, el siglo XIX no fue el siglo de una sola figura, como tampoco fue un siglo de consenso, sino que estuvo dominado por las discusiones. Las corrientes del cambio podían arrastrar a la gente hacia remolinos o incluso hacia cataratas. Siguiendo en esta línea metafórica, tan grata a sus contemporáneos, también hubo quien «cruzó un Rubicón», y a veces se producían «confluencias». Era raro que las corrientes fuesen simplemente nacionales o de clase. Una idea (o un estilo) podía nacer en Alemania, Francia o Gran Bretaña y llegar a todas partes, sufriendo a veces extrañas mutaciones. En este siglo se viajó más y de forma más organizada, desde el punto de vista comercial, que en el siglo XVIII, con sus aristocráticos *grands tours*. Thomas Cook, precursor de los viajes organizados, fundó su agencia de viajes en 1841. El alemán Karl Baedecker había sido el pionero de las guías de viaje a lo largo de las dos décadas que precedieron a su muerte en 1859. Italia, Suiza y la Costa Azul entraron en los mapas turísticos mucho antes de finalizar el siglo.

A través de la historia de la cultura examinamos la historia política, social y económica desde una perspectiva que nos permite entender más claramente los procesos de cambio. Al analizar el pasado a través de la «cultura política»,

los historiadores de la política han comprendido mejor las estructuras y la dinámica de la política, al igual que los historiadores de la economía cuando, en relación con la historia económica reciente, han vuelto a examinar la naturaleza de la «economía política», y, gracias al estudio de los empresarios, han explorado la evolución del concepto de «cultura de empresa» en el mundo de los negocios.[3] Con las estadísticas no basta. Asimismo, los historiadores de la cultura utilizan datos históricos de procedencia mucho más variada que la simple palabra hablada o escrita: la música de Beethoven (o, más adelante, Wagner) es un ejemplo evidente, como el arte de David (o, más adelante, Eugène Delacroix). Estas manifestaciones culturales pueden compararse con los edificios, muchos de los cuales se conservan aún. Las medallas también son reveladoras, como lo son, para los historiadores de la economía, objetos como las «fichas» que pagaban a los obreros en lugar de monedas, los billetes de banco que sustituyeron a las monedas, y los certificados de valores, a veces sin ningún valor ya desde el principio. Los objetos efímeros (etiquetas, entradas y billetes, formularios), objetos que se tiran, también han sido recogidos y analizados. La basura se ha convertido en parte de la historia.

Clasicismo y neoclasicismo

En el siglo XVIII había una idea diferente del espacio y del tiempo, y, sobre todo, un sentido diferente de la proporción. D'Alembert, cosmopolita convencido, al resumir todos los conocimientos, sentidos e ideas de su época, consideraba que había algunos estilos «correctos» o «auténticos» de aplicación universal, a los que los hombres y mujeres que reaccionaron en contra de ellos pusieron las etiquetas de «clásicos» o «neoclásicos». Las «reglas», que derivaban en última instancia de modelos de la Antigüedad, se aplicaban a todas las artes, desde el teatro a la arquitectura, de forma universal. Concebidas en Italia a partir del siglo XV, fue más fácil aplicarlas en la Francia prerrevolucionaria (aunque sin grandes imposiciones), con su corte y su Academia, que en Gran Bretaña, donde siempre hubo grupos disidentes, tanto religiosos como laicos, o en los distintos estados alemanes, donde las reglas no siempre eran conocidas, hasta el punto de que Gotthold Ephraim Lessing, dramaturgo de la Ilustración, que desde luego las conocía, podía ingeniárselas para que parecieran absurdas. Mientras estuvieron en vigor —y en Francia, aunque se hicieron más flexibles, sobrevivieron a la Revolución—, las reglas no sólo marcaban la pauta sino que proporcionaban un marco de referencia común.

El estilo dominante de la Francia revolucionaria y napoleónica fue el neoclasicismo, y no se produjo ruptura alguna en el arte y la arquitectura ni en 1789 ni en 1800. Jacques Louis David, nacido en 1748, había pintado para Luis XVI antes de hacer carrera durante la Revolución y recrearse en sus nuevas responsabilidades como «pintor del gobierno» de Napoleón. Dos de sus mejores retratos son *La muerte de Sócrates*, un motivo clásico, y *Marat asesinado*, un tema de la máxima actualidad; además, David tomó apuntes del na-

tural de María Antonieta mientras la llevaban a la guillotina. David no sólo se dedicaba a la pintura, sino que también cuidaba de la presentación, dirección y gestión de solemnidades tales como la Fiesta del Ser Supremo, celebrada el 8 de junio de 1794, una fiesta tanto para el neoclasicismo como para la Revolución, y en la que una inmensa estatua de Hércules dominaba las calles de París. El poeta André Marie de Chénier, de sensibilidad romántica, en vez de clásica, también escribió un poema sobre Hércules, mientras que su *Himno a la libertad* empezaba con «el infierno de la Bastilla» y su derrumbamiento.

A lo largo de la Revolución, la palabra *sacré* (sagrado), antes aplicada a los reyes, pasó a asociarse al «pueblo» o la «nación», lo cual tuvo importantes repercusiones culturales. Si bien Marx estaba en lo cierto cuando dijo que la Revolución se hizo con trajes de romano, los *sans-culottes* no llevaban toga. Y aunque Maximilien de Robespierre, en algunos de sus vehementes discursos, se refiriese al mundo antiguo, mezclando a Cicerón con Rousseau, las ideas de la mayoría de su público se inspiraban en los objetos más efímeros de la Revolución, como banderas, música, «teatro callejero», exposiciones y, sobre todo, fiestas (*fêtes*). La destrucción de los monumentos antiguos era tan significativa como la construcción de monumentos nuevos. En 1789 se vendían como recuerdos trocitos de la Bastilla recién destruida, del mismo modo que se venderían los trozos del muro de Berlín 200 años más tarde. Que los nuevos edificios fuesen de estilo neoclásico demostraba que los líderes revolucionarios estaban decididos a que la Revolución durase y exhibiera un orden propio.

Pese a todo, fue un orden que no consiguió borrar los recuerdos del pasado cristiano. Cuando consagraron la gran catedral de París, Nôtre-Dame (que «restauraría» en el siglo XIX Viollet-le-Duc) a la diosa Razón en presencia de un entusiasta Robespierre, la ceremonia se inspiró tanto en ritos cristianos como en alusiones clásicas. La gran procesión se detuvo en cinco lugares. En uno de ellos había una pila enorme de viejos privilegios feudales y escudos de armas, mayor que un cuadro de David. En otro había una gran montaña, símbolo de los revolucionarios jacobinos. Estas ceremonias no se realizaron exclusivamente en París. En Nevers, por ejemplo, el oportunista Joseph Fouché, que debía ser bastante escéptico en todo lo que se relacionase con el Ser Supremo, y que más adelante sería ministro de Policía con Napoleón y los Borbones, hizo descubrir un busto de Bruto en la iglesia parroquial del pueblo. Además —y eso ya es más significativo—, Fouché ordenó a todos los curas que se casaran.

Por lo menos en arquitectura, el neoclasicismo había alcanzado su apogeo antes del Imperio —aunque sobreviviría al derrocamiento de Napoleón—, mientras que en el diseño de mobiliario e interiores, en el estilo «imperio», abundaban los elementos pomposos y ostentosos, sobre todo cuando se embellecía la decoración neoclásica con motivos egipcios u otros concebidos expresamente como imperiales. Este estilo contrastaba con la simplicidad del arte y la arquitectura neoclásicos primitivos, pero en Gran Bretaña, mucho antes de que Napoleón proclamase que era lógico esperar que la nación «diera a luz obras maestras», el arquitecto y diseñador escocés Robert Adam, que murió en 1792, expresó su esperanza de que el reinado de Jorge III marcase «una era no menos notable

que las de Pericles, Augusto o los Médicis». Adam era amigo de C. B. Piranesi, un italiano que fue una fuente de inspiración para toda Europa. Los neoclásicos británicos posteriores promovieron una recuperación del arte griego que culminó tras la caída de Napoleón. El Museo Británico (1823-1847) de Robert Smirke albergaba, entre sus ingentes fondos, las esculturas del Partenón que lord Elgin se trajo de Grecia, cuando esta todavía estaba bajo el dominio turco, entre 1806 y 1812.

El hecho de que los proyectos y diseños de Adam fuesen adscritos a un «estilo Adam» mucho antes de que se acuñara el término «neoclasicismo» demuestra la imposibilidad práctica de separar lo antiguo de lo moderno, lo privado de lo público, la tradición de lo original. Las tendencias que luego se identificarían con el «romanticismo» ya se encontraban presentes a mediados del siglo XVIII. Así, por ejemplo, el escéptico compatriota de Adam, el filósofo David Hume, fue una de las figuras de la Ilustración dispuestas a cuestionar las reglas formales que impedían dar rienda suelta a la imaginación; en Francia, por otro lado, Diderot, colega de D'Alembert, dejaba un espacio en su mundo para el «genio» capaz de romper moldes. Su novela *El sobrino de Rameau*, que Goethe y Hegel leyeron en forma de manuscrito, está centrada en un personaje nihilista que no hubiese tenido cabida en un mundo clásico, antiguo o moderno. El propio Napoleón sentía muy poco interés por la alegoría clásica. Cuando David incluyó una Victoria planeando en el cielo en su cuadro «Distribución de las águilas», Napoleón le pidió que la borrase.

Las alegorías combinaban con el heroísmo, e incluso podían tener cabida en zonas industriales como Coalbrookdale o el Soho de Boulton y Watt. El «entusiasmo» era más difícil de encontrar. En realidad, se trata de una palabra que siempre resultó problemática en el marco de referencia del clasicismo del siglo XVIII. Aceptar su influencia, como en el caso de Voltaire, sólo si era «razonable», es decir, reprimido, no era negar su fuerza, sino una demostración de temor, como es el caso de Samuel Johnson en Inglaterra. En Inglaterra condenaron al predicador anglicano John Wesley por despertar el entusiasmo religioso de la multitud al aire libre, pero en la Francia revolucionaria, Robespierre en persona exigió más pasión y menos razón en un discurso improvisado y de triste fama, pronunciado ante la Convención Nacional el 25 de diciembre de 1793, una fecha que para él carecía de sentido religioso. Robespierre pretendía denigrar a los revolucionarios que, en pleno Terror, apelaban a la ley para salvarse de la guillotina. «El patriotismo es ardiente por su misma naturaleza. ¿Quién puede amar a su patria con un amor frío? El patriotismo es propio sobre todo del pueblo llano, que no está acostumbrado a medir las consecuencias políticas de un acto de estado.»

El romanticismo

La afirmación de Robespierre de que la pasión era necesaria y su referencia directa al pueblo llano eran elementos que en la época se consideraban típica-

mente «románticos», y no clásicos. Pero la oposición frontal entre «clásico» y «romántico» no se produciría hasta más adelante, en una cultura sujeta a veloz transformación. El propio clasicismo griego incluía elementos «apolíneos» y «dionisíacos», y estos últimos prescindían de las inhibiciones e incluso llegaban hasta el frenesí. A muchos de los grandes poetas y escritores resulta difícil aplicarles la etiqueta de «clásico» o «romántico». Goethe, por ejemplo, que creó el «héroe» romántico joven y doliente Werther —novela de la que Napoleón llevaba un ejemplar durante la campaña de Egipto—, admiraba las formas clásicas y criticó muchos aspectos del romanticismo que no dudó en condenar. «El pintor más impetuoso —escribió Goethe ya en 1781— no tiene más derecho a emborronar la tela que el músico más apasionado a equivocarse de notas.» En 1805, Goethe se quejó en una exposición de arte en su ciudad de Weimar de que el «sentimiento» se exaltaba «por encima de la mente y del espíritu».

Un pintor que no encaja en ningún esquema es el español Francisco de Goya, nacido en 1746, tres años antes que Goethe. Sus primeras obras pertenecen al estilo rococó, que los artistas neoclásicos consideraban trivial. Sus grabados sombríos y misteriosos de *Los desastres de la guerra*, inspirados en la invasión de España por las tropas napoleónicas —tan diferentes en su estilo de sus cuadros anteriores, incluidas sus obras satíricas— figuran entre los grandes hitos artísticos de una época en la que el orden impuesto desde las instancias oficiales no solía ser más que una fachada. Cuando Goya regresó a su quinta a los 70 años, decidió decorarla con pinturas con temas como «Saturno devorando a sus hijos» o «Aquelarre», temas que eran del máximo atractivo para algunos de los románticos alemanes.

La palabra «romántico» en sí era un invento del siglo XVII, derivado de otro término anterior, «romance» que había sido empleado en la Edad Media, y que ya antes de la Revolución francesa se había aplicado profusamente no sólo a las novelas *(romans)* y a los poemas, sino a escenas y cuadros, comportamientos y vestidos. Hablando muy en general, «el mismo impulso, pero bajo un aspecto distinto» se encuentra en la base tanto del «espíritu exaltado de la Revolución» como de la «corriente romántica» que recorrió Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. De hecho, ya en 1803, el novelista alemán Jean Paul Richter comentó que «la revolución», «más intelectual, más amplia que la de París», que se estaba produciendo «en las mentes humanas no era tanto una consecuencia de la Revolución francesa como el resultado de fuerzas anteriores a su desencadenamiento».

Seguir el uso cambiante de la palabra «romántico» a medida que nos remontamos en el tiempo es una tarea aún más difícil que remontarse en el siglo XVIII para buscar los orígenes de las ideas políticas y constitucionales que «flotaban en el ambiente» en 1789. Sin embargo, está claro que la idea de que había elementos «clásicos» y «románticos» en la literatura del pasado —en la que Shakespeare destaca como gran genio romántico— es anterior a la idea de la existencia de un «movimiento romántico» en el pensamiento, el gusto, la literatura y el arte de la época. También es evidente que las manifestaciones más tem-

pranas e interesantes del «romanticismo» del siglo XVIII se encuentran fuera de Francia. Aún hoy, los poetas románticos de Gran Bretaña y Alemania son más leídos que sus contemporáneos franceses, del mismo modo que los compositores alemanes de la época siguen figurando en los repertorios de casi todos los conciertos del siglo XX.

La terminología propia del «romanticismo» también es de origen británico y alemán. En 1797 Friedrich Schlegel dedicó 12 páginas a distinguir entre «clásico» y «romántico», y ese mismo año Wordsworth escribió su prefacio a las *Baladas líricas*, que fue considerado con toda justicia un manifiesto en favor de la poesía romántica, aunque no emplease la palabra «romántico» en ninguna ocasión. Para Schlegel había una división radical entre el norte de Europa —cuyas artes y literaturas eran de origen medieval y cristiano, y, en última instancia, románticas— y el sur de Europa, de ascendencia pagana y clásica y mediatizada por el Renacimiento. Schlegel no hablaba para nada de España, al igual que el influyente libro *Sobre Alemania*, escrito por la erudita e ingeniosa Madame de Staël (hija de Necker), terminado en 1810 pero publicado, por motivos políticos, por vez primera en Inglaterra, en lugar de Francia, en 1813. Madame de Stael hacía especial hincapié en el carácter peculiar de la literatura alemana dentro de esta división norte-sur.

Por aquel entonces, la primera generación de «románticos» alemanes —centrada al principio en la ciudad universitaria de Jena, residencia de los Schlegel y próxima al escenario de una de las grandes victorias de Napoleón—, una generación con un *esprit de corps* de una firmeza inusual, ya había muerto. Wilhelm Heinrich Wackenroder había muerto en 1798, y Novalis (pseudónimo de Friedrich von Hardenberg), en 1801. Herder, que se había ido a vivir a Weimar influido por Goethe, murió en 1803, y Friedrich von Schiller, que también se había trasladado a Weimar en 1787, dos años más tarde. Johannes Christian Friedrich Hölderlin, profeta dionisíaco, estaba loco, y Heinrich von Kleist, decepcionado por los límites del entendimiento humano, se había suicidado. El *Himno a la Alegría* (1785) de Schiller sería luego utilizado por Beethoven en la parte final de su *Novena sinfonía*.

La siguiente generación de románticos alemanes (los denominados «altos románticos», como Uhland, el conde Karl von Arnim y Ernst Theodor Hoffmann), fascinados por el pasado, se convirtieron en intérpretes del *volk* y la *kultur*, y se inspiraron a menudo en los viejos cuentos, como hizo Jacob Grimm, uno de los fundadores de la filología comparada, que, con su hermano Wilhelm, recogió la célebre compilación de *Cuentos populares* que apareció entre 1812 y 1815. Al margen de estas figuras, Heinrich Heine, judío, irónico y exiliado, comprendía todo lo que sus colegas del romanticismo alemán decían y escribían, pero sin poder participar en sus empresas intelectuales; en este aspecto, Heine fue el más romántico de todos.

Aunque debido en parte a que el «romanticismo» consciente llegó tarde a Francia, después de 1815, la idea de un «movimiento romántico» fue más fuerte allí que en Gran Bretaña e incluso más que en Alemania. Y fue en Francia donde el poeta Victor Hugo alumbró manifiestos del romanticismo literario mu-

cho más retóricos que el de Wordsworth en 1797. Los prolijos prefacios que escribió para sus dramas *Cromwell* (1827) y *Hernani* (1830) atacaban frontalmente el «clasicismo» y el «neoclasicismo», despreciando todas las reglas, incluidas las «unidades» dramáticas de tiempo y de lugar, por ser «mezquinas» y «convencionales». Hugo ensalzaba el genio («la mediocridad en el arte no existe: el arte da alas, no muletas») y encontraba un lugar en el arte (al igual que los románticos alemanes) para «lo grotesco» así como para «lo natural». El hecho de que las obras de Hugo fuesen prohibidas o abucheadas en su estreno parisiense daba aún más fuerza a su ataque.

Cuando Hugo se veía obligado a ser conciso, simplificaba en exceso, por ejemplo, al definir al romanticismo como «el liberalismo en literatura», porque tanto en Francia como en Alemania hubo «románticos» que no fueron liberales, y los primeros románticos ingleses destacados —Wordsworth, Coleridge y Southey— se fueron apartando de su entusiasmo inicial por la revolución. Sir Walter Scott, un gran narrador cuyas novelas tuvieron un éxito inmenso en toda Europa, fue nombrado barón en 1820, con Castlereagh de ministro de Asuntos Exteriores. Aunque sus novelas influyeron mucho en algunos compositores de ópera europeos —y también en la moda—, no es fácil situar a Scott dentro de los esquemas del romanticismo; como tampoco lo es en el caso de Byron, cuyos poemas son tan diferentes de los de Wordsworth (y de los de Keats y Shelley), que pese a su popularidad como genio romántico en toda Europa, a los críticos literarios británicos nunca les ha resultado fácil relacionarlo con la «corriente principal» del romanticismo. Lo que sí es cierto es que Escocia desempeñó un papel tan importante en el movimiento romántico gracias a su imaginería como gracias a sus ideas en la Ilustración del siglo XVIII.

Para Stendhal, el «romanticismo» (y él ya utilizaba el *ismo*) podía definirse con la misma simplicidad (e insuficiencia) de que había hecho gala Hugo: era «en un momento dado, el arte del día», mientras que «el clasicismo era el arte del día anterior». Después de asistir al estreno de *Hernani*, Stendhal anotó con desparpajo que «el champán y *Hernani* no me han sentado bien»; sin embargo, a pocos críticos les ha parecido tan fácil definir el romanticismo como a Stendhal y a Hugo, aunque se ha intentado definir de tantas formas (muchas de ellas, contradictorias), que a la hora de analizar el romanticismo lo difícil «no es encontrar *una* definición, sino evitar perderse entre la masa de definiciones que ya se han propuesto».[4]

Lo esencial de la actitud romántica era una honda preocupación por el propio yo, por la experiencia individual y auténtica, espontánea y única, que acompañaba a la materialización o la frustración de esas preocupaciones, y por la expresión imaginativa («original» y «creativa») de esa experiencia. En el curso de la empresa romántica, de sus luces y sombras, había momentos para el deseo y para la culpa, para la satisfacción y el remordimiento, para el tormento y el éxtasis, para el tedio (*ennui*) y el entusiasmo. Y todo lo dominaba la idea de lo inalcanzable. *Sehnsucht* (ansia), una palabra clave del vocabulario romántico, era tan válida para la noche como para el día.

El conflicto sin resolución formaba parte necesariamente de la mentalidad

individual y colectiva, algo que la retórica declamatoria de Hugo no podía ocultar. Por más ensimismados, solitarios y aislados que fuesen los «románticos», también se interesaban inevitablemente por las «maravillas» y la presión de un mundo exterior que tal vez consiguiesen comprender intuitivamente, pero que jamás lograban dominar.[5] Para ellos, el mundo era orgánico, no mecánico, y al final siempre acababa suscitando un desencanto romántico (*Weltschmerz*) del mismo modo que siempre ha habido un *mal du siècle*, una enfermedad del momento. La realidad del siglo XIX —y de sus estructuras subyacentes— y, sobre todo, la fuerza de la burguesía —que encarnaba todo lo que los románticos decían detestar— estaban, en opinión (errónea) de los románticos, en su contra. Por consiguiente, se sentían «alienados», un término de contenido espiritual que haría suyo Marx.

A. W. Schlegel, que creía que la historia es «la conciencia de la nación», sacó punta no sólo a la idea de un estilo romántico —y de una geografía romántica—, sino de un siglo romántico. El siglo XVIII, una antigualla, como dejó escrito Schlegel en una pantomima que se representó el 1 de enero de 1801, no era el padre del siglo XIX, sino que sus verdaderos padres eran el Genio y la Libertad. Y en la obra de Schlegel, a esa vieja antigualla que era el siglo XVIII se la llevaba al Infierno el Demonio, un personaje romántico habitual. En la medida en que el «romanticismo» influiría el siglo XIX en su conjunto, más preocupado que ningún otro siglo anterior por la definición de su propia identidad, Schlegel estaba en lo cierto. La historia había dejado de enmarcarse en unos esquemas de aceptación universal, y tampoco se juzgaba a los personajes y los acontecimientos a partir de criterios intemporales, sino que, en la nueva historia, surgió una temática que se desarrolló a todos los niveles de una forma mucho más polifacética que en los siglos anteriores: los personajes y los hechos hablaban ahora por sí mismos, al igual que los «pueblos» y las «naciones». Uno de los máximos historiadores románticos fue un francés, Jules Michelet, que se dedicó al estudio de la Revolución francesa dentro de la historia de Francia, o, en sus propias palabras, a la «resurrección» de la misma.

No hubo ninguna figura que fuese el equivalente exacto de Michelet fuera de Francia, pero a medida que el siglo fue tomando forma surgió más de una visión romántica de su historia. Además, algunos románticos adoptaron perspectivas más amplias, al comparar su siglo desfavorablemente con la Edad Media, y sobre todo con el siglo XIII. El desprecio por el siglo XIX se manifiesta con toda su aspereza en Ruskin y el escocés Thomas Carlyle, que criticaron la deshumanizadora división del trabajo, que para Adam Smith y otros especialistas en economía política posteriores había sido la causa principal del aumento de la producción industrial que tanto eco e influencia había tenido sobre todas las cosas. Carlyle era igualmente crítico con la fuerza de las máquinas, ensalzada por Saint Simon. «Las máquinas no sólo rigen lo externo y material, sino también lo interno y espiritual ... El mecanicismo ha hundido sus raíces en el fundamento más profundo e íntimo de las convicciones humanas.»

Más avanzado el siglo, William Morris, descendiente directo de los románticos precedentes, se inspiró en Ruskin y Carlyle y, tras su conversión al socia-

lismo, indirectamente, en Marx. Despreciando la industria dominada por las máquinas e impulsada por el vapor, Morris rechazaba con desdén el orgullo de la civilización moderna:

> ¿Ha sido todo para acabar en una contaduría encima de un montón de cenizas, con vistas a la salita de Podsnap, y un comité liberal repartiendo champán a los ricos y margarina para los pobres en proporciones lo bastante justas como para que todos vivan juntos felices y contentos, aunque la vista ya no encuentre dónde deleitarse en este mundo, y el lugar de Homero lo haya ocupado Huxley?

Huxley fue el principal adalid de la ciencia del siglo XIX. Podsnap es un personaje inventado por Charles Dickens, el «enviado especial [de Inglaterra] a la posteridad», en su genial novela *Nuestro amigo común* (1865), ambientada en los vertederos de la civilización del siglo XIX. El Podsnap de Dickens era un personaje arquetípico inglés, seguro y satisfecho de sí mismo e incapaz de decir algo más que perogrulladas. «Los pobres siempre estarán contigo.» Podsnap tenía una singular habilidad a la hora de esquivar o ignorar el lado desagradable de la realidad: «no me corresponde ... impugnar los designios de la Providencia». Morris exigía acción, no sátiras. Para que todo no acabase en «una contaduría encima de un montón de cenizas», tenía que producirse una actuación colectiva, y para que se produjese esa actuación colectiva, tenía que haber una «esperanza» colectiva.

En la música y la pintura románticas, al igual que en la poesía, la esperanza individual se asociaba al *Sehnsucht* y al *Weltschmerz*. Pero los músicos románticos podían elevarse a las alturas y consolar (entre otros, a sus colegas, los escritores románticos) al mismo tiempo, y los pintores románticos podían convertirse en fuente de inspiración. Ernst Hoffmann, compositor, pintor romántico y crítico musical, además de escritor, a cuyos cuentos puso música Jacques Offenbach, hablaba de cerrar los ojos «a las luchas y guerras del mundo» y retirarse «al país de la música como si fuese el país de la fe, en el que todas nuestras dudas y penas se hunden en un mar de sonidos». Pero el único genio indiscutible de la música, Ludwig van Beethoven, que nunca dudó de su condición de tal, compuso música que hizo para Hoffmann, y otros miles de personas, mucho más que cerrar los ojos a las luchas y guerras: «acciona las palancas del miedo, el sobrecogimiento, el horror, el sufrimiento y despierta el ansia infinita que es la esencia del romanticismo».

La música romántica presenta muchas corrientes contrapuestas, desde Karl Maria von Weber, que introdujo grandes dosis de horror en su ópera *Freischütz* (*El cazador furtivo*, 1821), hasta Franz Schubert y Robert Schumann, que, puestos a cerrar el círculo, eran ambos grandes admiradores de Hoffmann. Y había muchas formas de expresión musical diferentes, tan distintas como la lírica y la épica, las novelas y la poesía en literatura, y que los músicos se esforzaban por dominar. Los *Lieder*, la expresión suprema del romanticismo alemán, podían «romper las fibras del corazón». Pero era excitante escuchar sinfonías y grandes arias y coros operísticos, tanto rusos como alemanes, italianos o fran-

ceses, a los que asistía gran cantidad de espectadores en Gran Bretaña, que sin embargo carecía de grandes compositores. Desde Italia, Verdi supo ganarse el corazón de los románticos —y los nacionalistas—, mezclando a menudo ópera y política. Pero las fibras del corazón también podían romperlas los movimientos melancólicos de un cuarteto de cuerda.

La música parecía no tener límite. Y en pintura también dos pintores románticos muy diferentes llevaron a la pintura mucho más allá de los límites del neoclasicismo. J. W. M. Turner, descrito por el compositor francés de finales del siglo XIX Claude Debussy como «el primer creador de misterios», examinó la naturaleza, la vida y la luz de un modo totalmente diferente del de todos los pintores anteriores. «Todo carece de forma y está vacío», se quejaban sus críticos, pero Turner contó con la entusiasta aprobación de Ruskin, a quien le encantaba la luz. En Francia, el gran pintor romántico Eugène Delacroix, de quien se decía que era hijo ilegítimo de Talleyrand, fue admirado por un músico romántico de una generación muy diferente de la de Debussy, el gran pianista polaco Frédéric Chopin. Entre los grandes lienzos de Delacroix, había muchos que reflejaban el impulso revolucionario, entre ellos *La Libertad guiando al pueblo*, pintado en 1831 y reproducido con frecuencia en la era de la fotografía que estaba a punto de comenzar.

La fotografía ya había impuesto su propio orden cuando los pintores impresionistas celebraron su primera gran exposición en París en 1874, apenas cuatro años después del hundimiento del imperio de Napoleón III. Se celebró en un estudio fotográfico. Uno de los cuadros, *Impresión con el sol naciente*, de Claude Monet, llevó a un crítico burlón a inventar la palabra «impresionismo» en una reseña negativa. La etiqueta hizo fortuna. Los impresionistas llevaban pintando un nuevo tipo de cuadros desde 1863, experimentando al mismo tiempo con el color y la luz, y examinando a la gente y la naturaleza (y las catedrales y las estaciones de tren) de un modo distinto, pero no fue hasta 1874 cuando empezaron a cambiar los gustos. No obstante, tratándose de un grupo cuyos cuadros los comercializaba un solo marchante, los impresionistas escandalizaron a unos espectadores a quienes inquietaba el ver plasmado en el lienzo un «mundo percibido momentáneamente por los sentidos». Uno de los personajes de una novela de Émile Zola decía de la pintura impresionista que «contradecía todos los hábitos regulares de la vista», y un crítico hostil calificó de desastre su segunda exposición, sólo comparable en magnitud al reciente incendio del teatro de la Ópera de París, de Charles Garnier, cuya construcción se había iniciado en 1861, y que se convertiría en uno de los edificios más célebres del siglo.

Los impresionistas celebraron seis exposiciones más antes de 1886, y triunfaron sobre sus oponentes, hasta que fueron derrotados, a su vez, por los pintores de una nueva generación, agrupados vagamente (por un inglés asistente a la exposición de 1910) con el nombre de «postimpresionistas», entre los cuales figuraban Cézanne, Van Gogh, Gauguin y Henri Matisse. Tanto los impresionistas como los postimpresionistas estuvieron representados en la gran Exposición Universal celebrada en París en 1900 que atrajo a más de 40 millones de visitantes (más que la población total de Francia) y dejó como herencia el

Grand Palais y el Petit Palais, donde en lo sucesivo tendrían lugar muchas más exposiciones, y el recargado puente de Alejandro III, bautizado así en honor del zar de Rusia.

La ciencia

En las exposiciones se prestaba aún más atención a la exhibición del progreso científico que a la obra de pintores y arquitectos. Algunos de los inventos expuestos, incluso los más ingeniosos, no tenían futuro, pero otros apuntaban hacia una nueva era. La electricidad, que había desempeñado un papel notable en la exposición de París de 1889, se convirtió en el elemento dominante en la de 1900. Hay fotografías de todas las grandes exposiciones, y todas fueron vistas a través de gafas de colores. La «óptica», que alcanzó su desarrollo máximo en Alemania, fue objeto de estudio científico constante durante la «edad de las gafas», en la que se fabricaron más pares de gafas, que pasaron a convertirse en «objetos corrientes», que en toda la historia. (¿Cómo se las apañaba antes la gente sin ellas?) Pues antes no las consideraban «objetos corrientes»: «un par de gafas —escribió el padre de Carlyle— es algo que he visto muy a menudo y en lo que ya había pensado, pero nunca tuve unas gafas propias hasta ahora».

La fotografía fue un invento del siglo XIX con una larga prehistoria, considerada ciencia y arte al mismo tiempo. Las primeras fotografías fijas, «heliograbados» o «grabados solares», se tomaron en Francia en la década de 1820; sin embargo, no fue hasta 1839 cuando Louis Daguerre, un hombre con vocación de empresario, como tantos otros en su siglo, exhibió sus procesos fotográficos en París y, más avanzado el año, en Londres. Henry Fox Talbot expuso sus primeros «dibujos fotogénicos», «calotipos», para «los amantes de la ciencia y la naturaleza» en la Royal Society. Daguerre había regalado su primer «daguerrotipo» al conservador de la galería del Louvre en París.

En las décadas que siguieron, la fotografía fue utilizada en muchos lugares distintos, desde estudios fotográficos (los retratos fotográficos se convirtieron en una industria) hasta casas y jardines, teatros, hospitales y cárceles e incluso, en la guerra de Crimea, tiendas de campaña. Un fotógrafo alemán de nacimiento pero nacionalizado francés, Édouard Baldus, fue quien fotografió las etapas del itinerario de la reina Victoria y el príncipe Alberto en su visita a Napoleón III en 1855 y del ferrocarril de París a Marsella inaugurado por el emperador en ese mismo año. A finales de siglo, las cámaras fotográficas ya empezaban a ser vistas también como «objetos corrientes». Las cámaras de cajón de la marca Kodak (la práctica de poner una «marca» a los productos se generalizó) llegaron procedentes de los Estados Unidos en 1888. Las primeras imágenes en movimiento se tomaron en 1872, y en 1896 los hermanos Lumière proyectaron películas cinematográficas en París y Londres. No obstante, no fue hasta el siglo XX cuando el cine se hizo con un público fiel y considerable, y pasó a influir directamente en las relaciones entre Europa y los Estados Unidos.

No es del todo fácil encajar la fotografía en la historia de la ciencia del siglo XX, y en un volumen de ensayos, *The Progress of the Century* (El progreso del siglo) publicado en 1901, el autor del apartado dedicado a la física podía permitirse calificar «el progreso y el arte de la fotografía» como algo «de escasa importancia», pese a reconocer que había «contribuido mucho a hacer más agradable la existencia». La mejor representante de la «ciencia seria» era la química, la ciencia que había afectado de forma más directa la vida cotidiana. La obra del gran químico alemán Justus von Liebig había sido fundamental en la mejora de la salubridad pública, así como en la transformación de la agricultura y de la manipulación de los alimentos. El químico francés Pasteur influyó en la preparación de la leche y el vino en sus investigaciones en el campo de la bacteriología, una ciencia que cambió la forma de entender las enfermedades. También la química teórica hizo progresos en el terreno de la clasificación y de la experimentación. En la tabla periódica, formulada por primera vez en 1872, tenían cabida elementos aún por descubrir. A finales de siglo, parecía «evidente», según el profesor William Ramsay, «que la nación que posea a los químicos teóricos y prácticos más competentes está destinada a triunfar en la competencia con las demás naciones por la supremacía comercial y todas sus ventajas concomitantes».

En comparación con la química, la física, un término de nuevo cuño, parecía menos atractiva, aunque en el siglo XIX hubiese grandes físicos, como Michael Faraday, James Clerk Maxwell, Herman von Helmholz y William Thomson (el futuro lord Kelvin), a la altura de Liebig y Pasteur. Las leyes de la termodinámica fueron enunciadas *después* de la invención de la máquina de vapor, que se basaba en ellas, pero las investigaciones teóricas sobre la electricidad y el magnetismo precedieron a su aplicación práctica, al igual que los experimentos de Heinrich Hertz y otros con las ondas de radio. Nadie podía sospechar que la física —teórica, experimental y aplicada— se convertiría en la ciencia más importante de la primera mitad del siglo XX, que culminaría con el dominio de la fisión del átomo durante la segunda guerra mundial. «Sobre la naturaleza de la materia —escribió un destacado físico en 1901—, los físicos más competentes del siglo han escrito y reflexionado mucho, y no cabe duda de que nuestros conocimientos actuales del tema se acercan mucho más a la verdad que los de hace cien años.» A la luz de lo que iba a ocurrir, tenía toda la razón al no querer insistir en el tema, sino que concluía su análisis rindiendo homenaje al «número importante y cada vez mayor de laboratorios bien organizados y espléndidamente equipados en los que se planean y llevan a cabo sistemáticamente investigaciones originales».[6]

El progreso de la ciencia, para ese autor, había sido hasta la fecha «más o menos una lucha de guerrillas contra la ignorancia». Ahora, en una época en la que la misma guerra parecía adoptar un cariz cada vez más «científico», la guerra de la investigación científica se organizaría en campañas en las que participarían equipos e individuos al mismo tiempo. Además, los participantes serían profesionales, ya que, si bien a principios de siglo los descubrimientos en materia de geología e «historia natural» habían sido muy a menudo tarea

de «aficionados», algunos de ellos, «caballeros», y otros, autodidactas, la ciencia que se realizaba en los laboratorios, y que iba mucho más allá de la observación y la clasificación, necesitaba profesionales. En Alemania fue donde se dieron primero estas condiciones, aunque fue en Gran Bretaña donde el filósofo de Cambridge William Whewell, que introdujo en el inglés moderno los términos *scientist* («científico») y *physicist* («físico»), predijo el rumbo que tomarían los acontecimientos al hablar de «la tendencia de las ciencias ... a irse separando y desmembrando. El matemático se aleja del químico; el químico, del naturalista; el matemático, ya solo, se divide en matemático puro y mixto, que pronto se separan».

No obstante, en Gran Bretaña, tanto en las provincias como en Londres, se insistía mucho en dar publicidad a la ciencia mediante conferencias y demostraciones, así como a través de los museos, y se produjeron discusiones estimulantes sobre el lugar de las ciencias y de las humanidades en la formación del individuo. También suscitó un acalorado debate el tema de la evolución, después de que apareciera el libro de Charles Darwin *El origen de las especies* en 1859. La biología darwiniana fue aún más polémica que la geología, que había aumentado notablemente la edad de la Tierra y había sembrado dudas en quienes creían en el libro del Génesis. *El origen de las especies* fue uno de los «grandes libros» no sólo del siglo XIX sino de todos los tiempos, aunque en el fondo se tratase de una obra del siglo XIX que no hubiese sido posible escribir en ningún otro siglo. Además, se convirtió en uno de los ejes del siglo XIX. Marx, nueve años más joven que Darwin, y cuyo entorno y personalidad eran muy diferentes, quiso dedicar su ingente tratado de economía política, *El capital*, cuyo primer volumen apareció en 1867, al científico inglés. «Darwin ha conseguido que nos interesásemos por la tecnología de la naturaleza —escribió Marx—. La historia de los órganos de producción del hombre, de unos órganos que constituyen la base material de toda nuestra organización social, ¿acaso no merecen la misma atención?»

Cuando Darwin murió en 1882, y pese a ser agnóstico, lo enterraron en la abadía de Westminster, prueba de la autoridad de los nuevos «sacerdotes de la ciencia», como los llamó un científico. Para el liberal John Morley, «el credo darwiniano» (otro término religioso) «se encuentra en la base de lo mejor [no dijo que también estuviera en la base de lo peor] del pensamiento de nuestra época. Da color a nuestras ideas aún por formar; reaparece bajo cien disfraces en obras jurídicas e históricas; en discursos políticos y religiosos ... Si queremos disociarnos intelectualmente de él, tenemos que disociarnos intelectualmente por completo de nuestra época».

Pero no todas las obras de signo evolucionista del siglo XIX fueron consecuencia de *El origen de las especies*, sino que muchas surgieron de forma independiente. De hecho, la idea de evolución era de rancio abolengo, y la literatura de la época, poesía incluida —por ejemplo, *In Memoriam*, de Alfred Tennyson—, está llena de referencias a ella. Las ideas se interconectan, igual que los linajes. De no haber sido por la transformación en el estudio de la geología, Darwin no habría llegado hasta donde llegó en biología, provocando una reevaluación

del lugar del hombre en el largo proceso de la evolución. Darwin, como Marx, buscaba «leyes», pero también vio la «grandeza» de un concepto de la vida que empezaba por «la guerra de la naturaleza» y terminaba con «el objeto más noble concebible, la aparición de los animales superiores», entre ellos el hombre. Que el hombre no fuese una criatura aparte del reino animal —tema de la obra de Darwin *El origen del hombre* (1871)— les pareció a los admiradores de Darwin «el gran y más excepcional descubrimiento de las ciencias naturales de nuestra generación». Pero ahí no acabaría la historia.

Positivismo y liberalismo

El progreso de la ciencia se relaciona con el marco socioeconómico, a pesar de que muchos científicos pareciesen ignorarlo. Y también tenemos que contar con la religión y la filosofía. «Nuestra especie, desde el momento de su creación —escribió Whewell en 1837— ha ido avanzando en pos de la verdad, y ahora ... hemos alcanzado una posición elevada y desde la que podemos observar a plena luz del día nuestro entorno.» La idea de «progreso», incluido el progreso científico, a menudo unida a la idea de evolución, ocupó un papel central en el siglo XIX, con su acusada conciencia histórica;[7] sin embargo, ya la enunció antes de la Revolución francesa y de la revolución industrial una de las primeras novelas de ambientación futurista, *L'An 2440*, de Sébastien Mercier, publicada en Amsterdam, prohibida en la Francia del *ancien régime*, pero pronto traducida al inglés y al alemán.

No es de extrañar que Mercier predijese que estas prohibiciones ya no existirían en el año 2440, aunque sí habría censura. Las personas que defendiesen principios peligrosos estarían obligadas a llevar una máscara negra, algo que tiene muy poco de «liberal». Pero Mercier también predijo que la esclavitud habría desaparecido, que habría pocos criados y se acabarían los monjes, y que todos los matrimonios se decidirían según las inclinaciones personales. Mercier también habla de las ciencias: «¿Dónde se detendrá el perfeccionamiento del hombre, armado con la geometría, las artes mecánicas y la química?». Pero no previó ni el salto adelante de la tecnología ni la creación de la República francesa. Un cambio interesante es que Francia y Gran Bretaña estarían unidas por una alianza indestructible en el 2440.

La fórmula «perfeccionamiento del hombre» se asocia sobre todo con otro autor francés, «el último enciclopedista», el marqués de Condorcet, que renunció a su título en 1789 y cuyo *Ésquisse d'un tableau historique du progrès de l'esprit humain* (Esbozo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano) fue publicado póstumamente en 1795, después de las etapas iniciales de la Revolución francesa. Condorcet, que creía en la igualdad de individuos y pueblos, presentaba a sus lectores «una visión del género humano, emancipado de sus grilletes, libre de la tiranía del destino y de los enemigos del progreso, avanzando con paso firme y resuelto por la senda de la verdad, la virtud y la felicidad». Pero él no siguió ese camino: lo encarcelaron los jacobinos durante el

Terror, y después de escribir su libro murió en prisión, seguramente suicidándose, antes de que lo pudieran enviar a la guillotina.

No es el destino del propio Condorcet en el París de la Revolución francesa lo que hace que su visión parezca optimista en exceso, sino más bien la crítica de su obra escrita por un sacerdote y estudioso de la economía política inglés, Thomas Malthus, cuyo *Ensayo sobre el principio de la población* apareció de forma anónima en 1798, y que más adelante sería objeto de varias reediciones corregidas y aumentadas, empezando por una en dos volúmenes publicada en 1803 ya con su propio nombre. El ensayo estaba pensado en principio como una refutación de Condorcet y del filósofo social inglés William Godwin. En 1793 Godwin había publicado una farragosa *Investigación sobre la justicia política*, muy próxima a la Revolución francesa, que influyó en Wordsworth, Coleridge, Southey, Shelley y Hazlitt. La idea de Malthus de que la población siempre crece más deprisa (en progresión geométrica) que los medios de subsistencia (en progresión aritmética) ejerció una influencia duradera que se extendió mucho más allá de los círculos antirrevolucionarios, hasta alcanzar, entre otros, a Darwin. La diferencia entre ritmos de crecimiento parecía poner fin a todo sueño de perfeccionamiento del género humano, cuyo destino pasaba por el hambre y la guerra.

Hasta 1750 la población de Europa había crecido tan despacio como en el siglo anterior. Pero a partir de 1750, con una población de 120 a 140 millones de europeos, el ritmo de crecimiento empezó a acelerarse, y al llegar a la época de Malthus ya eran entre 180 y 190 millones. El crecimiento continuaría de forma aún más espectacular —aunque no homogénea— a lo largo del siglo XIX, en el que la población de Francia —sin que nadie lo hubiera previsto— creció menos que la de los demás países europeos.

A finales del siglo XIX, las pesadillas de Malthus parecían más fantasiosas aún que los sueños de Condorcet y Godwin. Desde luego, mientras que Malthus no había previsto que su siniestro desequilibrio no siempre sería válido, tanto Condorcet como Godwin habían tenido en cuenta que, al llegar a cierto punto —muy remoto (Godwin hablaba de «miles de siglos»)—, la población mundial rozaría el límite de las reservas de alimentos. Y durante el siglo XIX, en el que la cantidad y la variedad de los alimentos disponibles, entre ellos los transportados a gran distancia, se multiplicó de un modo sin precedentes, tanto Godwin como Condorcet siguieron influyendo en quienes tenían fe en el progreso. Robert Owen se inspiró en Godwin y escribió su propia *Visión de la sociedad*. Saint-Simon entronca directamente con Condorcet, que había prometido «una ciencia que prevea el progreso de la especie humana». En su esfuerzo por descubrir unas «leyes» del progreso tan estrictas como las de la ciencia, Saint Simon preparó el terreno para uno de sus secretarios, Auguste Comte, fundador del «positivismo», que, junto con el «liberalismo», fue uno de los *ismos* más difundidos del siglo XIX. Comte creía fervientemente que «la determinación del futuro debe ser considerada como el objetivo primordial de la ciencia política, como ocurre con las demás ciencias positivas».

Saint-Simon, que, como miembro de la aristocracia francesa, había lucha-

do junto a los norteamericanos en su guerra de independencia, contrapuso el siglo XVIII al XIX: la filosofía de aquél era «crítica y revolucionaria», la de éste sería «inventiva y organizativa». También sostuvo, en la presentación del proyecto de una nueva Enciclopedia, que era absurdo situar las edades de oro en el pasado. Gracias a las transformaciones industriales, las máquinas sustituirían a los brazos de los hombres en una sociedad dirigida por industriales, científicos [sabios] y artistas. En esa edad de oro del futuro no serían necesarios ni los políticos ni los soldados.

Las ideas de Saint-Simon influyeron en pensadores de muchos países, incluyendo al liberal John Stuart Mill en Inglaterra —que también contrapuso el siglo XVIII al XIX— y contribuyeron a formar y promover al mismo tiempo a pensadores e ingenieros en Francia. Pero el siglo XIX no sería ni el de Saint-Simon ni el de Mill. Los políticos ganaron influencia gracias a la ampliación del derecho al voto, la creación de partidos políticos y la evolución del parlamentarismo. Los soldados (y los marineros) ganarían también en importancia en las décadas finales del siglo, en las que el «militarismo» se sumó a los demás *ismos* del siglo XIX. Los científicos destacarían menos que los especialistas de otras disciplinas, los estudiosos de las ciencias sociales (algunos de los cuales, como el sociólogo francés Émile Durkheim, se inspiraron en Saint-Simon) serían menos numerosos que los historiadores. Los artistas y los escritores desarrollarían el concepto del «arte por el arte» en lugar de adaptarse en sus funciones a las posibilidades de la nueva sociedad.

A la idea de progreso se opusieron a lo largo de todo el siglo una serie de autores y artistas «románticos» y «realistas», y perdería mucho de su atractivo (aunque no su popularidad) en la década final del siglo, en pleno *fin de siècle*, y en las primeras décadas del siglo XX, en las que se citaban las leyes de la termodinámica para llegar a la lúgubre conclusión de que la Tierra estaba en las últimas. Tanto en aquel entonces como después se habló mucho de «degeneración» y «decadencia». Y aunque el progreso de la medicina, sobre todo de la cirugía, se consideró uno de los grandes triunfos del siglo XIX, que permitió prolongar la vida humana y aliviar el dolor gracias al descubrimiento de los anestésicos y los antisépticos, algunos temían el «deterioro» físico de gran cantidad de seres humanos, y hubo quien propuso que se implantaran «controles genéticos». La «genética» se convirtió en un tema de conversación tan habitual como la antropología, disciplina en la que apareció una obra capital, *La rama dorada*, de James Frazer, los dos primeros volúmenes de la cual fueron publicados en 1890.

Una de las grandes obras del liberalismo del siglo, *Sobre la libertad* de Mill, había aparecido el mismo año que *El origen de las especies*. Las ideas y experiencias que reflejaba aquella obra derivaban de un pensador del siglo XVIII diferente de Condorcet, Jeremy Bentham. El padre de Mill, James, había sido amigo íntimo de Bentham, y el joven Mill recibió una educación de signo utilitario cuidadosamente programada, a partir de la cual, tras una crisis íntima, Mill pasó a escribir obras muy notables sobre economía política y filosofía política, en las que, pese a reconocer y alabar el progreso de la humanidad,

Mill advertía de la amenaza del conformismo social y cultural en su propia sociedad.

El liberalismo y el positivismo tenían muchas características comunes, aunque en Gran Bretaña y, sobre todo, en Francia el liberalismo estuviera teñido de *elementos «románticos»*. Nada *más romántico, por ejemplo,* que el tono con el que Gladstone expresó sus propios sentimientos en 1860 en el momento culminante de la lucha por la unificación de Italia: «Siento en mi interior algo inefable y rebelde. No llegaré a viejo. El horizonte se ensancha, el cielo gira a mi alrededor. Es una época de conmociones; una disciplina tan fuerte, tan variada y tan cambiante que sólo al tocar a su fin, y puede que ni siquiera entonces, consigo comprenderla».

De todos modos, sería un error el conceder demasiada importancia a este aspecto al analizar a Gladstone, aunque su presencia sea muy notable en sus voluminosos diarios, que siguen el curso, a veces casi inexorable, de su propia historia. Como otros liberales, Gladstone también se inspiraba en el mundo clásico, y comentó a Homero y tradujo a Horacio, mientras que Mill calificaba la batalla de Maratón de «más importante», «incluso para la historia de Inglaterra», que la batalla de Hastings. También Macaulay publicó sus poemas *Lays of Ancient Rome* antes de escribir su *Historia de Inglaterra*. A otro nivel, había también aspectos del liberalismo británico que no eran ni románticos ni clásicos: la defensa de la clase media y de los propios intereses; cierto orgullo y provincianismo; la mentalidad inconformista; la sobriedad (algunos liberales defendían la abstinencia total de alcohol); el esfuerzo individual; la parsimonia gubernamental. Los aspectos dominantes variaban según la época y el lugar. La sobriedad, por ejemplo, tuvo ardientes defensores en Noruega, la patria de Henrik Ibsen, contrario a la mayoría de estos valores.

En el liberalismo continental se daban otros elementos, como una fuerte tradición anticlerical, sobre todo en Bélgica y Francia. Durante la Tercera República francesa se podía defender la libertad de pensamiento y expresión, y al mismo tiempo insistir en que se adoptaran medidas represivas contra las órdenes eclesiásticas y la ordenación de sacerdotes. Las palabras «libertad» y «liberalismo», para algunos escritores y políticos, eran sinónimos de anticlericalismo estatal. Otro elemento presente en el liberalismo alemán y austríaco era la insistencia en el *Bildung*, el proceso de formación del carácter a largo plazo. La acción no era una simple respuesta a acontecimientos exteriores, sino que estaba «dirigida desde dentro».

La idea de formar a los individuos mediante la educación además de la experiencia atrajo enormemente en Inglaterra a Matthew Arnold —que destacó la estrechez de miras que podía llegar a tener el carácter de la clase media británica— y también a Mill, quien denunció «el carácter estirado y obtuso» presente en unas provincias que rara vez frecuentó en persona. El prusiano Von Humboldt, de sensibilidad romántica, había insistido en la necesidad de lograr «el desarrollo humano en toda su riqueza y diversidad», lo cual incluía abrirse a nuevas experiencias y tener cierto sentido estético. El éxito económico en sí, el «ir tirando», no era suficiente.

Un nexo común a la mayoría de liberales era el librecambismo, defendido con el mismo ardor en Hamburgo y en Manchester, y es significativo que antes de que Gladstone se convirtiese en defensor de la ampliación del derecho al voto, se hubiese labrado una reputación como abogado del librecambismo. El librecambismo podía expresarse en el lenguaje positivista de la economía, mediante formidables comparaciones de base estadística, mediante sermones morales, a través de la retórica romántica de la palestra o incluso mediante imágenes, como las de un pan grande y un panecillo. También podía relacionarse con el nacionalismo. Para Cavour, en un escrito anterior en 12 años a las principales maniobras que conducirían a la unificación italiana, «al esforzarnos por abatir las barreras que nos separan, nos esforzamos en favor del progreso intelectual y moral de Italia, así como de su prosperidad nacional».

Aparte del evangelio del librecambismo, había otros evangelios económicos liberales que se consideraban de aplicación universal. Aún más difundido que el evangelio del librecambio estaba el evangelio del trabajo, un evangelio que en Gran Bretaña tenía raíces puritanas, pero que podía predicarse igual desde los púlpitos católicos de Viena o Milán. Sus misioneros condenaban la holgazanería tanto de la aristocracia como de la clase trabajadora, pero también alababan el trabajo en sentido positivo, afirmando que sólo trabajando de firme las personas podían desarrollar su talento individual y progresar la sociedad en su conjunto. «Mi reino no es lo que tengo, sino lo que hago». Max Weber estudió con detenimiento la «ética del trabajo», y analizó en detalle las relaciones existentes, tal como él las veía, entre vocación, trabajo, protestantismo y capitalismo, mientras estudiaba en paralelo la burocracia y la organización burocrática.[8]

Uno de los predicadores más activos del «evangelio del trabajo» fue el escocés Samuel Smiles. Médico de formación, se hizo administrador de una compañía de ferrocarril y editor. Sus obras fueron traducidas a muchos idiomas, empezando por *Self Help* (Autoayuda), que entusiasmó tanto a Garibaldi como a la reina de Italia, y que fue publicado en 1859, el mismo año que *El origen de las especies* y *Sobre la libertad*, y al que luego seguirían *Character* (1871), *Thrift* (1875), *Duty* (1887) y *The Lives of the Engineers* (1877). No es difícil ver la relación entre la filosofía de Smiles y la de Gladstone, que exhortaba a sus oyentes a que los inspirase «la creencia que la vida es una gran y noble vocación; no algo mezquino y ruin por lo que tenemos que pasar arrastrando los pies, sino un destino elevado y majestuoso».

En esto, los positivistas habrían estado de acuerdo con Gladstone, aunque al hablar de política exterior iban más allá que Gladstone y los demás liberales, y trataban como aliados a las organizaciones obreras. Según Comte, inventor de la palabra «altruismo», tan atractivo para los liberales como para los tradicionalistas, era «entre la clase obrera donde los filósofos [positivistas] hallarán a sus más firmes aliados. Son los dos extremos de la estructura social ... y sólo gracias a su acción combinada la regeneración social será posible en la práctica».

El concepto de «regeneración social» no atraía a la mayoría de liberales, aunque algunos de ellos (a ambos lados del canal de la Mancha) estuviesen tan

dispuestos como los positivistas a alentar las aspiraciones de la clase obrera. Para ellos, lo más necesario eran las «reformas», una palabra que acabó sustituyendo a «mejoras». Los liberales otorgaban asimismo gran importancia a la libertad de expresión, si bien había que discutir los temas dentro de unos límites, determinados por la clase, la costumbre y la razón.

El término «positivismo», como otros *ismos* del siglo XIX, sobre todo «liberalismo», podía ser utilizado en sentido restringido o amplio, y en su acepción restringida, formulada por Comte, se fue apartando cada vez más del «liberalismo», incluso hasta el punto de que Mill, profundamente interesado en todas las cuestiones que planteaban los positivistas, definió al positivismo como «el sistema más completo de despotismo espiritual y temporal que haya concebido cerebro humano alguno, con la posible excepción del de Ignacio de Loyola [fundador de los jesuitas]». Y eso no sólo porque a Mill le pusieran nervioso los «sistemas completos», comtistas o marxistas, sino porque la creencia de Comte en la necesidad de un «orden» además del «progreso» le parecía contradictoria. Además, Comte, como tantos «románticos», sobrevaloraba la Edad Media «orgánica».

La diferencia era fundamental. Los comtistas se tomaban en serio la religión, con su credo y sus ritos. Consciente de que el respeto por las viejas autoridades eclesiásticas se estaba desvaneciendo —y con él, el respeto por la autoridad de la religión en su conjunto—, Comte ofreció al mundo una nueva «religión de la humanidad», que gozó de amplia aceptación, pero que fue interpretada por algunos de sus discípulos de tal modo que acabaron convirtiéndose en una secta, con su propio «templo» en el centro de París, sus propias crónicas de las grandes figuras que habían hecho historia y su propio calendario anual de festividades.[9] Sabedor de todo ello, Huxley definió al positivismo de Comte como un «catolicismo sin cristianismo».

En su acepción amplia, el positivismo no provocaba necesariamente las protestas de los liberales. Las ciencias naturales, incluida la biología darwiniana, se basaban en leyes que el adalid de Darwin, T. H. Huxley, estaba encantado de explicar; y Herbert Spencer, cuya obra *Los principios de la sociedad*, en tres volúmenes, fue publicada entre 1876 y 1897, ejerció una influencia mucho mayor a ambos lados del Atlántico que el discípulo fiel de Comte en Inglaterra, Frederic Harrison. Spencer, utilitarista y evolucionista, era de una familia protestante de provincias, y se indignaba cuando lo describían como discípulo de Comte. De hecho, Spencer, en el mejor estilo victoriano, declaró que lo único que le debía a Comte era «un antagonismo que ha aclarado y dado mayor desarrollo a mis ideas»; sin embargo, su objetivo era el mismo: encontrar y explicar las leyes del progreso, cuya ley fundamental era la evolución de lo simple a lo complejo.

Al igual que «las demás leyes del universo», las leyes de la sociedad eran para Spencer «seguras, inflexibles y siempre vigentes, y sin excepciones», y tampoco se basaban en la coerción. Spencer, a diferencia de Mill y de Smiles, creía en el *laissez-faire* no sólo económico, sino también social. Resulta irónico que lo enterrasen en 1903 en el cementerio londinense de Highgate, muy cerca de

Karl Marx, que había propugnado una teoría de la revolución que magnificaba (a corto plazo) el poder del estado. Pero también Marx creía que «el movimiento social es un proceso ... que se rige por leyes no sólo independientes de la voluntad, la conciencia y la inteligencia humanas, sino que, al contrario, determinan a la voluntad, la conciencia y la inteligencia».

Spencer había publicado sus *Estadísticas sociales* en 1851, el año de la «Gran» Exposición Internacional del Crystal Palace de Londres, en la que el progreso se convirtió en algo visible (tres años después de las revoluciones de 1848); y en 1857 Henry Thomas Buckle, tras 18 años de estudio en solitario, publicó el primer volumen de su *Historia de la civilización de Inglaterra*, que propugnaba —o prometía— la existencia de unas leyes históricas tan firmes como las defendidas por Spencer y Comte. «Del mismo modo que los astrónomos han descubierto los principios que rigen el movimiento de las estrellas, los historiadores acabarán descubriendo las leyes que rigen a la humanidad.» «Nada es anómalo, nada es antinatural, nada es extraño. Todo es orden, simetría y ley».

Al principio Buckle confiaba escribir una historia «científica» de la civilización universal, no sólo de Gran Bretaña, una tarea que, en una época de especialización creciente, resultaba ya imposible. Buckle esperaba ansioso el momento en que «la historia del hombre» fuera arrebatada de las manos de los «propagadores de tonterías ... biógrafos, genealogistas, recopiladores de anécdotas, cronistas de condes, príncipes y nobles», y sólo la escribiesen aquellos «cuyos hábitos les hagan aptos para el cometido». Ni Burke ni Michelet hubiesen encajado en esa categoría. Hippolyte Taine, que se propuso hacer de la crítica literaria una ciencia positiva en Francia, puede que sí. Taine escribió una historia de la literatura inglesa que apareció en 1863, y explicaba la psicología mediante la fisiología.

Fue Spencer, no Buckle, Darwin o Taine, quien inventó la inolvidable expresión «la supervivencia del más apto» (Darwin empleó el término «selección natural») que más entrado el siglo utilizarían políticos y militaristas que no hubiesen contado con su aprobación. El «darwinismo social» empleaba algunos de los conceptos de Darwin, incluido el de «la guerra de la naturaleza», en relación con los procesos políticos, en lugar de los naturales. Sus defensores argüían que la lucha de la humanidad era parecida a la lucha natural, en la que el más apto, es decir, el más fuerte y más capacitado, no sólo *iba* a vencer, sino que *tenía* que vencer. Spencer, tremendamente influyente en los Estados Unidos, se oponía a todo intervencionismo «sentimental» por parte de la Iglesia o del estado. Otros autores —británicos, franceses y alemanes— que recurrieron al lenguaje darwiniano llegaron a conclusiones muy distintas. Justo antes de la primera guerra mundial, un escritor británico, en la revista *The Nineteenth Century*, insistió en que «entre el caos de la política nacional y el alud de aspiraciones sociales contradictorias, la ley biológica de la competencia continúa rigiendo el destino de las naciones al mismo tiempo que el de los individuos. Y del mismo modo en que la base ética de la competencia es el sacrificio, ya que cada generación de plantas o animales o bien perece, o bien lucha a trancas

y barrancas, para que sus sucesores puedan vivir, así en el caso de las naciones, el futuro de la siguiente generación está determinado por el autosacrificio de la generación anterior».

No todos los argumentos del evolucionismo social fueron tan pobres. Había algunos antropólogos evolucionistas sutiles —de inspiración no necesariamente darwiniana— que creían, al igual que los historiadores, que se había producido una evolución de las sociedades «primitivas» a las «avanzadas», que culminaba en la cultura occidental. Los hombres de las culturas primitivas eran —retomando el lenguaje de la geología— «fósiles morales». También el proceso de «avance» podía verse como una ley. Como dijo un pionero de la antropología en 1876, «la historia de la sociedad humana es la de un desarrollo que ha seguido muy fielmente una ley general, y ... la diversidad de formas de vida ... es atribuible sobre todo al desigual desarrollo de los distintos sectores de la humanidad».

La idea de primitivismo que tan atractiva resultaría en el siglo XX suscitó reacciones muy diferentes a mediados del siglo XIX, cuando, en una época en que todo se sometía a discusión, un autor liberal-conservador como Walter Bagehot, director de *The Economist*, al estudiar la constitución inglesa, se puso nervioso al constatar que «el gobierno» tenía que «vérselas con una comunidad en la que la barbarie primitiva constituía la base consagrada de la civilización posterior». Ideas parecidas las compartían también algunos liberales europeos. En Viena, por ejemplo, que desde la década de 1860 a la de 1890 estuvo dominada por los liberales, quienes le dieron un nuevo rostro, éstos eran conscientes del contraste existente entre la sofisticación de la ciudad y algunas regiones rurales y remotas del imperio de los Habsburgo. Los liberales daban aún más importancia a la cultura estética, arte y música incluidos, que a la mejora de los servicios públicos.

El nuevo rostro de Viena era la Ringstrasse, contruida para «contener» al casco antiguo de la ciudad, y adornada con edificios públicos monumentales (escuelas, teatros, museos y el Parlamento) y bloques de viviendas particulares impresionantes y muy solicitadas. Puede que los liberales fueran menos conscientes de los contrastes que se daban dentro de su propia ciudad, y no previesen la aparición de fuerzas antiliberales desde las capas inferiores de la sociedad, movilizadas por hombres como Georg Von Schönerer, hijo de un ingeniero de ferrocarril, que se sirvió del rencor para perturbar la cortesía política y que despertaba en la multitud un virulento antisemitismo. Karl Lueger, dos años más joven, manipuló estas y otras fuerzas antiliberales en su paso del liberalismo al populismo con el que logró dominar la ciudad. A esta Viena se mudó el joven Adolf Hitler, en cuyos sentimientos e ideas tendría una profunda influencia. Theodor Herzl, perteneciente a la generación anterior, el profeta del sionismo, también se había ido a vivir a Viena, igual de fascinado que Hitler por la dinámica de la psicología de masas.[10]

EL VICTORIANISMO

El imperio austrohúngaro no poseía una base industrial. En 1851, Gran Bretaña, sí. La realidad del progreso material se puso especialmente de manifiesto en la cuna de la industria, aunque Londres en sí nunca fuese una ciudad industrial, sino que eran las provincias las que representaban la cara industrial de Gran Bretaña, o más bien, como decía Ruskin, las que llevaban una «máscara de hierro». A finales de siglo, el hierro ya había cedido su puesto al acero. Pero el país seguía estando gobernado por la reina Victoria, nacida el mismo año que Ruskin. A mediados del siglo XIX, cuando lo que luego se definiría como los «valores victorianos» alcanzaron su apogeo, fue cuando se generalizó el empleo del calificativo «victoriano», tras el cual vendría el de «victorianismo».

Los historiadores británicos han hecho bien al insistir en el peligro que supone analizar el victorianismo como un gran todo homogéneo, ya que hay por lo menos tres Inglaterras victorianas —que a efectos prácticos pueden clasificarse como inicial, media y tardía— que abarcan un período en el que en Francia se sucedieron tres regímenes notablemente distintos. Los historiadores también han tenido el acierto de advertir del riesgo de un «victorianismo selectivo», que seleccionaría aspectos concretos del pensamiento o del comportamiento y daría por sentado que eran la norma general.

Debido precisamente a los constantes cambios de régimen en Francia, los historiadores franceses no han caído en la tentación de generalizar al hablar de la década de 1840, cuando la monarquía del «rey ciudadano» Luis Felipe se vio afectada por los escándalos y desgarrada por el descontento social; ni al hablar de la década de 1880, en la que la nueva república se vio también afectada por escándalos mientras intentaba buscar, no sin tensiones, un lugar propio en la Europa de Bismarck. Asimismo, ningún historiador alemán, por fuerte que sea la identidad propia del siglo XIX, confundiría el ambiente que se respiraba en 1848 y en las décadas de 1850, 1860, 1870 y 1880, con la «Alemania de los dos Guillermos», en la que se produjo una ruptura tras el escándalo en el que se vio implicado Philipp Eulenburg, «el mejor amigo del káiser» en 1908. Guillermo II, que dio tanto que hablar a la prensa, incluida la prensa británica, como su tío Eduardo VII de Inglaterra, hablaba un lenguaje diferente y cultivó una imagen muy distinta de la de sus antepasados prusianos, pese a compartir la mayoría de sus prejuicios.

La reina Victoria fue no sólo la única ocupante de un trono contemporáneo en prestar su nombre no sólo para un adjetivo, «victoriano» (en Alemania también lo prestó Guillermo II), sino también para un nombre, «victorianismo». Como reina en solitario tras la muerte de su marido alemán, el príncipe Alberto, en 1861, la reina Victoria dio una imagen de continuidad ausente en la mayoría de países, aunque, por supuesto, Francisco José, en Viena, igual de consciente de su papel, pero menos imaginativo, encarnase también la continuidad desde su coronación en 1848 hasta su muerte en 1918. Pero, a diferencia de Victoria, Francisco José tenía menos intereses y esperanzas depositados en el futu-

ro. A. J. P. Taylor ha escrito que «el imperio de los Habsburgo provocó su crisis mortal al intentar demostrar que seguía vivo».

Para complicar las cuestiones, el término austríaco *Biedermeier*, considerado a menudo el equivalente de «victoriano», es anterior a Francisco José, y hay numerosos indicios de que ya existía el victorianismo antes de que la reina Victoria subiera al trono, sobre todo una nueva severidad en cuestiones de moral y la proliferación de estilos. Al llegar a la década de 1870, que en Gran Bretaña marca un antes y un después, el victorianismo ya empezaba a marchitarse, y en la década de 1890 el *Biedermeier* estaba claramente superado. Tanto el victorianismo como el *Biedermeier* implicaban una confianza esencial en unos valores y en el destino del hombre, por rápidas que fuesen las corrientes del cambio y por fuerte que resultase la sensación de transición del pasado al futuro, y en ambos casos había implícita una noción de deber moral. A finales de la década de 1890, en que la reina Victoria celebró sus bodas de diamante y Francisco José sus bodas de oro en el trono, para sus respetuosos e irrespetuosos súbditos se habían convertido en una especie de ídolos.

El término *Biedermeier* lo inventó el escritor austríaco Ludwig Eichvodt. Sin imaginarse el éxito que llegaría a tener, creó un personaje llamado Biedermaier basado en un poeta de provincias bastante digno que ensalzó las virtudes domésticas. Cambiando la *a* por una *e*, se aplicó primero (en broma) a un estilo de muebles, y luego (en tono aún más burlón) a un estilo de vida. Existen muchos paralelismos entre el culto a la intimidad y la importancia de los valores familiares en Londres y en Viena —al igual que en otros países dentro y fuera de Europa—, y algunos críticos, que consideran que, tanto en cuestiones de gusto como de comportamiento, el victorianismo y el *Biedermeier* se basan en la transigencia, han hecho hincapié en lo que había en ellos de fariseísmo e hipocresía, algo que estos críticos consideraban inherente a este estilo de vida. Pero esos críticos ignoran el hecho de que los victorianos, aunque no los partidarios del *Biedermeier*, fueron sus críticos más certeros.

Buena parte de lo que asociamos con el «victorianismo» —tanto valores como objetos, así como buena parte de las críticas dirigidas a ambos— estaba tan presente al otro lado del canal de la Mancha y en el sur y el este de Europa como en la propia Gran Bretaña. Los liberales franceses eran igual de proclives que los liberales británicos a atribuir la pobreza de la clase obrera a la indolencia, la apatía y la falta de previsión, y el éxito de la clase media más al carácter que al talento. Alemania inventó las tarjetas navideñas y los árboles de Navidad para la festividad doméstica y dickensiana más importante del año. Ni siquiera el Albert Memorial de Londres es más victoriano que el monumento a Víctor Manuel en Roma, acabado en 1884. Y ¿qué podría ser más victoriano que el siguiente fragmento de la gran novela rusa *Las almas muertas* (1842) de N. V. Gógol?

> Manílova estaba muy bien educada. Y la buena educación, como sabemos, se consigue en los internados. Y en los internados, como sabemos, hay tres disciplinas fundamentales que constituyen la base de las virtudes humanas: el fran-

> cés ..., el piano, para proporcionar unos minutos agradables al esposo, y, por último, la parte propiamente doméstica, el tricotado de bolsitos y otras bagatelas.[11]

La literatura de los países denominados «latinos» era mucho más accesible para el resto del mundo que la de Rusia, tanto en la Europa occidental como en la oriental, aunque las peculiares características de la literatura y la música rusas acabarían siendo apreciadas en la última década del siglo.

En este y otros contextos, Francia, que entonces ya era aliada de Rusia, destaca más que Gran Bretaña o Alemania. En Polonia, Hungría y Rusia, se decía que los lectores ricos decoraban sus casas a lo Balzac, y los comerciantes de Venecia adoptaban los nombres y los modales de los personajes de Honoré de Balzac. (Un novelista muy del agrado también de Karl Marx.) Las novelas deliberadamente realistas de Émile Zola, que procuraban incluirlo todo, provocaron reacciones igual de apasionadas veinte años después. Por lo tanto, al explorar las ramificaciones del «victorianismo» o del *Biedermeier*, es fundamental observar el acusado contraste existente a mediados de siglo —el más acusado de todos los contrastes culturales entre naciones de Europa— entre Gran Bretaña y Francia.

Cuando apareció *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, en 1857, era tan diferente de las novelas inglesas de la época que la *Saturday Review*, un semanario londinense muy bien escrito y con ciertas dosis de ironía, comentó que, en general, «las novelas francesas son tan distintas de las nuestras, que resulta difícil creer que pertenezcan al mismo estadio de la civilización». Los críticos británicos creían que a los franceses les faltaban las firmes virtudes heredadas del puritanismo: había en ellos algo «decadente» antes de que la «decadencia» se pusiera a la orden del día a finales del siglo XIX, y ningún político imitaba a Gladstone, relacionando las decisiones políticas con decisiones morales íntimas. Incluso Matthew Arnold, que admiraba la cultura y la educación francesas y atacó a los «filisteos» de su propio país, condenó a los franceses por «confundir los apetitos de la carne y del pensamiento de moda con los derechos humanos» y por creer que, si se obedecían tales apetitos, se alcanzaría «la felicidad humana y la sociedad perfecta». Arnold atribuyó la derrota de Francia ante Alemania en 1870 a la «ausencia de una idea seria de la moral y de su necesidad».

Por su parte, los franceses se quejaban de la «casta y pura Inglaterra», unos calificativos de los que el primero resultaba especialmente irritante. Resulta esclarecedora la lectura de las páginas en que Hippolyte Taine describe sus viajes por Gran Bretaña. A Taine le gustó mucho lo que vio como escritor y crítico de arte y literatura, pero le inquietó el sufrimiento de la clase obrera en las grandes ciudades industriales, y le sorprendió el nivel de «propaganda espiritual» —como, por ejemplo, la difusión de opúsculos religiosos y la presencia de lemas religiosos—en unas circunstancias tan adversas. Uno de sus comentarios sobre un domingo en el Londres victoriano resulta singularmente evocador: «Domingo de lluvia en Londres; tiendas cerradas y calles casi vacías. Los escasos transeúntes, al amparo de sus paraguas en un desierto de plazas y calles, parecen fantasmas: es horrible».

En la misma Francia, Flaubert, que se describió a sí mismo idílicamente en una ocasión como «un burgués que lleva una vida retirada en el campo, ocupado con la literatura y sin pedir nada a los demás», y el poeta Charles Baudelaire fueron procesados en 1856-1857 por ofender la moral pública con sus escritos. A ninguno de los dos debió sorprenderles, sobre todo a Baudelaire, cuyo libro de poemas *Les Fleurs du Mal* vio la luz al mismo tiempo que *Madame Bovary*. Para Baudelaire, mencionar la palabra «progreso» era mentarle la bicha. «La poesía morirá —afirmaba Baudelaire— si se asimila a la ciencia y la moral», de modo que Baudelaire se asoció con todos los poetas que protestaban contra el mercado, el gobierno y los curas. El París del Segundo Imperio, resplandeciente a la luz del gas, la Babilonia de Baudelaire, les parecía a los críticos ingleses, sobre todo a los que vivían en las florecientes ciudades de provincias, que compendiaba todo lo malo de Francia, aunque eso no impidió que muchos de ellos viajaran allí. «En las naciones latinas —escribió Arnold en 1874— presenciamos en todas partes la desaparición del tipo de ciudad autóctono, sustituido por el modelo del París moderno, la ciudad de *l'homme sensuel moyen* [la ciudad del hombre sensual medio].»

Fue en Alemania y en la Suiza alemana donde se asentó con mayor firmeza el modo de vida burgués a mediados de siglo, y, allí donde resultaba más evidente el afán de comodidades, es también donde fue más criticado. Después de las revoluciones de 1848 se produjo una consolidación del gusto burgués «respetable», y los alemanes de clase media adquirieron fama de regularidad en sus hábitos, sentimentalismo y *Gemütlichkeit* (una palabra reconfortante que puede traducirse por «placidez»). La *Gemütlichkeit* era totalmente compatible con la fe bismarckiana en la sangre y el hierro. De hecho, a medida que el liberalismo alemán se iba alejando cada vez más del liberalismo universalista que defendía Gladstone en Gran Bretaña, la moral práctica de los dos países —basada en el carácter, el deber, el trabajo y el ahorro— estaba cada vez más próxima.

El gran historiador suizo de lengua alemana Jakob Burckhardt, inventor de la expresión «era de las revoluciones», tuvo la suficiente agudeza como para darse cuenta de que la hegemonía de ese tipo de moralidad no salvaría necesariamente al mundo del militarismo y la guerra. Más aún, Burckhardt temía que «amplios sectores de la sociedad» estarían dispuestos a sacrificar su literatura nacional «a cambio de tener coches cama» que transportaban a los viajeros de un país a otro, generalmente de noche, en los grandes expresos internacionales. Burckhardt creía que la gente del siglo XIX, sosa, superficial, voluble, era totalmente incapaz de apreciar la «grandeza». «Podríamos empezar por nosotros mismos ... Grandeza es todo lo que *no* somos.» En otros países se oyeron críticas parecidas. Así, por ejemplo, el ruso exiliado en Londres Alexander Herzen, creía que la gente estaba dormida, y se preguntaba cómo despertarla. «¿En nombre de qué podremos lograr que una personalidad insulsa, hipnotizada por nimiedades, se inspire y se desengañe de su existencia actual de trenes, telégrafos, periódicos y productos baratos?»

La aceleración de las comunicaciones por tren y por mar fue uno de los

fenómenos más visibles del siglo XIX, y en Europa —pese a todas sus diferencias económicas, políticas, sociales y culturales— la sensación de interdependencia era muy fuerte. Las óperas de Giuseppe Verdi, algunas de las cuales, como *La traviata* (1853), planteaban problemas morales y no sólo musicales, podían escucharse en todos los teatros. (Es interesante observar que en su juventud la reina Victoria fue una entusiasta de la ópera, y que sorprendió a los parisienses con su entusiasmo por el baile en su visita de 1853.) El compositor francés Hector Berlioz, de un romanticismo sublime, fue siempre calurosamente bienvenido en Gran Bretaña, un país que produjo grandes públicos, ya que no compositores. La música de Richard Wagner, que empezó a crear su nuevo teatro de ópera en Bayreuth, en Baviera, en 1871, suscitaba polémicas en todas partes, mientras surgían quienes decían ser sus «discípulos» y se manifestaban los críticos.[12]

Los escritores rusos, como Iván Turgueniev, autor de *Padres e hijos* (1862), y León Tolstoi, cuya novela *Guerra y paz* (1865-1869) es considerada por muchos críticos como la mejor de todos los tiempos, viajaban con asiduidad, y algunos compositores rusos asistieron a la interpretación de sus obras en varias capitales europeas. De entre estos últimos, muchos se inspiraron en temas literarios. Pushkin se dio a conocer al gran público europeo gracias al *Eugenio Oneguin* de Chaikovski. Fedor Dostoievski, cuya novela *Crimen y castigo* apareció el mismo año que *Padres e hijos*, se planteó cuestiones fundamentales —sin pretender jamás responderlas de forma simple o inequívoca— sobre la capacidad de los hombres de hacer de este mundo y de ellos mismos lo que quisiesen; cuestiones fundamentales en un siglo en el que el mundo estaba siendo recreado —según muchos de sus escritores más creativos— de forma totalmente insatisfactoria.

En Gran Bretaña, los años centrales del siglo fueron una época de apogeo. En la década que empezó con la Gran Exposición, las máquinas, como las ciudades industriales, se convirtieron en algo habitual, y el hecho de que el país —a pesar de su estructura industrial (¿o tal vez gracias a ella?)— se hubiera librado de la revolución de 1848, que Carlyle creía que estaba al caer, aumentó la confianza. También contribuyó a ello, y más aún si cabe, la gran prosperidad económica que duró hasta mediados de la década de 1870. Los salarios en términos reales aumentaron al mismo tiempo que los beneficios, los alquileres y los precios, de modo que había un equilibrio de intereses entre la agricultura y la industria, la aristocracia, la clase media y la clase obrera. No es de extrañar que se dejasen oír pocas voces en demanda de reformas económicas o políticas «orgánicas» durante esos años, en los que la constitución no escrita de Gran Bretaña, anterior tanto a la industrialización como a la democracia, fue ensalzada, al igual que el hecho de que Gran Bretaña, «tierra de libertades», permitiese que se instalaran en ella los exiliados de países extranjeros de regímenes despóticos, y que prosiguieran sus actividades sin apenas traba alguna, muy a pesar de los gobiernos de sus países de origen. La descentralización de la policía y la ausencia de una policía armada resultaban tan atractivas allende las fronteras británicas como lo serían para Croce en el siglo XX.

Esta fue la edad de oro de la novela inglesa, cuando los lectores podían ufanarse de leer no sólo a Dickens, uno de los escritores de mayor éxito de público, sino también a George Eliot, una escritora de una sensibilidad y un criterio moral notables, y Anthony Trollope, que también podía inducir a sus lectores a la autorreflexión. El calificativo «realista» se ha aplicado de forma poco estricta a algunos de estos autores. La poesía, en gran parte de estilo tardorromántico, era vista más a menudo como una forma de evasión, si bien Tennyson y Browning compartieron el interés por «lo moderno». Por supuesto, los escritores sabían que había muchísima gente que no sabía ni leer ni escribir, aunque el índice de alfabetización mejorase antes de la introducción en 1870 de la enseñanza elemental pública, que pronto sería gratuita y obligatoria.

Prusia había sido pionera en este campo en el mismo siglo, y no fue hasta 1870 cuando Gran Bretaña aprobó su primera ley de educación nacional. En 1882, en Francia la enseñanza primaria, que había sido declarada gratuita el año anterior, se convirtió en obligatoria y laica. Jules Ferry, el iniciador de esta política, convirtió a los maestros en agentes de la República, lo que le provocó conflictos con el Parlamento y, sobre todo, en las ciudades y pueblos franceses de provincias, donde el clero se opuso frontalmente a la «secularización». En todos los países, la enseñanza obligatoria de los jóvenes, por elemental que fuese, cambió inexorablemente la vida cotidiana, laica y religiosa.

En las últimas décadas del siglo, en las que el poder del Estado iba en aumento en todos los países, y en las que Gran Bretaña perdió el liderazgo en varios sectores de la industria, la potencia cultural de Gran Bretaña también entró en declive, a pesar de los progresos efectuados en la enseñanza y en el grado de alfabetización. Dentro del contexto de Gran Bretaña, es interesante comparar dos poemas de Tennyson, *Locksley Hall* (1842) y *Locksley Hall Revisited* (1882). En el primer poema, Tennyson, como Victor Hugo en Francia, expresa su fe en la ciencia: «la ciencia se mueve lentamente, arrastrándose de un lugar a otro». Y, si bien era más consciente que algunos de sus coetáneos de las necesidades y reivindicaciones de «los hambrientos», hacía gala —una vez más, igual que Hugo— de una gran confianza en el futuro: «Pues no me cabe duda de que el hilo de un noble propósito recorre la eternidad, y con el correr del sol se ensancha la mente de la humanidad». Al llegar la década de 1880, Tennyson se fiaba menos de la ciencia, y sentía más miedo del «poder de Demos» que preocupación por las necesidades y reivindicaciones de «los hambrientos». Y se mostraba más pesimista que optimista en relación al futuro: «Se extinguió el grito de «¡Avante, avante!», ahogado en la oscuridad creciente; ahogado u oído sólo en el silencio desde un sepulcro silente». Eso era algo más que el pesimismo de la vejez. También había dudas sobre qué dirección seguir. Durante la década de 1870, cuando el agnosticismo y el relativismo ganaban adeptos, Morley dijo que el aire de Gran Bretaña estaba lleno de proyectiles. «Quienes viven en la torre de la antigua fe miran a su alrededor, llenos de constantes aprensiones, temores y asombro ... Todo son dudas, vacilaciones e inquieta expectación.»

A Tennyson y Morley les interesaban los *ismos*. Quienes no compartían su

interés se vieron menos afectados por esa clase de dudas, ya que, a pesar de la actividad intelectual, la vida podía conservar (e incluso aumentar) su comodidad. También resultaban estimulantes las aventuras y la gloria imperiales. El principal temor de la sociedad era el ascenso del poder autónomo de la clase obrera, en la que habían surgido tensiones por parte de los trabajadores no especializados y, algo aún más amenazador, los parados. Se habían cambiado las tornas, y para voces rebeldes como las de Oscar Wilde y George Bernard Shaw, que afirmaban que no eran los «pobres decentes» los más dignos de atención, era de cajón que «las virtudes de los pobres se aceptan de inmediato, algo que es de lamentar. Los mejores de entre los pobres no son nunca agradecidos, sino ingratos, descontentos, desobedientes y rebeldes, y con toda la razón». Tanto Wilde como Shaw utilizaron los teatros como lugar de debate igual que como lugar de entretenimiento.

Había rebeldes de muchas clases, de entre las que destacaban dos: los estetas, como Wilde, que saboreaban todos y cada uno de los aspectos de la experiencia, sobre todo los prohibidos y extravagantes; y los «primitivos», que buscaban una vida más simple y menos «artificial». La mayoría de estos últimos leían los poemas del norteamericano Walt Whitman y disfrutaban con los cuadros de Paul Gauguin, con sus escenas de los mares del Sur. Muchos, como Edward Carpentier, estaban dispuestos a rechazar todas las normas establecidas. Las mujeres rebeldes también formaban un grupo destacado, que reivindicaba unos derechos que ni siquiera se habían planteado apenas unas décadas antes. La idea de la «nueva mujer» ejerció tanta influencia en los años del fin de siglo como la idea de un «arte nuevo». De hecho, el adjetivo «nuevo» se hizo cada vez más popular a medida que el siglo envejecía.

Incluso a mediados de siglo, tras los grandes y nuevos bulevares de París, encargados por Napoleón III y construidos por el barón Haussman (y donde era imposible levantar barricadas), se encontraban los patios y los desvanes de *Bohemia*, un lugar que no figuraba en los mapas, pero conocido en todos los idiomas. «*La Bohème*, la vida ideal, libre y placentera de París —escribió Arnold—, es una especie de paraíso de los parias.» Y la mayoría de capitales europeas tenía su propia bohemia, un grupo de artistas y escritores, muchos de los cuales intentaban escapar tanto de las normas como del mercantilismo de la sociedad y la cultura decimonónicas. Arnold apenas le prestó atención en sus escritos críticos, aunque, al hablar de «finalidades intelectuales y espirituales» considerase a Europa como «una gran confederación, unida en una actividad común y trabajando con el mismo objetivo»; sin embargo, buena parte de lo que se consideraría «moderno» en Europa nació en la bohemia europea. Y algunos de los que más contribuyeron a modelar lo que se ha denominado «la mentalidad europea moderna» habían vivido en la bohemia antes de 1870, cuando se dice que tuvo lugar la gran ruptura en la conciencia europea.

LA MODERNIDAD

El concepto de «modernidad» puede resultar tan confuso como el de romanticismo cuando se utiliza para describir una serie de manifestaciones culturales tan variadas como los dramas de Ibsen y el simbolismo del poeta francés Stéphane Mallarmé. Y sin embargo, el poema de Mallarmé *L'après-midi d'un faune*, publicado en 1887, no sólo fue musicado por Debussy, sino que dio pie a un célebre ballet presentado por Sergei Diaghilev, quien fundó el *Ballet Russe* en París en 1909.

La «modernidad» funcionaba a través de una serie de conexiones entre las artes y los países, y si tenía el centro en París, también lo tuvo, en los años anteriores a 1914, en Viena, ciudad no sólo de Sigmund Freud, sino también de los compositores Richard Strauss, Gustav Mahler, Arnold Schönberg, Alban Berg y Anton von Webern; del poeta y libretista Hugo von Hofmannsthal; de los novelistas Karl Kraus y Robert Musil; de los pintores Gustav Klimt y Oskar Kokoschka; y del filósofo Ludwig Wittgenstein, todos ellos nombres clave en cualquier diccionario biográfico de la modernidad, a caballo de los siglos XIX y XX. Berlín y Munich fueron otros centros destacados, la primera «compensando a base de modernidad lo que le faltaba de ''antigüedad''», y esta última, cuna del «expresionismo» alemán. Allí fue donde en 1908 Wilhelm Worringer, un partidario de la «abstracción», siguió los pasos de Madame de Staël a principios de siglo intentando explicar las diferencias entre el arte «del Norte» y el «clásico» (y el «oriental»). También fue a Munich adonde se trasladó en 1897 Wassily Kandinski, pionero ruso de la pintura abstracta.

Buena parte del «movimiento moderno» se ha descrito —y, ciertamente, ya lo fue en su época— en función de los *ismos*, por engañoso que pueda resultar. El simbolismo fue el primero, cuyo manifiesto, *Le Symbolisme*, apareció en 1886. No existió un manifiesto cubista parecido, aunque el poeta Guillaume Apollinaire, que presentó a Picasso a Georges Braque en 1907, hizo mucho por difundir su conocimiento (y el del arte africano). El «futurismo» fue proclamado en 1909 en uno de los manifiestos más famosos, el primero de varios, escrito por el poeta italiano Filippo Marinetti. Uno de sus objetivos era hacer «borrón y cuenta nueva» de «todos los temas rancios y trillados para expresar el torbellino de la vida moderna, hecha de acero, fiebre, orgullo e impetuosa velocidad».

Podemos seguir las conexiones existentes entre los *ismos* desde antes y después del «simbolismo», pasando por el modernismo (llamado, en la Viena de Klimt, *Sezession* y en el resto de Europa, *art nouveau*), el decadentismo de fin de siglo —criticado exhaustivamente en uno de los libros más comentados de la década de 1890, *Degeneración* (1892), de Max Nordau—, la ópera (de la *Salomé* de Strauss al *Wozzek* de Berg), la literatura (de Ibsen a James Joyce) y la filosofía (de Nietzsche a Wittgenstein). Y también podemos seguir esas conexiones a escala geográfica: el modernismo se cultivó en Escocia (Charles Rennie Mackintosh), Bélgica (Henry van der Velde y Victor Horta), Francia (René Lalique), Finlandia y otros países; y cuando Strauss convirtió el drama de Wilde *Salomé* en una ópera en 1905 (el drama se había representado en Berlín dos

años antes), fue un «puente» que unió a la Inglaterra de Wilde y Aubrey Beardsley, ilustrador de *Salomé*, con la Austria-Hungría de Klimt.

El simbolismo también estaba presente en las últimas obras de Ibsen —*El constructor Solness* y *John Gabriel Borkman*—, y en Francia, incluso dentro de las novelas «realistas» de Zola. Y en la base tanto del simbolismo como del realismo se hallaba un cambio de actitud hacia el espacio y el tiempo, que se había ido produciendo a lo largo del siglo XIX, pero antes de que el tiempo soltase amarras en el siglo XX, lo regularon. El «tiempo universal» se fijó en 1884 cuando los representantes de 25 países se reunieron en Washington y designaron como meridiano cero al de Greenwich y dividieron el mundo en husos horarios. El sistema fue aceptado paulatinamente entre 1884 y 1900, con excepciones como San Petersburgo, que conservó su propia hora oficial.

Los individuos también tenían su propio sentido del tiempo, y la «literatura moderna» le sacó mucho partido. El filósofo norteamericano William James inventó la expresión *stream of consciousness* («fluir de la conciencia») en 1890. Marcel Proust jugó con el tiempo en su gran novela moderna *A la recherche du temps perdu*, cuyo primer volumen apareció en 1913, y cuyo ejemplo siguió James Joyce, el novelista irlandés exiliado en Francia, cuyo *Ulysses*, considerado una de las novelas modernas más importantes, apareció en 1922 y fue prohibida en Gran Bretaña. La preocupación por el espacio y el tiempo resulta asimismo evidente en la obra de algunos pintores y escultores. Así, el pintor francés Marcel Duchamp describió su *Desnudo bajando las escaleras* (1913) como «un conjunto organizado de elementos cinéticos, y la expresión del tiempo y el espacio mediante la representación abstracta del movimiento».

Una descripción así resultaba totalmente inaudita, pero el concepto de «modernidad», a pesar de reconocerse como tal, no es una novedad de finales del siglo XIX, ni siquiera de las décadas de 1860 o 1870, sino que se remonta al Renacimiento, la época favorita de Stendhal, e incluso a la caída del imperio romano, la época en la que las universidades de Oxford y Cambridge situaban el inicio de la «Europa moderna». En los años finales del siglo XIX, sin embargo, y en la primera década del XX, fue cuando las antiguas nociones de perspectiva y finalidad fueron más atacadas. Ibsen criticó todos los valores establecidos que habían dominado la sociedad de mediados del siglo XIX. Nietzsche, intuitivo y antiintelectual, luchó no sólo contra el teleologismo del siglo XIX, sino contra todos los siglos de cristianismo que lo habían precedido, haciendo hincapié en «la idea de poder en el hombre, la voluntad de poder, el poder en sí», insistiendo en que entre las pasiones positivas a las que había que dejar vía libre figuraban el orgullo, la alegría, la salud, el sexo, la enemistad y la guerra. A Nietzsche no le importaba tener muchos enemigos, incluidos todos los filósofos creadores de sistemas totales: «Desconfío de todos los que sistematizan y los evito. La voluntad de sistematizar es una falta de integridad». Freud, de orígenes, temperamento y talento muy diferentes, exploró el inconsciente, desvelando «el lado nocturno de la naturaleza y del alma». Su *Interpretación de los sueños* fue uno de los últimos libros del siglo. «Los deseos de nuestro inconsciente —escribió— siempre alerta ... me recuerdan a los legendarios tita-

nes». «En el inconsciente no podemos ponerle punto final a nada, nada queda superado ni olvidado.»

Otros autores y compositores, nacidos con anterioridad, sobre todo Marx y Wagner, fueron admitidos en el selecto grupo de pensadores «modernos». Marx porque sus ideas desempeñaron un papel activo en la configuración de la historia del siglo XX; Wagner (con la bendición de Nietzsche) porque en las cuatro grandes óperas, compuestas en épocas distintas, que componen *El anillo de los nibelungos* —y en otras óperas, especialmente en *Parsifal*, estrenada en 1882— se adentró en la psicología del amor, la confianza, el odio, el poder y la redención, y haciéndolo creó un reino mítico que conservaría y aumentaría su fuerza en el siglo XX. También les reservaron un lugar al filósofo alemán del «pesimismo» Arthur Schopenhauer, que murió en 1860, y al poeta francés Baudelaire, que fue más leído después de su muerte en 1867 que antes.

En su condición de figura clave, el profeta noruego de la modernidad, Ibsen, que fue aclamado, junto con Wagner, por George Bernard Shaw, se hizo famoso en toda Europa en las décadas finales del siglo XIX por tratar el drama como un vehículo de crítica social, con el que pretendía denunciar los errores de las normas convencionales y de la superstición. En particular, le ofendía la moral de la «respetabilidad» (palabra clave en el siglo XIX): la opinión de Podsnap según la cual no debería haber nada en ningún libro que no fuese apto para que lo leyese cualquier «joven», nada que hiciera ruborizar a ese joven. El sexo tenía que mantenerse en secreto dentro de los hogares de clase media de mediados de siglo, y fuera del hogar, tanto en Escandinavia como en Gran Bretaña, se daba gran importancia a la necesidad de «pureza» de pensamiento y obra.

En esta época la cultura escandinava floreció de forma espectacular, en parte debido al nacionalismo. Julian Christian Sibelius, nacido en Finlandia en 1865, autor de siete sinfonías, compuso su poema sinfónico *Finlandia* en 1900. También había nexos de unión entre las distintas artes. Así, por ejemplo, el compositor Edvard Grieg compuso la música para el drama *Peer Gynt* de Ibsen como si se tratara de una ópera. Uno de los máximos pintores expresionistas fue el noruego Edvard Munch, que se asustaba tanto como la gente al ver sus cuadros. En su caso, existía una conexión con Ibsen: tal como ha dicho un crítico, «el expresionismo convierte a la pintura en un vehículo para las emociones puras, los dramas interiores, a menudo en bruto». Un dramaturgo y pintor sueco más tardío, August Strindberg, amargo y a veces obsesivo, utilizó técnicas expresionistas experimentales que influyeron en el teatro del siglo XIX, pero su actitud despectiva hacia las mujeres lo descalifica como profeta de un nuevo siglo que acabaría con el surgimiento del feminismo.

Una de las personas que más influencia ejercieron sobre Ibsen, el crítico danés Georg Brandes, pronunció en 1871 una conferencia que Ibsen aplaudió precisamente porque abría «un enorme abismo entre el ayer y el hoy», añadiendo que cualquier cosa era mejor que la situación del momento. Había otros «abismos» en lo que en otra época había parecido la sólida estructura de la vida social. Ibsen, que solía insistir en la influencia del pasado individual en la existencia de sus personajes, también era consciente de la importancia que tenía

en la moral de mediados de siglo el «doble rasero» que se utilizaba a la hora de prescribir el comportamiento de hombres y mujeres. Del «hombre viril» se esperaba que se comportase de un modo que no era nada apropiado para la casta «mujer femenina», y la tan cacareada «santidad del hogar», basada en el ideal de familia en la mayoría de países europeos, se mantenía en la práctica gracias a la coexistencia con una prostitución muy extendida, regulada en la mayoría de países a través de burdeles provistos de autorización legal. En Gran Bretaña, donde eso no pasaba, la prostitución era descrita como «el gran mal de la sociedad»: «la extensión de este vicio provoca, de muy distintas formas, el deterioro del carácter nacional, y expone, por consiguiente, a la nación en la que abunda a la debilidad, la decadencia y el hundimiento».

Resulta siempre difícil generalizar acerca de las actitudes hacia el sexo o hacia el comportamiento sexual, no sólo porque permanezcan en gran medida fuera del escrutinio público, sino debido a la existencia de diferencias individuales y de clase social; sin embargo, no cabe duda de la existencia en la Europa del siglo XIX de muchas formas de represión, así como de las complejas reacciones de los «modernos» ante los valores de la época. Algunos eran homosexuales, otros, libertinos, y otros, solitarios. El hecho de que la clase obrera pareciera haberse librado de los imperativos de la moral burguesa animó a algunos de los rebeldes modernos a buscar una alianza con ella, curiosamente parecida, aunque por razones distintas, a la que habían buscado los positivistas.

Por supuesto, se dieron contradicciones culturales y sociales. Así, por ejemplo, el amor romántico, idealizado en poesía y en prosa, sobre todo a mediados de siglo, estaba también en abierto contraste con el impulso competitivo que constituía la base de la economía de empresa en su progreso hacia una industrialización cada vez mayor, y no sólo con las estrategias familiares de tipo dinástico y aristocrático. En los círculos de clase media de mediados de siglo, el hogar, presidido por el *pater familias*, se concebía, pues, como un lugar donde evadirse de las tensiones de los asuntos de la vida cotidiana, como un remanso de paz por encima de todo. «La familia —dijo un autor británico en 1874— es la unidad sobre la que descansa un gobierno constitucional que es la admiración y la envidia de la humanidad ... El marido y la mujer, por pobres que sean, que vuelven a casa después de concluir sus ocupaciones o sus apremiantes compromisos, encuentran allí *su* dominio, *su* reposo, *su* compensación por sus frecuentes desvelos ... Todo ello es algo sagrado.»

El problema, desde luego, era que no todos los hogares eran así, como los comentaristas más «realistas» se vieron obligados a reconocer, estableciendo así un vínculo entre «realismo» y «modernidad». Ibsen, sobre todo, hizo hincapié en la tendencia de los maridos a tratar a las mujeres e incluso a sus hijos como propiedades suyas, en el mejor de los casos, muñecas en una casa de muñecas; y en la mayoría de países, del norte, el sur, el este y el oeste, las mujeres tardaron en ver reconocidos sus derechos de propiedad o (suponiendo que pudieran divorciarse) en librarse de sus maridos alegando crueldad o abandono. A pesar de la presión cada vez más fuerte a favor de los derechos de la mujer, el marido continuó siendo el «rey de la creación» hasta finales del siglo XIX,

ejerciendo su dominio sobre unas familias decimonónicas que solían ser numerosas. Había tantos niños, que una máxima victoriana al respecto que aún se recuerda es que «los niños pequeños deben ser vistos, pero no oídos». La mortalidad infantil era alta, y la muerte de los hijos pequeños era algo habitual.

Algunos autores «modernos», como el británico Samuel Butler, estaban fascinados por las implicaciones (a veces «inconscientes») de las relaciones familiares autoritarias; algo que también fascinaba a Freud. El interés por el «inconsciente» fue en aumento a lo largo de la época, como ha demostrado Stuart Hughes en su estudio *Consciousness and Society*, y no hubo interés que pudiese socavar tanto la base de las filosofías liberales y positivistas de mediados del siglo XIX. Es significativo que el propio Freud, que procedía de una familia burguesa de la Viena de finales del imperio de los Habsburgo, conservase una confianza liberal en la tolerancia y una fe positivista en la ciencia.

El «hogar en orden», ya fuese en Viena o en Londres, exigía un gran número de sirvientes domésticos disciplinados, de los que, a pesar de las esporádicas afirmaciones de la prensa en sentido contrario, hubo gran abundancia (aunque a un precio cada vez más caro) hasta la primera guerra mundial. En todos los países las familias se dividían en categorías de acuerdo con el empleo o no de criados, y, en caso de emplearlos, según el número de los mismos. Las familias de clase trabajadora sin criados podían ser «decentes» —aunque, a esas alturas, este fuese un elogio bien pobre—, pero nada más. Los hogares de clase media de mediados del siglo XIX también tenían que estar llenos de *objetos*, y aquí —al igual que en el tamaño de las familias— hubo cambios antes de 1914.

Otro indicio de «modernidad» fue cuando a la acumulación de objetos empezaron a llamarla amontonamiento en las décadas de 1880 y 1890, y fue una señal aún más inequívoca de cambio la transformación del aspecto de las casas a principios del siglo XX, sobre todo en Alemania. A comienzos del siglo XIX, los objetos del siglo XVIII habían sido relegados a los desvanes o a los sótanos, por ser de aspecto demasiado sencillo y equilibrado, y en arquitectura se produjo un notable alejamiento de los «monótonos» cánones de gusto neoclásicos. Ahora, a finales del siglo XIX, al penetrar en los hogares un cúmulo de «objetos nuevos», se produjo otra reacción contra la predilección de mediados de siglo por los muebles macizos, preferentemente muy recargados, pensados para durar. De todos modos, siguió habiendo lugar de sobra para el lujo, pues el afán de riqueza y progreso material no cesó, por más que se multiplicasen las dudas y angustias de los filósofos, como tampoco se detuvo el avance del socialismo que acompañó al gran impulso del desarrollo económico europeo. En la primera década del siglo XX había más gente con ganas de gastar ostentosamente (en la mesa o en cacerías, en el campo o en la ciudad) que a mediados del siglo XIX. La plutocracia se mezcló con la aristocracia. También se dio un «filisteísmo» aún más acusado, sobre todo en Gran Bretaña, junto con exigencias de mayor prosperidad y poder. La Gran Bretaña eduardiana se esforzó por no ser victoriana de espíritu, lo cual no ayudó en nada a los apóstoles de la «modernidad», como tampoco les ayudó la configuración económica y social de la Alemania de Guillermo II.

Si lo que la gente que gastaba el dinero pretendía era divertirse (aunque para ello tuviesen que endeudarse), la permanencia era lo que más despreciaban los «modernos». Fascinados por la velocidad, los pintores y escritores del grupo italiano de los futuristas que elaboró el *Manifiesto futurista* (1909) reivindicaban la acción dinámica e individual, basada en la energía humana y en el nuevo poder tecnológico de las máquinas. Esta actitud era políticamente ambigua, ya que algunos vanguardistas se inclinaron cada vez más hacia la izquierda revolucionaria, y otros hacia la extrema derecha. Un crítico francés antirracionalista, Georges Sorel, muy influido por Marx, se las ingenió —y no fue el único— para hacer las dos cosas a la vez. Rechazando el liberalismo de las urnas y reivindicando la acción directa mediante la huelga general, Sorel buscaba los «mitos de la acción».

Se debe en parte a estas dualidades que el siglo XX tuviese un carácter muy diferente del XIX. Después de generaciones de rebeldía, tendría cabida incluso la recuperación del victorianismo. Y habría una profunda inquietud por la violencia, nacional e internacional. En vísperas de la «Gran Guerra» de 1914-1918, que transformó tanto a la historia, un joven filósofo inglés, Bertrand Russell, que sentía un gran interés por las matemáticas y las nuevas ciencias, escribía sobre el «sustrato bárbaro de la naturaleza humana, insatisfecho con la acción» y que encuentra «una válvula de escape en la imaginación». Russell no tuvo que esperar mucho a que hubiese acción; y cuando la hubo, no le gustó.

Capítulo VI

UNA GUERRA CIVIL EUROPEA, 1914-1918

«Alemania le ha declarado la guerra a Rusia; por la tarde me he ido a nadar.»[1] Así fue como el escritor Franz Kafka anotó el estallido de la primera guerra mundial en aquella calurosa primera semana de agosto de 1914. La flemática entrada en su diario contrasta abiertamente con las reacciones patrioteras que provocó la declaración de guerra en la mayoría de capitales europeas. La multitud se agolpó en Berlín, San Petersburgo, Viena, Londres y París en los últimos días de la crisis de Sarajevo, entusiasmada con la escalada de la tensión internacional y la inminencia más que probable de una guerra. Los furgones de reparto del periódico berlinés *Tägliche Rundschau* eran asaltados por muchedumbres ansiosas de noticias de la respuesta serbia al ultimátum austrohúngaro, y el rechazo de Serbia a las exigencias austríacas fue recibido con alborozados gritos en dialecto berlinés: «*Et jeht los!*» (¡Ya está!). Durante el fin de semana de la crisis, los días 1 y 2 de agosto de 1914, se celebraron casi 2.000 bodas de urgencia en Berlín, y cuando el rector de la Universidad de Kiel pronunció un vehemente discurso con motivo de la declaración de guerra, casi todos los estudiantes varones se alistaron.

Motivados por el deseo de conservar un glorioso presente (¿Gran Bretaña? ¿Austria-Hungría?), o restaurar el honor mancillado (¿Francia? ¿Turquía? ¿Rusia?) o labrarse un glorioso porvenir (¿Alemania? ¿Serbia? ¿Italia?), ciudadanos, súbditos y gobiernos parecían igual de entusiasmados con la guerra. Los lazos internacionales quedaron hechos trizas, y la fraternidad de la Internacional Socialista se fue al traste. El entusiasmo por la guerra puede explicarse en parte —pero sólo en parte— por la convicción general de que la guerra se habría acabado en cuestión de meses. La mayoría de estrategas preveía en 1914 la rápida resolución del conflicto, a pesar de que la guerra de Crimea, la guerra de secesión de Estados Unidos y la guerra de los bóers habían dejado más que claro que toda conflagración importante implicaría unas hostilidades prolongadas, fatigosas y encarnizadas. Su error de cálculo cambiaría para siempre la faz de Europa. Al cabo de cincuenta y un meses de lucha y de nueve millones de muertos, la guerra se acabó, justo antes de la Navidad de 1918, y no la de 1914, como habían predicho.

El amanecer de la «guerra total»

El 5 de agosto de 1914, Gran Bretaña, alegando la defensa de la neutralidad de Bélgica y, más importante, temerosa de una posible hegemonía alemana en Europa, se acababa de unir en la guerra a Francia, Rusia, Alemania, Serbia y Austria-Hungría. Con ello, la guerra se convertía en el primer conflicto a gran escala desde las guerras napoleónicas en las que habían participado los principales países europeos. Habían estado divididas a lo largo de más de una década de diplomacia en dos bandos opuestos: las potencias centrales y las de la Entente o aliadas. Pero en el curso de la guerra, mientras que el viejo aliado de Alemania, Turquía, y Bulgaria lucharon del lado de los ejércitos centrales, Japón y los Estados Unidos se unieron a los aliados, junto con Italia (después del tratado de Londres de 1915), y luego seguirían su ejemplo una serie de estados independientes de Latinoamérica, China y Siam. Algunas de estas potencias, como Italia, entraron en guerra porque su intervención en la misma les pareció menos peligrosa que la neutralidad. La entrada de países no europeos, como Japón y los Estados Unidos, tuvo importantes consecuencias a largo plazo para Europa. Sobre todo, la entrada de los Estados Unidos desplazaría el centro del poder fuera de Europa en el mundo del siglo XX.

También participaron en la guerra soldados procedentes de territorios imperiales lejanos, pero en su mayor parte se trató de una guerra civil europea entre países industrializados o que iban camino de serlo. Paradójicamente, fue debido a la naturaleza de la industrialización europea por lo que los responsables de la logística militar creyeron que la guerra acabaría pronto, como había sucedido con las victorias de Prusia sobre Austria y Francia en el siglo XIX. Los militares creían que los trenes llevarían rápidamente a los soldados hasta el frente, las ametralladoras constituirían una fuerza ofensiva de gran potencia y el poderío de la marina y la artillería apabullaría al enemigo. La velocidad de ataque era la clave del plan (o mejor, planes, pues hubo varias versiones) Schlieffen de los alemanes, del que dependía la fase inicial de la guerra. Haciendo hincapié en la necesidad de un ataque veloz, seguido por una victoria decisiva en el frente occidental, para luego pasar al oriental y enfrentarse a las enormes y aparatosas fuerzas rusas, el plan estaba cargado de dramatismo. Para Von Schlieffen, «Alemania entera debe lanzarse sobre *un solo* enemigo, el más fuerte, el más poderoso y el más peligroso, y ese sólo puede ser Francia». En cambio, el mismo carácter de la industria de guerra provocó que ésta se convirtiese en un conflicto largo y sangriento en el que la victoria en el frente occidental se mediría en centímetros en lugar de kilómetros.

El desarrollo económico de Europa, que había configurado el continente más próspero y privilegiado del mundo, también creó la riqueza y el potencial organizativo necesarios para reunir grandes ejércitos a los que podía abastecerse de productos industriales a una escala impresionante. Mientras tanto, los individuos podían sufragar una mayor proporción del coste de la guerra mediante impuestos, así como soportar una mayor disminución del nivel de vida mucho antes de verse reducidos a niveles de subsistencia. El progreso industrial y so-

cial en sí determinó que la guerra fuese un conflicto que se prolongó durante cuatro años. Ningún país era libre de hacer la guerra como decía.

Fue el desarrollo a gran escala de las industrias metalúrgica, mecánica, química y energética de Europa, sobre todo a partir de 1870, lo que contribuyó a garantizar la hegemonía económica de Europa, que ahora podía dedicarse a la guerra. Teniendo en cuenta que la cantidad de armamento existente en Europa se triplicó entre 1870 y 1914, las potencias europeas ya podían matarse con mucha mayor eficacia. Y había muchos más europeos que matar: en 1800, los cinco principales contendientes (Gran Bretaña, Alemania, «Austria-Hungría», Francia y Rusia) sumaban entre todos aproximadamente 98,9 millones de habitantes; en 1910, la cifra había ascendido a 355,5 millones. En 1914, el arma propia de la infantería era el rifle de repetición con un cargador de seis a ocho balas. Las ametralladoras, con su sofisticación, habían contribuido a aumentar el potencial mortífero de los soldados. Los progresos de la industria química habían acabado sustituyendo la pólvora negra empleada durante siglos por explosivos que contenían nitroglicerina, inventada por el químico Alfred Nobel (1866), que daría su nombre a futuros premios Nobel de la Paz.

Ya en septiembre de 1914 Gran Bretaña y Francia compraban cloro líquido para producir gas venenoso, y la tecnología de la guerra química progresó muy pronto del cloro al fosgeno y el gas mostaza. Los alemanes fueron los primeros en utilizar el gas de forma general y metódica. Los lanzallamas y los morteros de infantería fueron otras innovaciones alemanas en los campos de batalla. Denunciados por los «*tommies*» (los británicos) por su «barbarie», los «boches» (los alemanes) fueron más rápidos que los británicos y los franceses a la hora de sacar partido a nuevos y complejos aparatos como los tanques y los submarinos.

No obstante, sería un error considerar la guerra como un conflicto enteramente moderno. Siguieron utilizándose métodos militares con solera, que coexistían como podían con los nuevos. Las formas de transporte «anticuadas» —burros, mulas, caballos— seguían siendo esenciales, y el orgullo militar se resistía a menudo a los cambios, incluso en los uniformes de combate. Para proteger a sus tropas en combate, los británicos ya habían sustituido sus antiguos uniformes por otros de color caqui, y los alemanes habían abandonado el azul de Prusia por el gris, pero en 1914 los soldados franceses seguían llevando las mismas guerreras azules, quepis rojos y pantalones del mismo color que llevaban en 1830. Hacer que los soldados franceses fueran menos visibles en el campo de batalla sin duda hubiera salvado vidas, pero, como informó el *Écho de Paris*, suprimir los pantalones rojos era «contrario al gusto francés y a la función militar». El veredicto final lo pronunció el ministro de la Guerra de Francia: «¿Eliminar los pantalones rojos? ¡Nunca! *Le pantalon rouge, c'est la France!*».

En los primeros meses de conflicto, Alemania, bien preparada, pareció tomar la iniciativa en la elección de métodos, tácticas e instrumentos de guerra. Pero a medida que la guerra fue avanzando y hubo que movilizar los recursos de todas las naciones en una época de lo que se dio en llamar «guerra total»,

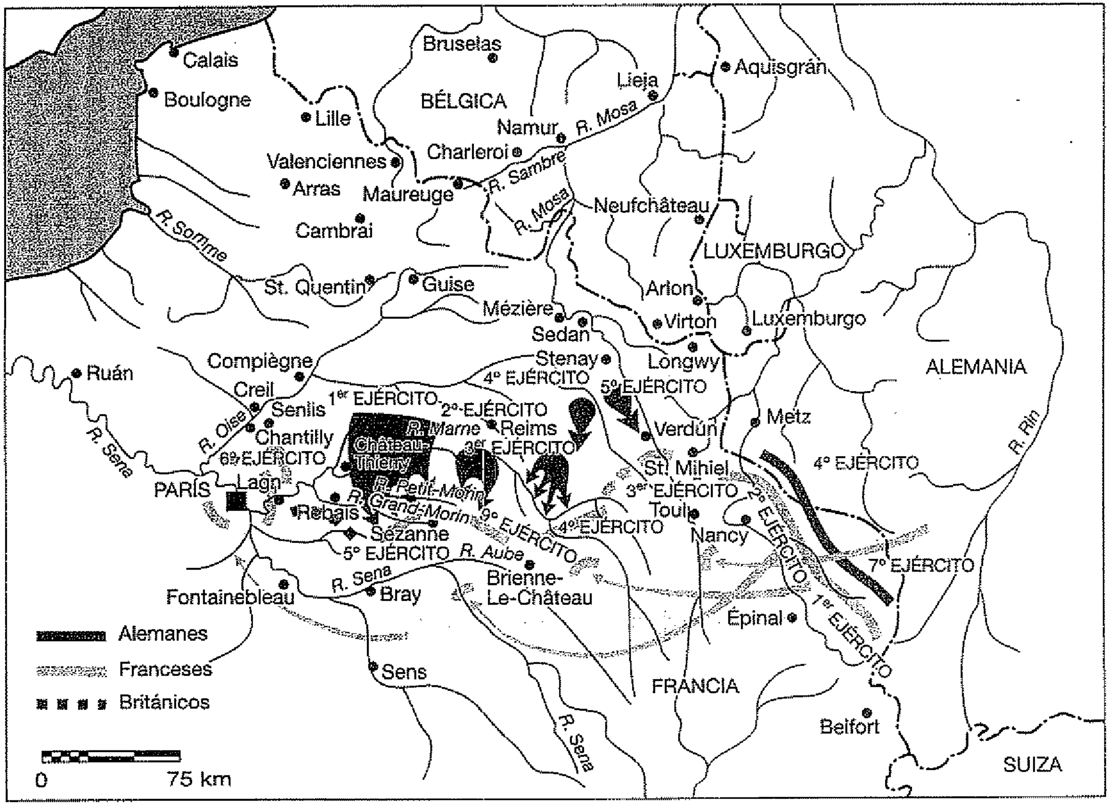
expresión que popularizó el general alemán Erich von Ludendorff en los años veinte, Alemania perdió la ventaja. La fortaleza económica, la cohesión social y la estabilidad política de base de cada nación, junto con el apoyo o la oposición de los Estados Unidos, fueron determinantes a la hora de decidir quiénes eran los «ganadores» y quiénes los «perdedores».

El plan Schlieffen fracasó cuando las tropas francesas y británicas detuvieron el avance inicial alemán desde Bélgica en dirección a París, y en noviembre de 1914 la guerra de movimiento ya se había detenido, y las tropas de las potencias aliadas y centrales empezaron a cavar trincheras, que se extendían por todo el norte de Francia. El progreso tecnológico ya había determinado que la guerra, en contra de lo esperado, sería sobre todo defensiva, aunque hasta 1917 la mayoría de políticos y estrategas no abandonaron la esperanza de que una ofensiva victoriosa pudiese resolver el conflicto a su favor. Mientras tanto, los gobiernos europeos tardaron en desarrollar estrategias para una guerra de larga duración, a diferencia de lo que ocurriría en la segunda guerra mundial. Extendieron su dominio sobre los recursos humanos, tanto hombres (para el ejército) como mujeres (para las fábricas y el campo), de forma desigual y efímera, si es que lo hicieron. Austria-Hungría, el imperio otomano y Rusia acabaron pagando por ello el precio más alto: no sólo la derrota, sino la revolución política.

La evolución de la política de guerra británica ejemplifica el modo en que el conflicto «superó» por igual las expectativas de los políticos, los militares y la gente corriente. Cuando el gobierno británico decidió luchar en el verano de 1914, sus objetivos inmediatos eran restaurar la neutralidad de Bélgica e impedir que Francia y Rusia sucumbieran bajo el dominio de las potencias centrales. Pero, separados del continente europeo por el canal de la Mancha, los británicos desconfiaron desde el principio tanto de las ambiciones a largo plazo de sus aliados como de las de sus enemigos. La experiencia del siglo XIX había enseñado a los gobiernos británicos a no fiarse del expansionismo ruso en Oriente (la guerra de Crimea, la rivalidad imperial en Asia) ni del colonialismo francés en el Sur y el Este. El gobierno británico quería, por consiguiente, que todo hipotético acuerdo de paz garantizase no sólo una Alemania dócil sino una Francia y una Rusia que no fuesen lo bastante fuertes como para amenazar al imperio británico.

Era inevitable plantearse, como lo había sido en las guerras contra Napoleón, si Gran Bretaña podía ser de mayor utilidad a sus aliados limitando el tamaño de su propio ejército y ofreciéndoles dinero y provisiones, *o bien* reclutando un gran ejército de leva que demostrase que Gran Bretaña no había abandonado a sus aliados. La isla de Gran Bretaña, con su gran imperio detrás, parecía tener más opciones estratégicas que las demás potencias de la Entente; además, estaba el dilema de concentrar el esfuerzo de guerra en el frente occidental o en el oriental.

Al igual que las potencias centrales, los países aliados colaboraban en distintos planos —militar, político, naval, económico—, y entre ellos Gran Bretaña daba por sentado que la principal carga de la guerra en tierra recaería sobre Francia y Rusia, con la colaboración limitada de la BEF (Cuerpo Expediciona-



MAPA 6. Líneas de batalla en vísperas del Marne.

rio Británico), mientras que el papel de Gran Bretaña en el esfuerzo bélico consistiría en la imposición de un bloqueo naval a las potencias centrales, así como proporcionar apoyo económico a los aliados. A finales del verano de 1914, uno de los lemas más difundidos era «la vida sigue igual». El país parecía estar en disposición de convertirse en el motor económico de la Entente, aportando material de guerra y beneficiándose de los créditos que concedería a sus aliados. «El máximo de victoria» se conseguiría «con el mínimo coste». Pero en diciembre de 1914 ya estaba muy claro que semejante estrategia no era en absoluto realista. Francia y Rusia eran incapaces de luchar sin ayuda militar a gran escala, y los rusos bromeaban en tono cáustico diciendo que «los británicos están dispuestos a luchar hasta el último ruso». Así fue como en diciembre de 1914 las tropas británicas y después imperiales (entre las que había canadienses, australianos, neozelandeses e hindúes) se metieron en las arenas movedizas del frente occidental. Los primeros meses de la guerra bastaron para hacer añicos cualquier esperanza de que el conflicto se encaminase hacia una pronta resolución.

El curso de la guerra

Las bajas en las primeras fases de la guerra marcaron la pauta, porque ya antes de finales de 1914 Francia y Alemania contaban con cerca de 600.000 soldados heridos o desaparecidos y más de 300.000 muertos en la «batalla de las fronteras», y en casi todas las familias de ambos países se había producido algún fallecimiento. También había problemas logísticos —falta de municiones y obuses— y preocupaba muy seriamente la posible falta a largo plazo de provisiones para la población civil. A esas dificultades hubo que añadir la conciencia cada vez más fuerte de la terrible realidad que era la guerra de trincheras. Las incesantes lluvias —el diciembre más lluvioso desde 1876— convirtieron los campos de batalla en barrizales impracticables. Las bombas de agua, mangueras, palas y picos se convirtieron en tan importantes como las armas de fuego y la munición en la lucha por la supervivencia.

Los horrores de la guerra de trincheras continuaron hasta el final, y dejaron recuerdos imperecederos. La primera batalla del Marne (septiembre de 1914), la batalla de Ypres (abril-mayo de 1915), la lucha por Verdún (febrero-noviembre de 1916), la batalla del Somme (junio-noviembre de 1916) y la recuperación de las fortificaciones de Verdún por parte de los franceses en diciembre de 1916 tuvieron lugar en una franja de territorio de dimensiones notablemente reducidas. La batalla del Somme y la tercera batalla de la campaña de Ypres, Passchendaele (1917), destacan igualmente por su «brutalidad» y su «futilidad». Las ganancias eran escasas, y el coste en vidas, muy alto. La muerte podía producirse por herida de bala o metralla, gas, bomba de fragmentación y, en Passchendaele, por ahogamiento en el barro, una imagen que parece evocar el propio nombre.

Lejos del frente occidental, las derrotas rusas de Tannenberg (en agosto de 1914, en la que los alemanes cogieron prisioneros a más de 100.000 rusos), en

la región de los lagos de Masuria (noviembre-diciembre de 1914) y en la campaña de invierno en los Cárpatos fueron el preludio de lo que vendría después. En el frente oriental fue donde los generales alemanes, Paul von Hindenburg y Erich von Ludendorff, que desempeñarían un papel destacado en la futura historia de la República de Weimar, se ganaron su reputación. A continuación entró en guerra el imperio otomano. El 28 de octubre de 1914, el califa turco proclamó la guerra santa contra el infiel, y fuerzas turcas bombardearon el puerto ruso de Odessa.

A la larga, la decisión turca de unirse a las potencias centrales fue desastrosa para el imperio otomano que, en 1918, tuvo que enfrentarse a su disolución; y el hundimiento del dominio imperial creó nuevos límites territoriales en el Oriente Próximo del siglo XX: Palestina, Siria, Irak, Arabia Saudí, Yemen. Pero a corto plazo, la intervención turca contribuyó en gran medida a provocar quebraderos de cabeza a los aliados. Los rusos, que sufrían una carencia crónica de material de guerra, se enfrentaron a dificultades a corto y largo plazo cuando los turcos cerraron los estrechos del mar Negro, impidiendo así que los suministros aliados llegasen a las líneas y fábricas rusas. Para Gran Bretaña, la participación turca suponía también una amenaza para los campos de petróleo de Oriente Próximo, y las insurrecciones musulmanas de Mesopotamia, Persia y Afganistán representaban una amenaza en potencia para el imperio británico.

Con las tropas anglofrancesas atrapadas en un sanguinario callejón sin salida en su lucha en el frente occidental, los británicos tomaron la controvertida decisión de lanzar un asalto naval a los Dardanelos, y en abril de 1915 el ejército imperial desembarcó en la península de Gallípoli. El fracaso del primer asalto provocó un segundo desembarco en la bahía de Suvla en agosto, pero fue inútil. Después de semanas de vacilaciones y a un alto precio en barcos y vidas —sobre todo entre las fuerzas australianas y neozelandesas—, las tropas aliadas se vieron empujadas hacia el mar y tuvieron que retirarse. Así pues, a principios de 1915, los aliados, en palabras de lord Kitchener, secretario de Estado para la Guerra, habían reconocido ya que «por desgracia había que hacer la guerra como había que hacerla, no como nos gustaría». Gran Bretaña, al igual que Francia y Rusia, reclutó un gran ejército de leva, y después de los reveses militares de Neuve Chapelle, Festubert, Arrás y Loos en el frente occidental, las potencias aliadas acabaron por reconocer la necesidad de un plan de actuación conjunta. No obstante, el año 1916 resultó tan siniestro para los aliados como 1915. Se mantuvieron firmes ante el decidido asalto alemán concentrado sobre Verdún y dirigido por el general Falkenhayn, pero en los combates ambos bandos sufrieron pérdidas cercanas a los 800.000 hombres.

La guerra en Europa oriental siguió siendo mucho más móvil que en la occidental, aunque sólo fuese porque, al ser tan poco compacta la red ferroviaria, se veía mermada la capacidad de los contendientes de conseguir reservas con las que resistir a un ataque. En octubre de 1914, por ejemplo, los rusos tardaron un mes en transportar 18 divisiones desde el este de Cracovia al sur de Varsovia. Movimientos parecidos en el frente occidental eran cosa de días; sin embargo, estratégicamente, el frente del este no era tan distinto del occidental, ya

que las tropas atacantes iban siempre más allá de lo que les permitían sus comunicaciones, provisiones y reservas, con lo cual los defensores podían reunir las reservas necesarias para contraatacar.

La ofensiva que tuvo lugar en el lago Narotch en marzo de 1916 es típica de la ineptitud del viejo ejército ruso (por oposición al «nuevo» ejército dirigido por «técnicos sensatos» que surgió en el verano de 1916). Lanzada en primavera (18 de marzo de 1916), los soldados tuvieron que enfrentarse primero a la escarcha y luego al deshielo que convertía el hielo de las carreteras y los campos en un barrizal, lo cual imposibilitaba el traslado del equipo pesado, hacía más difícil poder disparar e incómodo el camuflarse: el XX Cuerpo estaba situado en terreno pantanoso, a tiro de la artillería alemana. Los alemanes también disponían de un buen servicio de inteligencia, y estaban informados de la ofensiva dos semanas antes de que empezara. Los rusos perdieron a más de 100.000 hombres, además de 12.000 que murieron por congelación. Los alemanes perdieron a 20.000.

Esta derrota típicamente catastrófica condenó al ejército ruso a la pasividad. Los generales rusos argumentaban que si el esfuerzo y los recursos invertidos en esta campaña no podían proporcionarles la victoria, entonces sólo un aumento mastodóntico de la cantidad de obuses disponibles podría lograrlo. Ni siquiera un general tan brillante como Alexei Brusilov consiguió encarrilar las operaciones militares rusas, y cuando, por una vez, durante la ofensiva lanzada por Brusilov el 4 de junio de 1916, el coraje de los soldados rusos contó con apoyo material, provisiones, un mando coordinado y comunicaciones suficientes para que fuese posible la reconquista, su avance flaqueó al cabo de un mes, y luego, las potencias centrales recuperaron Galitzia y Bucovina, y en septiembre de 1916 los alemanes tomaron Riga.

En 1916 otras naciones habían entrado ya en la guerra: Italia, Bulgaria, Grecia y Rumanía. Japón entró también en guerra en 1916, no para influir en los acontecimientos europeos, sino para eliminar la amenaza naval alemana; para extender su influencia en China (especialmente sobre Manchuria); y para gastar más dinero en armamento, satisfaciendo así a quienes tenían grandes ambiciones sobre el papel de Japón como potencia mundial. Se desvaneció la esperanza de una «gran ofensiva» que resultase decisiva, y, en su lugar, la guerra se convirtió en un conflicto de desgaste, «el último recurso de una estrategia paralizada».[2] Se había llegado al límite de los recursos disponibles, y a los aliados, que, como las potencias centrales, estaban sometidos a presiones internas cada vez más fuertes, los salvó la irrupción en el conflicto de los Estados Unidos en abril de 1917. Los Estados Unidos, con sus fuentes aparentemente inagotables de suministros, productos elaborados, fondos y además soldados, eran el único país que podía acabar con el callejón sin salida al que se había llegado en la guerra de Europa.

Los hombres de las trincheras

Para los hombres que combatían en las trincheras, la guerra trajo horrores que superaban con creces la imaginación de los políticos en el cálido verano de 1914. La que quedó impresa en la mente de la población como la «Gran Guerra» ayudó a fijar la imaginería típica de la guerra total hasta el despliegue de armas atómicas al cabo de unos 30 años: redes de trincheras interconectadas, alambradas y granadas, «baterías de artillería ensordecedoras», largas hileras de atacantes saliendo de las trincheras, moviéndose como a cámara lenta frente al fuego de las ametralladoras. Los soldados atacantes estaban prácticamente indefensos. Para un soldado británico, los alemanes parecían «caer como los blancos de una caseta de feria»; el responsable de una ametralladora alemana describe así un ataque aliado: «Los oficiales iban delante ... Vi a uno que andaba tan tranquilo, con un bastón de paseo. Cuando empezábamos a disparar sólo había que recargar una y otra vez. Ellos caían a cientos. No hacía falta apuntar, bastaba con dispararles».[3]

Había otros horrores. Después de apoderarse de una trinchera inundada, un francés comentaba con sorna: «Todo irá bien mientras no nos torpedeen los submarinos alemanes». Era habitual que los compañeros de armas resultasen terriblemente mutilados, como lo eran los cadáveres en descomposición. Los soldados intentaban tapar con tierra los cuerpos pútridos, pero a veces parte de un cuerpo iba a parar dentro de un saco de arena, y era normal que de un saco reventado saliesen de repente brazos y manos. Los cuerpos en descomposición también atraían a los piojos y a ratas grandes como conejos. Los ataques con gas venenoso eran la única forma de matar a los bichos, aunque, claro está, tuviesen el desgraciado efecto secundario de matar también a los soldados. Los hombres del frente tenían en el polvo y la mugre a dos acompañantes fijos. Una temporada de servicio en las trincheras solía incluir de tres a cuatro días y noches en el frente y tres o cuatro días en las trincheras de la retaguardia, seguidos por más o menos el mismo tiempo en la reserva, que era el único lugar donde podían lavarse, cambiarse y descansar antes de volver al frente. Para los soldados estacionados detrás del frente, la principal característica de la guerra era el aburrimiento. No es de extrañar que se produjese una relajación de las costumbres. En 1914 se advertía a los soldados que se mantuvieran alejados del vino, las mujeres y la música, pero en 1915 los prostíbulos ya se habían convertido en parte habitual de los campamentos militares.

El abismo existente entre los oficiales y el resto de la tropa no se redujo en absoluto en ninguno de los dos bandos durante la guerra. Los ejércitos europeos de antes de la guerra, cuya oficialidad pertenecía a las elites tradicionales, mientras que la tropa provenía de las clases más bajas, no eran muy representativos del conjunto de la sociedad, y en ningún ejército europeo se revisaron esas estructuras «clasistas» como consecuencia de la guerra, ni siquiera en el ejército imperial ruso cuando se convirtió en el ejército rojo bajo el mando de Lev (León) Trotski en 1918. La posición privilegiada de los oficiales se manifestaba de distintas formas: mejor comida, refugios más limpios, comedores, cines y

burdeles propios, y permisos más largos. De todos modos, en el frente occidental se produjeron cambios entre la tropa cuando después de la primera oleada de patriotas voluntarios llegaron los soldados de leva: los trabajadores del sector comercial o de la distribución permanecieron mucho más tiempo en servicio activo que la mayoría de trabajadores procedentes de sectores clave: obreros industriales, trabajadores del sector transporte y campesinos.

Teniendo en cuenta los sufrimientos y desigualdades de la vida en las trincheras, los terribles sacrificios exigidos a millones de hombres de toda Europa y la confusión evidente sobre los motivos por los que luchaban las naciones, ¿por qué seguían luchando los soldados? A diferencia de la segunda guerra mundial, con unas motivaciones ideológicas fundamentales (la lucha por la democracia liberal y la libertad por parte de los aliados; la realización del destino nacional por parte de las potencias del Eje) que también se dieron durante la guerra fría (el «comunismo» contra la «libertad»), la primera guerra mundial careció de una base ideológica importante. Esta espinosa cuestión resulta aún más enigmática si tenemos en cuenta que hacia el final de la guerra los ejércitos ya no eran profesionales, sino grandes ejércitos de reclutas y voluntarios con una instrucción insuficiente, muchos de los cuales ni siquiera estaban acostumbrados a llevar uniforme. Además, la disciplina militar no era excesivamente estricta, aunque la deserción estuviese penada con la muerte y la etiqueta de «objetor de conciencia» estuviese estigmatizada socialmente.

En los ejércitos alemán y británico, aparte de un incidente de escasa importancia en el campamento base británico de Étaples, los soldados se mantuvieron leales hasta el fin. En cambio, en el ejército francés se produjeron numerosos motines en 1917 tras una serie de ofensivas desastrosas y fútiles, al igual que en Rusia, donde, en medio de las conmociones políticas, la disciplina militar sufrió un grave quebranto, y los soldados se dedicaron a protestar por las cuestiones más esenciales: la calidad de la comida, el precio del tabaco y la escasez de permisos. Así pues, las protestas se centraban en la forma de llevar la guerra, no en la guerra en sí. Es posible que, como se ha dicho más de una vez, la realidad de la vida en las trincheras embotase la sensibilidad de los soldados y les impidiera plantearse cuestiones aparentemente triviales, mientras que los trabajos más enojosos —cavar letrinas, limpiar el equipo, preparar las raciones— dejaban poco tiempo para cavilaciones.

Sería un error deducir que los soldados fueron obligados por fuerza a una sumisión pasiva. Enfriado el entusiasmo patriótico, seguía existiendo el sentido del «deber», *devoir*, *pflicht*, junto con una decidida voluntad de ver el fin del conflicto, que daría sentido a los sacrificios que ya se habían hecho. Pero no es de extrañar que, en vista de las penosas condiciones que soportaban los soldados de ambos bandos, los hombres acabasen la guerra embrutecidos y alienados, aunque algunos soldados tuviesen la inspiración de describir «el sufrimiento» o recrear en prosa, al término de la guerra, las terribles penalidades que habían sufrido los soldados. Los autores de una generación posterior aducirían que la senda del Holocausto tuvo su origen en la inhumana carnicería de la primera guerra mundial.

La guerra en el mar

Antes de estallar la guerra, la posición británica como principal potencia mundial y los esfuerzos de Alemania por alcanzar un nivel de *Weltmacht* parecido habían generado una espectacular rivalidad naval entre ambas naciones, y el interés popular en la rivalidad naval no terminó en 1914. El público británico esperaba un segundo Trafalgar en el que la insolente marina alemana fuese inmediatamente derrotada por una marina británica numéricamente superior e imbuida de un espíritu de combate fruto de varias generaciones de supremacía naval.[4] Pero la opinión pública se llevó un chasco. A pesar de la superioridad numérica de la marina británica —en agosto de 1914 tenía 24 acorazados y 11 en construcción, mientras que Alemania sólo contaba con 15 y 6 en construcción—, ésta no consiguió una victoria decisiva frente a la Flota de Alta Mar alemana, y la guerra marítima adoptó el mismo modelo de desgaste y atolladero en el que había caído la guerra en tierra firme.

En Jutlandia, en el mar del Norte (31 de mayo-1 de junio de 1916), en la única batalla destacada de la guerra en la que la distancia de tiro fue de más de 15 kilómetros —en Trafalgar había sido de menos de 200 metros—, la Royal Navy no obtuvo una victoria clara, pues perdió más hombres y barcos que Alemania; sin embargo, vista desde una perspectiva diferente, Jutlandia fue una victoria decisiva para los aliados, porque, a partir de entonces la Flota de Alta Mar permaneció atracada, su moral se hundió y sus marinos acabaron por amotinarse. La flota alemana fue aniquilada finalmente en Scapa Flow, en Escocia, en noviembre de 1918.

En la guerra de desgaste en el mar, que implicaba el bloqueo de los suministros a las potencias centrales y la protección en convoyes de los barcos mercantes aliados, no cabe duda de que la Royal Navy tuvo éxito, pero Alemania fue más innovadora y audaz en el empleo de submarinos —un modo de operar que los británicos apenas habían tenido en cuenta—, hasta que la oposición del almirante Jellicoe a los convoyes acabó siendo superada en 1917. El cambio llegó justo a tiempo, porque entre 1914 y 1916 se habían perdido más de un millón de toneladas de cargamento, y tras la última ofensiva submarina alemana de 1917, la situación de Gran Bretaña se había vuelto crítica: uno de cada cuatro barcos que se dirigían a Gran Bretaña terminaba hundido y sólo quedaban en el país reservas de cereales para nueve semanas. Incluso después de la guerra, la industria británica se resintió de los efectos de la guerra submarina: en algunas zonas costeras británicas era imposible pescar con red debido a la gran cantidad de barcos hundidos que cubrían el fondo del océano.

¿Por qué seguir luchando?

En vista del aparente callejón sin salida en el que se encontraron las operaciones militares hasta 1917 y del terrible sacrificio en vidas y recursos, puede sorprender que los gobiernos europeos no unieran sus esfuerzos para poner fin

a la guerra mediante negociaciones de paz, como deseaban estadistas norteamericanos como el coronel E. M. House. Para todo contendiente, el paso previo a cualquier negociación de paz o incluso a «negociaciones previas», hubiese sido definir claramente por qué luchaba: sus objetivos de guerra, *buts de guerre*, *Kriegsziele*. Pero la definición en sí de esos objetivos era difícil, y, a medida que avanzó la guerra, fueron diversificándose cada vez más,[5] como puede verse claramente en la evolución de los objetivos de guerra alemanes entre 1914 y 1916, una fase durante la que las potencias centrales, en general, tuvieron la iniciativa en la guerra en el continente. En 1914, los objetivos de guerra alemanes se habían formulado sobre la base de dar seguridad al imperio alemán, algo difícil de concretar, pero en 1915, tras la expansión territorial alemana por la Europa oriental (sobre todo en Polonia), ya empezaba a hablarse de una Unión Aduanera Centroeuropea o *Mitteleuropa*.

Cuanto más territorio ocupaban Alemania y Austria-Hungría, más ambiciosos se volvían sus objetivos de guerra. En 1915, en Alemania, como en otros países, surgió un fuerte movimiento extraoficial frontalmente opuesto a todo acuerdo de paz y partidario decidido de anexiones territoriales a gran escala. En este grupo de presión había príncipes alemanes y políticos conservadores, liberal-conservadores y nacional-liberales. En el mismo año, una «Petición de los intelectuales» que exigía la «humillación más cruel de Inglaterra» recibió la firma, entre otros, de 352 catedráticos universitarios. Una petición rival, de signo antianexionista, contó sólo con 141 firmas. Así pues, no cabía albergar esperanzas de que las potencias de la Entente o los Estados Unidos lograran promover un acuerdo de paz.

Los objetivos de guerra de las potencias aliadas tampoco eran más fáciles de definir. Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia y Japón habían sido rivales con anterioridad y era probable que volvieran a serlo. Por lo tanto, en el seno de la alianza, cada aliado esperaba beneficiarse de la guerra para «consolidar» su posición. En el interior de los países había tantas discrepancias como entre ellos. En Gran Bretaña estaban quienes compartían el deseo de Wilson de una paz de «talante» liberal y que tuviese en cuenta a las naciones a la hora de trazar límites entre comunidades y estados. Lord Landsowne, ministro sin cartera del gobierno británico, por ejemplo, propugnó unos «objetivos de guerra fijados con criterios realistas de balance», de modo que los objetivos de guerra se situaran en una columna de «balance» frente al tremendo coste humano de la guerra, pero sus colegas de gabinete lo denunciaron de inmediato, afirmando que «sólo los chalados, los cobardes y los filósofos» podían pensar en la paz antes de aplastar al enemigo. En Rusia, era bien sabido que la zarina se oponía por completo a cualquier acuerdo de paz.

La misma opinión era la dominante en los gabinetes franceses de René Viviani (1914-1915) y Aristide Briand (1915-1917), aunque en Francia se produjeron tensiones políticas en 1917 cuando los socialistas del efímero gobierno de Alexandre Ribot exigieron que el gobierno francés negociase la paz con los socialistas del resto de Europa, demanda que fue inmediata y enérgicamente denunciada por la derecha francesa. No fue hasta 1917 cuando Gran Bretaña y

Francia consiguieron definir claramente sus objetivos de guerra generales, para revisarlos después con motivo de la revolución rusa y de la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

A medida que la guerra seguía su curso, era evidente que los objetivos bélicos eran cada vez más opuestos. De hecho, al igual que las alianzas que habían dividido a Europa de modo cada vez más irrevocable antes de la guerra, los objetivos bélicos podían convertirse en un obstáculo para la paz, en lugar de una herramienta para negociarla. La tendencia de los gobiernos a comportarse como ludópatas con una mentalidad de «doble o nada» fue igual de dañina para las esperanzas de acabar con la conflagración. Una vez comenzada la guerra, se encontraron presos en una red de «compromisos crecientes»: tenían que decidir si lanzar otra ofensiva con la esperanza de lograr un éxito decisivo y hacerse así con la victoria, o bien poner punto final a sus pérdidas y negociar la paz.[6] La guerra anestesió la sensibilidad de los gobiernos, de modo que resultaba más fácil sacrificar 50.000 vidas *más* después de haber perdido las primeras. Sólo cuando cesó la carnicería y se enfriaron las pasiones bélicas el coste de la guerra se reveló totalmente desproporcionado en relación con los beneficios que proporcionó la victoria.

La Iglesia y la guerra

En agosto de 1917 también el Vaticano realizó un intento en vano de poner fin a la guerra con la publicación de una propuesta de paz del papa Benedicto XV. Aparte del interés humanitario evidente que había detrás del gesto, la Iglesia católica quería poner fin a una guerra que enfrentaba entre sí a los católicos y que minaba la autoridad del Vaticano sobre sus fieles. En Italia, sobre todo, la Iglesia católica se convirtió en un puntal indispensable de un estado débil que luchaba en una guerra impopular.

Las religiones organizadas de toda Europa habían salido muy mal paradas del entusiasmo sin precedentes con el que muchos ministros recibieron la guerra, animando a sus feligreses a cometer aún más atrocidades. En palabras del pastor Phillips, un clérigo luterano alemán: «¡Echadle más acero a vuestra sangre! Tampoco las mujeres ni las madres de los héroes caídos deben tolerar el sentimentalismo en la guerra».

A la larga, si bien la muerte y el sufrimiento en el ámbito familiar podían alentar las inquietudes espirituales, la asociación de las religiones organizadas con las demás formas tradicionales de autoridad —el ejército, la monarquía imperial— las afectó de forma significativa en un conflicto que parecía haber desterrado de Europa a la benevolencia divina. Para el pintor británico Paul Nash, «no se ve ni el menor rastro de la mano de Dios». Las Iglesias europeas ya habían estado amenazadas antes de 1914 por las transformaciones sociales e intelectuales, fruto de la creciente urbanización de la sociedad, de los movimientos de la población, de la tolerancia cada vez mayor en toda Europa hacia las ideas no cristianas, así como por las nuevas actitudes hacia la ciencia y las

Escrituras. Con la guerra aparecieron nuevos retos, sobre todo para los rectores de pueblo, algunos de los cuales reaccionaron yendo al frente a prestar sus servicios, con lo que las misas de campaña se convirtieron en una característica típica de la vida militar; otros tomaron la iniciativa en la creación de organizaciones humanitarias —para el intercambio de prisioneros enfermos o heridos, para la repatriación de civiles desplazados— y en actividades locales en la retaguardia. En Italia, por ejemplo, Acción Católica fundó cajas rurales, periódicos católicos y promovió las cooperativas agrícolas. Algunas de las muchas víctimas de la guerra acudieron a Portugal con la esperanza de obtener algún consuelo o recuperarse tras las apariciones de Fátima de 1917.

Dos amenazas más para la Iglesia —el comunismo y el nacionalismo exacerbado— se reforzaron notablemente en el curso de la primera guerra mundial. Los comunistas que llegarían al poder en 1917 veían en la religión el «opio» del pueblo, el medio por el cual los pobres y los desheredados permanecían pasivos bajo la opresión de las clases media y alta. Los nacionalistas radicales, como por ejemplo Houston Stewart Chamberlain, rechazaban totalmente la doctrina cristiana de que todos los hombres son hijos de Dios, al afirmar que algunos pueblos (para Chamberlain, el pueblo alemán) eran claramente superiores. Ambos credos representarían una grave amenaza para la religión organizada en las décadas posteriores a la guerra, inventando nuevos pretextos para la persecución de los cristianos.

Los Estados Unidos entran en guerra

La entrada en guerra de los Estados Unidos hizo que el bando aliado ganara la guerra. En 1914, el pueblo norteamericano, en el que había numerosos inmigrantes de primera generación, había tratado la guerra de Europa como un acceso de locura, y todavía en 1916 la participación norteamericana del lado de la Entente distaba mucho de estar asegurada. Algunos estadistas norteamericanos, como el secretario de Estado William Jennings Bryan, creían que los Estados Unidos tenían su propio papel en el mundo, basado en su singular trayectoria histórica, lo que implicaba que debían mantenerse al margen de los conflictos europeos para poder actuar como mediadores imparciales entre las partes en conflicto.

Pero entre 1914 y 1917 fue aumentando poco a poco el apoyo norteamericano a las potencias aliadas, debido, en parte, a la afinidad cultural entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, todos ellos países democráticos y con muchos intereses comunes: Francia era un viejo aliado y los británicos hablaban el mismo idioma. Antes de la guerra, Gran Bretaña y Francia eran socios comerciales importantes de los Estados Unidos, y después de 1915 se convirtieron en importantes deudores. Sin embargo, existían grandes obstáculos que impedían ir más allá de la afinidad. La marina británica había violado la «libertad de navegación» de los norteamericanos, igual que durante las guerras napoleónicas; tanto Gran Bretaña como Francia poseían imperios; la política

británica en Gran Bretaña, en especial después de la rebelión de Pascua (Dublín, 1916), les granjeó las antipatías de los norteamericanos de origen irlandés; y, Gran Bretaña y Francia aparte, Rusia era una autocracia. Fue la indignación estadounidense ante las actividades de los submarinos alemanes —el hundimiento del *Lusitania* (7 de mayo de 1915) con 124 víctimas norteamericanas, y el del *Sussex* (24 de marzo de 1916)— lo que puso a la opinión pública estadounidense contra Alemania, al igual que los intentos de los alemanes de incitar a México a apoyarles frente a los Estados Unidos.

En enero de 1917, el recién nombrado ministro alemán de Asuntos Exteriores, Arthur Zimmermann, autorizó al representante diplomático alemán en México a proponer una alianza de México con Alemania en caso de que los Estados Unidos declarasen la guerra a las potencias centrales, con el aliciente a cambio del retorno a México de los territorios cedidos a Texas en 1848. Los servicios de inteligencia naval de Gran Bretaña interceptaron el telegrama de Zimmermann, y esta intervención de Alemania en el continente americano, a la que siguió la vuelta a la guerra submarina sin cuartel (1 de febrero de 1917), y la abdicación de Nicolás II de Rusia, desde luego aumentó la probabilidad de una intervención de los Estados Unidos.

Al final, el deseo de desempeñar un papel efectivo, si no fundamental, en la formulación de los tratados de paz fue lo que llevó al presidente demócrata Woodrow Wilson a abandonar sus principios pacifistas en la primavera de 1917 y entrar en la guerra del lado de las potencias de la Entente (6 de abril de 1917).

Los gobiernos durante la guerra

Además de alterar irrevocablemente las vidas de los veteranos de los campos de batalla o de los mares, la guerra dejó también una profunda huella en quienes se quedaron «en casa». Algunos de sus efectos puede que parezcan triviales. Otros fueron irreversibles. En Bélgica y en el norte y el este de Francia, la guerra no sólo dividió a las familias, sino que sus propiedades fueron destruidas o confiscadas por las tropas de ocupación alemanas. Bélgica, que permaneció ocupada 50 meses, sufrió auténtica hambre por culpa del bloqueo británico, y las familias belgas tuvieron que luchar para encontrar la comida suficiente para sobrevivir. El consumo calórico del civil medio cayó en más de un 56 por 100, mientras que en Gran Bretaña sólo disminuyó en un 3,5 por 100. Cuando la ciudad industrial de Lille, en Francia, fue finalmente liberada, se dice que en la mayoría de casas habían desaparecido los colchones.

Sigue siendo difícil de evaluar el grado de transformaciones sociales y políticas atribuible a la guerra, o hasta qué punto la guerra no hizo más que acelerar unas tendencias que ya eran visibles antes de 1914. Algunos cambios fueron imprevistos; otros fueron el resultado de la movilización de los recursos nacionales a una escala sin precedentes. La opinión general era que todos los hombres, mujeres, y a veces, incluso los niños, tenían que hacer algo de provecho.

Los políticos, por lo tanto, se vieron obligados a adoptar nuevas responsabilidades administrativas y sociales que iban mucho más allá de sus actividades en tiempo de paz: organizaban la utilización de la mano de obra, la producción y la distribución industrial, racionaban los alimentos, llegaban a acuerdos con las organizaciones de trabajadores, intentaban restringir el acceso del público a la información, distribuían propaganda, pedían dinero prestado y aumentaban los impuestos hasta niveles sin precedentes.

El reto más inmediato al que se enfrentaron los gobiernos en el invierno de 1914 fue reclutar un número suficiente de hombres para llenar las filas de unos ejércitos en rápida expansión, y después organizar la mano de obra suficiente (empleando a mujeres y trasladando a los trabajadores de industrias no esenciales a otras básicas) para mantener una producción industrial vital en tiempo de guerra. En cuestión de meses, fue movilizada una gran masa de desempleados, y los gobiernos de toda Europa tuvieron que enfrentarse a una gravísima escasez de mano de obra. La sociedad europea experimentaría un cambio drástico debido a la búsqueda de mano de obra. Los trabajadores en activo prosperaron, al igual que los dueños de las fábricas —las dinastías industriales de los Thyssen, los Krupp y los Vickers, por ejemplo—, mientras que las fortunas de los terratenientes europeos se vieron amenazadas. Entraron en el gobierno hombres de negocios tanto en Alemania como en Gran Bretaña, aunque la transformación de los políticos en gestores de una maquinaria de guerra de funcionamiento esporádicamente eficaz nunca fue total, ni se produjo de la noche a la mañana.

Uno de los empresarios que entraron con éxito al servicio del gobierno fue Walther Rathenau, heredero de una de las mayores empresas de Europa, la Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft (AEG), y con ambiciones como escritor, filósofo y pensador en asuntos sociales. Nombrado jefe de la Kriegsrohstoffabteilung (administración de los materiales de guerra) para hacer frente a la acuciante falta de materias primas de Alemania —en octubre de 1914, las reservas de alimentos y combustible de Alemania ya estaban agotadas casi por completo—, Rathenau creó cientos de «empresas de guerra» para que gestionasen todos los materiales básicos para la guerra, a lo que siguieron una serie de medidas muy duras para la población civil, que en Alemania sufrió unas privaciones por las que no pasaría la población británica hasta dos años más tarde. En marzo de 1915, Rathenau ya había vuelto a dedicarse a los negocios, si bien desempeñaría un papel importante, aunque fugaz, en la República de Weimar, fundada al término de la guerra.

Además de ser importantes los logros de Rathenau durante la guerra, sus escritos, notablemente en *Von kommenden Dinge*, se anticiparon a la acción de los gobiernos ya más entrado el siglo XX. Rathenau proponía que la vida económica y social se ordenase de tal modo que se «igualasen» las rentas y los patrimonios. Para algunos observadores, las ideas de Rathenau eran las mismas que las de los revolucionarios comunistas, pero otros supieron ver el papel positivo que Rathenau asignaba a la industria como vehículo de acceso a la educación y la cultura. Su sistema, que intentaba moderar los males evidentes

del capitalismo, hacía presagiar aspectos del corporativismo de estado que surgió en Europa después de 1945.

En democracias como Francia y Gran Bretaña, las rivalidades entre los partidos políticos salían a menudo a la superficie cuando la guerra iba especialmente mal o creían que iba mal, mientras que gobiernos autoritarios, como los de Alemania, Austria-Hungría y Rusia eran víctimas de rivalidades constitucionales y étnicas, además de partidistas, cuando la derrota se intuía próxima. En una evolución que tuvo tres fases durante la guerra, los gobiernos pasaban con frecuencia de un período inicial de «luna de miel» en el que todo marchaba «como siempre», a otro período en el que se enfrentaban a problemas que el Estado no había previsto en 1914, y de éste a una tercera fase en la que, amenazados por la subversión o la revolución, era necesario prometer una «reconstrucción» en la posguerra.[7]

La sociedad durante la guerra

En una «guerra de desgaste» que acabó convirtiéndose en una «guerra de extenuación», todos los gobiernos tuvieron que pedir prestado dinero y hacer pagar a sus súbditos más impuestos que nunca. Francia obtuvo muchísimo dinero de Gran Bretaña (3.000 millones de dólares) y de los Estados Unidos (4.000 millones de dólares), y Gran Bretaña pidió dinero a los Estados Unidos (4.700 millones de dólares), mientras que aliados como Canadá, Nueva Zelanda y Rusia pedían créditos a Gran Bretaña y Francia (11.600 millones). Alemania y Austria-Hungría no recurrieron tanto a los empréstitos internacionales, y no les quedó más remedio que subir los impuestos, en especial los que gravaban a las plusvalías de guerra: en 1917 el tipo del impuesto sobre las plusvalías quedó fijado en un 60 por 100. Además, todas las naciones emitieron bonos del estado (en 1918 la deuda del gobierno imperial alemán ascendía a 156.100 millones de marcos, mientras que en 1914 era de 5.400 millones) e imprimieron papel moneda, sin tener reservas suficientes, para financiar la guerra.

La financiación de la guerra tuvo implicaciones a largo plazo para la salud económica de Europa, pero incluso en plena guerra la mayoría de países sufrió una considerable inflación que provocó grandes penalidades: en Francia, el índice de precios al por mayor subió de 100 en 1913 a 340 en 1918 (en el mismo período, el índice de precios alemán subió hasta 415, el de Gran Bretaña, hasta 227 y el de Italia, a 409), y en Rusia los precios aumentaron en cerca de un 500 por 100, y los salarios, en un 100 por 100, entre 1914 y 1918.

La magnitud de los trastornos sociales varió de un lugar a otro de Europa, y en general salieron más airosos del reto los gobiernos británico y francés que los de Alemania, Austria-Hungría y Rusia. El 8 de agosto de 1914, por ejemplo, el gobierno francés congeló los alquileres e intervino en auxilio de las familias que se habían quedado sin su principal fuente de ingresos, concediéndoles un estipendio de 1,25 francos al día. En Viena, en cambio, donde no se llevó a cabo política social alguna, las familias pobres tenían que escarbar entre la

basura y recoger leña en los bosques de Viena, donde, hacia el final de la guerra, apenas quedaba leña que recoger.

La intervención gubernamental tenía sus paradojas. Por ejemplo, en unos momentos en los que perecían millones de vidas en un combate inútil, la clase obrera de Gran Bretaña y Francia experimentó una mejora tanto de su nivel de vida como de su salud, en gran parte debido a que ganaban más dinero. En cambio, en Alemania, Austria-Hungría y Rusia, la escasez de alimentos entre la población urbana fue un problema considerable a lo largo de toda la guerra. Alemania, rodeada y bloqueada, produjo un sucedáneo de pan a base de patata y luego de nabo en octubre de 1914, y las cartillas de racionamiento de pan, grasas, leche y carne se convirtieron en obligatorias a principios de 1915. Mientras tanto, la agricultura alemana entró en franca decadencia, mientras su mano de obra se iba al frente y los campesinos que se quedaban veían requisados sus mejores caballos por el ejército, tenían que matar a sus cerdos y recibían pienso insuficiente para los animales que les quedaban. Cuando la cosecha de 1916 resultó inferior a las previsiones de las autoridades en más de un millón de toneladas, se puso de manifiesto que las tierras de cultivo de Alemania sufrían también las consecuencias de la sobreexplotación. Ni siquiera la requisa de productos de los territorios recién conquistados (zonas de Polonia, Rumanía y Ucrania, por ejemplo) o las importaciones procedentes de Austria o de países neutrales como Holanda y Dinamarca conseguían compensar el déficit.

En Austria-Hungría también había escasez de alimentos. La lucha en la mitad oriental del imperio, la resistencia nacionalista checa y croata y la decisión de los latifundistas húngaros de quedarse con grandes cantidades de cereales para alimentar a su ganado contribuyeron en gran medida a reducir la cantidad de cereales disponibles. En Italia también disminuyeron las rentas de los agricultores y los niveles de producción: más de dos millones y medio de campesinos y jornaleros ingresaron en el ejército, con lo cual sólo quedaron los viejos, las mujeres y los adolescentes para labrar la tierra. Los agricultores franceses, en cambio, empezaron a notar un aumento de sus beneficios, a pesar de la caída global de los niveles de producción, gracias al aumento de los precios de sus productos, y algunos llegaron a aprovechar la ocasión para conseguir mejores herramientas o mejores reses.

En las ciudades y pueblos de Europa, los trastornos provocados por la guerra se dejaron sentir con mayor intensidad. Los precios de los alimentos y de la vivienda aumentaron notablemente, pero la demanda de obreros también experimentó un aumento sin precedentes, con lo que se incrementó la capacidad de consumo de la clase obrera y su fuerza política, como quedó reflejado en las dimensiones, el carácter y la firmeza negociadora renovados de muchos sindicatos, algunos de los cuales, como los de los fabricantes de munición de Génova y Viena, a pesar de todo, no estaban a la altura de las circunstancias. Escaseaban los cuadros sindicales, al verse los sindicatos desbordados de nuevos trabajadores, lo que acabó con la hegemonía de los artesanos especializados. En ciudades como Petrogrado, Milán, Turín y Berlín, los trabajadores radicalizados de las fábricas de municiones llegaron a asumir el control de las empre-

sas, en contra de las consignas sindicales explícitas al respecto, para dar a conocer sus reivindicaciones. Gracias al «plan Hindenburg» (*Hilfdienstgesetz*), aprobado en 1916, los sindicatos alemanes consiguieron aumentar notablemente su autoridad a la hora de contratar y formar a los trabajadores alemanes bajo la atenta mirada de los militares.

Para amplios sectores de la clase media europea, el impacto de la guerra fue desastroso. Las familias que vivían de renta, los profesionales liberales, los artesanos, cada vez menos numerosos, y hasta los funcionarios padecieron las consecuencias negativas de la guerra. Cuando los «jefes» de familia eran llamados a filas, solían dejar a la familia desprotegida, y su posición social y su orgullo a menudo les impedían reclamar los subsidios disponibles. La percepción de que a la clase obrera le iba mucho mejor con la guerra que a la clase media era particularmente fuerte en Alemania.

A pesar del poder igualador de la muerte en el campo de batalla, la percepción de las conquistas obtenidas por la clase obrera alemana propició la aparición de la teoría del *Dolchstoss* («puñalada por la espalda»). Ya en 1915, en un ensayo profético, el sociólogo alemán Max Weber advirtió que mientras que

> la prolongación de la guerra es el resultado exclusivo ... del miedo a la paz ... es mucho mayor el miedo que tiene la gente a las consecuencias políticas a escala nacional de la desilusión que se producirá de forma inevitable, en vista de las locas ilusiones a las que se ha dado rienda suelta.

Esas «locas ilusiones» se convertirían en una obsesión para la política alemana de la posguerra.

También en Francia se daba el potencial para futuros conflictos. Los miembros de la clase media acostumbraban a pasar más tiempo en el ejército que los miembros de la clase obrera, y, debido a su nivel cultural superior, solían ocupar posiciones subalternas en la reserva, lo que aumentaba sus posibilidades de resultar heridos o muertos. Para las familias de clase media, la pérdida del padre hizo que resultase muy difícil recuperar la posición social una vez terminada la guerra.

Para quienes volvían del frente, dondequiera que hubiesen luchado, el proceso de readaptación a la paz y a la vida de familia hacía aún más patentes los sutiles cambios que se habían operado en la sociedad en su ausencia. Cuando las «tempestades de acero» pasaron, los inválidos tuvieron que sobrevivir con unas escasas pensiones de invalidez, y algunos de los votos matrimoniales pronunciados a toda prisa en el fragor de la guerra se rompieron con la llegada de la paz. Padres que veían que su autoridad familiar había disminuido en su ausencia luchaban, a veces de un modo brutal, por reafirmarla sobre sus hijos y mujeres. Un hombre describía así a su padre:

> Desde luego que estaba enfermo por culpa de la guerra. Había tenido malaria, tuvo accesos de fiebre durante el resto de su vida, sí, y temblores. En realidad era lamentable, un espectáculo penoso. Pero cuanto peor se encontraba, más aires de amo y señor se daba y más miedo le teníamos.

Con el fin de la guerra, un número sin precedentes de veteranos volvió a casa dejando una huella tremenda en la percepción de la guerra por parte del público. Los europeos ya no confiaban en la «idea de progreso» que había dominado el siglo XIX; sino que Europa se había sumergido en un «abismo de sangre y tinieblas».

Las mujeres y la guerra

La primera guerra mundial provocó una revolución aparente en el papel de la mujer dentro de la sociedad europea. Las mujeres, que solían ser «invisibles» en la historia política y económica de Europa en tiempo de paz, obtuvieron un progreso tangible en el terreno político, económico y social durante la guerra y, sobre todo, a su término. Buena parte de ese progreso fue más aparente que real. Está claro que para algunas mujeres de clase media y alta la guerra representó una excelente oportunidad para escapar de la vaciedad asfixiante de tener que dedicarse a hacer punto, a la caridad o a mantener una conversación educada en la que habían estado encalladas durante gran parte del siglo XIX. Como ya dijo la enfermera Florence Nightingale —una figura que se convirtió en una fuente de inspiración—, las mujeres (ricas) sufrían a menudo por culpa de «la acumulación de energía nerviosa sin nada que hacer durante todo el día ... [con lo que] cada noche las mujeres creen volverse locas». La aportación de algunas «damas» durante la guerra fue más útil que la de otras. El valor de la enfermera Edith Cavell, fusilada por los alemanes por ayudar tanto a los heridos de guerra ingleses como a los alemanes, contrasta abiertamente con las actividades de lady Fanny Byron, que envió una partida de balones de fútbol (con la leyenda «la simple alegría mantiene vivo al noble coraje») al frente occidental, convencida de que este deporte «viril» era la base del carácter británico.

El cuidado de los heridos y agonizantes fue la aportación más inmediata que realizaron las mujeres de toda Europa durante la guerra. En Gran Bretaña, el Servicio Imperial de Enfermeras de la reina Alejandra, por ejemplo, pasó de 163 enfermeras diplomadas en 1914 a 7.710 enfermeras tituladas y 5.407 voluntarias con alguna o ninguna formación al final de la guerra. En la brutalidad de los campos de batalla, era una profesión que exigía un valor considerable. Antes de que se inventaran las pomadas antisépticas, había que cambiar varias veces al día los vendajes de las heridas graves en la cabeza, por ejemplo, pero ni siquiera las carnicerías a toda velocidad de los quirófanos bastaban para eliminar la compasión y las atenciones de estas enfermeras, de formación a menudo deficiente, hacia sus pacientes.

La guerra sirvió para elevar el nivel de vida y de salud de las mujeres trabajadoras, que descubrieron que podían conseguir empleos estables y niveles salariales que ni siquiera soñaban antes de la guerra. Las mujeres trabajaban en las fábricas de municiones (en Gran Bretaña las llamaban *munitionettes*), y en Francia representaban la cuarta parte del personal de las fábricas de material de

guerra. En Alemania, la proporción era aún más alta: las fábricas alemanas de armamento Krupp, que daban empleo a entre 2.000 y 3.000 mujeres antes de la guerra, contaban con 28.000 empleadas en 1918. Otras mujeres se convirtieron en revisores de autobús o trabajaban en el campo en una serie de oficios en los que hasta entonces no habían trabajado nunca. Pero muy pocas ocupaciones resultaron feminizadas. Durante la guerra y sobre todo a su término, las mujeres siguieron trabajando especialmente de enfermeras, secretarias y maestras. En 1921 sólo había 17 abogadas en Inglaterra y Gales, 49 arquitectas y 41 ingenieras civiles: en la Alemania de la posguerra, muchas de las mujeres trabajadoras se concentraban en los trabajos no especializados industriales, agrícolas y domésticos, que exigían un gran esfuerzo y eran peor vistos y recibían peores sueldos que nunca. Estas características del empleo femenino se mantuvieron sin cambios durante 30 años. Los salarios de las mujeres siguieron siendo inferiores a los de los hombres a cambio del mismo trabajo. No se promovía la formación laboral de las mujeres, y cuando los hombres regresaban de la guerra se suponía que las mujeres volvían a ponerse tras los fogones.

La propaganda bélica representaba a las mujeres insistiendo machaconamente a sus maridos o amantes para que ingresaran en el ejército, despidiéndose de ellos y pariendo los hijos de los héroes muertos. También salió a la luz la «preocupación» de la opinión pública por el hecho de que las mujeres que ganasen dinero pudiesen alterar las líneas de autoridad «patriarcal» tradicionales dentro de la familia —en las que el padre era quien ganaba el dinero y la madre reforzaba la autoridad paterna—, pero si bien las familias se rompían con frecuencia, la vida familiar continuaba más o menos como de costumbre, pues los hijos mayores, los tíos y los abuelos ocupaban el lugar que había dejado vacante el padre en su ausencia. Las hijas también se volvieron más importantes: entre sus deberes estaba ahora el hacer horas y horas de cola para conseguir patatas, margarina y carne de caballo. Muchas mujeres no esperaban que los hombres reconociesen su aportación al esfuerzo de guerra. En la zona «roja» de Clydeside, debajo de un cartel de Kitchener (EL REY Y LA PATRIA OS NECESITAN), alguien había escrito:

> El rey y la patria os necesitan,
> valientes «hijos» del trajín,
> Pero ¿os necesitarán el rey y la patria
> a la hora de repartirse el botín?

La parte del botín más visible que les tocó a las mujeres después de la guerra fue el voto, pero incluso en este punto resulta difícil determinar hasta qué punto contribuyó la aportación femenina en tiempo de guerra en la toma de esta decisión (por parte de políticos varones). En Gran Bretaña y en Alemania, por ejemplo, ya se habían ganado batallas antes de la guerra. En 1914 ya habían sido rechazados los argumentos espúreos de que las mujeres eran irracionales; que carecían de talento, capacidad productiva y sentido común; y de que eran caprichosas en cuestión de opiniones y fidelidad. En 1912, H. H. Asquith,

el primer ministro liberal de Gran Bretaña en aquel entonces, a pesar de oponerse a otorgar el voto a las mujeres, había preparado el terreno para extender el derecho al sufragio a las mujeres. En la Alemania de antes de la guerra, las mujeres estaban cada vez más organizadas —el Allgemeiner Deutscher Frauenverein tenía más de 12.000 afiliadas— y eran ya un elemento indispensable de la producción indutrial (entre 1882 y 1907 la proporción de mujeres entre los trabajadores manuales aumentó del 13,3 al 18,2 por 100, mientras que en Gran Bretaña las mujeres constituían cerca del 30 por 100 de los trabajadores manuales). En 1908 las alemanas obtuvieron el derecho a participar en las reuniones y asociaciones políticas, y en 1913 la escritora alemana Gertrud Bäumer estaba convencida de que «el Estado se ha acercado a las mujeres, les resulta más vivo y responsable».

No obstante, resulta igual de evidente que la aportación femenina a la guerra reforzó los cambios de actitud hacia el sufragio femenino e hizo disminuir las divisiones partidistas al respecto, algo que resultó evidente sobre todo en Francia, donde al jurista y político conservador Joseph Barthélemy en 1918 no le cabía duda de que la guerra había «efectuado unos progresos rápidos y extraordinarios en pro de la causa de la igualdad entre los sexos». Cuando el congreso de diputados francés examinó el proyecto de ley que concedía el voto a las mujeres en enero de 1918, diputados de derechas y de izquierdas hablaron a favor de dar a las mujeres los mismos derechos políticos que a los hombres. (La ley fue derogada en 1922, al ponerse nerviosos los políticos radicales y socialistas, temerosos de que el voto femenino llevase a los curas al gobierno y subvirtiera las instituciones republicanas. Las francesas consiguieron por fin el derecho al voto en 1945.) Durante la guerra, los hombres elogiaban con frecuencia y sin tapujos el valor de las enfermeras y el esfuerzo de las mujeres en las fábricas y en el campo, pero sus opiniones políticas seguían siendo menospreciadas. Un escritor inglés describió así una manifestación de protesta de mujeres berlinesas en julio de 1915: «Las reivindicaciones de estas mujeres eran bastante vagas. Llamaban a Von Bülow viejo imbécil por haber fracasado en Italia, y se quejaban de que la nata montada no era tan buena como antes de la guerra».[8] Es verdad que las mujeres tenían un aspecto más liberado durante la guerra, como podía verse sobre todo en su indumentaria. Muchas mujeres llevaban pantalones o uniforme —les encantaban esa libertad de movimientos y esos bolsillos que acababan de descubrir—, pero las mujeres no se liberaron en absoluto de su responsabilidad fundamental a la hora de criar a los hijos. En Francia, por ejemplo, la preocupación constante de las autoridades por el descenso de los índices de natalidad las llevó a lanzar campañas de propaganda para animar a las parejas a tener hijos. En diciembre de 1915, hasta el periódico feminista *Le Féminisme Intégral* había cambiado de postura al respecto, por miedo a que lo tachasen de antipatriótico, y exhortaba a sus lectores a tener «hijos, muchos hijos para llenar el vacío».

Los historiadores no se han puesto de acuerdo en si la guerra cambió la forma en que las mujeres se veían a sí mismas y a su posición social. La propaganda de principios de la guerra, desde luego, invitaba a las mujeres a pensar en

la guerra como en un conflicto entre hombres; a las mujeres les decían que se quedasen en casa. Por supuesto, muchas mujeres no hacían ningún caso, y la escasez de mano de obra y la necesidad de reclutar a más hombres provocaron que los gobiernos europeos reclutasen a las mujeres para trabajar en la retaguardia y lanzasen campañas de propaganda alentando a las mujeres a que animasen a los hombres a hacer la guerra. Pero si bien las mujeres empezaron a disfrutar de su nueva libertad económica —pagándose la comida en los restaurantes, por ejemplo—, la guerra continuó poniendo de manifiesto una diferencia esencial entre hombres y mujeres: las mujeres no luchaban. De los hombres se esperaba que mataran; de las mujeres, no. Además, como ha demostrado la especialista en historia social Susan Pedersen, la decisión del estado de «tranquilizar los ánimos» de sus combatientes otorgando pensiones de separación reforzó la idea de que el hombre era el «cabeza de familia», mientras que la mujer y los hijos «dependían» de él, o, en su ausencia, del estado. Esta circunstancia provocó las protestas de la Women's Labour League (Asociación Laborista Femenina): «que digan que una esposa que trabaja de firme «depende» de alguien es ofensivo e incluso insultante». La prestación de subsidios parecidos, junto con la insistencia constante en la familia y en la necesidad de que las mujeres tuviesen hijos dejó a muchas mujeres, sobre todo en Alemania, Rusia y Francia, sin un papel concreto en la sociedad, después de que la guerra matara o mutilase a muchos de sus posibles maridos. La imagen de mujeres bailando juntas en los salones de baile de la Europa de la posguerra serviría de amargo recordatorio de una generación perdida.

Transformaciones políticas

Algunas características de las transformaciones sociales, de organización y políticas que se produjeron durante la guerra fueron comunes a todos los países. Otras, en cambio, tuvieron un carácter singular. Así, por ejemplo, resultan evidentes las diferencias entre Francia y Gran Bretaña. Al estallar la guerra, el presidente francés, Raymond Poincaré, habló en París de una *union sacrée* (unión sagrada) de toda la nación en una causa común, provocada sin necesidad alguna por la agresión alemana. Esta unidad, que abarcaba a los estadistas de un amplio abanico político y a la mayor parte de la sociedad francesa, era igual de evidente en Alemania, Austria-Hungría y Rusia. En Gran Bretaña, en cambio, en 1914 había menos unidad entre la clase política que en los demás países, sin duda, en parte, porque la guerra no representaba un desafío inmediato para la seguridad nacional británica. Dentro del gobierno liberal, el ministro de Asuntos Exteriores, lord Grey, recomendó prudencia, por miedo a que «suframos más ... que si nos mantuviésemos al margen». Pero la violación de la neutralidad de Bélgica y, aún más, el temor a una Europa dominada por Alemania ayudaron a crear una mayoría a favor de la guerra y una minoría en contra, formada ésta en su mayor parte por socialistas que, a diferencia de los socialistas alemanes y franceses, no estaban dispuestos a dar su apoyo a empréstitos de guerra.

A la larga, el impacto de la guerra en la política británica fue considerable. El Partido Liberal, que estaba en el poder desde 1906, no volvería a recuperarlo después de la guerra. Dividido en torno a las cuestiones del reclutamiento de soldados y las cualidades necesarias en un gobierno liberal en tiempo de guerra, en 1916 eligió un nuevo líder, David Lloyd George, que, sometido a presiones políticas y con el respaldo de la prensa, sustituyó a Asquith en el cargo de primer ministro de un gobierno de coalición en el que figuraban ministros conservadores y laboristas. Lloyd George se apresuró a formar un gobierno más reducido y crear nuevos departamentos de transporte marítimo, producción de alimentos, servicio social y trabajo, todo ello con el fin de aumentar la «eficacia». Pero mientras los éxitos militares de la Entente brillaron por su ausencia, la situación nacional se mantuvo inestable, y en 1917 el malestar de los trabajadores, visible ya en 1916 (sobre todo entre los obreros militantes, aunque atípicos, de la zona «roja» de Clydeside), volvió a manifestarse entre los trabajadores del sector de ingeniería de Coventry, Sheffield y Liverpool. En conjunto, el descontento a escala nacional era inquietante, pero no grave, y en las «elecciones de los cupones» (llamadas así porque los unionistas acordaron que no presentarían candidatos en 150 circunscripciones de mayoría liberal, una cifra equivalente al número de cupones de las cartillas de racionamiento), el gobierno de coalición de Lloyd George obtuvo una mayoría arrolladora.

La vida política en Francia permaneció relativamente estable hasta 1917 bajo el gobierno de la *union sacrée*. En 1915 la vida en Francia ya había vuelto a la normalidad aparente, y los parisienses, que habían huido de la ciudad por miedo al avance alemán, volvieron. Los teatros reabrieron sus puertas, sin dejarse intimidar por los ataques de los zeppelines, uno de los nuevos peligros de la guerra. No fue hasta 1917, con el fracaso de la ofensiva de Chemin des Dames, tras la cual estallaron varios motines en el ejército francés y una oleada de conflictos en la industria, y con el hundimiento de Rusia, cuando la colaboración en el seno de la *union sacrée* se vio amenazada. En una serie de sesiones parlamentarias a puerta cerrada, el gobierno de turno fue objeto de severas críticas por parte tanto de la derecha como de la izquierda. En este último bando, muchos socialistas alegaban que había que poner fin a la guerra por medio de negociaciones de paz, mientras que la derecha tachaba de agente alemán al ministro del Interior, Louis-Jean Malvy, y exigía que la lucha prosiguiera con renovado ímpetu.

En noviembre de 1917, Georges («el Tigre») Clemenceau, de 76 años, que había criticado sin tregua, y a veces sin sentido del realismo, la incapacidad francesa de lograr una victoria decisiva sobre los alemanes, accedió al cargo de primer ministro. Con el apodo de *Père-la-Victoire*, adoptó de inmediato una línea dura contra todos sus adversarios políticos. A los pacifistas, los declaró culpables de intentar poner fin al derramamiento de sangre y los metió en la cárcel; a continuación, criticó implacablemente a los socialistas, sobre todo después de que una oleada colosal de huelgas barriese Francia en la primavera de 1918. Clemenceau conservó la lealtad del ejército, pero procuró limitar la in-

fluencia creciente de los militares en la vida civil de Francia, marcando así la pauta de la política francesa de la posguerra.

En Alemania, a diferencia de Francia, el resultado de las huelgas que se generalizaron en 1918 fue el hundimiento del orden político establecido, la abdicación del kaiser Guillermo II y la creación de una democracia. No obstante, si bien los socialistas desempeñaron un papel destacado en la historia política de la flamante República de Weimar, jamás consiguieron librarse de la acusación de que las huelgas que habían promovido en Alemania habían llevado al país a la derrota. Los dirigentes conservadores de Alemania, al igual que los mandos militares, pudieron afirmar, por lo tanto, que Alemania había sido derrotada por los rojos, y no por los británicos y los franceses. Además, los intereses de la industria empezaron a adquirir un papel dominante tanto antes como después de 1918, mientras que las minorías nacionales también obtuvieron beneficios a cambio de su cooperación con los alemanes. Como presumía un diputado polaco: «hoy por hoy, el ministerio de Asuntos Exteriores está más suave que un guante de seda, y está dispuesto a hacernos toda clase de concesiones».

No sólo las huelgas contribuyeron a fomentar el derrotismo en Alemania: el nivel de vida de los alemanes en general había empeorado mucho —igual que el de los italianos—, y se decía que los civiles jóvenes morían de desnutrición antes de tener tiempo de llegar al frente: se calcula que murieron 300.000 jóvenes «de más» de entre 15 y 19 años desde 1916 hasta el fin de la guerra. Está claro que, por más que las fuerzas armadas aguantaran firmes en los frentes del Este y del Oeste, la burocracia imperial estaba perdiendo la guerra en Alemania. En 1917, después del fracaso del plan Hindenburg, pensado para reducir la escasez de alimentos y mano de obra, salieron a la luz las protestas. El káiser ya había iniciado las negociaciones con los líderes sindicales cuando estalló una oleada general de huelgas y disturbios provocados por la falta de alimentos en las principales ciudades. En un trascendental «mensaje de Pascua» en abril de 1917, Guillermo II abrió la puerta a un aumento de la democracia para después de la guerra, pero la Revolución rusa y la conferencia de la Internacional Socialista celebrada en Estocolmo en junio de 1917 —un efímero intento de la Internacional Socialista europea de encontrar una vía que condujese a la paz— provocaron nuevos disturbios en Alemania. Mientras los ministros tibios eran destituidos y reemplazados por otros, la sociedad se desintegraba en el caos. Las estructuras administrativas de Alemania se habían revelado incapaces de hacer frente a las exigencias de la guerra total, y en 1918 ningún plan —económico, político o militar— podía salvar al imperio alemán de la derrota y la disolución.

Durante los dos primeros años de guerra, el emperador austrohúngaro, Francisco José, había logrado mantener unidos los distintos partidos políticos, iglesias y pueblos del imperio, pero en 1916 se produjo un cambio sustancial en la opinión pública. Siguiendo el ejemplo de los socialdemócratas, otros grupos de la oposición empezaron a mostrar sus dudas acerca de la competencia de los militares, y en julio de ese año nació un nuevo Partido de la Independencia —encabezado por el conde Mihály Karóly, el futuro presidente de la re-

pública de Hungría— que exigía reformas políticas internas y una paz sin anexiones.

Irónicamente, la propaganda alemana no ayudó en nada a su aliado en el bando de las potencias centrales al representar la guerra como una «lucha decisiva entre alemanes y eslavos», una idea que envenenó las relaciones de la población eslava con las autoridades militares, y que contó también con la oposición de Hungría, donde los conflictos laborales adquirieron renovada virulencia en 1917, y en enero de 1918 una huelga de los trabajadores de las fábricas de munición de Viena se extendió a Hungría, lo que provocó nuevos conflictos, que se contagiaron a las minorías nacionales. Después de la derrota de 1918, lo único que podía hacer el gobierno del emperador Carlos, que había sucedido a Francisco José en 1916, era disolver el estado, y las dos repúblicas independientes de Hungría y Austria fueron proclamadas el 11 y el 12 de noviembre de 1918.

La revolución en Rusia

En febrero de 1917, el imperio ruso fue el primero en caer víctima de la guerra. Después de repetidas derrotas militares y de que reinase el caos interno, el zar Nicolás II se vio obligado a abdicar, y en los nueve meses que siguieron, el vacío de poder lo llenó el régimen dual formado por el gobierno provisional —creado a partir de la antigua Duma, y dirigido primero por el príncipe Lvov y después por Alexander Kerenski (a partir de julio de 1917)— y el sóviet de Petrogrado, un autoproclamado consejo obrero dominado por los socialistas. En octubre de 1917 resultó evidente que también el gobierno provisional había sido incapaz de proporcionar la victoria al pueblo ruso o aliviar los sufrimientos provocados por la escasez casi absoluta de bienes y la disrupción de la industria, así como satisfacer las exigencias de redistribución de las tierras de Rusia; por todo ello, Rusia sucumbió a la revolución bolchevique y después a la guerra civil.

La guerra en sí no tuvo la culpa de la ruina del imperio ruso. En julio de 1914, en vísperas de la guerra, a consecuencia de una huelga en la fábrica de armamento Putilov, la capital de Rusia había sufrido una oleada de huelgas, de modo que en cuestión de días más de 110.000 obreros de Petrogrado estaban en huelga. El presidente francés Poincaré, que estaba de visita oficial, se llevó de la visita la imagen de los cosacos y la policía luchando por dominar a los manifestantes, que empuñaban banderas rojas, cantaban canciones revolucionarias e intentaban llegar, destrozándolo todo a su paso, hasta el centro de la capital. Sin embargo, fueron necesarios los sufrimientos, las privaciones y las derrotas de la guerra para unir en el descontento a los campesinos, los obreros y la clase media de Rusia, y al perder Nicolás el apoyo de las fuerzas armadas pereció la dinastía de los Romanov. En 1914 Nicolás II había reunido un ejército de un millón de hombres mal equipados, pero las pérdidas fueron enormes: entre 7,2 y 8,5 millones de rusos murieron, desaparecieron o re-

sultaron heridos. Como dijo Mijail Rodzianko, presidente de la Duma (una cámara electa, pero sin autoridad, instituida por Nicolás II), con motivo de las protestas callejeras de febrero de 1917:

> Sin que nadie se lo esperase, estalló un motín del ejército como yo nunca había visto. Desde luego, no se trataba de soldados, sino de *mujiki* [campesinos] arrancados directamente del arado ... Entre la multitud, lo único que se oía era «tierra y libertad», «abajo la dinastía», «abajo los Romanov».[9]

Cuando Nicolás abdicó en febrero de 1917, su esposa, nacida en Alemania, desapareció con él. Con la compañía del monje y místico Grigori Rasputín, de pésima reputación, Alejandra se había ocupado de la retaguardia mientras el zar Nicolás dirigía a las tropas en combate. Pero la zarina Alejandra Fedorovna fue incapaz de apaciguar el descontento popular cada vez mayor contra el gobierno imperial. En el mes previo a la abdicación del zar, hubo más de 1.330 huelgas industriales, en las que participaron unos 680.000 trabajadores.

En un texto de abril de 1917, Weber describió lo que había sucedido en Rusia como la «eliminación» de un monarca inepto, no una revolución, y desde luego, para algunos miembros del gobierno provisional, los acontecimientos de febrero apenas representaron una transformación política que no ponía en tela de juicio el orden social o económico existente. El dirigente del partido Kadet (liberal), Paul Miliukov, ejemplificaba este punto de vista, al creer firmemente que el zar había perdido el trono por culpa de su ineptitud en la forma de llevar la guerra. Pero esa opinión no era exclusiva de los liberales rusos. El Partido Socialrevolucionario (PSR), el Partido Menchevique e incluso algunos bolcheviques, como el futuro secretario general del partido, Josif Stalin, al principio apoyaron al gobierno provisional en sus esfuerzos por continuar con la guerra. Los miembros del PSR aguardaban las elecciones generales que les habían prometido, mientras que los mencheviques colaboraban con el gobierno provisional porque eran marxistas ortodoxos que sostenían que en Rusia tenía que haber una clase obrera más numerosa antes de que la situación estuviese madura para una revolución marxista.

Marx había argumentado que la revolución comunista, en la que la clase obrera explotada de las industrias se uniría y se rebelaría contra sus patronos capitalistas, aboliendo la propiedad privada y creando una «sociedad sin clases», era más probable que se produjese en países con una clase obrera numerosa, como Alemania, Gran Bretaña, Bélgica y Holanda. De hecho, para muchos marxistas, el campesinado era una fuerza reaccionaria. De ahí la determinación de los mencheviques rusos de esperar a que apareciese un proletariado industrial con una conciencia revolucionaria. Pero en marzo de 1917, V. I. Lenin, cabecilla del Partido Bolchevique Ruso, estaba convencido de haber resuelto el dilema que planteaba a los marxistas las pobres dimensiones de la clase obrera industrial. Hambriento de poder (aunque, como siempre, ocultando sus ambiciones políticas bajo una capa de teoría marxista), Lenin decidió que la nueva fórmula revolucionaria de los bolcheviques fuese

«una dictadura revolucionaria del proletariado y de los campesinos más pobres».

Sólo los bolcheviques, revitalizados y reorganizados tras la vuelta de Lenin del exilio en abril de 1917, empezaron a entonar una cantilena revolucionaria distinta de la de los demás partidos políticos. Desde la ejecución de su hermano mayor por el intento de asesinato del zar Alejandro III en 1887 a los 19 años, Lenin se había considerado un «revolucionario profesional»; y durante 30 años, este abogado formado en San Petersburgo y sus camaradas en la dirección del partido, de formación intelectual parecida —hombres que después ayudarían a crear la Unión Soviética, como Nikolai Bujarin, Grigori Zinoviev, Karl Radek—, habían soportado la cárcel y el exilio en Siberia, Londres y Suiza. Bajo la dirección de Lenin, los bolcheviques desarrollaron un programa propio y singular, con la promesa de «pan, paz y tierra» para los obreros y campesinos de Rusia. Impulsado por la firme convicción de que «la historia no nos perdonará [a los bolcheviques] si no nos hacemos con el poder», Lenin explotó hábilmente las frustraciones del campesinado ruso, así como las de la clase obrera, en su lucha por la hegemonía política. Pero no todo fue coser y cantar. A pesar de las constantes matanzas de tropas rusas en el campo de batalla y del fracaso de la tan anunciada ofensiva de junio contra los alemanes, los bolcheviques se vieron desacreditados cuando los obreros hambrientos volvieron a echarse a la calle en Petrogrado durante los «Días de Julio»: la popularidad de los bolcheviques cayó en picado mientras los miembros del partido corrían a esconderse o eran detenidos por las fuerzas leales al gobierno provisional.

También había una crisis económica. La creciente anarquía en el campo tuvo graves repercusiones para la vida en las ciudades pequeñas y grandes de Rusia, y en julio de 1917 el abastecimiento de alimentos de la capital se había vuelto totalmente irregular: así, por ejemplo, Vorónezh, a unos 500 kilómetros al este de Moscú, produjo sólo el 30 por 100 del trigo que había recogido en 1916— y los precios se dispararon. Los trabajadores, que se morían de hambre, huyeron de las ciudades al campo, y, por consiguiente, la industria siguió hundiéndose.

Reflexionando acerca de su breve carrera como primer mandatario ruso, el socialrevolucionario Alexander Kerenski sostenía que lo habían derrotado dos conspiraciones de signo opuesto. La primera la habían urdido Lenin y Ludendorff, quien proporcionó a Lenin el tren blindado que lo transportó del exilio para que fomentase la discordia en su país, una discordia de unas dimensiones que los alemanes no podían siquiera soñar. La segunda conspiración se puso en marcha en agosto de 1917, cuando el comandante supremo de Rusia, Lavr Kornílov, avanzó hacia Petrogrado en una tentativa contrarrevolucionaria de imponer la ley marcial. La precipitación de Kornílov tuvo consecuencias catastróficas: la autoridad de Kerenski se derrumbó, las elites conservadoras tradicionales de Rusia —los jueces, los funcionarios, los curas y los oficiales del ejército— quedaron desacreditadas, el ejército se vio sumido en el caos y los bolcheviques pudieron salir de sus escondites y presentarse como los defensores de la Revolución de Febrero. Florence Farmborough, una enfermera de campaña británica, observó hasta qué punto la incertidumbre provocaba la deses-

peración de los soldados: «Si tuviesen alguien en quien confiar ... ¿A quién podían creer?».

Desde luego, los bolcheviques hicieron un gran esfuerzo por granjearse la confianza de los soldados rusos, publicando sus propios periódicos militares —el *Pravda de los soldados* y el *Pravda de las trincheras*— que incitaban a los soldados descontentos a confraternizar con el enemigo en el frente ruso. La autoridad y la disciplina comenzaron a venirse abajo cuando los soldados empezaron a formar sus propios comités (sóviets), y el número de desertores alcanzó cifras sin precedentes. A esas alturas, el sóviet de Petrogrado —que mediante su Decreto Número Uno se hizo con el dominio de las armas de Rusia y creó sóviets en todos los regimientos, batallones, baterías y escuadrones— ya estaba dominado por los bolcheviques, que lo habían reforzado con su propia Guardia Roja, que contaba entre 70.000 y 100.000 miembros. El gobierno provisional tardó en convocar unas elecciones generales —la Asamblea Constituyente de Rusia se reunió por primera y última vez en noviembre de 1917— e hizo muy poco por satisfacer las ansias de tierras de los campesinos, o los deseos de los obreros de disfrutar de más comida y mejores condiciones de trabajo. Con la promesa de satisfacer las aspiraciones de estos grupos Lenin se aseguró de que el golpe de los bolcheviques en el palacio Marrinsky (la noche del 24-25 de octubre) contara con el respaldo de amplios sectores del público. Lejos de ser una revolución sangrienta y jacobina, la revolución bolchevique fue muy discreta. Un diputado del difunto gobierno provisional dejó constancia de su asombro cuando le dijeron que estaba en marcha una insurrección armada: «Me reí, porque las calles estaban del todo tranquilas y no había ningún indicio de revuelta».

Después de haberse apoderado de la capital de Rusia, Lenin y su partido necesitaban asegurarse el respaldo de los campesinos —que eran más de 100 millones y representaban, con gran diferencia, la mayoría de la población— para conseguir una base popular lo bastante amplia como para mantenerse en el poder. Su decisión aparente de resolver los problemas de los campesinos aumentaron muchísimo su atractivo. Los campesinos llevaban años amargados por el pago de su rescate (pagos hechos al gobierno a cambio de las tierras concedidas con motivo de su emancipación en 1861), además de por el hambre y las matanzas del ejército ruso. Estaban asimismo frustrados por la distribución de la propiedad, que hacía que la nobleza aún poseyera el 47 por 100 de las tierras, mientras que los cada vez más numerosos campesinos rusos tenían que conformarse con repartirse el resto.

Cuando acabó la luna de miel de la Revolución de Febrero, los campesinos empezaron a pedir que se iniciase el reparto de tierras y comida, y sólo los bolcheviques prometían una respuesta inmediata. Se crearon sóviets rurales *ad hoc* en todo el antiguo imperio ruso y los campesinos comenzaron a apoderarse de tierras por su cuenta. La población que seguía en Petrogrado apoyaba cada vez más a los bolcheviques, deseosa de que llegaran una república democrática, una paz justa y un nivel de vida decente.

La paz y la guerra civil

Después de tomar Petrogrado en octubre de 1917, Lenin proclamó una república basada en los sóviets urbanos y rurales, y se dispuso a pactar la paz con las potencias centrales. Pero en las elecciones a la Asamblea Constituyente celebradas en noviembre de 1917 los bolcheviques obtuvieron menos de la cuarta parte de los votos. Los resultados electorales pusieron de manifiesto la fuerza de los bolcheviques en las grandes concentraciones urbanas y su debilidad en el campo. Pese a ello, los bolcheviques se aferraron al poder, y en enero de 1918, a pesar de haber sido derrotados en las elecciones por los socialrevolucionarios (PSR) y los mencheviques, disolvieron la Asamblea Constituyente.

Después de tensas negociaciones, la paz de Brest-Litovsk se firmó el 3 de marzo de 1918. Algunos bolcheviques, como Nikolai Bujarin y sus «comunistas de izquierda», habían querido convertir el esfuerzo bélico de Rusia en una guerra revolucionaria marxista que se extendiese por toda Europa. Las cláusulas de la paz de Brest-Litovsk eran muy duras, y a Lenin le costó mucho venderles el tratado a unos camaradas que estaban poco dispuestos a deponer las armas: Rusia perdía el 27 por 100 de sus tierras de cultivo (era especialmente grave el acuerdo de que los excedentes alimentarios de la fértil Ucrania fuesen entregados a las potencias centrales), el 26 por 100 de su población (unos 55 millones de habitantes) y el 75 por 100 de su hierro y carbón. No obstante, con la paz en su frente occidental, Lenin pudo dedicarse a asegurar el éxito interior de la revolución bolchevique.

En julio de 1918 los bolcheviques ya habían tenido que enfrentarse a la oposición de los socialrevolucionarios y los mencheviques descontentos, que no habían visto sus votos en las elecciones traducidos en poder político; de las elites liberales y conservadoras tradicionales; y de las tropas aliadas, que desembarcaron en Arjánguelsk y en Siberia. Tropas británicas, francesas, norteamericanas y japonesas se vieron involucradas en la guerra civil de Rusia, aunque en número reducido y con escasas repercusiones, por varias razones: para Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, las devastadoras ofensivas de Ludendorff en el frente occidental y los indicios de una especie de alianza entre los bolcheviques y los alemanes amenazaban con detener su avance hacia la victoria, sobre todo teniendo en cuenta que la penetración alemana en Rusia debilitaba el bloqueo aliado. Además, había hostilidad hacia la victoria bolchevique, sobre todo en Estados Unidos, Francia y Japón, país que estaba decidido a utilizar su intervención para establecer una base permanente en Siberia.

En Rusia, la grave escasez de alimentos se prolongó todo el año, y el 30 de agosto hubo un atentado contra Lenin. Los primeros meses del gobierno bolchevique, lejos de extinguir las llamas del descontento social, echaron leña a un fuego aún mayor. La política económica de «capitalismo de estado» cedió su puesto a la de «comunismo de guerra», basada en la confiscación de cereales y la nacionalización total, al embarcarse el partido bolchevique en una guerra civil que superó a la guerra en el frente oriental en salvajismo y brutalidad.

La «creación» de Polonia

Al patrocinar el regreso de Lenin a Rusia, Alemania había desempeñado un papel esencial en la creación de la flamante Unión de Repúblicas Soviéticas. Del mismo modo, cuando Alemania transportó a Jósef Pilsudski, el «profeta de la independencia de Polonia», a Varsovia en noviembre de 1918, el Kaiserreich, cuyo hundimiento era ya inminente, fue también clave a la hora de dar cuerpo a la nueva república de Polonia. Cuando Europa se lanzó a la guerra en 1914, Polonia no existía a efectos prácticos. Entre 20 y 30 millones de individuos se definían como polacos, pero eran súbditos de los imperios alemán, austrohúngaro o ruso. Las grandes ciudades polacas estaban igual de dispersas: Varsovia pertenecía a Rusia, Danzig (Gdańsk), a Prusia, y Cracovia, al imperio austrohúngaro. Fue debido a que las potencias en guerra necesitaban atraerse el apoyo de los polacos a la guerra, y conservarlo, por lo que resucitó la cuestión de la independencia de Polonia. Pero el papel que había de corresponderle al nuevo país era algo tan polémico y que distaba tanto de estar resuelto como en el siglo XIX.

Ya en agosto de 1914, las primeras maniobras de aproximación a los polacos las realizaron los rusos, que les prometieron «una Polonia renacida... con libertad religiosa y lingüística y autonomía» bajo el cetro del zar. Desde entonces hasta noviembre de 1918, llegaron ofertas parecidas de Austria-Hungría, Alemania y, sobre todo, del presidente norteamericano Woodrow Wilson en el decimotercero de sus Catorce Puntos (enero de 1918), que reivindicaba una «Polonia unida, independiente y autónoma». Mientras tanto, los combates encarnizados y sangrientos que tuvieron lugar en suelo polaco contribuyeron a crear tanto un espíritu de solidaridad como unas estructuras políticas a las que los políticos nacionalistas supieron sacar partido.

Los polacos, que en 1914 eran 30,9 millones, luchaban en los ejércitos de Rusia, Alemania y Austria-Hungría, a menudo enfrentados unos a otros, y sufrieron más de un millón de bajas entre la tropa y 4,5 millones entre la población civil. Pero empezaron a brotar por todas partes organizaciones militares y políticas polacas, entre ellas el Comité Nacional Polaco, dirigido por Roman Dmowski, con sede primero en Lausana y luego en París, que reivindicaba una Polonia autónoma bajo gobierno ruso; el Comité de Información Polaco, con sede en Londres; y el Comité de Asistencia Polaco, con estrechos vínculos con grupos de polacoamericanos de los Estados Unidos de América. Estos grupos, dirigidos por Dmowski, eran los «pasivistas» que esperaban lograr la independencia de Polonia mediante la diplomacia y la colaboración con las potencias aliadas, y contrastaban ostensiblemente con el grupo de los «activistas», encabezado por el general Pilsudski —quien se esforzó por hacer que sus tropas resultasen indispensables para el mando austrohúngaro—, que esperaba lograr la independencia de Polonia colaborando con las potencias centrales.

Entre agosto de 1915 y noviembre de 1918, las autoridades alemanas gobernaron en Varsovia, y esto —más la incipiente administración polaca que creó el gobernador general de la región, el general Hans von Beseler, además del

retorno de Pilsudski a Polonia gracias a los alemanes— fue lo que frustró el cumplimiento de los planes de los aliados victoriosos para el renacimiento de Polonia. El 14 de noviembre de 1918, Pilsudski fue proclamado jefe de estado de una nación sin fronteras, gobierno ni constitución. Muchos polacos estaban convencidos de que habían luchado en la guerra por la independencia de Polonia, y, aunque eso era un error, el sacrificio y el coraje de los soldados polacos y sus familias fueron fundamentales en los años que siguieron, no sólo en la serie de guerras regionales (1918-1921) que definieron las fronteras de Polonia mucho más que la conferencia de paz de París, sino también en la lucha por mantener la independencia de Polonia frente a las ambiciones territoriales futuras de Alemania y Rusia.

También fue importante para la consolidación del estado polaco en el siglo XX la idea de una cultura polaca independiente y respetada, ejemplificada por la obra del premio Nobel Stefan Zeromski. En estos famosos versos de Edward Slonski, escritos en vísperas de la guerra, el sacrificio de la sangre y la idea de una identidad común e inmutable entre los polacos encontró resonancia popular:

> Clara se me aparece la visión,
> y no me importa que ambos muramos,
> pues lo que no haya perecido
> se levantará de entre la sangre que vertamos.

Los escritores y la guerra

La gloria militar era un tema común entre muchos escritores antes del inicio de la guerra. Al principio, muchos artistas y escritores europeos acogieron favorablemente el estallido de la guerra como una rebelión contra el egoísmo y la codicia del mundo de antes de la guerra. En Inglaterra, Rupert Brooke describió a los soldados como «nadadores que se lanzan a la pureza»; en Alemania, Thomas Mann saludó la guerra como una «purificación y una liberación ... y una gran esperanza». Otros escritores y poetas tan variados como Thomas Hardy en Inglaterra, Gabriele D'Annunzio en Italia y Charles Maurras (el futuro dirigente de *Action Française*) en Francia saludaron la guerra como una ocasión para reafirmar la identidad nacional o imperial y una oportunidad para la aventura y el heroísmo. Como anotó en su diario de guerra el escritor alemán Ernst Jünger, «por haber crecido en una época de seguridad, todos anhelábamos lo inusual, el correr grandes riesgos... la guerra iba a proporcionarnos esa poderosa, potente y sobrecogedora experiencia». Sin haber experimentado los horrores de la guerra, Brooke fue capaz de escribir: «Demos gracias a Dios, que nos ha hecho llegar a esta divina hora en plena juventud y nos ha despertado de nuestro sopor».[10] Ni siquiera Sigmund Freud fue inmune al ambiente que lo rodeaba en el verano de 1914: por primera vez en 30 años, se sintió austríaco: «Toda mi libido se la dedico a Austria». Pero para Freud y autores como

el alemán Rainer Maria Rilke, el entusiasmo inicial pronto se apagó debido a la repugnancia moral que suscitaba la realidad de la guerra. Fue un rechazo que encontró un paralelismo entre autores británicos y franceses de izquierdas como H. G. Wells, George Bernard Shaw y Romain Rolland. Y, por lo menos en Francia y Gran Bretaña, las obras que hacían la apología de la guerra pronto perdieron su atractivo y su valor a los ojos de las jóvenes generaciones.

Los relatos y críticas más amargos de la guerra se publicaron después de la primera guerra mundial, y no durante la misma. *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, *Adiós a todo eso*, de Robert Graves, y *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway aparecieron en 1929. La libertad de los autores y poetas durante la guerra estaba muy condicionada por la censura y la propaganda gubernamentales. En Viena, la revista *Die Fackel*, del escritor satírico Karl Kraus, intentaba subrayar las incongruencias y, en la medida de lo posible, los horrores de la guerra, frente al torrente de propaganda oficial. En 1916, por ejemplo, Kraus informaba de los títulos de las redacciones infantiles de la Kaiser Karl Realschule: a los alumnos de 5°B les dieron a elegir entre «Un paseo durante las vacaciones» o «Los últimos métodos de guerra», y los de 6°A tuvieron que escoger entre «Los personajes principales del *Egmont* de Goethe» o «La intensificación de la guerra submarina». Las familias de la retaguardia veían mucho más la guerra como se la pintaba la propaganda, desde la lejanía del frente, aunque la distancia real no fuese muy grande: un oficial de permiso en el frente occidental podía desayunar en las trincheras y cenar en su club de Londres.

Los poemas y escritos de hombres como Sigfried Sassoon y Erich Maria Remarque reflejan tanto el horror como la camaradería de la guerra. Pero los historiadores actuales alegan que tal vez se haya dado demasiada importancia a los «vínculos espirituales» que se establecieron entre hombres de distintas clases sociales durante la guerra. Mientras que Sassoon y Remarque contribuyeron a reflejar la amarga desilusión de unos hombres que habían ido a luchar por unos ideales románticos, la abundancia de instituciones de excombatientes —la British Legion, la «Asociación de Voluntarios Italianos», la Vaterländische Kampfverbände (agrupación de activistas alemanes)— indica que a los excombatientes les preocupaban más las condiciones de su readaptación a la vida civil que compartir las experiencias comunes de su época de servicio militar.

Las experiencias de las escritoras durante la guerra fueron igual de variadas que las de los hombres. Algunas, como St Clair Stobart, veían en la guerra y el militarismo a «la masculinidad desenfrenada», mientras que para otras, como las enfermeras voluntarias que atendían a los heridos en el frente (como la enfermera escocesa de 18 años Mairi Chrisholm y su colega inglesa la baronesa T'Serclaes, conocidas como «las heroínas de Pervyse»), la guerra era una ocasión para correr aventuras. Pero hombres y mujeres no compartieron precisamente las mismas experiencias inquietantes durante la guerra, y ello se refleja en sus escritos. Las mujeres no experimentaron la vida de trinchera, y si bien arriesgaban la vida en las fábricas de municiones o en funciones auxiliares en el frente, no tenían que soportar horas de incesantes bombardeos o ver con sus

propios ojos cómo los amigos saltaban destrozados por los aires. Tal como escribía un carpintero alemán a su mujer en 1914: «Sabéis más que nosotros sobre el teatro de operaciones, salvo que a vosotras todo os lo pintan de color de rosa. Ojalá esos propagandistas y superpatriotas pudieran ver los cadáveres ... amontonados». Este tipo de cartas a la familia era infrecuente. Pocos soldados querían que sus parientes se preocupasen en vano, y si intentaban decir la verdad, la eliminaban los oficiales del regimiento encargados de censurar todas las cartas que se enviaban.

Para el número sin precedentes de veteranos de guerra que volvieron a casa, la sensación de aislamiento y embrutecimiento que les provocaron sus experiencias de la guerra era opresiva. Como reflexiona el veterano que vuelve de la guerra en *Sin novedad en el frente*: «De repente, me asalta una terrible sensación de extrañamiento. Soy incapaz de volver». Para algunos veteranos era más fácil seguir luchando —en las insurrecciones comunistas de Europa oriental, en las asociaciones patrióticas de Alemania e Italia— que enfrentarse a la realidad de la paz en 1918.

Capítulo VII

¿UN NUEVO ORDEN? 1919-1929

Para Woodrow Wilson, igual que para Lenin, el fin de la primera guerra mundial en Europa marcó el principio de una nueva era. En Rusia, Lenin y las legiones de su partido se hicieron con el poder en noviembre de 1917 y emprendieron la consolidación del débil poder del partido bolchevique disolviendo la Asamblea Constituyente el 5 de enero de 1918 y promoviendo la creación de agrupaciones locales o «soviets» fieles a la causa bolchevique. En el resto de Europa, la visión de Wilson infundió esperanzas de cara al futuro, desde Polonia en el Este hasta Irlanda en el Oeste. En sus Catorce Puntos, desvelados ante el Congreso el 8 de enero de 1918, Wilson había definido principios que creía que traerían la paz, la prosperidad y una mayor democratización al conjunto de Europa. Pero si bien 1919 trajo muchas novedades a Europa —nuevas naciones, un nuevo orden diplomático, una notable extensión de la democracia—, muchas de las antiguas estructuras sociales, económicas y diplomáticas sobrevivieron e interactuaron de forma poco afortunada con las nuevas. Al cabo de tres años, la democracia había sido desterrada de Italia, y el tejido político y social de naciones tan distintas como Alemania, España, Polonia, Gran Bretaña y Hungría estaba cada vez más tenso.

El «precio» de la guerra

Gestionar la paz fue el problema más inmediato al que se enfrentó una Europa cansada de la guerra en 1919. La situación era diferente de la que se produciría al término de la segunda guerra mundial, pues en 1918 ni los aliados ni las potencias centrales habían hecho, durante la contienda, planes de ningún tipo para la posguerra; sin embargo, los destrozos ocasionados por la guerra eran importantes, debido a la intensidad de los combates en el frente occidental, a pesar de su concentración, y a la enorme extensión abarcada por las campañas del frente oriental. La guerra había afectado a la sociedad europea en su totalidad, y las pérdidas humanas y económicas eran las más fáciles de cuantificar.

La cifra de muertos y heridos no tenía precedentes. Más de ocho millones de hombres murieron en combate, y siete millones quedaron gravemente incapacitados. Alemania perdió a 1.800.000 hombres, Rusia 1.700.000, Francia 1.385.000, Austria-Hungría 1.200.000 y Gran Bretaña 947.000. Sólo las bajas norteamericanas fueron notablemente inferiores, con sólo 48.000 muertos en combate.

No obstante, la población de Europa se recuperaría. Europa occidental creció de 170,2 millones en 1920 hasta 189,9 millones en 1940, aunque el crecimiento fue muy escaso en Francia y Austria y la población se estancó en Irlanda. En la Europa del Este y del Sur, las estadísticas son más impresionantes. La primera, entre 1920 y 1940, pasó de 84,4 millones a 102,4 millones de habitantes, y la segunda, de 68,6 millones a 84,9. El ímpetu de este crecimiento se debió a la práctica aún habitual entre la población de casarse a edad temprana y a la mejora de la atención sanitaria. (El celibato, en parte a causa del declive de las religiones organizadas, no ha resultado popular en el siglo XX.)

También empezó a cambiar la naturaleza de los movimientos migratorios. Los escoceses, los alemanes y los rusos, por ejemplo, dejaron de emigrar en masa a los Estados Unidos a medida que se fue cerrando la puerta de entrada de Nueva York. Y la población de Europa se fue urbanizando. En los países más industrializados, la gente ya no iba del campo a la ciudad en busca de trabajo, sino más bien de ciudad en ciudad. En Gran Bretaña, por ejemplo, la gente iba de Manchester, Newcastle y Belfast a las nuevas zonas de industria ligera del sureste de Inglaterra, situadas alrededor de ciudades como Slough.

A muchos gobiernos europeos les resultó más difícil recuperarse del coste financiero de la guerra que de las pérdidas humanas. Los daños materiales provocados por la guerra se concentraban en el norte de Francia, Bélgica y Rusia occidental. En conjunto, unos 15.000 kilómetros cuadrados de Francia quedaron arrasados, y los daños ocasionados a los edificios municipales, privados e industriales de Francia ascendían a 17.000 millones de dólares, una proporción muy alta de un total mundial de pérdidas de 29.960 millones de dólares. Desde luego, entre los países vencedores, Francia era el que parecía haber realizado los mayores sacrificios en pos de la victoria. Todos los contendientes habían perdido dinero en préstamos y bonos invertidos en el extranjero al estallar la guerra, y durante la guerra se acumuló una deuda astronómica con los Estados Unidos, sobre todo por parte de Gran Bretaña y Francia, para financiar su victoria en Europa. Mientras tanto, estos últimos habían prestado recursos propios a aliados subsidiarios como Australia y el Canadá.

Antes de la primera guerra mundial, Gran Bretaña era el banquero del mundo, la principal fuente internacional de inversiones de capitales, y la banca británica y su hegemonía monetaria, junto con la defensa del librecambismo, habían contribuido a fomentar la estabilidad y el desarrollo de la economía internacional. Después de la primera guerra mundial, los Estados Unidos sustituyeron a Gran Bretaña como principal acreedor mundial, con un papel importante (aunque distinto del de Gran Bretaña) en el mantenimiento de la economía mundial. La supremacía financiera de la economía se vio pronto reafirmada por la presión de la tecnología, los productos y los métodos de or-

ganización industrial norteamericanos, que generaron por igual admiración y reticencias. La palabra «americanización» devino sinónimo de gestión y producción «científicas» por medio de la simplificación, la estandarización y el estudio del tiempo y el movimiento. El nombre del empresario norteamericano Henry Ford, pionero en estas prácticas, era igual de conocido a ambas orillas del Atlántico, lo mismo que sus automóviles. Apodado «Ford el Conquistador» por la prensa británica, el magnate tenía grandes proyectos para la producción y el consumo de coches en la Europa de la posguerra, muchos de los cuales no llegaron a materializarse, en parte por culpa de la lenta recuperación de Europa tras la guerra.

En 1919 pocos hombres de estado o de empresa se daban cuenta de la magnitud o incluso de la naturaleza de las consecuencias económicas de la guerra. Había quien soñaba con volver a la «normalidad». Entre la primavera de 1919 y el verano de 1920 Europa experimentó una fugaz y engañosa recuperación económica —en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, fue uno de los períodos de expansión acelerada más breves de los que haya constancia—, impulsada por la demanda de los consumidores entre 1919 y 1921 y que fue malinterpretada. La expansión se basó, al mismo tiempo, en la demanda reprimida de productos que no habían estado disponibles durante la guerra y en los gastos gubernamentales para reparar los destrozos causados por la guerra en barcos y trenes. Pero cuando se despejó la bruma de esta fiebre gastadora, los problemas, sobre todo de la economía británica, aparecieron en toda su crudeza. Algunas de las viejas industrias ya habían entrado en decadencia antes de la guerra, y después de 1921 los cierres sobre todo de las industrias pesadas continuarían durante la mayor parte del siglo XX. Para los astilleros de Glasgow y Belfast y las fábricas de acabados de algodón de Lancashire, los días de prosperidad y expansión se habían acabado. Fueron los Estados Unidos los que disfrutaron de un período de expansión espectacular a mediados de los años veinte que los norteamericanos más optimistas creían que duraría para siempre.

La conferencia de paz de París

Para entonces, el gobierno de los Estados Unidos había pasado de manos de los demócratas a las de los republicanos, y la «nueva era» de Wilson en Europa se había desvanecido. Sus Catorce Puntos aspiraban a sentar las bases de una paz europea «reparadora» y flexible a partir de los principios de autodeterminación (puntos del cinco al trece), la diplomacia abierta (punto primero), la apertura económica mundial (punto tres) y una comunidad internacional coherente que abandonase la práctica estéril y peligrosa de las alianzas bilaterales y los tratados secretos (puntos dos, cuatro y catorce). El tono era grandilocuente, pero el presidente de los Estados Unidos abandonó las alturas olímpicas del otro lado del Atlántico para presidir las sesiones de la conferencia de paz de París. La entusiasta bienvenida que le deparó el público europeo contradijo las duras negociaciones que tendrían lugar entre las potencias vencedoras, sobre

todo entre los «Cuatro Grandes»: el primer ministro británico Lloyd George, los primeros mandatarios de Francia e Italia Clemenceau y Vittorio Orlando y, por supuesto, el propio Wilson. Muchos opinaron que Clemenceau, con «el rostro y el tipo de un mandarín chino» (según el secretario de Estado norteamericano, Robert Lansing), dominó la conferencia.

La conferencia de paz resultó un desastre para todos los participantes. La estructura complicada y caótica de las deliberaciones de la conferencia no hizo nada para disminuir la incomodidad de los delegados, muchos de los cuales cayeron víctimas del «catarro de París», una epidemia mundial de gripe que mató a más gente que la guerra.

Alemania y el tratado de Versalles

Para John Maynard Keynes, el economista británico que asistió a la conferencia de paz, el tratado fue «una paz que, si ... se lleva a la práctica perjudicará aún más ... la organización delicada y compleja que ya ha alterado y roto la guerra». En una crítica devastadora y muy influyente, *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), escrita después de dimitir de su puesto en la delegación británica, Keynes argumentó que la política «honrada y comprensible» de Francia de debilitar de forma irreparable a Alemania, que se había impuesto totalmente en Versalles, representaba una amenaza futura tremenda para el «eterno combate de boxeo» de la política europea.

Keynes tenía razón. El espectáculo de la conferencia de paz había puesto de manifiesto la condición de potencia vencida de Alemania. El gobierno alemán no fue consultado en las negociaciones, y sólo cuando estuvo terminado el primer borrador del acuerdo dejaron que los alemanes viesen el tratado de Versalles, y luego les dieron quince días para presentar por escrito sus objeciones a los aliados, antes de añadir un puñado de enmiendas sin importancia con tinta roja sobre el tratado ya terminado. Antes de firmar, los delegados alemanes en la conferencia, Hermann Müller y Johannes Bell, fueron humillados ante 2.000 espectadores en el salón de los espejos del magnífico palacio de Luis XIV (donde Bismarck había humillado a los franceses en 1871). La fecha era el 28 de junio de 1919, el quinto aniversario de los asesinatos de Sarajevo. En su defensa, los partidarios del tratado de Versalles argumentaron que el trato dispensado a los delegados alemanes no difirió en nada del que Prusia dispensó a Francia en 1871 o del que la misma Alemania había impuesto a Rusia en 1918.

No obstante, a pesar de este trato humillante (y, según Harold Nicolson, un miembro de la delegación británica en París que escribió un vívido relato de lo sucedido, el aspecto «desolado y mortalmente pálido» de los delegados alemanes), Alemania no había sufrido una derrota aplastante en 1918,[1] sino que el pueblo alemán había aceptado los Catorce Puntos de Wilson como base de negociación de un armisticio, y el nuevo gobierno democrático alemán, que ha pasado a la historia como la República de Weimar, vio las negociaciones de París con creciente desesperación. Era evidente para todos los alemanes que

su país no era tratado como a un igual. No es de extrañar, pues, que la paz se considerase un *Diktat* (una paz impuesta) o un *Schandvertrag* (tratado de la vergüenza). En lugar de traer la paz a Europa, fue una fuente de descontento social, político y económico durante años.

Los sentimientos antialemanes eran muy intensos en Gran Bretaña y Francia en 1919, aunque hubiese diferencias entre un lado y el otro del canal de la Mancha. (El poeta Robert Graves declaraba estar cansado de guerras, a menos que fuese una guerra contra los franceses, en cuyo caso saldría «disparado como un cohete».) En ambos países, sectores de la opinión pública azuzados por la prensa querían vengarse de los alemanes. Lloyd George, Clemenceau e incluso Wilson acabaron reaccionando a los gritos de «¡Colgad al káiser!», pero se ahorraron el engorro de un proceso público al depuesto emperador de Alemania cuando los holandeses se negaron a entregarles a su incómodo huésped. Otros temas no fueron resueltos con tanta fortuna en París. Incluso cuando los intereses nacionales franceses y británicos coincidían, no siempre cuadraban con los de los Estados Unidos. Además, en las contadas ocasiones en que los aliados llegaban a un acuerdo en el laberinto de las sesiones de los comités *ad hoc* de París, sus conclusiones nunca, o casi nunca, encajaban con las aspiraciones alemanas de una paz justa y honorable.

Es probable que para los alemanes lo más difícil de aceptar en 1919 fuese la derrota en un conflicto que, hasta el verano de 1918, creían que estaban ganando. Las condiciones de la paz fueron duras. Alemania perdió más de 60.000 kilómetros cuadrados de territorio, con cerca de siete millones de habitantes —alrededor del 10 por 100 de los recursos de la Alemania de antes de la guerra— y sus fugaces devaneos imperiales se terminaron en seco con la pérdida de los territorios imperiales de Tanganica y del África del suroeste. Más acá, las pérdidas territoriales alemanas modificaron notablemente el mapa de Europa. Entre ellas figuraba el retorno de Alsacia-Lorena a Francia y la creación en la Prusia oriental de un corredor de territorio que permitía a la flamante república independiente de Polonia acceder al mar. El antiguo emporio hanseático alemán de Danzig, en el extremo del corredor, obtuvo el estatuto de ciudad libre, ya que Lloyd George, haciéndose eco de los prejuicios de las naciones más antiguas y poderosas, rechazó la idea de entregar directamente a los polacos esa ciudad próspera y culta con un 90 por 100 de población alemana. Entregar Danzig a los «primitivos» polacos habría sido, según Lloyd George, como «poner un reloj en las manos de un mono».[2]

Estas y otras disposiciones territoriales crearon un amargo resentimiento entre el pueblo alemán, al que le parecían una violación flagrante de los Catorce Puntos y de las promesas aliadas de que la Alemania democrática sería tratada con justicia. No se permitió que los alemanes de Austria se unieran a Alemania, y más de tres millones y medio de alemanes de los Sudetes pasaron a formar parte de la nueva Checoslovaquia. Pero el gobierno francés hubiera ido aún más lejos, con la exigencia, por ejemplo, de una Renania independiente, y sólo la insistencia de Lloyd George a última hora consiguió que se celebrasen plebiscitos en los territorios de Allenstein y Marienwerder, en Prusia oriental,

y, como consecuencia de los mismos, les permitieran seguir dentro de Alemania.

Las exigencias aliadas de una reducción del arsenal alemán, aunque recibidas con resentimiento por parte de los sectores conservadores de la sociedad alemana, apenas encontraron oposición en el conjunto del pueblo. Renania fue desmilitarizada, el ejército quedó reducido a 100.000 voluntarios y Alemania tuvo que prescindir de su Flota de Alta Mar. Estas exigencias militares, más una serie de exacciones de tipo económico, como el arrendamiento del Sarre, rico en yacimientos de carbón, a Francia durante 15 años, no despertaron la misma indignación popular en Alemania que las amputaciones de su «carne nacional» en forma de pérdidas territoriales y una cláusula, redactada a toda prisa, de «culpabilidad» que atribuía sin ambages la culpa del origen de la guerra a Alemania y sus aliados. La cláusula de «culpabilidad» sigue siendo polémica, y ha dado que hablar a multitud de historiadores, entre otros los que fueron contratados por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en 1919 en un esfuerzo titánico por rechazar las acusaciones aliadas. Las reparaciones de guerra resultaron igual de polémicas, y las cuestiones de fondo siguieron resultando complicadas hasta mucho después de 1919.

Reparaciones y deudas de guerra

Cuando Gran Bretaña y Francia expusieron sus condiciones de paz en 1918, no mencionaron las indemnizaciones, es decir, los pagos que tendría que afrontar Alemania por el daño infligido a los aliados durante la guerra. Pero en sus respectivas campañas electorales, dominadas por el tema de la guerra, tanto Clemenceau como Lloyd George prometieron que harían «pagar a Alemania». Es significativo que fueran elegidos primeros ministros de gobiernos que recibieron apodos derivados de los colores de los uniformes militares: en Francia (noviembre de 1919) el *Horizon Bleu*, y en Gran Bretaña (diciembre de 1918) el gobierno caqui.

De todas las potencias reunidas en Versalles, los Estados Unidos fueron los únicos en negarse a exigir el pago de «tributos» a Alemania, pero los norteamericanos no lograron impedir que sus aliados exigiesen reparaciones; sin embargo, en los años posteriores, esta postura moral se mostró cada vez más falsa, al exigir los Estados Unidos a sus aliados que reembolsasen la deuda de guerra contraída en forma de empréstitos durante el conflicto. La negativa de los Estados Unidos a reconocer toda conexión entre la capacidad alemana de hacer frente al pago de las reparaciones y la capacidad de Gran Bretaña y Francia de hacer frente al pago de sus deudas de guerra envenenó sus relaciones diplomáticas y económicas.

En 1919, Francia adoptó una postura negociadora «realista» y flexible sobre las reparaciones. Se evaluó rigurosamente la capacidad de pago de Alemania, y el gobierno francés manifestó su disposición a reducir significativamente sus exigencias si los Estados Unidos accedían a garantizar la seguridad de Francia. Y ahí radicaba el problema de fondo: en el espinoso tema del grado de

participación de los Estados Unidos en los asuntos de Europa y en la preocupación de Francia por su seguridad nacional, las dos cuestiones que hicieron naufragar al tratado de Versalles. En las salas de reunión de los comités de la conferencia de paz de París y en los pasillos del Congreso y el Senado de los Estados Unidos pronto resultó evidente que la mayoría de los participantes en las negociaciones estaba menos entusiasmado con las ideas de Wilson sobre el futuro que prisionero de las experiencias pasadas.

La determinación francesa de conseguir reparaciones estaba motivada tanto por el deseo de reconstruir su propia base económica, como por la voluntad de dejar a Alemania inerme desde el punto de vista económico. Pero eso no ocurrió. De hecho, algunos británicos y norteamericanos argumentaron que la exigencia de que los alemanes entregasen oro y bienes a los aliados victoriosos en concepto de reparaciones reforzaría la economía alemana en vez de debilitarla. El problema más espinoso en las deliberaciones de París, después de que el principio de las reparaciones fuera aceptado por los Cuatro Grandes, fue determinar la capacidad de pago de Alemania. Para Gran Bretaña y Francia, la cifra tenía que ser lo bastante abultada como para satisfacer a la opinión pública; para los Estados Unidos, la suma acordada no podía ser tan alta que acabara matando de hambre a una Alemania ya demacrada. Después de darle muchas vueltas y revueltas, se llegó a un compromiso aparente con la creación de una comisión interaliada de reparaciones que fijaría la cantidad definitiva después de que Alemania efectuase un pago inicial de 1.000 millones de libras en oro.

Ni Gran Bretaña ni Francia ni los Estados Unidos salieron ganando con el culebrón de las reparaciones. Los vencedores europeos no obtuvieron ni por asomo las reparaciones fijadas, mientras que los Estados Unidos adoptaron una postura que, desde el punto de vista de Gran Bretaña y Francia, resultaba desconcertante: se negaban a exigir reparaciones a Alemania, pero insistían en que Francia y Gran Bretaña liquidasen sus deudas de guerra con los Estados Unidos. Al final, los Estados Unidos perdonaron gran parte de la deuda: en 1930, habían perdonado el 35 por 100 de la deuda de Gran Bretaña, el 82 por 100 de la de Italia y el 65 por 100 de la de Francia y la de Bélgica; sin embargo, a esas alturas la situación económica había cambiado radicalmente. Por lo menos el tema demostró estar abierto a la introducción de modificaciones y a la negociación. La unidad de los aliados y sus esperanzas de una paz reparadora y flexible pronto se vieron sometidas a una prueba mucho más dura en 1919, al dar señales cada vez más claras el Senado norteamericano de una profunda aprensión a que los Estados Unidos se implicaran en la seguridad de Francia o hacia la Sociedad de Naciones que constituía el núcleo del proyecto de Wilson.

La Sociedad de Naciones

El presidente de los Estados Unidos soñó en 1919 con una organización que salvaguardase la paz internacional y sirviese de foro para una gestión más or-

denada de los asuntos políticos, económicos, financieros y culturales del mundo, pero mientras se esforzaba por conseguir el respaldo de Europa a su idea, el entusiasmo de los Estados Unidos hacia este tipo de compromiso internacional pronto empezó a desvanecerse. Cada vez más temeroso de verse nuevamente involucrados en las disputas europeas y sospechando que la Sociedad limitaría la tan preciada libertad de Norteamérica para actuar por su cuenta siempre y del modo que quisiera, el Senado de los Estados Unidos, en noviembre de 1919, se negó a ratificar la Carta de la Sociedad de Naciones, con lo que rechazaba también la paz de Versalles. Pese a sus esfuerzos por conseguir un acuerdo en París y en su patria, el idealista Wilson fracasó por culpa de las reticencias de sus paisanos. Sufrió una grave embolia y desapareció de la historia.

El daño ocasionado a la confianza de los europeos en los Estados Unidos fue profundo. La Carta original de la Sociedad de Naciones aspiraba a la «elasticidad y seguridad» de las relaciones internacionales. Ahora los Estados Unidos se retiraban de Europa, ante la creciente frustración de alemanes y británicos. También Francia reaccionó de forma automática e involuntaria: en los años veinte Francia se empeñó en mantener que las deliberaciones de París habían determinado el *statu quo* en Europa, que, por motivos de seguridad, no podía ni debía modificarse. Irónicamente, cuando ya en los años treinta, Francia adoptó una actitud más conciliadora hacia las reivindicaciones alemanas, Alemania se hallaba bajo un régimen distinto, el de Adolf Hitler, cuyos sueños iban mucho más allá de una simple alteración del *statu quo*.

Los problemas de los negociadores de paz europeos fueron palpables después de la retirada en la práctica del apoyo norteamericano al acuerdo de paz. Los aliados europeos carecían del poderío económico y militar necesario para hacer cumplir el tratado de Versalles. Además, cuando Francia no consiguió que los Estados Unidos garantizasen su seguridad, Gran Bretaña aprovechó la ocasión para alejarse de Europa, como tanto deseaba. Aunque el gobierno británico mantuvo el compromiso de defender las fronteras de Francia con Alemania, desconfiaba de la política exterior francesa, con su red de pequeñas ententes con Polonia (1921 y 1925), Checoslovaquia (1925), Rumanía (1926) y Yugoslavia (1927). Francia había promovido esas alianzas en un intento, que acabaría resultando vano, de contener las potenciales ambiciones territoriales alemanas. La Pequeña Entente estaba pensada para reproducir la sensación de seguridad y equilibrio que había aportado antes de 1914 la alianza de Francia con la Rusia imperial. En cambio, la decisión del gobierno francés de establecer garantías recíprocas de seguridad con esas nuevas potencias, que tenían que hacer frente a numerosas dificultades y que mantenían sus propias diferencias entre sí, no sirvió más que para poner de manifiesto el desequilibrio potencial en un conflicto entre una Francia de 40 millones de habitantes y una Alemania de 65 millones.

La ausencia de autoridad militar y diplomática para respaldar la paz se hizo más evidente en los años treinta, pero ya en 1919-1920 la Sociedad de Naciones carecía de la influencia necesaria para proporcionar la suficiente asistencia económica a las naciones emergentes del centro y el este de Europa, y fueron los

norteamericanos los que llenaron ese vacío, pese al abandono de las ideas de Wilson. Poniendo manos a la obra, el gobierno de Estados Unidos creó la American Relief Administration (Administración de Ayuda Norteamericana), que proporcionó alimentos por valor de 1.145 millones de dólares, encabezada por Herbert Hoover, futuro presidente republicano de los Estados Unidos. En su calidad de «regulador mundial de alimentos», Hoover cumplió su misión con entusiasmo, pero no dejó de dar un matiz político a la ayuda norteamericana. Así, por ejemplo, ofreció alimentos como premio a la capitalista Austria, pero no a Hungría, que se encontraba bajo la amenaza de la dominación comunista de Béla Kun. La Administración de Ayuda también organizaba intercambios de productos entre países que se habían enfrentado durante la guerra: maquinaria austríaca a cambio de huevos y jamón polacos, trigo de Yugoslavia a cambio de gasolina de Polonia, y carbón alemán a cambio de patatas polacas.

Incluso después del período de rehabilitación de la inmediata posguerra, continuaron los problemas en la agricultura. La comunidad agrícola multiforme de Europa, que iba desde los aparceros de España e Italia a los terratenientes británicos y alemanes (los *Junkers*), que cultivaban grandes extensiones, se vio en un aprieto durante los años veinte. A todos los campesinos les afectó la brusca caída de los precios agrícolas, que obedecía a varias razones, entre ellas el cultivo de grandes extensiones dedicadas a los cereales en Norteamérica, Canadá y Rusia; el aprovechamiento más intensivo de las tierras gracias a la introducción de maquinaria agrícola, como los tractores; y la aceptación cada vez mayor de los abonos químicos. Por otro lado, la población de Europa crecía más despacio, y los cambios en la dieta habían favorecido a los productos lácteos y perjudicado a los cereales. Estas novedades eran un problema para los agricultores y los países cuyos ingresos dependían sobre todo de la agricultura, en especial las nuevas naciones de la Europa del Este.

La paz en la Europa central y del Este

La conferencia de paz de París marcó el inicio de un concepto más amplio de Europa, al ceder su lugar los antiguos imperios de la Europa central y del Este —el imperio otomano, el de los Habsburgo, el de los Romanov y el de los Hohenzollern— a nuevas naciones y nuevas democracias. Si en algún momento triunfó el «principio de nacionalidad» decimonónico fue en la conferencia de paz de París. En la creación de nuevas naciones a partir de los viejos imperios, el quinto punto de Wilson, el relativo a la autodeterminación —el derecho de las «naciones», definidas en función sobre todo de la lengua, a escoger su propia forma de gobierno—, fue determinante, y Wilson pudo decir que en este sentido sus ideales se habían cumplido.

Para los nacionalistas victoriosos —dirigentes como Thomas Masaryk, el respetado presidente eslovaco de la flamante república de Checoslovaquia—, la creación de un rompecabezas de estados en la Europa del Este fue una victoria frente al «cesarismo» de los antiguos imperios europeos. Su esperanza, tan

idealista como la de Wilson, era que «estos cambios políticos estimulen iniciativas que produzcan el renacimiento y la regeneración de la ética y la cultura». Los nuevos estados eran, en general, estados nacionales y democracias parlamentarias, lo cual representaba también para Masaryk una estimulante oportunidad para la democracia. Masaryk tuvo la nobleza de argumentar que la nación checoslovaca sólo podría mantenerse «mediante el perfeccionamiento constante de la libertad». No todos los «nacionalistas» compartían ese punto de vista en 1919, y el vínculo entre estado nacional y democracia en la Europa del Este, cada vez más débil por culpa de las tensiones económicas, sociales y políticas en los años posteriores, resultó ser extraordinariamente efímero.

Al principio Gran Bretaña y Francia no estaban seguras de si querían destruir el viejo imperio de los Habsburgo o limitarse a «reformarlo», pero la rápida desintegración del gobierno austrohúngaro, la amenaza de insurrecciones comunistas —en 1918 hubo que recurrir al ejército en más de 50 ocasiones, sólo en Austria, para restaurar el orden entre la población civil— y la resolución de Wilson de sostener el principio de autodeterminación en la medida de lo posible obligaron a ceder a los aliados. Como consecuencia, se produjo una revisión radical de las fronteras en los Balcanes, y el trazado de muchas de las fronteras «fijadas» en Versalles lo decidieron los representantes de segunda fila de las delegaciones aliadas.

En opinión de Wilson, la identidad nacional podía determinarse sobre todo en función de la lengua y de la propia elección del individuo: hombres y mujeres podían decidir si querían ser polacos, alemanes, serbios o búlgaros. Pero en Europa oriental, donde la abigarrada mezcla de lenguas, historias y religiones era un factor decisivo, un enfoque como el de Wilson resultaba problemático en el mejor de los casos. A diferencia de quienes habían emigrado a los Estados Unidos, que habían «decidido» ser norteamericanos, los individuos de la Europa del Este no podían «decidir» ser polacos o lituanos, serbios o búlgaros; o lo eran o no lo eran. Irónicamente, la aplicación del principio de autodeterminación junto con consideraciones estratégicas y económicas, hizo que una tarea ya de por sí difícil se volviera inviable, como se reveló también la creación de estados basados en más de una «nación». Así, por ejemplo, los serbios, croatas y eslovenos que constituían la mayor parte de la nueva Yugoslavia tenían muy poco en común: los serbios tenían sus modelos culturales y políticos en el Este, los croatas en Occidente, y el serbocroata era una sola lengua con dos alfabetos diferentes.

Desde luego, hubo «ganadores» y «perdedores» claros en la revisión radical del trazado de las fronteras nacionales de Centroeuropa y los Balcanes. Los tratados de Saint-Germain-en-Laye con Austria (firmado el 10 de septiembre de 1919), Neully con Bulgaria (27 de noviembre de 1919), Trianon con Hungría (4 de junio de 1920) y Sèvres con Turquía (10 de agosto de 1920) señalaron quién era quién. Alemania y Rusia también perdieron territorios, como los que, procedentes de Rusia, sirvieron para crear o redefinir las fronteras nacionales de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Besarabia y Polonia. Alemania aportó territorios a la nueva Polonia, mientras que tierras de Austria-Hungría se in-

corporaron a Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia. Bulgaria, que había entrado en liza a última hora en el bando de las potencias centrales, cedió territorios a la recién creada Yugoslavia, y aunque sus pérdidas territoriales y demográficas fueron escasas, resultaron especialmente vejatorias debido a la expansión territorial de las vecinas Yugoslavia y Rumanía.

Hungría, que durante siglos había sido una de las potencias más estables y definidas de la región, seguramente fue la más agraviada. Su derrota en la guerra le costó muy cara en la conferencia de paz de París, al igual que su diversidad étnica. El punitivo tratado del Trianon dejó a Hungría con sólo el 32,7 por 100 de su territorio de antes de la guerra y el 41,6 por 100 de la población. Y eso no fue todo. Para el pueblo magiar de Hungría, el tratado de paz daba aparentemente por sentado que había que liberar a todos los pueblos no magiares del yugo magiar. (La idea de que los eslovacos, por ejemplo, no quisieran «liberarse» de Hungría no se tomó nunca en serio.) Pero, a pesar de todas estas pérdidas, el tratado del Trianon no promovió la homogeneidad nacional en el seno de la «nueva» Hungría, sino que más del 15 por 100 de sus habitantes eran de origen no magiar. Después del tratado del Trianon, los húngaros se quedaron con una profunda sensación de injusticia, y sus gobiernos adoptarían con la máxima energía políticas revisionistas que iban a causar trastornos en el futuro.

Pero no sólo fueron los «perdedores» los que quedaron decepcionados por la aplicación de los acuerdos de paz. El diplomático británico Harold Nicolson reflejó la inquietud existente en el bando de los antiguos aliados. A pesar de los principios de Wilson, «provincias y pueblos fueron tratados, a la hora de la verdad, como peones y fichas de un juego. Los acuerdos territoriales ... estaban basados en meros compromisos y transacciones entre reivindicaciones estatales de signo contrario»; sin embargo, Nicolson no mencionó que se rechazó la idea de efectuar desplazamientos forzosos de población. Pero se produjeron tensiones y anomalías. Incluso los «ganadores» más evidentes, los estados de reciente creación de Yugoslavia (o sea, el país de los eslavos del sur) y de Checoslovaquia tuvieron problemas. Sus fronteras eran tan arbitrarias que era inevitable que provocaran disputas, sobre todo porque esos estados nacionales de nuevo cuño contenían la proporción de minorías étnicas más alta de la Europa del Este. De hecho, aunque el acuerdo de paz wilsoniano hubiese apoyado con todas sus fuerzas el «derecho» de autodeterminación, ni las naciones de la Europa oriental ni los antiguos aliados querían ni podían proteger los derechos de esas minorías, y se calcula que en 1930 cerca del 52 por 100 de los checoslovacos y el 57 por 100 de los ciudadanos de Yugoslavia pertenecían a minorías nacionales.

Sí se prestó atención a las fronteras naturales —ríos, mares, cordilleras—, y Wilson se aseguró, por ejemplo, de que Yugoslavia comprendiese la costa dálmata. Pero esa decisión resultó problemática, porque frustró las ambiciones italianas, rompiendo las promesas hechas a Italia en el tratado secreto de Londres (1915) que había provocado la intervención de Italia a favor de los aliados durante la guerra. El primer ministro italiano, Orlando, se enfadó tanto por el hecho de que tres años de combates infructuosos contra las defensas austría-



Mapa 7. Europa en 1914.

cas, al precio de 1.400.000 muertos y heridos, acabasen representando tan poca cosa, que abandonó precipitadamente la conferencia para volver a Roma. Pero aunque Italia no lograse anexionarse la costa dálmata porque no era «italiana», le entregaron el territorio de lengua alemana del Tirol del Sur en los Dolomitas por razones estratégicas. Incluso en Polonia, donde, al igual que en Rumanía, las minorías étnicas representaban un porcentaje reducido de la pobla-



MAPA 8. Europa después de la conferencia de paz de París, 1919.

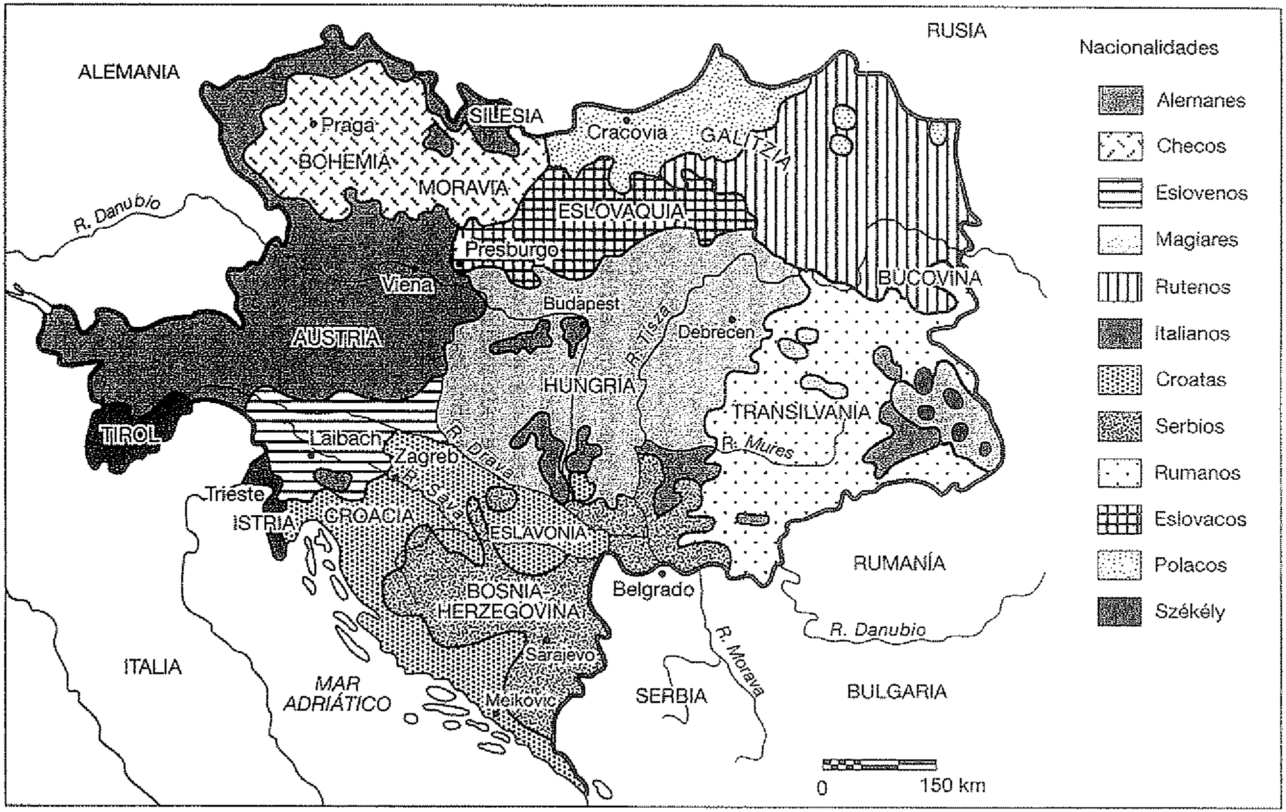
ción total (aproximadamente el 30 por 100 en ambas naciones en 1930), las ventajas quedaban compensadas con creces por el hecho de tener una frontera común con Alemania y Rusia. De hecho, en el período de entreguerras, las minorías étnicas fueron vistas en Polonia cada vez más como «caballos de Troya» de las potencias revisionistas, y a la numerosa población judía de Polonia le atribuyeron a veces el papel de agente de los comunistas.

Los tratados de paz de París, que avanzaron en la creación de un nuevo orden geográfico europeo y redujeron a la mitad el número de habitantes de la Europa central y del Este súbditos de un gobierno extranjero, azuzaron el nacionalismo de los nuevos estados nacionales de la Europa oriental, y no sólo entre los grupos nacionales dominantes, como por ejemplo los serbios de Yugoslavia. En cambio, no hicieron nada por dar una válvula de seguridad nacional al «nacionalismo» de las minorías europeas, cuyos derechos no estaban garantizados en absoluto.

Mientras tanto, la importancia otorgada a la autodeterminación animó aún más a las antiguas potencias centrales —sobre todo Alemania, Hungría y Bulgaria— a conseguir el «retorno» de sus minorías, como los alemanes de los Sudetes en Checoslovaquia, a la «patria». En vista de la nula voluntad de los grupos nacionales de vivir en países donde no fuesen la nacionalidad dominante —y había más de 30 millones de individuos en esta situación—, el nacionalismo sería cada vez más inseparable de las ambiciones políticas. Como afirmó el ex primer ministro italiano Francesco Nitti en 1922, la «competencia desatada en el nacionalismo, la posesión de tierras y el acaparamiento de materias primas hace que las relaciones amistosas entre los treinta estados de Europa resulten extremadamente difíciles». Wilson, imbuido de historia, manifestaría más adelante su sorpresa por la virulencia y la diversidad de los nacionalismos de la Europa del Este. A su regreso a Washington, dijo abatido al Senado: «Cuando pronuncié esas palabras [que todas las naciones tienen el derecho a la autodeterminación], las dije sin saber que existían nacionalidades como las que acuden a nosotros cada día ... No saben ni pueden darse cuenta de la angustia que he sufrido como resultado de las esperanzas que despertaron en mucha gente mis palabras».

Las tensiones nacionales —y regionales— quedarían amortiguadas durante la época posterior a la segunda guerra mundial, con la extensión de la autoridad política soviética por el centro y el este de Europa y los Balcanes, pero tras el hundimiento de la Unión Soviética, las tensiones étnicas resucitarían, y las viejas tragedias se repetirían.

Sin embargo, fue inmediatamente después de la firma de los tratados cuando resurgieron los conflictos en el Este. Los aliados vieron en el desfalleciente imperio otomano, que había dejado su impronta —religiosa y política— durante siglos en el mapa de Europa, al territorio ideal con el que aplacar el resentimiento de los delegados griegos e italianos, que creían ser víctimas del desprecio de sus antiguos aliados. En mayo de 1919, el ya diezmado imperio otomano, que contaba con sólo el 77 por 100 de su población de antes de la guerra y el 80 por 100 de su territorio anterior, fue invadido por fuerzas teóricamente aliadas (pero en la práctica griegas en su inmensa mayoría) en Esmirna (la actual Izmir), en la costa oriental de Turquía. La ocupación de Esmirna no sirvió más que para aventar la hostilidad antigriega y antialiada (aunque los italianos primero y los norteamericanos después se opusieron a ella), y contribuyó a precipitar una sublevación nacionalista «moderna» en la propia Turquía, encabezada por Mustafá Kemal. El tratado de paz de Sèvres de 1920 que



MAPA 9. Principales grupos étnicos del imperio austrohúngaro (de Barbara Tuchman, *August 1914*, reproducido por cortesía de Constable Publishers).

afectaba al imperio otomano había demostrado ser impracticable, y fue sustituido por el tratado de Lausana en julio de 1923. Para aquel entonces, la formidable tarea de intentar crear una paz válida para Europa había necesitado más tiempo que la continuación de una guerra en apariencia interminable.

La guerra civil y la paz en Rusia, 1918-1921

Los límites territoriales de la Europa del Este no sólo estuvieron determinados por los desconfiados negociadores de paz de Versalles. La cruenta guerra civil de Rusia, que estalló en el verano de 1918, también contribuyó a definir las fronteras de la Unión Soviética y Polonia. Fue una guerra entre la Guardia Roja bolchevique y una Guardia Blanca compuesta de adversarios políticos de los bolcheviques muy variados, entre los que había antiguos soldados imperiales, que recibieron ayuda militar de sus aliados europeos, norteamericanos y japoneses.

Tras la firma del tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918, los bolcheviques se enfrentaban a tres problemas principales: sofocar la oposición política interior; extender la revolución bolchevique más allá de los núcleos urbanos de Rusia como Petrogrado y Moscú; y fijar los límites territoriales de la nueva República Soviética y su política hacia las nacionalidades no rusas. Los bolcheviques se enfrentaban a un desafío colosal. La República Soviética se encontraba sumida en el caos económico, y la Guardia Roja, a diferencia de su enemigo interno, tuvo que partir prácticamente de cero. Además, carecía de recursos, y eran pocos sus mandos con formación militar; sin embargo, su comandante en jefe, León Trotski, pronto la convirtió, de un cuerpo de voluntarios relativamente informal, en un ejército altamente disciplinado y eficaz, reclutado mediante rigurosas levas. El dominio que ejercían los oficiales rojos sobre sus hombres era muy estricto: para Trotski, la disciplina no «podía mantenerse sin revólveres».

El Partido Bolchevique, que ya había consolidado su hegemonía en los principales organismos de poder político del corazón de Rusia, confió a la Guardia Roja un objetivo de guerra muy claro: una República Soviética. El control del ferrocarril, para mantener las líneas de comunicación, abastecimiento y propaganda, benefició aún más al bando bolchevique. Como les dijeron a los miembros del sindicato de ferroviarios: «los historiadores del futuro seguramente dirán que los ferroviarios salvaron a la revolución o que los ferroviarios hundieron a la revolución». En cambio, la Guardia Blanca, dispersa por toda la superficie de Rusia y con mandos muy variados —el general Anton Denikin, el almirante Aleksandr Kolchak, el general P. Wrangel, el general N. Yudenich—, estaba desunida. Sus estrategias y objetivos eran variados y a menudo contradictorios, y su autoridad administrativa sobre el territorio era débil. Además, su actuación se veía perturbada por una tercera fuerza, conocida por el nombre de «Ejércitos Verdes»: tropas de campesinos y cosacos que no pertenecían a ninguno de los dos bandos, pero que eran especialmente activas en las zonas de actuación de la Guardia Blanca.

La guerra civil, cuyo espíritu reflejó de modo tan evocador la novela de Boris Pasternak *El doctor Zhivago*, fue tan dura y cruenta para los soldados como para la población civil. Ambos bandos recurrieron al terror para acallar a sus oponentes y a la confiscación de alimentos, con consecuencias importantes para el régimen soviético, que se alzó con la victoria y creó la Cheka (un comité brutal responsable de combatir la contrarrevolución). Según las cifras bolcheviques que se refieren a la Rusia europea, la Cheka hizo fusilar a 9.000 personas sin juicio previo y detener a 90.000 más sólo entre enero de 1918 y julio de 1919. En noviembre de 1920 la ofensiva final del Ejército Rojo había conseguido derrotar a Wrangel en Crimea, con lo que quedaba garantizada la victoria de los rojos. El autor británico Arthur Ransome, que viajó por Rusia durante la guerra civil, describió con gran viveza la apresurada evacuación de las tropas de Wrangel de Crimea, que dejaban en su huida —a merced del Ejército Rojo— «abrigos, rifles, ametralladoras ... tanques y aviones intactos» y tropas cosacas.

La intervención de Checoslovaquia, Gran Bretaña, los Estados Unidos, Canadá e incluso Japón del bando de la Guardia Blanca en la guerra civil fue insuficiente para proporcionarles la ayuda necesaria, y contribuyó a unir a los rusos en su contra. No sirvió más que para prolongar la guerra civil. El comandante del Ejército Blanco, el general Denikin, hizo la siguiente reflexión: «las potencias de la Entente jamás tuvieron una oportunidad mejor ... [Pero] pasaba el tiempo ... y la ayuda no llegaba». La participación de tropas de la Entente en la guerra civil de Rusia provocó que los extranjeros atrapados tras las líneas del Ejército Rojo lo pasaran mal. Cuando el inglés Gerard Shelley, bajo arresto domiciliario en Moscú, exigió a las autoridades soviéticas que le diesen comida, le contestaron: «Si no te gusta morirte de hambre, ¡fastídiate! ¡Siempre será un inglés menos!». La intervención extranjera también tuvo consecuencias funestas para las relaciones internacionales: la joven Unión Soviética siguió teniendo miedo de una intervención occidental en sus asuntos internos.

Casi todos los aspectos de la actividad del Partido Bolchevique cambiaron debido a las tribulaciones de la guerra civil. La eliminación despiadada de los opositores ajenos al partido y el carácter cada vez más antidemocrático del propio partido de Lenin —por ejemplo, los comités electos de partido de las fuerzas armadas fueron eliminados de raíz— fue el precio que se pagó por la victoria bolchevique. Los dirigentes bolcheviques habían subestimado los peligros del autoritarismo y del centralismo en su lucha por la victoria, y al no levantar barreras institucionales contra el autoritarismo —como organizaciones gubernamentales elegidas libremente a nivel nacional y local—, la revolución bolchevique traicionaba a los obreros y campesinos a los que se suponía que protegía. Pero en 1921 abandonaron la política económica brutal del comunismo de guerra, a la que sucedió la denominada nueva política económica (NEP), un régimen económico más liberal, pero que no duraría.

La paz quedó definitivamente sellada con la firma por parte de la Rusia soviética y de Polonia del tratado de Riga el 18 de marzo de 1921. La guerra mundial y la guerra civil le habían costado muy caro a Rusia en vidas, pérdidas

materiales y territorios. Al noroeste, Finlandia y las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania habían conseguido independizarse de Rusia antes de 1919 y ya habían celebrado elecciones democráticas en 1920. En el resto de la Unión Soviética, la «cuestión de las nacionalidades» puso a los bolcheviques en un dilema. El antiguo imperio ruso había tenido bajo su autoridad a una multitud de grupos étnicos, entre los que había ucranianos, turcos, azeríes, yakutios y buriatos de Siberia. Lenin había dado su apoyo, con reservas, al principio de autodeterminación expuesto en la «Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia» (15 de noviembre de 1917), redactada por el camarada Stalin, comisario del pueblo para las nacionalidades. En la declaración, el partido exponía lo que consideraba un punto de vista constructivo sobre la cuestión de las nacionalidades con la divisa de «nacional en la forma, socialista en el contenido», que satisfacía las conciencias nacionales pero negaba toda posibilidad al nacionalismo político o a las reivindicaciones autonomistas.

Para los marxistas, las consideraciones de «clase» siempre fueron más importantes que las nacionales, pero los riesgos inherentes al nacionalismo de la clase obrera los habían visto muy claros los bolcheviques en 1920, cuando el Ejército Rojo invadió Polonia y los obreros polacos se resistieron al invasor.

Entre los grupos étnicos que quedaban dentro del antiguo imperio ruso, Ucrania, con un sóviet de creación propia y reciente (la *Rada*, de marzo de 1917), representaba para los bolcheviques la mayor amenaza separatista, pero se mantuvo dentro de la república soviética de Lenin en gran parte porque más de la mitad de sus habitantes eran rusos y porque sus campesinos, como en todas partes, estaban más interesados en la adquisición de tierras que en la autonomía regional, hasta el punto de que los intelectuales se quejaban a menudo de su indiferencia hacia el mensaje nacionalista. En 1920 Mijail Hrushevski, el «padre» del nacionalismo ucraniano y presidente de la *Rada*, fue autorizado a volver del exilio y encabezar el movimiento a favor del progreso cultural de Ucrania.

A los ojos del resto del mundo, la prueba más concluyente de la tolerancia bolchevique hacia las minorías nacionales llegó con la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en diciembre de 1922 —que aparentemente ponía en pie de igualdad a las repúblicas soviéticas de Rusia, Transcaucasia, Ucrania y Bielorrusia (el Uzbekistán y el Turkmenistán se incorporaron en 1924 y el Tadjikistán en 1929)— y la nueva constitución soviética de julio de 1923 que creó un sóviet de las nacionalidades. Pero según el historiador Richard Pipes, el compromiso aparente de los bolcheviques en la defensa de los derechos de las minorías se convirtió en una simple política de aparador, al destruir la revolución y la imposición de la autoridad bolchevique numerosas instituciones religiosas y culturales, además de partidos independientes.

A medida que fue avanzando la década de los veinte, muchas minorías se encontraron en peor situación que en la época de los zares. Incluso los grupos étnicos privilegiados de Bielorrusia y Ucrania, los más próximos a las fronteras de Rusia, fueron víctimas de la represión cuando los bolcheviques se dieron cuenta de que el nacionalismo que habían promovido podía volverse en su contra; y después de 1928, las exigencias del programa económico de Stalin, en

abierto contraste con el régimen relativamente liberal de la NEP, puso punto final a las pocas libertades de que disfrutaban las minorías de la URSS. El plan quinquenal de Stalin exigió la colectivización (o la industrialización) de la agricultura soviética y la construcción a gran escala de industrias pesadas; de este modo, las granjas colectivas alimentarían a los trabajadores industriales y la industria pesada proporcionaría maquinaria agrícola para que los trabajadores del campo cultivasen la tierra con mayor eficacia. Karl Marx no había dejado orientaciones a los comunistas sobre una planificación económica como la que deseaba Stalin, de modo que éste puso en práctica sus propias políticas para hacer de la URSS un estado de obreros industriales. En realidad, el análisis marxista hubiese indicado que la primera revolución que habría tenido que estallar durante o después de la primera guerra mundial no era la de Rusia, sino la de Alemania.

Las revoluciones de Alemania y Hungría, 1918-1919

Hubo una «revolución» en Alemania a principios de noviembre de 1918, en la que la monarquía fue sustituida por una asamblea constituyente democrática después de que estallasen protestas populares multitudinarias a lo largo y ancho de Alemania; y algunos comunistas alemanes, como Karl Liebknecht, creyeron que podría conducir a una revolución social total como la que había previsto Marx. En cambio, a pesar del dramatismo de los acontecimientos, el resultado fue muy diferente. El capitalismo se intensificó aún más, y aparecieron nuevas unidades de producción y comercio a gran escala. Fruto de la «manía racionalizadora» fueron las grandes fusiones protagonizadas en Alemania por la Vereinigte Stahlwerke en 1926 (Siderurgias Unidas) e I. G. Farben (1925), un conglomerado de industrias químicas.

En el caos de la derrota y la abdicación a principios de invierno de 1918, fue todo un alivio para Frederich Ebert, el responsable líder de los socialistas alemanes, que le asegurasen que el ejército apoyaba a la nueva república de Alemania. El Partido Socialdemócrata Alemán (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, SPD), antaño ilegal y perseguido, de raíces marxistas, estaba claro que iba a convertirse en el principal partido del gobierno en 1919. El miedo a la «lucha de clases» llevó a políticos como Gustav Stresemann, fundador del conservador Deutsche Volkspartei (el Partido del Pueblo Alemán), a aceptar un gobierno socialista encabezado por Ebert. La oposición a Ebert y a los demás dirigentes moderados del SPD vino, en primer lugar, de los socialistas independientes, los espartaquistas comunistas, inflamados por la revolución bolchevique en Rusia, que creían que se extendería al resto del mundo, y de los obreros hambrientos, algunos de ellos organizados en asambleas revolucionarias autonominadas en las fábricas, cuya inspiración eran los sóviets rusos. Además, se produjeron protestas callejeras en otros centros industriales aparte de Berlín, como Leipzig, Nuremberg, Turingia y Sajonia.

Los efectos de la violencia callejera fueron distintos de los esperados. La

revuelta espartaquista de Berlín, mal organizada —y encabezada por Liebknecht y su compañera de conspiración, aunque menos entusiasta, Rosa Luxemburg—, acabó en un baño de sangre. El 11 de enero de 1919, cinco días después de iniciarse la revuelta, los cadáveres de los dos cabecillas asesinados fueron arrojados a un canal de Berlín. Tampoco tardó mucho en ser sofocada una revolución parecida en Baviera, donde el efímero estado ultrademocrático fundado por Kurt Eisner puso fin a su tormentosa existencia con el asesinato de Eisner. La oleada de protestas callejeras de izquierda provocó una respuesta por parte de la derecha alemana, que, a la larga, resultaría más significativa. En marzo de 1920 se produjo una intentona golpista, el primer intento serio de la derecha de acabar con el nuevo orden constitucional de Alemania por la fuerza; y cuando el Reichswehr hizo caso omiso de las órdenes del gobierno de disparar contra Walter Kapp y sus seguidores armados del Freikorps (hombres que acababan de volver de los frentes de batalla), salió a la luz el apoyo tácito del que aparentemente disfrutaban los «chicos de las botas» de la derecha entre la gente «decente» y las autoridades. Desde luego, las torpes intentonas revolucionarias de la derecha fueron tratadas con más consideración que las de la izquierda. El compañero de conspiración de Kapp, el general Walther von Lüttwitz, se limitó a retirarse y cobrar su pensión del ejército; al entonces desconocido Adolf Hitler (un antiguo cabo, no un general) también lo trataron con indulgencia después del fracaso del Putsch de la Cerveza en Munich en 1923. Más al norte, en el corazón de la Alemania industrial, el Ruhr, recurrieron a la fuerza para aniquilar a un ejército de izquierdas formado por 50.000 voluntarios en mayo y junio de 1920. El tamaño del ejército refleja la frustración y la radicalización dominantes entre algunos sectores de la clase obrera alemana.

En el invierno de 1918-1919 también estallaron revoluciones izquierdistas en Austria y Hungría, inspiradas por el ejemplo del golpe bolchevique en Petrogrado y por la formación marxista que habían recibido los antiguos soldados imperiales que habían sido capturados y recluidos en campos rusos de prisioneros de guerra en el frente oriental. En febrero de 1919, en medio de una considerable confusión económica y militar, el poder pasó en Hungría a manos de uno de esos prisioneros de guerra formados por los bolcheviques, Béla Kun, que había regresado a Hungría provisto de fondos y promesas de ayuda de los bolcheviques. El general Smuts, representante surafricano en la conferencia de paz de París al que enviaron a Hungría, llegó a la sensata conclusión de que el bolchevismo húngaro «no era una amenaza grave y no puede durar».[3] Tenía razón. El apoyo que los rusos prometieron a Kun no se materializó, y Kun propuso reformas sociales radicales (incluida la nacionalización, en lugar de la redistribución, de las tierras de cultivo de Hungría) enormemente impopulares en un país donde más de la mitad de la población se dedicaba a la agricultura. La enérgica campaña de ateísmo de Kun y el recurso sistemático al terror contra sus oponentes —orquestado por su sanguinario ayudante, Tibor Szamnelly— hicieron que todo se le volviera en contra, y el 1 de agosto de 1919 Kun y sus acólitos habían huido del país.

La confusión no cesó. El sucesor de Kun fue un gobierno de derechas dirigido por el almirante Horthy, y hasta el ex emperador Carlos I, que decía añorar su tierra, intentó sacar partido de la situación para recuperar su trono volviendo a Hungría en abril de 1921. Su esfuerzo fue en vano, aunque los rumores de un golpe de estado monárquico seguirían crispando la vida política de Hungría. En realidad, los 133 días de la república de corte soviético de Kun influyeron mucho más en la política húngara. Al igual que en Alemania, una amenaza izquierdista había generado una enérgica reacción de nuevos sectores políticos de ultraderecha. Como en el resto de Europa, las protestas de los trabajadores, provocadas por el hambre, la inflación y el paro durante el primer invierno de paz, demostraron que tenían muy poco que ver ideológicamente con una revolución marxista internacional de ámbito europeo, salvo en Italia y España (una conclusión a la que llegó el mismo Lenin muy a su pesar). Mientras tanto, el fantasma de una revolución comunista que iba a acabar con Dios, la propiedad privada y el orgullo nacional siguió atemorizando a la clase media, algunos sectores de la cual se habían vuelto muy hostiles no sólo a la izquierda, sino a los ideales del liberalismo democrático.

La magnitud de la violencia política en la Europa de la posguerra era un mal presagio. Hubo una nueva oleada de asesinatos políticos en 1920-1922, acompañada de un aumento del antisemitismo más descarnado. (Muchos de los revolucionarios comunistas eran además judíos: Luxemburg, Liebknecht, Kun y Szamnelly entre los más destacados.) En Alemania, E. J. Gumbel, el autor de *Zwei Jahre Mord* (Dos años de asesinatos), calculó que se habían cometido 334 asesinatos políticos entre marzo de 1919 y junio de 1921, 318 por obra de la derecha alemana y 16, de la izquierda. Entre las víctimas destacadas figuraban representantes del liberalismo democrático, el dirigente católico Matthias Erzberger y el organizador judío de la economía Walther Rathenau, que había organizado la economía de guerra alemana.

Los imperios supervivientes: Gran Bretaña y Francia

Además de redibujar el mapa de Europa, Gran Bretaña, Francia y Alemania se vieron obligadas a reevaluar sus relaciones imperiales. La rivalidad entre los imperios europeos, sobre todo entre el británico, el francés y el alemán, había contribuido a acrecentar la tensión en Europa antes de 1914. Después de la guerra, Gran Bretaña y Francia modificaron sus relaciones imperiales. La idea de una comunidad de intereses (Commonwealth) británica, centrada en los dominios de población blanca, como Australia y Canadá, ayudó a liberar a la debilitada Gran Bretaña de parte de sus obligaciones imperiales. Pero Gran Bretaña tuvo que proteger los territorios que había puesto bajo su mandato la Sociedad de Naciones en «Oriente Próximo» y África, ya que la conferencia de paz de París había tomado una serie de decisiones que modificaban los mapas de ambas zonas, así como el de China.

Más cerca de Londres, la declaración de independencia del Parlamento de

Irlanda, el Dail Eireann, constituido por cuenta propia el 21 de enero de 1919, marcó una nueva fase, aunque ni mucho menos el fin, de la larga historia de las conflictivas relaciones angloirlandesas. La recién proclamada república solicitó ser reconocida por las potencias reunidas en la conferencia de paz de París; y a finales de 1919, a efectos prácticos, las dos «naciones» estaban en guerra, aunque el gobierno británico se negase a reconocer que aquello fuese una guerra. Las fuerzas republicanas irlandesas —encabezadas por Michael Collins, Cathal Brugha, Eamon de Valera y Arthur Griffiths— lucharon con decisión, a pesar de sus esporádicas divisiones internas, y hubo que aumentar el número de efectivos británicos en Irlanda. El cuerpo real de policía de Irlanda (Royal Irish Constabulary) reclutó fuerzas entre los excombatientes ingleses, creando así los tristemente famosos Black and Tans («negros», color del uniforme policial, y «marrones», color del uniforme militar inglés). De hecho, *The Times* sospechaba que el uso de la fuerza en Irlanda por parte del gobierno era probable que provocase deliberadamente una rebelión que hiciese imposible llegar a un acuerdo.

Los debates sobre la cuestión de Irlanda en el Parlamento británico fueron tan problemáticos como las actividades «de orden público» de las fuerzas británicas en Irlanda, pero el 23 de diciembre de 1920 se aprobó la ley del gobierno de Irlanda. Irlanda del Norte, un reducto protestante, se desgajó del resto, ya que sus habitantes eran protestantes fervientemente leales al Reino Unido. La guerra en Irlanda del Sur continuó hasta mayo de 1922, cuando el gobierno republicano de Dublín obtuvo concesiones importantes del reticente gobierno británico. La guerra civil se había terminado, aunque en las décadas venideras pistoleros enmascarados seguirían luchando en nombre de la independencia de Irlanda o en el de la lealtad a la corona británica.

La primera guerra mundial y, en menor medida, la lucha por la independencia de Irlanda, habían supuesto una carga enorme para los recursos de Gran Bretaña; sin embargo, al término de la primera guerra mundial, el imperio británico era mayor que nunca: abarcaba casi 30 millones de kilómetros cuadrados de la superficie mundial, con una población de más de 454 millones de habitantes. La única nación que podía aspirar a competir con Gran Bretaña en población era China, y eso que tenía 123 millones de habitantes menos que el imperio británico. Apenas hubo modificaciones en la organización del imperio colonial, y se mantuvo la idea de que existía «un sagrado deber» de los pueblos civilizados hacia los indígenas «primitivos», e incluso fue incorporada a la Carta de la Sociedad de Naciones. No obstante, la ideología del imperio fue cambiando poco a poco, de modo que cada vez se insistía más en la idea de «responsabilidad» en lugar de la idea de «poder». Lo mismo pasó con las relaciones coloniales francesas, como afirmaba en 1923 Albert Sarraut, ministro francés de las colonias y un destacado teórico del colonialismo: «Francia, en su condición de país colonizador, no actúa por cuenta propia ... sus esfuerzos deben beneficiar a las colonias tanto como a ella misma, porque así se asegura Francia el progreso económico y humano».

En el ámbito nacional, la «consolidación de la democracia» de Gran Breta-

ña continuó con la extensión del derecho a voto en 1918 a los hombres mayores de 21 años y a todos los soldados, sin importar su edad, y en 1921 las mujeres de más de 30 años obtuvieron finalmente el sufragio. Pero tan pronto como los trabajadores de Europa consiguieron el voto, comprobaron que seguían siendo políticamente impotentes en las cuestiones que más les afectaban: el precio y la disponibilidad de los alimentos, y el paro.

A pesar de la introducción de nuevas leyes, como la ley del seguro de desempleo (1920) y la ley de pensiones (1925), muchos obreros británicos se sintieron cada vez más frustrados por la falta de apoyo gubernamental a la vacilante economía nacional, que era víctima de unos métodos de producción trasnochados y de una ausencia crónica de mercados de exportación. Incluso el primer y efímero gobierno (en minoría) de los laboristas en 1924 ofreció muy pocas alternativas políticas para hacer frente a los problemas industriales de Gran Bretaña. Desde el final de la guerra, no había pasado día sin que se produjesen conflictos laborales, y el 3 de mayo de 1926 una huelga de mineros acabó por convertirse en una huelga general de nueve días. El hecho de que durase poco, que no llegara a ser general y que la organizasen los elementos más incondicionales de los sindicatos y del partido a escala local (el Consejo General de la Asamblea de Sindicatos no dirigió la huelga) demostró que el socialismo británico y, de hecho, la política británica en su conjunto estaban dominados por políticos moderados decididos a conservar la democracia en Gran Bretaña y determinados aspectos del sistema capitalista. No resultó evidente en su momento, pero la huelga general marcó el fin, y no el principio, de los conflictos sociales generalizados, algo que no ocurrió con los demás regímenes parlamentarios de Europa, donde las discrepancias se fueron acrecentando.

Italia: la primera víctima, 1919-1924

Durante los primeros años de paz, las democracias de Alemania, Hungría, Austria y Polonia habían seguido derroteros que serían cada vez más frecuentados en la política europea de los años siguientes: una división cada vez más acusada entre los socialistas reformistas, dispuestos a colaborar con el orden democrático establecido, y unos comunistas revolucionarios que luchaban por una revolución mundial de la clase obrera; el poder del nacionalismo como fuerza política; la tendencia de los descontentos a recurrir a la violencia callejera; y el declive de los partidos liberales europeos, sustituidos por partidos fragmentados y que representaban a grupos de presión.

En Italia, el nivel de violencia callejera y el enfrentamiento cada vez mayor entre las fuerzas de la izquierda y de la derecha configuraron un modelo que se repetiría en otros países. Antes de la guerra, el primer ministro italiano Giovanni Giolitti, un manipulador consumado, había intentado atraer a la izquierda hacia el movimiento liberal, pero no logró mantener la hegemonía del Partido Liberal Italiano, del mismo modo que el dividido pero poderoso Partido Liberal Británico fue inmediatamente derrotado por el Partido Laborista después

de la guerra. A continuación de las reformas electorales italianas de la posguerra, que introdujeron el sufragio universal masculino y la representación proporcional (1919), se produjo una pérdida de votos liberales a favor de la izquierda radical y del cada vez más conflictivo Partito Popolare Italiano (Partido Popular Italiano, PPI), que era una extraña mezcla de católicos de derechas, centro e izquierda, que contaba sobre todo con el apoyo de los minifundistas y los terrazgueros del norte y del centro de Italia.

En noviembre de 1919 y luego en mayo de 1921, dos primeros ministros liberales, uno detrás de otro, Nitti y Giolitti, convocaron elecciones generales para intentar poner coto a la fuga de partidarios liberales hacia los partidos de izquierda y derecha. Pero el Partido Liberal fue incapaz de resolver la tensión existente entre la historia y la modernidad, que reflejan tan bien los cuadros de artistas como Giorgio de Chirico y Alberto Savinio. A un nivel más práctico, los liberales tuvieron que enfrentarse a una serie de problemas económicos y sociales para los que no disponían de respuestas satisfactorias: el paro urbano, las ansias de tierra de los campesinos del Sur, los elevados alquileres que tenían que pagar los aparceros del Norte, y una crisis económica en la industria de municiones, que ahora era prácticamente superflua. Las cosas le iban tan mal a la fábrica de municiones de Perrone y Hermanos, por ejemplo, que éstos se dedicaron a financiar a grupos derechistas con la esperanza de que el gobierno aumentara los gastos militares.

Las clases medias italianas continuaban abandonando en masa al Partido Liberal, quejándose amargamente de que los lugares comunes, viejos y gastados, del liberalismo político no daban respuesta a los problemas. Y, encima, el índice de inflación se disparó en Italia: el índice de precios al por mayor (1913 = 100) pasó de 413 en 1918 a 591 en 1920, con efectos devastadores sobre los salarios, las pensiones y los ahorros. Como sucedería al cabo de tres años en Alemania, los trabajadores no manuales fueron los más afectados, y la clase media italiana en su conjunto se puso cada vez más nerviosa debido al nivel de violencia callejera. El miedo a una revolución comunista aumentaba a medida que disminuía la confianza en el orden político establecido.

La guinda de todo ello fue que el pésimo trato que daba el gobierno liberal de coalición al pueblo italiano fue imitado por los vencedores en Versalles. La incapacidad del primer ministro Orlando de conseguir los territorios prometidos a Italia en el tratado de Londres escoció sobre todo a las «decenas de miles de nuevos y jóvenes oficiales, ebrios de patriotismo y con ansias de mando». Los nacionalistas italianos confiaban que la primera guerra mundial unificase a un pueblo variopinto y crease una Italia verdaderamente unida, pero las privaciones económicas de la posguerra y la decepción de París volvieron a colocar en primer plano las tensiones regionales. Como puso de manifiesto la marcha del extravagante poeta Gabriele D'Annunzio sobre Fiume (septiembre de 1919), había montones de italianos jóvenes y entusiastas dispuestos a hacer el gallito y resolver sus discrepancias con el gobierno italiano por la fuerza. La era de la política de masas y de unas fuerzas armadas potencialmente desleales había llegado a Italia.

La extensión del sufragio electoral en Italia, al igual que en Alemania y Hungría, había dado alas al desafío al orden liberal y democrático dominante: estallaron violentos tumultos provocados por el hambre en el centro y el norte de Italia, y los obreros se incautaron de fábricas en el Piamonte. Pero mientras la clase obrera apoyaba en masa a los socialistas y al recién fundado Partido Comunista Italiano, y los campesinos del sur optaban por el PPI, en última instancia, el destino político de Italia, como el de tantas democracias liberales de la Europa de entreguerras, estaba en manos de los árbitros del poder político en la Europa del siglo XIX: la clase media. Industriales y tenderos, aparceros, artesanos, funcionarios, hombres de negocios, miembros del gobierno italiano y el rey en persona se sentían cada vez más frustrados por la incapacidad del gobierno para contener la escalada de violencia insurgente: se apoderaban de sus fábricas y sus tierras, saqueaban sus tiendas y sus salarios y beneficios eran cada vez menores.

A finales de 1920, con el aumento del apoyo al PPI y a los socialistas, en estos círculos se llegó a la conclusión de que el sistema político ya no servía y que el liberalismo en Italia estaba acabado. La conclusión era ominosa. Frustrados por el fracaso de los partidos liberales tradicionales, pusieron sus ojos en un periodista y antiguo miembro del PSI (Partito Socialista Italiano), Benito Mussolini, quien, después de alcanzar un éxito profesional notable como director del periódico socialista *Avanti!*, había roto impulsivamente con el PSI en 1914 por estar a favor de la intervención de Italia en la primera guerra mundial. Al término de la guerra en Europa, Mussolini había adoptado los aires de nacionalismo agresivo del fundador y cabecilla de los Fasci di Combattimento (los fascistas), que ofrecían a los campesinos la reforma agraria, además de la abolición del Senado y la convocatoria de una nueva asamblea constituyente. Ninguna de estas propuestas era novedosa. Lo que *sí* era novedoso era la cantidad de bandas armadas que recorrían las ciudades y campos de Italia, bajo el nuevo signo del fascismo, reclutando adeptos con un especial éxito en las capitales regionales. Mussolini supo sacar partido electoral y económico a la violencia revolucionaria creciente de Italia, sabedor de que sus propios escuadrones tenían mucho que ver con el problema.

A finales de 1921, el fascismo italiano ya había adoptado un disfraz camaleónico: se comprometía a satisfacer a todos, menos a los socialistas italianos, que jugaron a favor de los fascistas al crear un partido comunista vinculado con los rojos de Moscú, lo cual supuso un tremendo golpe de propaganda a favor de los fascistas. Además de comprometerse a reventar las huelgas, a disciplinar a los trabajadores, a dotar de voz política a los representantes locales y a poner fin a los desordenes públicos generalizados, el fascismo ofrecía un nuevo líder nacional: *Il Duce*.

Atrapados en una red de consenso y política de coaliciones, los liberales no dieron con propuestas imaginativas que frenaran el avance fascista. En lugar de ello, el rey invitó a Mussolini a unirse a un gobierno de coalición en calidad de primer ministro en octubre de 1922. En mayo de 1924, Mussolini se enfrentó a las alegaciones de un diputado socialista, Giacomo Matteotti, de que

las recientes elecciones italianas habían sido fraudulentas, distorsionadas por la violencia y la tortura. Mussolini se enfureció con Matteotti por los intentos de éste por desacreditar su «respetabilidad», y al parecer les dijo a sus matones: «si no fueseis unos cobardes, nadie se atrevería a hablar así». El 10 de junio de 1924 Matteotti desapareció, y todo el mundo dio por sentado, con toda la razón, que los esbirros de Mussolini habían querido compensar su anterior descuido asesinándolo. Mussolini solucionó la crisis expulsando a algunos de sus secuaces más impopulares y, con la oposición dividida y enfrentada y la opinión pública que se mostraba reticente a culparle del asesinato de Matteotti, Mussolini conservó una clara mayoría parlamentaria. Más que debilitar al *Duce*, el caso Matteotti reforzó la posición de Mussolini, quien, a partir de entonces, hizo las promesas que la clase media «conservadora» quería escuchar: se pondría coto a la libertad de prensa y se llamaría al orden a los partidos de la oposición e Italia sería gobernada por un líder fuerte y eficaz.

El hundimiento de la democracia en Italia se produjo mucho antes que en Alemania —o en España— a pesar de que Italia había ganado la guerra, pero determinados elementos del caso italiano se repetirían en el hundimiento de la democracia liberal en esos dos países, y también amenazarían a las democracias más consolidadas de Francia y Gran Bretaña: la frustración y el empobrecimiento de la clase media; el paro entre los trabajadores de las ciudades; las ansias de tierra del campesinado; y una desilusión cada vez mayor con la tan cacareada extensión de la democracia. Al fin y al cabo, la obtención del derecho al voto no solucionó los problemas de los menos privilegiados de la sociedad. Además, los grupos favorecidos por las estructuras políticas del siglo XIX —las clases media y alta— sintieron un temor y un resentimiento crecientes con la extensión del sufragio. El desplome de la economía a finales de los años veinte reavivaría las tensiones en Europa que ya habían destruido la democracia en Italia a principios de la década

Señales de peligro: Europa occidental, 1920-1924

A partir de enero de 1925, Italia se embarcó en una penosa travesía en pos de un discutible objetivo: la creación de un Estado fascista, cuya autoridad estuviera basada en el apoyo popular de las masas. Mussolini sometió a un control más riguroso a los escuadrones fascistas; el máximo órgano del Partido Fascista, el «Consejo Supremo», se dotó de una constitución, y Mussolini en persona asumió la responsabilidad de los ministerios de la Guerra, del Aire y de la Armada. Aunque la mayoría de las actuaciones del partido no fuesen más que propaganda teatral, en vez del fruto tangible de una política claramente definida, la moral de los italianos en los primeros años del fascismo se elevó gracias al aumento del empleo, mientras que sus admiradores extranjeros —que eran legión— estaban muy impresionados por el hecho de que los trenes fuesen puntuales.

En 1923, en España, la dictadura de Primo de Rivera, un hombre «inmensamente optimista», fue la respuesta española al aumento de la inflación y a la agitación en el campo. Al igual que en el siglo XIX, la política española seguía oscilando en movimientos pendulares entre la reacción y la reforma, mientras los custodios del poder político se esforzaban por seguir el ritmo de las transformaciones sociales. Los campesinos de Cataluña y del sur de Italia estaban hartos del sistema de propiedad de las tierras, que se aprovechaba del esfuerzo de los aparceros sin dejarles disfrutar de las ventajas de ser los propietarios de la tierra. La agricultura del sur de España, en cambio, estaba dominada por los grandes latifundios, cuya explotación se hacía con criterios industriales, lo cual permitía a los patronos mantener unos salarios ínfimos, que rozaban el nivel de subsistencia, gracias a la existencia de enormes bolsas de paro. Los campesinos españoles tenían pocas alternativas, aparte de las protestas políticas radicales y anticlericales, y las «guerras civiles» de ámbito local eran habituales. Con sólo dos millones de trabajadores industriales, la emigración a las ciudades no era una solución viable para la población española, que aumentó a un ritmo vertiginoso a comienzos de siglo. El país se enfrentaba, por lo tanto, a una grave crisis política.

Primo de Rivera también llegó al poder de la mano del rey y del ejército, e intentó conducir España con mano firme. Pero el suyo era un autoritarismo torpe. En 1930 ya se había enemistado con casi todos los sectores de la sociedad española. Se granjeó la antipatía de sus más firmes partidarios de la derecha con su tentativa de reformar el ejército, y en cuanto a la izquierda, sus medidas represivas contra los catalanes (llegó a prohibir el baile nacional catalán, la sardana) dieron alas a los regionalistas republicanos. Y los problemas no habían hecho más que empezar.

También Portugal sufrió una oleada de huelgas a mediados de los años veinte, mientras que el anticlericalismo obrero provocaba una reacción de signo derechista. A diferencia de España, Portugal no estaba dividido por conflictos étnicos, pero el fracaso de la Primera República, inaugurada en 1910, a la hora de regenerar el país política, social y materialmente provocó el desencanto general hacia la democracia. Al principio, la proclamación de la república había situado a Portugal aparentemente a la vanguardia de la política europea —las otras únicas repúblicas existentes eran Francia y Suiza—, pero su democracia pronto flaqueó. Hubo 45 gobiernos entre 1910 y 19126, con una duración media de cuatro meses; el presupuesto nacional estuvo en déficit permanente; y la oficialidad del ejército y la marina se fue involucrando cada vez más en la política nacional, inspirada en parte por el ejemplo de Primo de Rivera en España.

En 1926 una revolución nacional sustituyó la república democrática por una dictadura militar. Pero el descontento social continuó, y a principios de 1927 se produjo una nueva oleada de manifestaciones y disturbios. En Oporto, 80 personas murieron, 100 más perecieron en Lisboa, y más de 600 presuntos agitadores fueron desterrados. Al año siguiente, António de Oliveira Salazar, un catedrático de Economía católico de la Universidad de Coimbra, se unió a la

dictadura en calidad de ministro de Hacienda. Influido por Charles Maurras y otros activistas de derecha franceses e italianos, Salazar estaba decidido a controlar el déficit presupuestario galopante de Portugal. Además, quería un gobierno corporativista que actuara en el interés de todos, no sólo de la mayoría. Para Salazar, «el hombre por sí solo es una abstracción, una ficción creada en general a partir de principios erróneos en el siglo pasado».

La carrera de Salazar como jefe supremo de las finanzas de Portugal fue impresionante. El déficit total del período 1917-1928 era de 2.574.000 *contos*, pero en los 11 años siguientes —durante los cuales se produjo la peor depresión de la historia mundial— logró acumular un superávit total de 1.963.000 *contos* (el equivalente a unos 20 millones de libras esterlinas de la época). Llevando a cabo iniciativas que iban mucho más allá de las atribuciones de su cargo de ministro de Hacienda, y mientras se sucedían los nombramientos y las dimisiones en los demás ministerios, Salazar gastaba el superávit presupuestario en obras públicas, asistencia social, rearme, comunicaciones, puertos, planes de regadío e hidroeléctricos y en la enseñanza. Respetado como dictador financiero tanto en el exterior como en el interior de Portugal, para la nueva generación de nacionalistas y oficiales del ejército se convirtió en la respuesta a los problemas políticos de Portugal. Por consiguiente, en julio de 1932, Salazar se convirtió en primer ministro de Portugal (aunque el título oficial fuese el de presidente del Consejo de ministros), cargo que ocuparía hasta que le abandonó la salud en el otoño de 1968. Pero, aunque su *Estado Novo* tuviese muchos puntos en común con el de Primo de Rivera y, más tarde con el de Franco, la colaboración ibérica fue limitada. Durante la guerra civil española, Portugal sirvió de centro de distribución de los suministros de los nazis a Franco y entregó refugiados republicanos a los nacionales, pero la prudencia de los portugueses en sus relaciones reflejaba el viejo proverbio: «De España, ni viento ni casamiento».

En Alemania, el desarrollo de la nueva derecha, denominada a veces «extremista», recibió un fuerte impulso con el estallido de una crisis de hiperinflación sin precedentes en 1923. Jamás la economía de una nación industrializada había experimentado una destrucción tan desenfrenada del valor del dinero. El marco alemán ya se encontraba en apuros en el verano de 1921, en el que cayó a la quinta parte de su cotización de 1914, y en el verano de 1923 la espiral inflacionaria ya había alcanzado su apogeo. Fue un buen momento para que los turistas norteamericanos visitaran Alemania. En noviembre de 1923, por un dólar se pagaban 4.200 millones de marcos. La población del campo y de las ciudades empezó a abandonar el Reichsmark en favor del trueque, intercambiando objetos domésticos, como cazuelas y muebles, por comida.

Gran parte de esta inflación la habían generado las dificultades económicas internas. El gobierno imperial alemán había financiado la guerra vendiendo bonos de guerra en lugar de hacer pagar impuestos a los alemanes. Encima de esta enorme deuda interna, que había que pagar con intereses, Alemania tuvo que hacer frente a las reparaciones de guerra exigidas por los aliados, así como pagar el coste de la desmovilización: atender a los heridos y las viudas y encontrar empleo para los que aún fuesen aptos. Para los gobiernos alemanes resul-

taba más fácil tolerar la inflación, e incluso generarla, que controlarla, ya que al disminuir el valor del dinero, disminuía el valor de sus deudas, lo cual, a corto plazo, permitía que el gobierno liquidase sus deudas.

El resto del mundo se sentó a tomar buena nota cuando, después de que Alemania no satisficiese las repetidas exigencias de reparación de Francia, tropas francesas ocuparon el principal centro de la industria alemana, el Ruhr, en enero de 1923. Los franceses sospechaban que los alemanes intentaban destruir su economía adrede para no tener que pagar las reparaciones de guerra —una acusación que tenía un fondo de verdad—, mientras que los Estados Unidos y Gran Bretaña expresaron su indignación por el despliegue de tropas coloniales de raza negra en suelo alemán. El gobierno alemán se ganó la adhesión internacional, y una victoria temporal sobre los franceses, al promover una política de resistencia pasiva en el Ruhr. No obstante, en el verano de 1923, el gobierno alemán se vio obligado a admitir que «estamos sentados sobre un volcán y en el umbral de la revolución, a menos que consigamos mejorar la situación». Si bien un caricaturista británico podía referirse en tono frívolo a «la *ruhrna* de Alemania», los alemanes no podían permitirse tantas alegrías.[4]

Para la mayoría de los alemanes, sobre todo para la clase media, que vio cómo sus pensiones, ahorros y salarios quedaban en nada, las penalidades de la hiperinflación eran algo que no tenían ningún deseo de que se repitiese, y esta conclusión tendría profundas repercusiones en la política alemana durante la Gran Depresión, cuando el canciller Brüning (1930-1932) creyó que no podía recurrir a métodos inflacionistas para luchar contra la recesión. De forma más inmediata, el impacto de la crisis de 1923 permitió al gobierno reducir los salarios un 18 por 100, al tiempo que confirmó los temores más recónditos de los escépticos de la República de Weimar entre los artesanos de clase media baja. Para los artesanos tradicionales —los carpinteros y ebanistas de antaño—, en una Alemania capitalista, industrializada y proclive a las crisis ellos no tenían cabida. Ellos, y grupos como ellos, se refugiaron en movimientos nacionalistas y románticos como la «Liga Militante de los Mendigos», que evocaban una época ficticia en la que la raza alemana era «pura» y el campo no había sido contaminado por la codicia de los capitalistas.

Al principio, estos movimientos derechistas, como sus homólogos comunistas, no representaban una amenaza inmediata para la República de Weimar. Pero la experiencia hiperinflacionaria de Weimar, a la que siguió la introducción de una nueva moneda, exacerbó las divisiones sociales y económicas dentro de Alemania y provocó la pérdida de apoyo a los partidos liberales, democráticos y de centro. La división entre los ricos ostentosos y los pobres desharrapados se hizo más acusada en el contexto de una cultura «moderna» en su momento más vibrante —y tenso— en Berlín. «Apenas necesitábamos dormir y nunca estábamos cansados —escribió el célebre dramaturgo alemán Carl Zuckmayer—; Berlín anticipaba el futuro, y por eso soportábamos todas aquellas zarandajas y aquella frialdad».

En 1923-1924 Alemania se salvó gracias a Gustav Stresemann y a los dólares norteamericanos. Stresemann, el carismático dirigente del Deutsche Volk-

spartei (DVP), fue canciller durante una corta temporada en 1923-1924, antes de aceptar la cartera de ministro de Asuntos Exteriores, cargo que ocupó con notable habilidad hasta su muerte en 1929. Stresemann puso fin a la resistencia pasiva en el Ruhr y tomó las medidas necesarias para la introducción de una nueva moneda, el *Rentenmark*. Pese a ser nacionalista, Stresemann se mostró dispuesto a colaborar con los socialistas, en especial con el presidente Ebert, para restaurar la estabilidad de Alemania. De hecho, en sus esfuerzos por resolver la crisis del Ruhr, Ebert y Stresemann recurrieron frecuentemente al artículo 48 de la constitución alemana, que les autorizaba a prescindir del Reichstag, lo cual indica que incluso entre los defensores de la democracia alemana, el compromiso en la defensa de una política rigurosamente democrática era meramente superficial.

Sus esfuerzos se vieron, además, favorecidos por la hostilidad anglonorteamericana contra Francia después de la invasión del Ruhr, y, sobre todo, por un crédito de 200 millones de dólares norteamericanos concedido en septiembre de 1924, gracias al nuevo plan Dawes, que permitió que Weimar volviese a empezar.

SEÑALES DE PELIGRO: EUROPA ORIENTAL, 1920-1928

El plan Dawes influyó en el modo en que se produjo la recuperación económica en la Europa central y oriental, donde a principios de los años veinte habían aparecido numerosas señales de peligro. El caos, la destrucción y el desbarajuste existentes en los estados de Europa oriental, tanto los nuevos como los antiguos, superaban con gran diferencia lo experimentado en la Europa occidental, y si bien ya en 1921 se habían celebrado elecciones libres y democráticas en Finlandia, las repúblicas bálticas, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria y Rumanía, las diferencias sociales entre aristócratas y campesinos eran abismales, y los negocios y el comercio estaban en su mayor parte en manos de minorías, sobre todo alemanes y judíos. La mayoría de los dirigentes de la Europa oriental de la inmediata posguerra eran de ascendencia campesina. Masaryk era hijo de un antiguo siervo, y el primer ministro búlgaro del Partido Agrario, Alexander Stamboliski (1919-1923), era hijo de un campesino, igual que Engelbert Dollfuss, el canciller austríaco (1932-1934).

Estos primeros ministros campesinos ayudaron a dar un cariz populista a la política de la Europa del Este, modelada a partir de las imágenes románticas del pueblo llano y de un intenso nacionalismo, y contempladas con incredulidad, cuando no hostilidad, por la antigua nobleza. Una reacción típica es la de un diplomático polaco, el conde Potocki, quien describió al primer ministro de Polonia en 1919, Ignaz Paderewski (un concertista de piano que había hecho las delicias del presidente Wilson con su interpretación de Chopin), como «un hombre notable ... ¿Sabía usted que nació en una de mis aldeas? Y sin embargo, cuando hablo con él, tengo toda la impresión de estar charlando de igual a igual». La herencia social de los antiguos imperios contribuyó a configurar

el carácter de la política de la Europa oriental, que podía dividirse, en términos generales, en tres sectores concretos: primero, los viejos movimientos nacionalistas, encabezados por hombres como Roman Dmowski, del Partido Nacional Democrático Polaco, y que se caracterizaban por su ideología conservadora de signo burgués; en segundo lugar, los nacionalistas de nuevo cuño —Pilsudski en Polonia, monseñor Fan Noli en Albania— y la nueva «ultraderecha», menos interesada en la democracia que en el nacionalismo; y, en tercer lugar, los numerosos partidos campesinos, cuyos portavoces argüían que había que gobernar la sociedad teniendo en cuenta los intereses de la mayoría de la población, constituida por el campesinado.

Estas diferencias se vieron acentuadas por la enorme diversidad de lenguas, religiones, historias y constituciones de los nuevos estados. En Austria, Polonia y las repúblicas bálticas, y, en menor medida, en Checoslovaquia, el modelo de las constituciones democráticas era el de la Tercera República francesa, con un legislativo dominante y un ejecutivo débil. Incluso en Rumanía, Yugoslavia, Grecia y Bulgaria, donde la Corona conservaba importantes atribuciones, las competencias políticas de los parlamentos elegidos por sufragio universal fueron cada vez más importantes.

Este compromiso con los ideales democráticos era loable, pero provocó enormes problemas en sociedades tan divididas étnicamente, económicamente empobrecidas y carentes de experiencia democrática o del firme apoyo de las potencias extranjeras como eran las naciones de la Europa oriental. En cambio, la violencia y la inestabilidad se convirtieron en los signos distintivos de la política de la Europa del Este. El ejemplo máximo de inestabilidad era el de Polonia, donde, en un clima de amenaza de guerra civil, el gobierno cambió de manos 14 veces desde 1919 hasta que Pilsudski protagonizó un golpe de estado en 1926; la violencia la ejemplifica Bulgaria con el asesinato, en 1923, de Stamboliski. En 1928, también Yugoslavia había sido presa de la discordia en torno a la constitución y a la necesidad de una reforma agraria que mejorase el nivel de vida de un campesinado que representaba el 80 por 100 de la población. En diciembre de 1928 el rey Alejandro anunció que «la maquinaria [democrática] ya no funciona» e introdujo en Yugoslavia la dictadura monárquica. También Rumanía cayó bajo el dominio absoluto de su monarca, el rey Carol, desde 1930 hasta su abdicación en 1940; mientras tanto, en Albania, después de una enconada rivalidad entre Fan Noli, del Partido Popular, de signo progresista, y Ahmed Zogu, el jefe local de un clan, el gobierno democrático quedó en manos de Zogu, quien, al cabo de un año, proclamó la república, con él en el cargo de presidente, y en 1928, harto de su título, Zogu se autoproclamó «Zog I, rey de los albaneses».

A finales de los años veinte, el papel político, diplomático y económico de Francia en la Europa del Este se veía cada vez más amenazado por la penetración y la influencia diplomática alemanas. Pero era mucho más amenazadora la popularidad creciente en la zona de los nuevos modelos políticos alemanes, sobre todo el nacionalsocialismo. A pesar de hacer especial hincapié en la libertad de elección, los gobiernos democráticos necesitaban que existieran mayorías para funcionar con eficacia. La Europa del Este estaba demasiado llena de

grupos minoritarios y contrapuestos que los gobiernos no podían absorber. Sólo el estado checoslovaco, con su economía relativamente eficiente, una reforma agraria que tuvo éxito y un ejecutivo fuerte, disfrutó de gobiernos estables durante los años veinte, e incluso este raro ejemplo de éxito se vio sometido a una durísima prueba por culpa de la crisis económica que recorrió Europa en 1929.

UNA ESTABILIDAD APARENTE, 1925-1928

Del mantenimiento del interés de Alemania por la Europa del Este, dejó constancia el tratado de Rapallo (abril de 1922) —a primera vista, un «acuerdo económico» rusoalemán—, que, a pesar de la hostilidad francesa, rompió el aislamiento diplomático de Alemania y de la URSS. Los dos parias de la política internacional establecieron relaciones diplomáticas y consulares plenas y acordaron renunciar a reclamarse las deudas contraídas entre ellos. Con el tratado, no sólo conseguían unos importantes mercados y colaboración en materia diplomática, sino que ambas potencias sacaban la lengua a sus principales acreedores occidentales, sobre todo a Francia. Pero en 1924, Gran Bretaña, Italia y Francia ya habían reconocido *de jure* a la URSS. (Los Estados Unidos reconocieron al gobierno soviético en 1933.)

En 1923, como hemos visto, las relaciones francoalemanas empeoraron aún más con la invasión francesa del Ruhr, pero cada vez eran más los políticos alemanes que reconocían que la economía del país sólo podría prosperar colaborando con los países de Occidente. Stresemann fue el principal artífice de la mejora de las relaciones, sobre todo con Francia. El punto culminante de su carrera fue el tratado de Locarno, firmado en diciembre de 1925, que demostró que estaba decidido a utilizar la diplomacia económica y la reconciliación (en lugar del revisionismo de autoafirmación propio del tratado de Rapallo y de la resistencia pasiva en el Ruhr) para lograr la revisión pacífica del tratado de Versalles.

No cabe duda de que contribuyó a los esfuerzos de Stresemann la presencia de un gobierno de izquierdas en Francia. El ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Aristide Briand, compartía el punto de vista de Stresemann en el sentido de que resultaría más útil para la estabilidad europea la incorporación de Alemania a la Sociedad de Naciones y el garantizar la seguridad de Francia que tratar a los alemanes como unos parias. El tratado de Locarno, firmado por Alemania y Francia y con el respaldo de Gran Bretaña, fue un hito, que eliminó la vieja distinción entre potencias «aliadas» y «enemigas». Las tropas francesas abandonaron el Ruhr, y la frontera entre Francia y Alemania quedó garantizada, con el apoyo británico. A partir de entonces, Gran Bretaña desconfió tanto de las intenciones francesas de revisar el tratado de Versalles como de la retórica revisionista alemana, y en 1928 la RAF ya había bosquejado un plan de ataque a Francia en caso de violación del tratado de Locarno.

El tratado de Locarno contenía ecos de una «retórica europea» que resurgirían en la diplomacia británica en 1930 y, con mayores repercusiones, después

de 1945. Para Stresemann, «todo el mundo» era ciudadano de Europa, partícipe del «gran ideal cultural que halla su expresión en nuestro continente», y para el gobierno belga, siempre deseoso de promover la cooperación internacional y la unidad europea para garantizar su seguridad nacional, el pacto era «un paso decisivo hacia la creación de los Estados Unidos de Europa».[5]

Las señales optimistas de Locarno se vieron confirmadas en 1928 cuando Briand, a la sazón primer ministro, y el secretario de Estado de los Estados Unidos, Frank Kellogg, firmaron el pacto Kellogg-Briand, que proscribía la guerra como instrumento político, aunque para sus críticos no fuese más que un «beso internacional», sobre todo cuando los Estados Unidos, preocupados por evitar comprometerse con la seguridad de Francia, invitaron a que las restantes potencias independientes lo firmasen, lo que hicieron 65 potencias, si bien la Unión Soviética fue excluida de esta reconciliación europea.

La mejora de las relaciones internacionales también se vio potenciada, cuando no ocasionada, por la recuperación aparente de la economía europea. La NEP (Nueva Política Económica) de Lenin, introducida en 1921 para contrarrestar algunos de los excesos contraproducentes del comunismo de guerra, había comenzado a producir resultados esperanzadores en 1924, y la URSS empezó a comerciar con el extranjero después de que Lenin indicara que «los comunistas tienen que aprender a comerciar». Mientras tanto, en Occidente, el plan Dawes provocó una inyección en masa de capital norteamericano en Alemania. A partir de 1924, Alemania recibió más de 4.000 millones de dólares en créditos en moneda extranjera —mientras que Alemania sólo había pagado 1.800 millones de dólares en concepto de reparaciones de guerra—, con lo que los norteamericanos se vieron directamente implicados en el éxito o el fracaso de la economía europea (y Europa en el de los Estados Unidos). Mientras tanto, Bélgica, Italia, Checoslovaquia, Francia y Yugoslavia acordaron una renegociación de su deuda de guerra con los Estados Unidos, y Francia consiguió controlar su inflación desbocada en 1926. Muchos países europeos mostraron su disposición a volver al patrón oro, que creían que servía para limitar la inflación, facilitar el comercio y alejar la incertidumbre de los mercados monetarios mundiales.

En otras regiones de Europa, los niveles de comercio habían llegado a las cotas anteriores a 1914, y era mucho mayor la demanda de productos industriales que agrícolas. Los intercambios intra y extraeuropeos también se beneficiaron de la supresión de trabas gubernamentales, aunque las dificultades de los agricultores europeos provocaron una inmediata subida de los aranceles. Muchas de las barreras económicas establecidas en tiempo de guerra fueron abolidas con las prisas por recuperar la libertad de las transacciones económicas de antes de la guerra, a pesar de que muchos gobiernos siguieron interesados en la planificación, sobre todo los de la Unión Soviética, Alemania, Hungría y Checoslovaquia. En Gran Bretaña el gobierno fue muy criticado cuando el ministro de Economía, Winston Churchill, reintegró la libra al patrón oro en 1925 al mismo tipo de cambio de 1914, lo cual, según los críticos, hacía poco competitivas las exportaciones británicas.

Por acerbas que fuesen las críticas, las naciones europeas, viejas y nuevas, parecían estar al cabo de la calle. La prosperidad europea seguía siendo desigual, pero surgió un moderado optimismo. El progreso material era evidente gracias a la tecnología moderna, que introdujo en los hogares (más cómodos entonces que en 1914) los fogones eléctricos, las tostadoras y los alimentos congelados o en lata. El gobierno de Weimar ayudó a construir casi dos millones de viviendas, y también Gran Bretaña practicó una activa política de vivienda pública. Al extenderse la seguridad social y mejorar la enseñanza pública, la vida «moderna» parecía más aceptable. Había más tiempo libre, aunque la mayor parte se dedicase al escapismo. Hollywood, con sus estrellas, influyó tanto en las relaciones entre Europa y Norteamérica como el plan Dawes. En Gran Bretaña, la mayoría de la gente acudía a los cines de pueblo o de barrio por lo menos una vez a la semana, y tanto Alemania como Francia desarrollaron florecientes industrias cinematográficas, cada cual con su propio estilo y atractivo. La radio estaba orientada a un público de ámbito nacional, como los periódicos populares de gran tirada, que, según decían, contribuían a formar una sociedad más democrática.

Una estabilidad construida sobre cimientos frágiles, 1929

El desbarajuste de la primera década de la posguerra activó y produjo un florecimiento sin precedentes de la actividad artística que reflejó la precaria coexistencia de tradición y modernidad. Mientras el arquitecto Walter Gropius (de la escuela de la «Bauhaus»), entusiasmado por el desafío de la vida urbana, estaba decidido a proyectar edificios que «impidiesen la esclavización del hombre por las máquinas», escritores conservadores hablaban con vehemencia de la importancia de la familia y la tradición, y los jóvenes se unían a movimientos, como el Wandervogel alemán, para descubrir el campo y cantar canciones populares. Puede que los autores más influyentes de la época fuesen Thomas Mann y André Gide, cuyas obras reflejan un escepticismo y un desencanto que se revelaron proféticos.

La relativa prosperidad de Europa había disimulado graves tensiones diplomáticas, económicas y políticas, menos en algunos países de la Europa del Este en los que la democracia y la prosperidad ya habían demostrado ser quiméricas. La paz de 1919 no había contentado a nadie. Treinta millones de europeos seguían viviendo en estados en los que no constituían la minoría étnica dominante, y continuaba existiendo tensión en la diplomacia europea. Francia seguía desconfiando de Alemania, y salieron a la luz nuevos temores a la muerte de Stresemann en octubre de 1929. Se dice que en París habían recibido la noticia de su muerte «como si hubiese muerto el más ilustre de los franceses». Francia desconfiaba de las ambiciones expansionistas de Italia en Centroeuropa, mientras que los contactos entre británicos y franceses solían dar pie a equívocos y enfrentamientos. Los años veinte habían demostrado que Europa no estaba madura para la clase de colaboración internacional propuesta por Wilson en

París, ya que las naciones europeas seguían luchando con sus vecinas en favor de sus propios intereses nacionales. En la relativa prosperidad de los años veinte, esta rivalidad no representaba una amenaza. Pero después del torbellino del *crash* de la bolsa de 1929 y la posterior depresión, las ansias de regeneración económica y social de todos los países europeos plantearon un desafío insuperable a la paz.

La economía europea no sólo presentaba señales de debilidad potencial —deudas acumuladas, la decadencia de la industria pesada, la incertidumbre sobre el patrón oro—, sino que un elevado porcentaje de la población obrera de Europa se pasó la década de los veinte en el paro. En Gran Bretaña, los parados no bajaron de un millón, y en Alemania la cifra media entre 1926 y 1929 fue de un millón y medio. Cada vez eran más los presuntos beneficiarios del «nuevo orden», los obreros, que consideraban que sus recién conquistadas libertades eran ilusorias. Para los obreros, en realidad, los cambios visibles eran muy pocos. Las condiciones laborales seguían siendo pésimas, y la mayoría de trabajadores tenían una jornada laboral de entre 10 y 12 horas. El acceso a la vivienda seguía siendo insatisfactorio, y el desencanto con la democracia se vio traducido en un aumento de la militancia del Partido Comunista.

A este aumento de apoyo a la izquierda radical correspondió el surgimiento de la «nueva» derecha. Los elementos desafectos al sistema existentes en la sociedad europea «tradicional», la clase media baja, los artesanos y los latifundistas depositaron su confianza en los partidos políticos de extrema derecha para que dieran rienda suelta a su descontento. En los estados «revisionistas» de Alemania, Hungría y Austria, en particular, la democracia había adquirido un carácter negativo y destructivo, y sus políticos eran perfectamente capaces de criticar y destruir las prácticas democráticas, pero sin ofrecer alternativas. El vacío resultante lo llenaría la ultraderecha, entre otros los nacionalsocialistas alemanes, con su «revolución» de cosecha propia. Tal como advirtió en 1930 en tono profético el conde de Birkenhead, ex ministro conservador e íntimo amigo del futuro primer ministro británico Winston Churchill:

> ¿Se extinguirá el rencor de Alemania con el correr del tiempo, o bien algún incidente imprevisto y funesto alterará el equilibrio de poder? Entonces podría ser que Alemania extendiese la mano para apoderarse de Polonia, y toda Europa volviera a verse arrastrada.[6]

Capítulo VIII

CAÑONES Y MANTEQUILLA, 1929-1939

La Gran Depresión de 1929-1933, una recesión mundial sin precedentes, dejó una profunda huella en la historia de Europa. Sus efectos se hicieron sentir durante los años treinta hasta que Europa se sumergió en una tragedia de otro tipo: la segunda guerra mundial. Se produjo una recuperación meramente superficial, porque en 1937 la economía europea había vuelto a entrar en recesión, y los habitantes de Gran Bretaña, Francia, Escandinavia y la Europa del Este sólo se libraron del aumento del paro y de las privaciones gracias al incremento del gasto militar. No era muy consolador para los trabajadores de Sheffield y Lille encontrar empleo en una fábrica, cuando estaba cada vez más claro que los pedidos de armamento significaban que era mucho más probable que estallase una guerra en Europa que prometía ser aún más aterradora que la anterior.

Mientras los políticos se esforzaban en vano por encontrar una solución eficaz al paro, los políticos moderados de Alemania, Francia, España, Polonia, Rumanía y Gran Bretaña tuvieron que enfrentarse al desafío de los populistas, tanto de derechas como de izquierdas. En Alemania y España, nuevos nacionalismos se impusieron a las izquierdas, e incluso Gran Bretaña optó por el nacionalismo en 1931, aunque de tono moderado y dominado por el conservadurismo, con la caída del gobierno laborista y la creación de un gobierno denominado de unidad nacional encabezado por el mismo primer ministro, Ramsay MacDonald. Francia, cuyo sistema político era incapaz de producir gobiernos de coalición, tuvo once gobiernos en cuatro años (entre 1932 y 1936). Y también se produjeron numerosas crisis presupuestarias.

Las cuestiones más fundamentales para la superviviencia pasaron a dominar la vida política de Europa. ¿Cómo podían conseguir los agricultores unos precios razonables para sus productos cuando todos los precios iban a la baja? ¿Cómo podían encontrar los trabajadores un empleo que les permitiese comprar comida? La depresión también alteró las relaciones diplomáticas, al empujar a los países, ante la gravedad de la crisis, a proteger sus intereses nacionales por encima de todo mediante medidas discriminatorias, aranceles y cuotas de importación. El planeta se dividió en bloques comerciales proteccionistas

y enfrentados, y fue en una atmósfera de encarnizada competencia económica, a veces entre naciones cuyos intereses estratégicos y diplomáticos coincidían —como Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos—, como el nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano entraron en la escena internacional. Para Alemania, Italia y Japón, que se enorgullecían de la «superioridad racial» de sus pueblos, el nacionalismo económico era un paso hacia la creación de imperios.

Las causas de la depresión

Las causas de la depresión fueron complejas. La recesión europea no se inició en los Estados Unidos, pero el impacto del *crash* de Wall Street, el «Jueves Negro», el 24 de octubre de 1929, sin duda afectó negativamente a Europa, al igual que la participación norteamericana había sacado a flote a la economía europea en los años veinte. Al nivel más básico, la economía europea no había acabado de ajustarse a los cambios provocados o acelerados por la primera guerra mundial. Hubo cambios «estructurales» a largo plazo en la economía mundial que ya habían provocado el considerable paro existente en Europa en los años veinte.

La vulnerabilidad ante un posible desbarajuste económico incluso de las máximas potencias europeas, como Gran Bretaña, Francia y Alemania, ya era evidente en los años veinte, cuando Europa se dio cuenta de sus puntos económicamente débiles debido a la virulenta competencia económica a la que tuvo que enfrentarse, no sólo de parte de los Estados Unidos, sino también de Japón. La competencia se vio agravada por la falta de competitividad cada vez mayor de la mano de obra alemana y, en menor medida, británica. Entre 1925 y 1930 los salarios en términos reales aumentaron considerablemente en Alemania, a un ritmo anual del 4,6 por 100, a diferencia de la producción. Entre las «viejas industrias» británicas, el sector textil se enfrentaba a tantos problemas como la siderurgia, el sector del carbón y la construcción naval. La *History of Munitions* oficial, publicada en 1922, tachaba a los fabricantes británicos de «atrasados respecto a otros países en investigación, equipo y métodos ... lo que hace imposible la competencia».

A principios de 1929 la mayoría de los responsables políticos de Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos reconocían que el ciclo ascendente de la economía mundial había terminado. La demanda de maquinaria alemana y checa, de productos elaborados y vinos franceses y vivienda de nueva construcción en Gran Bretaña y Escandinavia iba a la baja. Para el economista alemán Joseph Schumpeter, que se interesaba por la relación entre la economía y la política, las recesiones eran cíclicas, y otros economistas identificaron ciclos de duración variable, entre ellos el ciclo de Kondratieff, que no abarca años, sino decenios.

Pero las causas de la baja de los precios y la producción en 1928-1929 no fueron las mismas que hicieron de esta recesión la depresión más larga y profunda del siglo XX. Intervinieron cuatro elementos distintos en la situación: la pérdida de inversiones norteamericanas en Europa; el desplome de los precios

primarios mundiales y el consiguiente aumento del proteccionismo; el mantenimiento a toda costa del patrón oro (Gran Bretaña fue la primera potencia en abandonarlo en 1931, mientras que Francia se mantuvo firme hasta 1936); y el fracaso de los políticos a la hora de promover iniciativas internacionales, por oposición a las nacionales, para la recuperación económica. Incluso en 1929 muchos políticos fueron incapaces de darse realmente cuenta de hasta qué punto la prosperidad nacional dependía de la de sus vecinos europeos y de los Estados Unidos. Mientras las tinieblas de la depresión se cernían sobre Europa, cada nación estaba decidida a velar por sus propios intereses.

Antes de 1929, los créditos de los Estados Unidos habían ayudado a disimular algunos de los problemas de la economía europea, que ahora resultaban cada vez más evidentes. La prosperidad de Alemania era, de entre todas las potencias europeas, la que más dependía de los créditos del plan Dawes norteamericano, que no sólo estimulaba el crecimiento económico de Alemania, sino también el de las naciones vecinas del centro y el este de Europa. El grifo de los créditos empezó a cerrarse en 1928. Los Estados Unidos, cuya intervención en la primera guerra mundial fue decisiva, ejercieron una influencia igualmente decisiva, y esta vez, totalmente destructiva, sobre Europa en 1929.

Resulta irónico que los créditos norteamericanos a Europa se evaporasen no por culpa de la debilidad económica, sino por el éxito de la economía norteamericana. Entre 1924 y 1928 los inversores norteamericanos se habían sentido atraídos por los altos rendimientos de las inversiones en Europa, pero en 1928 se hizo evidente que podía ganarse aún más dinero invirtiendo en la bolsa de los Estados Unidos. Un río de oro inundó Wall Street, al tiempo que la oferta de créditos empezaba a escasear en Europa. La inversión exterior norteamericana bajó de 2.214 millones de dólares en 1928 a 1.414 millones en 1929 (en 1930 bajaría hasta 363 millones). En un vano esfuerzo por retener la inversión extranjera, Italia, Alemania y Gran Bretaña aumentaron sus tipos de interés, pero eso hizo que a las potencias económicas más débiles (igual que a los empresarios del propio país) les salieran más caros los créditos en Londres, Berlín y París cuando empezaron a retirarse los fondos norteamericanos. Era el principio de una peligrosa reacción en cadena. Las primeras señales de que Estados Unidos le estaba fallando a la economía internacional eran ya visibles. Pero en los años veinte el pueblo norteamericano había llegado a creer que su reciente prosperidad era permanente y estaba garantizada, y su optimismo sin límites se reflejó en una expansión sin precedentes del mercado de valores. El 1 de enero de 1925, el valor total de las acciones de la bolsa de Nueva York era de unos 27 millones de dólares. Al cabo de cuatro años, superaba los 67 millones: un aumento de más del 250 por 100. Cuando Herbert Hoover aceptó ser el candidato presidencial del Partido Republicano en 1928, habló en nombre de millones de estadounidenses al afirmar: «Con la ayuda de Dios, pronto veremos el día en que la pobreza habrá sido desterrada de nuestro país».

Hoover habría hecho bien si hubiese sido más cauto. Menos de un año después de haber pronunciado este discurso, había señales visibles de que la propia economía norteamericana no iba bien, y el *crash* de la bolsa de Wall Street

hizo añicos la confianza de los norteamericanos. El «Jueves Negro» casi 13 millones de acciones cambiaron de manos a precios reducidísimos. Lo único que consiguió distraer la atención de la multitud reunida frente a la bolsa en Wall Street de la terrible noticia fue el espectáculo de un suicida balanceándose en la cornisa de un rascacielos cercano.

La depresión en Europa, 1929-1936

La economía de varios países europeos tocó fondo en distintos momentos en los cuatro años siguientes. El primer error lo cometieron en los Estados Unidos: los banqueros norteamericanos creyeron que el hundimiento de Wall Street lo había provocado el exceso de dinero «barato» que circulaba por la economía. Sus conclusiones provocaron que la Reserva Federal de Nueva York subiera los tipos de interés, lo cual encareció los créditos. Esta actuación agravó la crisis, ya que la demanda y la inversión cayeron bajo mínimos. Al economista John Maynard Keynes, cuyas ideas darían una nueva forma al mundo después de 1945, no le cabía duda: «la caída de la inversión ... Creo —y lo creo sin ningún genero de duda ni reservas— que explica la situación actual». Fue sólo avanzada ya la depresión cuando los norteamericanos y los británicos rebajaron paulatinamente sus tipos de interés y siguieron una política de dinero barato que contribuyó a reanimar a la industria y estimular la demanda.

Sin inversiones norteamericanas a partir de 1929, los bancos europeos eran cada vez más inestables. Delegaciones del centro y el este de Europa —Alemania, Polonia, Austria y Checoslovaquia— acudían a Londres en vez de a Nueva York en busca de créditos en el momento preciso en que Gran Bretaña era absolutamente incapaz de facilitárselos. La situación llegó al límite en mayo de 1931 cuando el mayor banco mercantil de Austria, el Creditanstalt, quebró, y, a continuación, se desató una crisis bancaria en Alemania.

La banca europea no era el único sector con problemas, y, como los bancos les parecían inseguros, los asustados alemanes y austríacos empezaron a retirar sus inversiones y ahorros para atesorarlos y esconderlos debajo de la cama y, según se cuenta, en orinales y teteras. En la raíz de las dificultades de Europa se hallaba el hundimiento a escala mundial no de los precios de las acciones y obligaciones, sino de los productos del sector primario (sobre todo, los del trigo, la carne, el carbón y el acero). En los años veinte los precios agrícolas ya habían caído entre un 20 y un 50 por 100. A partir de octubre de 1929 esta tendencia se mantuvo y se aceleró. Con más del 67 por 100 de la población activa mundial que se dedicaba a la agricultura, la caída de los precios era un desastre y tuvo varias consecuencias importantes.

El aspecto más visible fue que los agricultores europeos se politizaron y empezaron a promover la agitación para que los gobiernos prestasen atención a sus tribulaciones. En consecuencia, los gobiernos de Francia, Alemania y España, entre otros, empezaron a modificar y aumentar las medidas proteccionistas que ya se aplicaban en los años veinte. Esta vez, los estados intentaron

proteger a sus agricultores descontentos con barreras proteccionistas de aranceles, cuotas de importación, devaluaciones monetarias y regulaciones salariales (a veces ficticias); una política económica de «fastidiar al vecino». En 1931, la revista nazi *Der Deutsche Volkswirt* (El economista alemán) hablaba, en un tono típicamente afectado, de «la esclavitud de los aranceles que lacera el cuerpo del comercio internacional». Era cada vez más difícil oponerse a esos sentimientos. En Alemania los derechos de importación pronto aumentaron más de un 50 por 100, y en 1932 los franceses tenían cuotas de importación para más de 3.000 productos, y Rumanía había impuesto cuotas al 80 por 100 de sus importaciones.

El giro proteccionista más espectacular lo protagonizó Gran Bretaña. Después de la retirada de muchos de los liberales del recién formado gobierno de unidad nacional (National Government) en octubre de 1931, éste decidió abandonar su librecambismo tradicional, y, tras la devaluación de la libra esterlina en septiembre de 1931, aprobó una serie de decretos de aranceles, entre los que había un Arancel General (abril de 1931), además de varios convenios de Protección Imperial firmados en Ottawa (agosto de 1932). La preferencia imperial no quería decir que los británicos planeasen convertir al imperio en autosuficiente: en 1932, el concepto mercantilista de una metrópolis industrializada unida a países productores de materias primas se había convertido en un burdo anacronismo. También los dominios habían emprendido la industrialización, y les hubiera disgustado una actitud paternalista así por parte de Gran Bretaña.

Sin embargo, para los nacionalistas imperialistas frustrados de Alemania e Italia, las medidas británicas en relación con el imperio ponían aparentemente de manifiesto las desigualdades creadas por el tratado de Versalles entre las potencias con o sin imperio, y la sensación de injusticia aumentaba cuando los nacionalistas alemanes e italianos miraban al resto del mundo durante la depresión. Francia potenció sus vínculos imperiales con el norte de África y el mandato sobre los territorios de Togo y el Camerún Oriental; Japón había establecido un protectorado en Manchuria (1931); y los Estados Unidos mostraban un renovado interés comercial por América central y del Sur. Mussolini soñaba con un segundo imperio romano en el Mediterráneo, mientras que para Hitler, el destino imperial de Alemania se encontraba en sus mismas fronteras: la seguridad de un *Lebensraum* (espacio vital) para el pueblo alemán en la Europa del Este.

La división de Europa en bloques comerciales aislados se vio acelerada desde el principio por la inestabilidad monetaria, que empezó en el verano de 1931, cuando aumentaron las presiones sobre la libra esterlina, cayó el gobierno laborista y se formó el gobierno de unidad nacional. La confianza de los inversores que poseían grandes cantidades de libras se desvaneció en un clima de incertidumbre política y económica cada vez más enrarecido, de modo que los inversores empezaron a cambiar su papel moneda por oro. Las reservas de oro del Banco de Inglaterra, a su vez, empezaron a vaciarse a un ritmo galopante, y el 20 de septiembre de 1931, el gobernador del banco, Montagu Norman, anunció que el gobierno británico había dejado flotar libremente la libra, que ya

no estaba sujeta al patrón oro. Los países que tenían grandes reservas de libras —los socios británicos del resto del imperio y de los dominios y los países escandinavos— dejaron flotar sus divisas de inmediato. Después de haber abandonado el patrón oro, los precios empezaron a subir en Gran Bretaña, pero las exportaciones británicas se volvieron más competitivas.

Mientras que Gran Bretaña decía que se había visto «obligada» a abandonar el patrón oro, el presidente Roosevelt decidió dejar flotar el dólar norteamericano adrede como parte de las medidas de recuperación del *New Deal* en abril de 1933: a finales de año, el dólar se había depreciado cerca de un 40 por 100, los precios en Estados Unidos habían mejorado y las cifras de paro habían empezado a disminuir. La recuperación de los Estados Unidos contribuiría a una recuperación económica mundial. Los ciudadanos de los Estados Unidos fueron recuperando poco a poco su atracción por los productos importados, y también poco a poco volvió a ser posible obtener créditos para la inversión.

El abandono del patrón oro, al fin y al cabo, no había conducido al desastre económico que muchos críticos habían pronosticado en los años veinte, porque el patrón oro había perjudicado a la economía europea antes de 1929 sobre todo en dos sentidos. En primer lugar, como hemos visto, algunas divisas (como la británica) tenían un tipo de cambio equivocado. En segundo lugar, el mantenimiento del patrón oro exigía que todos los participantes en el sistema siguieran políticas económicas «ortodoxas», de equilibrio presupuestario (los gobiernos no podían gastar más de lo que ingresasen). El efecto global de la «ideología» del patrón oro en 1929 fue la creación de políticas económicas en Europa que contribuyeron a profundizar la recesión en lugar de estimular el crecimiento después de la crisis de Wall Street.

A la hora de abandonar el patrón oro a partir de 1931, podemos agrupar los países en tres categorías generales. En el primer grupo estaban países como Gran Bretaña y los Estados Unidos, que se habían visto obligados a abandonar el oro o lo habían hecho voluntariamente. Después estaban los países del bloque del oro (Francia, Italia, Polonia, los Países Bajos y Suiza), encabezados por Francia e Italia, que se mantuvieron fieles al patrón oro, al creer que éste había contribuido a generar prosperidad en los años veinte y que abandonarlo destruiría sus economías. Gracias al hecho de que el franco francés estaba infravalorado y al predominio de la agricultura en Francia (el paro era más fácil de disimular en el campo), la depresión llegó relativamente tarde a Francia —en general, después de 1931— pero en 1934 ya se había apoderado por completo del país; sin embargo, no fue hasta 1936 cuando Francia acabó devaluando el franco, y aún muy a su pesar.

Italia, al igual que Francia, era un firme defensor del bloque del oro. Para Mussolini, la tan cacareada «batalla de la lira» de 1927, dos años antes del *crash* de Wall Street, había sido algo más que una lucha contra la desmoralización y el desastre económico.[1] Según él, «el destino del régimen está unido al destino de la lira»: una divisa estable era el reflejo de la decisión de Italia de alcanzar la categoría de gran potencia económica y diplomática. Pero para países como Italia, estas aspiraciones solían tener un elevado coste económico. La ter-

cera categoría de países del patrón oro, ejemplificada por Alemania y Hungría, era la de quienes se mantuvieron dentro del patrón oro porque les aterraba el coste social que supondría su abandono, con el consiguiente aumento de la inflación, pero que de todos modos limitaron muchísimo la influencia del patrón oro en sus economías.

Las reacciones internacionales y nacionales, 1929-1936

En sus ansias de proteger las economías nacionales, los políticos abortaron los esfuerzos internacionales por reanimar la economía mundial. Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, los Países Bajos y Austria, entre otros, continuaron manifestando la necesidad de cooperar a nivel internacional para hacer frente al aumento del proteccionismo y las devaluaciones competitivas en todo el mundo. A la hora de la verdad, los esfuerzos en pro de la cooperación internacional se vieron frustrados demasiado a menudo por las prioridades nacionales.

Tras el fracaso de la Conferencia Económica Mundial en Ginebra en 1927, cuyo objetivo era poner coto al proteccionismo en Europa, el siguiente esfuerzo conjunto por lograr la cooperación internacional se produjo en el punto álgido de la depresión con la decisiva moratoria Hoover: en 1931 el presidente Hoover anunció que Europa podía aplazar el pago de su deuda a los Estados Unidos durante un año, lo que, a su vez, permitió que Gran Bretaña y Francia perdonaran ese año a Alemania el pago de las reparaciones de guerra; sin embargo, la economía europea no mejoró, y la conferencia de Lausana (junio de 1932) puso punto final a las reparaciones de guerra alemanas y a la tan detestada cláusula de «culpabilidad» que las acompañaba en el tratado de Versalles.

De la conferencia de Lausana surgió la iniciativa de una segunda Conferencia Económica Mundial, que constituyó un encuentro sin precedentes: sesenta y cinco países acudieron a deliberar el estado de la economía mundial en el recién inaugurado Museo de Geología de Londres en el verano de 1933. Pero a pesar de la cháchara inflada de los políticos que debatían los problemas de la economía mundial, el globo de la reactivación económica internacional no se elevó, y la Conferencia Económica Mundial enrareció el clima económico y diplomático en lugar de mejorarlo. Los delegados estaban más interesados en el mantenimiento de las medidas proteccionistas que ellos mismos habían introducido que en lograr que se suavizaran las restricciones internacionales. Gran Bretaña, por ejemplo, estaba ansiosa por conservar sus niveles arancelarios y la baja cotización de la libra, mientras que los Estados Unidos querían tener plena libertad para devaluar aún más el dólar. Como en todas las crisis, los políticos decidieron proteger su patio trasero antes de tener en cuenta temas de alcance más amplio y dimensión internacional.

Muchos delegados europeos, sobre todo los de la Europa oriental, se fueron resentidos de Londres. Estas pequeñas potencias dependían exclusivamente de la buena voluntad de sus grandes vecinos europeos, que las habían aban-

donado. El pronóstico para esos países era malo. Sus economías dependían en gran medida de la agricultura, el sector más afectado por la depresión, y su productividad era muy inferior a la de los agricultores de la Europa occidental. En Bulgaria, por ejemplo, en 1936 había 450.000 arados de madera por 250.000 de hierro, y los campesinos yugoslavos y rumanos empleaban 0,2 kilos de abono por hectárea de tierra, mientras que sus colegas holandeses gastaban 311 kilos.

Además, los países de Europa oriental, prisioneros de la red europea de relaciones financieras, no encontraban quien les ayudara fuera de ella. Desde luego, sus poderosos vecinos, Alemania y la Unión Soviética, no sólo no les prestaron apoyo económico o colaboración en la conferencia de Londres, sino que pronto amenazarían la propia integridad territorial de los estados nacionales europeos de más reciente creación. Al término de la depresión, la competencia, en lugar de la colaboración, se puso al orden del día en Europa. Con la escalada de la política económica de «fastidiar al vecino», las naciones europeas se enzarzaron en rivalidades comerciales y no consiguieron encontrar los puntos de acuerdo que les habrían permitido combatir la depresión con más eficacia, a pesar de que los síntomas de la recesión fueran los mismos en toda Europa: el paro en la industria británica subió de un promedio anual del 12 por 100 en los años veinte al 15,4 por 100 entre 1930 y 1938, y en Alemania pasó del 9,2 por 100 al 21,8 por 100 en el mismo período. Traducido a escala humana, quería decir que había de dos a dos millones y medio de parados en Gran Bretaña en los años treinta. En Alemania, el total de parados era aún más impresionante, con una cifra máxima de casi seis millones en 1932.

Los gobiernos europeos optaron por medidas de ámbito nacional y, por lo común, ineficaces para vencer a la depresión. Los políticos no habían previsto lo grave que llegaría a ser la depresión, del mismo modo que no habían previsto cómo sería la primera guerra mundial. Gran Bretaña, Francia e Italia desarrollaban y modificaban sus políticas económicas a medida que se iban sucediendo las crisis, y sólo Suecia combinó el realismo con la imaginación. Y no fue porque los políticos no quisieran ensuciarse las manos con la gestión de la economía: de hecho, en muchos países europeos, el intervencionismo gubernamental ya había aumentado mucho durante los años veinte. Incluso en Hungría, que practicaba una de las políticas económicas más liberales de los Balcanes, hubo fuertes presiones para aumentar el grado de participación del gobierno. En 1931, el estado húngaro se había convertido en propietario de muchas e importantes empresas industriales, como la siderúrgica Diósgyör y la fábrica de pólvora Nitrokemia.

Para muchos gobiernos europeos, la depresión sirvió para refrescar las nociones de planificación económica que habían abandonado apresuradamente al término de la primera guerra mundial. En Alemania, Italia, Hungría y Rumanía, las metáforas de la guerra fueron reaprovechadas para la planificación en los «frentes» industrial y agrícola, con trabajadores «de choque» y «campañas» de recuperación. Pero a pesar del aumento de la participación de los políticos en la gestión de la economía, la ortodoxia financiera estricta, combinada con el patrón oro, siguió siendo popular. Las principales potencias económicas

de Europa —Gran Bretaña, Alemania, Francia e Italia— continuaron decididas a hacer cuadrar el presupuesto nacional y la balanza comercial y, en la medida de lo posible, mantener los tipos de cambio. Hasta que los estados abandonaron las restricciones de la ortodoxia no mejoró su situación económica.

La experiencia de los años veinte fue otro elemento que contribuyó a condicionar la respuesta de las democracias europeas a la depresión, algo que podía reconocerse sobre todo en el caso de Alemania, donde el temor dominante era que la hiperinflación de 1923 volviese a destruir la economía, mientras que el caso de Alemania era sobradamente conocido en otros países. Dijera lo que dijese Keynes en Gran Bretaña —o altos funcionarios como Wilhelm Lautenbach y Günter Gereke en Alemania y el norteamericano Raymond Moley—, el aumento a gran escala del gasto público con el fin de potenciar el empleo apenas gozó de aceptación entre los políticos entre 1929 y 1932. Sólo después de 1932 el aumento del gasto público sirvió para reducir el paro en Alemania y en los Estados Unidos.

La depresión y la democracia

La Gran Depresión fue una crisis mundial de la que se libraron muy pocos y cuyos efectos sobre los gobiernos europeos fueron devastadores. Es difícil sobrevalorar el impacto de este cataclismo económico en las democracias europeas. Todo lo que ocurrió a partir de entonces se interpretó como algo siniestro y de mal agüero.[2] Para algunos gobiernos democráticos europeos —Alemania, España, Grecia— la depresión fue el tiro de gracia. Incluso en Gran Bretaña y Francia, la democracia liberal amenazó con venirse abajo, y la Unión Soviética, pese a pregonar a grandes voces que la depresión señalaba el fin del capitalismo, comprobó que su economía no era del todo inmune a los efectos devastadores de la crisis.

En Gran Bretaña en mayo de 1929, poco antes del pinchazo de Wall Street, el primer ministro Stanley Baldwin (conservador) fue sustituido por el laborista Ramsay MacDonald después de unas elecciones que supusieron un hito para el Partido Laborista, que obtuvo por primera vez la mayoría en la cámara de los Comunes; sin embargo, el gobierno de MacDonald estaba en minoría, y su gabinete —en el que figuraba por primera vez una mujer, Margaret Bondfield— tropezaría con el mismo obstáculo que la gran coalición socialdemócrata de Hermann Müller en Alemania. El problema al que se enfrentaban los laboristas era cómo resolver las exigencias de gasto social con los métodos de gestión existentes durante una crisis económica sin precedentes. A consecuencia de la depresión, era lógico que aumentasen las exigencias de que el gobierno gastara más en el seguro de desempleo y en medidas para combatir el paro, al mismo tiempo que resultaba especialmente importante para el gobierno recortar el gasto público, tal y como marcaban los cánones de la ortodoxia económica. Por desgracia, el gobierno laborista en minoría se complicó aún más la vida aprobando una ley del seguro de desempleo en noviembre de 1931

que aumentaba el número de personas que podían percibir subsidios de paro.

La economía británica había sido una de las más castigadas de Europa occidental en los años veinte, y el *crash* de Wall Street desanimó todavía más a los inversores británicos, al tiempo que los precios de las materias primas y los indicadores de la actividad comercial seguían cayendo. Pero los ministros laboristas, como sus desafortunados homólogos socialistas de Alemania y Francia, no disponían de armas nuevas con las que combatir la crisis económica. En Gran Bretaña, Jimmy Thomas era el ministro de «Desempleo». Tenía muchísimos proyectos de iniciativas asistenciales de ámbito nacional, pero la política de obras públicas de Gran Bretaña estaba gravemente limitada por las restricciones presupuestarias. Cuando se hizo evidente que el gobierno laborista iba a adoptar medidas cautas y conservadoras para vencer a la depresión, el secretario de Thomas, sir Oswald Mosley, dimitió para consagrarse a una escandalosa carrera política como fundador del Partido Nuevo (New Party) y luego de la Unión Británica de Fascistas (British Union of Fascists).

En el verano de 1931, mientras los sistemas financieros de Centroeuropa se tambaleaban y a veces caían, los problemas políticos y económicos de Gran Bretaña se pusieron al rojo vivo. Sir Clive Wigram, secretario particular de Jorge V, advirtió al rey que «estamos sentados sobre un volcán». El ambiente amenazador empeoró aún más con el informe financiero de la comisión May, que apuntaba la existencia de graves problemas en la industria y las finanzas británicas, y calculaba que en abril de 1932 el gobierno tendría un déficit de 120 millones de libras. La comisión May recomendaba al gobierno laborista que aumentase los impuestos y ahorrase, sobre todo recortando el subsidio de desempleo. Fue esta cuestión la que más adelante dividiría en dos al Partido Laborista: los de izquierdas, como James Maxton, de Glasgow, creían que recortar los subsidios era una traición a los principios del partido; los de derechas, como el ministro de Economía, Philip Snowden, afirmaban que la reducción del gasto era la única forma de lograr que la economía británica siguiera siendo viable. Lloyd George propuso una alternativa: motivado por lo que él consideraba un lamentable desperdicio de recursos humanos, recomendó al gobierno que aumentara el gasto para reducir el paro y estimular la demanda para que así se generaran beneficios cuyos efectos se dejaran sentir en el conjunto de la economía. Esta clase de ideas, a las que daría una justificación teórica la obra de J. M. Keynes *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936), las desdeñaron por igual políticos conservadores y laboristas por ser, en el mejor de los casos, demasiado caras, y en el peor, «sandeces».

En agosto de 1931 el gobierno laborista estaba en crisis, y después de reunirse en dos ocasiones con el rey, MacDonald, ante el asombro de sus colegas del gabinete laborista, les informó de que, si bien ellos no iban a continuar en el cargo, él sí. MacDonald había accedido a encabezar un gobierno de unidad nacional formado por personalidades en lugar de partidos, como solución temporal para poner remedio a la crisis financiera. Pero los acontecimientos que se produjeron ese verano marcaron el principio de nueve años de gobierno conservador bajo el pabellón del gobierno de unidad nacional, y muchos de los

compañeros de partido de MacDonald acusaron a su dirigente de traidor. Como vio Schumpeter en 1942, a la larga el Partido Laborista «recuperó y consolidó su posición» en los años posteriores a la división. Pero a corto plazo, la crisis fue catastrófica.

A ojos de los observadores nacionales e internacionales, parecía que había llegado la hora de cambios drásticos cuando, después de devaluar la libra, Gran Bretaña aprobó una serie de leyes arancelarias con el fin de proteger el comercio británico; sin embargo, lo más cerca que estuvo Gran Bretaña de una conmoción política fue el 15 de septiembre de 1931, cuando 12.000 marineros se negaron a trabajar después de haber oído que les rebajarían el sueldo (los recortes de sueldos fueron desiguales: un 3,7 por 100 en el caso de los tenientes, y hasta el 13,6 por 100 en el de los marineros solteros y no incapacitados). Algunas voces temerosas compararon este incidente de Invergordon con la rebelión militar que había sido el preludio de la Revolución rusa, pero la depresión nunca amenazó en serio la estabilidad de la vida política británica.

Después de la devaluación de la libra esterlina en 1931, la economía británica empezó a presentar débiles señales de recuperación, que resultó mucho más espectacular debido a que la crisis seguía atenazando a Alemania, Francia y los Estados Unidos. Los extremistas, como el Movimiento de Obreros en Paro, por la izquierda, y la Unión Británica de Fascistas de Mosley, por la derecha, sólo tuvieron éxito en lugares donde el paro seguía siendo alto, y la política británica no siguió cauces ni antidemocráticos ni revolucionarios. El país gozaba de una sólida tradición parlamentaria, unas instituciones financieras y bancarias fuertes y un nivel de desempleo relativamente moderado (con un máximo de 2,5 millones de parados). En general, reinaba la impresión de que la democracia británica era «superior». Como dijo el sucesor de MacDonald en el cargo de primer ministro, Stanley Baldwin, era «el único país donde el gobierno parlamentario ha madurado, el único país ... donde es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre». Partidario de la conciliación, Baldwin había sustituido a MacDonald tras la dimisión de este último en 1935. Su ministro de Economía, Neville Chamberlain, sería su sucesor en 1937, después de que Baldwin consiguiera llevar a buen puerto al país —y al imperio— durante la crisis que provocó la abdicación del rey.

El hundimiento de Weimar, 1930-1933

Fue en Alemania donde la democracia liberal se enfrentó a su prueba más dura. También aquí la izquerda no estuvo a la altura del desafío de la depresión, pero la fuerza y la naturaleza de las fuerzas de la derecha alemanas no tenían paralelo en Gran Bretaña. En la primavera de 1930, el gobierno de la Gran Coalición, dominado por el Partido Socialdemócrata (SPD) y encabezado por Hermann Müller, no logró capear el temporal económico. El último gobierno del SPD de la época de Weimar cayó en la primavera de 1930. Pese al apoyo del que seguía gozando la izquierda en el Reichstag —el KPD (Partido

Comunista Alemán) y el SPD juntos tenían más escaños que el NSDAP en noviembre de 1932—, el SPD y el KPD no unieron sus fuerzas para derrotar a la derecha (a los comunistas alemanes se lo habían prohibido sus mandamases estalinistas de Moscú). Pero, al igual que en Gran Bretaña y Francia, los socialistas alemanes también fueron víctimas de sus principios económicos, al comprometerse a tener un presupuesto equilibrado, lo que conllevaba inevitablemente el recorte de los subsidios de paro y del sueldo de los empleados públicos.

Las dificultades presupuestarias alemanas se habían visto agravadas por la expansión de la legislación alemana en materia de seguridad social en 1927. Mientras que el gasto social representaba el 19,3 por 100 del conjunto del gasto público en 1913, en 1930 era el 40,3 por 100. Los sucesivos cancilleres alemanes tuvieron que enfrentarse al dilema de pagar unos subsidios de paro cada vez más abultados, al mismo tiempo que sus ingresos por vía impositiva disminuían por culpa de las quiebras empresariales y de la disminución de lo recaudado en concepto de impuesto sobre la renta. En marzo de 1930, una nueva coalición de derechas dirigida por Heinrich Brüning ocupó el gobierno. Esa primavera, el número de parados superó los tres millones y los nazis obtuvieron 107 escaños en el Reichstag alemán: su máximo histórico hasta la fecha. Brüning se apresuró a introducir medidas draconianas para rescatar a la economía alemana. Aplicó un drástico recorte del gasto público, redujo los salarios en términos reales y los precios cayeron, al tiempo que aumentaba la presión fiscal. Bien mirado, Brüning tenía pocas alternativas, en vista del profundo temor del electorado alemán ante la inflación y de la escasez de inversiones extranjeras en Alemania.

Desde luego, la dureza de estas medidas le ganó pocas amistades a Brüning entre el electorado alemán. Los empresarios de clase media baja vieron cómo sus beneficios caían en picado, los empleados públicos vieron cómo les recortaban el sueldo —el salario de un pequeño funcionario que ganaba 260 marcos al mes en 1927 se redujo a 202 en 1932—, subieron los impuestos, los granjeros no podían vender sus productos, algunos industriales quebraron y el número de parados seguía en aumento. Todas las clases sociales de Alemania sufrían las consecuencias. Para desviar la hostilidad nacional, y confiando encontrar una solución alternativa a la renovada crisis económica de Alemania, Brüning puso en práctica una enérgica política exterior favorable a la abolición del pago de las reparaciones de guerra por parte de Alemania y a la modificación de las restricciones militares impuestas por el tratado de Versalles.

No obstante, en mayo de 1931, la situación empeoró con la quiebra en serie de varios bancos alemanes. Grandes sumas de dinero, nacional y extranjero, huyeron de Weimar, de modo que aún quedó menos dinero disponible para la inversión y para créditos que pudieran servir para reactivar la economía alemana. Pero a diferencia de Gran Bretaña o de Francia en 1936, ni Brüning ni sus sucesores —Franz von Papen, Kurt von Schleicher y Adolf Hitler— llegaron siquiera a tener en cuenta la posibilidad de devaluar el *Reichsmark* por miedo a las repercusiones políticas, ya que, después de la hiperinflación de 1923, los políticos alemanes creían que devaluar la moneda, para abaratar los productos

alemanes en el mercado internacional y generar capital para la inversión y el consumo, era una opción que no les estaba permitida.

A principios de 1932 ya era evidente que las medidas de Brüning apenas habían surtido efecto. El número de parados en Alemania había llegado a los seis millones: uno de cada cinco alemanes estaba en paro. El año 1932 fue para mucha gente un año de hambre y desmoralización. Todo contribuía a socavar la democracia en Alemania a medida que el desencanto de las elites políticas alemanas —el ejército, el poder judicial y los terratenientes— hacia la República de Weimar iba en aumento. Como en Gran Bretaña, los perjudicados fueron los partidos de centro y liberales al fragmentarse la escena política alemana, con funestas consecuencias.

La patronal, por ejemplo, estaba cada vez más dividida debido a la legislación introducida por el gobierno alemán para proteger al pequeño comercio. En respuesta a ello y al empeoramiento de las condiciones económicas, la gran patronal alemana reforzó los cárteles para mantener los precios altos, medida que, a su vez, provocó el resentimiento de quienes ahora tenían que pagar más por sus productos, sobre todo la gente de las clases media y obrera. La gran patronal, a pesar de la acusación de haber ayudado activamente a Hitler a hacerse con el poder, en realidad colaboró de forma pasiva en el triunfo de éste. Los responsables de las grandes empresas echaban la culpa de los aumentos salariales y del deterioro de la situación económica al nuevo estado alemán y estaban dispuestas a tolerar e incluso apoyar un gobierno antidemocrático y antiparlamentario. Pero la patronal no se echó automáticamente en brazos del Partido Nacionalsocialista.

También los agricultores alemanes estaban cada vez más divididos en medio de una atmósfera económica enrarecida. Los minifundistas se indignaron ante el trato preferencial dispensado a los *Junkers* (latifundistas prusianos), y la tendencia a la atomización y la especialización de los partidos —potenciada por el sistema de representación proporcional de Weimar— se aceleró en los dos primeros años de la depresión. Partidos como el Partido Nacionalcristiano de los Labradores y los Ganaderos, el Partido Verde, el Partido de los Campesinos Alemanes e incluso la «Liga Militante de los Mendigos» captaron votos. Y mientras los trabajadores alemanes se echaban a la calle en demanda de empleo, grupos conservadores empezaron a proclamar que Alemania se encontraba amenazada de «bolchevización» inminente. El electorado alemán se fue radicalizando, polarizándose en torno a la derecha o la izquierda en busca de una solución a sus apuros económicos.

Al darse cuenta Brüning de que se estaba quedando sin apoyo político, recurrió cada vez más, del mismo modo que sus predecesores, a los decretos urgentes para no tener que contar con una mayoría en el Reichstag. La democracia alemana ya estaba amenazada antes de la llegada al poder de Adolf Hitler. En junio de 1932, Papen se convirtió en canciller, y pocos lamentaron la marcha de Brüning. Hasta los norteamericanos tacharon a Brüning de «ascético, escolástico, fanático y despótico»,[3] pero ni el canciller Papen ni su sucesor, Schleicher, permanecieron mucho tiempo en el cargo, al no conseguir el apoyo

suficiente para resistir mociones de censura, ahora que los nacionalsocialistas y los comunistas controlaban más del 50 por 100 del Reichstag. El 30 de enero de 1933 el Partido Nazi llegó al poder, en un momento en que, de hecho, su apoyo electoral empezaba a disminuir y andaba escaso de fondos.

Adolf Hitler demostró ser el político capaz de hacer cuadrar el círculo de la política de los grupos de interés. Así, por ejemplo, el NSDAP se atrajo las simpatías de los pequeños agricultores con la introducción, en los seis primeros meses desde su llegada al poder, de medidas proteccionistas adicionales que favorecían al campesinado en perjuicio de las industrias exportadoras, a las que se acalló con la promesa de un rearme de Alemania y la amenaza de una guerra civil si la patronal no apoyaba a los nacionalsocialistas. Alemania se recuperó gracias a la retórica más florida, la subordinación de los trabajadores al Estado, que permitió a la patronal rebajar los costos salariales (que cayeron cerca de un 24 por 100 en los cuatro años siguientes), la subida de los impuestos y, por supuesto, los famosos proyectos de obras públicas de Hitler. De todos modos, es importante constatar que Hitler no abandonó la ortodoxia económica: el *Reichsmark* no fue devaluado y la masa monetaria se mantuvo controlada. En su notable ascensión al poder, el Partido Nacionalsocialista había logrado dominar lo que se ha dado en llamar la «coalición del no» con sus promesas de «pan y trabajo». Los campesinos descontentos, los industriales, los empleados de clase media y los artesanos que se habían sentido menospreciados y empobrecidos en la Alemania moderna e industrializada se vieron atraídos por la energía del NSDAP.

Al igual que Mussolini, Hitler también supo ganarse a la juventud alemana. Ambos líderes eran jóvenes y dinámicos (Mussolini tenía 39 años cuando llegó a primer ministro, Adolf Hitler tenía 44 cuando se convirtió en canciller), y ambos manejaban sus campañas de propaganda juvenil en una atmósfera de pasión y violencia. El éxito de los nacionalsocialistas alemanes dio crédito al sentimiento generalizado, tanto entre los adversarios como entre los partidarios del fascismo, de que, en palabras de Mussolini, «las ideas fascistas eran las ideas del momento». En algunos aspectos, el nacionalsocialismo era una forma muy peculiar de fascismo: era el movimiento más virulentamente racista, decidido a liberar al pueblo alemán de los males gemelos del judaísmo y del socialismo internacional.

Estos motivos recurrentes de la ideología de Hitler no eran nada originales. El antisemitismo popular y el burdo darwinismo social (que dividía al mundo en «razas» que luchaban entre sí por la supervivencia) llevaban varias décadas circulando por Europa. Hitler combinó estos temas con unos objetivos políticos más concretos: una comunidad nacional centralizada, la «igualdad de trato en política internacional» y una autarquía absoluta. Como proclamó el jerarca nazi Gregor Strasser: «una nación que dependa de terceros países, en el fondo, nunca está en disposición de solucionar sus problemas de política exterior».

El caso de Suecia

La recuperación económica de Alemania con los nazis tuvo importantes implicaciones para sus socios comerciales, sobre todo en la Europa del Este y Escandinavia. La Europa del Este sufrió una penetración creciente de las ideas políticas y las políticas económicas alemanas, mientras que las economías de Escandinavia, sobre todo la de Suecia, se beneficiaron de la renovada demanda alemana de materias primas. Las exportaciones suecas de mineral de hierro pasaron de 3 millones de toneladas en 1933 a 12,5 millones de toneladas en 1939, y el destino de más del 70 por 100 de este hierro era Alemania.

Suecia, la economía escandinava más industrializada, adoptó además políticas menos convencionales y más afortunadas para hacer frente a la depresión que atrajeron la atención de economistas alemanes y norteamericanos de la época y de los historiadores posteriores. Rechazando la ortodoxia económica, los economistas suecos Bertil Ohlin y Gunnar Myrdal abogaron por una mayor intervención del Estado y un aumento del gasto público para estimular la demanda, y sus ideas fueron adoptadas con entusiasmo en 1932 por el gobierno de coalición dominado por el Partido Socialdemócrata. Este gobierno y su política económica representaron una brusca ruptura con la ideología del pasado, incluso por parte de los socialdemócratas suecos, al poner en práctica el ministro de Hacienda Ernst Wigfors unas estrategias radicales e innovadoras encaminadas a la recuperación. Wigfors redistribuyó la presión fiscal y fue equilibrando el déficit presupuestario a lo largo de una serie de años (tres o cuatro) en lugar de año tras año, lo que aumentó el volumen de recursos disponibles para el gobierno, que fueron reinyectados en la economía mediante proyectos de obras públicas y planes de vivienda de protección oficial.

Incluso en Suecia, donde estas prácticas «keynesianas» habían encontrado un público receptivo, las ventajas de la devaluación de la moneda, bajos tipos de interés, precios estables y la recuperación de los mercados de Gran Bretaña y Alemania para la exportación (sobre todo al acelerarse la carrera de armamentos) fueron tan importantes como la financiación con déficit para la recuperación económica. No cabe duda de que la depresión de Suecia fue grave, como lo demuestran el suicidio del conocido industrial Ivar Kreugar (marzo de 1932) y una terrible huelga obrera (de abril de 1933 a febrero de 1934), pero la estabilidad del marco político, una reacción a base de políticas innovadoras, una economía orientada hacia el exterior y la recuperación internacional contribuyeron también a la modélica recuperación del país de la crisis.

Francia, 1932-1938

Ese no fue el caso de Francia. Es posible que los acontecimientos de Alemania beneficiasen durante algún tiempo a los suecos, pero los franceses los veían con creciente preocupación, y muchos de ellos empezaron a temer no sólo el resurgimiento de Alemania, sino la estabilidad del liberalismo democrático

en su propio país. La república francesa tardó más que Gran Bretaña o Alemania en sentir de lleno los efectos de la Gran Depresión, y su relativa buena suerte la hizo acreedora del apodo de *l'île heureuse* («la isla afortunada»), pero en 1932 la economía francesa ya tenía problemas. A medida que la depresión se fue notando, el clima político se volvió cada vez más inestable. Al igual que Alemania, Francia había adoptado un sistema de representación proporcional después de la primera guerra mundial, y, a partir de 1932, sus gobiernos estuvieron fragmentados entre radicales, radicalsocialistas, socialistas, conservadores, nacionalistas y populistas de diverso cuño.

En junio de 1932, Édouard Herriot, un radical, llegó a primer ministro. Duró seis meses, y abandonó el cargo al ser derrotado en su intento de recortar el gasto público para equilibrar el presupuesto nacional, y también ante la imposibilidad de Francia de hacer frente al pago de su deuda de guerra a los Estados Unidos. Su sucesor, Édouard Daladier, duró nueve meses. Esta situación se convirtió en algo típico de un sistema político prisionero de estrechas coaliciones en torno a figuras como Herriot, Daladier y Camille Chautemps, aunque la democracia francesa no fuera presa de una ideología tan extrema como el nacionalsocialismo. A principios de 1934, los partidos radical y socialista se vieron desacreditados por una serie de escándalos políticos que dieron mucho que hablar, así como por su fracaso a la hora de tomar medidas eficaces que evitasen a Francia los peores efectos de la depresión.

También empezaron a brotar movimientos fascistas en Francia. Los políticos de la derecha populista, antisemitas y nacionalistas encontraron un público bien dispuesto entre los franceses de clase media baja, temerosos del marxismo y resentidos con la Tercera República, que había permitido el desarrollo de esta «quinta columna». En 1934, unas 370.000 personas —frente a 35.000 comunistas— pertenecían a cuatro movimientos fascistas franceses diferentes (Action Française, la Légion, Jeunesses Patriotes y el Faisceau). La ideología del fascismo francés estaba influida por los movimientos fascistas extranjeros, pero procedía de una rancia estirpe. Buena parte de su antisemitismo se remontaba a la época del caso Dreyfus, mientras que su antiparlamentarismo y su apoyo a las fuerzas armadas fueron el fruto de la reacción conservadora ante la hegemonía liberal y socialista en Francia a finales del siglo XIX.

En febrero del mismo año estallaron sangrientos disturbios en las calles de París con motivo de la manifestación de protesta de la derecha contraria al nuevo gobierno radical presidido por Daladier. La gente tiró canicas debajo de los cascos de los caballos, a los que destriparon a navajazos, y arrancaron barandillas de hierro de las calles. Dos años y varios gobiernos de derechas después, la izquierda francesa (radicales, socialistas y comunistas) acabaron uniéndose en defensa de la República, y en mayo de 1936 el Frente Popular llegó al poder. Sacando una importante lección de las fatales divisiones que se habían producido en el seno de la izquierda alemana, los comunistas y los socialistas franceses se habían unido para salvar a Francia de unos elementos cada vez más subversivos. La remilitarización alemana de Renania y la agresión física contra el dirigente socialista Léon Blum por parte de *Action Française* a

principios de 1936 habían reforzado la sensación de peligro de la Tercera República.

Bajo el liderazgo de Blum, el Frente Popular adoptó medidas económicas y sociales que contaron sobre todo con la aceptación de los obreros franceses. La recuperación económica, si es que la hubo, se produjo casi por casualidad cuando el Frente Popular se vio obligado a devaluar el franco entre un 25 y un 33 por 100 en septiembre de 1936, aunque a falta de un enérgico programa de recuperación los efectos de la devaluación fueron limitados. El gobierno representó un hito importante en la historia política de Francia, pero este mero hecho no era garantía de éxito. En mayo de 1937, la economía francesa volvió a tener problemas, y el Frente Popular se desintegró debido al desacuerdo existente sobre la semana de 40 horas. Blum fue derrotado al negarse el Senado, dominado por los conservadores, a concederle los poderes extraordinarios que necesitaba para poner en práctica su programa económico, y también debido a la pérdida del apoyo de sus aliados radicales. Blum se quejó amargamente: «Estoy harto. Todo lo que he intentado hacer, lo han saboteado».

En el clima de confusión política de Francia, el papel de la clase media resultó igual de importante que en Alemania. Era este el grupo más preocupado porque se siguiera la ortodoxia económica para conservar el valor de sus pensiones, ahorros y salarios. Pero mientras que la postura de los agricultores y la gran patronal fue importantísima en el desmoronamiento de Weimar, en Francia y Gran Bretaña este estrato social siguió siendo, en líneas generales, conservador y leal al orden político existente. Cuando el regimiento 371 de la artillería pesada francesa urdió una conjura rebelde con la colaboración de la sección local de Action Française, por ejemplo, la policía local hizo bien en confiar que no triunfaría «gracias al sincero espíritu republicano de la población local».

La guerra civil española

Francia había estado cerca de la guerra civil, pero para España la elección de un gobierno del Frente Popular en 1936 sirvió de catalizador, en lugar de antídoto, de un acerbo y sangriento conflicto interno. La neutralidad durante la primera guerra mundial había dado pie a una época de prosperidad muy necesaria en una España humillada por su derrota en la guerra de Cuba frente a los Estados Unidos (1898) y cuyo progreso obstaculizaban unos niveles de crecimiento de la población relativamente bajos y una economía predominantemente agrícola. Pero el fin de la guerra provocó una recesión económica, como en toda Europa, y los intereses de los conservadores, que habían dominado en España, regida por una monarquía constitucional desde 1875, contaron cada vez con menos apoyos.

La guerra y la recesión habían estimulado el desarrollo de poderosos movimientos de izquierdas. Los socialistas españoles del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y su influyente sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT), junto con el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) —al que se afiliaría George Orwell— y el sindicato anarquista, la Confederación Nacio-

nal del Trabajo (CNT), tenían todos ellos ideas claras, aunque contradictorias, sobre el futuro de España. Al igual que en Francia y en Alemania, pues, la izquierda estaba dividida entre movimientos revolucionarios y reformistas, divisiones aún más complicadas debido a la existencia de tendencias anticlericales y separatistas, sobre todo en la lucha por la autonomía de Cataluña y el País Vasco.

El malestar en la industria y las confiscaciones no autorizadas de tierras por parte de los campesinos del sur de España, que caracterizaron el inicio de los años veinte, fueron reprimidos durante algún tiempo por la dictadura relativamente suave del general Primo de Rivera desde 1923 hasta 1930. Pero éste pronto se ganó la antipatía del ejército con sus reformas militares mal concebidas, y la de la gran patronal con su tendencia al nacionalismo económico. Y a esta mezcla explosiva se le sumó la depresión económica a partir de 1928. En 1931 finalmente la derecha española perdió el control del país. «No tengo el amor de mi pueblo», reconoció el rey Alfonso XIII antes de abandonar apresuradamente España rumbo al exilio.

España se convirtió en república de la noche a la mañana, y tras cinco años más de frecuentes cambios de gobierno y un breve retorno de la derecha al poder en 1933, el Frente Popular —una alianza de republicanos, socialistas y comunistas con el beneplácito de los anarquistas— ganó por un escaso margen las reñidas elecciones de 1936. En esos años se había producido una polarización radical de la vida española, puede que más radical incluso que en Alemania y Francia. Pero mientras que las rivalidades y diferencias entre los socialistas del gobierno republicano se enconaban, la victoria electoral de la izquierda galvanizó al ejército y lo empujó a organizar un golpe de estado militar contra la República. De los tres generales que dirigieron el golpe, el más joven, Francisco Franco, acabó dominando una alianza derechista en la que figuraban defensores de la Iglesia católica y de la unidad de España junto con partidos políticos convencionales: la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la fascista Falange Española y los carlistas, representantes del tradicionalismo católico y conservador.

En la guerra civil que estalló a continuación, al principio pareció que la República llevaba ventaja estratégicamente y en los recursos a su disposición. Pero las luchas en el seno del Frente Popular se fueron enconando a medida que avanzaba el conflicto —por un lado, los comunistas, y por el otro la CNT y el POUM la emprendieron a tiros unos con otros en las calles de Barcelona en 1937— y estaban mal organizados debido a la incapacidad de la izquierda de amoldarse a la disciplina militar. De los aliados potenciales de la República, sólo la URSS acudió en su ayuda; no así Francia y Gran Bretaña. La intervención de la URSS no siempre fue positiva: su injusta condena del POUM bajo la acusación de trotskismo y las actividades de su policía secreta (la GPU) en España no hicieron más que acentuar las divisiones en el Frente Popular. Las Brigadas Internacionales, seguramente el aspecto de la ayuda exterior al que dieron más publicidad (y de las que trazaron retratos tan evocadores George Orwell en su *Homenaje a Cataluña* y André Malraux en *Sierra de Teruel*), no

desempeñaron un papel decisivo en la guerra, aunque sufrieron pérdidas sustanciales: de los 20.000 voluntarios, casi la mitad murieron.

La derecha, en cambio, no se vio entorpecida por los mismos obstáculos. El ejército se encargaba de coordinar la disciplina, y los distintos grupos políticos estaban firmemente unidos en su deseo de derrotar al comunismo, defender a la Iglesia y mantener la unidad de la nación española. Además, contaban con la generosa ayuda de sus «amigos» en el exterior. La ayuda italiana al general Franco fue muchísimo más generosa que la alemana, y en un momento dado había 50.000 soldados italianos luchando en España. Pero la aportación alemana se convirtió en la más tristemente célebre cuando la Legión Cóndor de la Luftwaffe atacó la villa vasca de Guernica. En la matanza, que conmemora con tanta intensidad el cuadro de Picasso, la ciudad fue destruida y los civiles ametrallados en su huida.

En 1936 la derecha controlaba una franja de territorio que por el este iba de Algeciras en el sur hasta la frontera francoespañola. Casi toda Castilla la Nueva, Cataluña y el País Vasco se encontraban en manos de la República; sin embargo, a finales de 1938, el avance de la derecha en Cataluña provocó la desbandada republicana, y el 1 de abril de 1939 las fuerzas de Franco habían ocupado Castilla la Nueva y logrado la victoria. Franco, el niño canijo al que sus compañeros de clase acosaban y habían puesto el apodo de «cerillita», se había convertido en un líder político y militar despiadado, que consiguió unir las distintas fuerzas de la derecha con un uso juicioso del «palo y la zanahoria».

En 1939, el gobierno de Franco parecía una dictadura más bien anticuada y tradicional en comparación con el liderazgo dinámico y de nuevo cuño de Hitler y Mussolini. Pero Franco aguantó casi 40 años en el gobierno de España, uno de los períodos más largos de gobierno unipersonal de la historia de la Europa contemporánea. Su poder monolítico se basó siempre en dos pilares: el ejército y la Iglesia católica. De este modo, España, que en 1939 seguía siendo un país predominantemente agrícola, siguió un rumbo solitario y distinto del del resto de Europa occidental.

La Europa del Este, 1929-1938

Al igual que en España, en la Europa del Este la grave depresión del sector agrícola causó auténticos destrozos. En Polonia, Rumanía y Bulgaria, las rentas de los agricultores cayeron en un 50-60 por 100, y en Hungría en un 36 por 100. La producción industrial también disminuyó notablemente (en Checoslovaquia y Austria cayó en más de un 40 por 100 durante la depresión). La falta de tierra, la morosidad general y los bajos ingresos de los campesinos habían amenazado la estabilidad política en los años veinte, pero ahora los políticos se las veían con una depresión internacional.

La democracia pronto fue derrotada, o se batió en retirada, en toda la Europa del Este, con la notable excepción de la industrializada Checoslovaquia. A diferencia de gran parte de la Europa occidental, en el Este los partidos campesi-

nos contribuyeron señaladamente a la vida política y económica a lo largo de este período, promoviendo cooperativas agrícolas en Bulgaria y Eslovenia y la introducción de métodos de cultivo y financiación más modernos en las zonas rurales. (El primer ministro del Partido Agrario de Bulgaria, Alexander Stamboliski, llegó a trazar planes grandiosos de «electrificación» de las aldeas campesinas, conectadas por una red ferroviaria, cada una con su «ateneo popular» y su propio silo.) Pero sin la ayuda de la inversión o los mercados occidentales, a las economías de la Europa del Este les resultaba difícil recuperarse, sobre todo debido al carácter estructural y tradicional de sus problemas políticos, económicos y sociales. Una serie de gobiernos nacionalistas cada vez más aislacionistas e intolerantes con las minorías étnicas, sobre todo con los judíos, a los que se asociaba con el *Finanzkapital* (capitalismo financiero) y el «internacionalismo», llevaron a cabo políticas económicas autárquicas.

A mediados de los años treinta, la mayoría de países de los Balcanes habían sucumbido al autoritarismo, y en Polonia, a la muerte de Pilsudski en 1935, sus sucesores, un grupito de antiguos compañeros de armas conocido como el «gobierno de los coroneles», perpetuó las políticas de aquél y estimuló el nacionalismo popular con el sueño de la creación de la «gran potencia polaca». En contraste con la relativa longevidad del régimen de Pilsudski en Polonia, Hungría soportó una serie de dirigentes conservadores y nacionalistas —el conde Gyula Károlyi, Gyula Gömbös, Kálmán Darányi y Béla Imrédy—, a cual más nacionalista. Cuando Imrédy tomó el mando en mayo de 1938 aprobó de inmediato leyes antisemitas en Hungría, respaldó la política alemana en Checoslovaquia y allanó el camino para que Hungría se uniera al pacto anti-Comintern (enero de 1939).

También Austria fue presa de tensiones nacionalistas —en 1934-1935 hubo incluso un movimiento partidario de la restauración de los Habsburgo—, mientras que el campo, conservador, cada vez estaba más enfrentado con los socialistas de la Viena «roja». El 25 de julio de 1934, Engelbert Dollfuss —canciller de Austria y líder de una coalición de partidos conservadores, el Frente Patriótico— fue asesinado por los miembros de un grupúsculo nazi austríaco, en un intento fallido de golpe de estado. El sucesor de Dollfuss fue Kurt von Schuschnigg, que tomó la arriesgada decisión de intentar hacer más atractivo el Frente Patriótico, reduciendo los poderes de la Heimwehr (la «guardia propia» del Frente Patriótico), e incluso intentó incluir en el Frente a algunos socialdemócratas, miembros de un partido proscrito desde 1934, aunque fuera a título simbólico. Pero, pese a la determinación de Schuschnigg de que Austria «conservara su independencia», su país no tenía ni la unidad ni las fuerzas necesarias para resistir la poderosa alianza de los nazis alemanes y austríacos, y fue anexionado (el *Anschluss*) por Alemania el 11 de marzo de 1938, con el mariscal de campo alemán Hermann Göring convencido de que «la existencia de Austria pertenece al pasado».

El presidente de Checoslovaquia, Thomas Masaryk, a diferencia de su homólogo austríaco, adoptó medidas represivas contra el nacionalismo panalemán ya en 1931. Pero aunque los nazis fueran ilegales, se reagruparon en torno

al Sudetendeutsche Partie (Partido Alemán de los Sudetes) dirigido por Konrad Henlein. En secreto, Henlein siguió cultivando sus contactos con los nazis mientras la fuerza electoral de su partido iba en aumento. En 1935, los partidos no alemanes de Checoslovaquia dieron su apoyo unánime al sucesor de Masaryk, Edvard Beneš, pero esta colaboración de todo el espectro político era algo inusual. El gobierno tuvo que hacer frente a la creciente oposición étnica no sólo de los alemanes, sino de las poblaciones polaca, húngara, rutena y, sobre todo, eslovaca, que exigía una república independiente. Como la democracia checoslovaca se mostraba cada vez más intolerante con sus minorías, estas tensiones étnicas, descritas por los alemanes como un «auténtico proceso químico de desintegración», proporcionaron al gobierno nazi alemán una excusa perfecta para intervenir en los asuntos de Checoslovaquia.

La designación como canciller de Hitler en 1933 había causado un terremoto en Centroeuropa. Su gobierno estaba decidido a aumentar la participación económica y estratégica de Alemania en la Europa del Este (por ejemplo, en 1929 Alemania importaba el 20 por 100 de todas las exportaciones húngaras, mientras que en 1938 la cifra ascendía al 41 por 100). No siempre su participación era rechazada: en mayo de 1934, el rey Alejandro de Yugoslavia, según se dice, se quejó de que Yugoslavia estaba «cansada de que los franceses la traten como a un títere, y estarían encantados de librarse de su tutela mediante un acercamiento a Alemania». Además, el movimiento nacionalsocialista fue el inspirador y el modelo de los movimientos fascistas de toda la región, sobre todo en Hungría (la Cruz Flechada), Rumanía (la Guardia de Hierro) y el movimiento búlgaro de la Cadena (*Zveno*).

Comunismo y fascismo, 1933-1941

En los años treinta, Europa se vio dominada por dirigentes y grupos políticos con fuertes aspiraciones revolucionarias. En la Unión Soviética, Stalin continuó y aceleró el ritmo de la revolución económica y social, decidido a crear «el socialismo en un solo país». Más allá de una insaciable ambición de poder personal, el camarada Stalin aspiraba a cumplir el sueño de Lenin de una República Soviética habitada por ciudadanos devotos y cultos de clase obrera, pero en el resto de Europa el fantasma de la revolución marxista sirvió para promover la aparición de movimientos fascistas consagrados a una «revolución» muy distinta. Surgieron movimientos fascistas en toda Europa. Alemania, Italia, España, Hungría, Grecia, Polonia, Portugal, Bulgaria, Rumanía, entre otros, tuvieron gobiernos fuertemente autoritarios, cuando no fascistas.

Pero a pesar de, o tal vez a causa de, la gran diversidad de movimientos fascistas de los años treinta, los historiadores se han encontrado con graves dificultades a la hora de definir al fascismo. En 1920, la palabra «fascismo» la conocía muy poca gente. Incluso Mussolini la escribía entre comillas cuando la utilizaba para describir una «democracia orgánica, concentrada y autoritaria de base nacional». La definición de Mussolini también sería aplicable a la

España de Franco, la Austria de Dollfuss y la Hungría de Szálasi, pero, aunque estos gobernantes fuesen anticomunistas y antiintelectuales, no realizaron una verdadera aportación ideológica al fascismo. Franco, por ejemplo, era más un dictador militar a la vieja usanza que un *Führer* fascista al estilo de Hitler.

Otros movimientos, como el nacionalsocialismo alemán y la Unión Británica de Fascistas, intentaban por todos los medios emular el movimiento de Mussolini. Pero, a pesar de sus diferencias, las organizaciones fascistas, que se extendían desde el Atlántico al Báltico, compartían, desde luego, unas características comunes, que el historiador R. A. H. Robinson ha resumido del siguiente modo:

> un movimiento político nacionalista, antimarxista y de masas, encabezado normalmente por un líder carismático, cuyo objetivo era la conquista absoluta del poder y la consecución del dominio más completo posible de todos los aspectos de la vida comunitaria mediante un sistema de partido único.[4]

La Action Française, el NSDAP, los fascistas italianos, la Guardia de Hierro rumana y los fascistas nórdicos tenían elementos en común. Más allá de una ideología fuertemente nacionalista, anticomunista y antimarxista, los movimientos fascistas solían esforzarse por atraer a todos los sectores sociales, al mismo tiempo que establecían unas estructuras de partido muy elitistas. Los miembros del partido, que llevaban con orgullo sus uniformes de camisas negras o pardas, se integraban en un movimiento cuya imagen era la de una maquinaria rígidamente organizada y casi militar.

Estos movimientos también cultivaban mitos imperiales y racistas —el *Lebensraum* de Alemania en el Este, el segundo imperio romano en el Mediterráneo— y atraían a los jóvenes de Europa mediante la promoción del culto a la violencia y a la acción por encima del debate político normal. El surgimiento del fascismo se ha vinculado estrechamente con la clase media europea, sobre todo con la clase media baja, pero este no fue, por supuesto, el único grupo social que proporcionó a los fascistas una vía de acceso al poder legítima. Fue la Gran Depresión lo que proporcionó un público multitudinario a los fascistas, que también cosecharon éxitos entre la clase obrera de la Europa oriental, por ejemplo (el movimiento de la Guardia de Hierro fue el tercer partido más votado en las elecciones rumanas de 1937). En Escandinavia, en cambio, las ideas de los racistas nórdicos (a las que se adhirieron hombres como Hans Günther), con su pretendida objetividad científica, tuvieron más éxito entre la burguesía culta. Los líderes de los movimientos fascistas disfrutaban de una posición de poder excepcional; un papel al que Mussolini y Hitler sacaron todo el jugo (el *Führerprinzip*), cultivando especialmente una imagen divina, sobrehumana.

En Alemania, la política constitucional del NSDAP se centraba en la autoridad personal de Adolf Hitler. A diferencia de los partidos políticos convencionales como los laboristas británicos y sus homólogos socialistas del resto de Europa, los fascistas hacían hincapié en el carácter «orgánico» de su movimiento. Así, los dirigentes del movimiento podían cambiar rápidamente de po-

lítica, sin «menudencias» constitucionales que se lo impidiesen. Esta flexibilidad le permitió a Mussolini alcanzar compromisos políticos —con la monarquía, el ejército, la burocracia del estado, los latifundistas y la Iglesia católica— y a Hitler abandonar discretamente la componente socialista del programa del Partido Nacionalsocialista para conseguir el apoyo de las elites conservadoras tradicionales de la patronal, el ejército y el poder judicial.

Los fascistas, al contrario que los liberales del siglo XIX, que se centraban en el individuo, ponían el acento en objetivos colectivos de tipo nacional o racial, lo que les llevó a dotar al estado de estructuras de tipo corporativo, aunque también a buscar chivos expiatorios. Y fue entonces cuando los abandonó toda racionalidad.

El nazismo, 1933-1941

A Hitler se le abrieron las puertas del poder político ilimitado cuando lo nombraron canciller el 30 de enero de 1933. Poca gente se dio cuenta de que una vez llegaran al poder los nacionalsocialistas, haría falta un terremoto para desalojarlos. Hitler consiguió acceder legalmente a la cancillería estableciendo una alianza temporal con las elites conservadoras y el DNVP dirigido por Alfred Hugenberg. Al día siguiente de llegar Hitler al poder, cuentan que Hugenberg dijo: «Acabo de cometer la mayor estupidez de mi vida; me he aliado con el mayor demagogo de la historia de la humanidad». Hugenberg tenía razón.

Al mismo tiempo que la oposición estaba dividida tras el nombramiento de Hitler como canciller, el incendio del Reichstag (27 de febrero de 1933) y los jóvenes matones de Hitler impregnaban de terror la atmósfera, lo cual facilitó al NSDAP la aprobación de una ley de plenos poderes (23 de marzo de 1933) y el inicio del proceso de *Gleichschaltung*: la «coordinación» de la sociedad alemana, en virtud de la cual todo quedó bajo el dominio de los nacionalsocialistas, hasta las boleras y las asociaciones de apicultores. En su avance hacia el poder absoluto, el NSDAP concentró sus energías en eliminar lo que quedaba en pie de la constitución de Weimar y crear un estado totalitario dominado por un líder absoluto, en el que la economía, la sociedad y la cultura estarían coordinadas bajo la férula de un partido único y un gobierno subordinado al partido.

Con este fin, el NSDAP había creado delegaciones del partido en los años veinte que se superponían a las del estado, como el departamento de desarrollo nacionalsocialista, que se ocupaba de temas de raza, cultura, agricultura y asuntos internos. Pero, en realidad, el estado nazi distaba mucho de ser monolítico. Las distintas estructuras existentes acabaron por rivalizar y enfrentarse entre sí, y Alemania no se convirtió en la nación totalitaria a la que aspiraba Hitler. Algunos historiadores han llegado a afirmar que el estado nacionalsocialista era un «estado caótico».

Hitler se sirvió de procedimientos democráticos para llegar al poder, y a continuación se dedicó a destruirlos. Como ya había explicado en 1930: «la

constitución se limita a definir el campo de batalla, no el objetivo ... en cuanto dispongamos del poder constitucional, daremos al estado la forma que creamos conveniente», y, desde luego, la aquiescencia de la administración y las instituciones alemanas en relación a estos cambios facilitó la tarea de Hitler. El barniz de legalidad que acompañó a la revolución hitleriana se completó con la autodesignación de Hitler como «juez supremo» en junio de 1934. A partir de ese momento, se exigió que todos los magistrados y funcionarios prestaran juramento de fidelidad al *Führer*.

Hitler utilizó la violencia, además del imperio de la ley, para eliminar a la oposición. A finales de enero de 1933, los nacionalsocialistas emprendieron el ataque legal y material, con la ayuda de las SA (Sturmabteilung) de Röhm, contra el Partido Comunista Alemán. El SPD y el movimiento sindical alemán pronto se vieron envueltos en la asfixiante red, y el 14 de julio el NSDAP era ya el único partido legal de Alemania. Para quienes estaban vinculados a partidos de izquierdas o de centro en Alemania, enero de 1933 marcó el inicio de años de cárcel, exilio o temor a ser descubiertos: el «pánico» infinito que impregna todo lo que sucede en la conmovedora novela de Anna Seghers *La séptima cruz*.

En todos los ámbitos de la vida alemana, las instituciones de Weimar fueron sustituidas por las nacionalsocialistas. Los sindicatos, por ejemplo, fueron aniquilados, y los trabajadores se convirtieron en miembros del Frente de Trabajadores (Deutsches Arbeitsfront, DAF); las organizaciones de campesinos «decidieron» disolverse y las sustituyó la empresa de comercialización de productos agrícolas de Walter Darré, el Campesinado Nacional (Reichsnährstand, RNS). En esta etapa, el ejército fue el único grupo conservador que se mantuvo inmune a la infiltración nazi a gran escala, mientras la combinación de un poder estatal legal con el terrorismo de las bases y el consentimiento de los conservadores alemanes provocaba la destrucción de Weimar.

Al igual que Stalin, Hitler estaba dispuesto a atacar a los propios adeptos del partido. En la Noche de los Cuchillos Largos (junio de 1934), se enfrentó a la considerable influencia de las SA para eliminar la autoridad personal de Ernst Röhm, uno de sus más devotos partidarios desde el principio. Röhm no había digerido que Hitler transigiese con las elites conservadoras de Alemania y lo dijo. Pero Hitler se mofó de la segunda revolución que proponía Röhm, porque le interesaba contentar al ejército alemán, ganarse a la opinión pública internacional y consolidar las ganancias obtenidas después de un año en el poder, de modo que asesinó a Röhm y purgó a las SA.

Los nazis hacían una propaganda descarada de los progresos de su «revolución». Joseph Goebbels convenció a Hitler de que le diera el mando no sólo de la prensa, la radio, el cine y el teatro, sino de los libros, las artes visuales y la música. La propaganda era un elemento fundamental en la revolución social que Hitler pretendía poner en marcha, una revolución cuyo confuso ideal era el de unir a todos los alemanes puros (*rassenrein*) en una *Volksgemeinschaft* (una comunidad popular) basada en la superioridad racial. Su ambición más alta era materializar el destino de Alemania como nación rearmada y enérgica, decidida a crear un imperio alemán en la Europa oriental.

La juventud alemana fue objeto de especial atención por parte de la maquinaria de propaganda nazi, ya que, según Hitler, sus padres eran «una generación perdida», que había adquirido sus valores en un mundo diferente, no nazi. Con este fin, entregaron a las escuelas nuevas directrices para que educasen a los jóvenes de Alemania «en el servicio a la nación y al estado de acuerdo con el espíritu nacionalsocialista». Los estudiantes universitarios tendrían que cumplir un servicio social obligatorio, mientras que el servicio militar obligatorio fue introducido en marzo de 1935. También había elites, y de quien más se esperaba era de las SS (Schutzstaffel), el arma de terror racial del partido, cuyo jefe, Heinrich Himmler, tenía el objetivo de crear nuevos líderes nazis. Las SS se basaban en criterios raciales, una ideología explícitamente anticristiana y la obediencia incondicional.

También las mujeres ocupaban un lugar en los designios de Hitler. Según la poco elegante definición de un activista del partido, sus objetivos eran: «Tener hijos y educarlos según la doctrina del partido nazi ... Respaldar las actividades de los hombres en el papel que les asignen los líderes ... mantener los valores familiares».[5] Al igual que Mussolini, Hitler quería que las mujeres pariesen a los soldados del futuro. Pero las ideas de los nazis sobre las mujeres estaban plagadas de contradicciones. Los ataques de Hitler a las Iglesias católica y protestante y los planes eugenésicos de Himmler, que por un momento parecieron sancionar la promiscuidad de los tres millones de miembros de las SS en 1933, contradecían las declaraciones de los nazis a favor de la santidad de la familia alemana.

Los nazis no pretendían suprimir la mano de obra femenina, sino más bien racionalizar el proceso de decidir las funciones que correspondían a cada mujer: producir bienes o hijos. Incluso en tiempo de paz, la participación de las mujeres alemanas en el mundo laboral aumentó a un ritmo doble del de los hombres, aunque los empleos a los que podían acceder las mujeres solían ser de tipo poco cualificado. Durante la segunda guerra mundial, la búsqueda de mano de obra provocó un cambio de orientación, por el que se animaba a las mujeres a cursar estudios superiores, algo que antes habían prohibido los nazis. En 1943 las mujeres representaban el 48,8 por 100 de la población activa —en Gran Bretaña, la cifra era del 36,4 por 100— y los carteles propagandísticos proclamaban: «Antes le untaba el pan de mantequilla, ahora pinto granadas y pienso: ésta es para él». Al ampliar la contribución de las mujeres a la economía nacional, los nacionalsocialistas ayudaron a modernizar la situación de las mujeres en la sociedad alemana, pero la decisión de los nazis de controlar el papel de las mujeres, ya fuese en el trabajo o en casa, dejaba bien claro que la docilidad era la única característica femenina que contaba.

En el centro mismo de la concepción del mundo (*Weltanschauung*) de Hitler se hallaba el antisemitismo. En 1933 el mundo tuvo conocimiento de la expulsión de los judíos de la administración, del boicot a sus tiendas, de la existencia de campos de concentración y de arrestos y torturas en masa. A lo largo de los años siguientes, el fanatismo de Hitler y la infatigable propaganda antisemita sirvieron de estímulo y bendición a la persecución creciente de judíos,

gitanos, mendigos y homosexuales. En la concentración de Nuremberg de 1935, con leyes que, entre otras cosas, prohibían el matrimonio o las relaciones sexuales extraconyugales entre alemanes y judíos, Hitler satisfizo a las voces impacientes del partido nazi que exigían una mayor discriminación de los judíos.

En septiembre de 1937 Hitler orquestó su primer gran ataque contra los judíos: en 1936 y 1937 había mantenido un relativo silencio sobre el tema. A su perorata la siguió una campaña de agitación del partido en su conjunto durante el verano y el otoño de 1938, así como la expulsión de unos 17.000 judíos polacos que vivían en Alemania. En el pogromo de la noche conocida como «de los Cristales Rotos» (*Kristallnacht*), del 9-10 de noviembre, que desencadenó Goebbels en un esfuerzo por ganarse el favor de Hitler, entregaron la calle a las SA en una noche de terror enloquecido. Doscientas sinagogas fueron incendiadas, 91 judíos murieron asesinados y fueron destruidas 7.500 tiendas y comercios pertenecientes a judíos. Las calles de Alemania apestaban a schnapps procedente de las tiendas saqueadas, mientras las SS detenían a 26.000 judíos más.

No está claro cuándo tomaron Hitler y su gobierno la decisión de asesinar a los judíos de Europa. La guerra y la rápida conquista de Polonia transformaron la cuestión judía, ya que los proyectos de emigración forzosa y los planes de venta de judíos a cambio de divisas dejaron de ser opciones válidas. A partir de ese momento, para «ocuparse» del problema judío se crearon ghettos totalmente independientes —el primero de los cuales fue construido en Lódź (Litzmannstadt) en diciembre de 1939— y se obligó a todos los judíos, con la inevitable muerte de miles de ellos, a realizar trabajos forzados. Estas medidas marcaron un crescendo que culminaría en la Solución Final. También los minusválidos físicos y psíquicos fueron víctimas, en este caso, de un programa de eutanasia nazi que liquidó a más de 70.000 enfermos mentales entre 1939 y 1941 para «dejar camas libres» para los que podían «curarse». Las matanzas en serie fueron en aumento durante la guerra contra la Unión Soviética, y a finales de 1941 la política alemana respecto a los judíos era de exterminio total. Uno de los muchos aspectos siniestros del proceso fue la perversión de la ciencia y la medicina, que se convirtió en uno de los temas del cine nazi antes incluso de 1939.[6]

La resistencia activa al terror nazi entre la población alemana no pasó de esporádica, aplastada por la propaganda, la fuerza del poder del estado y, a partir de 1939, por la lucha diaria por la supervivencia que describió un periodista alemán, Berndt Engelmann, como «el mal de la banalidad». Casi todo el mundo aprobaba a los nazis. Pero si bien las perspectivas laborales de la mayoría habían mejorado, la clave del éxito económico de los nazis estuvo en la reducción del nivel de vida de la clase obrera, cuyos salarios cayeron del 64 al 57 por 100 de la renta nacional entre 1932 y 1938 al tener prioridad la producción de cañones sobre la de mantequilla.

Hitler cumplió su promesa de dar «pan y trabajo» al pueblo alemán, aunque su interés en una economía alemana vibrante se basaba en sus ambiciones en política exterior. El gobierno nazi quería la recuperación económica, una

mayor autarquía para evitar la amenaza de un bloqueo y recuperar la potencia militar de Alemania. La economía era la tercera «arma» de guerra de Hitler, junto con una armada, un ejército y una aviación flamantes. La importancia de la producción de cañones para la lucha racial de Alemania, y no un verdadero interés por el bienestar de los obreros alemanes, fue lo que determinó el aumento de las inversiones públicas y la creación de proyectos de obras públicas en Alemania antes de 1939. Y la guerra fue en sí misma un instrumento político.

El estalinismo, 1927-1941

El objetivo último de la agresión de Hitler era, por supuesto, la Unión Soviética, y también aquí la ciudadanía y el partido estaban aterrorizados por las ambiciones desenfrenadas de un dictador. Como la Noche de los Cuchillos Largos, en la que Hitler liquidó a algunos de sus secuaces más leales y veteranos del partido, 1934 fue también el año en que el reino de terror de Stalin, que había practicado con tanto éxito contra el pueblo llano de Rusia (el *Narod*) —campesinos y obreros— durante la época de la colectivización y la industrialización, se extendió al mismísimo Partido Bolchevique (el *Aktiv*). Después del caos del primer plan quinquenal (1929), la industria pesada prosiguió su desarrollo a expensas de la agricultura soviética (cañones en vez de trigo). El año 1932 fue el del retorno a una planificación económica más moderada dentro de la iniciativa de industrialización de Stalin. El segundo plan quinquenal, promovido ese año, era menos ambicioso que el precedente, aunque los objetivos de producción de Stalin seguían mostrando su típica falta de realismo.

Al igual que los intentos de Hitler de transformar la sociedad alemana, en 1932 Stalin comprobó que su propio modelo de revolución industrial para la Unión Soviética a veces amenazaba con escapársele de las manos por culpa del celo de los responsables locales del partido que estaban «ebrios de éxito». El deseo de «consolidar», como exigía la consigna más reciente del Partido Comunista, resultó aún más apremiante por culpa de la hambruna que se extendió por la Unión Soviética en 1933. Una vez más, el conflicto entre ciudades y pueblos, el campo y la industria, típico de la historia de Rusia en este siglo, se hizo manifiesto cuando, al escasear la comida, la alimentación de los obreros soviéticos se convirtió en prioritaria.

El camarada Stalin seguía haciendo propaganda de su papel de protector del proletariado, aunque ya hubiese aterrorizado a esa clase y estuviera a punto de atacar a quienes profesaban ser sus «representantes» dentro del Partido Comunista. Su sed de poder político aumentaba con el beber. Durante los años veinte las voces disidentes habían sido acalladas por la hegemonía indiscutida del Partido Bolchevique; durante la colectivización, apareció una oligarquía en el poder centrada en Stalin, que a partir de 1934 fue reemplazada por el gobierno personal de un solo hombre. Pero el poder y la afición a la violencia de Stalin habían germinado en un terreno abonado. Sus precedentes se encontraban

en la Rusia imperial del siglo XIX, en la tradición jacobina del Partido Bolchevique y en la sangrienta guerra civil, mientras que la prohibición del faccionalismo por parte de Lenin (marzo de 1921) dotó a Stalin de una legitimidad aparente para su ataque brutal a los cuadros del partido. Stalin estaba desesperado por confirmar su posición de heredero natural y fiel de Lenin. En la práctica, los planes quinquenales habían sido una declaración de guerra a la clase obrera soviética —Stalin en persona reconoció que la batalla en pro de la industrialización había sido la auténtica guerra civil de Rusia, y se ha calculado que diez millones de personas «desaparecieron de las estadísticas demográficas» en la Unión Soviética entre 1926 y 1939. (Muchos sitúan la cifra aún más alta a medida que salen a la luz nuevos detalles de los archivos de la antigua Unión Soviética.)

En 1930 el ritmo de la industrialización había creado una grave carestía de mano de obra, y para impedir que los trabajadores abandonasen sus empleos y volvieran al campo, Stalin reintrodujo las diferencias salariales. De todos modos, era más perjudicial para la credibilidad del Partido Comunista Soviético la corrupción que se hallaba en la base de sus pretensiones de poner fin a la explotación de la clase obrera y crear una sociedad más humana. La participación cada vez mayor de la OGPU (los cuerpos de seguridad del Estado) y el ejército en el cumplimiento de la colectivización y en la gestión de los campos de trabajos forzados, que experimentaron un crecimiento enorme, desmentía de forma palpable toda apariencia de sociedad justa e igualitaria. Las contradicciones entre los objetivos declarados del partido y sus métodos resultaban flagrantes. En 1934, el compromiso de los bolcheviques a favor de la igualdad de los ciudadanos ya había sido abandonado.

A partir de 1934 la vida de la clase obrera y del campesinado se estabilizó: el acceso a la vivienda, la enseñanza y el trabajo de hombres y mujeres mejoraron. El campesinado seguía pasando apuros, pero para los privilegiados de la *Nomenklatura* el terror estaba a punto de empezar. A lo largo de los años veinte, Stalin había reescrito la historia para hacer de Lenin el único artífice de la revolución junto con Stalin, en su papel de mano derecha, con lo que había inaugurado un «culto a la personalidad»: había promovido la idolatría hacia Lenin para potenciar su aureola personal. Esta vez, sin llegar a calificar jamás su régimen de «estalinista», puso en marcha una «revolución» sangrienta y sin precedentes contra los propios miembros del partido para consolidar su autoridad política personal y la revolución económica que había impuesto a la sociedad soviética.

Las sospechas de Stalin degeneraron en obsesiones, y, en sus ansias infinitas de poder, las purgas del Partido Comunista se llevaron por delante a un millón de personas entre 1935 y 1939. Para Eugenia Ginzburg, «una comunista y maestra ejemplar», la realidad de la brutalidad de Stalin empezó a manifestarse con el asesinato de Kirov, el secretario del Comité Central, en noviembre de 1934. Para ella y los cuadros leales como ella, las alegaciones de Stalin contra sus camaradas bolcheviques «debían ser ciertas» porque las publicaba *Pravda*. Pero en 1937, acusada con pruebas falsas y encarcelada en régimen de con-

finamiento, Eugenia había descubierto ya la verdadera naturaleza del estalinismo. Entre sus compañeros de cárcel estaban los comunistas alemanes e italianos que habían huido de Hitler y Mussolini para acabar siendo víctimas del caudillo al que creían su aliado. Eugenia describía así la celda solitaria en la que permanecía encarcelada prácticamente las 24 horas del día:

> Recuerdo la angustia que me recorría el cuerpo entero, la desesperación de mis músculos mientras iba de un lado para otro de mi habitáculo, cinco pasos por tres, cinco y cuarto si los daba muy cortos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco hacia un lado, giro de puntillas para no desperdiciar ni un centímetro, uno, dos y tres hacia el otro.[7]

En 1930 se aprobó el GULAG, el decreto que confería su autoridad a la «Dirección General de los Campos de Trabajo», y a mediados de los años treinta, en esos campos, según estimaciones recientes realizadas a partir de los datos de los archivos de la antigua Unión Soviética, había de 1,5 a 2 millones de personas.[8] A esas alturas, las detenciones arbitrarias y las ejecuciones sin juicio previo se habían convertido en rutina. El Gran Terror actuó como una revolución política que reforzó la transformación económica y social de la URSS que había empezado con la colectivización y la industrialización. Muchos de los compañeros de filas de Lenin en el Partido Bolchevique —hombres como Alexei Rikov, Nikolai Bujarin y más adelante, el más famoso de todos ellos, Trotski— fueron asesinados por orden de su ex camarada. Hasta el Ejército Rojo, que, como la NKVD y la marina soviética, se había beneficiado notablemente de la política de Stalin durante los dos primeros planes quinquenales, acabó siendo víctima de la infinita suspicacia de Stalin, que en 1937 ejecutó por traidores a los principales dirigentes del Ejército Rojo, en el preludio de una drástica purga de todo el alto mando y de la oficialidad de Rusia; una purga en la que fueron asesinados 3 de los 5 mariscales soviéticos, 13 de los 15 comandantes en jefe del ejército y 8 de los 9 almirantes de la flota soviética.

Desde luego, Stalin no fue el único responsable de todas las decisiones concretas de las purgas, pero fue el único en permitir que las purgas alcanzasen semejantes proporciones; una acusación refrendada por el secretario general Gorbachov en 1987. Es cierto que Stalin recurría a menudo a medidas cuidadosamente calculadas pero igualmente brutales para garantizar la lealtad de sus más íntimos asesores. Por ejemplo, detuvo a la mujer de su secretario particular, A. N. Poskrebichev, para asegurarse de la lealtad inquebrantable de éste, en quien siguió depositando su confianza hasta 1953.

Había, sin embargo, una fachada, y detrás de la fachada había algunos éxitos sociales, el más impresionantes de los cuales, desde luego a los ojos de observadores sociales como los miembros de la Fabian Society británica Beatrice y Sidney Webb y el escritor George Bernard Shaw, fue la «constitución de Stalin» de la Unión Soviética, ratificado por un congreso extraordinario de los sóviets en 1936. La constitución establecía la igualdad de todas las razas y sexos y garantizaba a todos los ciudadanos soviéticos el derecho al trabajo, al bienes-

tar social, a la educación y a la vivienda. En consecuencia, y por primera vez, se autorizó el voto a los sacerdotes y a los ex miembros de la oposición blanca, aunque los demás partidos políticos continuaron proscritos. Para los jóvenes de todas las clases sociales, incluso las más bajas, la industrialización, el desarrollo de la maquinaria del partido, las iniciativas gubernamentales en favor de la alfabetización de los adultos y la posibilidad de acceder a los centros politécnicos y a las universidades abrían las perspectivas de progreso y de una vida mejor. El Kremlin también lanzó una importante campaña de propaganda a favor de la vida familiar y de la abstinencia sexual, después de que la legislación aprobada anteriormente y que legalizaba el divorcio y el aborto hiciera que uno de cada dos matrimonios fracasase y que hubiera el triple de abortos que de nacimientos en Moscú en 1934; sin embargo, a diferencia de otros países occidentales, el apoyo gubernamental a los «valores familiares» no provocó que se obligara a las mujeres a abandonar sus puestos de trabajo.

Estos hechos, que se han identificado con el siglo XX, hicieron de los años treinta una década notable; desde luego, sus dirigentes figuran entre los más nefastos. Pero sus elementos contradictorios y a veces confusos, como la inseguridad individual, la brutalidad de los gobiernos y los desplazamientos forzosos de la población, se habían dado ya en el siglo XIX. Algunos gobiernos, como los de Alemania y la URSS, infligieron sufrimientos incalculables con la excusa de que actuaban «en bien de la colectividad» del «pueblo elegido», ya se tratase de una raza o una clase social. Otros, que gozaban de una amplia plataforma de apoyo popular —los gobiernos del Frente Popular de España y Francia, por ejemplo—, fueron incapaces de mantenerse en el poder porque les faltaban un proyecto común y la voluntad, o los medios, de servirse de la coerción. En la lucha contra la depresión económica, muchos países habían librado una especie de «guerra civil». La brutalidad y la crispación de la política nacional, ejemplificadas por las sentencias pronunciadas por Franco durante la guerra, «no hay que fiarse de los acuerdos» y «hay que decidirlo todo por las armas», se reflejaron cada vez más en las relaciones internacionales.

Capítulo IX

DE LA GUERRA EN EUROPA A LA GUERRA MUNDIAL, 1933-1945

La mayor crisis económica de Europa había dejado una herencia aterradora. Había dado alas al nacionalismo y a las aspiraciones imperialistas y había promovido el rearme. En el fondo, los métodos que algunos países, como la Alemania nazi y el Japón imperial, utilizaron para estabilizar su situación económica y social les llevó a librar una guerra que abarcó al mundo entero. Las cuestiones económicas y políticas condicionaron también la respuesta de las democracias europeas supervivientes a una nueva amenaza expansionista: seis años de negociaciones y después seis meses de escalada de tensión en los que la guerra se convirtió en algo «inevitable». Si consideramos en su conjunto la economía y la política se explica por qué Francia y Gran Bretaña, en concreto, estuvieron dispuestas a enfrentarse al poderío nacionalsocialista en septiembre de 1939, con la excusa de que defendían la integridad nacional de Polonia, mientras que el año anterior se habían mostrado dispuestas, aunque de mala gana, a sacrificar Checoslovaquia a las ambiciones de Hitler.

Los acontecimientos de 1936 son un trágico resumen de la naturaleza cambiante de las relaciones diplomáticas en Europa y entre Europa y el resto del mundo. En ese año crítico, Hitler tomó la atrevida, pero bien calculada, decisión de denunciar los acuerdos de Locarno y remilitarizar Renania, lo cual permitió la incorporación de Renania a un plan cuatrienal de rearme de Alemania. Hermann Göring, el poderoso ministro del Interior prusiano, se puso al frente del mismo y lo hizo público en julio de ese año. «La ejecución del programa de armamento de acuerdo con el calendario y la escala previstos es la tarea que compete a la política alemana».[1] El retorno del corazón de la industria alemana a la producción de material bélico en marzo de 1936 fue una señal muy clara para quienes aún albergasen dudas —y hubo otras muchas— de que las intenciones diplomáticas de Hitler iban más allá de la revisión del tratado de Versalles. El regreso de las tropas alemanas a Renania era un riesgo calculado. Antes de esta maniobra, Alemania era especialmente vulnerable a una in-

tervención extranjera. Después de la remilitarización, disponía de las bases económicas y militares para ser un enemigo temible.

Pero ninguna potencia europea estaba dispuesta a enfrentarse a Alemania en 1936. La más vulnerable, Francia, se encontraba sumida en una crisis política, y la colaboración diplomática en el seno de la Sociedad de Naciones salió muy malparada del intento fallido de imponer sanciones a Mussolini tras la invasión italiana de Abisinia (octubre de 1935-mayo de 1936). La desaprobación de la comunidad internacional no afectó en nada a un hombre que ofrecía a Italia el «evangelio de que es mejor vivir un día como un león que cien años como una oveja». En Gran Bretaña, que gozaba de estabilidad política, el pacifismo era muy fuerte, y lo prioritario era la defensa de su imperio mundial. Los Estados Unidos estaban enfrascados en sus asuntos internos, y el pacifismo y el «aislacionismo» estuvieron muy presentes en las elecciones presidenciales de 1936.

Las potencias del Eje

La dirección futura de la diplomacia mundial quedó definida por el eje más o menos informal del pacto anti-Comintern, al que se adhirieron primero Alemania e Italia, y luego el Japón. Frente a estos nacionalistas se encontraban las «democracias». El pacto hizo surgir el fantasma de una colaboración estrecha entre las potencias mundiales más ambiciosas y militaristas, aunque, en realidad, no fue nunca más allá de un acuerdo informal: la colaboración de Alemania con Japón fue escasa, y dentro de Europa, la alianza fascista de Hitler y Mussolini estaba plagada de objetivos e intereses contradictorios. En 1934 Mussolini utilizó sus tropas para defender la independencia austríaca de Alemania, pero *Il Duce* acabó respetando a *Der Führer*, un hombre al que otrora había considerado neurótico y vulgar. En 1938, Mussolini estaba ya dispuesto a tolerar la invasión de Austria y, trasladando hacia el sur las ambiciones imperiales de Italia, dejó la Europa del Este a merced de la influencia alemana.

La guerra de Abisinia contó con el respaldo de los italianos y revitalizó al fascismo italiano, además de mejorar la reputación personal de Mussolini, pero fue también costosa y pasó factura a los recursos militares y económicos de Italia. No obstante, el éxito de la intervención italiana en la guerra civil española y la invasión de Albania (1939) eran una cosa, y participar en una guerra mundial, otra. Ni siquiera el Pacto de Acero (mayo de 1939) hizo que la alianza nazi-fascista fuera totalmente vinculante. Italia no entró en la segunda guerra mundial hasta que la invasión de Francia por los alemanes estaba a punto de culminar con éxito en 1940. Hasta entonces, Gran Bretaña y los Estados Unidos siguieron albergando esperanzas de que los italianos abandonasen su neutralidad y se unieran al bando de las «democracias» como habían hecho, a cambio de concesiones, durante la primera guerra mundial.

Los gobiernos de Alemania, Italia y Japón llevaron a sus pueblos a la guerra cuando sus intereses nacionales —el *Lebensraum* en la Europa oriental, la

expansión del imperio italiano en el norte de África, la búsqueda de materias primas (sobre todo petróleo) y mercados en Extremo Oriente— determinaron que no les quedaba más remedio. Aparte de la ambición y el militarismo, estas tres potencias creían que eran las potencias «pobres», a las que les habían negado los imperios y la posición de que gozaban Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia. Para Hitler, «los ingleses tienen razones para estar orgullosos», y los alemanes, no. Esta sensación se vio potenciada por el impacto de la Gran Depresión, que contribuyó muchísimo a aumentar la tensión internacional. Las incursiones militares y las conquistas de Manchuria, Checoslovaquia y Abisinia son ilustrativas del resentimiento del Eje. De acuerdo con la forma de pensar de las potencias del Eje, la crisis económica la había provocado la excesiva dependencia de terceros países y de sus materias primas, que cesaría con la creación de imperios propios.

El resultado neto del creciente nacionalismo y de las ambiciones imperiales fue un marcado aumento del rearme. No hubo ningún país en Europa que no se rearmase en los años treinta, aunque la principal carrera de armas volvió a tener por protagonistas a Gran Bretaña, Francia y Alemania, países todos que habían emprendido nuevos programas de rearme en 1936, y el más ambicioso de los cuales era, con diferencia, el alemán. En 1938-1939 la carga económica de la producción de armamentos era tan pesada —en Gran Bretaña, el gasto en armamento estuvo a punto de provocar una crisis de confianza en la libra esterlina, y en Alemania empezaron a escasear los artículos de consumo y los alimentos—, que algunos historiadores han argumentado que a finales de 1939 la guerra era la única alternativa al descontento social generalizado.

Las tácticas de política exterior de Hitler, así como las ambiciones subyacentes en ese terreno, han provocado acaloradas discusiones entre los historiadores, que en su mayoría han rechazado la insinuación de que la agresiva política exterior de Hitler se debiera simplemente a un «oportunismo sin escrúpulos», a pesar de que los cambios de estrategia diplomática de Hitler a veces llegaron a sorprender a sus asesores más íntimos. Está claro que Hitler tenía cuatro grandes ambiciones: la restauración del poderío militar de Alemania; la expansión de las fronteras alemanas; reagrupar al *Volksdeutsche* (pueblo alemán); y la creación de un imperio alemán para conseguir *Lebensraum* (espacio vital) en la Europa del Este, lo que seguramente provocaría una guerra racial contra la Unión Soviética. Para Hitler, era posible tener «principios», por repugnantes que fuesen, y, al mismo tiempo, ser «oportunista» en su aplicación. No cabe duda de que Hitler dio con el momento justo para remilitarizar Renania, pero la necesidad de rearmar Alemania para la conquista racial de la Europa del Este obedecía a consideraciones a largo plazo y basadas en «principios».

Lo más notable de las ambiciones de Alemania en política exterior era el modo en que Hitler supo situar la «revisión» del tratado de Versalles en el primer plano de la actualidad diplomática europea. Hasta cierto punto, todos los cancilleres de la República de Weimar habían intentado revisar el tratado de Versalles, ya fuera mediante la abolición de las reparaciones o mediante la instrucción militar en secreto de soldados alemanes en la Unión Soviética, pero

sólo Hitler consiguió aprovecharse de la situación para hacer que la «cuestión alemana» se convirtiese en el principal tema diplomático mundial, llegando así incluso a influir hasta cierto punto en la actitud de la diplomacia de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos hacia Italia y Japón.

¿Cómo una Alemania que en 1933 se encontraba en un estado de relativa debilidad y desmilitarizada fue capaz de amenazar no sólo la paz en Europa, sino en todo el mundo en 1937-1938? Visto desde un punto de vista positivo, es cierto que Alemania era víctima de algunos agravios que Europa debía reparar. De hecho, el proceso de reparación ya había empezado en los años veinte con la revisión de las indemnizaciones; sin embargo, fueron mucho más importantes las consideraciones «negativas» que provocaron que Gran Bretaña y Francia no quisieran y/o no pudieran resistir a Hitler después de que éste tomase la iniciativa hasta que resultó evidente la magnitud de sus ambiciones. En todo este debate diplomático, como solía pasar, las potencias europeas menores permanecieron más o menos al margen, mientras Gran Bretaña y Francia negociaban a favor de su integridad territorial y en pro de un futuro de paz.

Del mismo modo en que Hitler se había aprovechado de la legislación y la democracia de Weimar para acabar con ellas, se aprovechó asimismo del lenguaje del liberalismo wilsoniano, utilizando palabras altisonantes como «restitución» y «repulsa» para atacar el tratado de Versalles. Sus ataques encontraron un público receptivo, tanto en Alemania como en el extranjero, entre quienes creían que Versalles había provocado la inestabilidad de Weimar o que la intransigencia y el rearme de Francia no le habían dejado otra opción a Alemania que rearmarse. En realidad, este argumento era moralmente falso: el tratado de Versalles aspiraba a una paz más justa que la que habían firmado Alemania y Rusia en Brest-Litovsk (1918), por ejemplo, mientras que, en el caso de las reparaciones de guerra, Prusia había exigido a Francia «tributos» parecidos en 1870. Y tampoco Alemania era la única en tener sensación de injusticia: otros la compartían.

La política de apaciguamiento

Hasta 1938 Hitler consolidó los esfuerzos de Brüning y Papen, que habían procurado hacer borrón y cuenta nueva de las reparaciones atacando las disposiciones territoriales y en materia de seguridad del tratado de Versalles, y remilitarizó Renania, obtuvo el *Anschluss* con Austria en 1938 y empezó a presionar en el tema de Checoslovaquia, ante la aparente pasividad de Gran Bretaña y Francia. Tampoco era que estos acontecimientos, según Göring, tuvieran que preocuparles. En diciembre de 1937, Göring informó a un visitante británico de lo siguiente: «Por supuesto, usted ya sabe lo que vamos a hacer. Primero conquistaremos Checoslovaquia, y después Danzig, y a continuación lucharemos contra los rusos. Lo que no consigo entender es por qué ustedes, los británicos, se oponen a ello».[2] Para los nazis estaba muy claro: Gran Bretaña y

Francia ya tenían imperios, y Alemania estaba en su derecho de establecer un imperio en la Europa del Este.

Los esfuerzos de los franceses, los norteamericanos y sobre todo los británicos por alcanzar un compromiso negociado con Hitler se han dado en llamar «apaciguamiento», una política que ha afectado a las teorías diplomáticas del mismo modo que la primera guerra mundial afectó al concepto de guerra. Desgastada por haber sido utilizada en exceso, siguen usando la palabra los políticos de finales del siglo XX para definir una política de debilidad y capitulación. La realidad de la diplomacia es, y era, más compleja. El apaciguamiento —la capacidad de arbitrar, negociar y resolver los problemas a medida que iban surgiendo— fue una táctica que se asoció durante mucho tiempo con la diplomacia británica. En conjunto, los dirigentes franceses y británicos no eran unos ingenuos, sino que encaraban las crisis a medida que éstas se iban produciendo, y era esto lo que daba a las «democracias» su aparente debilidad, sobre todo cuando los esfuerzos de arbitraje anglofranceses se enfrentaban a las audaces iniciativas de Hitler. Gran Bretaña y Francia estaban dispuestas a retocar el marco general de la posguerra siempre que los retoques no perjudicasen sus intereses nacionales, aunque esto fuese prácticamente imposible en el caso de Francia: muchos políticos franceses querían ahora llegar a un acuerdo con Alemania.

Que las ambiciones de Hitler iban mucho más allá de la revisión del tratado de Versalles sólo resultó evidente cuando quebrantó el acuerdo de Munich (29 de septiembre de 1938) —en virtud del cual tres millones de alemanes de los Sudetes, antes ciudadanos de la república checa, pasaron a formar parte del III Reich (Eslovaquia y la Ucrania subcarpática también obtuvieron la autonomía)— y ordenó al ejército alemán que invadiese lo que quedaba de Checoslovaquia en marzo de 1939. Entonces resultó evidente que los apaciguadores, hombres como Chamberlain, Halifax y Bonnet —definidos como «los culpables» por un trío de periodistas radicales entre los que figuraba el futuro líder del Partido Laborista Británico, Michael Foot—, habían fracasado. Y también entonces la palabra apaciguamiento se convirtió en insultante. Gran Bretaña y Francia habían confiado desesperadamente en que los acuerdos de Munich serían la última exigencia de Hitler, idea a la que dio pábulo Hitler en persona. Desde luego, no los convencieron los razonamientos de los nazis, pero tenían que tener en cuenta las graves e imperiosas dificultades nacionales e internacionales a la hora de responder a la lista de exigencias de Hitler.

Las potencias occidentales, 1933-1939

La colaboración entre Gran Bretaña y Francia en el terreno militar y diplomático nunca había sido fácil. La «armonía» europea de finales de los años veinte descansaba sobre una frágil base. Asuntos importantes habían quedado sin resolver y volverían a obstaculizar las relaciones en los años treinta: la preocupación de Francia por su seguridad; las contradicciones existentes entre las obligaciones de Gran Bretaña hacia el imperio y hacia Europa; el aislamiento

diplomático de los Estados Unidos; y las relaciones y responsabilidades de la Europa occidental en relación con una Europa del Este «de nuevo cuño».

Las buenas relaciones anglofrancesas se convirtieron en algo esencial cuando resultó evidente que la Sociedad de Naciones era inoperante, cuando no un estorbo, como herramienta de cooperación internacional. Cuando las resoluciones de la Sociedad fueron desatendidas por Japón (sobre Manchuria en 1931), Alemania (sobre el desarme en 1933) e Italia (sobre Abisinia en 1935), los cínicos tuvieron un argumento de peso para acusar a la Sociedad de hipocresía en sus sermones sobre el *statu quo*. Según el periodista Robert Dell, la Sociedad era «una institución fraudulenta que traiciona la confianza del público», y le puso el mote de «el timo de Ginebra».[3] Los estadistas europeos hacían oídos sordos a la Sociedad cuando les convenía, y preferían volver a los tratados bilaterales que tanto había criticado Wilson. Las alianzas entre Francia y las potencias de la Pequeña Entente son típicas de ese renovado bilateralismo, pese a tratarse de alianzas desiguales, y a que a finales de los años treinta Francia no se encontraba en disposición de ayudar a los países de la Europa del Este: con gran satisfacción por parte de Hitler, Francia apenas podía valerse por sí misma.

Fue la sensación de «debilidad» nacional, acentuada por presiones contradictorias en el ámbito de la política nacional, y no la capacidad de convicción de los argumentos de Hitler, lo que marcó la respuesta de Gran Bretaña y Francia a las reivindicaciones de éste. Francia estaba debilitada sobre todo por los conflictos políticos, al hacerse sentir con mayor fuerza el impacto de la depresión, y las consecuencias en la política internacional de la inestabilidad política nacional no fueron tan evidentes en ningún otro caso como en el de la invasión de Abisinia por Mussolini en 1935.

Los británicos eran hostiles a la presencia italiana en el norte de África, pero Francia, al principio, quiso seguir una línea más conciliatoria con los italianos para alejar al *Duce* del *Führer*. La reacción de Francia fue sorprendente, ya que la invasión italiana amenazaba las rutas imperiales francesas en dirección a Argelia y el norte de África, y que Italia, mediante la propaganda y los sobornos, intentaba perjudicar al imperio francés. Pierre Laval, el desgraciado político francés que negoció con Mussolini la cuestión de Abisinia, se vio enseguida aislado en el interior y el exterior, convertido en símbolo del patriotismo mancillado y de la *facilité*, el apaciguamiento más vil. En vísperas de la invasión, Mussolini alardeaba así: «Lo he pensado bien. Lo he calculado todo. Lo he sopesado todo». Pero la invasión se llevó a cabo a un coste no precisamente reducido para los italianos, que habían infravalorado la determinación con que los abisinios se resistirían a la intromisión europea en África. No obstante, África, una vez más, se vio atrapada en las fauces de las rivalidades europeas, mientras Mussolini afirmaba en tono codicioso que «si para otros el Mediterráneo es una ruta, para los italianos es la vida».

El fracaso de las sanciones de la Sociedad y el desacuerdo anglofrancés no sirvió más que para acercar a Mussolini a Hitler. Las disensiones entre la clase política francesa aumentaron cuando Hitler remilitarizó Renania, y Bélgica denunció su tratado de seguridad con Francia. La retirada pública de la confian-

za de Bélgica fue un duro golpe para una Francia que pasaba apuros bajo la dirección de un gobierno interino y con una conflictividad laboral generalizada. La perspectiva de un rearme alemán y el recién concluido tratado naval angloalemán (1935), que sancionaba la reconstrucción de la marina alemana en una proporción de 35 barcos por cada 100 británicos, empeoraron la situación.

Tampoco ésta mejoró con el acceso del Frente Popular al gobierno de Francia en 1936. Aunque la política nacional ganase en eficacia, la política internacional de Francia seguía estando llena de contradicciones. Léon Blum, presidente del gobierno y pacifista de toda la vida, afirmaba ahora que la mejor forma de asegurar la paz era preparándose para la guerra. Francia podía conseguir la paz en el exterior si se encontraba en una posición de fortaleza militar y política en el interior. Pero cuando cayó el Frente Popular por culpa de una oleada de huelgas y de la devaluación del franco en 1937, Francia parecía más débil, y no más fuerte, a pesar de sus esfuerzos. El primer ministro Chautemps sustituyó a Blum, y a continuación Blum sustituyó a Chautemps. En marzo de 1938 había llegado la hora de un hombre nuevo con medidas nuevas, pero cuando un veterano de 15 gobiernos, Daladier, se convirtió en primer ministro y la política francesa dio un vuelco espectacular hacia la derecha, la relativa debilidad diplomática de Francia continuó.

Al igual que muchos de los socialistas del gobierno del Frente Popular de Blum, el Partido Laborista de Gran Bretaña empezó a exigir una política más firme, cuando no más agresiva, frente a los fascistas y los nacionalsocialistas europeos en 1936. La lucha decisiva fue entre el ala minoritaria pacifista del partido, representada por su líder George Lansbury, y los que veían en los fascistas europeos a los asesinos de hombres y mujeres de clase trabajadora y destructores de los sindicatos. El representante de este último sector, Ernest Bevin, era el dirigente sindical más poderoso del momento y sería ministro de Asuntos Exteriores con los laboristas. En el congreso de Brighton del Partido Laborista en 1935, fueron muchos los que accedieron a abandonar su prolongada hostilidad hacia la Sociedad de Naciones como agente de la opresión capitalista, y apoyar las sanciones contra los agresores europeos. El pragmatismo de Bevin había triunfado. Lansbury dimitió de su cargo y fue sustituido por Clement Attlee, el futuro primer ministro del primer gobierno laborista de la posguerra. Vista en perspectiva, esta transición fue un momento decisivo en el desarrollo del Partido Laborista.

El pacifismo también era evidente en el centro y en la derecha, y se vio reforzado con las terribles imágenes que proyectaban los noticiarios sobre la guerra civil española, sobre todo el bombardeo de Guernica, y luego con las noticias acerca de la invasión japonesa de China. En los años treinta, muy al contrario de 1914, eran muchas las historias de terror que circulaban sobre el hipotético coste para el pueblo británico de una guerra contra Alemania, originadas, en muchos casos, por la experiencia de la primera guerra mundial. Los civiles tenían miedo de ataques en masa con gas y algaradas civiles que culminarían en una revolución comunista, y se temía sobre todo a los bombardeos de la población civil a gran escala. Todos estos temores hacían que la opinión

pública fuera hostil a la idea de una guerra. Entre los rumores más persistentes estaba el bulo de que en la primera semana de una ofensiva aérea alemana, Gran Bretaña sufriría más de 150.000 bajas. En realidad, Gran Bretaña sufrió menos de 147.000 bajas entre todos los bombardeos de *toda* la segunda guerra mundial.

La crisis de Munich, 1938

Para Francia, lo mejor para el mantenimiento de la paz era una entente anglofrancesa firme; sin embargo, se trataba de una entente desigual. Francia dependía de la ayuda material y militar de Gran Bretaña, pero no podía ayudar a Gran Bretaña en ninguno de los dos terrenos. Por lo tanto, Francia tuvo que seguir la pauta que le marcó Gran Bretaña en cuanto a Abisinia, el *Anschluss* y, sobre todo, tuvo que firmar los acuerdos de Munich después de haber roto su alianza con Checoslovaquia en 1938 e informar al presidente checo, Edvard Beneš, «que Francia no iría a la guerra por los Sudetes». Con un margen de maniobra limitado por la política de alianzas y por el ritmo lento del rearme francés, Daladier no podía hacer nada para salvar a Checoslovaquia —aliada de Francia— de la reivindicación de Hitler de que los tres millones de alemanes de los Sudetes checos se unieran a su gran Alemania. En realidad, Hitler ansiaba tanto apoderarse de las materias primas checoslovacas (bauxita, petróleo y trigo) como acoger a los tres millones de *Volksdeutsche* que vivían en suelo checo. Cuando en Munich, Beneš se vio obligado a aceptar la cesión de los Sudetes a Alemania —lo que Chamberlain, como es bien sabido, calificó prematuramente de «paz en nuestro tiempo»— hubo más repercusiones políticas. Así, Hitler procedió a anexionarse el resto de Checoslovaquia, lo cual provocó que Polonia, intentando desesperadamente reforzar su frágil seguridad, se anexionase Teschen.

En septiembre de 1938, Francia, víctima de las divisiones políticas y de su debilidad económica, no tuvo más remedio que abandonar a su aliado. Mientras tanto, Gran Bretaña también se había mostrado poco dispuesta a involucrarse en una «disputa en un país lejano entre personas de quienes no sabemos nada»; sin embargo, antes incluso de Munich, aumentaron las discrepancias entre Daladier y su ministro de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, que estaba dispuesto a hacer tratos con Hitler. En octubre, Daladier ya había vuelto a una política exterior de *fermeté* (firmeza) y había ordenado un aumento astronómico de los gastos en armamento: 93.000 millones de francos en comparación con los 29.000 millones de 1937.

La alarma que la política exterior de Hitler provocaba en los ciudadanos de Europa occidental fue en aumento cuando tropas alemanas invadieron y ocuparon lo que quedaba de la antigua república de Checoslovaquia el 15 de marzo de 1939. Estaba ya muy claro que las ansias de conquista de Hitler iban más allá de la revisión del tratado de Versalles, que sus promesas durante las negociaciones no valían nada, y que Polonia era el siguiente blanco de la ambición alemana: el 24 de octubre de 1938, apenas unas semanas después de Munich,

los polacos fueron informados por el ministro de Exteriores del Reich, el ex «representante de una casa de champán» Joachim von Ribbentrop, de que había llegado el momento de solucionar algunas cuestiones pendientes en las relaciones entre Alemania y Polonia. En octubre de 1938, las reivindicaciones alemanas incluían la devolución de Danzig —el puerto situado al final del corredor polaco que se encontraba bajo el dominio de los nazis desde mayo de 1933— y el derecho a establecer vías de transporte a través del corredor polaco hacia Prusia Oriental. Los polacos, con pocos amigos tanto en la Europa del Este como en la occidental, tuvieron el valor de rechazar de plano ambas exigencias.

Polonia estaba decidida a no abandonar Danzig (la actual Gdánsk) en manos de los alemanes, y el apoyo les vino de donde menos lo esperaban: el 31 de marzo de 1939 Chamberlain anunció a la Cámara de los Comunes que, en el caso de que Alemania amenazara inequívocamente la independencia de Polonia y ésta se viera obligada a valerse de la fuerza para resistir, Gran Bretaña y Francia acudirían en su ayuda. Gran Bretaña había puesto un tope muy claro a las ansias de expansión de Hitler en Europa. En realidad, era muy poco lo que Gran Bretaña podía hacer para salvar a Polonia.

Como pasó en Francia, el desenlace de la conferencia de Munich empujó a la Hacienda británica a aumentar los gastos militares. Los años de vacas flacas del gasto militar en Gran Bretaña habían sido 1932-1938. En 1919 Gran Bretaña se gastó 604 millones de libras en las tres fuerzas armadas, al llegar a 1932 la cifra había bajado a 101 millones de libras. Pero no fue hasta febrero de 1939 cuando comenzaron las reuniones conjuntas de los estados mayores francés y británico, y la planificación militar no empezó hasta abril. En septiembre de 1939 la producción de tanques y aviones de Gran Bretaña y Francia superaba ya a la de Alemania, y, en mayo de 1940, Francia de por sí, al contrario de lo que creía la gente, igualaba la producción de aviones de Alemania (con una nueva generación de aparatos de combate: los Dewoitine, los Morane-Saulnier 406 y los Bloch 152). También la producción de tanques francesa era más elevada y de mejor calidad que la alemana. Dado el potencial de la economía alemana, los objetivos concretos del gobierno de Hitler y la decisión de éste de lograr la movilización total de una economía de guerra en 1941-1942, no era probable que Gran Bretaña y Francia conservasen la superioridad en materia de armamento durante mucho tiempo.

También la invención y el desarrollo del radar influyó en los preparativos de guerra. En 1937 se había iniciado la construcción de una cadena de 51 estaciones de radar (Radio Detection and Ranging, localización y situación mediante ondas de radio) alrededor de la costa británica. Mientras que Göring despreciaba el radar, al que consideraba «una mera caja con cables», este sistema de alerta fue revolucionario y tuvo una importancia decisiva. Aunque incompletas, las estaciones de radar empezaron a funcionar de forma permanente en la primavera de 1939. En consecuencia, ese año parecía ser el más oportuno para desafiar a la amenaza nacionalsocialista mundial.

El imperio británico y Hitler, 1933-1939

Francia acogió con entusiasmo el compromiso británico con el mantenimiento del *statu quo* en Europa en 1939, pero la política exterior británica no sólo estaba pendiente de Europa, sino que conservaba una «dimensión imperial» que influía en todos los cálculos diplomáticos. Como hemos visto, el imperio británico era mucho mayor en los años treinta que en 1914, no sólo debido a que Gran Bretaña hubiese «heredado» parte del bastante raquítico imperio alemán en la conferencia de paz de París, sino por la adquisición de mandatos territoriales en Oriente Próximo, que, aparte de proporcionarle una fuente de energía cada vez más valiosa (el petróleo), le salían muy caros de defender. En concreto, las tensiones políticas y la participación del ejército erosionaron la presencia británica en Palestina a partir de 1929, y los problemas en Irak representaron otra preocupación. (Francia se enfrentaba a presiones semejantes en Marruecos, Indochina, Siria, Argelia y Túnez.)

Gran Bretaña era prisionera de una paradoja. La fuente aparente de su condición de potencia mundial —el imperio— se estaba convirtiendo en una rémora. El poderío militar británico estaba desperdigado por todo el mundo para protegerlo, y a veces la dispersión era tal, que Gran Bretaña tenía que tolerar el expansionismo agresivo —la invasión japonesa de Manchuria (1931), a la que siguió la guerra contra China (1937)— mientras sus vínculos comerciales con su imperio, y sobre todo con la India, permaneciesen a salvo. Hasta la «joya de la Corona», la India, estaba sumida en la agitación política y era una sangría para los recursos británicos, y los dominios de población blanca (Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Suráfrica) cada vez tenían más peso en la formulación de la diplomacia británica.

Después de la primera guerra mundial, los aliados imperiales de Gran Bretaña no tenían ningún deseo de verse involucrados en otra guerra en Europa, tan lejos de su tierra, y Chamberlain tuvo que ganarse con sumo cuidado el apoyo de los gobiernos de los dominios a una política europea más intervencionista. Sus esfuerzos fueron recompensados tras la caída de Praga. A partir de entonces, Australia y Nueva Zelanda respaldaron la política británica, aunque Suráfrica y el Canadá se negaron a apoyar a Gran Bretaña hasta el inicio de la guerra. Hasta 1939, según el primer ministro canadiense, MacKenzie King, el Canadá «estaba decidido a permanecer neutral en la guerra a toda costa».

Gran Bretaña era muy consciente de la necesidad de «instruir» a los dominios sobre la importancia y la realidad de la situación europea. Gracias a una cuidadosa propaganda y al cultivo de las relaciones de confianza con sus primeros ministros, la «gestión» de Chamberlain en los dominios fue un éxito. Pero puede que lo que más ayudara a Chamberlain en sus esfuerzos por lograr el respaldo de los dominios (y de los Estados Unidos) en caso de guerra fuese el carácter cada vez más *universal* de la amenaza nacionalsocialista. En marzo de 1939 Alemania dominaba toda Centroeuropa, mientras que los aliados de Hitler, Italia y Japón, amenazaban al Mediterráneo y al Extremo Oriente.

La vertiente económica del apaciguamiento

El gobierno británico era más consciente que nunca del coste del imperio a causa del relativo declive de la economía británica a partir de 1914. La persistencia del paro, la reducción en su cuota del mercado mundial de las exportaciones y la decadencia de la industria pesada (problemas que agudizó la Gran Depresión) resaltaban la pérdida de la categoría de principal potencia mundial de Gran Bretaña. El motor de la industria británica parecía incapaz de soportar unos compromisos numerosos y onerosos en materia de defensa. El problema de dónde encontrar el dinero para pagar el rearme se vio agravado por el aumento del gasto social al que se habían comprometido los gobiernos británicos de todos los colores con posterioridad a 1918, y por la supresión del servicio militar obligatorio a partir de marzo de 1920.

Lo mismo pasaba en Francia, aunque los gastos en armamento de Francia fuesen más elevados que los de Gran Bretaña durante los años veinte; sin embargo, la tardía llegada de la depresión supuso que las inversiones se paralizasen al mismo tiempo que Alemania empezaba a rearmarse. En 1938 la Luftwaffe alemana era cinco veces mayor que la fuerza aérea francesa. El rearme de Francia no hizo verdaderos progresos hasta después de la crisis de Munich.

Las consideraciones económicas en la diplomacia y en los preparativos de guerra desempeñaron un papel más visible en el camino que llevó a la segunda guerra mundial que antes de la «Gran Guerra», un conflicto que había puesto de relieve el coste de la guerra moderna. Las preocupaciones presupuestarias de Gran Bretaña y Francia contribuyeron a definir el ritmo del rearme y el momento oportuno para empezar la guerra. El rearme tenía que ser rápido y eficaz para impedir que se produjese una crisis de la balanza de pagos y el desplome de la libra esterlina y del franco francés. Tanto el gobierno británico como el francés tuvieron sumo cuidado a la hora de determinar los gastos necesarios para la producción de tanques y aviones. Además, hay que tener en cuenta los factores políticos que influían en el rearme. Las buenas relaciones laborales, sobre todo con los obreros cualificados británicos, eran necesarias para garantizar que las nuevas armas estuvieran listas a tiempo. El gobierno de unidad nacional británico, dominado por los conservadores, nunca confió plenamente en la «responsabilidad» de los trabajadores británicos, que, como en el resto de Europa, se habían visto influidos por la extensión del pacifismo.

Las negociaciones y los acuerdos económicos en materia diplomática fueron objeto de un cálculo más escrupuloso que nunca, al creer Gran Bretaña y los Estados Unidos que cierto «apaciguamiento económico» —realizar concesiones económicas a Alemania y proporcionarle sus propios satélites económicos— podía contribuir a moderar el expansionismo de Hitler. Era la estrategia predilecta de los bancos e industriales que invertían y comerciaban con las potencias del Eje. Pero la idea sólo atraía a los políticos alemanes «moderados», un grupo cuya estrella empezaba a apagarse. Hitler y sus esbirros estaban decididos a recurrir a las anexiones políticas, aunque no renunciarían a concesiones beneficiosas en materia comercial si se las proponían.

En 1938 Alemania era el país de origen de un porcentaje anual medio del 29 por 100 de las importaciones de los países del este y el sureste de Europa, en gran parte gracias a las concesiones anglofrancesas, y en 1939 el capital y los productos alemanes habían sustituido en gran parte a las inversiones y a las importaciones procedentes de Gran Bretaña y Francia. Pero Hitler, Mussolini y los nacionalistas japoneses no estaban dispuestos a dejarse comprar mediante concesiones económicas. La depresión económica había contribuido a fomentar un nacionalismo agresivo en todo el mundo, pero la economía no podía solucionar por sí misma la crisis.

La crisis definitiva: Polonia, 1939

La crisis diplomática en Europa se agravó por culpa de la constante agitación de las tropas de asalto nazis en las calles de Danzig y las constantes presiones alemanas sobre Polonia. Además, la situación dio un giro nuevo y sorprendente cuando Ribbentrop y Molotov firmaron el pacto nazi-soviético el 23 de agosto de 1939. Para Hitler, la alianza era su «baza. Tal vez ... la jugada más decisiva de mi vida».

El pacto nazi-soviético cogió por sorpresa a Occidente. No debería haberlo hecho. Gran Bretaña y Francia, incluso en agosto de 1939, no habían mostrado el menor entusiasmo por establecer una alianza con los soviéticos, y tampoco una alianza así presentaba grandes ventajas para Stalin. Éste prefirió que Occidente se arriesgara, mientras él se concentraba en la amenaza japonesa en la frontera entre Manchuria y Siberia. El interés propio y la enemistad histórica entre las potencias capitalistas y la Rusia comunista sirvieron, pues, para consolidar la improbable alianza de dos enemigos confesos, el fascismo y el comunismo.

Polonia estaba ahora rodeada de potencias hostiles, y el *Führer* aguardó expectante la noticia de que Gran Bretaña y Francia abandonaban a Polonia como habían abandonado a Checoslovaquia. Polonia, en cambio, se mantuvo desafiante, confiando en la ayuda occidental, sobre todo con la garantía de una alianza formal con Francia y Gran Bretaña que fue firmada el 25 de agosto, un día antes de la fecha en la que, sin que los firmantes lo supieran, Hitler tenía previsto atacar a Polonia. La confirmación del apoyo francés y británico a Polonia retrasó el ataque de Hitler cinco días, durante los cuales hubo una actividad diplomática frenética y se celebraron reuniones entre Hitler, Ribbentrop y el embajador británico en Berlín, sir Neville Henderson, que en ocasiones degeneraron en concursos de gritos. Pero ningún bando tenía nada que ofrecer, aunque, irónicamente, Gran Bretaña se mostrase confiada en que Hitler hiciera marcha atrás en el momento preciso en que Alemania se movilizaba para la guerra. Durante un almuerzo, el 31 de agosto, el ministro de Exteriores británico, lord Halifax, comentó que empezaba a ver cómo «el zorro huía con el rabo entre las piernas». Al mismo tiempo, la cancillería del Reich en Berlín funcionaba a todo gas debido a la frenética actividad de los partidarios más devotos

de Hitler. Esa noche Hitler firmó su decreto número uno sobre la guerra, y a las 4:45 de la madrugada del 1 de septiembre de 1939, la «operación Pesca» contra Danzig dio comienzo.

Pero Francia y Gran Bretaña no declararon de inmediato la guerra a Alemania. El asombro y la incredulidad marcaron la reacción de Occidente a la destrucción de Danzig, ya que, si bien muchos habían admitido que era probable que se produjera una guerra a causa de Polonia, eso no quería decir, en palabras del historiador D. C. Watt, que «en el fondo de su corazón lo esperasen».[4] Transcurrieron dos días más de furiosa actividad diplomática, sobre todo entre Gran Bretaña y Francia, en los que ambas potencias dejaron muy claro que no serían posibles nuevas negociaciones hasta la retirada total de los alemanes de Polonia. El presidente norteamericano, Roosevelt, el papa Pío XII y el «grupo de Oslo» de estados neutrales (Bélgica, Noruega, Dinamarca, Suecia, Finlandia, los Países Bajos y Luxemburgo) realizaron también intentos vanos por lograr la paz en los últimos días que precedieron al estallido de la guerra. Pero el gobierno alemán, con la posible excepción de Hermann Göring, no estaba interesado en la paz. Mientras los embajadores polacos en Londres y París se enfurecían debido a la pasividad occidental ante las noticias de las terribles atrocidades que se estaban cometiendo en su patria, la presión de la opinión pública y de los parlamentos respectivos sobre los gabinetes británico y francés fue en aumento. El gobierno británico se reunió la noche del 2 de septiembre entre rumores de que los franceses empezaban a flaquear (en los que había algo de cierto), y, en medio de una tremenda tempestad, acordaron presentar un ultimátum a Alemania al día siguiente: el sábado, 3 de septiembre. Ninguno de los asistentes a la reunión discrepó de la conclusión de Chamberlain de que «eso significa la guerra».

El ultimátum británico expiró a las 11 de la mañana del domingo; el francés, seis horas más tarde. Occidente estaba en guerra con Alemania, aunque poco podía hacer por ayudar a los polacos, rodeados y abrumados por fuerzas muy superiores. Hitler se quedó patidifuso con la noticia de que Gran Bretaña y Francia tenían intención de mantener las garantías que habían dado a Polonia. Por primera vez, había calculado mal la reacción anglofrancesa, y esta vez, a diferencia de 1914, Alemania no tenía planes para una guerra general. Hasta agosto de 1939 Hitler había podido satisfacer su ambición mediante negociaciones o por la fuerza, sin encontrar oposición, y su objetivo último era una guerra racial con la Unión Soviética dos o tres años más tarde. A Gran Bretaña y Francia, en cambio, 1939 les parecía un momento tan bueno como cualquier otro para hacer frente a la codicia de Hitler. A ambos lados del canal de la Mancha, los gobiernos estaban ya decididos. De hecho, la táctica de Chamberlain de explorar todas y cada una de las posibles vías de solución pacíficas a los conflictos, que tanto se apresuraron a desacreditar después de 1939, seguramente sirvió para conseguir la unidad nacional en torno a la necesidad de «hacer frente» a Hitler, algo que dejaría un profundo recuerdo en la política británica después de 1945. La opinión pública británica respaldaba plenamente la lucha; sin embargo, para Chamberlain, los acontecimientos de 1939 supusieron

un desastre personal. No duró mucho en el cargo, y pronto lo sustituyó un hombre de temperamento muy distinto y que hacía tiempo que se oponía al apaciguamiento: Winston Curchill. Esta vez, Gran Bretaña y Francia luchaban por conservar su poder no sólo en Europa, sino en el Mediterráneo y también en Extremo Oriente.

El curso de la guerra, 1939-1941

El cínico tratado de amistad firmado por Molotov y Ribbentrop en 1939 había prometido a los polacos «una vida en paz acorde con su carácter nacional». Por supuesto, se trataba de una promesa vana. Los ciudadanos de Danzig fueron los primeros en probar los horrores de la guerra. A todos los polacos que encontraron, los alemanes los mataron a golpes, y sus cuerpos fueron enterrados en una fosa común, encima de la cual un cartel de madera proclamaba: «Aquí yace la minoría polaca».

Los polacos lucharon con gallardía frente a la superioridad abrumadora del enemigo, y consiguieron resistir el asalto alemán durante 17 días, cuando su objetivo inicial eran dos semanas. La «operación Maleta Blanca» contra Polonia supuso la inmediata movilización de los tres millones de soldados alemanes concentrados a lo largo de la frontera polaca con el viejo pretexto de realizar unas «maniobras y ejercicios de entrenamiento». La diferencia en el número, la tecnología militar y la descoordinación entre Polonia, Gran Bretaña y Francia hizo que cuando empezó la invasión alemana sólo se movilizara un tercio de las tropas polacas, lo que provocó la rápida victoria alemana. La Unión Soviética dejó que los alemanes se le adelantaran, y el Ejército Rojo no ocupó Polonia oriental hasta el 17 de septiembre; sin embargo, en 1940, la posibilidad de que Francia y Gran Bretaña declarasen la guerra a la Unión Soviética había dejado de ser una amenaza —ésta había sido una de las consideraciones que habían retrasado la decisión de Stalin de invadir Polonia—, de modo que el codicioso Stalin anexionó Estonia, Lituania, Letonia y Besarabia a su imperio. Finlandia resultó ser un «bocado» algo más difícil de tragar. Cuando Rusia emprendió su ofensiva contra Finlandia en octubre de 1940, no tuvo en cuenta la habilidad con la que el ejército finlandés sacó partido a sus bosques cubiertos de nieve. Los rusos, para alcanzar la victoria en marzo de 1941, tuvieron que emplear a más de un millón de hombres contra apenas 175.000 ingeniosos y valientes finlandeses.

Los polacos se vieron obligados a realizar trabajos forzados para los ocupantes nazis, y sus tierras fueron entregadas a colonos alemanes. Con este tipo de conquista se pretendía aprovechar los recursos productivos de la Europa central y occidental para permitirle a Hitler lanzar una guerra contra el «verdadero» enemigo racial y político de Alemania: la Unión Soviética.

Después de Polonia, Hitler dirigió su atención hacia Noruega y Dinamarca. A pesar de las preocupaciones de Hitler y las pérdidas sustanciales que había sufrido la escuadra alemana, la batalla de Noruega duró poco más de seis

semanas (la capitulación se produjo el 10 de junio de 1940). La caída de Escandinavia (salvo la neutral Suecia) no elevó en absoluto la moral de franceses y británicos. De hecho, la campaña aliada de defensa de Noruega había estado mal ejecutada; la RAF, por ejemplo, había utilizado los anticuados Gladstone Gladiators, que carecían de oxígeno para la tripulación, y perdió todos sus aviones menos uno. Hasta el momento, Alemania había vencido con facilidad y todavía tenía que desplazar al grueso de sus fuerzas hacia el oeste para enfrentarse a los aliados.

Gran Bretaña, Francia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo, a diferencia de los demás países del norte y el este de Europa, tuvieron que esperar siete meses antes de que los alemanes decidieran atacar. La prensa popular llamó a esta fase del conflicto la «guerra de boquilla» porque la población civil esperaba que empezasen a caer las bombas alemanas, pero no parecía que fuera a ocurrir nada, aparte de unas cuantas falsas alarmas de ataque aéreo que los hacían levantarse de la cama para nada. El ajetreo de los preparativos del preludio de la guerra —la evacuación de mujeres y niños de las zonas urbanas, la introducción del racionamiento, la construcción de grandes refugios antiaéreos y de refugios más pequeños, de tamaño familiar, del modelo Anderson, la distribución de máscaras antigás y el lanzamiento de enormes globos protectores— hizo que el público británico, aunque se sintiera alarmado ante la perspectiva de una guerra, creyese estar bien preparado. En Francia existía el mismo temor a la guerra, pero los preparativos no estaban tan adelantados. En ambos países dominaban el pesimismo y la circunspección. No podía ser de otro modo, en vista de los terribles recuerdos de 1914.

Los preparativos de guerra prosiguieron después del 3 de septiembre de 1939. Se introdujeron nuevos impuestos y apagones de luz obligatorios, así como la censura; los espectáculos sufrieron limitaciones; la producción de armamento, el reclutamiento de soldados y la organización de la mano de obra aceleraron el ritmo; y la prensa mundial aguardó la noticia del inicio de las hostilidades en el frente occidental. En realidad, el público estaba tan ansioso de noticias, que circulaban los rumores más descabellados sobre espías alemanes. También prosiguió la escalada de preparativos militares, aunque, sin órdenes de actuación, los soldados apenas podían hacer algo más que ejercicios de instrucción. La moral empezó a decaer, y la gente se preguntaba qué clase de guerra era aquélla. Algunos esperaban contra toda esperanza que la guerra terminase pronto, tal vez gracias a una rebelión interior contra Hitler, una falsa esperanza que había compartido Chamberlain en agosto de 1939.

Pocos de los altos mandos aliados compartían ese optimismo, sobre todo porque los éxitos de Alemania en el terreno militar unieron al pueblo alemán en su apoyo al *Führer*. Se creó una Junta Militar Suprema Interaliada para dar cauce a la cooperación francobritánica, y en enero de 1940 el Cuerpo Expedicionario Británico había tomado ya posiciones en la frontera francobelga después de que los esfuerzos de los aliados por lograr que Bélgica abandonase su neutralidad se vieran frustrados. Al igual que en la primera guerra mundial, el bloqueo de Alemania era uno de los puntales de la estrategia aliada, pero

se vio perjudicado por el deseo de algunos de los vecinos neutrales de Alemania, sobre todo los Países Bajos, de convertirse en centros de distribución de productos cuyo destino final era Alemania. El bloqueo también se vio debilitado porque los aliados permitieron que Italia realizase importantes compras de materiales en el extranjero, como carbón y materias primas, esperando que así Mussolini se alejaría de Hitler.

A lo largo de la campaña de Polonia, Hitler había dado instrucciones al ejército de tierra, la Wehrmacht, de que anduviese con sumo cuidado en el sector occidental, o, más aún, que se mantuviera a la defensiva. Hitler ordenó que, hasta que Alemania estuviera lista, «toda iniciativa hostil debía proceder de Gran Bretaña o Francia». Así Alemania conseguiría evitar, en la medida de lo posible, el tener que luchar en dos frentes a la vez, e incluso cabía la posibilidad de que, una vez Gran Bretaña y Francia hubiesen contemplado el poderío de las fuerzas alemanas, se echaran atrás. Además, había que tener en cuenta la proximidad del invierno. Pero en octubre de 1939 Hitler había cambiado ya de prioridades, y estaba impaciente por emprender la guerra en el sector occidental; sin embargo, tras el otoño, había llegado el invierno, y en las once ocasiones en que dio la orden de ataque, el mal tiempo le obligó a cancelarla.

La guerra en el frente occidental, 1940

La «guerra de boquilla» terminó por fin el 10 de mayo de 1940 con el inicio de la «operación Maleta Amarilla». Las eternas discusiones de Hitler con sus generales —temerosos de que la fuerza de la Royal Navy, la RAF y los recursos de los imperios británico y francés resultasen demasiado poderosos para Alemania— habían llegado a su fin. La batalla por la Europa occidental había empezado, y se vio que Hitler tenía razón: la victoria fue para Alemania. A pesar de que la economía de guerra alemana no estuvo totalmente movilizada hasta 1942, en 1940 las fuerzas armadas francesas estaban mal entrenadas, desmoralizadas y mal dirigidas, mientras que sus líderes políticos estaban divididos, lo que provocó numerosas dificultades al primer ministro, Paul Reynaud, a la hora de hacerse con la mayoría parlamentaria y conservarla. El general Maurice Gamelin se quejaba de la «inferioridad numérica, inferioridad material e inferioridad táctica» de Francia —algo que sólo era cierto en parte— y, además de estas dificultades, se produjeron errores tácticos. El estado mayor francés no pensó en la posibilidad de que los alemanes pudiesen concentrar su ataque contra Francia en las Ardenas, no sólo a través de Bélgica y los Países Bajos, y por ello Francia pronto capituló ante los invasores alemanes. Los 500.000 soldados británicos enviados a Francia bajo el mando de lord Gort fueron incapaces de ayudar a sus aliados.

El 24 de mayo de 1940, diez días después de empezar el ataque alemán, Gort recibió orden de retirarse al otro lado del Canal. Así empezó la vergonzante retirada británica hacia el puerto de Dunquerque, que consiguió hacer que una derrota aplastante de los aliados se convirtiese para ellos en una célebre victo-

ria. La «operación Dinamo» transportó a británicos y franceses desde Dunquerque en pequeñas embarcaciones, y se convirtió en un episodio legendario. Desde luego, la puntería de la Luftwaffe, que tan bien se había combinado con la pujanza de las tropas de tierra en la conquista de Francia, apenas se hizo notar en las playas de Dunquerque. Pero esta vez la derrota de Francia estaba asegurada (su ejército era numéricamente inferior en una proporción de dos a uno) y el ejército británico había perdido el grueso de su equipo y a casi 70.000 hombres. El 22 de junio de 1940, el mariscal Pétain concluyó el armisticio con los alemanes en el mismo vagón de tren en el que tuvo lugar el humillante armisticio de Alemania de 1918. Con este gesto teatral de última hora, la ambición de Hitler de darle la vuelta al *Schandvertrag* («tratado de la vergüenza») de Versalles había llegado a su conclusión definitiva.

Pero aquí no se acababan las ambiciones de Hitler. Los generales y el pueblo de Alemania (que se había mostrado poco entusiasta con la guerra en 1939) estaban encantados con los triunfos de 1940, un estado de ánimo que reflejan películas propagandísticas como *Front im Himmel* (El frente del cielo) y *Sieg im Westen* (Victoria en el Oeste), que utilizaban imágenes reales además de los viejos trucos de la propaganda. La propaganda cinematográfica durante la guerra, desde los mensajes sutiles de películas de los aliados como *Casablanca* hasta la propaganda descarada de los «noticiarios» alemanes, era más sofisticada que durante la primera guerra mundial. Los civiles no sólo podían contribuir con su esfuerzo y sus vidas a la «guerra total», sino que ahora podían contemplar el resultado de sus esfuerzos en la pantalla. Tanto las «dictaduras» como las «democracias» mundiales se apresuraron a explotar los medios de comunicación de masas, sobre todo el cine, para mantener la moral y «educar» al público en lo tocante a las causas y el curso de la guerra.

De la batalla de Inglaterra a la batalla de los Balcanes, 1940-1941

En julio de 1940, Gran Bretaña estaba sola ante Hitler, aunque contase con el respaldo de los recursos del imperio británico, un hecho que pasó aun menos desapercibido a Hitler y a sus generales que a los británicos. Los preparativos para una invasión alemana de las Islas Británicas habían empezado al poco de estallar la guerra. La gente tapó las ventanas, arrancó los carteles de las carreteras y se movilizó la «Guardia Interior» (Home Guard). Pero Hitler y su alto mando compartían la creencia de que la invasión de Gran Bretaña era una «medida desesperada», y no un paso inevitable hacia la dominación de Europa, porque las verdaderas ambiciones de Alemania se hallaban en la Europa del Este.

Cuando las poco entusiastas propuestas de paz de Alemania hacia Gran Bretaña no dieron resultado, la «operación León de Mar» (siguiendo órdenes de Hitler del 16 de julio de 1940) se puso en marcha con el asalto por vía aérea de la Luftwaffe de Göring, quien se jactaba de que «pienso abatir a un enemigo que ya ha sufrido una derrota moral aplastante propinándole un fuerte golpe del que ya no se vuelva a levantar». Pero no fue así. La intercepción de los

aparatos alemanes que llevaron a cabo escrupulosamente los pilotos de la RAF, que supieron aprender «en el aire» las lecciones que les dieron sus adversarios, más experimentados, junto con la eficacia de los servicios de inteligencia y el desarrollo del radar, contribuyeron a la derrota de Alemania en la «batalla de Inglaterra», a la que también ayudó la fatídica decisión de los alemanes de enviar una escuadra de 100 aparatos a bombardear Londres. Esta decisión cambió por completo el curso de la batalla, porque no sólo ordenaron los británicos un ataque de represalia sobre Berlín (que enfureció a Hitler), sino que, algo mucho más importante, desvió los ataques de los alemanes de las bases de los aparatos de combate británicos en el sur de Inglaterra. Los centros de la industria británica —Coventry, Liverpool, Birmingham, Glasgow, Leeds, Manchester y Belfast— eran blancos más difíciles para la Luftwaffe, y sus ataques fueron menos perjudiciales para la acción militar británica.

La RAF salió victoriosa de la batalla de Inglaterra, y las esperanzas alemanas de que los bombardeos provocasen el hundimiento de la moral de los británicos fueron en balde, igual que las esperanzas de los británicos de que los ataques aéreos a Hamburgo, Dresde y Berlín hicieran capitular al pueblo alemán. Gran Bretaña estaba decidida a vengar a las 23.000 víctimas que había provocado el *Blitz*. Churchill inmortalizó a los 537 valientes pilotos de combate que entregaron su vida en una batalla en la que «nunca tantos debieron tanto a tan pocos», mientras la película *Britain Can Take It* glorificaba a la nación en su lucha. Pero aunque este conflicto terminó en diciembre de 1940, los combates navales, en los Balcanes y en Oriente Próximo, seguían resonando. Como el objetivo principal de Hitler era preparar a Alemania para la guerra racial contra la Unión Soviética, extraía los recursos y la mano de obra de los países conquistados. Alemania no se limitaba a saquear los recursos de guerra típicos: *The Times* informó de que en las primeras semanas de ocupación, los alemanes se llevaron de los Países Bajos más de ocho millones de kilos de mantequilla.

En el verano de 1940 Hitler también intentó restringir seriamente el acceso de Gran Bretaña al Mediterráneo y mejorar las relaciones del Reich con las potencias balcánicas. Pero las cosas no le salieron como las tenía planeadas. Franco, el «cerdo jesuita» con el que tantas atenciones había tenido Hitler, al final decidió abandonar las aspiraciones imperialistas españolas sobre Gibraltar y las colonias francesas del norte de África, e informó al canciller alemán de que España —agotada por la guerra civil— no participaría en la guerra de Europa. Después de entrevistarse en 1940 con el dictador español, Hitler confesó que prefería que le arrancasen la dentadura entera sin anestesia antes que volver a pasar por lo mismo. Esto y la reducida colaboración del gobierno de Vichy, además de la desconfianza de los italianos hacia las ambiciones alemanas, frustraron las intenciones de Hitler de cerrar el Mediterráneo a los barcos británicos.

Pero las frustraciones de Hitler no acabaron aquí. Mientras el gobierno alemán se esforzaba por atraer a Rumania, Hungría y Bulgaria hacia una alianza con Alemania (lo que consiguió entre abril y junio de 1941), Mussolini lanzó una gran ofensiva contra Grecia que trastocó toda la estrategia de Hitler en los Balcanes. La tardía entrada de Mussolini en la contienda, en junio de 1940,

sirvió para extender el conflicto a Yugoslavia, Grecia, Bulgaria, Rumanía, Hungría, el Mediterráneo y el norte de África en los meses que siguieron. Para Churchill, los motivos políticos y estratégicos para intervenir en un contraataque contra los italianos eran abrumadores, de modo que tropas británicas se embarcaron rumbo a Grecia en la «operación Lustre». Mientras tanto, Hitler no permaneció de brazos cruzados. Necesitaba asegurarse del «apoyo» de Yugoslavia para que las tropas alemanas pudieran llegar a Grecia en ayuda de los italianos y para preparar la inminente invasión de la Unión Soviética. Al igual que en los años treinta, lo intentó primero por medios diplomáticos, y cuando éstos se revelaron inútiles invadió Yugoslavia, al tiempo que conseguía enfrentar a los croatas con los serbios en la «operación Castigo».

Las tropas alemanas habían iniciado el ataque a Yugoslavia y Grecia antes incluso de que los británicos hubiesen definido su estrategia. El 27 de abril de 1941, las tropas alemanas entraban en otra capital europea: esta vez, Atenas, lo que dio pie a unas espectaculares imágenes en los noticiarios alemanes y provocó caras muy largas en Londres y Washington, sobre todo porque hubo que sacar a toda prisa a 18.000 soldados aliados de Creta, en otra evacuación de urgencia. Las instrucciones de Churchill de «seguir arrojándoles todo lo que se pueda» no sirvieron de nada. Aunque Hitler había tenido que intervenir en la guerra de Grecia por culpa de Mussolini, con la capitulación de Grecia, Alemania e Italia pasaron a controlar la mayor parte del Mediterráneo, un dominio que sólo se veía obstaculizado en parte por la escuadra británica. Además, el ejército alemán se había hecho con la «encrucijada de Europa», los Balcanes, en preparación de su ataque a la Unión Soviética, y ahora podía poner los importantes yacimientos petrolíferos de Rumanía al servicio de la economía alemana.

La tradicional vulnerabilidad de la Europa del Este a las ambiciones alemanas y rusas no fue nunca tan clara como en la segunda guerra mundial. Sus minorías, sobre todo la numerosa población judía, fueron especialmente vulnerables a los abusos y la brutalidad que siempre sufren las minorías durante las guerras. Algunas minorías eran tan reducidas que un solo acto de guerra tuvo para ellas proporciones apocalípticas. En abril de 1941, por ejemplo, los bombardeos alemanes sobre Yugoslavia arrasaron Zemun, el barrio gitano de Belgrado, destruyendo en un solo día a buena parte de toda la población gitana de Yugoslavia. La histeria patriótica, el chauvinismo y la desconfianza también aumentaron con la guerra. En la primera guerra mundial abundaban las hstorias sobre judíos que colaboraban con las tropas alemanas o hacían de espías de los Habsburgo. En la segunda guerra mundial, los judíos volvieron a ser la minoría más perseguida de la Europa del Este, y fueron víctimas tanto de la población local como de los ocupantes. Pero hubo otras luchas intestinas, de las que la más cruenta fue la que enfrentó a serbios y croatas, que alcanzó su apogeo en los años cuarenta cuando el movimiento fascista *ustasha* declaró una «guerra santa» de «purificación» a todos los no croatas. De los 2.300.000 víctimas civiles y militares en la zona mediterránea durante la segunda guerra mundial, cerca de 1.800.000 perecieron en Yugoslavia en esta terrible guerra entre

croatas y serbios. En ambas guerras mundiales, las mismas minorías sufrieron pérdidas desproporcionadas: judíos, gitanos, serbios, polacos, ucranianos y bielorrusos.

La «guerra del desierto», 1940-1941

Las cosas pintaban igual de negras para los aliados en África en 1941. La «guerra del desierto» en África, al igual que la intervención del Eje en Grecia, la provocó la ambición de Mussolini de crear un imperio mediterráneo «hacia el Este y hacia el Sur, en Asia y África». En agosto de 1940, y una vez más, sin contar con la aprobación previa de Hitler, *Il Duce* lanzó desde sus bases en Etiopía un ataque victorioso contra la Somalia británica. Las tropas italianas superaban en número a las británicas en una proporción de seis a uno, y avanzaron sin dificultad en dirección este hacia Egipto. Pero Gran Bretaña estaba decidida a proteger sus intereses estratégicos en el Mediterráneo y el acceso al canal de Suez y a los preciosos yacimientos de petróleo del golfo Pérsico. El 8 de diciembre de 1940, los británicos, dirigidos por el general sir Archibald Wavell, emprendieron una ofensiva sorpresa y empezaron a empujar a los italianos hacia atrás a través del desierto.

La guerra del desierto puso de manifiesto que la segunda guerra mundial, a diferencia de la primera, era una guerra de movimiento, y no de trincheras. La extensión del conflicto a África y la composición de las fuerzas aliadas y del Eje evidencian el carácter mundial del conflicto: las tropas italianas contaban con refuerzos indígenas procedentes de Etiopía, Eritrea y Somalia, mientras que los británicos contaban con el respaldo, entre otros, de soldados de Somalia, Sudán, Egipto, Kenya y, más adelante, India y Suráfrica.

Los combates en el desierto pronto empezaron a inclinarse del lado británico, y en menos de tres meses los británicos capturaron 113.000 prisioneros italianos y 1.300 cañones a un precio de 438 bajas británicas. La retórica mussoliniana sobre la creación de un nuevo imperio romano había quedado reducida a simples fanfarronadas. Pero al mismo tiempo que Churchill trasladaba a algunos de los hombres de Wavell para ayudar a defender Grecia, Mussolini volvió a conseguir que Hitler lo sacara del apuro. En febrero de 1941 se reunió a toda prisa el Afrika Korps, que, bajo el mando del teniente general Erwin Rommel, un hombre que se había labrado su reputación al mando de la séptima división Panzer en Francia, demostró su dominio de las operaciones móviles frente a sus enemigos aliados. Apodado «el zorro del desierto», Rommel hizo que los aliados se retirasen hacia el interior de Egipto y se convirtió en el primer héroe de guerra alemán de veras. En Tobruck quedó aislada una guarnición australiana que, según Churchill, «había perjudicado y echado a perder todos los proyectos en los que nos habíamos embarcado».[5] En consecuencia, Wavell se sumó a la lista cada vez más larga de altos mandos militares destituidos por Churchill, y lo sustituyó el mariscal Claude Auchinleck.

El éxito de Rommel abría la tentadora posibilidad de un avance alemán ha-

cia Suez, Irak y el golfo Pérsico, pero esos preciados objetivos tuvieron que esperar: ahora le tocaba a Hitler desviar recursos hacia su campaña de los Balcanes. En el calor y las grandes extensiones abiertas de África, los suministros y los refuerzos eran aún más importantes que en Europa a la hora de determinar el éxito o el fracaso militar. En diciembre de 1941 Rommel se vio obligado a retirarse a Tripolitania y a levantar así temporalmente el sitio de Tobruk.

A pesar de la espectacularidad de sus victorias frente al ejército italiano, mal equipado y peor entrenado, y de la victoria contra la Luftwaffe en la batalla de Inglaterra, el imperio británico se encontraba en una situación desesperada en 1941. En Extremo Oriente, los acontecimientos fueron igual de funestos: ya en julio de 1941, con la connivencia del gobierno colaboracionista francés de Saigón, Japón había absorbido Indochina.

Paz para algunos, 1939-1941

Desde septiembre de 1939 hasta el verano de 1941 hubo una serie de países a los que afectaba de lleno el resultado de la guerra en la Europa occidental que al principio decidieron permanecer al margen de la misma. La URSS, los Estados Unidos y Japón eran protagonistas destacados que se mantenían a la expectativa.

El aislamiento no era ninguna novedad para la Unión Soviética. No fue hasta después de los acuerdos de Munich cuando las potencias del Eje y occidentales empezaron a cortejar a Stalin. Mucha gente creía que el comunismo era peor que el fascismo (algunos creían que la diferencia era proporcional al tamaño del bigote de sus dictadores), y, como era típico en él, Stalin no se fiaba ni del Eje ni de Occidente, sino que su preocupación principal era mantener a la URSS al margen de cualquier guerra importante, para consolidar los logros de los planes quinquenales y, algo acaso más importante, para permitir que el Ejército Rojo se recuperase de la cruel sangría de las purgas. Desde luego, Stalin tenía toda la razón al desconfiar de Hitler, un hombre que había manifestado su ambición de «abrir una vía a la expansión hacia el Este a sangre y fuego ... y esclavizar a los pueblos soviéticos». Pero Stalin también tenía razones de peso para desconfiar de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, que habían intentado intervenir a favor del Ejército Blanco durante la guerra civil rusa, se habían mostrado reticentes a reconocer la legitimidad del gobierno bolchevique y se mostraban tan o más preocupados por la amenaza del comunismo que por la del fascismo, algo que había quedado demostrado por su fracaso a la hora de constituir un frente internacional para defender al Frente Popular en España. La ocupación de la parte oriental de Polonia, Rumanía, Lituania, Letonia y Estonia fue el premio que obtuvo Stalin por mantenerse neutral en 1939, y Finlandia resultó también una tentación irresistible.

Los Estados Unidos y Japón observaban entre bastidores. Aquéllos, dirigidos por el dinámico Franklin D. Roosevelt, siguieron una vía nacionalista para la recuperación económica. En el peor momento de la depresión en Estados

Unidos, más de 25 millones de norteamericanos estaban en paro, y el hundimiento de la economía nacional extremó la cautela de Roosevelt en política internacional; una cautela que compartía o superaba la mayoría de ciudadanos norteamericanos, que sentían aversión a las guerras europeas, una repugnancia que había aumentado tras la primera guerra mundial y las críticas a la negativa de los Estados Unidos a ratificar el tratado de Versalles por parte de una Europa «desagradecida». Durante los años treinta, el deseo de mantener a los Estados Unidos aislados fue en aumento. Leyes de signo neutralista fueron aprobadas en 1935, 1936 y 1937, mientras que muchos norteamericanos tenían miedo de que los Estados Unidos se contagiasen de las enfermedades sociales y políticas que habían recorrido Europa: el éxito de una manifestación pronazi en el Madison Square Garden en 1934 dejó helado a más de uno, y provocó que un comandante californiano de la Legión Americana gritase: «¡Abajo los ismos!».

Pero si las gélidas aguas del Atlántico parecían proteger a América de la amenaza alemana, los Estados Unidos se enfrentaban a una nueva amenaza más al oeste: Japón, la potencia ascendente de Extremo Oriente, cuyo poderío económico y militar había ido en aumento, y ahora ansiaba hacerse con un imperio. Su tradición política liberal, recién adquirida y frágil (iniciada durante la restauración Meiji, en 1868), se vino abajo por culpa de la crisis económica, y el ejército ejerció cada vez más influencia sobre el gobierno. En 1931 Japón envió al ejército a proteger sus intereses económicos en Manchuria, y en 1937 los japoneses entraron en guerra contra China, algo que representaba una amenaza para Gran Bretaña y, en especial, para los Estados Unidos.

En 1940 las actividades militares japonesas ya se habían extendido a Indochina, en busca de petróleo y otras materias primas esenciales para la expansión militar, y el 7 de diciembre de 1941, en un ataque preventivo contra los Estados Unidos, Japón atacó las Filipinas y la base de Pearl Harbor en Hawai. A los cuatro meses de este espectacular ataque, los japoneses eran los amos y señores del conjunto del sureste asiático y gran parte del Pacífico. El hundimiento de buques británicos y norteamericanos dio a Japón una supremacía naval que los tratados de Washington de 1921 no habían previsto, y la supremacía japonesa también en el aire hizo inevitable la caída de Hong Kong, Malaisia, Singapur y las Filipinas antes de febrero de 1942. Incluso la India se vio amenazada. Estas victorias japonesas, sobre todo la inmediata capitulación de Singapur, dieron pie a un largo debate sobre el futuro del gobierno colonial británico, después de que los japoneses infligieran una serie de golpes devastadores a la autoridad europea. Pero los japoneses provocaron también la entrada en guerra de los Estados Unidos.

El ataque a Pearl Harbor acabó con el aislacionismo norteamericano. Los Estados Unidos declararon la guerra a Japón, y la mundialización del conflicto se completó cuando Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos. En muchos aspectos, la neutralidad norteamericana se había convertido en una simple pose en 1941. El suministro de municiones a Gran Bretaña (programas de ventas al contado y luego de préstamos) y las ofensivas propagandísticas cinematográficas, radiofónicas y periodísticas pusieron de manifiesto las simpatías

del presidente hacia Gran Bretaña, consolidadas por la amistad de Roosevelt y Churchill. Con la entrada de los Estados Unidos en el conflicto, Gran Bretaña ya no estaba sola en su lucha, y Churchill pudo por fin conciliar «el sueño de los salvados y agradecidos».

Desde 1939 hasta septiembre de 1941, el curso aparente de la guerra era el mismo que el de la precedente: aparte de la guerra chino-japonesa, el conflicto se centraba en Europa. Pero con el bombardeo de Pearl Harbor en 1941, los teatros de operaciones de Europa occidental, el norte de África, los Balcanes, la Unión Soviética, en el mar y en el aire, enlazaron con la lucha de Japón por la hegemonía en Extremo Oriente, formando una cadena continua de conflicto y destrucción que daba la vuelta al mundo. Esta vez, a diferencia de 1914-1918, la guerra fue de una movilidad extrema. El desarrollo y la mejora de la aviación, los tanques y los blindados, propios del ritmo cada vez más veloz de las transformaciones tecnológicas en el siglo XX, permitieron a fuerzas bien pertrechadas y organizadas avanzar a gran velocidad y rodear a sus adversarios. Mientras durasen los suministros, las comunicaciones conservaban la cohesión, y la organización se mantenía firme y eficaz.

El momento decisivo, 1941-1942

En 1941, dos acontecimientos cambiaron el curso de los hechos a favor de las democracias. El primero fue la decisión de Hitler, en contra de las recomendaciones del alto mando de su ejército, de lanzar la «operación Barbarroja» contra la Unión Soviética. El segundo fue el ataque de Japón a los Estados Unidos. Alemania, al igual que en 1914, se encaraba ahora con la perspectiva de una guerra en dos frentes, mientras que los Estados Unidos entraron en la segunda guerra mundial con el compromiso de «primero Europa», a pesar de las dudas de hombres como el general Douglas MacArthur, que quería que la ofensiva norteamericana se concentrase en hacer frente a los japoneses en el Pacífico.

La primera fase de la guerra mundial había infligido derrotas lacerantes para Gran Bretaña. Europa había sido aplastada por los nacionalsocialistas. Singapur, el eje de las defensas del imperio británico en Extremo Oriente, había caído en febrero de 1942, y el 21 de junio de 1942 Tobruk acabó sucumbiendo ante Rommel después de una nueva ofensiva del Afrika Korps. Según Churchill, fue «uno de los reveses más duros que yo recuerde de toda la guerra».[6] Además, en el mar, la marina británica sufrió pérdidas terribles: más de tres millones de toneladas de cargamento desde junio de 1940 hasta marzo de 1941 (del mismo modo que en la primera guerra mundial, el sistema de convoyes, así como la reciente invención del radar y la habilidad de los británicos para descifrar códigos secretos acabaron reduciendo las pérdidas). Hasta que se cerró el círculo del conflicto con la invasión alemana de la Unión Soviética y el ataque sorpresa de Japón a los Estados Unidos, Gran Bretaña, que luchaba en solitario, no sabía cómo derrotar al enemigo.

Sin efectivos suficientes para invadir el continente, Gran Bretaña depositaba sus mayores esperanzas en los bombardeos estratégicos. Pero el alto mando

responsable de los bombardeos carecía del material y la experiencia necesarios para llevar a cabo una ofensiva estratégica. Además, los resultados aparentes de las primeras ofensivas aéreas eran poco favorables para los bombardeos: en 1941, se calcula que más del 50 por 100 de las bombas británicas caían en campo abierto. La entrada en el conflicto de los Estados Unidos fue una tabla de salvación para Gran Bretaña y abrió nuevas perspectivas estratégicas para ganar la guerra.

Los alemanes habían planeado con todo detalle la invasión de la URSS. Los generales que argumentaban que una campaña eficaz contra la Unión Soviética permitiría a Alemania contar con el 75 por 100 de la industria de armamento soviética contaban con el favor de Hitler. Quienes recomendaban prudencia, no. También se trazaron planes detallados sobre cómo tratar a la población soviética en la «guerra ideológica» que se avecinaba: a los judíos y a los comisarios soviéticos los fusilarían. El 22 de junio de 1941, Alemania atacó a la Unión Soviética sin declararle la guerra previamente, reproduciendo así la invasión napoleónica de Rusia casi en la misma fecha. A pesar de las advertencias británicas, de los Estados Unidos y de sus propios agentes secretos, Stalin quedó anonadado por la noticia de la invasión, y no apareció en público hasta el 3 de julio. Mientras tanto, Churchill se apresuró a silenciar a quienes no deseaban que Gran Bretaña se aliase con los comunistas: «¿Acaso alguien duda de cuál va a ser nuestra política? Tenemos un solo objetivo y una única y exclusiva intención: estamos decididos a destruir a Hitler ... De ello se desprende, por tanto, que proporcionaremos toda la ayuda posible a los rusos y al pueblo ruso». En realidad, el apoyo anglonorteamericano a la Unión Soviética apenas tuvo importancia hasta 1944. Gran Bretaña no podía responder a los frecuentes llamamientos de Stalin a la creación de un segundo frente en Europa, ni siquiera con la ayuda de los Estados Unidos: había que concentrar, entrenar y abastecer a los soldados. Pero los comentarios a veces hipócritas de Churchill a Stalin sobre la apertura de un frente occidental serían una fuente de problemas: desde luego, Gran Bretaña procuró ayudar a la URSS, pero en comparación con las terribles pérdidas que sufrieron los soviéticos, toda la ayuda británica y norteamericana resulta ridícula.

Mientras tanto, al igual que la etapa inicial de la campaña japonesa en Extremo Oriente, los alemanes obtuvieron una serie de espectaculares victorias en territorio de la Unión Soviética. El 16 de julio de 1941 ya habían conquistado Smolensk, y el 19 de septiembre de 1941, Kiev, con lo que caían en manos de los alemanes los recursos industriales y agrícolas de Ucrania. Sólo en la caída de Kiev, los soviéticos perdieron 655.000 hombres, 884 tanques y 3.718 cañones. Entre octubre y diciembre, los alemanes lucharon encarnizadamente por conquistar Moscú, y aquí aparecieron los primeros signos de su falibilidad: sus soldados estaban agotados y les faltaban las provisiones y las comunicaciones necesarias para mantenerse. Pero mientras el terrible invierno ruso trabajaba en contra de los alemanes en 1941-1942, Stalin a menudo lo hacía a su favor, poniendo en peligro una y otra vez la estrategia diseñada por sus generales, y, al igual que Hitler en su «orden Nerón» de 1945, ordenando a sus tropas opo-

ner una «resistencia fanática» ante unas dificultades insuperables; sin embargo, para quienes se encontraban en la retaguardia, Stalin fue el responsable aparente de la victoria de la Unión Soviética en la «Gran Guerra Patriótica». Como para otros muchos, para un joven judío que había huido de las garras de los ocupantes alemanes de Polonia, el discurso de Stalin al pueblo del 3 de julio de 1941 fue una fuente de inspiración:

> Él [Stalin] encontró las palabras justas para demostrar que esta vez no se trataba de una simple guerra entre dos países y dos ejércitos, sino de una prueba de fuerza entre dos visiones del mundo, y que, por consiguiente, el Ejército Rojo no sólo luchaba para defender su propia tierra, sino la libertad de todos los pueblos que «gemían bajo el yugo del fascismo alemán».[7]

En septiembre de 1942, los alemanes habían conseguido contrarrestar con éxito la ofensiva de invierno soviética, pero no gracias a las instrucciones que emanaban del despacho del *Führer*, y el 10 de septiembre, la Cuarta División Panzer de Hoth luchaba en las calles de Stalingrado, el punto más lejano de la penetración alemana. Los soviéticos opusieron una resistencia valiente y airosa en cruentos combates casa por casa. Pero fue la victoria soviética en Kursk, al noreste de Stalingrado, lo que proporcionó a la URSS algo más que una victoria moral sobre los alemanes: las fuerzas de elite de Hitler —la división de las SS y las Totenkopf, Adolf Hitler y Das Reich— sufrieron graves pérdidas en una de las batallas más cruentas de la guerra. La batalla de Kursk le costó a Hitler medio millón de hombres, y supuso el fin de toda posibilidad de evitar la derrota absoluta. El ejército alemán tuvo que batirse en retirada, y la producción militar rusa superó a la de Alemania. Stalin había dirigido la lucha de forma meticulosa y eficaz, mejorando sus relaciones con los generales, y ahora la URSS superaba en número de soldados y de cañones al enemigo alemán. Las circunstancias se habían puesto a favor de Stalin, cuyas tropas empezaron a avanzar hacia Polonia.

Fuera de Europa, la situación empezó a mejorar para los aliados. La expansión japonesa en Extremo Oriente se vio frenada en 1942, esta vez cuando ya estaban a las puertas de Australia. Tras la batalla del mar del Coral de mayo de 1942 vino en junio de ese año la de Midway. Mientras tanto, más hacia el oeste, los ataques aéreos contra Ceilán fueron rechazados y Madagascar, que se hallaba bajo la autoridad del gobierno de Vichy, fue ocupada por los británicos. Mientras, después de la capitulación de Tobruk, el general Bernard Montgomery tomó el mando de las tropas aliadas en el norte de África e insufló renovados ánimos a un ejército hundido en la desesperación tras la derrota. Para Churchill, la derrota había sido un «momento amargo», ya que la derrota era «una cosa, y la deshonra, otra».

En la guerra del desierto, se habían enfrentado en un combate muy igualado fuerzas dirigidas por unos militares excepcionales: por Rommel, las del Eje; por Wavell, Auchinleck y Montgomery, las de los aliados. Tras la humillación de Tobruk, Churchill estaba decidido a conseguir la victoria, y ese año tuvo

lugar la derrota definitiva del ejército blindado italoalemán del desierto, cuyo momento culminante fue la batalla de El Alamein (noviembre de 1942). Rommel fue derrotado por la superioriedad numérica, logística y de la inteligencia aliada, y por la escasez cada vez mayor de sus recursos, que provocaba que los tanques y los vehículos todoterreno alemanes e italianos estuvieran siempre a punto de quedarse con el depósito vacío. Gran Bretaña perdió numerosos efectivos en El Alamein, pero Montgomery consiguió detener el avance alemán. Con el desembarco de tropas norteamericanas en la región en la «operación Antorcha» ese mismo mes, los aliados se encontraron en disposición de estrechar el cerco a las fuerzas del Eje en Europa.

Las circunstancias se habían vuelto del lado de los aliados, pero la guerra no estaba ganada, ni mucho menos. Aún había que limar diferencias entre Gran Bretaña y los Estados Unidos sobre el modo de derrotar a Alemania: Gran Bretaña era partidaria de un ataque desde el Mediterráneo, a través de Italia y los Balcanes, para asestar el golpe definitivo a Alemania, mientras que los Estados Unidos discrepaban con lo que ellos definían como la idea británica de «ir dando bocaditos a la periferia», y seguían decididos a lanzar una invasión de Francia en toda regla. Mientras la cuestión era una fuente de constantes fricciones en las relaciones anglonorteamericanas, Churchill llegó a Moscú en el verano de 1942 para informar a Stalin de que ese año no se abriría un segundo frente en Europa. Así, a finales de 1942, no se veía cerca el fin de la guerra, aunque las victorias aliadas hubiesen asestado un importante golpe a la moral del Eje. En palabras de un informe secreto del Sischerheistdienst (servicio secreto) alemán: «Mucha gente se siente pesimista y angustiada porque ya ''no consiguen hacer frente'' a la situación y temen un peligro desconocido e indefinible».

La retaguardia

Hitler, Stalin, Roosevelt, Mussolini y Churchill, los principales líderes de la guerra, figuran entre los dirigentes políticos más influyentes de la historia de sus países en el siglo xx. Todos ellos dirigieron con firmeza y de forma a menudo intransigente su país, aunque las decisiones políticas adoptadas por Hitler (como por ejemplo la «operación Barbarroja» y la Solución Final) determinaron el resultado final de la guerra más que las de cualquier otro líder. Para los gobiernos de la segunda guerra mundial, como para los de la primera, lo más importante era movilizar la mano de obra y los recursos necesarios para la guerra, así como mantener el equilibrio entre las necesidades de la industria y las de las fuerzas armadas. En Gran Bretaña y la Unión Soviética, este problema fue especialmente grave en los primeros momentos de la guerra.

En la segunda guerra mundial, como en la primera, los fracasos en el esfuerzo de guerra tuvieron un gran impacto en la vida política nacional, aunque el grado de publicidad que se daba a las críticas dependía del carácter del régimen existente. En Alemania, el liderazgo de Hitler era indiscutible. En cambio, la vida política italiana era más complicada. En 1942, el Partido Fascista Italia-

no había iniciado un proceso de descomposición interna. Las facciones y las querellas intestinas que durante mucho tiempo habían caracterizado al partido de Mussolini fueron agravándose, sobre todo cuando el «clan de los Petacci», los amigos y parientes de la amante de Mussolini, Claretta Petacci, se unieron a los grupos en discordia que intentaban infundir nueva vida a la lucha cada vez más desfalleciente de la población civil. Además, cuatro importantes partidos antifascistas empezaron a resurgir en 1942: los accionistas, los comunistas, los socialistas y los católicos. A pesar de que estos partidos aún careciesen de organización y programa, algunos de los políticos que desempeñarían un papel destacado en la historia de la Italia de la posguerra, como el antiguo dirigente del Partido Popular y futuro demócrata cristiano Alçide De Gasperi, se propusieron destruir el fascismo y restaurar la democracia en Italia.

En 1942 Winston Churchill tuvo que hacer frente a graves dificultades políticas. A los fracasos militares de 1940-1941, sobre todo en Noruega, Dunquerque, Grecia y el norte de África, en 1942 hubo que añadir la noticia de la caída de Singapur y Tobruk; sin embargo, lo que se cuestionaba no eran las habilidades militares de Churchill, sino, sobre todo, la gestión de la economía de guerra y la imposibilidad de ayudar a la Unión Soviética. Ese verano, Stafford Cripps —ex embajador de Gran Bretaña en la URSS y un político destacado y joven del Partido Laborista— se enfrentó a Churchill por el liderazgo del esfuerzo de guerra. Ni en atractivo personal —alguien lo definió como una «eminencia beige»— ni en apoyo, Cripps podía competir con Churchill: en noviembre de 1942, los estudios de opinión habían llegado ya a la conclusión de que el público estaba «totalmente desilusionado» con Cripps; así pues, Churchill tenía asegurado el puesto.

Uno de los principales problemas británicos era la escasez de municiones. Hasta diciembre de 1941, Gran Bretaña dependió en gran medida de los suministros de un proveedor poco fiable: un presidente de los Estados Unidos que hacía lo que podía por esquivar las barreras del aislacionismo. Una vez más, los empresarios tuvieron un papel fundamental en la movilización de los recursos de Gran Bretaña para la guerra total. Habiendo aprendido las enseñanzas de la primera guerra mundial, esta vez los británicos se apresuraron a determinar que por cada soldado hubiese un obrero en la industria de defensa, y dos más en la economía civil, en la producción de alimentos, ropas y otros productos de primera necesidad para los trabajadores de las industrias de guerra y los soldados. Estas cifras dan en sí mismas una idea de la importancia de la retaguardia en el esfuerzo de guerra.

Un error de cálculo en la proporción entre obreros y soldados podía salir muy caro. En la Unión Soviética, la movilización excesiva de efectivos en el frente en 1941-1942, mediante el reclutamiento de obreros industriales y trabajadores cualificados de las industrias de defensa, perjudicó gravemente a la economía de guerra soviética en el mismo momento en que las tropas alemanas invadían los principales núcleos industriales de la URSS. Como había puesto de relieve Hitler en los años treinta, la eficacia en la gestión económica fue clave a la hora de ganar la guerra. Pero pese a los extensos preparativos de Alema-

nia en tiempo de paz, la economía alemana fue una de las menos eficientes durante la guerra, en parte debido a que Hitler planificaba una guerra a gran escala para 1941-1942, mientras que al estallar la guerra en 1939 hubo que improvisar a toda prisa. Además, mientras que el esfuerzo de guerra británico estaba relativamente bien dirigido gracias a una burocracia coordinada, a la economía de guerra alemana le faltaba esa coordinación. La administración regional de los *Gaus* chocaba con las prioridades centralistas de la guerra. Además, hombres como Göring (responsable del ministerio del Aire) y Funk (a cargo de la economía civil) se disputaban con avidez los recursos y el poder.

Göring decía que «ningún problema es tan grande que no lo pueda resolver un alemán». Pero incluso los esfuerzos de Albert Speer, un antiguo arquitecto con dotes de administrador, al que encargaron en 1942 que coordinase la producción de guerra de Alemania, no obtuvieron más que resultados desiguales. Speer, como Rathenau, creía en una autoridad central dentro de un sistema capitalista, y, a pesar de las rivalidades ministeriales y de los bombardeos aliados, consiguió duplicar con creces la producción de guerra de Alemania a principios de 1943, y triplicarla antes del verano, aunque muchas de las armas producidas fueran de peor calidad que las de los aliados.

Igual que durante la «Gran Guerra», los gobiernos llevaron hasta nuevas cotas el control que ejercían sobre la economía y la población, y, una vez más, la guerra sirvió de importante estímulo para la economía norteamericana. Entre 1940 y 1944, la producción industrial de los Estados Unidos aumentó en un 300 por 100. Los avispados empresarios norteamericanos aprovecharon todas y cada una de las oportunidades que les ofrecía la guerra para aumentar las ventas —Coca-Cola convenció al ejército norteamericano de que comprar su bebida era importantísimo para la moral de las tropas—, de modo que hasta las industrias de bienes de consumo se beneficiaron de la guerra. La mayoría de norteamericanos gozó de un nivel de prosperidad excepcional durante la segunda guerra mundial, con lo que dejaron de considerar necesario proteger a los ciudadanos menos privilegiados. La experiencia de la segunda guerra mundial, a diferencia de la de los años treinta, confirmó que el capitalismo podía traer una prosperidad sin cuento a los Estados Unidos.

Los europeos, en cambio, tenían la esperanza de una seguridad social en la posguerra. En Gran Bretaña, en junio de 1941, sir William Beveridge presidió un comité interdepartamental de funcionarios con el fin de examinar «los seguros sociales y servicios asociados», y su extenso informe, dado a conocer en noviembre de 1942, un documento de carácter sobre todo técnico, atrajo enormemente el interés de la población: Beveridge, sorprendido por la acogida que recibió, con amplia resonancia en el extranjero, la definió «como ir montado en elefante entre los vítores de la multitud». A espaldas de un Churchill a quien estas cosas dejaban indiferente, ya que estaba demasiado preocupado por ganar la guerra, gracias a este informe y a otros libros blancos, habían puesto los cimientos de un completo sistema de seguridad social «desde la cuna hasta la sepultura». La guerra estimuló el sentimiento de que todos los miembros de la comunidad tenían que participar en las distintas esferas de la sociedad de

la posguerra del mismo modo en que todos habían participado en la guerra, y también puso de relieve la importancia del principio del «reparto equitativo». De todo ello se aprovecharía el Partido Laborista en las elecciones generales de 1945, las primeras en 10 años.

Si bien las barreras de clase seguían siendo rígidas, la gente cada vez estaba más decidida a crear una sociedad en la que cada individuo pudiera desempeñar su papel en una causa común digna del esfuerzo. Los mismos deseos de «justicia social» eran evidentes en los planes de los distintos movimientos de resistencia europeos para la posguerra.

Las mujeres y la guerra

La idea de «reparto equitativo» fue, en cierta medida, en respuesta a la aportación de las mujeres al esfuerzo colectivo de la segunda guerra mundial. Al estallar la guerra, la incorporación al trabajo de las mujeres de toda Europa recibió una calurosa acogida. Basándose en la experiencia de la primera guerra mundial, la mayoría de países se dio cuenta de la importancia de movilizar a las mujeres nada más empezar la guerra, aunque en la Unión Soviética las mujeres ya constituían una parte muy importante de la población activa gracias a la colectivización y la industrialización de los años treinta. Además, sólo en la Unión Soviética la guerra hizo que el Estado anunciase que «ya no hay profesiones ''masculinas''». Las mujeres soviéticas habían demostrado que «ninguna profesión está fuera de su alcance». En el resto de Europa las mujeres fueron empleadas durante la guerra en lo que tradicionalmente se consideraban ocupaciones «masculinas» —servicios de apoyo a la infantería, la marina y la fuerza aérea, agricultura, industria, protección civil, conducción de autobuses y de barcazas e incluso pilotaje de aviones—, pero, como pasó en la primera guerra mundial, eso no significó que las mujeres conservasen esos empleos al término de la guerra.

Las experiencias de guerra de las mujeres son de una extraordinaria variedad. Muchas fueron a trabajar la tierra: en Gran Bretaña, el Land Army fue uno de los servicios auxiliares al que se apuntaron más mujeres; que también fueron empleadas en la agricultura en Francia, Alemania y gran parte de la Europa del Este, aunque muchas más se dedicasen extraoficialmente a la «agricultura» en busca de un poco más de comida y combustible para sus familias. Las mujeres también realizaron una aportación importante a la industria. La proporción de mujeres empleadas en este sector variaba mucho de un lugar a otro de Europa. En 1943 en Gran Bretaña más de siete millones de mujeres estaban empleadas en las fuerzas armadas, protección civil y la industria, y eran responsables de dos tercios del conjunto de la producción industrial. Como hemos visto, también el gobierno nazi intentó incorporar a más mujeres dentro de la población activa, pero el Estado, igual que en la Francia de Vichy, siguió haciendo especial hincapié en el papel de las mujeres como madres. (La «Ley 300» de Vichy declaró al aborto un crimen contra la socie-

dad, el estado y la raza, un acto de traición castigado con la pena de muerte.)

En la Alemania nazi, esta promoción de la natalidad tenía un rostro distinto y más siniestro: el convencimiento del estado de que las mujeres racial y eugenésicamente «inferiores» no debían tener hijos. Al principio de la guerra, a las mujeres polacas y rusas de los territorios ocupados que tenían que realizar trabajos forzados no se les permitía volver a casa si quedaban embarazadas, sino que las animaban o las obligaban a abortar o a hacerse esterilizar, y los hijos que tenían solían ser víctimas de sus patronos: los expertos raciales de Himmler o los médicos nazis. Pero eso no era más que un anticipo de los planes ideados para reducir el número de nacimientos en los territorios ocupados: lo peor estaba por llegar. Las mujeres judías y gitanas reunidas en campos de concentración fueron sometidas a experimentos de esterilización con el fin de encontrar métodos de esterilización eficaces para esterilizar a cientos de miles de mujeres «inferiores» en el futuro. Las mujeres también participaban en las matanzas: como enfermeras en los centros de exterminio, como asistentes sociales, doctoras o investigadoras y celadoras de campos de concentración.

Los horrores de la segunda guerra mundial —los bombardeos dirigidos contra la población civil, la movilidad del frente, la ocupación, la resistencia y, en algunos casos, la participación directa en la lucha— determinaron que las diferencias entre las experiencias de hombres y mujeres en esta guerra fueran mucho menores que en la primera guerra mundial. No obstante, en la mayoría de países, el número de mujeres que se quedó en casa fue el mismo que el de las que se incorporaron a la actividad laboral, en parte porque el estado seguía sin reconocer que las mujeres necesitaban que las animasen a ello, proporcionándoles atención para sus hijos, salarios dignos y lugares donde comprar cerca del centro de trabajo. Para las mujeres con hijos pequeños, la jornada laboral media de 12 horas al día durante seis días a la semana, además de cuidar de los hijos, el hogar y (a veces) el marido, era una carga demasiado pesada. Y también se debió a que algunas mujeres no querían trabajar (o sus maridos no lo veían con buenos ojos).

Pero el trabajo durante la guerra supuso una fuente de ingresos adicionales que fueron muy bien recibidos, y, para las jóvenes solteras, una vida social más activa. (Un comentarista británico se escandalizaba al constatar que el 40 por 100 de las solteras iban a los pubs a alternar en sociedad.) A veces incluso ganaban lo suficiente para que las mujeres pudieran permitirse la libertad de gastar algo en ellas mismas, aunque el trabajo no estuviera exento de riesgos. Como recordaba una voluntaria de 18 años:

> Había que poner la cápsula al detonador de las balas. Era peligroso ... la cordita salía despedida, te iba a la cara. Provocaba urticaria, impétigo, y te salían unos granos enormes. Se te hinchaban los ojos. Trabajábamos siete [días o noches] a la semana. Estaba bien pagado. Ganaba 10 libras por semana.

Igual que en 1918, al término de la guerra pocas profesiones resultaron feminizadas a consecuencia de la misma. En Europa occidental las mujeres desa-

parecieron casi por completo de las fuerzas armadas, el transporte (sobre todo las conductoras) y ciertos tipos de industria. Sólo en la Alemania dividida y en la URSS la pérdida de hombres durante la guerra logró que se mantuviese la demanda de trabajadoras. Los indicadores de los cambios que experimentó la situación de las mujeres reflejan un cambio de actitud, sobre todo entre las propias mujeres. En 1945 había muchas más mujeres casadas decididas a seguir trabajando (tradicionalmente la mayoría de trabajadoras eran solteras), y la mayoría de ellas tenía una autoestima más alta gracias a su experiencia durante la guerra. Pero aunque los políticos de toda Europa alabasen a grandes voces la aportación de las mujeres al esfuerzo de guerra, tardaron mucho más en introducir reformas legales que reconociesen el enorme valor económico de las mujeres. Es típica la respuesta de Ernest Bevin al serle exigida la igualdad salarial entre hombres y mujeres (las mujeres cobraban por el mismo trabajo que los hombres entre el 50 y el 70 por 100 menos que éstos) en la Cámara de los Comunes:

> *Dra. (Edith) Summerskill*: Incluso él admite que esas medidas serían correctas.
> *Sr. Bevin*: Creo que sus medidas son perfectas.

La ascensión y declive de las «grandes potencias»

Está claro que Gran Bretaña vivió la guerra de modo diferente del resto de Europa. No se combatió en su territorio, a diferencia de la Unión Soviética, ni fue bombardeada con la misma profusión que Alemania, y, aparte de las islas del canal de la Mancha, no hubo ni ocupación ni resistencia; sin embargo, la guerra puso de manifiesto la decadencia de Gran Bretaña como potencia mundial. Que el imperio estaba en crisis era evidente, a juzgar por el malestar reinante en la India y por la dependencia de Gran Bretaña respecto a la ayuda económica de los Estados Unidos. Pero si la estrella de Gran Bretaña empezaba a apagarse, la Unión Soviética surgió en el Este como la última de las grandes potencias mundiales.

El primer año de la «Gran Guerra Patriótica», que se cobró más de 20 millones de vidas, infligió terribles sufrimientos a la URSS. En su retirada ante el avance de las fuerzas alemanas, los soviéticos perdieron territorios que contenían el 63 por 100 de la producción de carbón, el 68 por 100 del hierro en lingotes, el 84 por 100 del azúcar, el 38 por 100 de los cereales y el 60 por 100 de los cerdos. La escasez de alimentos se dejó sentir a los pocos días de estallar la guerra: era dificilísimo conseguir leche, azúcar y manteca, e incluso las coles desaparecieron del mercado. Los trabajadores solían caminar seis o siete kilómetros para ir y volver del trabajo con el estómago vacío, y las viviendas se encontraban en un estado lamentable, por lo general sin calefacción. El mayor éxito de la URSS durante la guerra fue evacuar fábricas enteras del oeste a los Urales, Siberia, Kazajstán y Asia central. El traslado de esas industrias militares especiales fue la base de la movilización del conjunto de la economía soviética.

Después de 1942, la victoria militar sirvió de poco a los pueblos de la Unión Soviética, al llevar a cabo los alemanes una política de destrucción sistemática en su retirada, si bien la guerra logró restañar en parte algunas de las heridas que habían causado en la sociedad estalinista las purgas de los años treinta. Pero mientras que esas purgas en la práctica habían seguido criterios de discriminación social entre las distintas clases de la Unión Soviética, bajo la influencia de la guerra, el hecho de pertenecer a determinado grupo étnico empezó a servir para diferenciar a los fieles de los traidores. Los alemanes del Volga, los karachái, los calmucos, los chechenos, los ingushes, los judíos, los tártaros de Crimea y otros fueron deportados a Siberia en plena oleada de chovinismo ruso en busca de chivos expiatorios y «enemigos interiores» que justificasen el éxito inicial de los alemanes.

A otros antiguos enemigos del estado soviético les fue mejor durante la guerra. La Iglesia y algunos artistas encontraron una libertad nueva mientras Stalin se esforzaba por mantener la moral de la población. La propaganda hacía hincapié en la liberación; así, por ejemplo, en un cartel, un cangrejo con el bigote de Hitler y todo aparecía aplastado bajo las ruedas de un tanque soviético. Había que hacer frente al desafío con decisión a todos los niveles.

Los alemanes no pasaron la misma hambre que los soviéticos, aunque su nivel de vida fue muy inferior al de Gran Bretaña entre 1939 y 1947. La vida en las ciudades era especialmente dura, debido a la carestía de los alimentos y, al final de la guerra, mucha gente se vio obligada a vivir en sótanos por culpa de los bombardeos aliados. Al igual que en Gran Bretaña, los nacionalsocialistas intentaron proporcionar a su *Volk* (pueblo) un ideal social que lo inspirase, pero los proyectos de Robert Ley, dirigente del Frente Alemán de Trabajadores, quedaron anulados por los imperativos de la guerra, y, en su lugar, el ideal nazi se convirtió en sinónimo de muerte y destrucción. En 1941 empezó a producirse la prometida «renovación racial» mediante el genocidio y el sometimiento. Hitler hacía la guerra para conseguir *Lebensraum* para el pueblo alemán, pero pocos entendían el significado de ese concepto. Limitados fueron los alemanes que se instalaron de forma prolongada en la Europa del Este, y quienes lo hicieron —altos cargos del partido, grandes empresas— empezaron a abandonar sus propiedades y sus proyectos de expansión en 1944 cuando se hizo evidente que el sueño de la victoria se había convertido en la pesadilla de la derrota. A sus partidarios, la afirmación de Hitler de que «en esta guerra no triunfará la suerte, sino la justicia» les parecía cada vez más hueca.

La resistencia en los países del Eje

No podemos medir el grado de apoyo u hostilidad que suscitó el régimen de Hitler durante la guerra, pero la resistencia activa entre la población de Alemania fue escasa. Como observó Speer, «la apatía ... a pesar de las grandes victorias» parecía ser la tónica general. La mayoría ya estaba demasiado ocupada intentando sobrevivir día a día. Bajo la mirada siempre atenta de la Ges-

tapo, la resistencia a gran escala era difícil, en el mejor de los casos. La experiencia del grupo «Rosa Blanca», fundado por los hermanos Hans y Sophie Scholl, ilustra los obstáculos a los que se enfrentaba la resistencia organizada en el Reich. El grupo tuvo el valor de imprimir folletos que distribuían en Munich, Frankfurt, Friburgo, Viena y Hamburgo. Pero sus actividades duraron poco. En 1943 todos los miembros del grupo fueron detenidos, juzgados y ejecutados. Sophie tenía 22 años cuando murió.

Carl Goerdeler, el antiguo alcalde de Leipzig, ejemplifica un nivel más alto de oposición a Hitler. Goerdeler organizó en 1944 la «conspiración de los oficiales» para asesinar a Hitler. Una protesta de tan alto nivel iba más en contra de la ignominia que Hitler estaba infligiendo a Alemania en la guerra, que contra los asesinatos en los campos de concentración. En Italia, la resistencia al asesinato en masa de los judíos de la Europa dominada por los alemanes se situó a un nivel más alto. Animados a ello por el carácter semioficial típico de la vida pública italiana, diplomáticos, funcionarios y administradores conspiraron contra las órdenes que habían recibido de enviar a los judíos a las cámaras de gas. Pero sus esfuerzos, a pesar de su valentía, sirvieron de poco: fueron asesinados seis millones de judíos en las cámaras de gas de Auschwitz, Chelmno, Belzec, Sobibor y Treblinka. Si bien la mayoría había oído rumores sobre los campos de concentración, el horror de los mismos dejó atónitos a muchos alemanes. Un prisionero de guerra alemán de 17 años recuerda:

> No pasaba una semana sin que los norteamericanos nos proyectaran películas de ... los campos de concentración. Muchos de mis compañeros de prisión lloraban. Pero otros se iban del cine al término de la película y se reían en la cara de los norteamericanos, porque creían que las películas eran *Greuelmärchen* [historias de miedo] parecidas a la refinada propaganda con la que Goebbels los había machacado.[8]

Colaboración y resistencia en la Europa ocupada

Del mismo modo en que la primera guerra mundial despertó a Europa del sueño del «progreso» de la humanidad, los crímenes de la segunda guerra mundial vaciaron de sentido la pretendida superioridad moral de Europa sobre el resto del mundo. En la Europa ocupada por los nazis, la elección entre colaboración y resistencia era dolorosa. El poeta polaco Czeslaw Milosz llegó a describir a su país como un «Gángster Gau» (la cuenca del Vístula, ocupada por los alemanes, tenía el nombre de Gobierno-General, o GG) en el que toda la nación polaca se dedicó a actividades criminales para sobrevivir a la ocupación.

La política de ocupación alemana en Europa no fue coherente en absoluto. Los ocupantes nazis querían explotar los recursos económicos y estratégicos de los nuevos territorios del Reich, al tiempo que imponían un nuevo orden racial. Pero las distintas «regiones» fueron explotadas de modo distinto, según

la forma en que se había conquistado, la fuerza de las organizaciones nazis locales y la estructura política existente. Francia, Bélgica, Grecia y Serbia eran importantes desde el punto de vista estratégico y, por consiguiente, permanecieron bajo control de las autoridades militares. En cambio, Holanda y Noruega tenían partidos fascistas incipientes a los que dejaron constituir gabinetes consultivos sin poderes (el más tristemente famoso de los cuales fue el de Vidkun Quisling en Noruega), mientras que el verdadero poder estaba en manos del ReichsKommisar alemán. Los fascistas «nativos» —como Quisling, Anton Mussert en Holanda y Léon Degrelle en Bélgica— se vieron obligados a hacer cada vez más concesiones a los ocupantes nazis, y solían ser más extremistas y despiadados que ellos. Los fascistas locales eran los encargados de hacer el trabajo sucio de los nazis: se encargaban de las redadas y las represalias, de las detenciones en masa y el transporte de sus compatriotas a los campos de concentración, e incluso del reclutamiento de voluntarios para luchar a favor de Alemania. Veintidós mil partidarios de Mussert sirvieron en el ejército alemán, y el gran muftí de Jerusalén reclutó una Legión Islámica que desfiló en Berlín junto a los prisioneros de guerra bosnios o soviéticos procedentes del Azerbaidján y el Turkestán.

Al principio, Dinamarca recibió un trato diferente del de los demás países ocupados de Europa. El rey Cristián X se negó a exiliarse, y, en vez de ello, formó un gobierno nacional que negoció directamente con los nazis. De este modo, los daneses evitaron el horror y la degradación de la ocupación nazi hasta 1943, cuando se hizo evidente que en Dinamarca, al igual que en Noruega, era prácticamente imposible que los nazis locales consiguieran apoyo público suficiente para acceder al gobierno. De todos modos, en conjunto, Europa occidental fue mejor tratada que la Europa del Este, en donde, pese a todo, los nazis también tuvieron sus «quislings». En Hungría fue el regente Horthy; en Croacia, Anté Pavelic y su partido *ustasha* fascista, que instauró un reino de terror contra los serbios, los judíos, los gitanos y los comunistas de Croacia, y proporcionó soldados a los italianos en su guerra contra los partisanos comunistas de Tito; incluso en la URSS la Wehrmacht fue bienvenida a veces, sobre todo por parte de los estonios, ucranianos, armenios, tártaros, caucásicos y musulmanes, que, si no se unían al ejército alemán, eran hechos prisioneros en cantidades desmesuradas. No obstante, los franceses, los daneses y los noruegos eran más valorados por los nazis desde el punto de vista racial, y, por lo tanto, recibían raciones más generosas y mejor trato en sus campos de trabajo.

¿Y qué pasó en Francia, un país igual en superficie, aunque no en población, a Alemania? Al principio, sólo la mitad septentrional de Francia quedó bajo la ocupación militar alemana, mientras que la mitad sureste, libre de ocupación, constituía la Francia gobernada desde Vichy por el mariscal Pétain. Al otro lado del canal de la Mancha, un antiguo subsecretario de Estado, Charles de Gaulle, enarboló el estandarte de la Francia Libre. Pero no todos los franceses compartían la hostilidad de De Gaulle hacia el gobierno de Vichy, sino que algunos argüían que el gobierno de Vichy les daría la oportunidad de enmendar los errores de los anteriores y débiles gobiernos de Francia. Pero dijeran

lo que dijesen, el verdadero rostro de Vichy era siniestro. A diferencia de los Países Bajos y Bélgica, donde se intentó poner freno al asesinato en masa de sus ciudadanos judíos, la Francia de Vichy tiene un terrible historial de antisemitismo. A partir de 1942, toda Francia quedó ocupada por los alemanes, que contaron con la colaboración entusiasta del Service d'Ordre Légionnaire francés. Al igual que algunos franceses alegaban que la colaboración con los nazis era fundamental para la supervivencia de la nación, el recuerdo de la resistencia contra los alemanes fue vital para el mantenimiento de la moral en los años de la inmediata posguerra.

En toda Europa hubo movimientos de resistencia a la ocupación nazi, pero jamás estuvieron unificados o coordinados. Los combatientes de la resistencia tenían mucho en común: odiaban el fascismo, alemán, extranjero o nacional, y eran patriotas insobornables. También tenían en común la pobreza de medios —les faltaban armas, dinero y personal adiestrado—, y sus sentimientos y sus actividades les hicieron entrar en conflicto con sus compatriotas colaboracionistas, de modo que la resistencia se convirtió en guerra civil. La mayoría eran oyentes asiduos de la British Broadcasting Corporation (BBC) que les infundía ánimos.

En un primer momento, la resistencia a la ocupación de las tropas del Eje fue pasiva: manifestaciones en la plaza de San Wenceslao de Praga o en el Arco de Triunfo de París. Después aparecieron los periódicos y panfletos clandestinos, así como la acción directa: sabotajes y ataques a figuras importantes, a veces con la complicidad de los aliados. Pero la resistencia europea fue también muy variada, en función del carácter de la ocupación nazi y de la geografía e historia locales. En Noruega, la resistencia militar estaba organizada en un solo grupo bajo el mando del general Ruge del ejército noruego, lo cual, combinado con lo accidentado del terreno, creó un movimiento guerrillero eficaz y unificado, en abierto contraste con los movimientos de resistencia de Dinamarca y Holanda, países poco aptos para este tipo de lucha, y donde la resistencia se limitaba a actos de sabotaje, al rescate de judíos y al espionaje a favor de los aliados. En cambio, los movimientos de resistencia de Bélgica y Francia planificaban y ejecutaban operaciones militares, aunque las 35 redes de inteligencia de Bélgica —en las que participaban más de 10.000 personas— fuesen mucho más importantes desde el punto de vista de la actuación aliada. La resistencia belga, a diferencia de la francesa, estaba unificada y controlada por el «Ejército Secreto».

En Francia, los movimientos organizados de resistencia como ITLAIC Combat Libération, Franc-Tireur, Front National y Organisation Civile et Militaire desempeñaron un papel importantísimo en la derrota de los alemanes y la apertura del frente occidental. Los movimientos franceses de resistencia empezaron a escindirse y rivalizar entre sí a partir de 1941, cuando el Partido Comunista Francés se unió a ellos. Al final, los grupos se unieron bajo el mando del general De Gaulle en 1942, pero si bien consiguieron luchar juntos para derrotar a los alemanes, la colaboración política en tiempo de paz resultó imposible.

En la Europa del Este la rivalidad entre los movimientos de resistencia co-

munistas y los no comunistas era aún más enconada que en la Europa occidental debido a la cercanía del ejército soviético. La resistencia checoslovaca, por ejemplo, a partir de 1939, estuvo dirigida por el presidente en el exilio desde Francia, pero la derrota de Francia fue un segundo «Munich» para Beneš, y la resistencia checa pasó a seguir cada vez más las directrices soviéticas. En Yugoslavia y Grecia, lo accidentado del terreno facilitaba la práctica de la guerrilla, pero aquí también había una intensa rivalidad entre grupos comunistas y no comunistas. El ejército de Yugoslavia se había rendido pronto a la Wehrmacht en abril de 1941 (de los invasores alemanes, sólo murieron 151). Draza Mihailovic fue el único oficial serbio que se libró del hundimiento y la desmoralización del ejército yugoslavo, y se echó al monte con las tropas que le quedaban, a las que llamó *chetniks* en homenaje a los que habían luchado contra los turcos. A los pocos meses, estos luchadores serbios leales a la Corona competían encarnizadamente con las fuerzas partisanas comunistas dirigidas por el mariscal Jusip Tito. El panserbianismo y el monarquismo de los *chetniks* tenía poco que ver con el comunismo del croata Tito, que aspiraba a la creación de una Yugoslavia federal, y la colaboración entre ambos grupos fue imposible. Los *chetniks* fueron los más perjudicados, y el programa político de Tito y su lucha contra los *chetniks* y los fascistas croatas *ustasha* hizo que la resistencia en Yugoslavia, igual que en Grecia y Rumanía, provocase una guerra civil y una revolución.

La resistencia intelectual y espiritual

En la Europa del Este, el comunismo de marchamo soviético constituía la base intelectual de muchos de los movimientos de resistencia. En el resto de Europa, y a veces desde el exilio, escritores, artistas y eclesiásticos se esforzaban por prestar su apoyo intelectual y espiritual a quienes participaban en la resistencia activa o pasiva. Incluso hubo una especie de movimiento intelectual de «resistencia» en Gran Bretaña.

La necesidad de seguridad y unidad frente al enemigo limitaba la libertad de expresión de destacados intelectuales británicos. Aunque, como hizo notar George Orwell, «el gobierno británico empezó la guerra con la intención más o menos confesada de mantener al margen de la misma a la intelectualidad», en 1943 casi todos los escritores, «por indeseables que fueran sus opiniones» habían sido absorbidos por «la BBC o algún otro empleo de tipo básicamente literario». La aportación de escritores como Orwell y J. B. Priestley a la propaganda británica fue importante, pero a veces su trabajo oficial no casaba con sus convicciones izquierdistas. Orwell, por ejemplo, desconfiaba profundamente de las autoridades y de las tendencias colectivistas del estado en guerra. En sus charlas radiofónicas, Orwell, al igual que Priestley, insistía en que la guerra era en defensa de «un pueblo insular excepcional» y ensalzaba las «grandes» cualidades de los británicos. Pero no siempre seguía las consignas gubernamentales, al intentar transmitir su preocupación ante la posibilidad de que la ampliación

de los poderes del Estado durante la guerra y luego en tiempo de paz (a través del plan Beveridge) destruyese la «gentileza» propia «de la civilización inglesa».

Sobre todo, como muchas lumbreras izquierdistas que figuraban entre los locutores de más éxito de la BBC, Orwell quería que la gente de clase obrera pensara en el futuro en términos positivos, así como en la necesidad de eliminar «la ineficacia, los privilegios de clase y la tiranía de lo viejo». La necesidad de justicia social era un mensaje que gozaba de gran aceptación, hasta el punto de que en 1942 un destacado conservador se quejó de que demasiados izquierdistas hubiesen alcanzado «posiciones relevantes».

La necesidad de transmitir una imagen positiva del futuro también tuvo su importancia en la resistencia intelectual francesa. En 1941 el escritor francés Jean-Paul Sartre —liberado de un campo de concentración alemán e inspirado por su idea de que «cada escritor está comprometido con su tiempo» y todo autor «es responsable» ante la sociedad— se convirtió en uno de los dirigentes de la resistencia intelectual a la ocupación alemana. Su principal objetivo era convencer a los franceses de que los «pecados de los franceses» no eran los culpables de la victoria alemana, y que, en lugar de recrearse en los errores del pasado, había que prestar atención «al futuro que aún tenemos la libertad de modelar». Este era el tema de su drama, basado en la mitología griega, *Las moscas*.

La censura en la Francia ocupada era estricta, pero no tanto como para impedir la publicación de obras de teatro y libros de tema clásico e histórico. De hecho, esta táctica se empleó también en Alemania para esquivar el rigor muy superior de la censura. Tal y como explica el director del *Deutsche Rundschau*, una de las pocas publicaciones de la época de Weimar que siguió apareciendo bajo el régimen nazi: «Criticábamos a los déspotas y los crímenes cometidos en todas las épocas de la historia, ilustrándolo con retratos de los tiranos de la Antigüedad, los césares de la Roma del bajo imperio, Genghis Jan ... y dejábamos que el lector sacara sus propias conclusiones».

En Francia e Italia había asimismo una prensa clandestina, que se publicaba en París, como *Combat*, *L'Humanité* y *Les Lettres Françaises*. En el consejo de redacción de *Les Lettres Françaises* figuraban autores como Sartre, Edith Thomas, Jean Paulhan y Albert Camus. En 1943 tenía una tirada de más de 12.000 ejemplares y un número muy superior de lectores, ya que la revista circulaba de mano en mano. Del mismo modo que los escritores antifascistas de toda Europa y del exilio, la revista aspiraba a formular un ideal ético opuesto al del fascismo. Muchos intelectuales políticamente radicales acudieron en defensa de las libertades tradicionales: libertad de expresión, libertad de pensamiento y defensa de la dignidad humana. La revista denunciaba también a los escritores que, como François Mauriac, director de la prestigiosa *Nouvelle Revue Française*, publicaban elogios de los ocupantes alemanes.

Otros autores franceses no eran partidarios de una resistencia física e intelectualmente activa, sino de mantenerse firmes en la autoestima al modo estoico, guardando un silencio absoluto. Este llamamiento francés a la resistencia

pasiva —ejemplificado por la novela de Vercors (Jean Bruller) *Le Silence de la Mer*— tuvo su paralelo en las obras de resistencia de algunos críticos del nazismo que se habían quedado en Alemania después de 1933. Los poetas y escritores alemanes hacían hincapié en la idea de que la nación alemana estaba presa, a la espera de la liberación, que sólo podía obtenerse mediante el sufrimiento. Como escribió Werner Bergenruen:

> Quien resiste hasta el final
> recibe el más genuino galardón,
> ni un ápice de constancia es vano.[9]

Para la mayoría, las oportunidades para ejercer la resistencia intelectual en Alemania eran extremadamente limitadas. Cientos de escritores, poetas, científicos, artistas y músicos alemanes habían huido de su país hacia Suiza, Gran Bretaña, Estados Unidos o la URSS desde 1933, y desempeñaron un papel muy importante en la «educación» de la opinión pública fuera de Alemania. Thomas Mann emitía sus charlas al pueblo alemán desde Ginebra; su hijo, Klaus, publicó sus memorias y sus relatos en los Estados Unidos, igual que su colega y amigo, el austríaco Stefan Zweig. La vida en el exilio no era nada fácil. Según Klaus Mann, «en este mundo de estados nacionales y nacionalismos, un hombre sin nación, una persona sin estado, lo pasa mal». La mayoría de los que se quedaron pusieron su talento al servicio del Reich. Un caso típico es el del funcionario del partido y escritor Werner Beumelburg, quien definió su misión como «purificar y dar forma al destino de Alemania». Además, a los escritores nazis los animaban a escribir sobre temas militares y heroicos que levantasen la moral en tiempo de guerra.

Pese a todo, en Italia, donde la censura fascista no fue nunca tan fuerte como en la Alemania nazi, la guerra marcó el inicio de una nueva etapa en la resistencia intelectual contra el fascismo. La segunda guerra mundial fue impopular en Italia desde el principio. La cantidad y la difusión de las publicaciones de la resistencia, como *L'Unità*, con sede en Milán, aumentó después de 1940, y cuadros como la *Crucifixión* de Renato Guttuso, representaban el sufrimiento y la futilidad de la guerra. Una serie de escritores destacados, sobre todo Elio Vittorini, rompieron con su pasado fascista para criticar tanto el modo de llevar la guerra como la naturaleza moral del gobierno.

Las actividades de los escritores y artistas italianos no recibieron mucho apoyo por parte de la Iglesia de Roma hasta 1943. Hasta su mensaje de Navidad de 1942, que denunciaba el «culto al estado» y el «racismo», el papa Pío XII mantuvo un relativo silencio sobre el impacto de las actividades fascistas y nazis en Europa. En 1940 el papa se prestó a servir de canal de comunicación secreto entre conspiradores alemanes contrarios a Hitler y el gobierno británico, con la esperanza de que ello contribuyera a salvar vidas. La mayoría de cristianos creía que la resistencia a un gobierno inmoral tenía que ser pasiva. La Iglesia de Roma también tenía en cuenta aspectos de índole temporal: el peligro de bolchevización de Europa y el riesgo de que primero los fascistas italia-

nos y después los soldados alemanes entrasen en el Vaticano. En 1944 Hitler amenazó: «Ahora mismo me voy al Vaticano. ¿Creéis que me importa el Vaticano? Enseguida nos haremos con él».

Sin embargo, a escala local, muchas monjas, monjes y eclesiásticos opusieron una resistencia activa a sus gobiernos y ocupantes fascistas. Hitler odiaba a los católicos y despreciaba a los pastores protestantes. Estaba decidido a eliminar la influencia de la Iglesia en cuanto hubiera ganado la guerra contra Rusia porque, como argumentaba el jefe de la cancillería del partido, Martin Bormann, «todas las influencias que puedan obstaculizar, o incluso perjudicar, el gobierno del Führer y del partido deben ser eliminadas».

La advertencia de Bormann a las «Iglesias y a sus agentes, los pastores» se produjo después de una serie de sonoras protestas de pastores protestantes y católicos contra el programa de eutanasia del partido. El más famoso de todos, el obispo de Münster, Clemens August von Galen, denunció en público la campaña de eutanasia como una «violación del quinto mandamiento», y presentó la denuncia correspondiente ante la jefatura de policía y la del fiscal. Esta y otras protestas consiguieron limitar muy seriamente el programa. Pero no hubo protestas comparables contra el asesinato de los judíos.

Dietrich Bonhoeffer, un destacado pastor luterano antinazi, que decidió regresar a Alemania desde los Estados Unidos en 1939, fue más lejos que la mayoría, e intentó otorgar legitimidad intelectual y espiritual a la resistencia activa en sus escritos, sobre todo su *Ethiks* (1943). En 1943 lo detuvieron y lo ejecutaron en Buchenwald en 1945, pero su ejemplo, tal vez más que ningún otro, fue importante para la Alemania de la posguerra como modelo de resistencia heroica. La aportación más significativa de muchos escritores y artistas no se produjo durante la guerra, sino después, gracias a sus brillantes ideas sobre cómo debía ser la sociedad en la posguerra. Pero hicieron falta algo más que ideas para derrotar a las potencias del Eje.

La ofensiva aliada, 1943-1945

La victoria de Montgomery en El Alamein marcó prácticamente el inicio de las tentativas aliadas de liberación de la Europa occidental. La «operación Antorcha» fue el desembarco anfibio más importante realizado hasta la fecha, y entre noviembre y mayo de 1943 los alemanes y los italianos fueron expulsados por completo del norte de África. Luego vino la reconquista de Sicilia e Italia. Se tardó 58 días en preparar los desembarcos en Sicilia, y 38 más hasta que lograron su objetivo. Pasaron 17 días antes del asalto a la península italiana, pero la difícil lucha tuvo importantes consecuencias políticas. En julio de 1943, en su primera reunión desde 1939, el Gran Consejo fascista destituyó a Mussolini, y, en septiembre de 1943, los italianos firmaron la paz por separado. La reconquista de Italia por los aliados no fue nada fácil. Pocos soldados italianos eran como el soldado Angelo, el protagonista de la novela homónima de Eric Linklater, que meditaba: «nos ha costado mucho tiempo perder la gue-

rra, pero gracias a Dios, por fin la hemos perdido». En diciembre de 1943, los aliados estaban a las puertas de Cassino y no fue hasta diciembre de 1944 cuando llegaron a los Dolomitas.

Hitler todavía sentía suficiente afecto por su aliado italiano como para enviar a un comando de paracaidistas alemanes que rescató a Mussolini de su prisión en las montañas (13 de octubre de 1943) y lo restauró en el poder en Gargano, en el norte del país, pero, a pesar de todo, el efecto psicológico de la retirada italiana de la guerra fue inmenso. Incapaz de explicar adecuadamente a su pueblo por qué Italia estaba en guerra, un problema al que había que añadir la grave escasez de alimentos, combustible y ropa, Mussolini perdió su apoyo. Los aliados se pelearon por si debía presidir el gobierno italiano el mariscal Pietro Badoglio o el intelectual disidente Carlo Sforza, y especularon con la posibilidad de apoyar a los *chetniks* en Yugoslavia, pero al final decidieron respaldar a los partisanos de Tito porque mataban a más alemanes. En Albania también el movimiento de resistencia comunista encabezado por el coronel Enver Hoxha se impuso a la resistencia republicana, lo que tendría importantes consecuencias para el tipo de gobierno del país en la posguerra.

Con Grecia a punto de desintegrarse en una guerra civil a comienzos de 1944, era evidente que no sería fácil derrotar a Alemania por esa ruta. Los norteamericanos seguían decididos a lanzar una invasión a través de Francia, y descartaban airados los temores británicos de un segundo Passchendaele o Dunquerque, al tiempo que señalaban el avance del ejército soviético en el Este como ejemplo de la movilidad de la guerra y de la necesidad de abrir un frente occidental en Francia. A finales de agosto de 1943, el Ejército Rojo penetró en Bulgaria, en diciembre de 1944 había llegado a Yugoslavia y avanzaba por Checoslovaquia, y en abril de 1945 el frente oriental se encontraba situado en Königsberg y Pillau, donde las fuerzas soviéticas llevaron a cabo una desenfrenada orgía de saqueos, violaciones y asesinatos, que dio lugar a la inmediata circulación de historias de horror sobre la barbarie del Ejército Rojo.

Hitler y Stalin se pasaron la guerra anunciando a bombo y platillo que el gran combate era la prueba suprema de sus ideales políticos respectivos. Pero en realidad, la guerra puso a prueba la resistencia de sus economías, el talento de sus mandos militares (cuando podían trabajar sin verse perjudicados por las intromisiones de los dictadores) y la disposición de las familias a sacrificar a sus hombres en el combate, a trabajar en las industrias de guerra y a entregar sus hogares y sus vidas a las bombas enemigas.

La fase final de la guerra estuvo acompañada por bombardeos aún más frecuentes y terroríficos. Para compensar el fracaso de los bombardeos británicos sobre Alemania en 1940 y demostrar el valor del mando responsable de los bombardeos, el mariscal de las fuerzas aéreas Arthur («Bombardero») Harris defendió los bombardeos de saturación: había que llenar el cielo con más de mil aviones a la vez. Pero, a pesar de las afirmaciones en el sentido contrario, los bombardeos masivos de los aliados no consiguieron frenar el aumento de la producción industrial alemana entre 1943 y 1944. Por otro lado, los terribles ataques con bombas incendiarias sobre Hamburgo y Dresde (ciudad esta que

Harris describió como «más parecida a una hoguera que a un lugar habitado») la noche del 13 al 14 de febrero de 1945 apenas afectaron la moral de los alemanes, aunque algunos historiadores actuales alegan que la campaña de bombardeos contra la red de transporte alemana de finales de 1944 sí contribuyó de forma significativa al hundimiento de la economía de guerra y del esfuerzo de guerra de Alemania. Los habitantes de la «Europa aliada» también sufrieron lo suyo por culpa de los bombardeos hacia el final de la guerra a causa de las «armas secretas» de Hitler: los cohetes V1 y V2. Estas armas aparecieron demasiado tarde como para tener una influencia decisiva en la guerra, pero los 9.300 terroríficos cohetes que cayeron sobre Inglaterra hicieron mella en la moral de la población.

Los ataques estratégicos de los norteamericanos contra la industria de aviación alemana, en cambio, tuvieron una influencia mucho mayor en el enemigo, y, al igual que los cohetes alemanes, anunciaron el camino que seguiría la tecnología militar. Bombardear ciudades sólo conseguía provocar víctimas: después de los ataques a Dresde, se contabilizaron 25.000 muertos y 35.000 desaparecidos. Tras estas estadísticas se esconde una espantosa tragedia humana. Una joven alemana anotó en su diario la tragedia de un ataque aéreo aliado sobre Berlín: «una muchacha de 16 años estaba de pie encima de un montón de cascotes, recogiendo ladrillos uno a uno, sacándoles el polvo con cuidado y volviendo a tirarlos. Al parecer, toda su familia había muerto enterrada allí debajo, y ella se había vuelto loca». Los muertos de Rotterdam, Hamburgo, Londres, Coventry, Dresde, Varsovia y Berlín destacan entre todas las víctimas de los ataques enemigos que aún se recuerdan. Pero otros lugares, como Hull o Le Havre sufrieron de un modo atroz. Fuera de pueblos y ciudades, las bombas mal dirigidas caían al azar, mientras que las mujeres que trabajaban en campo abierto eran blancos perfectos para los cazas de combate en vuelo rasante.

El «segundo frente» que Stalin se había pasado tanto tiempo exigiendo se abrió por fin el 6 de junio de 1944, cuando las fuerzas aliadas, bajo el mando del general estadounidense Eisenhower, desembarcaron en Normandía. No todo fue como estaba planeado; así, por ejemplo, el desembarco aliado en la península de Cotentin fue un desastre, aunque sirvió para despistar a los alemanes, que estaban totalmente confundidos en cuanto a las verdaderas intenciones de los norteamericanos. De haber reaccionado los alemanes con mayor eficacia, la operación hubiera podido ser un desastre para los aliados. Pero no fue así, y en menos de tres meses fue liberada París, donde el general alemán Dietrich von Choltitz hizo caso omiso de las órdenes de Hitler de reducir la capital a «un montón de cascotes». El 19 de marzo Hitler promulgó su «orden Nerón» en la que daba instrucciones a sus soldados de que destruyesen todo lo que los invasores fueran a encontrar a su paso. La orden fue desobedecida y saboteada por nazis destacados, entre ellos Speer. Nada podía salvar a Alemania de una derrota inevitable. En abril de 1945 las tropas alemanas del Ruhr se rindieron, y, mientras las tropas aliadas se veían frenadas por la fanática resistencia de las SS en las montañas del Harz, el Ejército Rojo llegaba el primero a Berlín el 22 de abril de 1945. Hitler y Eva Braun, con quien se casó el *Führer*

en los últimos días del Reich, se suicidaron en su búnker berlinés el 30 de abril. Y el 9 de mayo Alemania firmó la rendición incondicional.

La guerra mundial duró lo suficiente en Extremo Oriente para que se abandonasen las «armas convencionales», como luego las llamarían, en busca de la paz. El horror de estas armas palidece en comparación con el fruto del proyecto «Manhattan» de los Estados Unidos. Los nacionalsocialistas habían dejado de trabajar en las armas atómicas en 1942, por creer que tardarían demasiado en obtener resultados como para que éstas pudieran serles útiles para ganar la guerra. Científicos norteamericanos y británicos, ayudados por exiliados de la Europa ocupada por los nazis, prosiguieron sus investigaciones en este campo y desarrollaron de tapadillo su propia «arma secreta». El 6 de agosto de 1945 el «Enola Gay» lanzó una bomba de uranio de 14 kilotones sobre Hiroshima. El mundo había cambiado para siempre. La tecnología nuclear, utilizada por primera vez no en Europa, sino en Japón, ahora podía destruir algo más que pueblos, ciudades y miles de habitantes: podía acabar por destruir la Tierra.

Las relaciones aliadas, 1943-1945

Con la derrota de Alemania, las tensiones entre los aliados, o las «Naciones Unidas», como habían dado en llamarse, salieron a la luz. Habían surgido algunas discrepancias en las relaciones anglonorteamericanas sobre la forma de llevar la guerra, y sobre todo acerca de las relaciones de Gran Bretaña con su imperio, pero eso no era nada comparado con la frustración cada vez mayor que representaron para norteamericanos y británicos sus relaciones con la Unión Soviética. La desconfianza mutua de los años treinta, acrecentada por culpa del retraso en la abertura del «segundo frente», la magnitud y la naturaleza del avance soviético y los planes de paz —sobre todo la polémica cuestión de qué hacer con Polonia y Alemania— provocaron la sustitución de la guerra caliente que había asolado Europa durante seis años por una «guerra fría» que dominaría las relaciones políticas a lo largo de los 45 años posteriores.

Las conferencias aliadas de Casablanca (enero de 1943) y de Teherán (noviembre de 1943), en plena guerra, fueron encuentros cordiales, y la conferencia de Yalta, de ominoso recuerdo, en aquellos momentos no pareció muy distinta. Pero los compromisos que se alcanzaron en Yalta costaron muy caros. Estaba clarísimo que Stalin no estaba dispuesto a que las fronteras de Polonia volvieran a ser las de 1939, como tampoco que el gobierno polaco no estuviera dominado por los comunistas. También surgieron discrepancias en cuanto a la configuración de la futura Organización de las Naciones Unidas, el nuevo organismo de paz que, era de esperar, impediría el estallido de conflictos en lo sucesivo. Pronto se impuso la frustración ante el resultado de la conferencia de Yalta, al ponerse de manifiesto que el equilibrio de poder se había alterado drásticamente en favor de la Unión Soviética, que era sin duda alguna la mayor potencia europea.

Las tensiones entre las «Naciones Unidas» no disminuyeron con la rendi-

ción incondicional de Japón el 14 de agosto de 1945, después de que la Unión Soviética le hubiese declarado la guerra el 8 de agosto. Las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki habían marcado la suerte del imperio japonés, y, tal como anotó un alto cargo norteamericano, «la sensación de alivio de todos los implicados cuando la bomba estuvo terminada y la tiraron fue enorme». Pero el alivio duró poco. La última de las grandes conferencias de las Naciones Unidas se celebró en Potsdam (julio-agosto de 1945), a poca distancia de las ruinas de Berlín. Fue una conferencia muy distinta de las de Teherán o Yalta. De los grandes líderes de la guerra, sólo asistió Stalin (junto con Chiang Kai-Shek). Churchill había sido sustituido por Attlee, mientras que la muerte de Roosevelt había llevado a Harry S. Truman a la Casa Blanca, y esos dirigentes discutieron con Stalin el inquietante futuro del mundo. Gran Bretaña, Alemania y Francia habían tenido un papel decisivo en el origen de dos guerras «calientes» que contribuyeron a modelar el siglo XX, pero no fueron más que simples escenarios de la guerra fría. Los principales actores de la escena internacional eran ahora los Estados Unidos y la Unión Soviética, a la que vetaron el acceso al secreto de «la Bomba» y la participación en la ocupación (exclusivamente) norteamericana del Japón.

Los orígenes de la guerra fría se encuentran en los momentos inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial. La guerra fría fue tan «inevitable» como la segunda guerra mundial fue la consecuencia «inevitable» de la primera, aunque es difícil imaginar que las relaciones Este-Oeste hubieran podido dejar de ser problemáticas. Entre el inicio de la primera guerra mundial y el de la segunda transcurrieron 25 años, y, si contamos la guerra fría, en el siglo XX Europa ha aguantado más de 54 años de «guerra mundial». Pero, en general, los historiadores han evitado la tentación de considerar las dos guerras mundiales como capítulos consecutivos de una misma historia.

Las dos guerras mundiales fueron diferentes en sus causas, orígenes y consecuencias. El káiser Guillermo II representaba el autoritarismo y la política «tradicionales», como los Romanov en Rusia y los Habsburgo en Austria, mientras que el «expansionismo» de Hitler hundía sus raíces en la confusa pero cautivadora ideología nacionalsocialista, que anunciaba el principio de lo que Winston Churchill dio en llamar «una nueva Edad Oscura, aún más siniestra y acaso más prolongada por culpa de la luz de la ciencia corrupta». Aunque los orígenes de la segunda guerra mundial sólo se pueden entender si tenemos en cuenta la diplomacia de los demás países, aparte de la alemana, la diplomacia alemana sólo se puede entender a la luz de la ideología, la estrategia y la economía del nacionalsocialismo. La política exterior de Hitler es el resultado de algo más que el simple deseo de lavar la «afrenta» de Versalles.

La segunda guerra mundial no fue un episodio autónomo, sino que la historia posterior a 1945, muy distinta de la historia del período de entreguerras, está inextricablemente unida a la historia de lo que ocurrió entre 1939 y 1945. No hubo un acuerdo de paz como los de 1919, ni tampoco hubo garantías provisionales de paz, a pesar de la rendición incondicional de las principales potencias vencidas —Alemania, Japón e Italia— y de la creación de una Organi-

zación de las Naciones Unidas con unas competencias mucho más amplias que las de la antigua Sociedad de Naciones. Resulta significativo que la sede de la ONU no estuviera en Europa, sino en Nueva York. En el mundo de la posguerra, la palabra «mundial» adquiriría una nueva relevancia: asuntos mundiales, problemas mundiales, sin olvidar las armas de destrucción mundial, que ofrecían a la «humanidad» (una palabra cada vez más utilizada) un nuevo abanico de posibilidades y de cálculos de «equilibrio», disuasión, terror y poder.

Capítulo X

LA CONGELACIÓN Y EL DESHIELO EN LA EUROPA DE LA POSGUERRA, 1945-1989

Para los habitantes de Moscú la paz empezó oficialmente a las 2 de la madrugada del 8 de mayo de 1945, con una salva de mil cañones, que vitorearon algunos ciudadanos, mientras otros lloraban, recordando a los seres queridos que ya no volverían. En Londres, en Trafalgar Square, la gente lanzaba fuegos artificiales, cantaba y se abrazaba, mientras bajo el Arco de Triunfo parisiense el general De Gaulle rendía solemne homenaje a la tumba del soldado desconocido antes de que una multitud eufórica rompiera las barreras que la rodeaban llevada por el entusiasmo de la celebración. En Alemania, en cambio, la noticia de la derrota fue acogida entre el silencio absoluto y la apatía, a pesar de los temores aliados de que los soldados jóvenes y fanáticos se negasen a deponer las armas.

Sin embargo, en toda Europa el goce de la victoria no tardó en verse sustituido por el aleccionador reconocimiento del precio que habían pagado tanto los vencedores como los vencidos. «Este noble continente», proclamó Winston Churchill en 1946 en la neutral Suiza, contenía «una inmensa y temblorosa muchedumbre de seres humanos atormentados, hambrientos, desatendidos y confusos», que contemplaban boquiabiertos las ruinas de sus ciudades y escrutaban «la oscuridad del horizonte en busca de nuevos peligros, tiranías o terrores».

Los daños de la guerra

La segunda guerra mundial había superado con creces a la precedente en pérdidas de vidas y propiedades. Esta vez, Gran Bretaña y Francia habían sufrido menos que en la primera guerra mundial, con 260.000 y 620.000 víctimas respectivamente, pero en la Europa central y del Este las pérdidas humanas fueron enormes. Los civiles muertos fueron muchísimos más que los militares. Se calcula que 20 millones de soviéticos perdieron la vida, mientras que las pérdidas proporcionales de Polonia, Yugoslavia y Alemania fueron aún mayores. Po-

lonia había sacrificado a más de 6 millones de hombres y mujeres, Yugoslavia, a 1,7 millones, y Alemania, a más de 5 millones. Más de la mitad del ganado de Polonia y Yugoslavia había muerto, y la red de transportes de la Europa del Este se encontraba en ruinas. Los saqueos de los nazis en su retirada y del Ejército Rojo en su avance también le costaron muy caros a la Europa del Este.

Las pérdidas totales por saqueo provocadas por Alemania se calculan en alrededor de 20.000-25.000 millones de dólares, mientras que el saqueo de los soviéticos, con la excusa de tratarse de «justas reparaciones», fue especialmente despiadado en los territorios europeos que habían sido aliados de las potencias del Eje: Bulgaria, Hungría y Rumanía, aunque fue la Alemania del Este ocupada por los soviéticos la que más sufrió. Tal y como recordaba Charles Kindleberger, un economista norteamericano que trabajaba para la comisión de las reparaciones de guerra, mientras «los Estados Unidos alimentaban a su zona y los británicos hacían lo que podían por alimentar a la suya ... [los] rusos saqueaban la suya. Era igual que una vaca con la boca en una zona y la ubre en la otra».

También hubo daños de una magnitud impresionante. En Polonia, Yugoslavia, Rusia, Grecia, Italia, el norte de Francia, Bélgica, los Países Bajos y Alemania había tenido lugar una guerra móvil y mecanizada, y, al mismo tiempo, los intensos bombardeos habían provocado inmensos destrozos en la práctica totalidad de las grandes conurbaciones europeas. En ciudades como Coventry, Rotterdam y Varsovia sólo abundaba una cosa en 1945: los cascotes, que se medían por hectáreas o montañas, y debajo de los cuales yacían hogares, escuelas, iglesias, hospitales, fábricas, tiendas y estaciones. Para los habitantes de las ciudades, que malvivían en medio de la mayor escasez de alimentos y ropa, la paz trajo mayores sufrimientos hasta que empezó a notarse una mejora. Para muchos, la falta de cobijo fue lo peor de todo. En Düsseldorf, por ejemplo, se calcula que el 93 por 100 de los edificios eran inhabitables, y la escasez de viviendas urbanas en Europa se agudizó con la llegada del invierno.

Un río de refugiados

Cerca de 50 millones de personas habían sido expulsadas de sus hogares por el avance de los ejércitos, sobre todo el de la Unión Soviética, y la búsqueda de un refugio pronto dio pie a la mayor migración conocida en Europa en los últimos 1.500 años. Los refugiados huían en múltiples direcciones, aunque el principal flujo iba de este a oeste. Asimismo, los prisioneros y los forzados que habían sido capturados por los nazis empezaron a abandonar Alemania tras el cese de las hostilidades. A todos ellos se les conocía como «personas desplazadas» (PD), a la espera de que los repatriasen o de que les dieran un permiso de inmigración para emprender una nueva vida en el extranjero.

Según los cálculos de los aliados, en 1945 había por lo menos 25 millones de PD procedentes de toda Europa, de los cuales los mayores contingentes procedían de la Unión Soviética, Francia, Polonia, los Países Bajos, Bélgica, Italia y Yugoslavia. Su alojamiento solía ser temporal y rústico, y su alimentación,

escasa. A algunos desplazados los concentraron en Dachau, un antiguo campo de concentración convertido en campo de refugiados. «¿Cómo es posible que, vaya adonde vaya, en todas partes sienta el hedor de los campos de desplazados?», se preguntaba el novelista inglés Evelyn Waugh en su diario de noviembre de 1946.

Para otros, como la población de origen alemán (*Volksdeutsche*) residente en la Europa del Este desde el siglo XIII, la paz puso fin a una migración que había empezado con su traslado primero a Alemania en 1939-1940, y después a Polonia en 1941, para volver a ser evacuados ante el avance del Ejército Rojo. Pero el proceso de repatriación no era sencillo. Los ucranianos y letones que habían luchado contra el Ejército Rojo no se atrevían a volver a su país (aunque a algunos los obligaron a ello), mientras que miles de judíos ansiaban huir de Europa, a pesar de la ignominia de que el barco de refugiados judíos *Exodus*, cargado con los demacrados supervivientes de los campos de exterminio, no consiguiera que lo autorizasen a atracar en Palestina ni en Europa.

Los acuerdos firmados entre la Unión Soviética y países de la Europa del Este provocaron nuevas oleadas migratorias, ya que regiones como el norte de Checoslovaquia, la parte meridional de Bohemia y Moravia, donde habían vivido tres millones de alemanes de los Sudetes, fueron repobladas con checos y eslovacos. En febrero de 1946 Checoslovaquia y Hungría firmaron un acuerdo que sancionó el traslado forzoso de 200.000 magiares de Checoslovaquia a Hungría, y de 200.000 eslovacos de Hungría a Checoslovaquia. Fue especialmente trágico el destino de los polacos que vivían al este de la línea Ribbentrop-Molotov, la zona de Polonia que había absorbido la Unión Soviética en 1939: no era ningún secreto que Stalin tenía intención de conservar ese territorio, y a pesar de los esfuerzos de Churchill y Roosevelt en Yalta por proteger a los cuatro millones de polacos que vivían allí, Stalin deportó a dos millones a Polonia occidental entre 1945 y 1959.

Además de la lucha por el alojamiento estaba la lucha por la comida. En 1946 más de 100 millones de europeos subsistían con una dieta de sólo 1.500 calorías diarias (una dieta que haría adelgazar con toda certeza a los europeos sanos de hoy), mientras que a los alemanes que se encontraban dentro de las zonas de ocupación británica y norteamericana sólo les correspondían entre 900 y 1.000 calorías. La escasez de alimentos se prolongó mucho más allá del fin de la guerra, ya que no había nadie que sembrara, recogiera o distribuyera los productos del campo; una escasez agravada por el terrible invierno de 1946-1947. La agricultura y la industria europeas tardaron en recuperarse. E incluso al término de la escasez material y después de solucionar los problemas de transporte, el mayor problema de Europa fue conseguir las divisas suficientes para pagar las importaciones de alimentos y de otros productos básicos.

Para las naciones de Europa, que durante tanto tiempo habían estado orgullosas de sus industrias exportadoras, la guerra fue un grave trastorno. Para los débiles gobiernos de la posguerra, preocupados por la inflación y la destrucción generalizada, revitalizar el comercio internacional se convirtió en una necesidad imperiosa. Al igual que en la primera guerra mundial, la economía nor-

teamericana fue la más beneficiada de la guerra en Europa. Las exportaciones británicas al término de la guerra, por ejemplo, habían caído al 25-30 por 100 del nivel de antes de la guerra, y algunos países de la Europa del Este eran incapaces de exportar.

El legado de la resistencia y el colaboracionismo

En Alemania, 1945 quedó marcado como *Das Jahr Null* (el año cero), y la situación era crítica: los trenes habían dejado de circular, los bancos estaban cerrados, no había carbón ni, por consiguiente, electricidad, y apenas se encontraba comida. Europa no se hallaba en disposición de pagar su aprovisionamiento, pero los alemanes necesitaban comer. Las primeras tareas de ayuda humanitaria corrieron a cargo de la Administración de las Naciones Unidas para la Ayuda y la Rehabilitación (UNRAA), creada en 1943 para proporcionar comida, combustible, ropa, alojamiento y otras necesidades básicas. Pero los recursos de la UNRAA pronto llegaron al límite. En agosto de 1945 la Unión Soviética solicitó 700 millones de dólares para misiones de asistencia, pero tuvo que conformarse con 250 millones para las dos repúblicas devastadas de Bielorrusia y Ucrania. En el momento culminante de sus numerosas actividades, la UNRAA, uno de los frutos de la colaboración aliada durante la guerra, contaba con unos 25.000 empleados tanto dentro como fuera de Europa. Pero en 1947 la incapacidad de Europa para pagar los alimentos iba a provocar una crisis internacional de importantes consecuencias a largo plazo tanto para las relaciones diplomáticas entre las potencias europeas como para sus vínculos con las dos «superpotencias» que dominaban el mundo: los Estados Unidos y la URSS.

En 1945 muchos observadores norteamericanos bien vestidos y bien alimentados consideraban que los políticos y, de hecho, la política europea estaban moralmente en quiebra, opinión que compartía la Unión Soviética. Si las matanzas de la primera guerra mundial habían puesto en tela de juicio la confianza de Europa en el progreso de la humanidad, la segunda guerra mundial acabó con el menor atisbo de confianza en la superioridad moral de Europa. En los territorios que habían estado bajo la ocupación alemana, los «criminales» eran los «colaboracionistas», hombres y mujeres que habían trabajado para los alemanes y sus aliados durante la guerra, y entre los que destacaba el mariscal Pétain, el «patriota supremo» que había asumido el mando de la Francia de Vichy y había ayudado a crear un estado corrupto y autoritario en torno a su autoridad personal (los documentos oficiales de Vichy empezaban de este modo: *Nous, Philippe Pétain, chef de l'État*).

La desconfianza y la iniquidad promovidas por el gobierno de Vichy (que describe de modo tan conmovedor la novela de François Maspéro *La sonrisa del gato*) habían provocado que alrededor de tres a cinco millones de franceses denunciaran a sus conciudadanos, paisanos e incluso parientes. Ahora estos sentimientos se vieron superados por el deseo de castigar a los «colaboracio-

nistas». Es importante no exagerar las dimensiones ni de la resistencia ni del colaboracionismo en Francia. Si bien es cierto que en algunas regiones —sobre todo la Dordoña— los dirigentes de la resistencia se tomaron la justicia por su propia mano, el gobierno francés de liberación sólo sancionó 746 ejecuciones tras un juicio previo; sin embargo, se produjeron cerca de 9.000 ejecuciones sumarias, y los rumores de la época sitúan la cifra cerca de las 100.000.

En Alemania, los juicios de los criminales de guerra nazis, que empezaron en noviembre de 1945, fueron de índole diferente, pues formaban parte del proceso de desnazificación, y con ellos se pretendía recordar a todos los europeos, y no sólo a los alemanes, lo bajo que podía llegar a caer la humanidad. El siguiente fragmento del informe del general Stroop de las SS sobre la destrucción absoluta de Varsovia es típico del género de pruebas aportadas por la acusación en Nuremberg:

> Decidí destruir toda la zona residencial judía incendiando uno por uno todos los bloques ... Era bastante habitual que los judíos permanecieran en los edificios en llamas hasta que, debido al calor y al miedo a morir abrasados, preferían saltar desde los pisos superiores ... Pese a tener los huesos rotos, se esforzaban por arrastrarse por la calle hacia otros bloques a los que aún no se les hubiese prendido fuego.[1]

Muchos alemanes se sintieron avergonzados, horrorizados y furiosos al contemplar a sus antiguos dirigentes nazis, pero también estaban impacientes por iniciar la tarea de la reconstrucción, de modo que apenas se interesaban por los juicios. La población alemana, perpleja y confusa, se pasaba el día intentando conseguir comida, ropa, cobijo, y dejando mensajes en edificios arruinados por los bombardeos, en un esfuerzo por reunirse con el resto de sus familias. Los recordatorios de un pasado nada glorioso no eran bien recibidos: los veteranos de guerra, sobre todo los heridos, no consiguieron encontrar trabajo a su vuelta al hogar, y la gente rehuía a los antiguos presos de los campos de concentración. La desconfianza no se limitaba a los vecinos más inmediatos, sino que pronto fue imitada por la mala fe y las divisiones cada vez mayores entre el Este y Occidente en las relaciones internacionales.

Los orígenes de la guerra fría: el punto de vista occidental, 1945-1947

Si la guerra fría empezó con la decisión soviética deliberada de dividir Europa en dos, tuvo la misma importancia la decisión de las potencias occidentales de prorrogar la división de Alemania después de 1945. El problema de qué hacer con Alemania había preocupado sobre todo a los norteamericanos durante la guerra. De hecho, hubo incluso quejas en el seno de la administración Roosevelt de que se estaba dedicando demasiada atención a hacer planes de paz y muy poca a hacer la guerra. En 1944, la propuesta que mayor repercusión obtuvo fue la de Henry Morgenthau Jr, secretario de Estado del Tesoro de los

Estados Unidos, quien propuso que el mundo impusiera una paz punitiva a Alemania, que debería convertirse en un país «agrícola», cuyas zonas industriales, como el *Kohlenpot* (las carboneras) del Ruhr se entregarían, por ejemplo, a Francia.

Esta era la clase de compensaciones de paz que tenían en mente los aliados al incautarse de bienes alemanes en concepto de reparaciones en el curso de la guerra de «liberación» de Europa, y Francia y la URSS hicieron especial hincapié en la obtención de recompensas que les resarcieran de la agresión alemana. La estrategia del general De Gaulle, como la de Stalin, consistía en debilitar de forma decisiva a Alemania destruyendo todo rastro de autoridad centralizada, hasta el punto de que De Gaulle bloqueó toda tentativa del consejo supremo aliado por tratar a Alemania como un todo. En cierta medida, ello reflejaba las distintas experiencias de la guerra de Francia y la URSS en comparación con la de sus aliados «anglosajones», pero también era fruto de la actitud de Francia y Rusia hacia la historia de Alemania y el surgimiento del nazismo. Así, las cuatro zonas de ocupación militar se convirtieron muy pronto en cuatro unidades políticas diferenciadas, cada una de las cuales reflejaba la identidad política de su ocupante.

A finales de 1945 ya se habían descartado los proyectos de paz que trataban de debilitar a Alemania, en favor de una política que situaba de forma cada vez más clara a las zonas de ocupación británica, norteamericana y francesa de Alemania en el centro mismo de la defensa de Europa occidental. De forma parecida a lo que había sucedido en los años treinta, los gobiernos capitalistas de Europa occidental y los Estados Unidos temían que las privaciones económicas, más que la agresión directa de la Unión Soviética, bastara para que toda Europa occidental sucumbiera al comunismo. Sus temores parecían verse confirmados por los éxitos iniciales de los partidos comunistas de Francia, Italia y Grecia. Antes, los aliados, demócratas y comunistas por igual, se habían estremecido de horror al descubrir los campos de concentración, y estaban decididos a poner en práctica una política contraria a la confraternización con los alemanes. Pero ahora la necesidad de hacer frente a los problemas económicos cada vez mayores de Alemania provocó una reacción distinta por parte de los aliados occidentales.

Mientras el Departamento de Estado de Washington recibía informes exagerados sobre las ambiciones expansionistas de la URSS —entre ellos, destaca por su influencia el conocido como el «largo telegrama» de George Kennan, consejero de la embajada de los Estados Unidos en Moscú—, la situación en Europa seguía empeorando. Los créditos a la reconstrucción concedidos por las nuevas instituciones económicas creadas en Bretton Woods en 1945 —el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (el Banco Mundial)— resultaron ser completamente inadecuadas. Tampoco la UNRAA conseguía satisfacer la desesperada necesidad de Europa de dólares para comprar comida y otros productos básicos, y cuando los ministros de Asuntos Exteriores de las potencias ocupantes de Alemania se reunieron en marzo de 1946, los anglonorteamericanos y los soviéticos habían em-

pezado a desarrollar proyectos en su mayor parte incompatibles. En esta reunión, las diferencias de enfoque entre el Este y Occidente se pusieron de manifiesto, sobre todo debido a que la URSS y los Estados Unidos habían apelado directamente al pueblo alemán para que los apoyara en contra del otro, la URSS con la oferta de una república popular, y los Estados Unidos con la de un gobierno federal y liberal que preparase el terreno para la resurrección económica.

Asimismo, en febrero de 1946, Churchill, desde la oposición, se anticipó a la futura hostilidad de Occidente hacia el coloso soviético en su famoso discurso del «telón de acero» pronunciado en Fulton, Missouri:

> De Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente ... [Además], en muchos países, lejos de las fronteras de Rusia y por todo el mundo, surgen y actúan quintas columnas comunistas en completa armonía y absoluta obediencia respecto a la central del comunismo.[2]

Las palabras de Churchill las tachó Stalin en *Pravda* de «maniobra peligrosa y calculada», mientras que los argumentos del líder británico aún no resultaban atractivos para muchos norteamericanos, que sospechaban que el «miedo» que predicaba Churchill tenía su origen en el deseo de Gran Bretaña de que los Estados Unidos siguieran involucrados en Europa. En la administración norteamericana eran muchos los que seguían abogando por compartir con la Unión Soviética la tecnología de la bomba atómica, o que reclamaban una actitud más conciliadora entre el Este y Occidente, creyendo que el aumento de la tensión internacional perjudicaría la prosperidad mundial, y temerosos de que «cuanto más duros nos pongamos, más duros se van a poner los soviéticos». Esta actitud la ejemplifica el influyente periodista Walter Lippmann, quien argumentaba que las profecías fatalistas sobre el expansionismo soviético eran burdas exageraciones y que era posible llegar a un acuerdo político sobre Europa central y del Este. En 1947 los artículos de Lippmann aparecieron juntos en un libro titulado *The Cold War* (*La guerra fría*, septiembre de 1947), una expresión que pronto se introdujo en el vocabulario político mundial.[3]

A lo largo de 1946, siguió sin haber progreso alguno en torno a la cuestión, todavía por resolver, del trato que había que dar a la Alemania derrotada. El secretario de Estado de los Estados Unidos James Byrnes, lo único que logró sacar en limpio de sus innumerables reuniones con su homólogo soviético, Molotov, fue que a éste le gustaba tanto el whisky norteamericano como el vodka ruso. El ministro de Asuntos Exteriores británico Ernest Bevin estaba igual de impaciente con la Unión Soviética. Con gran disgusto de la nutrida minoría británica, en la que figuraban muchos miembros del Partido Laborista —que querían una política más independiente y menos pronorteamericana—, Bevin estaba decidido a echar la culpa de la falta de acuerdo al Kremlin, y, haciendo causa común con el Partido Conservador, Bevin secundó a Churchill al calificar a la Unión Soviética del principal obstáculo para la paz y la estabilidad.

La necesidad de mejorar la situación de Alemania y, al mismo tiempo, aligerar la carga que representaba la ayuda para los contribuyentes de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos sirvió de acicate adicional para encontrar

una rápida solución al problema alemán. La administración de Alemania en zonas separadas era costosa, y el comercio entre las distintas zonas se realizaba como si se tratara de comercio entre estados independientes. En junio de 1946 los norteamericanos propusieron que las demás fuerzas de ocupación efectuasen una integración económica de las distintas zonas, pero sólo los británicos aceptaron, y a finales de año ya estaba en activo la administración conjunta de ambas zonas, apodada «Bizonia». Pero la sangría de las arcas del Tesoro británico siguió su curso. Hasta marzo de 1947, Gran Bretaña continuó cumpliendo el compromiso de abastecer a los rebeldes anticomunistas de Grecia, pero además tuvo que hacer frente a dificultades en la India y Palestina.

Desde 1945 hasta 1947, los políticos de Europa occidental y los Estados Unidos estaban cada vez más convencidos de que, en palabras de Kennan, la «tradicional e instintiva sensación de inseguridad de los rusos» hacía inevitable «tanto la dominación soviética de la Europa del Este como las ambiciones comunistas en el resto del mundo». Pero en 1945 y 1946 había poca gente que se diera cuenta de que la hostilidad cada vez mayor existente entre el Este y Occidente fuese a generar una «guerra fría» que se extendería por todo el mundo durante 45 años. Cuando en septiembre de 1946 Byrnes anunció que «somos partidarios de la unificación económica de Alemania» y que si no podía garantizarse la unificación total, «haremos todo lo que esté a nuestro alcance para lograr el máximo posible de unificación», de lo que se trataba era de unificar las tres zonas de Alemania bajo ocupación occidental y crear un gobierno democrático liberal a imagen y semejanza de los de las potencias vencedoras occidentales, lo que, en la práctica, suponía el aislamiento permanente de la zona soviética.

El punto de vista del Este, 1944-1946

En Occidente, la evolución de la situación desesperada en la que se encontraba Alemania y la inquietud creciente respecto a las intenciones soviéticas entre los aliados occidentales fue lo que hizo aumentar la tensión en las relaciones Este-Oeste. En el Este, los acontecimientos que tuvieron lugar durante la guerra ayudaron a materializar las ambiciones de Stalin de convertir la Europa del Este en una zona procomunista de seguridad para la Unión Soviética. Muchos europeos identificaban el comunismo con una doctrina idealista y liberadora, limpia de toda asociación con la crisis del capitalismo y del liberalismo democrático de los años treinta o con la barbarie del fascismo de los años cuarenta. Desde luego, muchos de los futuros dirigentes comunistas —como el alemán Erich Honecker (1971-1989) y el checo Gustáv Husák (1969-1988)— poseían unas credenciales antifascistas impecables, después de haber pasado largos años en las cárceles fascistas. La extensión del intervencionismo estatal durante la guerra contribuía también a que pareciese correcta la elección de gobiernos de signo comunista para que llevasen a cabo el inmenso esfuerzo de reconstrucción que haría falta una vez terminase la guerra.

Aunque la aplicación de la política estalinista en Europa pareciese incon-

gruente, sus objetivos no lo eran: Stalin estaba decidido a conseguirle a la URSS una zona de seguridad lo más extensa posible en la Europa del Este sin llegar a provocar a los Estados Unidos, con lo que así la URSS tendría tiempo de ponerse «a la altura» de la superpotencia rival. Stalin no se limitó a imponer la dominación soviética en la Europa del Este por el derecho de conquista en 1945, sino poco a poco, en respuesta a las circunstancias políticas de cada país de Europa oriental y a los acontecimientos internacionales. En 1948 era ya el amo absoluto de la mayor parte de la Europa del Este.

Cuando en el último año de la guerra pareció como si los partisanos comunistas armados, con el apoyo de movimientos políticos frentepopulistas, fuesen capaces de llevar la revolución comunista tanto a la Europa occidental como a la del Este, Stalin reaccionó con cautela, porque no deseaba indisponerse con sus aliados occidentales, y pidió a los partisanos comunistas, desde los Balcanes hasta Francia, que dejaran de hablar de la creación de gobiernos populares comunistas «desde la base», y, en cambio, aceptasen las propuestas de unirse en calidad de socios, aunque fuera como socios minoritarios, a los gobiernos de coalición de la posguerra. Los comunistas franceses, los italianos y, con muchas reservas, los griegos obedecieron. Pero la influencia de Stalin era limitada, puesto que en Yugoslavia, la revolución popular comunista «desde la base» dirigida por Tito había llegado demasiado lejos como para que Stalin pudiera detenerla.

La experiencia europea de los gobiernos democráticos en el período de entreguerras había sido breve e intermitente, pero Stalin no confiaba en absoluto que todas esas naciones consiguieran culminar con éxito la transición al comunismo. Había una diferencia notable entre países como Polonia, Rumanía y Bulgaria, que Stalin puso prácticamente bajo el dominio soviético a partir del momento en que el Ejército Rojo cruzó sus fronteras, y países como Hungría y Checoslovaquia, donde al principio la Unión Soviética se conformó con permitir que los comunistas ejercieran cierta influencia (aunque no un dominio absoluto) en el seno de gobiernos de coalición.

Una vez más, como había sucedido en el siglo XIX y durante la guerra civil rusa, Polonia era una amenaza para los planes estratégicos rusos. Los polacos eran un considerable obstáculo para la decisión de Stalin de garantizar la seguridad de la Unión Soviética. Su histórica hostilidad hacia Rusia, su vibrante catolicismo y el conocimiento por parte del público de que los soviéticos eran los responsables del asesinato de 150.000 oficiales polacos en el bosque de Katyn en 1943 eran un estorbo para Stalin. Hasta los comunistas polacos tenían una tradición de oponerse a las directrices de Moscú que se remontaba a Rosa Luxemburg; de modo que en julio de 1944 Moscú actuó con decisión para asegurarse de que el curso de los acontecimientos en Polonia les resultara favorable. En julio de 1944, el Comité Lublin, un grupo de dirigentes polacos dominado por los comunistas, perteneciente a la resistencia polaca y que había sido trasladado a Moscú sin reparar en atenciones, se instaló en Varsovia autoproclamándose gobierno legítimo de Polonia para frustrar las aspiraciones de los polacos de Londres, que habían dirigido desde el exilio la lucha contra los alemanes. Pero

eso no fue suficiente para asegurar la dominación soviética: en Polonia, como en Bulgaria y Rumanía en 1945, la intervención del Ejército Rojo fue decisiva.

En Checoslovaquia y Hungría, en cambio, donde al final de la guerra los comunistas dominaban el movimiento de resistencia y habrían podido hacerse con el poder de inmediato, antes hubo un interludio. En 1943 Stalin, Churchill y Roosevelt habían acordado que en toda Europa se instaurarían gobiernos de coalición al término de la guerra, y Stalin ordenó a los comunistas checos y húngaros que participasen en gobiernos de «frente popular» como se lo había ordenado a los comunistas de la Europa occidental. Pero había una diferencia importante entre las instrucciones que dio a los comunistas del Este y a sus camaradas del Oeste: en Checoslovaquia y Hungría las milicias comunistas no fueron desmovilizadas, y pronto se convirtieron en la base de un ejército y unas unidades de seguridad comunistas. También los reforzó el hecho de que procurasen hacerse con la poderosa cartera de Interior.

Klement Gottwald, el dirigente comunista checo, siguió a pies juntillas las instrucciones de Stalin. Lejos de imponer de inmediato su autoridad sobre los «comités revolucionarios nacionales» que habían surgido por toda Checoslovaquia, procuró aumentar el número de afiliados a esos comités en 1945 haciendo que participasen en ellos otros partidos políticos. Mientras tanto, Edvard Beneš, el dirigente checoslovaco que se había exiliado en Londres durante la ocupación nazi, seguía teniendo una voz influyente en la política checoslovaca. En mayo de 1946 se celebraron elecciones libres, y los comunistas obtuvieron el 38 por 100 de los votos, mientras que los socialistas conseguían el 51 por 100. Con ello resultaba evidente que los comunistas no lograrían el poder por medio de las urnas, pero, aún dirigidos por Gottwald, siguieron sin intentar nada.

Hungría era más vulnerable a un golpe comunista por ser una de las potencias del Eje derrotadas, pero también aquí en 1945 Stalin se apresuró a detener a los comunistas húngaros, deseosos de proclamar el advenimiento de la «dictadura del proletariado». Así pues, en Hungría también se celebraron elecciones en 1945. Los comunistas y los socialistas obtuvieron un nivel de apoyo parecido, pero cuando el Partido de los Pequeños Propietarios, de base campesina, obtuvo el 50 por 100 de los votos, fueron los aliados quienes dejaron muy claro que preferían la estabilidad que ofrecía un gobierno de coalición. Los comunistas se aprovecharon enseguida de ello, y en 1946 se hicieron con el Ministerio del Interior y le sacaron partido al enfrentamiento cada vez más agudo entre el bloque izquierdista de los socialistas, por un lado, y el Partido de los Pequeños Propietarios, por el otro. El resultado fue que en la Nochevieja de 1946 el Partido de los Pequeños Propietarios se fue del gobierno entre acusaciones de que algunos de sus principales dirigentes estaban implicados en una gran conspiración antirrepublicana. Después de acusar a los grupos políticos conservadores y centristas de «antisoviéticos» y «profascistas» y de expulsarlos del gobierno mediante lo que el dirigente comunista húngaro Mátyás Rákosi llamaría más adelante la «táctica del salchichón», ahora les tocó a los socialistas que los apartaran del poder de un tajo.

Esa misma táctica la habían utilizado antes en Bulgaria y Rumanía, donde había menos razones para obrar con cautela. Los tan cacareados gobiernos de frente popular de la Europa del Este se convirtieron, pues, en parodias de democracia —disimuladas tras su autoproclamada condición de «democracias populares»— en las que los comunistas se aprovechaban al máximo del dominio no sólo del ministerio del Interior, sino también de la maquinaria de propaganda.

El plan Marshall, 1947

Los acontecimientos de Europa occidental animaron a Stalin a consolidar la posición de los comunistas en la Europa del Este. A principios de 1947, los temas íntimamente relacionados del tratado de paz con Alemania y la unificación económica del país se convirtieron en cruciales, en unos momentos en que la situación general europea seguía empeorando. El invierno de 1946-1947, que había matado el trigo tardío, mientras que las inundaciones primaverales se habían llevado todo lo que se había vuelto a sembrar, provocó graves contratiempos al transporte ferroviario y por carretera, que afectaron por igual a vencedores y vencidos. Cuando el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional iniciaron sus actividades en la primavera de 1947, Francia se endeudó hasta las cejas con ambas instituciones, aunque ninguna de las dos hubiese sido creada con esta finalidad. En Alemania, los mineros del Ruhr pasaban tanta hambre, que, con el frío, los niveles de producción de carbón, ya de por sí bajos, cayeron aún más.

En lo más crudo del invierno, en febrero de 1947, los británicos, que también padecían sus efectos, informaron a los Estados Unidos de que no podían seguir prestando asistencia a los gobiernos griego y turco, y pidieron ayuda a los norteamericanos. Lo desesperado de la situación exigía que se adoptaran medidas radicales, que parecieron llegar con el anuncio del presidente Truman de lo que luego se daría en llamar la «doctrina Truman»: «la política de los Estados Unidos consistirá en apoyar a los pueblos libres que se resistan a cualquier tentativa de subyugarlos por parte de minorías armadas o presiones extranjeras ... Si flaqueamos en nuestro liderazgo, pondremos en peligro la paz mundial». Washington empezaba a convencerse de que el cáncer del comunismo se estaba extendiendo, alimentándose de la pobreza y la desesperación, y de que los Estados Unidos debían actuar para «contener» esa amenaza.

Ya había pasado el invierno cuando, el 5 de junio de 1947, el secretario de Estado de Truman, George Marshall, anunció en un discurso un exhaustivo plan de recuperación para volver a poner en pie a Europa. A todas las potencias europeas que tenían graves problemas para recuperarse de la guerra, sobre todo después del crudo invierno de 1946-1947, les ofrecieron un enorme paquete de ayudas. El Congreso y el pueblo de los Estados Unidos dieron un respaldo sin precedentes al plan, aunque su apoyo se debiera, en parte, al hecho de que el plan Marshall representaba uno de los principios fundamentales de la política

exterior norteamericana: la estabilidad económica ayuda a consolidar la democracia. El interés propio también tuvo que ver. Como dejaron muy claro tanto Truman como Marshall, el bienestar económico de los Estados Unidos dependía de la salud de los mercados europeos. El plan Marshall fue una declaración atrevida e imaginativa, mucho más que lo que el economista norteamericano Charles Kindleberger tildaría de un simple experimento con un coste de 17.000 millones de dólares «para poner a prueba las teorías sobre la relación entre el caos económico y el comportamiento político». Los historiadores actuales afirman que la confianza que la ayuda del plan Marshall infundió en Europa occidental, y el impacto de la guerra de Corea (1950-1953), fueron más importantes para la recuperación de Europa que la mera inyección de dólares norteamericanos.

A la Unión Soviética no le gustaban ni la naturaleza ni los objetivos del plan de 1947 y (tal como había previsto Occidente) se negó a participar. A pesar de que los países de la Europa del Este necesitaban ayuda económica desesperadamente y de que tanto Checoslovaquia como Polonia habían dicho que sí a las ayudas del plan Marshall, la Unión Soviética los obligó a mantenerse al margen. Las relaciones empeoraron cuando los comunistas del bloque del Este, junto con comunistas procedentes de Francia e Italia que se habían visto marginados del poder en sus respectivos países, fueron convocados a una reunión en Polonia, donde les presentaron la imagen del Kremlin de un mundo que había «repudiado los principios de la cooperación internacional» y se encontraba ahora dividido en dos bandos. Al dar expresión a esta imagen, desde luego, los soviéticos contribuyeron a convertirla en realidad.

Checoslovaquia, 1948

El futuro de Europa pendía ahora de Checoslovaquia, el único país centroeuropeo que a finales de 1947 tenía un auténtico gobierno de coalición. Para muchos occidentales, era como un puente, democrático pero dentro de la zona de seguridad rusa. Pero la democracia no iba a durar mucho. Las discrepancias entre los socialistas y los comunistas se habían vuelto cada vez más agrias a lo largo de 1947 (las tensiones abundaban también entre los comunistas); y en febrero de 1948, tras una acalorada discusión sobre los aumentos salariales de los funcionarios, los ministros del Partido Democrático Popular Eslovaco, el Partido Popular y el Partido Socialista Nacional dimitieron en pleno del gobierno. Fue un grave error táctico. Los comunistas convocaron inmediatamente una serie de grandes manifestaciones y crearon comités de acción por toda Checoslovaquia para recabar el apoyo popular al comunismo.

En marzo de 1948, el gobierno era ya del todo comunista, con la excepción de Jan Masaryk, ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia e hijo del primer presidente del país, pero ni siquiera este atisbo de diversidad política duró mucho: el 10 de marzo de 1948, encontraron a Masaryk y un colega del

gobierno muertos, aparentemente por haber «caído» desde una ventana situada en un piso alto. Las muertes dejaron atónitos a los occidentales, que llegaron a la conclusión inmediata de que habían tirado a Masaryk por la ventana (el parecido con la defenestración de los representantes de los Habsburgo en la Praga de 1648 resultaba una «prueba» muy tentadora), y enturbió aún más las relaciones entre el Este y Occidente. Tras el golpe, todos los partidos políticos de Checoslovaquia, incluido el Partido Comunista Eslovaco, fueron asimilados por el Partido Comunista Checo. A partir de febrero de 1948, Checoslovaquia, al igual que los demás países de lo que empezaba a considerarse el «bloque del Este», fue un régimen de partido único.

El bloqueo de Berlín, 1948-1949

Las diferencias ideológicas eran evidentes en el nuevo sistema de alianzas, lo que dificultaba aún más todo intento de encontrar soluciones prácticas y eficaces para los problemas de Europa. El caso más flagrante fue el de la reforma monetaria alemana de 1947-1948. Las potencias occidentales habían retrasado todo lo posible el tema de la reforma monetaria, sabedores de sus importantes repercusiones políticas y económicas: la introducción de una moneda que contara con el apoyo de Occidente en el área trizonal daría lugar a una economía totalmente distinta de la de la zona soviética, lo que, al mismo tiempo, provocaría la devaluación de la moneda de la zona oriental y, sobre todo, contravendría el acuerdo de tratar las cuatro zonas de Alemania como si fueran una sola unidad económica. Pero con el deterioro de las relaciones entre Este y Oeste y la inminente llegada de la ayuda del plan Marshall, algo había que hacer. Y se hizo de repente y en secreto: se imprimió un nuevo marco alemán, que empezó a circular por la «Trizonia» sin previo aviso en junio de 1948.

El resultado fue una espectacular escalada de la tensión en la guerra fría. El 23 de junio de 1948, en protesta por lo que representaba la creación de una Alemania «occidental», los soviéticos iniciaron el bloqueo de Berlín, una ciudad que se encontraba dividida en cuatro zonas de ocupación, pero que se hallaba en medio de la zona de ocupación soviética. Stalin actuó con su típica torpeza. En lugar de hacer que Occidente se mostrase más conciliador, el bloqueo de Berlín sólo sirvió para convencer a quienes aún albergaban dudas sobre las profecías alarmistas del expansionismo soviético, así como para acelerar la creación de la República Federal de Alemania. En una iniciativa espectacular y valiente, los aliados abastecieron por vía aérea a los dos millones de berlineses bloqueados hasta mayo de 1949, cuando la Unión Soviética puso fin al bloqueo. El comodoro de la aviación británica Fred Rainsford comentaba así lo irónico de esta operación: «era algo muy extraño que gente como yo, que habíamos estado bombardeando Berlín hacía apenas unos años, ahora tuviéramos interés ... en mantener con vida a la ciudad».

EL FIN DE LA DIVERSIDAD: EUROPA ORIENTAL, 1948-1950

El férreo dominio que ejercía Stalin sobre Europa oriental se endureció aún más por culpa del deterioro de las relaciones Este-Oeste, y en 1948 la guerra fría recibió un nuevo impulso de procedencia inesperada: las discrepancias crecientes entre Stalin y Tito. Hasta enero de 1948 Belgrado y Moscú habían disfrutado de unas relaciones excelentes, aunque Stalin no estaba de acuerdo con la estrategia de Tito de promover el comunismo «desde la base» haciéndose con un masivo apoyo popular. La recién fundada Oficina de Información Comunista (Cominform), creada en septiembre de 1947 con el fin de ayudar a los comunistas de la Europa del Este e imponer cierta uniformidad ideológica a la región, tenía su sede en Belgrado. Yugoslavia había puesto en funcionamiento una economía al estilo soviético, mediante la colectivización de la agricultura ya en julio de 1946, así como con la aprobación del primer plan quinquenal en abril de 1947. A lo largo de 1947 Tito se dedicó a promover activamente el comunismo en la Europa del Este, incluida Grecia, y reforzó su reputación gracias a una serie de acuerdos comerciales con Bulgaria, Hungría y Rumanía. Finalmente, puso toda la carne en el asador en enero de 1948, al enviar a Albania tropas yugoslavas en defensa de las bases de los comunistas griegos. Pero Tito lo hizo todo sin contar con la aprobación de Stalin, que consideraba la independencia de Tito una amenaza cada vez mayor a su autoridad. Tito proclamó en público que aspiraba a crear una federación de «pueblos libres de los Balcanes». Era una ambición excesiva para Stalin, que ya no podía seguir tolerando la independencia de Tito. Como les dijo Tito a los británicos en 1950, «los rusos [no] están dispuestos a aceptar que nadie mantenga relaciones con el otro bando ... Tienes que estar de su lado al 100 por 100».

Las consecuencias de la ruptura entre Tito y Stalin fueron tremendas. El dirigente soviético acusó a Tito y al Partido Comunista de Yugoslavia de actuar al margen de la ley, de no haber colectivizado la agricultura y, algo especialmente significativo, de rebajar la posición del Partido Comunista. El 28 de junio de 1948 Yugoslavia fue expulsada del Cominform. Y eso no fue todo. En 1950, Stalin planeaba llevar a cabo una operación militar conjunta entre las fuerzas soviéticas y las del Este contra Yugoslavia. Sabía que podía contar con el «bloque»: el teniente general del ejército húngaro Béla Király, por ejemplo, dejó bien claro que «de haberlo querido Stalin, hubiésemos invadido Yugoslavia». La república de Yugoslavia se salvó gracias al estallido de la guerra de Corea, que desvió la atención de Stalin hacia el extremo oriental de su imperio.

Para Tito, el resultado de la ruptura no fue del todo malo. Pudo llevar adelante su idea de la *planificación económica* y *mejorar las relaciones* de Yugoslavia con Occidente, sobre todo con los Estados Unidos, que, en julio de 1948, desbloquearon los fondos yugoslavos en Norteamérica, entre los que había más de 47 millones de dólares en oro. Pero la influencia de la ruptura de Tito con Stalin no se limitó a las relaciones entre Yugoslavia y la Unión Soviética. Las acusaciones formuladas contra Tito pronto las aprovecharon en otros países para garantizar la fidelidad de los partidos comunistas a Stalin. Las acusacio-

nes de «titismo» constituyeron la base de las purgas que le costaron a Wladislaw Gomulka el cargo de secretario general del Partido Comunista Polaco, y en un espectacular proceso público en Hungría, un antiguo dirigente del Partido Comunista Húngaro y miembro del gobierno, László Rajk, confesó haber espiado a favor de los Estados Unidos, Gran Bretaña *y también* de Tito. Él y sus «cómplices» fueron ejecutados el 15 de octubre de 1949. La condena de Rajk serviría luego de justificación para que todos los países de la Europa del Este rompiesen sus relaciones diplomáticas con Yugoslavia.

En Checoslovaquia las purgas se centraron en los sospechosos de protitismo y en los comunistas que se habían pasado la guerra exiliados en Londres. Los juicios fueron a más, y culminaron en el proceso del «comunista de Moscú» y ex secretario general del partido Rudolf Slansky en 1951 (el cariz antisemita de esta purga es un fiel reflejo de los acontecimientos que tenían lugar paralelamente en la Unión Soviética), así como en un ataque constante a la Iglesia católica que se prolongaría durante muchos años. En cambio, en Bulgaria y en Albania, la determinación con que algunos comunistas se dedicaron a exterminar a sus camaradas titistas no se debió, en general, a su inquebrantable adhesión a Stalin, sino a viejas rivalidades étnicas y nacionales.

Nacionalismo y comunismo, 1948-1956

En julio de 1946 Yugoslavia y Albania habían firmado un tratado de amistad, cooperación y asistencia mutua que, en la práctica, convirtió a la Albania comunista en un satélite de la vecina Yugoslavia: el serbio pasó a ser obligatorio en las escuelas, y «expertos» yugoslavos obtuvieron puestos clave en las fuerzas armadas y el gobierno. Pero no pasó mucho tiempo antes de que los albaneses empezaran a manifestar su descontento por su condición de vasallos, y la condena de Tito por parte de Stalin, así como la oleada de purgas antititistas, proporcionó una ocasión de oro a los comunistas albaneses antiyugoslavos, agrupados en torno a Enver Hoxha, para eliminar a sus camaradas proyugoslavos. A pesar de sus credenciales «internacionalistas», la lucha interna de los comunistas albaneses estuvo marcada por la enemistad histórica que había caracterizado durante mucho tiempo las relaciones entre serbios y albaneses. Para los comunistas albaneses hostiles a Yugoslavia, fue muy significativo que la fecha de la expulsión de Yugoslavia del Cominform (28 de junio de 1948) coincidiera con el día de San Vito, patrón de Serbia. Albania fue el primer estado de la Europa del Este que se alineó junto a la Unión Soviética en su cruzada contra Tito, y su lealtad a Stalin fue compensada con creces por la URSS: Albania recibió más de 600 millones de dólares en ayuda económica.

Algunos comunistas búlgaros también estuvieron encantados de lanzarse al ataque de sus camaradas yugoslavos en 1948. El orgullo de Bulgaria se había visto herido por el papel de protagonistas que se habían adjudicado los comunistas yugoslavos en la zona, y estaban indignados por la facilidad con que los dirigentes del partido habían abandonado las reivindicaciones búlgaras sobre

Macedonia para favorecer los planes de Tito de constituir una federación balcánica. Después de la ruptura entre Tito y Stalin, los comunistas antiserbios de Bulgaria tomaron la iniciativa. En diciembre de 1949 Traicho Kostov, un destacado comunista con vínculos notorios con Yugoslavia, fue ejecutado, y hasta los años setenta, Bulgaria, a diferencia de la a veces vacilante Albania, adoptó una línea decididamente prosoviética que la llevó a contribuir con sus propias tropas a la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968.

El comunismo no suprimió ni siquiera sofocó el nacionalismo en la Europa del Este durante mucho tiempo después de la segunda guerra mundial. En cuanto los partidos comunistas intentaron hacerse más atractivos a los ojos de las sociedades que gobernaban, recurrieron a la retórica nacionalista tradicional. Así, por ejemplo, prácticamente no intentaron proteger los derechos de las minorías étnicas a la diversidad cultural y lingüística en el seno de unas repúblicas comunistas multiétnicas. Ni siquiera Yugoslavia, que protegió de modo razonable los derechos lingüísticos de húngaros, albaneses y gitanos, dudó en aplastar las reivindicaciones croatas de que su lengua recibiese un trato especial.

La estalinización, 1948-1953

La caza de brujas contra los «titistas» de Europa oriental, como el derramamiento de sangre que había acompañado a la colectivización y la industrialización de la URSS en el período de entreguerras, sirvió para acelerar la transición hacia un sistema político y económico estalinista. Toda pretensión democrática fue abandonada con la imposición por parte de la URSS, con el estilo desorganizado y brutal propio del estalinismo, de constituciones de corte soviético (que situaban el verdadero poder en manos del Politburó) y economías planificadas al estilo soviético en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania Oriental, Rumanía, Albania y Bulgaria. Siguiendo los principios del «centralismo democrático», las constituciones de la Europa oriental establecían una estricta jerarquía de comités de partido, sóviets, burós, secretarías y congresos, responsables en última instancia ante el Politburó, y establecían una relación invisible entre el partido y el estado. Los órganos inferiores de esta jerarquía «elegían» a los superiores, pero, a su vez, estaban obligados a obedecer las decisiones de los órganos superiores. Esta jerarquía explica la aplicación del «centralismo», pero ¿qué pasaba con la democracia cuya existencia pregonaba el partido, basándose en la premisa de que en la sociedad comunista no había «clases» ni conflictos sociales? Los dirigentes del partido ni siquiera permitían que se recabaran datos económicos o sociales sobre la distribución de la renta, la delincuencia o las actitudes sociales, afirmando —de forma lógica, aunque mendaz— que, como no había clases sociales, el partido gobernaba en interés de todos.

En 1948, la limitada nacionalización de las industrias clave que había tenido lugar en los primeros años de gobierno comunista se vio sustituida por planes, a veces idealistas y a menudo irracionales, para completar la industrializa-

ción de la Europa del Este. La propiedad privada fue abolida, y de la propiedad de los medios de producción se hizo cargo el estado comunista como representante de la clase obrera. De este modo, el «centralismo democrático» procuraba concentrar el poder económico, además del político, en manos del Estado, una fusión que subrayaba la autoridad incuestionable del partido: ya no había empresarios ni banqueros ni sindicatos libres que cuestionaran las decisiones del gobierno. El partido decía actuar en interés de la «colectividad»; sin embargo, en la práctica, era mentira, ya que el estado estaba en primer lugar al servicio del partido, a cuyos miembros proporcionaba «propinas» como, por ejemplo, una vivienda mejor o una educación mejor para sus hijos.

En la Europa del Este, las antiguas clases dirigentes, los tenderos, los empresarios y los artesanos pronto desaparecieron del mapa con la introducción de la economía planificada en los estados satélite de la Unión Soviética. Es interesante constatar que el ritmo de las nacionalizaciones refleja la fuerza de los partidos comunistas locales. En Yugoslavia y Albania, donde los partidos comunistas ya eran los amos absolutos del poder en 1945, y en el núcleo industrial de Checoslovaquia, Bohemia-Moravia, donde el partido comunista era fuerte, la mayor parte de la industria ya estaba nacionalizada en 1946. (En esa fecha, el 82 por 100 de las industrias yugoslavas, el 80 por 100 de las checoslovacas y el 84 por 100 de las albanesas estaban en manos del estado.)

Las nacionalizaciones en los países que habían sido enemigos avanzaron más despacio. En 1947 sólo el 16 por 100 de la industria búlgara se encontraba bajo el control del estado, mientras que en Rumanía y Hungría los porcentajes respectivos eran del 11 y el 45 por 100. De este grupo de países, el avanzado nivel de industrialización de Hungría y su tradición de intervencionismo estatal facilitaron el tránsito hacia la plena nacionalización, con un aumento del porcentaje de trabajadores manuales del 25 por 100 al 50 por 100 en 20 años. Las empresas privadas fueron eliminadas, y el estado invirtió cantidades exorbitantes en proyectos concebidos para aumentar el prestigio del comunismo dentro y fuera del país, como la nueva ciudad acerera húngara de Sztalinvaros.

En 1949 todos los países de la Europa oriental tenían su propia versión del GOSPLAN, una oficina de planificación central de tipo soviético cuyo objetivo declarado era liberar a la región del atraso tecnológico que arrastraban de antiguo como una maldición. A pesar de afirmaciones tan grandilocuentes, la URSS impuso unas onerosísimas reparaciones a sus satélites. La carga de las indemnizaciones, en su mayoría en especie, recayó en la Alemania ocupada por los soviéticos, Rumanía, Bulgaria y Hungría. Esta última, por ejemplo, contribuyó con más del 17 por 100 de su bajísima renta nacional entre 1945 y 1956 a la Unión Soviética. Estas indemnizaciones (algunas de ellas entregadas a Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia y Grecia) sin duda dificultaron la reconstrucción y prolongaron el sufrimiento de la población.

Pese a todo, la industrialización fue rápida, estimulada en parte por el estallido de la guerra de Corea, pero tuvo un altísimo coste. La seguridad de los trabajadores y del medio ambiente fueron objeto de un desprecio olímpico, mientras obreros y obreras descubrían que la realidad del «estado de los trabajado-

res» era muy distinta de la retórica marxista que había acompañado a su imposición. Las libertades de movimiento y de asociacion quedaron fuertemente limitadas, y la disciplina laboral era muy estricta. Aunque los espectaculares procesos públicos acaparasen la atención del público de la Europa del Este, la mayoría de los prisioneros eran trabajadores manuales y no manuales detenidos por haber infringido la disciplina laboral en el enrarecido clima de desconfianza e intrigas que acompañó a la estalinización.

Al igual que en la URSS, la colectivización de la agricultura provocó el descontento popular mucho más que los planes quinquenales. Los campesinos no sólo eran piezas importantes de la economía de la Europa del Este, sino que, como en el siglo XIX, existía un ideal «campesino tradicional». Durante mucho tiempo, el cultivar la tierra había constituido el foco de la identidad étnica y nacional. Muchos de los partidos comunistas locales, sobre todo en Rumanía, intentaron hacer oídos sordos a los llamamientos de Moscú a colectivizar en masa, pese a las ventajas de colectivizar minifundios para que pudieran emplearse métodos de cultivo modernos y eficaces. En 1952, sólo Bulgaria había colectivizado más del 50 por 100 de las tierras de cultivo. En Yugoslavia y Hungría, las colectivizaciones sólo afectaban al 25 por 100 de las tierras, mientras que en Rumanía la cifra era de sólo un 15 por 100. Tras la muerte de Stalin, la colectivización disminuyó el ritmo o llegó a cesar en toda la Europa del Este.

Una vez más, como había sucedido en la Unión Soviética en los años treinta, la educación y la cultura marxista ocupaban un lugar destacado en el programa comunista, en parte por convicción, y en parte para sustituir las culturas locales que los comunistas hacían todo lo posible por destruir. El partido comunista abolió todas las organizaciones religiosas, sociales y políticas. La práctica de la religión no fue prohibida del todo, pero los comunistas procuraron «despolitizarla» sometiendo a vigilancia las actividades de las iglesias mediante los departamentos de Asuntos Religiosos. Los grupos religiosos minoritarios, como los baptistas y los metodistas, padecieron más que las iglesias católica y ortodoxa, que siguieron siendo importantes núcleos alternativos de interacción política y social.

Algo más positivo fue que el número de alumnos de la enseñanza secundaria y la superior se duplicó gracias a la especial atención que se dedicaba ahora a la juventud de la Europa del Este. Los planes de estudio fueron reformados para que reflejasen la concepción soviética del mundo: a los profesores de historia, por ejemplo, se les dio orden de enseñar que la segunda guerra mundial había empezado con la operación Barbarroja. La fiebre estalinista también dio pie a algunos experimentos sociales curiosos, como el traslado forzoso de la población «burguesa» de ciudades como Budapest y Praga al campo para proporcionar viviendas a la nueva clase obrera. Pero para mucha gente, la dictadura del partido comunista no había hecho más que superponerse a la dictadura del partido nacionalsocialista. En este sentido, es típica la experiencia de Josef Skvorecky, un novelista disidente checo amante del saxo, que recuerda así la censura del jazz por parte de las autoridades soviéticas:

> Los nuevos Goebbelsitos empezaron a trabajar con suma diligencia en áreas que los viejos demonios habían despejado. Tenían sus pequeñas biblias soviéticas ... Su vocabulario no era muy distinto del del doctorcito [Goebbels], pero se enorgullecían aún más, si cabe, de su ignorancia.[4]

La muerte de Stalin y la desestalinización, 1953-1956

Hasta su muerte en 1953, Stalin continuó gobernando la Unión Soviética con puño de acero, y celebró su septuagésimo cumpleaños en 1949 con una pompa y un boato extraordinarios. La vociferante propaganda lo representaba como una figura paternal y benevolente, el «salvador» de la URSS. Se le veía en público muy de vez en cuando —apenas se le veía en la tribuna que había encima del mausoleo de Lenin en las celebraciones— y no hablaba en público desde 1948, pero seguía aferrado al poder de un modo aterrador. A las purgas dirigidas contra el ejército y los miembros del partido de los años treinta, las sustituyó en la posguerra un descarado antisemitismo. En enero de 1953, por ejemplo, fueron detenidos numerosos médicos judíos que trabajaban para el Kremlin. Y entonces, el 5 de marzo de 1953, los temores de nuevas purgas se disiparon como por ensalmo: Stalin había muerto.

Tras la muerte de Stalin siguió una etapa de liderazgo compartido, al principio por Georgi Malenkov, Lavrenti Beria y Nikita Kruschev. En 1957 Kruschev —el hombre que en 1954 había modificado las competencias de la policía secreta (KGB) y había hecho que los tractores soviéticos cultivaran nuevas tierras (la campaña de «Tierras Vírgenes» de 1954)— se había consolidado como el nuevo líder incontestable de la URSS. Mucho antes, en su ascenso hacia la cumbre, se había ganado fama de innovador por sus proyectos «reformistas», sobre todo en agricultura. Ya en 1950-1951, por ejemplo, propuso que el Partido Comunista crease *agrogorods* (agrociudades) en el campo. La enorme magnitud y la ambición desproporcionada del plan serían típicas de los años de liderazgo de Kruschev en la URSS.

La fama de «reformista» de Kruschev lo ayudó a consolidar su posición; sin embargo, lo que le hizo famoso fue su ataque a Stalin en el Vigésimo Congreso del Partido en 1956, en el que condenó al antiguo dirigente, entre otras cosas, por utilizar «toda clase de métodos para promover el culto a su personalidad». El ataque a Stalin estaba motivado sobre todo por el deseo de Kruschev de azuzar a la pesada burocracia soviética para que apoyase las reformas económicas y sustituyese el clima político dominante por otro que facilitara las reformas, pero tuvo repercusiones que fueron mucho más allá de las fronteras de la Unión Soviética.

La muerte de Stalin suscitó por un momento las esperanzas de mucha gente en Europa oriental de que cambiarían el ritmo y el carácter de la estalinización, sobre todo en la Alemania del Este, que había sido esquilmada sistemáticamente por la URSS con la excusa de las reparaciones desde 1945: un promedio de más del 25 por 100 de todos los ingresos procedentes de la producción industrial

se destinaban al pago de reparaciones de guerra a la URSS. Pero a los tres meses de la muerte de Stalin, esas esperanzas quedaron anuladas por la imposición de cuotas de producción más altas (en la práctica, un recorte salarial) a los trabajadores de la Alemania Oriental.

El 17 de junio de 1953 los trabajadores del Berlín Oriental se declararon en huelga en señal de protesta, y las manifestaciones se extendieron como un reguero de pólvora. A los obreros berlineses pronto se les sumaron trabajadores de fuera de la ciudad, algunos de los cuales llegaron a atravesar el Berlín Occidental para unirse a ellos, en una extraordinaria manifestación de solidaridad de los trabajadores alemanes después de 12 años de opresión nazi, primero, y de siete años de opresión soviética, después. El gobierno de la Alemania del Este recurrió a los tanques del Ejército Rojo para reprimir las manifestaciones, y docenas de manifestantes fueron asesinados. Apenas un año antes, Stalin había mencionado una posible reunificación de Alemania a cambio de que ésta permaneciese neutral, pero junio de 1953 acabó definitivamente con toda propuesta en esta línea. La rebelión de los obreros del Berlín Oriental había demostrado que podía desafiarse la dominación soviética, pero no con éxito.

El problema de los dirigentes comunistas de la Europa del Este era que su servil imitación de Stalin, que antes había proporcionado cierta legitimidad y seguridad a sus regímenes, se convirtió en un lastre después de que Kruschev lo denunciase. Los acontecimientos de Polonia y Hungría en 1956 demostraron con creces los límites del dominio de sus satélites por parte de los soviéticos. Ese año la amenaza de disturbios incontrolados en Polonia convenció al Politburó ruso de que aceptase a un dirigente comunista polaco, Wladislaw Gomulka, que parecía más leal a Polonia que a la URSS. Gomulka consiguió suavizar el rígido control que ejercía Moscú sobre Polonia restaurando las asambleas de trabajadores y situando por lo menos en parte bajo su autoridad el despliegue y la actuación del ejército polaco. Pero no intentó transformar el carácter del gobierno comunista de Polonia, sino que se limitó a modificar las relaciones estratégicas de Polonia con la Unión Soviética. El estilo de gobierno estalinista no fue cuestionado en Polonia, y Moscú reconoció que no ganaría nada con una intervención a gran escala.

Los acontecimientos que ocurrieron en Hungría, en cambio, recibieron un trato mucho menos benévolo por parte del Kremlin porque amenazaban la naturaleza misma del régimen comunista. Tras la muerte de Stalin, surgieron por toda Hungría movimientos favorables a la reforma política que reivindicaban una mejora de la calidad de vida, la ralentización de las colectivizaciones y que pusieran coto a las actividades de la policía secreta, y en noviembre de 1956 Moscú ya tenía muy claro que el máximo dirigente comunista húngaro, Imre Nagy, no podía ni quería controlar esa actividad política nueva e independiente. Lincharon a algunos de los odiados oficiales de la policía secreta, y se dijo que unidades del ejército se habían adherido a las manifestaciones contra el gobierno comunista. El Kremlin decidió que tenía que acabar con los disturbios por su cuenta, una decisión que pondría en tela de juicio las credenciales reformistas de Kruschev. Los acontecimientos se precipitaron aprovechando que

Occidente estaba dividido por culpa de la crisis de Suez. El Ejército Rojo concentró más de 2.000 tanques en territorio de Hungría —la misma cifra que había desplegado Hitler en 1940 contra Francia— y el 4 de noviembre atacaron Budapest. Al cabo de una semana de una resistencia cada vez más organizada, la revuelta había sido aplastada. Murieron más de 3.000 personas, y luego ejecutaron a 2.000 más —algunas estimaciones sitúan la cifra de muertos en Hungría entre 25.000 y 50.000— y más de 20.000 huyeron al extranjero. El nuevo dirigente supremo de Hungría, nombrado a dedo por Moscú, Janos Kádár, un comunista que sabía personalmente lo que era estar en la cárcel, se apresuró a reafirmar la lealtad de Hungría hacia Moscú y el pacto de Varsovia.

La brutal represión contrarrevolucionaria de la rebelión de Hungría dejó boquiabierto al mundo y perjudicó la reputación de los comunistas rusos entre sus camaradas extranjeros, tanto de Oriente como de Occidente, a pesar de que, tras la matanza, los dirigentes comunistas de la Europa del Este se mostrasen más dispuestos a poner en marcha unas tímidas reformas. Los partidos comunistas europeos empezaron a perder afiliados a un ritmo acelerado, mientras que los gobiernos comunistas del resto del mundo se estremecían ante la brutal exhibición del poderío ruso, una de cuyas consecuencias fue añadir tensión a las ya de por sí turbulentas relaciones entre el «oso» comunista ruso y el «tigre» comunista chino.

La guerra fría y el resto del mundo, 1949-1962

Es evidente que los orígenes de la guerra fría se encuentran en Europa, pero en el resto del mundo pronto dio pie a guerras «calientes». En Asia, por ejemplo, los británicos, franceses y norteamericanos, nerviosos ya por culpa de la temida victoria comunista en China, se quedaron de piedra cuando los comunistas de Corea del Norte invadieron Corea del Sur (junio de 1950). Las Naciones Unidas aprobaron una resolución en la que se exigía la retirada inmediata de Corea del Norte (en aquella época la URSS boicoteaba la ONU). Poco después, se creó una fuerza especial de la ONU, bajo el mando del general Douglas MacArthur, que recibió orden de proporcionar «cobertura y apoyo» a Corea del Sur. En total, unos 45 estados miembros de la ONU participaron de algún modo en la operación, que recibió la más enérgica condena de la URSS. En julio de 1951, ambos bandos empezaron a explorar la posibilidad de una tregua, y demuestra hasta qué punto la desconfianza impregnaba las relaciones internacionales el hecho de que se tardase más en firmar la paz de lo que se había tardado en hacer la guerra. No fue hasta 1955 cuando las tropas de los Estados Unidos y China, que había entrado en el conflicto del lado de Corea del Norte, acabaron por retirarse. A esas alturas, la intervención en Corea había estimulado la recuperación económica de un antiguo enemigo, Japón.

Algunos gerifaltes de la guerra fría, como el secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, hablaban de «emprender una ofensiva en la lucha mundial por la libertad y por hacer retroceder la avasalladora marea del

despotismo»; otros tenían miedo de que los conflictos locales acabasen extendiéndose por todo el mundo. Pero la naturaleza misma de la guerra fría implicaba que ya no había estructuras defensivas locales: cualquier conflicto, por «pequeño» que fuese, podía suponer una potencial agresión comunista. Esta idea se convirtió en el corolario de una teoría nueva y simplista sobre las relaciones de la guerra fría: la «teoría del dominó», que expuso el presidente norteamericano, y antiguo general, Dwight D. Eisenhower («Ike»), para explicar el peligro de permitir que los comunistas obtuvieran un éxito por pequeño que fuera; la teoría decía que si «tenemos una serie de fichas de dominó puestas en fila y tumbamos la primera, la última no tardará nada en caer», y se convirtió en uno de los principios básicos de la política exterior norteamericana y de los países de Europa occidental en el Sureste asiático, además de justificar la intervención de las superpotencias a nivel mundial.

El deseo de «contener» al comunismo se vio dificultado por la disolución de los imperios occidentales de ultramar al término de la segunda guerra mundial. Las ex colonias británicas y francesas, en especial, decidieron en su mayoría no alinearse en ningún bando durante la guerra fría, sino adoptar una posición propia como no alineados. El primer ministro de la India, Jawaharlal Nehru, dirigente de uno de los países con más habitantes del mundo, asumió un papel protagonista en el movimiento de los no alineados, o países del «tercer mundo», como los llamaron debido a su rechazo hacia la rígida división del mundo en dos bandos ideológicos opuestos provocada por la guerra fría y que no tenía nada que ver con sus necesidades. Al mismo tiempo, los dirigentes del «tercer mundo» rechazaban la neutralidad por ser poco práctica (la segunda guerra mundial había demostrado la imposibilidad de mantener una guerra dentro de unas fronteras nacionales concretas) y no necesariamente adecuada a sus necesidades. Lo que deseaban, en cambio, era influir en la política y la economía mundiales a través de su no alineamiento.

Al principio, los Estados Unidos y la Unión Soviética se mostraron fríos hacia los no alineados, sobre todo durante la época de la guerra de Corea, pero acabaron por reconocer el valor de una tercera voz, aunque a veces fuera discordante, en los asuntos internacionales, sobre todo si podían apartar de su no alineamiento a algunos estados clave. En 1954, por ejemplo, Pakistán, Tailandia y las Filipinas firmaron tratados militares con los Estados Unidos, mientras que Afganistán se convertía en el primer país no comunista en recibir asistencia soviética. La guerra fría fue penetrando cada vez más en el «tercer mundo», en donde estallaron las «guerras calientes» más peligrosas, como las de Vietnam (1965-1973) y Angola (1975-1989), uno de los países más ricos de África. Sólo en los años cincuenta, ambos bandos se volcaron sobre África con ayuda económica y técnica, que, del lado occidental, alcanzó un valor aproximado de 1.000 millones de dólares, además del envío de unos 3.000 peritos técnicos.

La nueva importancia de África en las relaciones internacionales se puso de manifiesto en la conferencia de países no alineados celebrada en Bandung en abril de 1955, y que originariamente tenía por objetivo dar un mayor relieve a Asia. Entre los 29 participantes figuraban Egipto, Libia, Sudán, Etiopía, Li-

beria y Ghana. La conferencia de Bandung se convirtió en el modelo de la futura solidaridad afroasiática de los años sesenta y setenta. Era evidente que el «tercer mundo» había aumentado de tamaño. En Bandung, los representantes marxistas rusos y chinos favorables a la «liberación» y la «igualdad» causaron una impresión favorable entre los delegados africanos y asiáticos, sobre todo en comparación con los antiguos imperialismos y el persistente nacionalismo de Occidente. Pero la importancia de Bandung estriba en que puso los cimientos de la cooperación afroasiática e hizo que la gente confiase en ella, incluso en el seno de la ONU, lo que potenció la seguridad y el papel de las naciones afroasiáticas en el mundo. De hecho, el papel cada vez más importante de los países no alineados en la dinámica de la guerra fría quedó perfectamente ilustrado durante el deterioro de las relaciones sinosoviéticas que culminó con la amarga ruptura de las relaciones entre China y la Unión Soviética en 1961. El principal dirigente comunista chino, Mao Zedong, presionó a la Unión Soviética para que utilizara su poderío militar para ayudar a que sus aliados comunistas accedieran al poder en los países subdesarrollados, pero los soviéticos no estaban nada dispuestos a participar en actividades que hubieran acabado con la posibilidad de un conflicto sin límites definidos con Occidente.

Las reformas en la Unión Soviética, 1957-1964

Durante la guerra fría, hubo combates en varios frentes —conflictos regionales, la carrera de armamentos y la guerra propagandística—, pero en una guerra durante la cual no hubo choques armados en Europa, la fortaleza esencial de las economías de los «contendientes» fue crucial a la hora de determinar su resultado. En los años cincuenta, las economías de los Estados Unidos y del bloque de Europa occidental eran sin duda mucho más fuertes que las de sus rivales del bloque del Este, a pesar de que la economía soviética fuera la que aparentemente tuviese el ritmo de crecimiento más rápido. Como recuerda el yerno de Kruschev, Alexei Adzhubei, «a algunos niños les pusieron ''Dogoniat-Peregoniat'', ''atrapar y adelantar''».

Pero a finales de los años cincuenta estaba claro que las estadísticas oficiales de la URSS exageraban el crecimiento de la economía soviética. En primer lugar, los responsables comunistas de las estadísticas no reconocían que en la URSS hubiera inflación, aunque se mantuviese en torno al 3 por 100; además, los gerentes de las empresas comunistas sobrevaloraban la producción según los planes para evitar que los castigasen. Consciente de la necesidad de introducir reformas, Kruschev intentó modificar el sistema económico de la URSS de modo que se estimulara a los individuos para que trabajasen por cuenta propia: creó nuevas asambleas locales y regionales, promovió el cultivo de nuevas tierras y modificó los objetivos de producción industrial. Además, planificó aumentar la producción de bienes de consumo, con la promesa de que «si nos dais tiempo, produciremos medias para vuestras mujeres de unos colores como no se han visto en ninguna otra parte». Promovió el debate político y público

en torno a las reformas económicas, al tiempo que insistía —en un difícil juego de equilibrio— en el mantenimiento de la autoridad del Politburó sobre las repúblicas soviéticas. Una vez más, los intentos de reformar Rusia se centraban más en modificar la autocracia que en introducir la democracia.

Al principio, parecía que todo iba bien, pero en los primeros años sesenta las reformas ya habían empezado a flaquear: la producción de carne bajó, la cosecha de cereales del otoño de 1962 fue un desastre, y, por todo ello, los trabajadores tuvieron que soportar un fuerte aumento de los precios. Todo esto, y, además, la crisis de los misiles cubanos (1961), contribuyó a perjudicar la autoridad de Kruschev, quien, para apaciguar el descontento, emprendió —o eso dijo— una «reorganización administrativa» de la URSS. Pero la introducción de nuevas reformas en la agricultura soviética y el estancamiento de la industria dieron la puntilla a Kruschev. Siguiendo una práctica que, con el tiempo, se convertiría en tradición (lo mismo le pasó al presidente Gorbachov en agosto de 1991), Kruschev fue destituido mientras estaba de vacaciones en 1964.

El «reformismo» comunista en la Europa del Este, 1957-1968

Las reformas económicas de Kruschev y las discrepancias crecientes entre la Unión Soviética y China en 1960-1961 provocaron una serie de cambios en los sistemas económicos del bloque del Este. La vía independiente de Yugoslavia había contado con la ayuda económica extranjera, y en 1965 recibió derechos especiales de giro del FMI que le permitieron ampliar sus instalaciones siderúrgicas y de refinería, tener en cuenta el mercado a la hora de determinar el precio y la distribución de los bienes, y promover la industria turística. La Alemania del Este, en su constante esfuerzo por lograr el reconocimiento de Europa occidental, introdujo tímidas reformas económicas y autorizó la publicación de libros prohibidos durante mucho tiempo: Franz Kafka y T. S. Eliot volvieron a estar al alcance del público lector germanooriental.

Para Albania y Rumanía, la reforma consistió en un cambio radical en sus relaciones con la URSS. La minúscula Albania se puso del lado de China en la ruptura sinosoviética (1961), y Rumanía, bajo el liderazgo primero de Gheorghe Gheorghiu-Dej y luego de Nicolae Ceaucescu, negoció la retirada de las tropas soviéticas de territorio rumano, permaneció neutral durante la ruptura sinosoviética y cultivó las relaciones económicas con Europa occidental. Polonia y Bulgaria permanecieron al margen de la corriente reformista, y sus tentativas aperturistas fueron superadas con gran diferencia por Hungría y Checoslovaquia.

El recuerdo de 1956 hizo que las reformas húngaras esquivaran el terreno de las libertades políticas y se concentraran en la economía. En 1968 se instauró el Nuevo Mecanismo Económico, que recurría al mercado para la distribución de bienes y recursos —conocido por el apodo de «comunismo de goulash»—, pero el GOSPLAN conservó una notable influencia en lo tocante a la planificación a largo plazo. En los años sesenta Checoslovaquia fue el único país donde, junto a las presiones a favor de las reformas económicas, surgió

un movimiento popular y pujante en demanda de más democracia. Las aspiraciones reformistas florecieron con la llegada al poder de Alexander Dubcek en marzo de 1968, con la promesa de elecciones y reformas económicas. Bajo el gobierno de Dubcek, la vigilancia policial y la censura prácticamente desaparecieron, con lo que los periódicos se llenaron de historias de torturas en los calabozos de la policía y de casos de incompetencia en la gestión económica. En una oleada de entusiasmo reformista, los sindicatos, recién liberalizados, llegaron a ofrecer jornadas de trabajo no remuneradas, los «días de Dubcek».

Eso era más de lo que la URSS estaba dispuesta a tragar. Tropas soviéticas, que habían participado en «maniobras» del pacto de Varsovia en el interior de Checoslovaquia, acompañadas por las de sus camaradas de Alemania Oriental, Polonia, Hungría y Bulgaria, invadieron Checoslovaquia el 20 de agosto de 1968. A diferencia de la invasión soviética de Hungría, apenas hubo derramamiento de sangre en Checoslovaquia, pero el impacto psicológico de la intervención de Moscú dejó una profunda huella. La «Primavera de Praga», como se denominó a este deshielo temporal de la dominación comunista soviética de Checoslovaquia, se marchitó muy pronto y murió con la entrada de los tanques soviéticos en Praga.

La guerra fría «en el aire», 1957-1969

La ascensión y caída del confiado optimismo de Kruschev sobre las reformas posibles en el bloque del Este siguió un curso paralelo al de los acontecimientos de la guerra fría. La URSS fue la primera en encabezar la «carrera espacial»; en 1957, el *Sputnik* soviético se convirtió en el primer satélite artificial en órbita, y cuatro años después, Yuri Gagarin fue el primer hombre en dar la vuelta a la Tierra desde el espacio. Más amenazador, aunque igual de sorprendente, para los occidentales fue el lanzamiento del primer misil balístico intercontinental soviético en 1957. Estos éxitos tecnológicos provocaron una nueva fase de rearme occidental, con cuantiosas inversiones de los gobiernos británico, francés y norteamericano en tecnología nuclear.

En 1961, la hostilidad manifiesta de la guerra fría regresó a Europa cuando, para poner fin al torrente de alemanes del Este que emigraban hacia Occidente, los soviéticos y el gobierno de Alemania Oriental levantaron barreras en torno al Berlín Occidental para impedir los desplazamientos entre el sector occidental y el resto de la ciudad. Pasaron meses antes de que se levantara el muro, y algunos berlineses del Este, en su desesperación, llegaron a saltar desde lo alto de edificios de viviendas hacia el sector occidental. El muro era la encarnación del «telón de acero» de Churchill, y pronto se convirtió en un símbolo de la opresión soviética en todo el mundo.

La crisis de los misiles cubanos del año siguiente arrastró al mundo más cerca de una conflagración general de lo que había estado desde 1945. Kruschev comentaría más tarde que «empezó a oler a quemado». El presidente John F. Kennedy había fracasado en 1961 en su tentativa de derrocar al gobierno de

izquierdas de Fidel Castro en Cuba, y Kruschev, viendo la ocasión de humillar al joven presidente, decidió instalar en la isla bases de misiles atómicos. Al instaurar el bloqueo e impedir así la entrega de misiles a Cuba y manteniéndose firme, Kennedy obligó a Kruschev a retirarlos, y en los años siguientes se produjo una mejora gradual de las relaciones Este-Oeste, aunque se mantuviera la amenaza de guerra atómica. Desde Hiroshima, el fantasma de la bomba atómica amenazaba al mundo. No sólo los científicos y los ministerios de Defensa producían armas nucleares cada vez más numerosas y potentes, sino que los efectos potenciales y a largo plazo de la guerra atómica, y, de hecho, de la energía atómica, no estaban claros. Un gran interrogante —y también un gran signo de exclamación— se proyectaba sobre una bomba que sólo entendían los físicos. Después de pasarse años preparándose con temor para la guerra atómica, el mundo estuvo al borde de la misma, antes de retroceder, en 1962.

La historia de las armas atómicas y nucleares en la etapa de posguerra ilustra la futilidad de las esperanzas norteamericanas en 1945 de mantener en secreto su tecnología. Como escribió J. Robert Oppenheimer, el físico norteamericano que participó en el proyecto Manhattan, «no se puede mantener en secreto la naturaleza del mundo». Las demás potencias tardaron cada vez menos en ponerse a la altura de los Estados Unidos en tecnología de armamentos. La Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica en 1949 —cuatro años después de Hiroshima—, pero cuando en 1952 los Estados Unidos produjeron un arma aún más aterradora, la bomba de hidrógeno, los soviéticos los alcanzaron en nueve meses.

En los años sesenta la tecnología nuclear había dejado de ser ya cosa de las superpotencias —Gran Bretaña tenía un programa de armamento atómico desde 1947, Francia hizo estallar su primera bomba atómica en 1960, y China en 1964— y, por ello, ambas superpotencias tenían interés en controlar la difusión indiscriminada de la tecnología nuclear. En 1968 los Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron un tratado de no proliferación nuclear, pero el rápido avance de la tecnología de destrucción de masas exigía una vigilancia constante, y al cabo de un año, coincidiendo con el inicio de las conversaciones sobre la limitación de las armas estratégicas (Strategic Arms Limitation Talks, SALT) entre los dos gigantes militares, comenzaron las negociaciones para evitar el despliegue de armas de destrucción masiva en el fondo del mar.

En 1969 los norteamericanos obtuvieron un éxito en el espacio que simbolizó el principio de la «victoria» de Occidente sobre el Este: el 21 de julio de 1969, Neil Armstrong dio un impulso enorme a las ambiciones norteamericanas de ser la primera potencia en el espacio al pisar la Luna. A nivel económico y militar, la Europa occidental también había logrado una clara ventaja sobre el bloque del Este. Pero era una victoria que se había logrado a un coste tremendo. El crecimiento de la economía soviética desfallecía por culpa de la producción de armamento —entre las penalidades que tuvieron que soportar sus ciudadanos figuraban la escasez de viviendas y de productos de consumo—, y, tanto para la Europa occidental como para la oriental, la acumulación de arsenales militares había dado origen a la terrorífica estrategia de la «destrucción mutua asegurada».

ESTANCAMIENTO Y SENILIDAD EN LA URSS, 1964-1985

El filósofo político polaco Leszek Kolakowski describió el reformismo comunista como «bolas de nieve fritas» —el aumento de temperatura derrite la materia—, porque si la economía planificada y el papel del Partido Comunista pierden importancia gracias a las reformas, entonces el sistema deja de ser comunista. Los acontecimientos que ocurrieron en la Unión Soviética a la caída de Kruschev corroboran la opinión de Kolakowski. Hasta las más tímidas reformas fueron rechazadas en favor del mantenimiento del *statu quo* y del aumento de peso de las fuerzas armadas en la vida soviética. En 1964, una vez más, no había ningún candidato evidente a la sucesión. Pero poco a poco, Leónidas Brezhnev, como había hecho Kruschev antes que él, marginó a sus rivales y designó a sus propios hombres, como Yuri Andropov, en los puestos principales del partido.

Después del nombramiento de Brezhnev como secretario general apenas hubo cambios en el Politburó. En sus 18 años como dirigente, Brezhnev sólo destituyó a nueve miembros del Politburó, en comparación con los tempestuosos días de Kruschev, en los que 24 miembros del Politburó fueron eliminados en nueve años. El liderazgo de Brezhnev no provocó cambios drásticos, sino más bien una lenta, constante e inexorable caída en el estancamiento y la degeneración. El papel de Brezhnev fue acabar por completo con el espíritu de reforma interior y las expectativas de cambio que, por un momento, había suscitado Kruschev en el partido y en el conjunto de la nación.

Con Brezhnev en el poder, el acontecimiento más importante fue el crecimiento sostenido del arsenal militar de la URSS (los años 1965-1975 presenciaron una de las acumulaciones de armamento más importantes que se hayan producido en un país en paz en el siglo XX), como también crecieron los privilegios y las ventajas de que disfrutaban los *apparatchiks* del partido. El aumento de la autoridad y de los recursos a la disposición de las fuerzas armadas soviéticas proporcionó a la Unión Soviética un renovado aplomo en su política internacional, pero los problemas de la agricultura y la industria de la URSS siguieron por resolver. En realidad, la acumulación del arsenal soviético sólo sirvió para exacerbar el desequilibrio crónico entre la producción de la industria pesada y la de productos de consumo de la Unión Soviética (conocido en el Politburó como el problema A/B).

Las monstruosas estructuras burocráticas y económicas creadas en teoría a beneficio de la clase obrera seguían oprimiéndola y explotándola. Al final, el estancamiento de la era de Brezhnev y de sus efímeros sucesores (Yuri Andropov, muerto en 1984, y Konstantin Chernenko, que murió en 1985) fue una amenaza tan grande para la URSS como las reformas fallidas de Kruschev. Con el nombramiento de Mijail Gorbachov como secretario general del Partido Comunista Soviético en 1985, el liderazgo senil, moribundo y muerto de los tres dirigentes soviéticos anteriores fue sustituido por la tan esperada «nueva» generación.

LA «PERESTROIKA» DE GORBACHOV Y LA CRISIS DEL COMUNISMO

Gorbachov estaba hecho de una madera distinta de la de sus predecesores. No podía acordarse de las purgas, y apenas de la guerra. Tenía una buena formación intelectual, interés por las reformas, era un hombre capaz y joven (sólo tenía 49 años cuando entró en el Politburó), lo que suponía una ruptura con la tendencia de la era Brezhnev, que consistía en sustituir a los viejos con hombres aún más viejos. Gorbachov estaba orgulloso de los logros de la Unión Soviética como superpotencia, pero daba muestras en público de su preocupación por el hecho de que la ralentización del ritmo de crecimiento de la economía soviética significaba que la URSS ya no sería una superpotencia en el año 2000. La sinceridad de Gorbachov no tenía precedentes, y a ella había que añadir la interpretación que hacía del origen de los males de la URSS: la razón esencial era la desaparición de la disciplina, el orden y la moral, que había permitido que la corrupción, los privilegios, «el quebrantamiento de la ley, la burocracia, el parasitismo, la embriaguez, el despilfarro, la malversación y otros fenómenos negativos» se desbocaran.

Al principio Gorbachov creyó que sería posible limitarse a eliminar estos abusos y que, como resultado, los niveles de producción aumentarían. A diferencia de sus predecesores, no le tenía miedo a denunciar los defectos de la URSS. De hecho, su política de *glasnost* (transparencia) animó a que otros siguieran su ejemplo, con el argumento de que «no nos hundiremos porque no nos da miedo discutir nuestros defectos y aprenderemos a superarlos». Temas antes «cerrados» se abrieron a debate, como el papel de las mujeres, el medio ambiente (sobre todo después del desastre que afectó a la central nuclear de Chernóbil, cerca de Kiev, el 26 de abril de 1986) y la existencia de delincuencia y su nivel.

La segunda palabra rusa que cautivó la imaginación de Europa a ambos lados del telón de acero fue *perestroika* (reforma). Pero si bien Gorbachov había hecho especial hincapié en la necesidad de emprender reformas fundamentales, no introdujo ningún cambio importante en el terreno económico, lo que acabó provocando su ruina. En 1986-1987, por ejemplo, reorganizaron los ministerios del área económica de Moscú, pero la política económica, que aún se regía por el plan quinquenal de 1986-1990 —que sería el último de la Unión Soviética—, seguía estando fuertemente centralizada, con pobres incentivos para que los trabajadores aumentasen la producción. Al año siguiente, el Politburó reconoció con franqueza ante el Partido Comunista que los problemas económicos de la URSS eran mucho peores de lo que temían. La noticia, en lugar de servir de acicate para el celo reformador del partido, provocó divisiones internas aún mayores. A la izquierda estaban quienes creían que el ritmo de las reformas era demasiado lento (entre ellos, Boris Yeltsin, futuro presidente de Rusia y de la Comunidad de Estados Independientes), y a la derecha, quienes desconfiaban cada vez más de Gorbachov y de sus iniciativas reformistas (en este grupo figuraba Egor Ligachev). En el verano de 1988, Yeltsin fue destituido del Politburó por sus abiertas críticas a Gorbachov, mientras que, desde

la derecha del espectro político soviético, Egor Ligachev intentaba formar una alianza conservadora en el seno del Politburó para bloquear la política de Gorbachov.

Esta vez a Gorbachov lo atacaban por todas partes, y el Congreso Extraordinario del Partido de junio-julio de 1988 fue testigo de las primeras discrepancias públicas en el interior del Partido Comunista desde los años 20. Mientras tanto, los apaños efectuados a la economía planificada siguieron sin dar fruto. Por fin, en enero de 1989, fue aprobado un importante paquete de reformas económicas, pero para el pueblo de la Unión Soviética la situación pareció empeorar, en vez de mejorar. Las existencias de carne y derivados lácteos experimentaron una disminución, ya que los trabajadores agrícolas preferían cultivar sus propios terrenos para conseguir productos que pudiesen vender con un margen de beneficio considerable.

Sería justo decir que el mayor logro de Gorbachov de cara a sus paisanos fue de carácter político: el país donde sólo se habían celebrado elecciones democráticas en una ocasión (en noviembre de 1917) convocó elecciones abiertas. Las elecciones al Congreso de Diputados del Pueblo de 1989 marcaron el inicio de este proceso. Aunque no fuesen del todo democráticas —750 de los 2.250 escaños estaban reservados a grupos como el Partido Comunista y los sindicatos—, representó el albor de la democracia en las repúblicas soviéticas y el principio del fin del régimen soviético. El ritmo de las transformaciones políticas en el interior de la Unión Soviética se aceleró cada vez más en 1990-1991. En agosto de 1991, un golpe de estado frustrado, planeado por elementos derechistas, no contribuyó precisamente a mejorar la desfalleciente aceptación de la que disfrutaba Gorbachov en la agónica URSS, y el día de Navidad de 1991, Gorbachov dimitió. Al día siguiente, lo que quedaba del parlamento soviético disolvió la Unión Soviética.

La Europa del Este: reforma y decadencia, 1968-1989

Los síntomas de parálisis económica y política en la Unión Soviética durante los mandatos de Brezhnev y Gorbachov se contagiaron a la Europa del Este. Después de 1968, las libertades políticas y religiosas volvieron a quedar ahogadas por el aparato del Estado estalinista. Como en la URSS, los partidos comunistas de la Europa del Este continuaron manteniendo un férreo control del poder (a pesar del creciente descontento popular) promoviendo y explotando las desigualdades sociales. La ideología fue traicionada mientras determinados sectores sociales, como los trabajadores cualificados y los intelectuales «de carné» obtenían privilegios. En la cima de esta jerarquía social estaba la *nomenklatura* (los adictos al régimen), que constituían la columna vertebral del estado. Esta pirámide de privilegio, junto con el monopolio del poder por parte del Partido Comunista (ya que los demás partidos políticos eran ilegales), las imposiciones ideológicas y el estricto código de censura que se aplicaba a los medios de comunicación de masas y a la enseñanza hacían que la oposición

resultase muy difícil, y los métodos de la policía del estado se aseguraban de que, además, resultara peligrosa.

Pero poco a poco la necesidad de una reforma económica acabó con las pretensiones rusas de dominio de la Europa del Este. Con el florecimiento de la distensión en la guerra fría durante los años setenta y la parálisis evidente del Comecon, la Europa del Este importaba cada vez más tecnología y capitales de Occidente. Hungría se situó en cabeza de esta nueva oleada de reformas económicas, aprovechándose de los cambios que había llevado a cabo gracias al Nuevo Mecanismo Económico para promover nuevos contactos económicos con Occidente: Hungría ingresó en el GATT en 1973, recibió el trato de nación más favorecida por parte de los Estados Unidos en 1978 e ingresó en el Banco Mundial y en el FMI en 1982.

Polonia y Rumanía también desarrollaron sus contactos económicos con Occidente por encima del comercio con el resto del bloque del Este —para la mayoría de países de la Europa oriental, la pertenencia al bloque soviético había sido un lastre constante que había impedido el desarrollo del comercio y el crecimiento económico—, y en 1974 la mitad del comercio de Polonia y Rumanía era con Occidente. Sólo Bulgaria se mostró reticente a diluir sus vínculos con la URSS, y pese a que los comunistas búlgaros desarrollaron lazos comerciales con los mercados de Oriente Próximo y el Mediterráneo, jamás debilitaron sus vínculos económicos con la Unión Soviética. A corto plazo, la estrategia dio sus dividendos —Bulgaria consiguió prioridad en la concesión de créditos y de petróleo por parte de la URSS—, pero, a la larga, la poca competitividad y la destrucción medioambiental de la industria búlgara perjudicó de forma irreparable al Partido Comunista Búlgaro en los años ochenta.

Nuevas fracturas en la cohesión del bloque del Este aparecieron con las tensiones étnicas en el interior de Yugoslavia y la creciente agitación de los obreros polacos. Yugoslavia fue la que intentó primero y de forma más radical la reforma de la economía planificada, pero en 1975 las empresas del país habían acumulado facturas impagadas por valor de 273.000 millones de dinares, y debían la misma cifra en créditos pendientes de pago. En 1983 el FMI intentó solucionar el problema de la gigantesca deuda interna de Yugoslavia mediante la renegociación de una parte importante de la deuda externa. La inflación galopante y los conflictos laborales que generó aumentaron las tensiones entre los croatas y los serbios. En 1973 fueron procesados varios nacionalistas croatas, y en 1981, al cabo de un año de la muerte de Tito, resurgieron las tensiones étnicas entre albaneses y serbios en la república de Kosovo, que fue puesta bajo autoridad militar. Con todo ello, parecía como si el sueño de Tito de una Yugoslavia unida hubiera muerto con él.

Pero fue en la torturada Polonia donde surgió el primer desafío político importante al Partido Comunista. Las causas del malestar económico de Polonia eran muy parecidas a las de Yugoslavia: una deuda externa colosal, índices de crecimiento imperceptibles, una inflación desbocada y, algo seguramente más importante, una diferencia evidente entre las grandilocuentes afirmaciones del gobierno comunista de que las condiciones de vida de los obreros y los campe-

sinos mejoraban y la cruda realidad. En 1980 el sindicato Solidarnosc, fundado en los astilleros Lenin de Gdánsk y dirigido por Lech Walesa, organizó una serie de manifestaciones de obreros industriales, un hecho especialmente ominoso, ya que este grupo era la presunta «vanguardia» de la revolución comunista. Eran una amenaza para el Partido Comunista, pero no consiguieron hacerlo caer, sino que, en vez de ello, se instauró una etapa de dictadura militar, aunque las presiones favorables a la reforma de la economía acabaron provocando la legalización de Solidarnosc y el retorno de la democracia a Polonia. A finales de los ochenta, no sólo se encontraba amenazado el comunismo en Polonia, sino la supervivencia del orden comunista en la Europa del Este y la URSS.

Las «revoluciones» de la Europa del Este, 1989

En 1989, el ímpetu reformista había barrido todos los satélites soviéticos de la Europa oriental. Con la caída sorprendentemente fácil y veloz de los gobiernos marioneta, resultó evidente que el Kremlin había decidido de forma consciente dejar que los acontecimientos siguieran su curso sin intervenir. Para los habitantes del Berlín Oriental, que elogiaron calurosamente a Gorbachov por su valiente decisión, el secretario general del Partido Comunista Soviético hizo tanto por asegurarse de que el sistema satélite se disolviera pacíficamente en 1989 como había hecho su predecesor Stalin por imponer brutalmente ese mismo sistema en 1945. Como dijo el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores de Gorbachov, la URSS pasó a seguir la «doctrina Sinatra» en sus relaciones con la Europa del Este: cada país debía solucionar sus problemas «a su manera».

Animados por Gorbachov, los partidos comunistas de la Europa del Este se esforzaron con denuedo por reformarse desde 1988 hasta noviembre de 1989. El conjuro de horror que había pronunciado Stalin se había roto, algo que reconoció formalmente la URSS en octubre de 1989 cuando, en un gesto «fraternal» de solidaridad, renunció formalmente a la «doctrina Brezhnev», que había servido de justificante para el intervencionismo soviético en los demás países comunistas. Con ello la guerra fría y la dominación soviética de la Europa del Este llegaron a su punto final. Ya en agosto y septiembre de 1989, al debilitarse la férrea autoridad comunista de Checoslovaquia y Hungría, miles de jóvenes y de profesionales habían empezado a emigrar hacia Alemania Occidental. Pronto se sumaron a ellos los alemanes del Este, y con la práctica creación de un mercado de trabajo único entre la Alemania del Este y la del Oeste, terminó por fin la división de Alemania y de Europa. El muro de Berlín cayó el 9 de noviembre de 1989, y la unificación oficial de Alemania se produjo el 3 de octubre de 1990.

Los partidos comunistas centroeuropeos desalojaron el poder con una facilidad aparentemente asombrosa, a lo que había contribuido la postura neutral de la Unión Soviética, aunque también el desencanto general con las promesas «morales» y «económicas» del comunismo. La gente miraba con envidia los

éxitos económicos de los países de la Europa occidental, y confiando que llegasen tiempos mejores, el comunismo fue rechazado decididamente y se instalaron en el poder gobiernos de centroderecha. Más al este, en Bulgaria y Rumanía, la transición no fue ni definitiva ni pacífica (en Rumanía hubo más de 1.000 muertos). También se hicieron sentir reivindicaciones independentistas desde el interior de la Unión Soviética, sobre todo las de las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania, que habían sido absorbidas por la Unión Soviética en 1940. Incluso en estos casos, después de conversaciones poco apacibles, Moscú se vio obligado a entregar el poder. Con el hundimiento de los regímenes se produjo el hundimiento de las instituciones comunistas. La primera en desaparecer fue el Comecon, a la que siguió la lenta y dolorosa desaparición del pacto de Varsovia, que fue finalmente disuelto el 1 de julio de 1991.

El carácter relativamente pacífico de estas revoluciones —a la de Checoslovaquia la llamaron la «revolución de terciopelo»— contrastaba con la senda ardua y penosa hacia la democracia y la prosperidad que tenían por delante. En 1991, las bravatas de los «gerifaltes de la guerra fría» de que Occidente la había ganado parecían cada vez más carentes de sentido, al provocar la crisis económica y política el resurgimiento de las tensiones étnicas que habían quedado amortiguadas tras el telón de acero durante 45 años. La violencia étnica que había estallado en las repúblicas soviéticas del Kazajstán (diciembre de 1986), Armenia, Azerbaiján y Georgia (todas ellas en 1987), en los últimos tiempos de la Unión Soviética, se apoderaría de Yugoslavia en 1991.

En 1987 Gorbachov habló de una «casa común europea» que era una misma entidad cultural e histórica que se extendía «del Atlántico a los Urales» (una opinión parecida la manifestaba un cartel pegado al muro de Berlín tras su derrocamiento en 1989: «Stalin ha muerto. Viva Europa»). Pero en los años posteriores a 1989, los distintos marcos de cooperación de la Europa occidental, sobre todo la Unión Europea, que había identificado sus intereses con los del conjunto de Europa, se verían sometidos a tensiones. Para algunos de los habitantes de la Europa del Este, fue como si las «bolas de nieve fritas» hubieran huido del fuego para caer en las brasas.

Capítulo XI

LA RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA, 1945-1991

Mientras los países de la Europa del Este seguían el ideal leninista de repúblicas obreras, con el nombre de «democracias populares», y mientras los soviéticos conservaron su autoridad, la guerra fría alimentó los esfuerzos a favor de la integración de la Europa occidental, expuesta a la influencia de las ideas políticas, los métodos económicos y la cultura de los Estados Unidos con una intensidad sin precedentes. Un grupo importante de países aliados —cuyo tamaño aumentaría— pronto se dio cuenta de su interdependencia y de la importancia que tenía para ellos el destino de Alemania Occidental, un convencimiento que aumentó con la desintegración de los imperios de ultramar. Después de Indonesia fueron la India e Indochina, cada cual con su propia historia. También creían en la existencia de un potencial económico conjunto, sobre todo a partir de 1958.

La situación política de Holanda, Bélgica, Francia, Portugal y Gran Bretaña era muy distinta, pero todos estos países estuvieron sujetos a presiones parecidas a partir de 1945. Dentro de Europa, el arco de países neutrales de la periferia se mantuvo independiente, de modo que el «telón de acero» que dividía Europa privó a países como Francia y Alemania de sus esferas de influencia tradicionales en la Europa del Este. Hubo un interés constante de muchos políticos de los países de la Europa occidental por promover y reafirmar la existencia de unos valores e intereses «europeos», por oposición a los de los Estados Unidos. Gran Bretaña, en cambio, que tenía sus propios valores e intereses, hizo hincapié en su «relación especial» con los Estados Unidos, aún cuando éstos no hicieran lo mismo. A pesar de los cambios, sobre todo en las actitudes hacia el capitalismo, otro *ismo* en proceso de desarrollo, cuya esencia, más imperfecta que perfecta, era el mercado, la situación era tan compleja en 1989 como en 1945.

El consenso de posguerra en Gran Bretaña, 1945-1951

Gran Bretaña fue la única potencia europea importante que no fue derrotada en las dos guerras mundiales, y en 1945 la democracia británica no había caído en el mismo descrédito que las de Francia, Alemania, Italia y España: la constitución no escrita de Gran Bretaña había demostrado más aguante que las constituciones escritas del continente. Había paralelismos con 1815. En muchas otras sociedades, el estado de ánimo de la gente se vio influido por la ocupación además de la guerra, y, en los países que habían ocupado los alemanes, por el recuerdo del colaboracionismo además del de la resistencia. En estos países los partidos comunistas eran más fuertes que en Gran Bretaña, y tenían la mirada tan puesta en el Este como en Occidente.

En julio de 1945 el Partido Laborista obtuvo una victoria electoral aplastante e histórica con un programa reformista que incluía una serie de exhaustivas medidas de sanidad y seguridad social, que habían sido desarrolladas durante la guerra tras la aparición del informe Beveridge. Los laboristas también se comprometieron a mejorar la vivienda y lograr una mayor igualdad social, así como a nacionalizar la industria del carbón y el transporte. No obstante, algunos electores británicos, como en el resto de Europa, estaban desengañados de la política y los políticos. Un votante al que entrevistaron la víspera de las elecciones de 1945 describió a los políticos como «un hatajo de pescaderas».

Desde 1945 hasta mediados de los años setenta, las «pescaderas» británicas, ya fueran conservadoras, liberales o laboristas, compartieron determinados objetivos de índole general relacionados con el papel del gobierno en la sociedad. Todos ellos creían que el intervencionismo gubernamental proporcionaría una mayor igualdad y mayor prosperidad a la nación, y que debía haber un estado del «bienestar», y no «asistencial»; y la perpetuación de esta «creencia» (salvo en la extrema derecha) dio lugar a un (limitado) «consenso político» en Gran Bretaña hasta la elección de Margaret Thatcher en 1979. R. A. Butler, el «arquitecto del nuevo conservadurismo en el terreno doméstico» y ministro de Economía cuando los conservadores regresaron al poder en 1951, proclamó que Gran Bretaña se convertiría en «una comunidad o sociedad única en la que todas las carreras estarán abiertas al talento».

En 1945 el gobierno laborista del primer ministro Clement Attlee tuvo que hacer frente a una difícil tarea: la necesidad de crear un marco económico estable, cumplir las promesas electorales y revisar las relaciones de Gran Bretaña con su imperio. El mayor desafío fue crear un estado del bienestar con una economía en bancarrota. Pero el gobierno estuvo a la altura del reto, aunque al precio de mantener una «austeridad» que le hizo perder votos. Al cabo de un año de llegar al poder, los laboristas habían aprobado 75 proyectos de ley, un programa de nacionalizaciones gigantesco (entre las que figuraba el Banco de Inglaterra, la aviación civil, el transporte público, la electricidad y el gas) y un compromiso del gobierno mucho más profundo a favor de la prestación de servicios sociales. En 1946 se aprobó el proyecto de ley de seguridad social nacional, que cubría a toda la población adulta en caso de enfermedad, paro o jubi-

lación. El mismo año, la sanidad fue nacionalizada, y el National Health Service (Servicio Nacional de Sanidad) obtuvo muy pronto la segunda mayor partida del gasto presupuestario. Fue un programa muy admirado e imitado en toda Europa occidental, pero llegó hasta el límite de los recursos de que disponía Gran Bretaña y a la larga plantearía problemas.

El invierno de 1946-1947 fue especialmente crudo para el pueblo británico. La economía se resistía a recuperarse, continuaba el racionamiento, extendido a una variedad de productos aún mayor que durante la guerra, y los productos de primera necesidad, como el carbón, escaseaban. Los problemas de Gran Bretaña llegaron a su apogeo durante el invierno más crudo del siglo, en el que un frío polar se apoderó del país y lo cubrió de nieve, y provocó un parón casi absoluto de la actividad económica. Gran Bretaña se vio obligada a solicitar un importante crédito a los Estados Unidos, y de pronto el gobierno laborista tuvo que enfrentarse a la dura realidad de la economía británica: el ministro de Economía Hugh Dalton veía delante suyo «la sombra amenazadora de la catástrofe». Esta crisis nacional contribuyó a exacerbar aún más la crisis de la autoridad británica en el imperio. Gran Bretaña se retiró voluntariamente de la India (agosto de 1947), tal y como hacía tiempo que deseaba el Partido Laborista, y, no sin complicaciones de signo ideológico, de la intervención armada contra los comunistas en Grecia y Turquía (marzo de 1947). Además, trasladó el espinoso problema de un estado judío independiente en Palestina —sobre el cual los laboristas estaban divididos— a las Naciones Unidas para que éstas lo resolvieran.

Estos cambios en la política exterior británica ponen de manifiesto la disminución del poder de Gran Bretaña en comparación con las nuevas superpotencias, pero Gran Bretaña mantuvo una importante influencia en Oriente Próximo, África y el sureste asiático. Los británicos desempeñarían un importante papel en la escalada de la guerra fría y la concepción del plan Marshall, con la esperanza de conservar una voz influyente en los asuntos internacionales no sólo cultivando su «relación especial» con los Estados Unidos, sino también reforzando sus vínculos con la Commonwealth. Además, Gran Bretaña poseía sus propias armas atómicas. Pero ya en 1948 los problemas de la economía británica habían puesto en tela de juicio el optimismo postelectoral de 1945, y cuando en 1949 devaluaron la libra (de 4,03 a 2,80 dólares por libra), el declive de la economía británica en comparación con la de los Estados Unidos quedó en evidencia. Por otro lado, los Estados Unidos no se mostraron muy complacidos ni con el «estado del bienestar» británico ni con el mantenimiento del papel destacado de Gran Bretaña en la Commonwealth, pero los otros países europeos levantaban suspicacias, hasta el punto de que en agosto de 1950, Bevin le dijo a un representante de los Estados Unidos que «Gran Bretaña no forma parte de Europa»,[1] algo con lo que no todos los británicos estaban de acuerdo.

EUROPA OCCIDENTAL, 1945-1957

Al igual que Gran Bretaña, Francia conservó los aires de gran potencia gracias a su condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y a la posesión de un imperio, pero la derrota, la ocupación y el desastre económico indicaban cuál era el verdadero poder de Francia en 1945. Los niveles de producción industrial estaban situados en un tercio de lo que habían sido antes de la guerra, y el comercio exterior era nulo. Después del efímero liderazgo de Charles De Gaulle, que concluyó en enero de 1946, se inició la colaboración de una frágil triple alianza de comunistas, socialistas y cristianodemócratas (en Gran Bretaña no había «democracia cristiana») con el fin de crear un marco institucional para la nueva Cuarta República. Pero al cabo de unos meses, la parálisis económica, el miedo a las verdaderas intenciones de los comunistas y las disputas constitucionales (exacerbadas por los desplantes de De Gaulle) acabaron con el «tripartidismo». Los ministros comunistas fueron expulsados sin más del gobierno por el primer ministro socialista, Paul Ramadier, en mayo de 1947, y desde 1947 hasta 1951 Francia volvió a padecer la inestabilidad de unos gobiernos efímeros formados en torno a figuras clave, como Henri Queuille, Georges Bidault y René Pleven, que se iban turnando en el cargo, como había pasado con la política democrática de Francia en los años de entreguerras, aunque la Democracia Cristiana de Bidault fuese una formación política nueva.

A pesar de la confusión reinante, el aumento del intervencionismo estatal en la gestión de la economía y la sociedad benefició a muchos franceses. La red ferroviaria se recuperó, al igual que la industria automovilística, mientras que el plan Monnet (1946) —conocido por el nombre de su reponsable, Jean Monnet, aunque su rimbombante denominación oficial fuese Plan de Modernización de Equipo— evitaba la nacionalización de la industria, aunque establecía objetivos para sectores clave, como la siderurgia, la electricidad y el cemento. Con el apoyo de créditos norteamericanos, estas medidas estimularon el crecimiento —una palabra tan de moda como «planificación»— de la economía francesa. Y mientras la crisis del imperialismo francés y las tensiones de la guerra fría continuaban frustrando las esperanzas de estabilidad gubernamental en Francia, la reconciliación con Alemania occidental y la creación de la Comunidad Económica Europea en 1957 pusieron los cimientos del poderío nacional e internacional de Francia en el último cuarto del siglo XX.

La situación de los países pequeños de Europa al término de la guerra era muy variada. Suiza y Suecia, que se habían mantenido neutrales en la contienda, no tenían nada que reprocharse, y no tenían que preocuparse por la reconstrucción, mientras que España y, en menor medida, Portugal, que se resistían tenazmente a la democracia, sufrieron el ostracismo general hasta que las exigencias de la guerra fría hicieron que Occidente se mostrase más conciliador con sus dictaduras autoritarias (aunque distintas en algunos aspectos). Los países del Benelux, devastados por la ocupación y la lucha por la liberación, se esforzaban por sobrevivir. Las tensiones inflacionarias, que habían sido una impor-

tante fuente de inestabilidad en Europa después de la primera guerra mundial, volvieron a poner en peligro la recuperación durante la posguerra. Bélgica fue la pionera en hacerles frente entre las naciones que habían sido ocupadas, ya que en octubre de 1944, antes incluso de la liberación del país, el ministro de Finanzas Camille Gutt llevó a cabo una serie de drásticas reformas monetarias. La economía de los Países Bajos no era tan fuerte como la de la vecina Bélgica, pero la reforma monetaria de Gutt en Bélgica fue imitada por la reforma Lieftinck (septiembre de 1945), suplementada por una política de control de precios y racionamiento prolongado. Bélgica se enfrentó a otras dificultades. A pesar del éxito de Gutt, aparecieron signos de conflicto entre los valones francófonos y los flamencos, más conservadores; tensiones que dominarían gran parte de la historia del país en la posguerra.

En los dos países occidentales derrotados, Italia y Alemania, la velocidad y el éxito del retorno de la democracia habían dependido del ritmo del avance aliado y de la capacidad de resistencia del estado fascista. La política «normal» regresó al sur de Italia con el avance aliado hacia el norte, donde lo que quedaba del estado fascista que había sido aliado de Alemania fue invadido y ocupado por ésta. A lo largo de 1944, la política de la Italia meridional fue confusa, debido a la incapacidad de los partidos antifascistas, cada uno de los cuales contaba con un adalid entre los aliados, para ponerse de acuerdo en la mejor manera de formar gobierno y preparar la reforma de las insttuciones.

La democracia en Alemania resurgió por primera vez en las elecciones libres celebradas en el pueblo bávaro de Wohlmuttschüll en 1945, y en 1948 las zonas occidentales de Alemania ya estaban a punto para crear una Asamblea Parlamentaria que redactase una *Grundgesetz* (ley fundamental) que serviría de constitución provisional hasta la reunificación de Alemania. Mientras tanto, la RFA se regiría por una constitución de corte liberal y democrático, con una importante descentralización de competencias en materia de cultura, enseñanza y religión de las manos del Reichstag a las de los estados (*Länder*) alemanes. Muchos de los partidos políticos de Weimar, sobre todo el SPD, se reconstituyeron con motivo de las primeras elecciones de la RFA en agosto de 1949.

En Italia, al igual que en Francia, la economía de posguerra era débil y se iban sucediendo los gobiernos de corta duración; después de la derrota, el Partido Comunista Italiano (PCI), una fuerza importante, argumentó que era imposible llevar a cabo una revolución marxista en Italia por culpa de la presencia permanente de los aliados (los norteamericanos, en especial, procuraban «manipular» la política italiana para contener a los comunistas) y de la falta de conciencia revolucionaria entre la clase obrera. Los comunistas lamentarían su error. Las ocasiones políticas de 1943-1944 ya no volverían a presentarse. Como recordaría más tarde Fausto Gullo, un dirigente del PCI: «todos teníamos la sensación de que teníamos el viento a favor y que, por consiguiente, lo que no lográsemos hoy lo lograríamos mañana».

El 2 de junio de 1946 empezó una nueva era de política democrática en Italia con las elecciones a una nueva asamblea constituyente y un referéndum sobre si Italia debía convertirse en república. La monarquía no sobrevivió, aun-

que, lejos de dar una imagen de unidad, el referéndum y las elecciones pusieron de manifiesto las profundas divisiones existentes entre los partidos antifascistas, al quedar dividida la nueva república en un Sur conservador y monárquico y un Norte radical y republicano. El nuevo primer ministro fue Alcide de Gasperi, de 62 años, el primer político católico en el cargo desde la unificación de Italia. La nueva constitución, que hacía hincapié en el regionalismo en contraposición al centralismo del estado fascista, entró en vigor el 1 de enero de 1948, y De Gasperi, secretario general del nuevo Partido Demócrata Cristiano, fue reelegido con un programa pragmático de «ley y orden».

La «nueva derecha» —los cristianodemócratas, dirigidos por Konrad Adenauer en Alemania, De Gasperi en Italia y Georges Bidault en Francia— fueron quienes señalaron el futuro de la política europea, lo que volvía a poner de manifiesto las diferencias existentes entre «el continente» y Gran Bretaña. En vista del papel dominante del Partido Socialdemócrata en la política alemana después de la primera guerra mundial, mucha gente, sobre todo su principal dirigente, Kurt Schumacher, creyó que volvería a dominar la política democrática alemana. Pero en 1949 Adenauer, de 70 años, ex alcalde de Colonia y veterano político de centro durante la época de Weimar, se convirtió en canciller de la República Federal, cargo en el que se mantendría durante 14 años.

El carisma y la habilidad política del «abuelo» Adenauer ayudan a explicar el éxito inesperado del recién constituido Partido Demócrata Cristiano. Otra posible justificación sería la existencia del «telón de acero» que dividía a los socialistas alemanes y que separó al SPD de muchos de sus antiguos partidarios de la Alemania del Este. Pero lo más importante fue que muchos votantes creyesen que la Iglesia era la mejor protección posible contra lo que mucha gente percibía como la mayor amenaza del momento para la seguridad y la estabilidad: el comunismo. En palabras de un historiador, tal vez no fuese «el reino de los santos, pero sí el de los clericales».[2] Como dijo De Gasperi, «la idea de fraternidad ... la fuerza motriz de la civilización cristiana» (de base europea) era lo que podía reconciliar los conflictos existentes en el seno de la humanidad. Y mientras los acontecimientos de Checoslovaquia en 1948 confirmaban los más funestos presagios de los cristianodemócratas, en las elecciones que se celebraron en Europa occidental aparecieron indicios de que el comunismo era una fuerza en decadencia.

En Francia y en Grecia, los comunistas, a los que habían saludado como héroes de la resistencia, no mantuvieron durante mucho tiempo su influencia política. En cuanto hubo acabado la guerra y se restableció la «normalidad» en la izquierda europea, los partidos socialistas tradicionales se limitaron a recuperar su hegemonía sobre los comunistas en Francia y los Países Bajos. En Italia los comunistas sólo consiguieron conservar su influencia política pactando con los cristianodemócratas, una alianza que les arrebató su radicalismo obrerista.

La OTAN, 1947-1955

Como de costumbre, las grandes potencias de Europa occidental eran las que ventilaban las cuestiones relativas a la ayuda financiera, económica y militar con los Estados Unidos. Países tan variados como Grecia, los Países Bajos, Bélgica, Noruega, Dinamarca y Turquía eran espectadores más que participantes en las negociaciones, pero para estos países y para otras naciones europeas que no se hallaban ocupadas por el Ejército Rojo, la transición hacia la paz era una prueba que exigía su máxima atención. A partir de marzo de 1947 los Estados Unidos se comprometieron a defender la democracia en Grecia y Turquía, aunque la izquierda siguió contando con apoyo popular, pese a la desaprobación de los Estados Unidos.

La ocupación permanente de la Europa del Este por parte del Ejército Rojo dejaba muy claro que no habría cooperación Este-Oeste en materia de desarme, lo cual, junto con la tensión internacional en torno a las ayudas del plan Marshall y a la doctrina Truman (véase la p. 358), hizo que los gobiernos de Europa occidental sintiesen una necesidad cada vez más acuciante de crear una estructura defensiva formal que proporcionara un marco seguro para la recuperación europea. Gran Bretaña y Francia, en especial, querían algo más que la vaga promesa norteamericana de ayuda a cualquier país amenazado que contenía la doctrina Truman. La primera medida importante de cooperación militar fue el tratado de Bruselas de 1948, suscrito por Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos. Por el número de firmantes, supuso un paso adelante en la cooperación europea, pero su objetivo principal, impedir «la repetición de una política agresiva por parte de Alemania», estaba desfasado. Suecia también se esforzó con denuedo por lograr un pacto de seguridad parecido entre todos los países escandinavos, pero sus esfuerzos se vieron frustrados después de que la neutral Finlandia se retirase de las negociaciones por miedo a suscitar las iras de la Unión Soviética, así como por la negativa de los Estados Unidos a suministrar armas a la alianza nórdica.

A finales de 1948 los políticos, sobre todo en Gran Bretaña y Francia, pedían la creación de una organización militar equivalente al plan Marshall, y en 1949 consiguieron lo que querían. En abril de ese año, diez países europeos, más los Estados Unidos y Canadá, constituyeron la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en Washington: Gran Bretaña, Francia, los países del Benelux, Italia, Dinamarca, Noruega, Islandia y Portugal. A diferencia de lo ocurrido en 1919, esta vez los Estados Unidos estaban convencidos de que su seguridad nacional estaba íntimamente unida a la de Europa occidental. En 1947 los servicios de inteligencia norteamericanos habían llegado a la conclusión de que la amenaza soviética a Europa occidental era insignificante, pero en 1949 realizaron una valoración más cauta del potencial militar soviético, y con ello quedó configurado el modelo de «enfrentamiento» y de carrera de armamentos propio de la guerra fría. La OTAN fue definida como «una armadura, no una lanza; un escudo, pero no una espada» que iba a proporcionar seguridad a la reconstrucción de Europa occidental y que velaría por el cumpli-

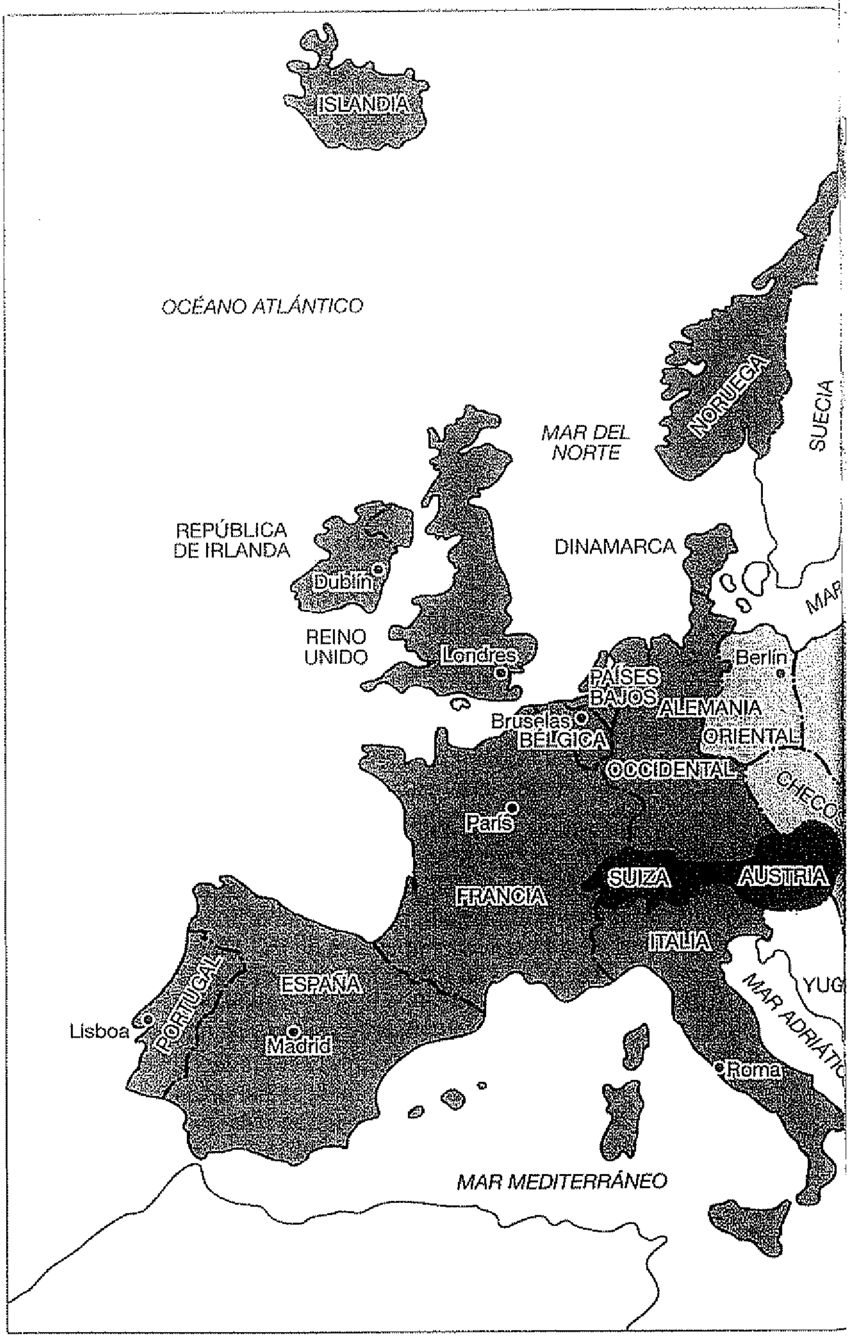
miento de los principios de la Carta de las Naciones Unidas. Pero la OTAN era una organización de carácter regional, y no mundial, y contó con un importante respaldo de los EEUU: el Senado norteamericano aprobó un amplísimo programa de ayuda militar a Europa occidental un día antes de que se diera a conocer la noticia de la explosión de la primera bomba atómica soviética. Las armas atómicas se convirtieron en el ingrediente esencial del poderío militar. En 1950 se instalaron en Gran Bretaña bombarderos atómicos norteamericanos, y en 1954, cuando la OTAN ya había empezado a acumular un inmenso arsenal militar, había artillería y misiles atómicos desplegados por toda Europa occidental.

La llegada de la ayuda del plan Marshall provocó movimientos más positivos en varias direcciones, entre los que destaca la creación de la unión aduanera del Benelux (enero de 1948). Este modelo de cooperación regional pronto fue imitado por asociaciones de otros estados europeos; así, por ejemplo, Suecia, Noruega y Dinamarca constituyeron una asociación en Escandinavia, y en el Mediterráneo se rumoreó que Grecia y Turquía planeaban crear una unión aduanera. De estas asociaciones se esperaba que promovieran la recuperación de las economías nacionales y que permitiesen a las naciones europeas menos poderosas tener más peso a la hora de determinar su propio futuro. La formación de grupos para coordinar cuestiones de comercio, política exterior y defensa se puso cada vez más de moda en Europa occidental a finales de los años cuarenta; sin embargo, al mismo tiempo que los vínculos intraeuropeos se reforzaban, las que antaños habían sido «grandes» potencias de Europa disolvían sus antiguos vínculos imperiales.

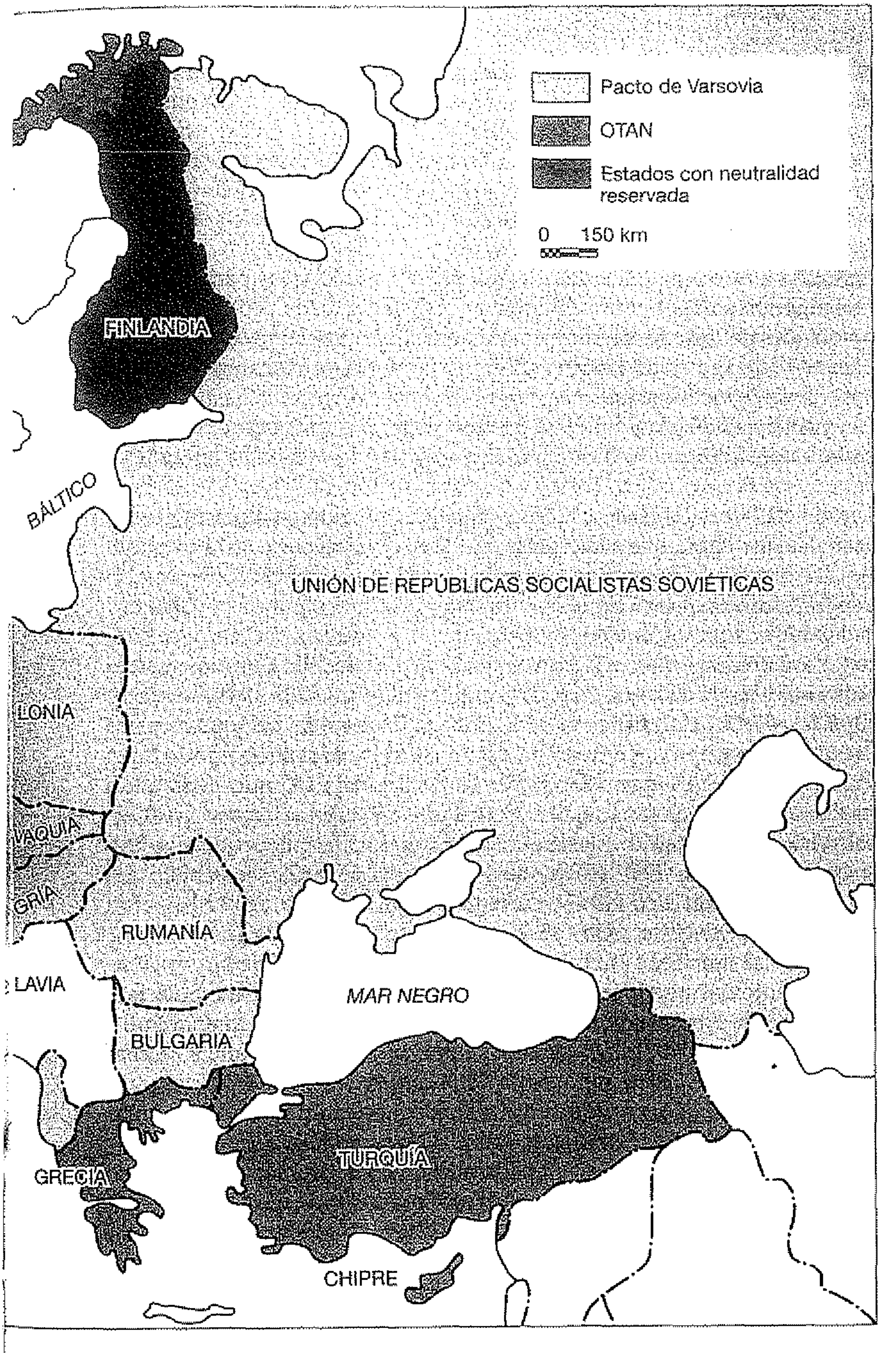
La descolonización, 1946-1962

La segunda guerra mundial, a pesar de que su desarrollo y sus consecuencias afectaron a todo el planeta, provocó una revisión a fondo de las relaciones existentes entre las potencias imperiales de Europa occidental y los territorios que se encontraban bajo su autoridad. La relativa tranquilidad con que Gran Bretaña y Francia gobernaron el mundo en el siglo XIX contrastaba radicalmente con su dependencia de los Estados Unidos, y la mejor ilustración de su pérdida de poder la daban sus relaciones con las colonias. Sin embargo, ya antes de que acabase la segunda guerra mundial, se había celebrado una conferencia afroasiática en Manchester (Inglaterra), que redactó una declaración que afirmaba que «estamos decididos a ser libres ... Haremos que el mundo nos escuche». Entre los asistentes figuraban Kwame Nkrumah, el futuro primer ministro y presidente de Ghana, y Jomo Kenyatta, futuro presidente de Kenia. Esta declaración y otras parecidas, reflejaba una idea ya muy difundida durante la propia guerra: que, como la segunda guerra mundial había sido un conflicto de alcance realmente mundial, también tendría repercusiones a nivel mundial.

Las conferencias de los aliados durante la guerra estuvieron marcadas por las protestas contra el colonialismo expresadas sobre todo por los Estados Unidos. Los imperios, según sus críticos, eran, en el mejor de los casos, una forma



MAPA 10. La división de Europa durante la guerra fría.



Pacto de Varsovia
OTAN
Estados con neutralidad reservada
0 150 km
FINLANDIA
BÁLTICO
UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
LONIA
VAQUIA
GRÍA
RUMANÍA
LAVIA
MAR NEGRO
BULGARIA
GRECIA
TURQUÍA
CHIPRE

arcaica de gobierno, y, en el peor de los casos, antieconómica y opresiva. Estaba en contradicción con el principio de autodeterminación enunciado por primera vez por el presidente Wilson en Versalles y repetido por el presidente Roosevelt en la Carta del Atlántico de 1941. La Unión Soviética también se dedicó a promover las luchas coloniales que su propaganda de posguerra definiría como «guerras de liberación». Irónicamente su propio «imperio» se hundiría después de una breve lucha de índole totalmente distinta.

La transición a la independencia fue traumática para todas las partes implicadas, y en algunos países hubo estallidos de violencia y caos. En el caso del territorio holandés de Indonesia, por ejemplo, cuando se proclamó república independiente el 17 de agosto de 1945, el gobierno holandés fue incapaz de aceptarlo sin una serie de incómodas concesiones, de modo que no fue hasta finales de verano y principios de otoño de 1949 cuando se llegó a un acuerdo, que permitió que la independencia de Indonesia se convirtiese en realidad en agosto de 1950.

En marzo de 1946 el gobierno británico había reconocido ya de buen grado y sin reticencias que había que concederle a la India la independencia total de la Corona. La transferencia de poder concluyó en agosto de 1947, aunque el proceso desencadenó un profundo odio entre hindúes y musulmanes con la aparición de dos nuevos países, la India y Pakistán. A continuación, en enero de 1948, le tocó a Birmania, que, a diferencia de la India, decidió permanecer en la Commonwealth. Más cerca de Gran Bretaña, el 18 de abril de 1949, se aprobó la *Republic of Ireland Act* (Ley de la República de Irlanda, aunque este no fuese un verdadero ejemplo de «descolonización»), si bien los «seis condados» de Irlanda de Norte continuaron formando parte del Reino Unido. Más adelante se produjo la «liberación» de los territorios africanos de la Commonwealth, en general por mutuo acuerdo. El primero en conseguir la independencia fue Costa de Oro (Ghana) en 1957. El proceso de descolonización se aceleró en África oriental y occidental en los años sesenta. Mientras tanto, Suráfrica, con su filosofía del *apartheid*, se retiró de la Commonwealth en 1961.

Francia, al igual que Gran Bretaña, se había enfrentado a cierta oposición a su autoridad colonial por primera vez antes de estallar la guerra, pero los altos funcionarios de París entendieron que estas señales de protesta eran limitadas, de modo que en 1945, libre ya de la ocupación alemana, Francia estaba decidida a conservar una parte importante de la *France d'Outre-Mer*, el «confetti» imperial de la República francesa esparcido por el mundo, sobre todo los territorios de Indochina, y, más cerca de Europa, Argelia. Las guerras de descolonización consiguientes fueron de las más largas y brutales del período de la descolonización. En 1945 Francia regresó inmediatamente a Indochina (que los franceses habían abandonado en manos de los ocupantes japoneses durante la guerra) y pronto se vio involucrada en costosas operaciones políticas y militares que duraron hasta 1954, justo cuando dio comienzo una nueva crisis de la autoridad colonial francesa, esta vez en Argelia. En Vietnam del Norte, Ho Chi Minh había creado un «estado libre» con un potente ejército comunista, de modo que la lucha de Francia se convirtió en un episodio más de la

guerra fría. Peor para la *métropole* (el centro del imperio francés: París) fue el desafío al gobierno imperial en Argelia. Como condensaba el conocido lema «*Algérie, c'est la France*», Argelia se consideraba parte integral de la república, una «extensión de la propia Francia allende los mares».[3] No fue hasta que hubieron transcurrido diez años de prolongado conflicto, que llegó a poner en peligro la estabilidad política de la mismísima Francia, cuando Argelia se convirtió en estado soberano, el 1 de julio de 1962.

Algunos historiadores afirman que el imperialismo europeo sobrevivió al imperio, gracias al mantenimiento de los vínculos económicos entre los territorios imperiales y sus antiguos gobernantes (el «neocolonialismo») y gracias también a la adopción por parte de muchos de los habitantes del Tercer Mundo de formas de civilización «occidentales» que encerraban valores europeos tradicionales. El legado colonial más visible fue la persistencia de las «lenguas» coloniales, sobre todo el inglés y el francés, entre la población más culta y poderosa. El escritor de Martinica Frantz Fanon, en su libro *Peau noir, Masques blancs*, defendía que el uso del francés distorsionaba las culturas indígenas; era lo que el llamaba «las rayas de cebra de mi mente». Por otro lado, las críticas más positivas del imperialismo insistían en la aportación de los conquistadores del siglo XIX a la enseñanza y a la tecnología. El primero que fue nombrado primer ministro de la India, por ejemplo, Jawaharlal Nehru, había estudiado en Inglaterra y heredó del Raj una estructura gubernamental relativamente eficaz.

Las nuevas evaluaciones del imperialismo han llevado a algunos analistas contemporáneos a sostener que la Unión Soviética, mediante su anexión de territorios de la Europa del Este, y los Estados Unidos, aprovechándose de la dependencia de Europa occidental y Suramérica respecto a la ayuda económica estadounidense, tomaron el relevo de las potencias imperiales europeas. De hecho, algunos historiadores sostienen que la participación de los Estados Unidos en la reconstrucción de Europa occidental fue un acto de «imperialismo por invitación». Pero en Europa occidental había otras fuerzas en juego que contribuyeron de forma más importante a su recuperación y la guiaron hacia la etapa más próspera de su historia, lo que la diferenciaría radicalmente del «imperio soviético».

Los milagros económicos, 1949-1968

El desarrollo de la guerra fría, inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial, influyó de forma muy importante en el modo en que se recuperó Europa. Esta vez, el renacimiento de Europa, tras los primeros y vacilantes balbuceos de 1945-1948, fue rápido y duradero como no lo había sido después de 1919. En 1952, la reconstrucción de la posguerra ya casi había concluido, pero después de haberse recuperado las propiedades y los bienes perdidos durante la guerra, no acabó el resurgir de la industria europea, a diferencia de lo que había sucedido tras la primera guerra mundial, sino que fue más bien el principio. Aunque los europeos y los norteamericanos estaban enfrentados debido

al deseo de los primeros de proporcionar unos niveles de seguridad social más altos que nunca —un objetivo que se mantuvo en la Europa dominada por los cristianodemócratas y los conservadores de los años cincuenta—, los norteamericanos «vendieron» a Europa occidental unas posibilidades de crecimiento económico sin precedentes siempre que los europeos siguieran los principios fundamentales de la «producción en serie, la gestión científica y la productividad» en la gestión a nivel micro- y macroeconómico. «Productividad» se convirtió en una palabra clave incluso en la Gran Bretaña laborista post-1945, y durante los años cincuenta el espíritu de la «norteamericanización», que había penetrado en Europa por primera vez en los años veinte, se difundió por doquier, junto con su idioma, el inglés. Los Estados Unidos intentaron convertir al Viejo Mundo en nuevo, y, en una ofensiva de propaganda internacional sin precedentes, los Estados Unidos se convirtieron en una fuente de inspiración para el desarrollo económico de Europa. El autor británico G. Hutton, en su libro titulado *We Too Can Prosper* (1949) explicaba cómo y por qué.

Pero, al igual que en el período de entreguerras, los europeos cogieron lo que quisieron del modelo norteamericano y rechazaron el resto, aunque no sin dirigir sus reproches al «consumismo», la cultura popular y el idioma de los norteamericanos (una vez más, los intelectuales franceses volvieron a ser los más vehementemente antinorteamericanos). En los años cincuenta y sesenta, los índices de crecimiento económico fueron más altos en la Europa continental (y en Japón) que en los Estados Unidos, alcanzando más de un 4,4 a un 5,5, por 100 anual. Las causas de este crecimiento sostenido siguen siendo polémicas, pero tuvo una importancia crucial la aparición de un enorme mercado de bienes de consumo que proporcionó niveles de vida más altos y prosperidad a todos los que tuviesen trabajo. Además, se tendió a la concentración empresarial en empresas florecientes y grandes, que a menudo tenían una dimensión multinacional. Al mismo tiempo, se mantuvieron las tendencias apuntadas en la primera mitad del siglo: el número de agricultores siguió disminuyendo (en Italia la proporción de trabajadores del sector agrícola y pesquero bajó del 43 por 100 al 14 por 100) y el número de trabajadores del sector terciario (el sector servicios) empezó a crecer a gran velocidad.

El consenso social, conocido también como el compromiso de posguerra, que se había producido en toda Europa contribuyó asimismo al crecimiento económico, sobre todo en Italia, Francia y Alemania. Había diferencias formales en el sistema en todos los países de Europa occidental, pero en prácticamente todos ellos implicaba la aceptación de reformas sociales y el reconocimiento de los derechos de los trabajadores. Políticamente, solía implicar el apoyo a la alianza con los Estados Unidos. A diferencia de los años de entreguerras, los gobiernos democráticos europeos consolidaron el desarrollo económico; una mayor cooperación entre trabajadores y patronos; la liberalización de los derechos políticos en un marco constitucional estable; y, desde luego, la paz en Europa.

ALEMANIA, 1949-1968

La transformación de Alemania en esta etapa fue sin duda el ejemplo más espectacular de «milagro». Al mismo tiempo que la Alemania del Este se convertía en un estado comunista «modélico», la República Federal de Alemania (RFA) se convirtó en el prototipo de democracia liberal y capitalista moderna. Bajo el liderazgo de Adenauer, la RFA, con gran satisfacción de los norteamericanos y gran pesar de los laboristas británicos, evitó la nacionalización de la economía alemana, favoreciendo en cambio una economía «social de mercado». Bajo la competente dirección del ministro de Economía Ludwig Erhard, Alemania adoptó una estrategia de baja presión fiscal, estabilidad monetaria y librecambismo. Como resultado, la RFA estableció relaciones favorables con los países de la Europa septentrional y occidental, de modo que al cabo de unos años Alemania Occidental se había convertido en un importante exportador de productos industriales dentro del sistema de comercio multilateral en expansión de Occidente. Haciendo gala de una transformación que se dio en llamar el *Wirtschaftswunder* (milagro económico) alemán, Erhard fue el padre de un crecimiento económico sin precedentes en el producto nacional bruto de Alemania Occidental, que pasó de 98 a 162 puntos entre 1949 y 1954.

El gobierno de coalición de la CDU también consiguió crear estructuras de gestión empresarial que incorporaban a los sindicatos en el proceso de negociación salarial y fomentaban la participación de los trabajadores en los consejos de administración de empresas concretas. Tanto en la Alemania del Este como en la del Oeste, a pesar de las diferencias fundamentales que había entre sus regímenes, los obreros industriales alemanes, explotados y marginados en la sociedad ideal de Hitler, se convirtieron en el eje de la reconstrucción de Alemania. Como en el resto de Europa occidental, los frutos de la nueva prosperidad no se repartieron equitativamente: las viudas de guerra y los pensionistas, por ejemplo, salieron peor librados, ya que la economía social de mercado de Erhard otorgaba especial relieve a los obreros y a los empresarios industriales. Pero la sensación general era de éxito y de liderazgo eficaz.

Al llegar a los años sesenta, Alemania se había incorporado al sistema mundial bancario y comercial y se había convertido en un temible competidor comercial de Gran Bretaña y Francia, así como un serio rival de los Estados Unidos. Empresas como Volkswagen en la automoción, Bayer en farmacia y Siemens en los electrodomésticos figuraban entre las diez firmas multinacionales más importantes del mundo, y su éxito representó una tardía y merecida victoria para los alemanes que habían defendido una política económica «internacionalista» en el período de entreguerras, pero cuyas ideas no se habían puesto en práctica. El formidable éxito económico de Alemania Occidental devolvió también la confianza al pueblo alemán. La cobertura de las pensiones y de la red de servicios sociales siguió creciendo, el paro se situó en menos del 1 por 100 entre 1961 y 1963, y, como complemento de este éxito económico y social, Adenauer intentó seguir los pasos del canciller Stresemann esforzándose por

reincorporar a Alemania a la comunidad internacional mediante su adhesión a la OTAN y procurando estrechar vínculos con Francia.

En 1963 Adenauer fue sustituido por Erhard, y tanto él como sus sucesores continuaron empleando estrategias propias de la economía social de mercado para gobernar la RFA. Así pues, cuando Willy Brandt, del SPD, un exiliado de la Alemania nazi, se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores de un gobierno de gran coalición (CDU/CSU y SPD) en 1966, lo que cambió drásticamente no fue la política nacional alemana, sino la política exterior, que experimentó un giro gracias a la nueva *Ostpolitik* (política hacia la Europa del Este), más conciliatoria, de Brandt, que marcó la mayoría de edad de la Alemania Occidental. Brandt albergaba la esperanza de hacer progresar las relaciones entre las dos Alemanias mediante una serie de pequeños pasos —los comentaristas de la RDA lo calificaron de «agresión en zapatillas»—, y fue una estrategia que consolidó durante su permanencia en el cargo de canciller, desde 1969 hasta que se vio obligado a dimitir en 1974, a consecuencia del descubrimiento de que uno de sus colaboradores personales era un espía comunista. Pero a pesar de los escándalos intermitentes de espionaje, los alemanes aceptaron la existencia independiente de la RDA. En palabras de Brandt, había «dos estados alemanes, pero una sola nación alemana», y el reconocimiento de este hecho le abrió a la RFA las puertas de nuevos socios comerciales en la Europa del Este y le infundió una mayor sensación de permanencia y estabilidad política.

Los orígenes de la Unión Europea, 1945-1951

La evolución de la Comunidad Europea (CE), como luego se denominaría al conjunto de entidades agrupadas en torno a la Comunidad Económica Europea (CEE), fue un marco de gran importancia a la hora de conseguir que la RFA se comprometiera con la prosperidad y la paz de la Europa occidental, y no sólo de Alemania. Muchos elementos distintos, políticos y económicos, contribuyeron a la creación de la CEE, cuyo contexto estuvo determinado por tendencias nacionales e internacionales, por el equilibrio de poder existente y por la estabilidad o las transformaciones económicas y técnicas. También intervinieron numerosas personalidades. Las medidas que adoptaron, en primer lugar, los políticos de cada país y luego los funcionarios de la CEE, de acuerdo con los representantes nacionales, en muchas ocasiones se limitaron a modificar levemente el curso de unos acontecimientos sociales y económicos en Europa occidental que a veces no tenían nada que ver con la CEE, pero que pese a todo servían para reforzar la Comunidad.

La idea de una unión europea había surgido mucho antes de 1945; en realidad, mucho antes de 1789, pero no fue hasta después de la primera guerra mundial —que puso de manifiesto que las relaciones europeas no eran más que un conflicto enconado y sangriento— cuando se inició una verdadera campaña paneuropea. Un intelectual centroeuropeo, el conde húngaro Coundenhove-Kalergi, y el ministro francés de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, figuraron entre

sus precursores. Durante la segunda guerra mundial, Hitler intentó crear una especie de unión europea sometida a la hegemonía alemana, mientras que las experiencias compartidas de los movimientos de resistencia contra Hitler contribuyeron, a su vez, a potenciar el sentimiento de una identidad europea común por encima de las fronteras nacionales.

El debate de posguerra sobre la integración europea lo inauguró Winston Churchill cuando, en un discurso pronunciado en Zurich en 1946, propuso la creación de un Consejo de Europa. Era una propuesta tan sugestiva como su discurso de Fulton en el que denunciaba el «telón de acero», y, en un clima de tensión creciente entre las superpotencias, se adueñaron de su iniciativa quienes aspiraban a crear una «tercera fuerza» —una Europa unida— que pudiera parangonarse a los Estados Unidos y la URSS. A continuación, Churchill promovió el «Movimiento a favor de una Europa Unida», mientras que Francia creaba un «Consejo para la Unidad Europea». La idea común de un «movimiento europeo» cobró renovado ímpetu cuando se propagó el convencimiento, que gozaba de una aceptación cada vez mayor, de que la integración era un medio para lograr la prosperidad y la seguridad y un antídoto contra el demonio del nacionalismo, una actitud que contó con el decidido respaldo de los Estados Unidos.

Al llegar a los años cincuenta, el «debate» europeo se había visto alterado por la escalada de la guerra fría y la llegada de los fondos del plan Marshall a Europa. La idea de que Gran Bretaña fuese el adalid de una «tercera fuerza» parecía carecer del más mínimo realismo en vista de la situación de quiebra casi absoluta en la que se encontraba y a la aparición de divisiones respecto a la forma que debía adoptar la Europa unida. Estaba ya más que claro que los países de la Europa del Este, a los que no habían permitido aceptar la ayuda del plan Marshall, no podrían sumarse a esa unión, y que las instituciones de una comunidad europea «occidental» agravarían la «segregación» de Europa. En el momento en que se reunió por primera vez el Consejo de Europa, creado en 1949 para explorar las posibilidades de integración europea, sólo una minoría de países de Europa occidental se mostraron partidarios de una federación continental con un parlamento, un gobierno y una política económica comunes. La mayoría apoyaba la idea de «cooperación funcional», una concepción pragmática y evolucionista de la cooperación según la cual podía intentarse la integración en áreas de interés económico común, como la producción de carbón. Pero no duró mucho, ya que tampoco era la idea preferida por muchos europeos, ya en 1949, salvo como primer paso.

Para países tan distintos como Gran Bretaña, Grecia y Finlandia, la respuesta a la unión europea en 1951 era ya un rotundo no. El gobierno laborista británico pronto perdió interés por Europa por culpa de la hegemonía cristianodemócrata en la política de la Europa occidental, de los vínculos imperiales de Gran Bretaña y de la persistencia de los problemas económicos del país, que mucha gente temía que el mercado común exacerbara. El ministro de Asuntos Exteriores Ernest Bevin optó, en cambio, por cultivar la «relación especial» con los Estados Unidos. Y cuando el «debate europeo» pasó de los proyectos políticos

de una Unión Europea occidental a propuestas de cooperación económica europea, Gran Bretaña permaneció al margen. En cambio, el éxito de la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica), la Unión Europea de Pagos (1950) para facilitar las transferencias de divisas, así como la creación de la Unión Económica del Benelux (Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo), con el objetivo de eliminar las barreras del 90 por 100 del comercio entre los tres países, señalaban cuál sería el futuro. Italia, Francia y los países del Benelux, muy al contrario de Gran Bretaña y Dinamarca, mantuvieron el entusiasmo por la cooperación europea, y el viejo lema «divide y vencerás» fue sustituido por el de «unificaos y federaos».

La participación de Francia tuvo una importancia muy especial. A diferencia de su política de entreguerras respecto a Alemania, esta vez Francia estaba decidida a integrar a la RFA en Europa occidental. A la iniciativa del gobierno francés le resultaron muy beneficiosos la política declaradamente proocidental de Adenauer y el pleno respaldo de los Estados Unidos, que ansiaban crear una Europa occidental fuerte y unida, capaz de defenderse por su cuenta y evitar las desgracias que se habían abatido sobre Europa en los años de entreguerras. El francés Jean Monnet fue quien perfiló la imagen. Con el apoyo del entonces ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Robert Schuman, Monnet propuso la creación de lo que representaba para él un primer paso: una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) que se ocuparía de unos productos esenciales para la recuperación económica de la Europa occidental, y que se encontraban en el corazón mismo de la industria europea: la provincia francesa de Lorena y el valle del Ruhr alemán. El plan Schuman, como se dio en llamar al proyecto de Monnet, ofrecía una atractiva mezcla de beneficios económicos potenciales, sobre un fondo ideal de integración europea basado en la colaboración francoalemana.

La CECA, constituida formalmente en París en 1951, contó con el apoyo de los seis países europeos más comprometidos con el aumento de la cooperación europea: los países del Benelux, Francia, Alemania e Italia. (Gran Bretaña, la nación más poderosa de Europa, al principio se negó a participar en la CECA, y luego ingresó en calidad de país asociado en 1954.) La CECA fue una innovación importante de cara al estímulo de la producción de carbón y acero: la producción de acero aumentó en un 50 por 100, y la producción industrial creció el doble que en Gran Bretaña en los cinco primeros años de la CECA. Además, fue un hito en la historia de Europa occidental, porque la CECA estableció el principio de cooperación supranacional, según el cual los países miembros tenían que ceder autoridad a una agencia europea, aunque ésta se limitara a ocuparse de la producción y venta de hierro, carbón y acero. También se creó un tribunal para resolver las disputas entre países miembros, junto con una asamblea que se reunió en la primera cámara del Consejo de Europa en Estrasburgo.

Desde 1958 hasta 1968 el resurgir económico de Europa occidental fue especialmente impresionante dentro de la Comunidad Europea, y este éxito sirvió para convencer a los países de los beneficios potenciales de la Comunidad.

Gran Bretaña había optado por la cooperación menos estricta que le permitía la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA), creada en 1960 y que contaba como miembros a Gran Bretaña, Dinamarca, Noruega, Suecia, Suiza, Austria, Portugal y más adelante Finlandia e Islandia. En 1960 la economía de Europa occidental se encontraba en pleno auge. Ese año, representó el 58 por 100 del comercio mundial y más de dos terceras partes del PNB del planeta. Además, Europa occidental se había convertido también en el centro del sistema de seguridad mundial (la OTAN), que pasó a abarcar a Grecia, Turquía (en 1952) y la RFA (en 1955), y que promovía la cooperación científica, construía oleoductos subterráneos para el abastecimiento de combustible en caso de guerra y que aspiraba a «armonizar cada vez más» las opiniones políticas de sus miembros «para crear un espíritu de comunidad».[4]

Las instituciones de la guerra fría

Durante los años cincuenta y sesenta, tanto en la Europa del Este como en la occidental, el marco político y económico permaneció estable por primera vez en muchas décadas, y las guerras «calientes» fuera de Europa estimularon el crecimiento económico de Occidente. En consecuencia, a pesar de los temores persistentes a que se avecinaba la «tercera guerra mundial», la división de Europa parecía el resultado de una lógica inexorable que hacía muy difícil, en parte debido a la política norteamericana, limar las diferencias ideológicas existentes entre los comunistas y los no comunistas. La división estaba, además, «institucionalizada» por un número creciente de organizaciones a ambos lados del «telón de acero» cuya finalidad era el coordinar las actividades económicas y militares en el interior de los dos bloques. En el Este había el Cominform, la oficina de información comunista, que Occidente consideraba una nueva versión del Comintern, dedicado a promover las revoluciones marxistas en todo el mundo. En Occidente, las organizaciones de cooperación económica profundizaron también la segregación de Europa: las instituciones de Bretton Woods y, más adelante, de la CEE (véase la p. 403). En respuesta a la creación y el feliz desarrollo de estas instituciones en Occidente, la URSS fundó el Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM) o Comecon, como se le conoció en Occidente (1949), para proporcionar asistencia económica a los países comunistas. Por supuesto, la Unión Soviética, a diferencia de los Estados Unidos, no podía proporcionar una verdadera asistencia de ninguna clase, y en sus inicios, el Comecon, cuya sede central se hallaba en unas raquíticas oficinas de Moscú, se dedicó en realidad a recaudar las reparaciones de guerra de Alemania Oriental, Rumanía y Bulgaria. A la muerte de Stalin, el Comecon fue remodelado con el fin de coordinar la planificación y la producción en el conjunto bloque soviético, y también asumió algunas competencias en materia de coordinación militar en el Este hasta la fundación del pacto de Varsovia en mayo de 1955.

La creación de las organizaciones militares, la OTAN y su equivalente soviético, el pacto de Varsovia, formalizó la división militar entre Este y Oeste.

Fundado en el año en que Yugoslavia se reconcilió con la Unión Soviética a raíz de la visita de Kruschev a Belgrado en 1955 y su nueva política de «coexistencia» con Occidente, el pacto de Varsovia sirvió en gran parte para confirmar el *statu quo* militar en la Europa del Este. La Unión Soviética continuó dominando las fuerzas armadas de los países satélites —cuya finalidad teórica era disuadir a los países imperialistas de Occidente de invadirlos—, y el pacto sirvió para integrar las estructuras de mando, además de otorgar una falsa legitimidad a lo que en la práctica era la ocupación de la Europa del Este por parte del Ejército Rojo, ya que, según el primer ministro húngaro András Hegedüs, el texto del pacto les daba «por lo menos en teoría, a los dirigentes de esos países la oportunidad de asumir el mando de sus ejércitos». En Albania, Rumanía y Bulgaria no había tropas soviéticas, ya que su lealtad a la URSS era indiscutible (si bien Albania abandonaría el pacto de Varsovia en 1961), mientras que Yugoslavia controlaba sus propias fuerzas armadas.

En 1960 el metafórico telón de acero de Churchill se había convertido en una perturbadora realidad, después de que los contactos culturales y sociales, además de las relaciones diplomáticas, se contagiasen del clima de desconfianza y restricciones propio de la guerra fría. Fue en esta época cuando una británica le espetó a un visitante checo que acababa de llegar en avión a Gran Bretaña que «no sabía que fuera posible ... No me había dado cuenta de que los aviones pudiesen volar por encima del telón de acero». Pero, aparte de la intriga, popularizada en novelas como *El tercer hombre*, de Graham Greene, la guerra fría tuvo una serie de consecuencias inesperadas. Dio lugar a una especie de «sistema» que maximizaba la paz y la estabilidad y minimizaba el peligro de guerra en Europa.

Francia, 1960-1968

El nuevo espíritu de cooperación en Europa occidental tuvo su mejor ilustración en Francia, donde los acontecimientos promovieron la reconciliación francoalemana. Los sucesivos gobiernos franceses, abandonando las vacilaciones que habían perjudicado su labor en el período de entreguerras, se mostraron partidarios del sistema de economía social de mercado de la RFA en vez de las nacionalizaciones a gran escala de la industria, y los industriales y funcionarios franceses impulsaron el expansionismo capitalista. El plan de Monnet puso en marcha el crecimiento económico de Francia, que alcanzó niveles insospechados cuando la productividad de Francia aumentó en un 10,4 por 100 entre 1967 y 1968. El mejor indicador de esta resolución y este optimismo nuevos fue la inversión de una tendencia que había perjudicado la confianza de los franceses en la economía y en la política exterior desde finales del siglo XIX: el índice de natalidad del país experimentó una espectacular subida. A lo largo de los años cincuenta el índice de natalidad de Francia estuvo por encima del 18 por 1.000, mientras que en los años treinta había sido del 14,9 por 1.000.

Como en los casos de Gran Bretaña y Alemania, la reciente prosperidad

no se repartió de forma equitativa entre toda la nación, y, por lo tanto, es importante no exagerar la sensación de equilibrio social permanente ni en Francia ni en el conjunto de Europa occidental durante esta etapa. *La France paysanne* (la Francia rural) siguió en decadencia, al igual que la situación de los pequeños comerciantes y de los artesanos. Y como en el resto de Europa occidental, entre las nuevas clases prósperas de la Francia de posguerra figuraban los cuadros (los ejecutivos o los mandos intermedios), cuya situación era especialmente boyante en los años de expansión económica. También se mantuvieron las diferencias regionales, porque, como comentó en una ocasión un exasperado De Gaulle, «¿Cómo demonios se puede gobernar un país con 265 tipos de queso distintos?».

La vida política francesa era el reflejo de esas disparidades, víctima de la inestabilidad de sus efímeras coaliciones de gobierno. Todo ello y, además, la crisis política que desencadenó el conflicto colonial de Francia en Argelia, provocó la vuelta de De Gaulle al poder en 1958 tras 12 años de ausencia. De Gaulle impulsó la redacción de una nueva constitución para Francia, y la Quinta República creada por él fue una tentativa de promover la adhesión a los partidos principales y minimizar la representación de los partidos pequeños o extremistas, y, sobre todo, demostrar que ahora el gobierno francés controlaba al Parlamento, y no al revés. Aún más importante fue la obtención de la independencia de Argelia en virtud de los acuerdos de Evian en 1962. Para aquel entonces, el precio de la «libertad» de Argelia fue la muerte de 17.500 franceses y más de 200.000 musulmanes.

De Gaulle insistió desde el principio en que la política exterior francesa fuera de firmeza. En un esfuerzo por reafirmar el poderío de Francia tras la pérdida del imperio, De Gaulle estrechó vínculos con Rusia, China y la Europa del Este, mientras que el desarrollo de la *force de frappe*, un sistema de disuasión nuclear propio, servía para compensar al ejército francés de la pérdida del imperio. Aunque su motivación principal fuera el deseo de liberar a Francia de su reciente papel de víctima mediante la creación de un régimen fuerte e independiente en la escena internacional, De Gaulle también deseaba articular y defender los intereses de Europa, por oposición a los de Gran Bretaña y los Estados Unidos, en la guerra fría. Lo más espectacular fue su anuncio el 7 de marzo de 1966 de que Francia, aunque no se retiraba como miembro firmante del pacto atlántico, abandonaba la estructura militar de la OTAN, lo cual provocó el caos en la alianza militar. Los norteamericanos fueron quienes más se enfurecieron, porque los franceses, junto con los demás signatarios del pacto de Bruselas, habían sentido el mayor de los alivios al ver a los Estados Unidos firmar el Tratado del Atlántico Norte en 1949. Resultaba asimismo irónico que De Gaulle, que pretendía ser el adalid de los intereses europeos, obligara a trasladar la sede de la OTAN de Fontainebleau a Bruselas porque las fuerzas de la OTAN ya no eran bienvenidas en territorio francés. Pero De Gaulle era realista, y sabía que en el fondo Europa necesitaba a los Estados Unidos como contrapeso de la URSS. Lo que quería era maximizar la independencia de Francia sin enemistarse para siempre con Estados Unidos, y consiguió devolver la autoridad a la política exterior de Francia y el orgullo nacional a los franceses.

ITALIA, 1951-1965

También Italia disfrutó de un *miracolo economico* en esos años. A pesar de su debilidad estructural —cerca de 48 gobiernos y 18 primeros ministros entre 1945 y 1989—, se dieron unos niveles de crecimiento económico sin precedentes a mediados de los años cincuenta y en los sesenta. De hecho, a lo largo de este período de *dolce vita*, la economía italiana creció más deprisa que la de todos los demás países del mundo, incluyendo a la URSS y Japón, con un crecimiento especialmente impresionante de la producción de automóviles (Fiat, Pirelli), maquinaria de oficina (Olivetti) y electrónica. El vertiginoso crecimiento de la economía italiana —en los años cincuenta y sesenta el índice anual de crecimiento de Italia fue del 5,7-5,8 por 100— incluso resultaba sorprendente, dada la mala situación económica de Italia en la primera mitad del siglo, durante la cual escaseaban las materias primas e Italia había tenido que importar alimentos para subsistir. Ahora los italianos demostraron que los críticos que sostenían que el crecimiento económico de Italia sólo se podría lograr a base de mano de obra barata se equivocaban, y demostraron ser uno de los pueblos más trabajadores e inventivos de Europa.

Como en el resto de Europa occidental, el Estado desempeñó un papel activo en la generación del crecimiento económico, ya que entre un 20 y un 30 por 100 de la industria de Italia (incluido el 60 por 100 de la producción siderúrgica) era de titularidad estatal. El florecimiento de la industria turística en Europa en la primera gran época de la aviación civil también fue importante a la hora de llevar la prosperidad a Italia. Pero, siguiendo las tendencias imperantes en el resto de Europa occidental, los salarios y el nivel de vida del norte de Italia se situaron sin dificultad a la altura de los de las regiones más prósperas de Europa, mientras que las regiones agrícolas pobres del sur resultaron aún más empobrecidas, y un número importante de sicilianos en paro emigraron a Alemania Occidental como *Gastarbeiter* (trabajadores invitados).

GRAN BRETAÑA, 1951-1968

El único país al que la posguerra no llevó una sensación de floreciente prosperidad y confianza nacional fue Gran Bretaña. Cuando los conservadores volvieron al poder en 1951 con Winston Churchill como primer ministro a los 76 años, no se produjeron grandes cambios. Y tampoco hicieron planes especiales de futuro. De hecho, apenas modificaron lo que ya había hecho el gobierno laborista de posguerra, aparte de la polémica desnacionalización de la industria siderúrgica. El resto del programa de nacionalizaciones laborista, así como el estado del bienestar (que gozaba de una aprobación casi unánime), permanecieron intactos. Los conservadores se mantuvieron en el poder desde 1951 hasta 1964. Anthony Eden sucedió a Churchill en 1955, y a su vez, lo sustituyó Harold Macmillan después de una crisis que no afectó a Europa, sino a Oriente Próximo. A pesar de la impresión de Macmillan de que a la mayoría «nunca

les había ido tan bien» —ya que el nivel de la enseñanza, la vivienda y la sanidad había mejorado— la época estuvo marcada por *la maladie anglaise*: falta de confianza en uno mismo, los bajos índices de crecimiento económico (entre los más bajos de Europa occidental, con un 2,7 por 100 anual) y la pérdida de categoría internacional.

La crisis de Suez de 1956, que provocó la subida al poder de Macmillan, desenmascaró la cruda realidad del poderío internacional de Gran Bretaña. Los gobiernos británicos confiaban que la pretendida «relación especial» con los Estados Unidos y su compromiso con la Commonwealth bastaran para salvaguardar los intereses británicos en Oriente Próximo, y, con ellos, la condición de potencia mundial de Gran Bretaña. En vez de ello, los Estados Unidos, la URSS y los partidos de la oposición británicos se unieron en su condena de la intervención, por su propia cuenta y riesgo, de Gran Bretaña y Francia contra el Egipto de Nasser (con el que se establecían odiosas comparaciones con la política de apaciguamiento de las «dictaduras» de los años treinta). El declive de la influencia internacional de la pérfida Albión resultó evidente y provocó el desplome de la libra esterlina en noviembre de 1956 y la dimisión de Eden. Cuando Gran Bretaña decidió abandonar la campaña de Suez, se indispuso con su aliado en el conflicto, Francia, en un momento trascendental de la evolución de la Comunidad Europea.

El profundo sentimiento de malestar nacional que impregnaba Gran Bretaña empeoró a principios de los años sesenta por culpa de los numerosos escándalos que sacudieron la actividad política y gubernamental: los escándalos de espionaje de Vassall, Philby y Burgess, así como la implicación del secretario de estado de Defensa John Profumo en un escándalo sexual (marzo de 1963). Pero lo más grave fue el ritmo lento del crecimiento económico. La economía británica padecía lo que se dio en llamar una economía de «sacudidas» (una política económica deflacionaria que, nada más abandonarla, hacía que repuntase la inflación), que presentaba síntomas crónicos de exceso de gasto público y de dependencia de los créditos, lo que provocaba crisis de la balanza de pagos constantes, aunque impredecibles.

Las políticas gubernamentales no ayudaban en nada a la economía británica, pero tampoco eran el origen de los problemas económicos, que era más profundo. Gran Bretaña era un país en «desventaja» por culpa de haber sido la primera potencia industrial del mundo y haber figurado entre los vencedores de las dos guerras mundiales, que habían destruido el patrimonio del país y habían generado una importante deuda externa. Hasta lo que antes habían sido ventajas desde el punto de vista geográfico se habían convertido en inconvenientes: su insularidad, que la mantenía alejada del centro de Europa; su alta densidad de población, que hacía que el gobierno tuviera que contribuir a sufragar los cuantiosos gastos de mantenimiento de unas «infraestructuras» eficientes. Durante los años sesenta, el producto de exportación más célebre de Gran Bretaña fue la música pop: los Beatles, los Rolling Stones y los Who fueron grupos que gozaron de un inmenso éxito internacional.

La relativa decadencia de Gran Bretaña como potencia mundial fue un reto

al que tendría que enfrentarse durante todo lo que restaba de siglo. Los historiadores la han justificado de muchas maneras, y la polémica continúa. Las interpretaciones más esclarecedoras se centran en la escasez de las inversiones británicas en su infraestructura industrial durante la posguerra, en su bajo nivel de inversión en investigación y desarrollo, comparado con el de las demás potencias europeas (aparte de los de Japón y los Estados Unidos), en la influencia negativa de los sindicatos británicos en los niveles de productividad y en el carácter «amateur», poco profesional de los gestores de las empresas británicas. Hay quien afirma que la autocomplacencia fue lo que causó la ruina de Gran Bretaña. A diferencia de muchos países de la Europa del Este y del Oeste, Gran Bretaña no se planteó cuestiones fundamentales a raíz de la segunda guerra mundial. No fue hasta los años sesenta cuando empezaron a cuestionarse las instituciones, y aún entonces sólo lo hizo la izquierda radical. El cuestionamiento en serio no empezó hasta 1979.

Durante los polémicos años sesenta, en los que Italia y Alemania aumentaron el volumen de sus exportaciones seis veces más que Gran Bretaña, fue cuando Harold Macmillan y su sucesor, el laborista Harold Wilson, llegaron a regañadientes a la conclusión de que el comercio con la Commonwealth y la pertenencia a la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) no eran una alternativa viable a la pertenencia a la CEE. E incluso en ese momento ambos tuvieron que hacer frente a una férrea oposición en el interior mismo de sus respectivos partidos.

La recuperación en la «pequeña» Europa

En la atmósfera embriagadora del *boom* capitalista, los competidores industriales de Gran Bretaña a lo largo del siglo XIX —Francia y Alemania— la superaron ampliamente en el terreno económico, a pesar de que en ambos países la izquierda radical fuese más fuerte que en Gran Bretaña. Puede que resultara aún más humillante el ritmo de crecimiento de que disfrutaron las potencias europeas menores, entre ellas Suecia, los Países Bajos, Austria y Bélgica. Según el especialista belga en historia económica Herman Van Der Wee, Bélgica, que había desempeñado un papel destacado en la primera fase de la industrialización, desarrolló un nuevo tipo de economía mixta que propugnaba la concertación entre los distintos «agentes sociales»: la banca y las organizaciones patronales y sindicales. La colaboración entre las dos últimas, a su vez, resultaba especialmente eficaz a la hora de crear un ambiente de paz social muy favorable a la recuperación económica. Austria siguió de cerca el modelo alemán. Suecia y los Países Bajos disfrutaron también de considerables niveles de crecimiento, basados en la exportación, sobre todo gracias a la revitalización del mercado alemán en 1949. España y Grecia, en cambio, hicieron importantes progresos en el terreno económico a principios de los años sesenta, en los que tuvo un papel básico el sector turístico. El sol se convirtió en una baza económica de primer orden, aunque el coste social del turismo de masas sería alto.

El tratado de Roma y sus consecuencias

Animados por su fortaleza económica, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo —los más constantes defensores de una mayor cooperación europea en el período de entreguerras— lanzaron una nueva y espectacular iniciativa en 1955, en cuya defensa destacó el ministro de Asuntos Exteriores holandés Johan Beyen. Beyen argumentó que si la «Europa de los Seis» avanzaba hacia un mercado común gracias a organizaciones como la CECA, ¿por qué no se discutía la posibilidad de crear de inmediato un Mercado Común Europeo? Ese mismo año tomaron la decisión de investigar esa posibilidad en Messina (Sicilia), aunque los seis países miembros de la CECA avanzaron con cautela, mientras Gran Bretaña los observaba desde lejos, convencida de que el proyecto de mercado común fracasaría. En vez de ello, en virtud de los tratados suscritos en Roma en 1957, los seis países constituyeron la Comunidad Europea de Energía Atómica (EURATOM) y la Comunidad Económica Europea (CEE).

La CEE se puso en marcha el 1 de enero de 1958. Con su sede administrativa en Bruselas y una comisión con vicepresidentes de cada uno de los estados miembros, al principio a la CEE parecía como si le faltase gran parte de la autoridad supranacional que poseía la CECA. Pero en 1967, la CEE, la EURATOM y la CECA ya se habían fusionado en una sola Comisión Europea. Los países grandes nombraban cada uno a dos comisarios, y los pequeños, a uno, y los comisarios, a su vez, dirigían un personal que en 1970 era de más de 15.000 trabajadores. La CEE fue adquiriendo progresivamente autoridad política además de económica. Pronto consiguió un Tribunal Europeo de Justicia (con la importante misión de garantizar que la legislación comunitaria afectara de forma «equivalente» a todos los países miembros) y un Parlamento Europeo electo, si bien este último apenas podía intervenir en la actuación de la Comisión (por ejemplo, no podía destituir a un comisario en concreto).

El objetivo fundamental de la CEE era crear una unión aduanera cuyos socios pudieran competir entre sí en pie de igualdad y con libertad plena, lo cual traería la paz y la prosperidad a Europa, y, por parte de quienes aspirasen a una unión política más estrecha, era de esperar que el aumento de la cooperación económica fomentaría la unidad política en materia de política exterior, defensa y política social entre los países miembros. La unión aduanera funcionaba ya en 1968, y ya habían ideado y puesto en práctica una costosa Política Agraria Común (PAC) para proteger a los agricultores de los países miembros. Además, se habían alcanzado índices de crecimiento del 5 por 100 anual y el volumen del comercio entre los países miembros de la CEE se había quintuplicado.

Impresionada por un éxito tan evidente, Gran Bretaña, que al principio había intentado promover una forma de cooperación europea más laxa a través de la EFTA, solicitó por primera vez el ingreso en la CEE en 1961. Pero las discrepancias con el presidente De Gaulle en materia de defensa y política exterior hicieron que fracasara tanto esta solicitud (rechazada finalmente en 1963) como otra solicitud presentada por un nuevo gobierno en 1967. Un alto cargo

norteamericano se quejaba exasperado por aquel entonces de que De Gaulle era «el cochino más intratable que jamás haya existido entre el género humano». Pero el gobierno del propio De Gaulle quedó en entredicho por culpa de las manifestaciones estudiantiles de 1968, y después de dimitir en 1969, se adoptó la importante resolución de ampliar la Comunidad en la cumbre comunitaria celebrada en La Haya ese mismo año. Al año siguiente, comenzaron las conversaciones concretas sobre la ampliación de la Comunidad con Gran Bretaña, Irlanda, Dinamarca y Noruega. Sólo los noruegos rechazaron la incorporación a la CEE, como volverían a hacerlo años después en 1994.

¿Por qué había cambiado la actitud de Gran Bretaña? La decisión de pedir el ingreso fue una prueba más dura para el Partido Laborista que para el Partido Conservador, pues mucha gente temía que se traduciría en una pérdida de puestos de trabajo y que la Europa cristianodemócrata pondría en peligro las iniciativas socialistas en Gran Bretaña. Pero en 1967 era más que evidente no sólo que la economía británica crecía más despacio que la de los países continentales, sino también que la propia Commonwealth, a la que durante mucho tiempo se había considerado «una alternativa a Europa», estaba en crisis por culpa del problema de Rhodesia, que había provocado por primera vez el enfrentamiento del gobierno británico con el régimen de la minoría blanca por la cuestión de la independencia. (Era la primera rebelión de una colonia británica desde el siglo XVIII.) El cabecilla de la oposición conservadora desde 1964, Edward Heath, era un firme defensor de Europa, de modo que Harold Wilson, sensible a todas las corrientes de opinión, incluidas las de los empresarios, consideró que si el gobierno laborista se involucraba en el ingreso en la CEE, le quitaría una baza electoral a Heath. También hubo ciertas prisas por entrar ya que el gobierno británico quería influir en algunos aspectos de la política comunitaria, sobre todo la PAC, que el gobierno británico consideraba mal planteada desde el punto de vista económico y perjudicial para los intereses de la agricultura británica. Finalmente, la participación potencial de Gran Bretaña en la CEE fue acogida con entusiasmo por parte de los Estados Unidos, mientras que el veto de De Gaulle hizo que el pueblo británico se volcara en su contra: había que hacer frente a la *grandeur* francesa, como de costumbre.

La crisis de los años setenta, 1968-1975

La estabilidad política del sistema internacional de la Europa de la posguerra hasta principios de los años sesenta resulta impresionante en comparación con los 45 primero años del siglo XX. Pero se basaba en unas premisas que fueron puestas en tela de juicio más de una vez. La disuasión nuclear, que hizo que la guerra fría no pasara de fría, tuvo siempre sus críticos, cuyo número fue en aumento durante los años sesenta. Por otra parte, el marco mundial adquirió mayor relevancia, mientras grupos de presión norteamericanos y europeos, que a menudo utilizaban tácticas radicales, exigían el fin de la guerra de Vietnam y la igualdad de derechos civiles de los negros (sobre todo en los Esta-

dos Unidos). Hubo algaradas callejeras a ambos lados del Atlántico, desencadenadas en parte por el asesinato del activista negro en favor de los derechos civiles Martin Luther King en abril de 1968, así como por la opinión generalizada entre el público y la prensa de que Occidente no podía ganar en Vietnam. (Los estrategas norteamericanos se vieron sorprendidos por una tremenda ofensiva comunista en enero de 1968, después de que los Estados Unidos soltasen más bombas sobre Vietnam entre 1965 y 1967 que el total soltado por los aliados en toda Europa durante la segunda guerra mundial.)

En mayo de 1968 en Europa, las universidades se convirtieron en el foco de las manifestaciones. Francia se paralizó mientras los estudiantes y los jóvenes trabajadores —molestos por los métodos «de un autoritarismo jerárquico» de sus profesores y patronos— se unían a la mayor huelga general de la historia de Europa, en la que participaron 9 millones de trabajadores y se perdieron 15 millones de jornadas laborales. El año 1968 no sólo fue explosivo en París, sino también en Alemania (Frankfurt fue el centro intelectual de la revuelta estudiantil) y, al otro lado del telón de acero, en Checoslovaquia (véanse las pp. 371-372). Pero la convergencia no duró. La sociedad occidental apenas cambió a consecuencia de las manifestaciones, y Checoslovaquia sufrió una dura represión.

De todos modos, la rápida dimisión de De Gaulle sí fue una señal de cambio, mientras que desde la nueva izquierda aparecieron grupos de guerrilla urbana como la Fracción del Ejército Rojo de Alemania, con el objetivo de subvertir el estado, y que, a su vez, se escindieron en subgrupos como la banda alemana fundada por Andreas Baader y Ulrike Meinhof que se dedicó a asaltar bancos y poner bombas contra objetivos civiles y militares desde 1970 hasta 1972. En 1975 la mayoría de componentes de la banda Baader-Meinhof ya habían sido juzgados y encarcelados en la prisión de Stammheim, construida con este preciso fin, pero sus motivaciones y sus métodos encontraron un eco en las actividades de las Brigadas Rojas italianas, que culminaron con el secuestro y asesinato del ex primer ministro italiano y secretario general de la Democracia Cristiana, Aldo Moro, y aterrorizaron Italia entre 1977 y 1980.

En los años setenta la seguridad y la confianza en el compromiso de la posguerra prácticamente se habían desvanecido. Cuando el presidente Nixon devaluó espectacularmente el dólar en 1971, resultó evidente que la economía norteamericana se encontraba en apuros. La condición de superpotencia había tenido un elevado coste para los Estados Unidos, y lo peor estaba por llegar. En octubre de 1973, la guerra en Oriente Próximo hizo que se cuadruplicasen los precios del petróleo, lo cual produjo enormes tensiones inflacionarias tanto en Occidente como en el Este. La Europa occidental tuvo que enfrentarse a un fenómeno económico nuevo: la «estagflación» (estancamiento y, por lo tanto, paro estructural y coyuntural, junto con altos índices de inflación).

El desbarajuste económico provocó una verdadera conmoción política en Europa occidental en los años setenta, durante los cuales la RFA y Austria salieron mejor libradas que Gran Bretaña y Francia. Las buenas relaciones laborales entre el gobierno, la patronal y los trabajadores permitieron al canciller

socialista de la Alemania Federal, Helmut Schmidt, que sucedió a Brandt en 1974, mantener la moderación salarial y controlar la inflación. Ese no fue el caso de Gran Bretaña, donde el primer ministro conservador Edward Heath dimitió en 1974 (ese año se celebraron dos elecciones generales) y lo sustituyeron primero un exhausto Harold Wilson y luego un primer ministro laborista igual de apurado, James Callaghan. En 1974, Heath había coqueteado por unos momentos con las ideas de los monetaristas y los defensores del libre mercado que dominarían en mayor o menor medida la Europa dominada por los conservadores y los cristianodemócratas de los años ochenta. Esas ideas se asociarían más adelante con su sucesora al frente del Partido Conservador, Margaret Thatcher, quien sucedió a Callaghan en el cargo de primer ministro tras las elecciones generales de 1979. Pero fue el gobierno de Heath, de ideas proalemanas, el que tomó la decisión de integrarse en la CEE en 1971. Gran Bretaña era un socio incómodo. Aunque el ingreso fue confirmado en un referéndum celebrado en junio de 1975 (por una mayoría del 67 por 100), la opinión pública no estaba convencida de que con ello hubiera salido ganando.

En 1973 la CEE se había convertido ya en la Europa de los Nueve, e iba camino de ser la de los Doce. Su importancia económica a nivel mundial era comparable a la de los Estados Unidos: representaba más del 20 por 100 del comercio mundial, y sus 320 millones de habitantes figuraban entre los más prósperos del mundo. La evolución de la CEE había avanzado siguiendo parámetros económicos, pero en octubre de 1972 decidió avanzar hacia una política conjunta en materia medioambiental, científica y social, y pronto la actividad de esos sectores se multiplicó.

Continuaron en el seno de la CEE las disputas sobre la PAC, las cuotas pesqueras y el reparto de los Fondos de Desarrollo Regional, y a partir de 1973 el gobierno británico se convirtió en el mayor contribuyente al presupuesto comunitario, sin que la PAC lo beneficiase en nada. Además, al mismo tiempo que las actividades comunitarias en el terreno político se ampliaban haciendo del Parlamento Europeo un organismo electo (1974), la evolución de la «Europa de los ciudadanos» no prosperó, y los esfuerzos posteriores por crear una unión monetaria fracasaron, igual que las tentativas de unificar la política exterior comunitaria.

La democracia en la Europa meridional, 1975-1979

La crisis económica de los años setenta no fue una amenaza seria para la democracia en Europa occidental. De hecho, en España y Portugal los años setenta estuvieron marcados por la aparición de la democracia liberal tras décadas de gobiernos autoritarios. Ambos países habían prosperado durante los años sesenta, lo que, de forma tal vez paradójica, sirvió para impedir, en lugar de favorecer, la continuación de la dictadura fuertemente autoritaria del general Franco tras su fallecimiento en 1975. Como consecuencia de la expansión económica, habían aparecido nuevos sectores de tecnócratas y empresarios de-

seosos de liberalizar el gobierno y la economía. En sus últimos años, Franco intentó seguirles el juego a los demócratas españoles sin realizar auténticas concesiones, pero a su muerte resultó evidente que el nuevo rey de España, Juan Carlos I, nombrado por Franco, y el presidente del gobierno designado por el rey, Adolfo Suárez, se habían comprometido a traer la democracia a España lo antes posible. Las primeras elecciones democráticas en 40 años se celebraron el 15 de junio de 1977.

La transición española a la democracia fue relativamente tranquila, pese a una intentona golpista en 1981; la de Portugal, no. En abril de 1974 un grupo de oficiales del ejército derrocó al dictador Marcello Caetano (que había sucedido a Salazar en 1968) e instauró una junta presidida por el general Antonio de Spinola, que pronto perdió el poder. El país estaba agotado por una serie de guerras coloniales en África y debido a las oscilaciones políticas de Portugal entre la izquierda y la derecha en una serie de elecciones sin vencedores claros que dieron lugar a gobiernos de coalición inestables en 1976, 1977, 1978 y 1979. A mediados de los ochenta, lo peor había pasado, y en 1986, después de la introducción de reformas constitucionales en 1985 con el objeto de reducir el intervencionismo gubernamental en la industria y la agricultura, el socialista Mário Soares se convirtió en el primer presidente civil de Portugal en más de 60 años.

La frágil democracia griega, que descansaba sobre la base de la guerra civil inconclusa de 1946-1949, se vino abajo en 1967 cuando un grupo de oficiales del ejército dio un golpe de estado, tras el que se produjeron una serie de ataques y contraataques desde la derecha y la izquierda de la política griega. En 1971 Grecia estaba dominada por la dictadura de un triunvirato de coroneles que se había hecho con el poder, pero su torpeza durante la crisis de Chipre les costó a los coroneles el poder. Tras varios años de caos institucional en Grecia, en los que se produjo la abolición de la monarquía, la democracia acabó estabilizándose en los años ochenta, en gran parte debido a la mejora de las relaciones entre Grecia y Turquía y, sobre todo, gracias a su ingreso en la Comunidad Europea en 1981. También España y Portugal se beneficiaron mucho de la credibilidad política, las inversiones y las ayudas que obtuvieron con su ingreso en la CE en 1986.

Europa occidental, 1979-1989

Las perspectivas no eran halagüeñas para Europa occidental a principios de los ochenta, sobre todo cuando, a raíz de la revolución iraní de 1979 y la guerra entre Irán e Irak, que empezó al año siguiente, los precios del crudo volvieron a dispararse, lo que volvió a provocar la aparición del fantasma de la inflación y de una profunda recesión. La capacidad de la industria pesada también se vio amenazada por Japón y los países de la cuenca del Pacífico, que se convirtieron en los principales suministradores de nuevos productos electrónicos a nivel mundial. Francia estaba fascinada por la tecnología del microchip, y Alemania le sacó partido, pero en Gran Bretaña hubo un «desajuste»

entre el nivel de preparación de la población activa y la demanda de productos de «tecnología punta». En todas partes había paro estructural.

Las industrias pesadas europeas tuvieron que adaptarse, y en industrias como las del automóvil o de los electrodomésticos, en las que las cadenas de montaje eran sustituidas por formas más avanzadas de producción, algunas de ellas basadas en la robótica, la necesidad de «flexibilidad» planteó interrogantes cada vez más graves sobre las «reducciones de plantilla» y el papel del estado en la economía. El monetarismo y la ideología del libre mercado ejercieron una influencia cada vez mayor sobre las políticas económicas de los gobiernos conservadores y cristianodemócratas, cuyo objetivo principal era reducir la inflación. En Gran Bretaña, que sufrió la aplicación más radical de políticas monetaristas a partir de 1979, objetivos políticos tan importantes como el pleno empleo fueron abandonados. En Alemania, que no era inmune a los problemas económicos, Schmidt fue sustituido por el canciller Helmut Kohl en 1982. Tanto Kohl como Margaret Thatcher fueron reelegidos con posterioridad, Thatcher en 1983 y la coalición de centroderecha del canciller Kohl en 1986. En los años ochenta Thatcher llegó a dar su nombre a un *ismo*. La izquierda sólo triunfó en Francia, con la elección de François Mitterrand como primer presidente socialista de la Quinta República. (Sin embargo, sus pretendidas credenciales de veterano socialista, como su papel simbólico en la liberación de París en 1944 al encabezar el asalto al Commissariat général aux prisonniers de guerre, casaban mal con sus orígenes rurales, católicos y conservadores, así como su trabajo y sus vínculos con el gobierno de Vichy.) Pero, por encima de todo, Mitterrand era un político consumado, que fue candidato en cuatro elecciones presidenciales y en 23 elecciones más tanto a nivel nacional como local en una carrera política que abarcó 48 años (1947-1995). En sus escritos, Mitterrand se describió como un hombre del pasado que había hecho «un esfuerzo enorme para dar el salto haste el presente». Pero su carrera política estuvo caracterizada por la ambigüedad y por la prioridad de mantener el poder por encima de los posicionamientos ideológicos (así como por un gran valor personal: continuó desempeñando el cargo de presidente después de que le diagnosticaran un cáncer terminal y de que se hiciera público), todo lo cual lo convierte en un hombre típico de los ochenta.

En 1986 se había producido cierta recuperación económica, inducida no tanto por las políticas gubernamentales como por los gastos de rearme de los Estados Unidos, que, durante el mandato del presidente Reagan, acumularon un considerable déficit. El volumen de comercio de la CEE volvió a aumentar en una época de reajustes financieros y fusiones empresariales. La «mundialización» de la economía se convirtió en el concepto de moda, mientras las empresas transnacionales —cada vez más desreguladas y con mayor apoyo de la informática— traspasaban las fronteras de las economías nacionales «tradicionales» y ponían en tela de juicio las competencias de los gobiernos a la hora de configurar la política económica.

El miedo constante a la inflación y a las imprevisibles repercusiones de las finanzas internacionales ayudan a explicar el atractivo del Sistema Monetario

Europeo (SME) de la CE, creado en 1979 y que, de acuerdo con el informe de 1988 del presidente francés de la Comisión Europea, Jacques Delors, debía convertirse en el trampolín hacia la plena unión monetaria de la CE. Nombrado presidente en 1985, Delors, en sus dos primeros años en la Comisión, se mostró extraordinariamente activo, lanzando una serie de iniciativas en conjunción con el presidente Mitterrand hasta que la autoridad del presidente francés se vio limitada por la elección de un gobierno conservador en 1986. Socialista y ex ministro de Economía, Delors quería profundizar la unidad económica, social y política de Europa, y, pese a no ser el fanático del federalismo que decía la prensa británica, era partidario de que la CE se planteara unos objetivos sociales.

Los principales pilares del sistema de la CE eran la economía de la RFA y la firme alianza política de Francia y Alemania, en la que las personalidades eran determinantes, ya que la cooperación entre París y Bonn en Bruselas se vio potenciada por la amistad política que surgió entre Kohl y Mitterrand, a pesar de su pertenencia a bandos políticos distintos, debido a su firme compromiso con el ideal europeo y a sus raíces comunes, católicas y de provincias. En 1985, la mayoría de países miembros de la Comunidad aprobaron el Acta Única Europea (Thatcher la aceptó, a pesar de las numerosas reservas de Gran Bretaña y Dinamarca) que, modificando algunas de las cláusulas del tratado de Roma, amplió la autoridad legal de la CE en áreas como el medio ambiente, la cooperación tecnológica y la política social. También se decidió crear un «auténtico mercado común» antes de 1992, con libertad absoluta de circulación de bienes, capitales y personas por toda la Comunidad (algo que tendría que haberse logrado, de acuerdo con el tratado de Roma, en 1970).

Antes de que la recesión hiciera disminuir los niveles de crecimiento, el éxito económico de Europa occidental la había convertido en un mercado atractivo y lucrativo para la Europa del Este, que Polonia, Hungría, Rumanía y Yugoslavia estaban decididas a explotar. Por lo tanto, a finales de los años setenta, aparecieron elementos desconocidos durante la guerra fría: ahora la Europa del Este miraba hacia Occidente, y no hacia Rusia, en busca de apoyo económico, pero, con la «profundización» de las relaciones comunitarias, los países de Europa occidental permanecieron en su ensimismamiento comunitario.

LA «COEXISTENCIA» DURANTE LA GUERRA FRÍA, 1972-1989

La frustración creciente de los países de Europa oriental, en comparación con el éxito aparente de la cooperación e integración de Europa occidental, se agudizó por culpa de la insoportable carga en que se había convertido el mantenimiento de la carrera de armamentos durante la guerra fría. El estancamiento típico de la vida en el interior del bloque del Este empezó a afectar a la guerra fría en los años setenta, después de que el progreso tecnológico y las dificultades económicas crecientes de las superpotencias alterasen la naturaleza de la carrera de armamentos. El presidente Nixon fue el primer presidente

de los Estados Unidos en reconocer al gobierno comunista de China cuando visitó Pekín en 1972, y sus esfuerzos por conseguir un tratado de limitación de las armas estratégicas con la Unión Soviética (SALT 1) marcaron el inicio de una etapa de «coexistencia» entre las dos superpotencias, que ahora eran capaces de identificar un número cada vez mayor de esferas de interés común. Entre ellas destacaba el deseo de mantener las armas atómicas fuera del alcance de terceros países, un riesgo en el que apenas habían reparado en los años cincuenta y sesenta.

En los setenta, la guerra fría había bajado de tono hasta convertirse en el simple mantenimiento de unas posturas estáticas y de una rutina sobradamente conocida, con esporádicas salidas de tono, como la invasión de Afganistán por la Unión Soviética en 1970. La carrera de armamentos, en la que Este y Oeste competían por la supremacía tecnológica y numérica en armas frente al enemigo, se había convertido en la forma principal de mantener el conflicto. Pero los enormes arsenales de armas atómicas implicaban que la tan ansiada «zona de seguridad» de la Unión Soviética en la Europa del Este se había convertido en irrelevante para las necesidades defensivas de la URSS. La Europa del Este y la del Oeste habían dejado de ocupar el primer plano de la defensa ahora que la existencia de los misiles balísticos intercontinentales significaba que los Estados Unidos y la URSS, por lo menos en teoría, podían enfrentarse directamente. La URSS podía bombardear los Estados Unidos sin antes tener que invadir Europa.

Sin embargo, en los años setenta la guerra fría cobró un nuevo impulso debido al escaso éxito del presidente norteamericano Jimmy Carter en sus esfuerzos por hacer que los dirigentes comunistas se comprometieran en la defensa de los derechos humanos en la Europa del Este y la Unión Soviética, así como también debido a los avances tecnológicos en el material de guerra. A lo largo de la posguerra, los Estados Unidos habían poseído un armamento tecnológicamente superior, mientras que la Unión Soviética poseía unas fuerzas convencionales mucho mayores. En caso de agresión soviética, el presidente sólo tenía dos opciones: bombardear todos y cada uno de los objetivos del interior de la Unión Soviética, o bombardearlos todos menos Moscú. El Kremlin tenía una «estrategia» nuclear parecida. En los años sesenta Occidente había intentado desarrollar una «respuesta flexible», pero durante la mayor parte de la guerra fría la «destrucción mutua asegurada» había bastado para disuadir a ambos bandos. En los años ochenta, los Estados Unidos primero y después la URSS dejaron de confiar en la estrategia tradicional.

Ronald Reagan, después de alcanzar la presidencia de los Estados Unidos en noviembre de 1979, apoyó la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), y eso y el despliege de misiles Pershing II y Crucero reactivó la carrera de armamentos. El coste exorbitante de la IDE y sus implicaciones para la economía norteamericana, así como las características del diseño de estas armas teóricamente defensivas, daban un aire de ciencia ficción a un proyecto que había recibido el apodo de «guerra de las Galaxias». Los habitantes de Europa occidental, en cambio, se mostraron relativamente críticos con el proyecto —los grupos de

presión pacifistas, sobre todo en Alemania Occidental, protestaron vehementemente contra esta escalada de la carrera de armamentos— y muchos se alarmaron ante los ataques burdos y moralizantes de Reagan contra el «imperio del mal» soviético.

Pero la tensión en las relaciones entre las superpotencias empezó a disiparse en 1985 con la llegada al poder de Mijail Gorbachov en la Unión Soviética. Convencido de que lo que más necesitaba la URSS era recortar los gastos militares, Gorbachov lanzó una serie de sorprendentes propuestas de desarme. Era evidente que la URSS ya no podía financiar la guerra fría; de hecho, las exigencias de la carrera de armamentos acabaron provocando la ruina de la Unión Soviética (algunos gerifaltes de la guerra fría en la OTAN dijeron que esa había sido su intención desde el principio). Pero también los Estados Unidos se enfrentaban a la insolvencia, y el espectáculo de gentes sin techo y de guerras por el control del narcotráfico en las inmediaciones de la propia Casa Blanca reducía al ridículo la condición de superpotencia de los Estados Unidos. Por todo ello, el historiador Paul Kennedy encontró un público muy favorable en el Este y en Occidente para su teoría del «exceso imperial»: la sobreexplotación de los recursos nacionales para gastarlos en el extranjero provocaba la disolución del «imperio» y el declive del propio país.[5]

¿Hacia una nueva Europa?

Un comentarista político que hablaba de Europa occidental en 1989, el año de los grandes cambios en la Europa del Este, llegó a la conclusión de que, si bien en la Comunidad Europea había «un reparto confuso del poder» en comparación con las «federaciones existentes», ésta ya poseía «muchas de las características propias, aunque de ningún modo todas, de un estado soberano maduro».[6] En este análisis no se mencionaba para nada que países ajenos a los Doce pronto solicitarían su ingreso, ni que Gran Bretaña y Dinamarca fueran a oponerse a lo que parecía ser una tendencia inevitable hacia un mayor federalismo. El futuro no parecía más problemático que el pasado. El llamamiento del secretario de Estado norteamericano James Baker en diciembre de 1989 (a favor del establecimiento de una nueva clase de relación entre la Comunidad Europea y los Estados Unidos) y el discurso que ese mismo mes pronunció ante el Parlamento europeo el ministro de Exteriores soviético Edvard Shevardnadze fueron considerados pruebas adicionales de la importancia cada vez mayor de las instituciones comunitarias.

La secuencia de los hechos posteriores no estuvo tan determinada por la Comunidad como por la desintegración de la hegemonía del Partido Comunista en el Este, por la reunificación de Alemania, promovida por el canciller Kohl, y por el cambio en la cúpula dirigente británica con el abandono del poder (aunque no de la influencia) por parte de Margaret Thatcher en 1990, a la que sustituyó John Major. Con el hundimiento de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría, la geografía de la Comunidad Europea, dictada por las circunstancias

políticas, perdió su razón de ser, y los países de la Europa del Este, aislados durante tanto tiempo tras el «telón de acero», empezaron a restablecer los antiguos vínculos que los unían con Europa occidental, bajo los efectos de una poderosa atracción económica y política. Muchos de los países de la Europa del Este, además de estados neutrales como Austria y Finlandia, expresaron su entusiasmo por ingresar en la Comunidad Europea, lo que reabrió viejos interrogantes: ¿Qué es Europa? ¿Incluye a Rusia y a todas las ex repúblicas soviéticas? ¿Forma Turquía parte de Europa? ¿Cómo se define Europa en términos políticos, geográficos, económicos, culturales, lingüísticos e históricos?

Vista en perspectiva, la historia de la Europa de la guerra fría, de forma tal vez paradójica, presenta logros importantes. Había presenciado el período más próspero de la historia de Europa occidental y una integración auténticamente novedosa de los países de la misma zona, que se había producido no sólo a nivel económico, sino también humano. Los habitantes de Europa occidental, sobre todo las jóvenes generaciones, estaban mejor informados que nunca acerca de sus vecinos del resto de Europa, y los viajes al extranjero aumentaron espectacularmente: en 1950 hubo 25 millones de turistas que cruzaron las fronteras de su país de origen. En 1985 la cifra había aumentado hasta los 333 millones de desplazamientos, el 45 por 100 de los cuales se produjeron dentro de Europa. A ello hay que sumar que el número de extranjeros residentes en Europa se triplicó, lo que hizo que floreciesen los intercambios culturales, de costumbres y de conocimientos, aunque no sin tensiones.

Después de la segunda guerra mundial, Europa —del Este y del Oeste— había experimentado una época de paz, aunque ésta se hubiese mantenido gracias a un «equilibrio del terror» entre los dos bloques, y los pueblos de la Europa del Este y la URSS no hubiesen sido más que simples objetos de la curiosidad de sus primos más ricos del resto de Europa. Dentro de Europa había diferencias regionales, pero la clave del poder económico en Europa seguía estando en manos de Francia y de una Alemania reunificada y cada vez más poderosa. Después de 1989, hubo más complicaciones políticas de las previstas cuando cayó el muro, y los acontecimientos de la Europa del Este tendrían una importancia capital para la paz en Europa y para la imagen que ésta se había creado a partir del tratado de Roma.[7] Con un nuevo milenio a la vista, las imágenes de Europa eran tan diferentes como lo habían sido en 1815, 1871, 1918 o 1945.

Capítulo XII

¿LA GRAN MUTACIÓN? ¿EL FIN DE LA HISTORIA?

La necesaria perspectiva

En este capítulo, a diferencia del resto, no hay fechas. Ello se debe a que el fluir de la historia continúa a pesar de que se hable de su fin. Cada día nos llegan noticias a montones, a veces al instante, y a menudo de forma continua, y en el «universo mediático», el hoy y el mañana tienen la misma importancia que el ayer («el mañana ya ha empezado»). Al final de cada semana, de cada año y de cada década, los periodistas intentan resumir los acontecimientos. Además, se realizan frecuentes encuestas de opinión, y, en Gran Bretaña, cada año se efectúa un estudio de tendencias y actitudes sociales básicas. Dentro de un mismo conjunto, estos procedimientos de análisis son tan importantes como las noticias en sí. De hecho, hay quien ha descrito la segunda guerra mundial como si hiciera un informe de auditoría en vez de una crónica. La gestión contable se convirtió en algo muy solicitado en los años ochenta, tanto en el sector público como en el privado, como lo había sido la productividad en los cincuenta, aunque de por sí no garantizase una buena gestión.

En tales circunstancias es difícil conseguir el necesario sentido de la perspectiva a largo plazo. Además, algunos autores, sobre todo el germanista y sociólogo francés Jean Baudrillard, afirman que, debido al incesante torrente mediático, es imposible distinguir entre la «realidad social» y su simulación mediática, por lo que en el futuro será imposible identificar o diferenciar un período de tiempo futuro. La historia está llegando a un «punto de fuga» por culpa del exceso de información sobre los acontecimientos, incluidos los más lejanos, que son demasiado numerosos como para abarcarlos.[1] Mientras tanto, la palabra «efímero» ha adquirido un doble sentido. Los objetos efímeros (llamadas de teléfono móvil, mensajes de fax), que a menudo tratan temas importantes, no suelen llegar a los archivos.

Ya antes de que fuesen evidentes las implicaciones de la constante revolución de las comunicaciones —basada actualmente en la tecnología digital, de

gran complejidad y versatilidad—, el entonces presidente de la American Historical Association, Carl Bridenaugh, describió la historia más reciente, en 1962, como «la gran mutación», una imagen ya utilizada en un sentido lato, pero adecuado, cuando la bomba de hidrógeno estaba lista para su uso. También empleó esta expresión en 1948 el especialista en historia universal W. H. McNeill para referirse a «una mutación general de la percepción y la producción tan revolucionaria como la que se produjo cuando el poder pasó de los cazadores a los agricultores» antes de la invención de la escritura. Analizando siglos de historia tres años antes que Bridenaugh, la antropóloga norteamericana Margaret Mead afirmó que «el abismo que separa 1965 de 1943» era «tan profundo como el abismo que separaba a los primeros constructores de ciudades de los hombres de la Edad de la Piedra».[2] Los viejos valores se habían desmoronado al cambiar los procesos que configuraban la vida cotidiana.

Esta clase de juicios siempre hay que evaluarlos de forma crítica, aunque los pronuncien historiadores, porque se han producido muchas rupturas significativas en el pasado, no sólo debido a los inventos humanos, sino también a las plagas y las hambrunas (que siguen produciéndose), así como debido a los movimientos de población. Por otra parte, siempre ha habido profetas que han proclamado el fin del viejo orden y el advenimiento de una nueva era, por ejemplo justo antes y después de la primera guerra mundial. De todos modos, en los años sesenta se produjo un cambio, con el reforzamiento de la idea de que vivimos en un mismo planeta —visto por primera vez desde el espacio en 1969— y con una «futurología» más sofisticada que nunca, hasta el extremo de que algunos de sus profetas englobaban su especialidad dentro de las ciencias sociales. Se crearon modelos, se identificaron «tendencias generales» y se estableció una relación directa entre la ciencia y la tecnología y las perspectivas de la humanidad. «En las tres décadas escasas que faltan para llegar al fin del milenio —advertía Alvin Toffler en su *best seller El impacto del futuro* (1970)—, millones de personas psicológicamente normales experimentarán una brusca colisión con el futuro».[3]

No obstante, a pesar del poder de la tecnología y a pesar de la sofisticación de las «ciencias sociales avanzadas», las últimas décadas del siglo XX se han caracterizado por proporcionar muchas sorpresas, tanto en lo económico como en lo político y cultural, lo que demuestra que es más fácil predecir el progreso de la ciencia y la tecnología que el futuro de la economía, la política o la cultura, aunque todas ellas estén influidas por la tecnología. En particular, el rápido hundimiento de la Unión Soviética en 1989, el año del bicentenario de la Revolución francesa, y, junto con él, la caída de los regímenes comunistas aliados de la Europa central y del Este, fue algo que casi nadie previó. Les parecía una situación «improbable» a los autores del esclarecedor *Europe 2000*, un estudio conjunto patrocinado por la Fundación Cultural Europea que apareció en 1977; y no fue hasta después de producirse cuando un autor, Francis Fukuyama, lo calificó del «fin de la historia».[4]

El «fin de las ideologías» había sido una de las expresiones clave de los años sesenta, en los que se comentaba la convergencia existente entre sistemas políti-

cos opuestos, y ahora, para Fukuyama, la victoria de la «democracia liberal», pues así interpretaba él lo acontecido, constituía «el punto final de la evolución ideológica del hombre» y «la forma final de gobierno humano». Con ella, sostenía Fukuyama, la concepción de Hegel y Marx de la historia como un proceso único y coherente desaparecía, porque no había sido más que el fruto del pensamiento y la experiencia de los europeos.

Y también lo fueron los acontecimientos de 1989. Al igual que en 1848, algunos de los primeros síntomas de malestar se manifestaron en 1988 en Hungría, donde el cuerpo de Imre Nagy, el cabecilla de la insurrección antirrusa de 1956, fue exhumado en abril de ese año para enterrarlo con honores de héroe. Ya en febrero de 1989 las tropas soviéticas se habían retirado de Afganistán, y en marzo se habían celebrado unas elecciones que permitieron a la gente escoger en libertad. En septiembre, los húngaros abrieron sus fronteras con Occidente, y pasó por ellas una riada de alemanes orientales a un ritmo de 200 por hora. En noviembre, el derribo del muro que dividía a las dos Alemanias —no sólo en Berlín, sino en campo abierto— transformó la política (además de la geografía y la economía) alemana tanto como la unificación de Alemania en 1870.

Con o sin «fin de la historia» —y Fukuyama no se inventó la expresión—, las resonancias históricas de todos estos cambios eran evidentes, y aún lo resultarían más en el aluvión de noticias de cada día. El desmoronamiento de la Unión Soviética y, con él, del marxismo —a decir de muchos comentaristas, Fukuyama incluido—, no eliminó la violencia, de origen nacional o internacional, de la faz de la tierra, como tampoco se encontraba a salvo la democracia liberal ni siquiera en Europa: el antisemitismo no estaba muerto, como tampoco lo estaban el racismo y la xenofobia. Hasta el marxismo estaba vivo, y seguía siendo la ideología base de China, donde los marxistas adoptaron estructuras de mercado para potenciar el crecimiento económico.

Fukuyama afirmó que, como la historia —en el sentido que él le daba— había terminado, «el conflicto ideológico de ámbito mundial para el que había sido necesario hacer acopio de osadía, valor, imaginación e idealismo» se había acabado, y ahora lo sustituirían «los cálculos económicos, la resolución interminable de problemas técnicos y medioambientales y la satisfacción de las exigencias cada vez más refinadas de los consumidores». Ya no habría «ni arte ni filosofía», sólo «la conservación perpetua del museo de la historia de la humanidad».[5] Pero Fukuyama apenas tenía datos que avalasen sus conclusiones, y los meros errores de cálculo en economía siguieron provocando catástrofes humanas de consecuencias imprevisibles.

No todos los problemas técnicos estaban resueltos, y mientras continuaran por resolver provocarían incertidumbre. Los «problemas medioambientales» generaron conflictos: Greenpeace, fundada en 1971, cuando un grupo de gente fletó un barco, no por última vez, para protestar contra las pruebas atómicas en el Pacífico, aumentó el ritmo de sus actividades, y se produjeron nuevos desastres humanos y ecológicos. Además, «la satisfacción de las exigencias cada vez más refinadas de los consumidores», lo que hoy llamamos consumismo, era compatible con el aumento de las desigualdades económicas, y, por lo tan-

to, la economía de mercado puro, con su jerga habitual, seguía siendo criticable. Así, aunque no apareciesen nuevas formas de marxismo, en algunos países como Polonia y Hungría, antiguos ministros ex marxistas recuperaron el poder por las urnas. Para ellos no era «el fin». Más inquietante fue el hecho de que, como en vísperas de la primera guerra mundial, Sarajevo regresara al primer plano de la actualidad. Las repercusiones de la caída del orden comunista se manifestaron en Serbia, Croacia y Bosnia, de cuya amalgama nació en 1918 una Yugoslavia que se desintegró en 1992. El nacionalismo balcánico seguía siendo una fuerza temible, y no había una política europea común para hacerle frente.

El año 1989, así pues, y pese al entusiasmo que generó, no es necesariamente un buen observatorio desde donde examinar el pasado o el futuro, como tampoco lo es ningún año concreto, aunque en 1977, el año de *Europe 2000*, hubo uno de varios intentos de resumir la memoria de «nuestro tiempo», cuando la primera de las dos naves espaciales *Voyager* partió de Cabo Cañaveral en Florida para explorar los límites del espacio exterior, llevando consigo la grabación de un mensaje de dos horas del planeta Tierra a los demás planetas y estrellas de la galaxia. En la grabación había textos en 60 idiomas y 116 imágenes, que proporcionaban detalles de la naturaleza del siglo XX, así como de la ciencia del mismo siglo (entre ellas, la del descubrimiento del ADN, el código genético, a cargo de J. D. Watson y F. H. Crick en 1953), aparte de grandes obras de la cultura del siglo XIX (entre ellas, una página de una partitura de Beethoven).[6]

La idea de un siglo

Al acercarse el fin del siglo XX —y con él, del milenio— la gente intentó verlo como un conjunto y darle forma, y algunos historiadores empezaron a hablar de un «siglo corto» que iba desde 1914 hasta 1989, del mismo modo en que antes habían identificado un «siglo XIX largo» que iba de 1815 a 1914. El historiador marxista Eric Hobsbawm, que había analizado el curso de la historia universal en tres volúmenes, desde la Revolución francesa hasta el siglo XX, distinguió tres períodos diferentes dentro del «siglo corto»: el primero, de 1914 a 1945, una época de guerra y depresión tras la *belle époque*; el segundo, de 1960 a 1989, una época de una prosperidad sin precedentes, sobre todo en Europa; y la tercera, a partir de 1989, una época de incertidumbre, una «era de la ansiedad», en la que la «recesión» económica de mediados de los años ochenta puso fin a una etapa breve pero intensa de expansión. Gran Bretaña, sin llegar a sentirse satisfecha, salió mejor librada que sus rivales europeos.

Las palabras «gran depresión» seguían estando reservadas para la secuencia de acontecimientos económicos que empezó con el *crash* de Wall Street de 1929, al igual que las palabras «gran guerra» estaban reservadas al conflicto que estalló en 1914. El concepto nuevo de paro estructural se convirtió en algo clave. La forma de hacerle frente era un problema de difícil solución, como también lo era la reforma de la seguridad social, algo urgente debido al envejeci-

miento de la población. El deseo de encontrar políticas que permitiesen la introducción del «estado del bienestar» y garantizasen el «pleno empleo» pertenecía a la posguerra: había perdido su atractivo emocional.

Puede que este análisis histórico se centre demasiado en los años centrales del siglo, que, como los años centrales del siglo XIX, fueron una época de indudable progreso económico, en la que el futuro se anunciaba aún mejor. A nivel social y político, en cambio, fue una época de opiniones y preocupaciones cambiantes. Vista en perspectiva —antes de 1989—, para algunos habría que interpretar la guerra fría como una «larga época de paz», pero hasta la caída de Kruschev en 1964, en el panorama internacional había una notable dosis de imprevisibilidad, y aunque durante el mandato de su sucesor, Leónidas Brezhnev, que reinó más que gobernó, hubo «orden», el orden ocultaba cosas bien distintas: fue en el despacho particular del propio Brezhnev donde se tomó la fatídica decisión de invadir Afganistán el 24 de diciembre de 1979.

En Europa occidental, donde la economía era más fuerte que nunca, la gente albergaba sentimientos contradictorios. Como dijo el especialista en historia contemporánea David Thomson en 1966, «el interrogante supremo al que se enfrenta Europa es si ... su tradicional capacidad de resistencia y ... su prosperidad material pueden combinarse, a base de inteligencia y buen sentido, para relegar los contrastes y divisiones internos de Europa al papel de elementos de diversificación cultural, enriquecedores de la existencia, en vez de intensificadores de envidias y odios homicidas. Las fuerzas de la cohesión y la desunión siguen coexistiendo al mismo tiempo en precario equilibrio».[7] Once años después, *Europe 2000* empezaba con las palabras «Europa no sabe hacia dónde va, pero está yendo muy deprisa», y hacía hincapié en la palabra «preocupación»: «preocupación por el futuro, preocupación por lo desconocido». Un estudio sobre Europa realizado en los Estados Unidos en 1964 había puesto de relieve un aspecto importante del proceso de cambio: «Europa no es dueña de sí misma. Lo que decidan hacer los Estados Unidos y la Unión Soviética en los próximos diez años influirá en Europa, y ésta sólo puede incidir en su actuación de forma muy limitada».[8]

En cada una de las tres partes del siglo, de acuerdo con esta división —de un siglo que ha sido tachado de «tenebroso»— han existido tanto preocupaciones evidentes como equilibrios precarios, incluso durante la chispeante *belle époque* de principios de siglo, en la que la aristocracia se mostraba en todo su esplendor y el poder del dinero se exhibía impúdicamente. Una generación más tarde, el poeta inglés de los años treinta W. H. Auden puso por título a uno de sus poemas «The Age of Anxiety» («La era de la ansiedad»), y en los años treinta tenían motivos de sobras para sentirse angustiados tanto los sectores decadentes de la aristocracia como buena parte de la clase obrera.[9] Hobsbawm ha puesto por título a su último tomo, sobre la historia del período 1914-1991, *The Age of Extremes* («La era de los extremos»), pero en los años previos a 1914 se dieron en Europa «extremos» evidentes, como se darían en los años veinte y treinta, en el período etiquetado como de «posguerra». Las clases privilegiadas suspiraban de añoranza por los años anteriores a 1914 (la «normali-

dad»); entre «las masas», una palabra que solía utilizarse en tono peyorativo, las experiencias y reacciones eran mucho más variadas. La gente, además, tenía una sensación tremenda de inseguridad a nivel nacional e internacional, acentuada por la fe en un futuro mejor (o más grandioso); «mejor» en las democracias, «más grandioso» en Alemania, Italia y los demás países fascistas, los países sin imperio. Las sombras de la guerra pasada se entrecruzaban ominosas con las de la guerra futura.

Fue necesario recurrir al rearme y la guerra para acabar con el paro. También hubo que recurrir a la guerra para crear un nuevo sistema para salvaguardar la paz. La Sociedad de Naciones se desmoronó antes de 1939; la Organización de las Naciones Unidas, creada en 1945, y con sede no en Ginebra, sino en Nueva York, se enfrentaría con sus mayores crisis 50 años más tarde, de las que la más divulgada durante los «años centrales» del siglo no tuvo su foco en Europa, sino en Cuba, al igual que la guerra más significativa del período, la de Vietnam.

Como pasa con todos los esquemas periódicos aplicados a siglos o décadas, se observan líneas continuas por encima de las fracturas. Así, a pesar de las bruscas rupturas con el hilo continuo de la historia que asociamos con las dos guerras mundiales, es evidente que hay cierta continuidad entre las décadas de 1890 y 1940, que conectan las dos orillas de lo que Margaret Mead llamaba «el profundo abismo». El progreso tecnológico siguió su curso lógico con la difusión de la electricidad, del transporte público y de los «medios de comunicación de masas». La geografía económica mundial no experimentó cambios drásticos por lo que respecta a los esquemas básicos de la industria y el comercio. Tampoco cambió la «geopolítica», con la excepción (significativa) de la nueva importancia de la fuerza aérea. Los imperios se mantuvieron, aunque con dificultades, y los países sin imperio exigieron su parte del proceso imperial. El desarrollo social seguía girando en torno a las relaciones existentes entre las «masas» y las «minorías», estas últimas de muy distintas clases, incluyendo lo que se dio en llamar elites, como las elites de «expertos», «meritocracias» que no tenían nada que ver con el linaje.

La palabra «elite» la utilizó por primera vez en su acepción actual el sociólogo italiano Vilfredo Pareto en la primera década del siglo, y se convirtió en una palabra tan importante como «masas», con la que al principio estaba indisolublemente asociada. Pareto, además de sociólogo, era economista, pero no analizó otra característica del proceso de transformación del siglo XX: el constante (aunque no continuo) aumento de la renta de los consumidores, un prerrequisito del «consumismo», a pesar de haberse producido una depresión económica sin precedentes. El ministro británico de Alimentación durante la segunda guerra mundial, lord Woolton, nombrado en 1940, comerciante detallista de profesión y que luego sería ministro de Reconstrucción, fue quien comentó que lo que ayer eran lujos hoy son necesidades.

Una sociedad cada vez más «consumista» era cada vez más dependiente de la «producción en serie», la producción de las cadenas de montaje, el sistema cuyo pionero (aunque no inventor) antes de 1910 fue el fabricante norteameri-

cano de automóviles Henry Ford, que (detalle importante) prestó su nombre a otro *ismo*. En los años treinta, el gran cómico cinematográfico Charlie Chaplin, que trabajaba en el centro de la industria del «entretenimiento de masas», Hollywood, retrató de forma inolvidable las cadenas de montaje en una película con el significativo título de *Tiempos modernos*. (También fue el protagonista de la película *El gran dictador*.) El «consumismo» no se convirtió en *ismo* hasta una generación después, en los años sesenta, cuando el «fordismo» ya empezaba a estar pasado de moda en la época de la «automatización»: los robots estaban a punto de entrar en la historia en fábricas de automóviles como la gran planta de Fiat de Turín. En cada etapa de la historia de la producción, para atraer al consumidor siempre se han empleado los métodos de «persuasión de masas» —el «arte» de la publicidad—, y los primeros anuncios de «productos de marca» se remontan a la década de 1890.[10]

También la publicidad poseía su propia lógica, que procuraba que, dentro de los movimientos a largo plazo de un tiempo cada vez más acelerado, se produjeran altibajos menos bruscos en las «montañas rusas» de la moda. De hecho, la moda era un aspecto esencial del proceso publicitario que se incorporó a la actividad política. Dondequiera que se utilizase, creaba confusión. Lo que algunos consideraban simples «modas» —en el hogar, la radio, por ejemplo, experimentó un gran desarrollo en los años veinte antes de que las películas sonoras invadieran los cines— eran nuevos elementos de la vida moderna que seguirían vigentes hasta que los sustituyesen nuevas tecnologías. Se trataba de algo más que puro entretenimiento. Las noticias se difundían tanto en los cines (»noticiarios») como en el hogar, y en la «era de la televisión», hija de la «era de la radiodifusión», fuese cual fuese su filiación política, todo el mundo estaba sujeto a los cambios de imagen. Los sesenta fueron la década crucial en la que la moda —en el vestir (por ejemplo, los tejanos), en el comer (como los «nuevos alimentos» y el *fast food*), en el beber (más vino), en el viajar (con los viajes en avión) y en la enseñanza (más universidades)— se convirtió en una de las preocupaciones principales de los medios de comunicación. En la misma década, la presentación de la política, incluida la protesta política, cobró cada vez más importancia.

Hasta los años sesenta hubo cierta continuidad en el concepto de cultura contemporánea, que se relacionaba con el pasado histórico anterior a 1914, aunque los nazis y los fascistas inaugurasen una nueva y aterradora *Kulturkampf*. Los grandes nombres de la «alta cultura» de todos los tiempos seguían en candelero en toda Europa, del Este y del Oeste, y se suponía que a los niños por lo menos les sonaban los nombres de escritores como Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, Molière, Hugo y Goethe. No era tan habitual que la gente tuviera nociones de historia de la pintura y la escultura, y aunque el público melómano creció de modo considerable (gracias a la radio y a las técnicas de grabación en disco), esa siguió siendo la «era del libro». Sólo por ello ya constituía una traición a la cultura el que, en nombre de la «acción contra el espíritu antialemán», los estudiantes de la Universidad de Berlín quemaran en una hoguera en mayo de 1933 los libros que aparentemente subvertían el espíritu alemán.

Ese tipo de comportamiento ya se insinuaba en el antisemitismo popular anterior a 1914, pero esta vez se hizo extensivo a otras formas de terror ideológico, que culminaron con la quema no de libros, sino de personas. Al término del «Holocausto» de Hitler habían sido asesinados seis millones de judíos, con la ayuda de médicos y «científicos», además de políticos y burócratas. El proceso de evolución del siglo XX lo siguió al detalle Hannah Arendt en 1951, en un magnífico estudio del «totalitarismo» en el que afirmaba, una generación antes que Fukuyama, que «en historia, cada final encierra necesariamente un nuevo principio».

«Moderno» y «posmoderno»

Al llegar a los años sesenta, en toda Europa, incluida la Alemania posnazi, las «vanguardias» literarias, un producto multiforme de la rebeldía del siglo XIX, se habían incorporado al canon académico, y a una serie de escritores los consideraban los padres de un «movimiento moderno» lo bastante potente como para sobrevivir tanto a la primera guerra mundial, que influyó en su curso, pero no apagó su vitalidad, como a la ascensión y caída del nazismo. Paralelamente, el papel de las nuevas vanguardias —grupos de escritores cuyo objetivo era más el de sorprender que el de agradar— ya lo habían asimilado muchos de los devotos de la «alta cultura». No todas las figuras clave de las vanguardias literarias y artísticas, muchas de las cuales estaban en activo desde antes de 1914, eran políticamente de izquierdas. T. S. Eliot, cuyo poema *La tierra baldía* (1922) se convirtió en uno de los grandes textos de vanguardia, era conservador. Ezra Pound pasó toda la guerra en la Italia de Mussolini.

El «vanguardismo», un término tan vago como «modernidad», aplicado a todas las artes, resultaba lo bastante genérico como para abarcar algunos aspectos del arte nazi o de la arquitectura fascista italiana. En literatura, marcó la pauta de lo que se ha dado en llamar el «imperativo de la rebeldía» en la búsqueda constante del propio yo, que ya habían tenido por meta los románticos. El vanguardismo promovió la experimentación formal —en arte y en música—, cuya culminación literaria es el *Finnegan's Wake* de Joyce, publicado en 1939, un sueño contado a base de juegos de palabras de varios niveles de lectura, y que sustituyó al *Ulises* (1922) del mismo Joyce, que durante mucho tiempo había ocupado esa posición en el canon de la literatura moderna. Hacía falta encontrar un nuevo lenguaje, una nueva sintaxis y ritmos nuevos, y para ello se recurría a «otras culturas» aparte de la «occidental». En pintura, en la que se utilizaban toda clase de materiales además del óleo y la tela, esas «otras culturas», ya antes de 1914, iban de Japón a Polinesia, pasando por África. En música, el jazz penetró en Europa procedente del mundo negro, a través de los Estados Unidos, en los años veinte.

Los nazis atacaron con el mismo ensañamiento al jazz y la música atonal de Arnold Schönberg y Alban Berg, mientras que ellos veneraban a Wagner, quien, en vida suya, había sido saludado como el más grande de los composi-

tores modernos. Y si bien los nazis prohibieron la música de Gustav Mahler y quemaban las novelas de Thomas Mann junto con las de Franz Kafka, las obras de teatro de Bertold Brecht y las obras de Albert Einstein y Sigmund Freud, de vez en cuando se inspiraban en Nietzsche, profeta del «alma europea moderna». Muchas de las máximas figuras de la «vanguardia» alemana huyeron del país (y más adelante, de Austria) en los años treinta en un éxodo («diáspora») que, en total, llevó al exilio a medio millón de judíos, entre ellos Schönberg, Brecht, Mann, Einstein y Freud. El hecho de que entre los exiliados hubiese no sólo escritores y músicos, sino también científicos, es de por sí revelador: el «antiintelectualismo» nazi bebía de varias fuentes distintas. «Nuestra política nacional no la anularán ni la modificarán ni siquiera los científicos», le dijo Hitler a un científico que se atrevió a protestar ya en 1933. «Si la expulsión de los científicos judíos representa la aniquilación de la ciencia alemana, pasaremos sin ciencia por unos años.»

En la Unión Soviética, donde el socialismo se consideraba una ciencia, nadie se hubiera atrevido a pronunciar semejante afirmación. Pero las versiones de la ciencia que parecían amenazar a la ideología del estado tampoco solía tolerarlas Moscú, como tampoco estaban dispuestos a compartir los gustos «modernos», considerados, absurdamente, burgueses, desde el «impresionismo» en pintura a la música «atonal». Freud era anatema. La biología era más arriesgada que la física, y ni siquiera la lingüística estaba a salvo. Tras una fase inicial de experimentalismo y de excitantes innovaciones culturales inmediatamente después de la revolución, el régimen estalinista censuró rigurosamente todo «vanguardismo occidental». A un músico de vanguardia como Dmitri Shostakovich jamás le dejaron componer en libertad: su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk* (1930-1932) fue rechazada por «formalista» y «decadente», aunque Shostakovich recuperó el favor de las autoridades en 1937 con su *Quinta sinfonía.*

Cuando la Unión Soviética estaba en guerra con Alemania, entre 1941 y 1945, la *Séptima sinfonía* de Shostakovich tuvo una cálida acogida en una Gran Bretaña que por aquel entonces otorgaba una gran importancia a las relaciones culturales entre Rusia y Occidente. También tuvo su público Maxim Gorki, que, tras un período de exilio, había sido el primer presidente del sindicato de escritores soviéticos, y que ahora era leído junto con Dostoievski y Tolstoi. Mientras, una selección de «clásicos» ingleses era publicada en edición económica en la Unión Soviética, como después de la guerra lo serían las grabaciones discográficas de los grandes compositores europeos de la historia.

Esta deliberada «difusión cultural», asociada a la lucha contra el analfabetismo, era tan representativa de la continuidad de algunas aspiraciones propias del siglo XIX como otros muchos elementos de la «modernización» del siglo XX.[11] Pero la ruptura con el pasado en las artes y las ciencias físicas se había producido en nombre de la «modernidad» en la década anterior a 1914, y se prolongó durante y después de la primera guerra mundial. En 1916, en la ciudad neutral de Zurich, donde vivió y murió James Joyce (y donde permaneció exiliado Lenin), el movimiento artístico y literario Dadá, decididamente cosmopolita, inició desde un café el ataque a todo lo heredado del pasado, hacien-

do suyo el lema del anarquista ruso Mijaíl Bakunin: «la destrucción también es una forma de creación».

A partir del movimiento dadaísta, los surrealistas de la década siguiente se propusieron plasmar por escrito o en sus telas las fuerzas del subconsciente, hasta entonces reprimidas. El *ismo* «surrealismo» se lo había inventado Guillaume Apollinaire en 1917, y sus adeptos tuvieron por guía (evitando siempre la palabra «líder») en París a André Breton, cuyo sueño era el de un «congreso de intelectuales» que «refinase y unificase los principios fundamentales de la modernidad». El español Salvador Dalí, que se unió al grupo de París en 1929, fue despreciado por Breton, pero se convirtió en el más famoso de los surrealistas, siguiendo una carrera extravagante y totalmente improvisada, que lo llevaría a pintar una *Última cena* o un retrato de la reina Isabel II de Inglaterra. El surrealista alemán Max Ernst siguió una trayectoria muy diferente, pasando por el cubismo, el dadaísmo y el *collage*, la utilización de pedazos de otros materiales, como papel de periódico, tela o cuerda, pegados entre sí con el objetivo de conseguir una «pintura más allá de la pintura», «poesía visual». En 1941, Ernst emigró a los Estados Unidos, que se convertiría en el centro del expresionismo abstracto de la segunda mitad del siglo XX: la figura humana era expulsada del lienzo.

Las crónicas de la historia del arte del siglo XX han empleado profusamente etiquetas como «surrealismo» y «expresionismo», que no fueron los primeros *ismos* inventados por sus críticos. No obstante, algunos pintores siguieron trayectorias personales, pese a redactar a veces manifiestos junto con otros o vender sus obras a través del mismo marchante, y, fuera cual fuese su «escuela», exploraban técnicas nuevas como el *collage*. Uno de los grandes pioneros del cubismo, Pablo Picasso, cuya pintura atravesó numerosas fases, pasó a la historia del arte con su cuadro sobre la guerra civil española *Guernica* (1937), que representa la destrucción desde el aire de esta villa histórica vasca, y, después de 1945, con sus «palomas de la paz», que se convirtieron en el emblema de los partidarios del desarme atómico de ambos lados del «telón de acero».

En los años treinta, influidos por lo que a sus ojos eran conflictos ideológicos, como la guerra civil española, y, en los años cincuenta, por la guerra fría, los artistas, escritores y compositores mantuvieron la idea de «modernidad» hasta finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando la idea de lo nuevo cobró una nueva forma. Por aquel entonces, los marchantes y portavoces de la «modernidad» se habían adueñado de parte de la parafernalia propia de las clases dirigentes en el terreno de la enseñanza, los museos y el arte de «Occidente», pero los artistas, escritores y compositores «modernos» continuaban adoptando lo que el crítico literario norteamericano Lionel Trilling denominó una «postura antagónica», de hostilidad hacia la «sociedad burguesa moderna». Por consiguiente, se oponían a la «cultura de masas», que, sobre todo en los procesos de cambio, les parecía una amenaza constante, y a la «culturilla», que les parecía el peor de todos los términos medios. Los vanguardistas partidarios del comunismo, aunque críticos habituales de la Unión Soviética, podían ensalzar a «las masas» y, al mismo tiempo, considerar a la

«cultura de masas» como una forma de manipulación contaminante. Conservadores y liberales se sentían amenazados por la presión de las masas, y compartían la opinión expresada en 1930 por José Ortega y Gasset de que «la masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto».

En los años de la inmediata posguerra, en que las regularidades de la vida cotidiana se habían roto, la filosofía más de moda, aunque por poco tiempo, en la Europa continental fue el «existencialismo», otro *ismo* rechazado por algunos de los filósofos de quienes derivaba. El existencialismo se centraba en las posibilidades de elección más inmediatas del ser humano y su impacto en la existencia de los demás. Su principal figura en el campo literario fue Jean-Paul Sartre, filósofo, ensayista y dramaturgo francés, si bien las raíces del existencialismo filosófico se hallaban en la Alemania de antes de la guerra, y en el pensamiento del siglo XIX: el filósofo cristiano danés Soren Kierkegaard, pese a ser muy diferente del marxista Sartre, volvió a estar de moda después de 1945. Pero el ambiente fue cambiando a medida que la guerra quedaba relegada al pasado. Pero lo que no quedó relegado fue la amenaza de la bomba, que planteaba en sí misma un terrible dilema: o una cosa, o la otra. En realidad, lo prudente era tener la bomba, pero no usarla.

El cambio de clima y estilos a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta entonces se asociaba a menudo con los «abismos generacionales». En realidad, las diferencias ideológicas dentro de una misma generación eran tan evidentes como entre generaciones distintas. Resultaban más significativas las influencias procedentes de las grandes ciudades, entre ellas el *swinging London* («Londres liberado») y las «anticonvencionales» Amsterdam y Copenhague, así como de las universidades, cuyo tamaño y número de estudiantes iban en aumento. De todos modos, en los años sesenta se hablaba tanto o más de la explosión demográfica de las ciudades que del *swinging London*, ya que también las ciudades aumentaron de tamaño y creció el número de grandes ciudades. La palabra «explosión» también se aplicó a las universidades, donde el radicalismo estudiantil de finales de los años sesenta y de los setenta se fue extendiendo de una universidad a otra, a partir de los focos de París y Frankfurt.

Los cambios de valores fueron tan importantes a finales de los sesenta, que Peter Drucker, un agudo observador de las transformaciones acaecidas en el mundo de los negocios, escribió un influyente libro en 1969 titulado *The Age of Discontinuity*. También en los años sesenta aparecieron una serie de *ismos* con el prefijo *pos(t)-*, entre ellos «postindustrial» y el término más genérico «posmoderno», aplicado al arte y a la arquitectura antes que a la sociedad. Ambos calificativos indican que el sistema de antagonismo social que tomó cuerpo en las últimas décadas del siglo XVIII debido a la influencia de dos revoluciones —y cuyo origen hemos descrito en el capítulo I de este libro— había llegado a su fin. El propio Drucker había utilizado la palabra «posmoderno» en su obra *Landmarks for Tomorrow* (1957), cuyo subtítulo era «análisis del nuevo mundo posmoderno». En la edición de 1965, Drucker comenta que «en algún momento sin concretar de estos veinte años, sin darnos cuenta, hemos pasado de la edad contemporánea a otra que aún carece de nombre».[12]

Para los críticos más hostiles, entre las palabras con el prefijo *pos(t)-* debería figurar *post mortem*. Y es que en el siglo XX ha existido una corriente de un constante pesimismo en materia de cultura, representada entre los historiadores por el alemán Oswald Spengler, cuyo libro *Der Untergang des Abendlandes* (La decadencia de Occidente) apareció en 1918. En opinión de Spengler —tan pesimista en lo tocante a la existencia como en cuanto a la cultura—, desde luego, la historia se encaminaba hacia su «estadio final» mucho antes de que Fukuyama hablase del fin de la misma. Y en 1974, cuando otro historiador igual de ambicioso, Arnold Toynbee, al analizar, como Spengler, una serie de «civilizaciones» de ámbito mundial, utilizó la palabra «posmoderno» junto con el calificativo «poscristiano», fue para hablar de «ruptura y desintegración».

Pero nadie hacía caso de los pesimistas a finales de los sesenta, cuando los profetas de la posmodernidad celebraban la liberación de la «modernidad», enfrentándose al estilo de la Bauhaus, cuyo origen se situaba en 1919 con la obra de Walter Gropius (nacido en Berlín pero exiliado en los Estados Unidos), y que había cruzado el Atlántico. Algunos arquitectos y críticos daban por sentado que la victoria de la arquitectura funcional moderna representada por las obras del alemán Ludwig Mies Van der Rohe y el suizo Charles-Édouard Le Corbusier era definitiva y universal. Pero no lo fue, aunque resultase difícil encontrar otra etiqueta para sus sucesores que la de «posmodernos», un calificativo aplicado también a la religión y (entre paréntesis) a la ciencia: en su libro *The Broken Image* (1964), Floyd Matson hablaba de la «imagen moderna [o posmoderna] del científico como actor u ''observador activo'' en vez de espectador imparcial». En literatura, a veces también era necesario utilizar «posmoderno» entre paréntesis; así, en concreto, en un ensayo de 1970, a algunas figuras importantes de la pintura y la arquitectura antes consideradas «modernas» como Joyce, se les aplicaba el calificativo de posmodernas.

En 1983 el novelista y ensayista italiano Umberto Eco, seguidor de todas las tendencias culturales, analizó el proceso que unía a lo «moderno» con lo «posmoderno» en su reveladora *Apostilla al nombre de la rosa*:

> Pero llega el momento en que la vanguardia (lo moderno) no puede ir más allá ... La respuesta posmoderna a lo moderno consiste en reconocer que el pasado, ya que no puede ser destruido, porque su destrucción conduce al silencio, debe ser revisado, pero con ironía, no de forma inocente.

La acción de la excelente novela de Eco *El nombre de la rosa*, traducida a la mayoría de idiomas de Europa, transcurría en la Edad Media.

Pero ni siquiera esta forma de pensar era totalmente nueva. La palabra italiana *ricorso* es antigua, y no era la primera vez que se volvía a la Edad Media desde el siglo XX, como ya se había hecho en el siglo XIX. Un especialista en historia medieval que luego se dedicó a la historia contemporánea, Geoffrey Barraclough, ya sostuvo en 1955 que algunas de las características del siglo XX se entendían mejor a la luz de la historia medieval que a la del siglo XIX, mien-

tras que en 1978 Barbara Tuchman, que ha analizado de forma exhaustiva los errores militares cometidos en la primera guerra mundial, tituló su estudio de los horrores del siglo XIV *A Distant Mirror* (Un espejo lejano), con lo que insinuaba que las personalidades, problemas y acontecimientos de aquel siglo arrojaban luz sobre el siglo XX, un siglo de campos de concentración, de extraños cultos y, en su última etapa, de corrupción y delincuencia.

Diez discontinuidades

Durante los años sesenta, en los que cada vez eran más los analistas sociales que miraban hacia el futuro en lugar de hacia el pasado, se convirtió en habitual el identificar por lo menos diez discontinuidades entre los siglos XIX y XX. Algunas, vistas desde una óptica post-1989, siguen resultando válidas:

1. La descolonización y las presiones de un «Tercer Mundo» (una expresión de origen francés, *le Tiers monde*) políticamente independiente pero, en su mayoría, aún dependiente desde el punto de vista económico, transformaron el mapa. Buena parte del mundo carecía de historia escrita, pero irrumpió en la historia de la segunda mitad del siglo XX no sólo en África, sino también en Asia, con la desintegración de los imperios europeos. En ese mundo, que siempre ha sido más variado de lo que pudiese parecer a primera vista, las experiencias posteriores han sido muy distintas. Se han constituido varios grupos de países diferenciados del resto, como Corea del Sur en el «área del Pacífico», que le han hecho la competencia económica a Europa. Hoy en día es imposible abordar la historia desde una perspectiva «eurocéntrica» como aún se hacía a finales de los años cincuenta.
2. Las presiones en el interior del «primer mundo» (un concepto por definir) por parte de minorías hasta entonces reprimidas o económicamente deprimidas cambió el fondo y la forma de hacer política. Algunas de estas minorías estaban dispuestas a utilizar las urnas y la maquinaria del «estado del bienestar» (otra expresión de nuevo cuño en el mundo de la posguerra), mientras que otras recurrían a métodos extraparlamentarios, como huelgas y manifestaciones. La pobreza no fue eliminada durante los años de expansión económica, y la renta (y los niveles de equipamiento) de algunas regiones de Europa eran muy inferiores a los de las más privilegiadas. La pobreza, en cambio, se interpretaba de forma distinta, relativa, a medida que aumentaba el nivel de vida de la mayoría. Los objetivos en materia de bienestar social no cayeron en el abandono, sobre todo en la Comunidad Europea, que les dio cuerpo legal, pero en los años ochenta tanto las finanzas como la administración del «estado del bienestar» y las ayudas y subsidios paralelos, como las pensiones, cada vez fueron más criticados, y en Gran Bretaña, donde primero se utilizó la fórmula «estado del bienestar», iniciaron un proceso de desmantelamiento. Gran Bretaña se mantuvo al margen de los acuerdos adoptados en la materia por la mayoría de países europeos, en una nueva muestra de divergencia. Los recortes fiscales

se habían convertido en uno de los objetivos políticos básicos, junto con el control de la inflación. Pero otros países siguieron los pasos de Gran Bretaña. Tanto en la Europa occidental como, después de 1989, en la oriental, se llevaron a cabo grandes planes de «privatización» con el mismo rigor con el que se habían llevado a cabo las «nacionalizaciones» casi 50 años antes. Mientras tanto, apareció en escena otro elemento fundamental: los ingresos de algunas empresas multinacionales privadas eran superiores a los de la mayoría de «estados soberanos».

3. El movimiento de «liberación de la mujer», que no era nuevo, pero que nunca había sido tan explícito y directo, se intensificó a partir de 1960. Las «feministas» como Simone de Beauvoir, íntima colaboradora de Sartre, cuestionaron las premisas no declaradas en cuestión de sexo en libros como *El segundo sexo* (1949), y, en nombre de la «concienciación», cambiaron la forma de pensar en el sexo propia del pasado y el modo en que debía abordarse su papel en el futuro. Pero, en la práctica, fue tanto o más importante el aumento cuantitativo y cualitativo del volumen de trabajo de las mujeres, a tiempo completo y parcial, empezando por el sector servicios, como la banca, pero que también fue notable en profesiones como la abogacía. Todo ello provocó cambios en los roles familiares y —junto con otros cambios, entre los que figuran los anticonceptivos y el aborto— en el propio concepto de familia. La definición de familia —qué tipo de unidad era, podía y debía ser— se convirtió en un tema de debate político.

4. El desarrollo en los años sesenta de lo que, una vez más, en los Estados Unidos, ya se consideraba una «sociedad de la información» radicalmente nueva (a la que luego se han adherido multitud de etiquetas distintas) tuvo repercusiones a nivel mundial y europeo. En los años cuarenta, la misma palabra «electrónica» resultaba novedosa, y la convergencia posterior de la informática con la electrotecnia gracias a la invención en los años sesenta del circuito integrado, impulsó lo que en los años ochenta, después de un nuevo avance tecnológico, se dio en llamar «la revolución digital». «La información —rezaba el principio de un libro verde de la Comisión Europea publicado en 1984— es un factor decisivo, y puede que sea el único, en la unificación de Europa.»

5. Se mantuvieron las diferencias en las actitudes nacionales hacia el desarrollo de las comunicaciones, pero en todos los países aparecieron signos de una transmutación de valores esenciales asociados con los cambios experimentados por la relación entre ocio y trabajo. Al principio estos cambios fueron paralelos al aumento de la renta disponible de los jóvenes y de la mano de obra no cualificada. Más adelante, estos cambios se tradujeron en un aumento de los despidos y generaron paro estructural. Junto con la transmutación de valores —la expresión «tiempo libre» cayó en desuso— se produjeron cambios fundamentales en la organización del ocio, por ejemplo en el deporte tanto amateur como profesional. En los años sesenta, el «deporte» se comercializó y se convirtió en uno de los ingredientes esenciales de los medios de comunicación de masas viejos y nuevos, entre ellos la televisión, al que más tiempo de ocio se dedicaba y el más polémico, tanto si era de titularidad pública como privada.

6. La progresiva desaparición de los límites existentes entre «alta cultura» y «cultura de masas», que nunca gozaron de la aceptación general, se reflejó no sólo en la pantalla, sino en los lienzos del «pop art», producto, como el «op-art» de finales de los años cincuenta y de los sesenta, y, sobre todo, en la música. Incluso en la Europa del Este, la «música pop» ejerció un gran atractivo en los años setenta y ochenta. Gracias al buen ritmo de negocio de las agencias, se crearon nuevos vínculos entre intérpretes y anunciantes. El estudio de los medios de comunicación de masas y de la «cultura popular» se convirtió en asignatura universitaria en algunos lugares de Europa occidental, así como el estudio de las «subculturas», sobre todo las «juveniles». La expresión «estilo de vida» se puso de moda.

7. En Europa occidental aparecieron «contraculturas» o «culturas alternativas», en las que no sólo se trataba de encontrar refugio en el «espacio interior», muchas veces con la ayuda de drogas, sino nuevas actitudes hacia el sexo y la violencia. El número de personas consideradas «marginadas» aumentó a lo largo de los años ochenta. La mayoría de ellos no se consideraban «marginados», sino «viajeros» dispuestos a marginar a los demás igual que los habían marginado a ellos. Algunos de estos «viajeros» crearon religiones *new age*. En las librerías de los ochenta ya había secciones considerables dedicadas a las «ciencias ocultas», a veces al lado mismo de secciones igual de considerables dedicadas a la dirección y administración de empresas. Desde el propio hogar, gracias al internet, la gente pudo explorar el «ciberespacio».

8. La rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética dio pie a una preparadísima (y carísima) carrera espacial, de la que Europa permaneció al margen, y que en los años noventa terminaría con la colaboración conjunta de rusos y norteamericanos. A estas alturas, el cielo ya estaba lleno de satélites que giraban alrededor de la Tierra. La Agencia Espacial Europea, creada en 1975 y formada por once países, se propuso llevar a la práctica los proyectos anteriores de la Organización Europea de Investigación Espacial, fundada en 1962. La sede central de la Agencia se hallaba en París, su centro técnico, en Holanda, y su centro de operaciones, en Darmstadt (Alemania). Otra empresa científica fruto de la colaboración conjunta es la Organización para la Investigación Nuclear, creada en 1954, y cuyo centro se extiende a ambos lados de la frontera entre Francia y Suiza cerca de Ginebra.

9. A pesar de la bomba atómica, o tal vez por su culpa, a partir de los años cincuenta los avances en el campo de la física cuántica resultaron menos apasionantes que los de la biología molecular, que plantearon nuevos interrogantes sobre la vida y la muerte, al igual que la cada vez mayor longevidad de la población, debida al progreso de la medicina y (especialmente) de la cirugía (ortopédica y de trasplantes). En relación con estos temas y los problemas medioambientales denunciados por los ecologistas, las reacciones eran bastante parecidas (algunas de ellas, de tono «apocalíptico») a las que antes había suscitado la bomba atómica. El año 1970 constituye un hito en la historia de los ecosistemas en peligro —el interés por las cuestiones medioambientales dejó de ser «simple palabrería»—, y la primera Conferencia Mundial sobre el Desa-

rrollo Humano se celebró en Estocolmo en 1972. En 1977, el FAST (Forecasting and Assessment in Science and Technology: Previsiones y análisis en ciencia y tecnología), un organismo europeo, inventó la palabra «biosociedad», con el fin de crear «una sociedad basada en la gestión responsable de sistemas de organización autónoma para el mantenimiento y el enriquecimiento de la existencia y los objetivos de la humanidad». Había más de un toque de eurorretórica en esa declaración de principios, pronunciada a raíz de las actividades del Club de Roma, una organización no gubernamental que en 1972 ideó un polémico modelo informático sobre *Los límites del desarrollo*.

10. La última discontinuidad, en cambio, afecta directamente a la gente, y no a los recursos materiales. La recuperación económica de Europa occidental, con anterioridad a la informatización, hizo que muchos países tuviesen que recurrir a inmigrantes extranjeros. Al principio, parte de los inmigrantes (por ejemplo, los trabajadores turcos y de otras nacionalidades —*Gastarbeiter*, «trabajadores huéspedes»— empleados en Alemania) eran temporeros, mientras que los inmigrantes caribeños y asiáticos procedentes del antiguo imperio británico fueron a Gran Bretaña para quedarse desde el principio. Los *Gastarbeiter* cobraban menos, tenían menos seguridad en el trabajo y carecían de derechos cívicos, mientras que el número y el acceso a la ciudadanía de los inmigrantes británicos estaban limitados por el gobierno. Sin embargo, a mediados de siglo, el país de Europa con la mayor proporción de trabajadores inmigrantes no era ninguno de los grandes, sino Suiza.

Entre estas diez discontinuidades existen muchas interrelaciones lógicas y cronológicas. Algunas décadas han tenido características peculiares, pero ninguna década ha sido totalmente independiente de las demás ni ha carecido de contradicciones, aparte de las continuidades. El problema de la inmigración ya lo plantearon en el primer decenio del siglo. La bomba atómica era el fruto último de una revolución en la física atómica que es uno de los triunfos intelectuales más notables de principios del siglo XX: la disolución de la física newtoniana «clásica» en la década anterior a 1914. (Einstein publicó cinco artículos fundamentales en 1905, uno de los cuales exponía la teoría de la relatividad especial.) En 1925, A. N. Witehead, un excelente observador de lo que acontecía no sólo en física, sino también en las demás ciencias y artes, llegó a la conclusión de que «los sólidos cimientos de la física» se habían «roto» por completo. «Lo que antes constituía la base del pensamiento científico se está convirtiendo en algo ininteligible. Los conceptos de tiempo, espacio, materia, material, éter, electricidad, mecanismo, organismo, configuración, estructura, patrón o función hay que reinterpretarlos». La física cuántica, que surgiría más tarde, se basaba en lo que Werner Heisenberg describió de forma matemática en 1927 como el principio de «incertidumbre».

La incertidumbre que identificaban los científicos era cada vez más evidente en la actividad política de los años sesenta, mientras la economía florecía, y no disminuyó cuando las economías se desplomaron durante los inquietantes años setenta, cuando los políticos tuvieron que hacer frente a las consecuen-

cias económicas de una «crisis energética» que llevaba tiempo gestándose. En este caso, la economía parecía más relevante que la sociología, pero los economistas estaban profundamente divididos y eran pocos los que acertaban a relacionar la economía con las demás «ciencias sociales». A lo largo de los años ochenta, políticos de países tan distintos como la Gran Bretaña de Margaret Thatcher y la Unión Soviética de Gorbachov buscaron soluciones radicales a sus viejos problemas. La expresión «cultura de empresa» surgió durante el breve *boom* que hubo en Gran Bretaña entre 1984 y 1987, que la popularizó, pero la década acabó en una recesión económica que afectó de lleno a Alemania y Francia, así como a la España socialista. A finales de los ochenta, Gran Bretaña había perdido gran parte de su tejido industrial, pero, al cambiar las prioridades, las actitudes de los británicos hacia Europa y su futuro se vieron tan condicionadas por el pasado histórico como lo había estado la política de Irlanda antes del tardío inicio del «proceso de paz» en los años noventa.

Estos condicionantes no son excepcionales. En los países de la Europa central y del Este, muchos aspectos de la política sólo pueden explicarse en relación con la historia del imperio otomano. Lo mismo pasa con la serie de incidentes de terrorismo internacional que se produjo antes de 1989, y de los que sólo los más espectaculares se convertían en noticia. Los incidentes aumentaron en número de forma casi constante de 125 en 1968 a 831 en 1987. Pero detrás de casi todos ellos había un trasfondo histórico. La causa que impulsaba a muchos terroristas tenía sus orígenes en Palestina, que había sido un mandato británico al término de la primera guerra mundial y que se convirtió en el territorio del flamante estado de Israel después de la segunda guerra mundial. Otra de las causas tenía sus orígenes en Argelia. Entre las fuentes internas del terrorismo europeo se encuentra uno de los pueblos más antiguos de Europa, los vascos.

En el caso de la tecnología, que algunos terroristas aprendieron a usar, existen también elementos de continuidad, aunque la nueva tecnología, que constituye la cuarta discontinuidad, siempre ha sido, en palabras de Toffler, el «gran y rugiente motor del cambio», que ha marcado el principio de una «tercera era», cuya contemplación empujó a muchos de sus críticos a abrazar filosofías de la «nueva era» (*new age*). Los nexos de continuidad, menos comentados, afectaban tanto a los procesos como a su impacto sobre la imaginación. La revolución eléctrica fue el requisito indispensable para poder llegar al asombroso mundo de los circuitos electrónicos, y en los años iniciales de la revolución eléctrica, antes de 1900, cuando la electricidad era un «misterio», su impacto sobre la imaginación de sus contemporáneos fue tan grande como el de la máquina de vapor un siglo antes. En la década de 1890, el marqués de Salisbury se adelantó al lenguaje de Marshall McLuhan, una de las figuras clave de los años sesenta, al ensalzar la revolución eléctrica, trazar paralelismos con el sistema nervioso y prever nuevas formas de reacción del ser humano a la comunicación instantánea. Fue también el marqués de Salisbury, fascinado por la tecnología de las telecomunicaciones, quien, por razones muy distintas, firmó en 1901 la alianza con Japón que puso fin a una larga etapa durante la cual Gran Bretaña

no quiso firmar alianzas con nadie, sin darse cuenta de que sería Japón el que, en la «era de las discontinuidades», crearía una de las mayores industrias electrónicas del mundo.

Los transistores japoneses, baratos y portátiles, ya se empleaban en todo el mundo en los años sesenta, instrumentos indispensables (antes de los satélites artificiales) de una revolución internacional tanto en la difusión de las noticias (publicidad incluida) como en la cultura musical popular. La herramienta indispensable, el transistor, inventado en 1948 —tras el cual vino el circuito integrado— permitió miniaturizar toda clase de material electrónico, como, sobre todo, los ordenadores, lo que hizo posibles los viajes al espacio exterior. De todos modos, no fue hasta los años sesenta, después de que el *Sputnik* ruso surcara el cielo en 1957, cuando los aviones, que habían empezado a volar desde antes de 1914, comenzaron a influir de forma significativa en la economía mundial. El pionero de los lanzamientos de cohetes fue un ruso, Konstantin Tsiolkhovski, que nació en 1857 y vivió lo suficiente (hasta 1935) como para servir al régimen bolchevique.

Los primeros aviones en romper la barrera del sonido fueron militares, y los países que llevaron el peso de los gastos de «defensa» durante la guerra fría determinaron la magnitud de los cambios tecnológicos de finales del siglo XX. La expresión «Ciencia Mayor» (*Big Science*) nació en los Estados Unidos.[13] Pero Francia, después de De Gaulle, reaccionó ante el advenimiento de la «era del ordenador», mientras que antes de De Gaulle se había aliado con los británicos en 1953 (con cuantiosos gastos de investigación) en el proyecto Concorde, al que se opusieron de inmediato los ecologistas. Pero quien marcó la pauta en la notable expansión del tráfico aéreo fue la industria aeronáutica de los Estados Unidos a partir de 1970, gracias a los reactores «jumbo» intercontinentales. Mientras tanto, el tráfico rodado cambiaba las relaciones históricas existentes entre el hogar, el lugar de trabajo y los equipamientos de ocio, además de asfixiar los centros históricos de pueblos y ciudades y facilitar el acceso al campo, aumentando más deprisa de lo previsto y transformando el entorno. La geografía de Europa cambió radicalmente con la creación de nuevas y costosas infraestructuras, entre las que destaca el túnel de ferrocarril que unió directamente a Francia con Gran Bretaña por primera vez desde la era glacial.[14]

Los cambios en las comunicaciones, sobre todo el turismo y el advenimiento y difusión de la televisión en los años cincuenta y sesenta, son algunos de los factores que han contribuido a eliminar las distinciones entre «alta cultura» y «cultura de masas»; sin embargo, la expansión de la enseñanza, sobre todo la superior, anterior a los cambios tecnológicos, era un requisito indispensable para una «sociedad de la información» basada en la adquisición de nuevas habilidades. La formación, incluida la «formación continua», abrió nuevas vías de acceso al «conocimiento» a muchísima gente de distintas capas sociales: en muchos países de Europa occidental, el número de estudiantes se duplicó con creces a lo largo de los años sesenta, y en muchos de ellos el ritmo anual de aumento del gasto público en educación superó el índice de crecimiento del producto nacional bruto. En la Europa del Este la inversión en la enseñanza tam-

bién era importante, pero sus contenidos estaban sometidos a un riguroso control. Pero la relación exacta entre el gasto en educación y las innovaciones en la industria y las empresas nunca ha estado clara, al igual que la relación entre el nivel de inversión en «investigación y desarrollo» y la renta nacional.

El «conocimiento», que autores como Drucker consideraban la base de toda gestión eficaz en una sociedad cada vez más compleja, fue blanco de numerosísimas críticas en la sociedad occidental. A partir de 1960, empezaron a aparecer enemigos del «sistema», para los que la palabra «sistema», el concepto básico de «investigación operativa» y el análisis de sistemas adquirieron nuevas connotaciones. Una de las expresiones clave de los sesenta —«el sistema (o complejo) industrial-militar-capitalista»— se hizo muy popular en los Estados Unidos, donde más fuerte y más criticado era el «sistema», pero una de las figuras que más contribuyeron a popularizar la expresión desde la «nueva izquierda», Herbert Marcuse, era europeo, representante del Institut für Sozialforschung (Instituto para la Investigación social) de Frankfurt que se había exiliado en bloque de Alemania antes de la guerra. Marcuse, al igual que el principal representante de la Escuela de Frankfurt, Theodor W. Adorno, era también crítico con la represión en el interior de la Unión Soviética, lo que preparó el terreno para los acontecimiento de 1989 en el «Occidente» capitalista, donde Margaret Thatcher también dijo haber influido en el curso de los acontecimientos de la Europa del Este al «venderles» las virtudes del mercado libre.

Que nada estaba «atado y bien atado» en 1989 quedó plenamente demostrado tres años después —y más hacia el oeste— al principio de los años noventa del nuevo fin de siglo. El tratado de Maastricht, consensuado en diciembre de 1991, empezaba con las palabras «En virtud del presente tratado, las partes contratantes establecen entre ellas una Unión Europea», y más adelante, el texto afirmaba que la Unión tendría una «duración indefinida». Pero los interrogantes eran por lo menos tan numerosos como en los años sesenta. Dinamarca celebró un referéndum y no ratificó el tratado hasta después de realizar un segundo referéndum; Francia lo ratificó por un margen estrechísimo; Gran Bretaña se entretuvo todo lo que pudo hasta que el Parlamento lo ratificó por la mínima. Mientras tanto, reaparecía otro interrogante: «¿Qué es Europa?». Austria, Suecia y Finlandia protagonizaron la primera ampliación de la flamante Unión; Noruega decidió por referéndum mantenerse al margen; la Europa del Este no fue admitida, al igual que Turquía. A principios de los noventa seguía existiendo un mapa regional de Europa, además del mapa nacional, y, a pesar de lo mucho que seguía hablándose de la «sociedad postindustrial», seguía habiendo en Europa regiones que apenas se habían industrializado. El título del número de la publicación académica *Daedalus* (que ya había analizado en 1964 la realidad europea) correspondiente a 1994 era «Europa en un espejo oscuro».[15]

NOTAS

Capítulo I. *Revolución e imperio: experiencia e impacto, 1789-1815* (pp. 11-52)

1. D. Boorstin, *The Genius of American Politics*, Chicago, 1953, p. 68.
2. P. Mantoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century*, Londres, 1928, p. 21.
3. Su principal divulgador fue A. Toynbee, *Lectures on the Industrial Revolution in England*, Londres, 1884.
4. Esta imagen fue empleada como título de un libro por D. S. Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, 1969.
5. O. H. Hufton, *The Poor of Eighteenth Century France, 1750-1789*, Londres, 1974, p. 2.

Capítulo II. *Orden y movimiento, 1815-1848* (pp. 53-92)

1. C. Hughes, ed., *Switzerland and Europe: Essays and Reflections by J. R. Salis*, Londres, 1971, pp. 32-34.
2. Sobre su importancia, véase A. Briggs, «Social Structure and Politics in Birmingham and Lyons, 1825-1848», en *Collected Essays*, vol. 1, Londres, 1985, pp. 231-233.
3. A. Sked, *The Decline and Fall of the Habsburg Empire, 1815-1918*, Londres, 1989, p. 41.

Capítulo III. *Construcción nacional, 1848-1878* (pp. 93-136)

1. G. M. Trevelyan, *Manin and the Venetian Revolution of 1848*, Londres, 1923, pp. VII-VIII. A. J. P. Taylor tomó prestada la frase y le sacó más punta (A. J. P. Taylor, *A Personal History*, Londres, 1983, p. 190).
2. Citado en D. Hargreaves, ed., *Bismarck and German Unification*, Londres, 1991, pp. 23 y 32.
3. Un crítico católico de Bismarck, Edmund Jörg, temía después de la victoria de 1871 que «la humanidad y la civilización del siglo XIX cederán su puesto en el último tercio a una nueva edad del hierro». H. Böhme, *Die Reichsgründung*, Munich, 1967, p. 26.
4. Véase A. D. Chandler, *Scale and Scope, the Dynamic of Industrial Capitalism*, Cambridge, Massachusetts, 1990, cap. 12.
5. La historia la resume G. Lichtheim, *Marxism*, Londres, 1961, pp. 259 ss.
6. Véase C. J. H. Hayes, *Essays on Nationalism*, Nueva York, 1928, cap. 5, «Nationalism and International War», sobre la opinión de Hayes acerca de esa relación.

Capítulo IV. *Rivalidad e interdependencia, 1871-1914* (pp. 137-167)

1. L. Lafore, *The Long Fuse: An Interpretation of the Origins of World War I*, Londres, 1965. Compárese con Lafore, *An Interpretation of the Origins of World War II*, Londres, 1970.
2. J. C. Röhl, *The Kaiser and His Court*, Londres, 1995, cap. 5.
3. Véase B. W. E. Alford, *Britain in the World Economy since 1880*, Londres, 1996, caps. 2 y 3.
4. Para una descripción viva y popular de la secuencia de los acontecimientos, véase B. W. Tuchman, *August 1914*, Londres, 1962.

Capítulo V. *Clasicismo, romanticismo, victorianismo, modernidad* (pp. 168-204)

1. Sobre Ruskin, véase J. D. Rosenberg, *The Darkening Glass*, Londres, 1963.
2. Véase A. Briggs, *Victorian Things*, Londres, 1988, cap. 1.
3. W. Olins, *Corporate Identity*, Londres, 1990, y J. M. Peddings, ed., *Organisational Strategy and Change*, San Francisco, 1985.
4. Sobre el cambio de sentido del término, véase L. R. Furst, *Romanticism*, Londres, 1969.
5. Para el romanticismo en plena efervescencia, véase J. R. Talmon, *Romanticism and Revolt*, Londres, 1967.
6. Véase E. N. Hiebert, «The Transformation of Physics», en M. Teich y R. Porter, eds., *Fin de Siècle and its Legacy*, Londres, 1990, cap. 12.
7. El estudio clásico, pero desfasado, sobre el tema es el de J. B. Bury, *The Idea of Progress*, Londres, 1913.
8. Véase A. Briggs, *Victorian People*, Londres, ed. de 1965, cap. 5.
9. Sobre la evolución del pensamiento de Comte, véase F. E. y F. P. Manuel, *Utopian Thought in the Western World*, Oxford, 1979, cap. 30, que también relaciona a Comte con Saint-Simon y Marx.
10. Véase C. E. Schorske, *Fin de Siècle Vienna, Politics and Culture*, Londres, 1980.
11. Citado en G. M. Young, *Victorian Essays*, Londres, 1962, pp. 158-162, donde Young señala que «gran parte de lo que llamamos victoriano [en Gran Bretaña] es una imagen de segunda mano, una caricatura dibujada por los propios victorianos».
12. Sobre el lugar de Wagner y la polémica en torno a «la música del futuro», véase C. Dahlhaus, *Nineteenth-Century Music*, traducción inglesa de F. Bradford Robinson, Berkeley, 1989, cap. 6, «Modernism as a Period in Music History».

Capítulo VI. *Una guerra civil europea, 1914-1918* (pp. 205-238)

1. M. Brod, ed., *The Diaries of Franz Kafka, 1910-1923*, Harmondsworth, 1964, p. 301.
2. C. Sorley, en una carta a su madre, fechada el 10 de julio de 1915, citado en Modris Eksteins, *Rites of Spring*, Londres, 1990, p. 200.
3. J. Ellis, *Eye-Deep in Hell*, Londres, 1977, p. 94.
4. B. Ranft, «The Royal Navy and the war at sea», en J. Turner, ed., *Britain and the First World War*, Londres, 1988, p. 54.
5. B. Hunt y A. Preston, eds., *War Aims and Strategic Policy in the Great War*, Londres, 1977, p. 16.
6. D. Stevenson, *The First World War and International Politics*, Oxford, 1988, p. 87.
7. Las tres fases aparecen delineadas en la obra de Arthur Marwick, *War and Social Change in the Twentieth Century: a Comparative Study of Britain, France, Russia and the United States*, Londres, 1974, p. 24.
8. J. W. Gerard, *My Four Years in Germany*, Londres, 1917, p. 301.
9. G. S. Gill, *Peasants and Government in the Russian Revolution*, Londres, 1979.
10. Para esta y otras muestras del entusiasmo de Brooke por la guerra, véase G. Keynes, *Letters of Rupert Brooke*, Nueva York, 1968.

Capítulo VII. *¿Un nuevo orden? 1919-1929* (pp. 239-273)

1. H. Nicolson, *Peacemaking 1919*, Londres, 1933, p. 368.
2. M. Howard, «The Legacy of the First World War», en R. Boyce y E. M. Robertson, eds., *Paths to War: New Essays on the Origins of the Second World War*, Londres, 1989, p. 46.
3. H. Nicolson, *op. cit.*, p. 302.
4. *The Star*, Londres, 5 de enero de 1923.
5. G. Stresemann, *Reden und Schriften*, vol. 2, Dresde, 1926, pp. 219-220.
6. Conde de Birkenhead, *Turning-Points in History*, Londres, 1930.

Capítulo VIII. *Cañones y mantequilla, 1929-1939* (pp. 274-303)

1. R. Sarti, «The Battle of the Lira», *Past and Present*, 47 (mayo de 1970), p. 98.
2. E. Canetti, *The Play of the Eyes*, Nueva York, 1986, ed. de 1987, p. 89 (hay trad. cast.: *El juego de ojos*, Muchnik Editores, Barcelona, 1985).
3. Carta del financiero Russell Leffingwell a «Bunny» Carter, 16 de junio de 1932, documentos privados de Walter Leffingwell, Biblioteca Baker, Universidad de Harvard, caja 3, carpeta 63.
4. R. A. H. Robinson, *Fascism in Europe, 1919-1945*, Londres, 1981, ed. de 1989, p. 4.
5. C. Koonz, *Mothers in the Fatherland. Women, the Family and Nazi Politics*, Londres, 1987.
6. M. Burleigh, *Death and Deliverance. «Euthanasia» in Germany, 1900-1945*, Cambridge, 1994, cap. 6.
7. E. Ginzburg, *Into the Whirlwind*, Londres, 1967, ed. de 1989, p. 149 (hay trad. cast.: *El vértigo*, Noguer, Barcelona, 1967).
8. Chris Ward, *Stalin's Russia*, Londres, 1933, pp. 135-137.

Capítulo IX. *De la guerra en Europa a la guerra mundial, 1933-1945* (pp. 304-347)

1. Citado en R. J. Overy, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994, p. 185.
2. Citado en R. J. Overy, *The Road to War*, Londres, 1989, p. 45.
3. R. Dell, *The Geneva Racket*, Londres, 1941, p. 8.
4. D. C. Watt, *How War Came*, Londres, 1989, p. 536.
5. W. S. Churchill, *The Second World War: The Grand Alliance*, vol. 3, Londres, 1951, p. 308.
6. W. S. Churchill, *The Second World War: The Hinge of Fate*, vol. 4, Londres, 1951, p. 343.
7. K. S. Karol, *Solik: Life in the Soviet Union, 1939-1946*, Londres, 1986, p. 76.
8. M. von der Grün, *Wie war das eigentlich? Kindheit und Jugend im Dritten Reich*, Darmstadt, 1981, pp. 236-237.
9. W. Bergenruen, «An die Völker der Erde», en W. Rose, ed., *Modern German Lyric Verse, 1896-1955*, Oxford, 1960, p. 185.

Capítulo X. *La congelación y el deshielo en la Europa de la posguerra, 1945-1989* (pp. 348-379)

1. Tribunal Internacional Militar, *Nuremberg: Trial of German Major War Criminals*, vol. 1, Londres, 1946, p. 67.
2. W. S. Churchill, *Triumph and Tragedy*, Boston, 1953, pp. 489-490. Para un análisis del origen de la expresión «telón de acero», véase B. Bryson, *Made in America*, Londres, 1994, ed. de 1995, pp. 355-356.
3. En realidad, la expresión «guerra fría» la empleó por primera vez Herbert Bayard Swope en un discurso escrito para el financiero norteamericano Bernard Baruch en 1947.
4. J. Skovrecky, *The Bass Saxophone*, Londres, 1980, p. 15.

Capítulo XI. *La reconstrucción de Europa, 1945-1991* (pp. 380-412)

1. Citado en J. Black, *Convergence or Divergence?*, Londres, 1994, p. 243.
2. M. Clark, *Modern Italy, 1871-1982*, Londres, 1984, ed. de 1990, p. 325.
3. R. F. Betts, *France and Decolonisation, 1900-1960*, Londres, 1991, p. 17.
4. E. Shuckburgh, *Aspects of NATO: Political Consultation*, París, mayo de 1960, p. 1.
5. P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict*, Londres, 1988, *passim*.
6. P. Ludlow, *The Annual Review of European Community Affairs*, vol. 1, Centre for European Policy Studies, Londres, 1990, p. xv.
7. D. Reynolds, «Thawing History: Europe in the 1990s and Pre-Cold War Patterns», *Political Quarterly*, 1 (1992), pp. 24-26.

Capítulo XII. *¿La gran mutación? ¿El fin de la historia?* (pp. 413-431)

1. Véase M. Poster, ed., *Jean Baudrillard. Selected Writings*, Londres, 1988.
2. Para el contexto norteamericano, véase E. N. Saveth, ed., *American History and the Social Sciences*, Londres, 1964.
3. A. Toffler, *Future Shock*, Londres, 1970, sobre todo el cap. 17, «Coping with Tomorrow». Toffler alude indirectamente a Margaret Mead.
4. El artículo de Fukuyama «The End of History» en *The National Interest*, 1989, fue escrito antes de la caída del Muro. Su libro *The End of History and the Last Man* apareció a continuación, publicado en Gran Bretaña por Penguin en 1992 (hay trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992). Respecto a descripciones y comentarios anteriores sobre el fin de la historia, véase L. Niethammer, *Post-histoire: Has History Come to an End?*, Londres, 1993.
5. *Ibid*.
6. Sobre el descubrimiento del código genético, véase J. D. Watson, *The Double Helix*, Londres, 1968 (hay trad. cast.: *La doble hélice*, Salvat, Barcelona, 1994).
7. D. Thomson, *Europe since Napoleon*, Londres, ed. de 1966, p. 946.
8. Edición titulada «A New Europe?», en *Daedalus*, invierno de 1964. Véase también M. Camps, *European Unification in the Sixties*, Londres, 1967.
9. En 1995 Mark Galeotti le puso el mismo título a su estudio de la seguridad y la política en la Rusia soviética y postsoviética posterior a 1979.
10. Véase G. Cross, *Time and Money: the Making of Consumer Culture*, Londres, 1993.
11. La palabra «modernización» solía utilizarse de forma tan poco crítica como el adjetivo «moderno» para describir el impacto de «Occidente» en el mundo no europeo. Véase, por ejemplo, I. R. Sinai, *The Challenge of Modernisation*, Nueva York, 1964.
12. Para un breve comentario de las obras de Peter Drucker, que empezaron con su estimulante ensayo *The End of Economic Man*, Londres, 1939, véase J. J. Tarrant, *Drucker*, Nueva York, 1976.
13. Véase D. de Solla Price, *Little Science, Big Science*, Londres, 1963; e I. Spiegel-Rösing y D. de Solla Price, *Science, Technology and Society. A Cross Disciplinary Perspective*, Londres, 1977.
14. Sobre el túnel del canal de la Mancha visto desde la perspectiva histórica, véase D. Abel, *Channel Underground*, Londres, 1961, y para un esclarecedor análisis de temas relacionados con el mismo, véase la obra del ex embajador Nicholas Henderson, *Channels and Tunnels: Reflections on Britain and Abroad*, Londres, 1987.
15. Véanse también las ediciones tituladas «Old Faiths and New Doubts: the European Predicament», *Daedalus*, primavera de 1979, y «Eastern Europe ... Central Europe ... Europe», *Daedalus*, invierno de 1990.

BIBLIOGRAFÍA

El largo período que abarca este libro ha generado una bibliografía inmensa a todos los niveles, en gran parte de origen norteamericano, que refleja la evolución de la historiografía así como la acumulación de documentos y datos de todo tipo, visuales y estadísticos. Muchas de las interpretaciones de mayor calado se encuentran en revistas de historia, de carácter en gran parte «revisionista». Pero también hay colecciones de libros de bolsillo muy útiles, como *Documents and Debates* (cuyo editor general es John Wroughton) y *Lancaster Pamphlets* (cuyos editores generales son E. J. Evans y P. D. King) que abordan temas como *Bismarck and German Unification* (D. Hargreaves, 1991) y *The Unification of Italy* (J. Gooch, 1986).

La mejor introducción general sigue siendo D. Thomson, *Europe since Napoleon*, 1957, revisada en 1966 antes de la muerte del autor; sin embargo, su bibliografía selecta está anticuada y hay que tener en cuenta las numerosas reinterpretaciones de signo revisionista de los acontecimientos. Compárese, en relación con el mismo período, con G. Barraclough, *An Introduction to Contemporary History*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *Introducción a la historia contemporánea*, Gredos, Madrid, 1980[5]).

Para la etapa anterior al principio de este volumen, véase el volumen precedente H. G. Koenigsberger, *Early Modern Europe, 1500-1789*, Londres, 1987 (hay trad. cast.: *El mundo moderno, 1500-1789*, Crítica, Barcelona, 1991), y W. Doyle, *The Old European Order, 1660-1800*, Londres, 1978. En cuanto al marco de la historia universal, que ha cambiado espectacularmente en el siglo XX, véase J. M. Roberts, *The Pelican History of the World*, Londres, 1980. En cuanto a las conexiones existentes con el siglo XX, véase W. R. Keylor, *The Twentieth-Century World: An International History*, Londres, 1984. P. Kennedy examina los cambios determinantes en *The Rise and Fall of the Great Powers, Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Londres, 1988 (hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1997[3]). Véase también A. W. Woodruff, *Impact of Western Man: A Study of Europe's Role in the World Economy*, Londres, 1967.

E. J. Hobsbawm ha escrito una impresionante trilogía sobre «el largo siglo XIX con unos títulos reveladores que reflejan su punto de vista: *The Age of Revolution, 1789-1848*, Londres, 1962; *The Age of Capital, 1848-1875*, Londres, 1975; *The Age of Empire*, Londres, 1987 (hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, en preparación). A continuación de la trilogía, Hobsbawm ha escrito (después de que la historia siguiera una evolución diferente de la que había previsto) *The Age of Extremes*, Londres, 1994 (hay trad. cast.: *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995). Para interpretaciones más plurales a cargo de distintos autores, véase A. Briggs, ed., *The Nineteenth Century*, Londres, 1970

(hay trad. cast.: *El siglo XIX: las contradicciones del progreso*, Alianza, Madrid, 1989), y P. Flora *et al.*, *State, Economy and Society in Western Europe, 1815-1975*, Londres, 1983. Acerca de la religión, véase H. McLeod, *Religion and the People of Western Europe, 1789-1970*, Londres, 1981.

Varios países han seguido sus propias trayectorias, y aunque existe una considerable bibliografía sobre la «trayectoria especial» (*Sonderweg*) de Alemania, es evidente que Gran Bretaña, Francia e Italia también siguieron «trayectorias especiales». Véase M. Fulbrook, ed., *National Histories and European History*, Londres, 1993. Las implicaciones del caso alemán se analizan, aunque no de forma concluyente, en D. Blackbourn y G. Eley, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Londres, 1984, y R. J. Evans, *Rethinking German History: Nineteenth-Century Germany and the Origins of the Third Reich*, Londres, 1987.

Para países concretos, véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, Londres, ed. de 1979; N. McCord, *British History, 1815-1906*, Londres, 1991; H. Perkin, *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*, Londres, 1969; R. F. Foster, *Modern Ireland*, Londres, 1988; W. Carr, *A History of Germany, 1815-1985*, Londres, 1987[3]; C. A. Macartney, *The Habsburg Empire, 1790-1815*, Londres, ed. de 1969; R. A. Kann, *The Multinational Empire*, Londres, 1950; D. Mack Smith, *The Making of Modern Italy*, Londres, 1968; R. Carr, *Spain, 1808-1939*, Londres, 1966 (hay trad. cast.: *España, 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1992[6]); R. Magraw, *France, 1815-1914: The Bourgeois Century*, Londres, 1983; L. Kochan y M. Abraham, *The Making of Modern Russia*, Londres, ed. de 1983; J. K. Kerry, *A History of Scandinavia*, Londres, 1979; D. Kirby, *The Baltic World, 1772-1993*, Londres, 1995; N. Davies, *Heart of Europe: A Short History of Poland*, Londres, 1986; y B. Jelavich, *The Establishment of the Balkan National States, 1804-1920*, Londres, 1977.

Hay un curso de la Open University muy útil, *What is Europe?* (AD 280), a cargo de un equipo procedente de varios países de Europa. El primer volumen del curso se titula *The History of the Idea of Europe*, y los otros tres volúmenes son *Aspects of European Cultural Diversity*, *European Democratic Culture* y *Europe and the Wider World*. Véase también E. Bruley y E. H. Dance, *A History of Europe?*, Londres, 1960; J. B. Duroselle, *Historia de los europeos*, (Aguilar, Madrid, 1990); D. Heater, *The Idea of European Unity*, Londres, 1992; y H. Brugmans, *Europe: A Leap in the Dark*, Londres, 1985.

Para las regiones europeas, véanse C. Harvie, *The Rise of Regional Europe*, Londres, 1994, y R. Schulze, ed., *Structural Change in Early-Industrialized Regions*, Londres, 1993. Hay muchos y detallados estudios de regiones concretas. Véase también H. C. Meyer, *Mitteleuropa in German Thought and Action*, Londres, 1955.

L. Snyder, *Fifty Major Documents of the Nineteenth Century*, Londres, 1955, es un breve y útil compendio de textos. Véase también R. R. Mowat, *Select Treaties and Documents, 1815-1916*, Londres, 1932. Para la geografía, puede consultarse el *Penguin Atlas of Recent History: Europe Since 1815*, Londres, 1986, y para las estadísticas, B. R. Mitchell, *European Historical Statistics, 1750-1970*, Londres, 1978.

Sobre la población, véanse L. Kosinski, *The Population of Europe*, Londres, 1970, y W. R. Lee, ed., *European Demography and Economic Growth*, Londres, 1979; D. V. Glass y D. E. C. Eversley, eds., *Population and Social Change*, Londres, 1965; y D. V. Glass y R. Revelle, eds., *Population and Social Change*, Londres, 1972. Compárense con E. A. Wrigley y R. Schofield, *The Population History of England*, Londres, 1981, y E. Hofs-

ten, *Swedish Population History. Main Trends from 1750 to 1970*, Londres, 1976. Véase también P. Hall, *The World Cities*, Londres, 1966.

Acerca de las migraciones, véanse L. P. Moch, *Moving Europeans: Migration in Western Europe since 1650*, Londres, 1993; C. G. Pooley y I. D. Whyte, *Migrant: Emigrants and Immigrants, a Social History of Migration*, Londres, 1991; y sobre un grupo especial de emigrantes, E. H. Carr, *The Romantic Exiles*, Londres, 1933 (hay trad. cast.: *Los exiliados románticos: Bakunin, Herzen, Ogarev*, Anagrama, Barcelona, 1969). Véase también B. Porter, *The Refugee Question in Mid-Victorian Politics*, Londres, 1979.

Para un primer análisis del papel cambiante de las mujeres, objeto de numerosos estudios, véanse B. S. Anderson y J. P. Zinsser, *A History of Their Own: Women in Europe from Prehistory to Present*, Londres, 1988 (hay trad. cast.: *Historia de las mujeres: una historia propia*, 2 vols., Crítica, Barcelona, 1992[2]); A. Myrdal, *Nation and Family*, Londres, 1968 (hay trad. cast.: *La mujer y la sociedad contemporánea*, Península, Barcelona, 1973[2]); J. Scott, *Women, Work and Family*, Londres, 1978; y L. Tilly y T. McBride, *The Domestic Revolution: The Modernisation of Household Service in England and France, 1820-1920*, Londres, 1976. Acerca de los jóvenes, véase J. R. Gillis, *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1770 to the Present*, Londres, 1974.

Capítulo I. *Revolución e imperio: experiencia e impacto, 1789-1815*

El mejor estudio reciente de la Revolución francesa publicado en Gran Bretaña es W. Doyle, *The Oxford History of the French Revolution*, Londres, 1989. Un breve y útil repaso de los temas a menudo polémicos planteados antes y durante la Revolución es G. Lewis, *The French Revolution: Rethinking the Debate*, Londres, 1993. Ambos libros contienen sendads bibliografías. C. Jones, *The Longman Companion to the French Revolution*, Londres, 1989, es una extensísima, pero manejable, crónica de los acontecimientos. La interpretación más reciente de la Revolución se encuentra en los cuatro volúmenes de *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, Londres, el vol. 1 (1987) y el vol. 4 (1994) a cargo de K. Baker, el vol. 2 (1988), de C. Lucas, y el vol. 3 (1989), de F. Furet y M. Ozouf. Véanse también R. Cobb, *The People's Armies*, Londres, 1987, y P. Jones, *The Peasantry in the French Revolution*, Londres, 1988. El libro más apasionante de los aparecidos en el bicentenario de la Revolución fue S. Schama, *Citizens*, Londres, 1989 (hay trad. cast.: *Ciudadanos*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1990).

P. D. Sutherland, *France, 1789-1815. Revolution and Counter-Revolution*, Londres, 1985, sigue el curso de la historia de forma inteligente y crítica a lo largo de la ascensión y caída de Napoleón, y contiene una valiosa bibliografía, al igual que P. McPhee, *A Social History of France, 1780-1880*, Londres, 1992.

La mejor biografía de Napoleón es la de G. Lefebvre, *Napoleon*, P.U.F., París, 1969[6]. P. Geyl, *Napoleon, For and Against*, Londres, 1963, analiza las polémicas que ha suscitado Napoleón hasta la actualidad. M. G. Hutt, ed., *Napoleon*, Londres, 1972, reúne una serie de documentos muy reveladores. Véase también J. Godechot, B. F. Hyslop y D. L. Dowd, *The Napoleonic Era in Europe*, Londres, 1971. Sobre las guerras napoleónicas, véanse M. Glover, *The Napoleonic Wars: An Illustrated History, 1792-1815*, Londres, 1979; G. Best, *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870*, Londres, 1982; D. Chandler, *The Campaigns of Napoleon*, Londres, 1966; y G. Rothenberg, *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Londres, 1978.

Las transformaciones industriales en varios países las analiza en dos volúmenes la *Economic History of Europe* editada por C. M. Cipolla: el vol. 3, *The Industrial Revolution*, Londres, 1973, y el vol. 4, *The Emergence of Industrial Societies*, Londres, 1973 (hay trad. cast.: *Historia económica de Europa*, vol. 3, *La revolución industrial*, Ariel, Barcelona, 1979, y vol. 4, *El nacimiento de las sociedades industriales*, Ariel, Barcelona, 1982). D. S. Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Londres, 1969 (hay trad. cast.: *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Tecnos, Madrid, 1979), es una obra valiosísima y muy estimulante. Véanse también T. Kemp, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe*, Londres, 1969 (hay trad. cast.: *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*, Martínez Roca, Barcelona, 1987); C. Trebilcock, *The Industrialisation of the Continental Powers, 1780-1914*, Londres, 1981; S. Pollard, *Peaceful Conquest, The Industrialisation of Europe, 1760-1970*, Londres, 1981 (hay trad. cast.: *La conquista pacífica: la industrialización de Europa, 1760-1970*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1992), y *The Integration of the European Economy since 1815*, Londres, 1981; y A. S. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development of the Economies of Continental Europe, 1780-1870*, Londres, 1973 (hay trad. cast.: *El desarrollo económico de la Europa continental*, Tecnos, Madrid, 1979). Véase también A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Londres, 1962 (hay trad. cast. *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1968).

En cuanto a Gran Bretaña, véanse P. Matthias, *The First Industrial Nation: An Economic History of Britain, 1700-1914*, Londres, 1969, y el antiguo, pero todavía fascinante libro del francés P. Mantoux, *La revolución industrial en el siglo XVIII* (Aguilar, Madrid, 1962).

Para estudios más recientes de las implicaciones culturales de la industrialización, véanse A. Briggs, *Ironbridge to Crystal Palace: Impact and Images of the Industrial Revolution*, Londres, 1979, y *The Power of Steam*, Londres, 1982. Una obra anterior de considerable importancia desde el punto de vista historiográfico, profusamente ilustrada, es S. Giedion, *Mechanisation Takes Command*, Londres, 1948. En cuanto a las peculiaridades de la historia cultural de la Revolución francesa, véanse F. Kennedy, *A Cultural History of the French Revolution*, Londres, 1989; M. Carlson, *The Theatre of the French Revolution*, Londres, 1966; M. Ozouf, *Festivals and the French Revolution*, Londres, 1988; y A. Ribeiro, *Fashion in the French Revolution*, Londres, 1966.

Del análisis comparado de la historia se ocupan J. Black, *Convergence or Divergence?*, Londres, 1994; G. A. Williams, *Artisans and Sans Culottes*, Londres, 1968 y P. O. Brien y C. Keydor, *Economic Growth in Britain and France, 1780-1914*, Londres, 1978. En cuanto al estudio comparativo de la historia a lo largo de un período prolongado, véase A. D. Harvey, *Collision of Empires: Britain in Three World Wars, 1793-1945*, Londres, 1992.

Capítulo II. *Orden y movimiento, 1815-1848*

J. Droz, *Europe between Revolutions, 1815-1848*, Londres, 1967 (hay trad. cast.: *Europa: restauración y revolución: 1815-1848*, Siglo XXI, Madrid, 1985[9]), es una breve introducción al tema. Véanse también A. Sked, *Europe's Balance of Power, 1815-1848*, Londres, 1979; E. V. Gulik, *Europe's Classical Balance of Power*, Londres, 1955; y P. Schroeder, *The Transformation of European Politics, 1763-1848*, Londres, 1994. Una obra anterior a éstas, E. L. Woodward, *Three Studies in European Conservatism: Metter-*

nich, Guizot, the Catholic Church in the Nineteenth Century, Londres, 1929, sigue siendo de lectura recomendable. Puede compararse con una obra muy distinta, y no tan antigua, H. Kissinger, *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace, 1812-1822*, Londres, 1957 (hay trad. cast.: *Un mundo restaurado*, F.C.E., México, 1973), escrito antes de que su autor se dedicase a la diplomacia. En cuanto a la personalidad de Metternich y la política de Austria, véanse E. Radvang, *Metternich's Projects for Reform in Austria*, Londres, 1971, y A. Reinerman, *Austria and the Papacy*, 2 vols., Londres, 1979, 1989.

Sobre Alemania, véanse T. S. Hamerow, *Restoration, Revolution and Reaction: Economics and Politics in Restoration Germany (1815-1871)*, Londres, 1958. En cuanto a Francia, véanse P. Pilbeam, *The French Revolution of 1830*, Londres, 1971; D. Johnson, *Guizot*, Londres, 1963; P. H. Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition*, Londres, 1981; M. Agulhon, *Marianne into Battle: Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*, Londres, 1981; y F. L. J. Hemmings, *Culture and Society in France, 1789-1848*, Londres, 1987. Para Italia, véase K. R. Greenfield, *Economics and Liberalism in the Risorgimento: A Study of Nationalism in Lombardy, 1814-1848*, Londres, 1934.

Sobre el nacionalismo como fuerza impulsora de cambios, véanse C. J. Hayes, *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Londres, 1931 (hay trad. cast.: *El nacionalismo: una religión*, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, 1966), una introducción anticuada pero aún legible a un tema complejo; B. Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, 1983 (hay trad. cast.: *Comunidades imaginadas*, F.C.E., México, 1993); E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Londres, 1990 (hay trad. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1993, ed. revisada); J. Breuilly, *Nationalism and the State*, Londres, 1985 (hay trad. cast.: *Nacionalismo y estado*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1990); A. D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Londres, 1983; y, en un tono más genérico, E. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Londres, 1983.

Sobre «la ciudad», véanse A. F. Weber, *The Growth of Cities*, Londres, 1899; P. Hauser y L. Schnore, eds., *The Study of Urbanisation*, Londres, 1965; E. Jones, *Towns and Cities*, Londres, 1966; A. Briggs, *Victorian Cities*, Londres, 1963; L. Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, Plon, París, 1958; J. M. Merriman, *The Margins of City Life: Exploration on the French Urban Frontier, 1815-1851*, Londres, 1991; y W. Sharpe y L. Wallack, *Visions of the Modern City*, Londres, 1983.

En cuanto a la «clase media», véase P. Pilbeam, *The Middle Classes in Europe, 1789-1914*, Londres, 1990, y sobre la clase obrera, D. Geary, *European Labour Protest, 1848-1939*, Londres, 1981, que traza la historia del socialismo más allá de las revoluciones de 1848. Véase también A. Mitchell e I. Deak, *Everyman in Europe: The Industrial Centuries*, Londres, 1981[2]. En cuanto a los orígenes del socialismo, véase G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought*, 4 vols., Londres, 1953 (hay trad. cast.: *Historia del pensamiento socialista*, F.C.E., México, 1964).

R. Clagg, *The Movement for Greek Independence*, Londres, 1976, trata de uno de los primeros movimientos europeos que inspiraron y se tradujeron en cambios. Acerca de las revoluciones de 1848, véanse R. Price, *The Revolutions of 1848*, Londres, 1988; F. Fejtö, *The Opening of an Era, 1848*, Londres, 1948; L. B. Namier, *1848: the Revolution of the Intellectuals*, Londres, 1945, un magnífico ensayo aunque esté desfasado; M. Traugott, *Armies of the Poor*, Londres, 1985; R. Stadelmann, *Social and Political History of the German 1848 Revolution*, Londres, 1975; W. H. Sewell, *Work and Revo-*

lution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848, Londres, 1980 (hay trad. cast.: *Trabajo y revolución en Francia*, Taurus, Madrid, 1992); y P. Ginsberg, *Daniele Manin and the Venetian Revolution of 1848-9*, Londres, 1979.

Capítulo III. *Construcción nacional, 1848-1878*

Una valiosa introducción a la historia diplomática del período que abarcan este capítulo y el siguiente puede encontrarse en A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1914*, Londres, 1954. La derrota de la revolución y la configuración, por otros medios, de un nuevo mapa de Europa las describe O. Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany: the Period of Unification, 1815-1871*, Londres, 1963.

Sobre el Parlamento de Frankfurt, véase F. Eyck, *The Frankfurt Parliament, 1848-9*, Londres, 1968, y para el contexto europeo, W. E. Mosse, *The European Powers and the German Question, 1848-71*, Londres, 1958. En relación a la guerra de Crimea y la «destrucción del concierto europeo», véase P. W. Schroeder, *Austria, Britain and the Crimean War*, Londres, 1972. Sobre dos de los principales contendientes, véanse O. Anderson, *A Liberal State at War. English Politics and Economics During the Crimean War*, Londres, 1967, y J. S. Curtiss, *Russia's Crimean War*, Londres, 1979. W. Baumgart, *The Peace of Paris*, Londres, 1956, y W. E. Mosse, *The Rise and Fall of the Crimean System, 1855-1871*, Londres, 1963, tratan de las repercusiones del conflicto en el «concierto europeo». Véanse también W. N. Medlicott y D. K. Coveney, eds., *Bismarck and Europe*, Londres, 1971; K. Bourne, *Victorian Foreign Policy, 1830-1902*, Londres, 1970; y R. Hyam, *Britain's Imperial Century, 1815-1914*, Londres, 1975.

Respecto a Francia, véanse R. Price ed., *Revolution and Reaction, 1848 and the Second French Republic*, Londres, 1975; P. McPhee, *A Social History of France, 1780-1880*, Londres, 1992; e I. Collins ed., *Government and Society in France, 1814-1848*, Londres, 1970. Sobre el Segundo Imperio, véase A. Plessis, *The Rise and Fall of the Second Empire, 1852-1871* (trad. inglesa, Londres, 1985); T. Zeldin, *France 1848-1945*, Londres, 1973, y ed., *Conflicts in French Society: Anticlericalism, Education and Morals in the Nineteenth Century*, Londres, 1970. Existe un estudio detallado y muy revelador de D. Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, Londres, 1975.

Acerca de Italia, L. Riall, *The Italian Risorgimento, State, Society and National Unification*, Londres, 1994, aporta una cronología muy útil y resuelve algunos problemas de difícil interpretación. Véanse también H. Hearder, *Italy in the Age of the Risorgimento*, Londres, 1983; J. A. Davis y P. Ginsborg, eds., *Society and Politics in the Age of the Risorgimento*, Londres, 1991; S. J. Woolf, *A History of Italy, 1700-1860, The Social Constraints of Political Change*, Londres, 1979; y F. Coppa, *The Origins of the Italian Wars of Independence*, Londres, 1992.

Sobre tres de los personajes más importantes de la historia de mediados de siglo desde el punto de vista de los historiadores británicos, véanse A. J. P. Taylor, *Bismarck, the Man and the Statesman*, Londres, 1955; y D. Mack Smith, *Cavour*, Londres, 1985, *Garibaldi*, Londres, 1957, y *Cavour and Garibaldi, a Study of Political Conflict*, Londres, 1985[2]; y en cuanto a un político británico visto por otro político británico del siglo XX, véase R. Jenkins, *Gladstone*, Londres, 1995. La mejor biografía de Bismarck (en dos volúmenes en su traducción al inglés) es la de L. Gall, *Bismarck: The White Revolutionary*, Londres, 1990. Véanse asimismo F. Stern, *Gold and Iron: Bismarck, Bleichröder and the Building of the German Empire*, Londres, 1971, y O. Chadwick, *The Popes and European Revolution*, Londres, 1981.

Capítulo IV. *Rivalidad e interdependencia, 1871-1914*

Para una introducción a la época, véanse J. Joll, *Europe since 1870*, Londres, 1973 (hay trad. cast.: *Historia de Europa desde 1870*, Alianza, Madrid, 1983); N. Stone, *Europe Transformed, 1878-1919*, Londres, 1983 (hay trad. cast.: *La Europa transformada, 1878-1919*, Siglo XXI, México, 1985); y C. L. Mowat, ed., *The New Cambridge Modern History*, vol. 12 (ed. corregida), *The Shifting Balance of World Forces*, Londres, 1968. Un estudio norteamericano clásico y exhaustivo de la diplomacia es el de W. L. Langer, *European Alliances and Entanglements, 1871-1890*, Londres, ed. de 1950, al que siguió su estudio *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902*, Londres, ed. de 1965.

Para tener diferentes puntos de vista sobre el tema, véanse J. Bartlett, *The Global Conflict, 1880-1970: The International Rivalry of the Great Powers*, Londres, 1984; D. Calleo, *The German Problem Reconsidered: Germany and the World Order, 1870 to the Present*, Londres, 1978; G. F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations 1875-1890*, Londres, 1979; F. R. Bridge, *Austro-Hungary and the Great Powers*, Londres, 1990; M. Beloff, *Imperial Sunset*, Londres, 1961; J. F. V. Keiger, *France and the Origins of the First World War*, Londres, 1983; y R. Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy Before the First World War*, Londres, 1979.

Véanse asimismo P. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914*, Londres, 1980, y B. Porter, *Britain, Europe and the World 1850-1892, Delusions of Grandeur*, Londres, 1983.

En cuanto a la Alemania imperial, compárese H.-U. Wehler, *The German Empire, 1871-1914*, Londres, 1985, con R. J. Evans, ed., *Society and Politics in Wilhelmine Germany*, Londres, 1978. Véanse también R. J. Evans, ed., *The German Working Class, 1888-1933*, 1982, y *The German Bourgeoisie*, Londres, 1991. Sobre Guillermo II, véase J. C. Röhl, *The Kaiser and his Court*, Londres, 1995, y en relación con el problema de la continuidad histórica, J. C. Röhl, ed., *From Bismarck to Hitler: the Problem of Continuity in German History*, Londres, 1970.

Acerca de Italia, véase C. Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, Londres, 1967. Para Francia, véanse R. D. Anderson, *France, 1870-1914, Politics and Society*, Londres, 1977; D. Thomson, *Democracy in France since 1870*, Londres, ed. de 1969; y J. McManners, *Church and State in France, 1870-1914*, Londres, 1972. En cuanto a Gran Bretaña, véase H. Pelling, *Popular Politics and Society in Late-Victorian Britain*, Londres, 1968.

Sobre el movimiento obrero, véanse J. Breuilly, *Labour and Liberalism in Nineteenth-Century Europe*, Londres, 1992; E. H. Hunt, *British Labour History, 1815-1914*, Londres, 1981; K. Burgess, *The Challenge of Labour: Shaping British Society, 1850-1930*, Londres, 1980; H. Pelling, *Origins of the Labour Party*, Londres, 1965; R. Morgan, *The German Social Democrats and the First International*, Londres, 1965; S. Edwards, *The Paris Commune, 1871*, Londres, 1971; C. E. Schorske, *German Social Democracy, 1905-1917*, Londres, 1955; W. Guttsman, *The German Social Democratic Party, 1875-1933*, Londres, 1981; y J. L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Russia*, Londres, 1963.

En cuanto a la base militar del imperialismo, véanse G. Craig, *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945*, Londres, 1955; M. Kitchen, *The German Officer Corps, 1890-1914*, Londres, 1968; y, en los cuatro volúmenes de su traducción inglesa, G. Ritter, *The Sword and the Sceptre: The Problem of Militarism in Germany*, Londres, 1969. Sobre los sistemas educativos, véase a título introductorio D. K. Müller, F. Ringer y B. Simon, eds., *The Rise of the Modern Educational System: Structural Change and Social Reproduction, 1870-1920*, Londres, 1987.

Acerca del poderío de los imperios coloniales, véase D. Fieldhouse, *The Colonial Empires: A Comparative Study from the Eighteenth Century*, Londres, 1966 (hay trad. cast.: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Siglo XXI, Madrid, 1984). Las repercusiones tecnológicas y económicas las analiza correctamente D. R. Headrich, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, Londres, 1981 (hay trad. cast.: *Los instrumentos del imperio*, Alianza, Madrid, 1989). Sobre la disolución de los antiguos imperios europeos, véase A. Sked, *The Decline and Fall of the Habsburg Empire, 1815-1918*, Londres, 1989. Acerca del imperio ruso, véanse H. Seton-Watson, *The Decline of Imperial Russia*, Londres, 1960; H. Rogge, *Russia in the Age of Modernisation and Revolution, 1881-1917*, Londres, 1983; y H. Kohn, *Pan-Slavism*, Londres, 1960; en cuanto al imperio otomano, véanse W. W. Haddad y W. L. Oshsenwold, eds., *Nationalism in a Non-National State: the Dissolution of the Ottoman Empire*, Londres, 1977, y M. Kent, ed., *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, Londres, 1984.

De los intentos de reforma del imperio otomano se ocupa R. H. Davison, *Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876*, Londres, 1963. Véanse asimismo D. Kushner, *The Rise of Turkish Nationalism, 1876-1903*, Londres, 1977. Para los cambios en Rusia, véanse M. S. Miller, *The economic Development of Russia, 1905-1914*, Londres, 1926; W. L. Blackwell, *The Industrialisation of Russia: An Historical Perspective*, 1970; y para una fascinante comparación con Japón, véase C. E. Black *et al.*, *The Modernisation of Japan and Russia: A Comparative Study*, Londres, 1975.

Hay una extensísima literatura sobre los orígenes de la primera guerra mundial, escrita en épocas distintas y desde distintos puntos de vista. Para un resumen, véase J. Joll, *The Origins of the First World War*, Londres, 1984. D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, Londres, 1983, es una notable aportación reciente. El papel de Alemania lo analiza, con unas conclusiones muy diferentes, H. W. Koch, ed., *The Origins of the First World War*, Londres, 1982.

En cuanto a los «planes», véanse G. Ritter, *The Schlieffen Plan*, Londres, 1958; P. M. Kennedy, ed., *The War Plans of the Great Powers, 1880-1914*, Londres, 1979, y E. Miller, ed., *Military Strategy and the Origins of the First World War*, Londres, 1985.

En cuanto a la etapa inmediatamente anterior al estallido de la guerra, véase V. Dediger, *The Road to Sarajevo*, Londres, 1966.

Capítulo V. *Clasicismo, romanticismo, victorianismo, modernidad*

E. Weber, ed., *Paths to the Present: Aspects of European Thought from Romanticism to Existentialism*, Londres, 1960, constituye una selección de documentos excelente y bien editada. Véanse asimismo W. E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind, 1830-1870*, Londres, 1985, G. L. Mosse, *The Culture of Western Europe*, Londres, 1963 (hay trad. cast: *La cultura europea del siglo XIX*, Ariel, Barcelona, 1997) y H. S. Hughes, *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930*, Londres, ed. de 1986 (hay trad. cast.: *Conciencia y sociedad: la reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*, Aguilar, Valencia, 1972). Acerca de la evolución hacia el siglo XX, véase S. Kern, *The Culture of Time and Space: 1880-1918*, Londres, 1983.

La *Historia de Europa en el siglo XIX* de Benedetto Croce (Ariel, Barcelona, 1996) con la que empieza este capítulo debe leerse en el marco de G. de Ruggiero, *La historia del liberalismo europeo* (Pegaso, Madrid, 1944). Compárese con J. Sheehan, *German Liberalism in the Nineteenth Century*, Londres, 1978, y J. P. Parry, *Democracy and Re-*

ligion: Gladstone and the Liberal Party, Londres, 1986. Véase también J. Gray, *Liberalism*, Londres, 1986.

Sobre el «romanticismo» y el «clasicismo», incluido el «neoclasicismo», véase el catálogo de la exposición organizada por la Royal Academy y el Victoria and Albert Museum, *The Age of Neo-Classicism*, Londres, 1972. Véanse también K. Clark, *The Gothic Revival*, Londres, 1944; el estudio clásico de M. Praz, *The Romantic Agony*, Londres, 1933; la excelente breve introducción de L. R. Furst, *Romanticism*, Londres, 1969; y A. K. Thorlby, ed., *The Romantic Movement*, Londres, 1966. En torno al positivismo, véase F. E. Manuel, *The Prophets of Paris*, Londres, 1962.

P. Gay ha escrito tres enormes volúmenes, cada uno de ellos con una bibliografía impresionante: *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud — The Education of the Senses*, Londres, 1984, *The Tender Passion*, Londres, 1986 (hay trad. cast.: *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*; vol. 1, *La educación de los sentidos*; vol. 2, *Tiernas pasiones*, F.C.E., México, 1992), y *The Cultivation of Hatred*, Londres, 1993. Llegan hasta 1914. Véase también su obra *Freud, A Life of Our Times*, Londres, 1988 (hay trad. cast.: *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Paidós, Barcelona, 1989). Compárese con A. Copley, *Sexual Moralities in France, 1780-1980, New Ideas on the Family, Divorce and Homosexuality*, Londres, 1989.

De entre la inmensa literatura dedicada a Darwin puede empezarse por G. de Beer, *Charles Darwin*, Londres, 1963, y L. Eiseley, *Darwin's Century*, Londres, 1958. En cuanto a su contexto y repercusiones, véanse J. W. Burrow, *Evolution and Society*, que se centra en Inglaterra; L. L. Clark, *Social Darwinism in France*, Londres, 1984; y A. Kelly, *The Descent of Darwinism: The Popularisation of Darwin in Germany, 1860-1914*, Londres, 1981.

Respecto a la tecnología, véanse N. Rosenberg, *Perspectives on Technology*, Londres, 1976; M. Kranzberg y C. W. Pursell, eds., *Technology in Western Civilisation*, Londres, 1967; J. Beniger, *The Control Revolution: Technological and Economic Origins of the Information Society*, Londres, 1986; M. Pearton, *The Knowledgeable State: Diplomacy, War and Technology since 1830*, Londres, 1982; I. F. Clarke, *The Pattern of Expectation, 1644-2001*, Londres, 1979; P. Anderson, *The Printed Image and the Transformation of Popular Culture, 1790-1860*, Londres, 1991; y T. P. Hughes, *Networks of Power, Electrification in Western Society, 1880-1930*, Londres, 1983.

Sobre las comunicaciones, véanse M. Robbins, *The Railway Age*, Londres, 1970; N. Faith, *The World of Railways*, Londres, 1990; P. O'Brien, *Railways and the Economic Development of Western Europe, 1830-1914*, Londres, 1983; J. Kieve, *The Electric Telegraph: A Social and Economic History*, Londres, 1973; H. Perkin, *The Age of Automobile*, Londres, 1976; J. M. Laux, *The French Automobile Industry to 1914*, Londres, 1976; H. O. Duncan, *The World on Wheels*, Londres, 1926; C. E. Foyle, *A Short History of the World's Shipping Industry*, Londres, 1933; C. Gibbs-Smith, *The Invention of the Aeroplane, 1799-1809*, Londres, 1966; y, crítico y constructivo, D. Edgerton, *England and the Aeroplane*, Londres, 1991. Véanse asimismo I. de Sola Poole, ed., *The Social Impact of the Telephone*, Londres, 1977; W. P. Joly, *Marconi*, Londres, 1972; y R. N. Vyvyan, *Marconi and Wireless*, Londres, 1974.

Sobre las estructuras organizativas en cuyo marco se desarrollaron la tecnología y las comunicaciones, véanse W. Sombart, *The Quintessence of Capitalism*, Londres, 1915 (hay trad. cast.: *El apogeo del capitalismo*, F.C.E., México, 1946); L. Hannah, *The Rise of the Corporate Economy*, Londres, 1976; S. Rolfe, *The International Corporation*, Londres, 1969; M. Wilkins, *The Emergence of Multi-national Enterprise*, Londres, 1970; y A. Reichova, M. Lévy- Leboyer y H. Nussbaum, eds., *Multinational Enterprise in His-*

torical Perspective, Londres, 1986. Sobre los vínculos entre economía y política, véase J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, 1943 (hay trad. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Aguilar, Madrid, 1962).

Acerca de las ciudades de finales del siglo XIX y principios del XX, véase A. Sutcliffe, ed., *Metropolis, 1890-1960*, Londres, 1984. R. J. Evans, *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1870*, es un espléndido estudio puntual.

Para entender las ideologías del fin de siglo, véanse K. W. Swart, *The Sense of Decadence in Nineteenth-Century France*, Londres, 1964; F. Stern, *The Politics of Cultural Despair*, Londres, 1961; y M. Teich y R. Porter, eds., *Fin de siècle and its Legacy*, Londres, 1990. C. E. Schorske, *Fin de siècle Vienna: Politics and Culture*, Londres, 1980 (hay trad. cast.: *Viena fin-de-siècle: política y cultura*, Gili, Barcelona, 1981), es un magnífico estudio, que puede compararse con H. Jackson, *The Eighteen Nineties*, Londres, 1913. Véase también P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, Londres, 1963. Acerca de Nietzsche, véase W. Kaufmann, *Nietzsche*, Londres, 1950. Sobre los anarquistas, véase J. Joll, *The Anarchists*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *Los anarquistas*, Grijalbo, Barcelona, 1978[3]).

La psicología de «las masas» se convirtió en un tema habitual a finales del siglo pasado. Véase G. Le Bon, *Psychologie des foules*, 1903 (hay trad. cast.: *Psicología de las masas*, Morata, Madrid, 1986). G. Lichtheim, *Marxism: An Historical and Cultural Study*, Londres, 1961 (hay trad. cast.: *El marxismo: un estudio histórico y crítico*, Anagrama, Barcelona, 1971), es uno de los muchos libros que comentan los llamamientos marxistas a «las masas». Pero la palabra «masa» tenía otras aplicaciones, relacionadas con la producción, la venta, el consumo y la cultura. Véase W. H. Fraser, *The Coming of the Mass Market, 1850-1914*, Londres, 1981. Sobre el tema de los primeros grandes almacenes, M. Muller, *The Bon Marché: Bourgeois Culture and the Development of the Department Store, 1869-1920*, Londres, 1981, plantea cuestiones interesantes; igual que R. Williams, *Dream Worlds: Mass Consumption in Late-Nineteenth Century France*, Londres, 1982. Véase también A. Briggs, *Victorian Things*, Londres, 1988. Sobre el «ocio de las masas», véanse J. Walvin, *Leisure and Society, 1830-1950*, Londres, 1978, y P. J. Graham y H. Weberhorst, eds., *The Modern Olympics*, Londres, 1976.

El desarrollo del periodismo, «una ventana abierta al mundo», se sigue perfectamente en R. Pound y G. Harmsworth, *Northcliffe*, Londres, 1959; L. Brown, *Victorian News and Newspapers*, Londres, 1985; A. J. Lee, *The Origins of the Popular Press in England, 1855-1914*, Londres, 1976; y D. Read, *The Power of the News: The History of Reuters*, Londres, 1992.

Respecto a la «vida cotidiana» y la evolución de las necesidades y los deseos (como, por ejemplo, en la comida y la bebida), véanse J. Burnett, *Plenty and Want: A Social History of Diet in England from 1815 to the Present*; Londres, 1966; S. Mennell, *All Manners of Food: Eating and Taste in England and France from the Middle Ages to the Present*, Londres, 1985; R. E. F. Smith, *A Social and Economic History of Food and Drink in Russia*, Londres, 1984; A. Corbain, *El perfume o el miasma: el olfato y lo imaginario social: siglos XVIII y XIX* (F.C.E., México, 1987); y P. Goubart, *The Conquest of Water: The Advent of Health in the Industrial Age*, Londres, 1989.

Para el arte y el diseño, véanse M. Brion, *Art of the Romantic Era*, Londres, 1966; Scottish National Gallery, *The Romantic Spirit in English Art, 1790-1990*, Londres, 1995; P. Pool, *Impressionism*, Londres, 1967 (hay trad. cast.: *El Impresionismo*, Destino, Barcelona, 1993[2]); Metropolitan Museum of Art, *Impressionism, a Centenary Exhibition*, Londres, 1974; J.-L. Daval, *Modern Art: The Decisive Years, 1884-1914*, Londres, 1979;

B. Denvir, *The Late-Victorians: Art, Design and Society*, Londres, 1986; y R. D. Mandell, *Paris, 1900: The Great World's Fair*, Londres, 1967.

Sobre la ciencia, véase C. G. Bernhard, E. Crawford y P. Sorborn, eds., *Science, Technology and Society in the Time of Alfred Nobel*, Londres, 1982. En cuanto a la medicina, compárese R. H. Skyrock, *The Development of Modern Medicine*, Londres, 1947, con B. Inglis, *A History of Medicine*, Londres, 1965 (hay trad. cast.: *Historia de la medicina*, Grijalbo, Barcelona, 1968).

Capítulo VI. *Una guerra civil europea, 1914-1918*

Las historias esenciales de la primera guerra mundial son la de Liddell Hart, cuya voz sigue siendo una de las más autorizadas, *History of the First World War*, Londres, 1972, publicada por primera vez en 1934; Keith Robbins, *The First World War*, Oxford, 1984; y el estudio de Norman Stone sobre *The Eastern Front, 1914-1917*, Londres, 1975.. Los estudios de J. Kocka, *Facing Total War*, Leamington Spa, 1984, y Marc Ferro, *The Great War*, Londres, 1973, traducidos respectivamente del alemán y el francés, resultan también muy útiles, como lo es J. M. Bourne, *Britain and the Great War, 1914-1918*, Londres, 1989. Véase además M. Gilbert, *First World War*, Londres, 1994, con una bibliografía útil, aunque selectiva.

Para más detalles acerca de la política internacional y la historia económica durante la guerra, véanse David Stevenson, *The First World War and International Politics*, Londres, 1988; P. Einzig, *World Finance since 1914*, Londres, 1935; Gerd Hardach, *The First World War, 1914-1918*, Londres, 1987 (hay trad. cast.: *La primera guerra mundial, 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1986); y David Fromkins, *A Peace to End All Peace*, Nueva York, 1989.

El impacto de la guerra en la sociedad y la literatura ha sido analizado por numerosos autores en los últimos años. Algunos ejemplos son Susan Pedersen, *Family, Dependence and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1919-1945*, Cambridge, 1993; Jay Winter, *The Experience of World War I*, Londres, 1989; Richard Wall y Jay Winter, eds., *The Upheaval of War: Family, Work and Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge, 1988; J. Williams, *The Home Fronts: Britain, France and Germany, 1914-1918*, Londres, 1972; y Arthur Marwick, *War and Social Change in the Twentieth Century*, Londres, 1974. Paul Fussell, *The Great War and Modern Memory*, Londres, 1975, y Frank Field, *British and French Writers of the First World War*, Londres, 1991, son dos de los mejores libros existentes sobre la historia de los soldados y los escritores durante la guerra. En cuanto a las mujeres, véanse Claire M. Tylee *The Great War and Women's Consciousness: Images of Militarism and Womanhood in Women's Writings, 1914-1964*, Londres, 1990; Jose Harris, *Private Lives, Public Spirit: A Social History of Britain, 1870-1914*, Oxford, 1993; y David Mitchell, *Women on the Warpath: The Story of Women in the First World War*, Londres, 1966.

Hay una enorme cantidad de memorias que tratan de la primera guerra mundial. James W. Gerard, *My Four Years in Germany*, Londres, 1917; las voluminosas *War Memoirs*, de David Lloyd-George en seis volúmenes, Londres, 1933-1936; Vera Brittain, *Testament of Youth: An Autobiographical Study of the Years 1900-1925*, Glasgow, 1979, apareció en 1923, y resulta de un singular interés. Para un análisis más actual de la vida en el frente, véase Tony Ashworth, *Trench Warfare, 1914-1918: The Live and Let Live System*, Londres, 1980.

Para más detalles sobre países concretos, véase Jean-Jacques Becker, *The Great War*

and the French People, Londres, 1985; F. Carsten, *Revolution in Central Europe*, Londres, 1972; V. Berghan y M. Kitchen, eds., *Germany in the Age of Total War*, Londres, 1981; J. Turner, *British Politics and the Great War*, Londres, 1992; Richard Bosworth, *Italy and the Approach of the First World War*, Londres, 1983; Jozsef Galantai, *Hungary in the First World War*, Budapest, 1989; y Norman Davies, *Heart of Europe: A Short History of Poland*, Oxford, 1984.

La bibliografía sobre la Revolución rusa es igual de abundante. De entre los últimos estudios, el mejor es el de Richard Pipes, *The Russian Revolution 1899-1919*, Londres, 1990, mientras que Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution, 1917-1922*, Oxford, 1982, sigue siendo una introducción excelente.

Capítulo VII. *¿Un nuevo orden? 1919-1929*

Entre los estudios más recientes sobre la conferencia de paz de París figuran Alan Sharp, *The Versailles Settlement*, Londres, 1991; E. Goldstein, *Winning the Peace. British Diplomatic Strategy, Peace Planning, and the Paris Conference 1916-1920*, Oxford, 1991, y Lloyd Ambrosius, *Wilsonian Statecraft: Theory and Practice of Liberal Internationalism During World War I*, Wilmington, 1991. Pueden encontrarse descripciones de la época en Harold Nicolson, *Peacemaking, 1919*, Londres, 1933; Francesco Nitti, *Peaceless Europe*, Londres, 1922; y John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, Londres, 1919 (hay trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 1991[2]). Sobre la cuestión de la culpabilidad de Alemania, véase A. Lentin, *Lloyd George, Woodrow Wilson and the Guilt of Germany*, Leicester, 1984. Bruce Kent aborda el tema de las deudas y las reparaciones de guerra en *The Spoils of War: The Politics, Economics and Diplomacy of Reparations, 1918-1932*, Oxford, 1989.

El de Sally Marks es el mejor resumen de la historia de la diplomacia en este período, *The Illusion of Peace: International Relations in Europe, 1918-1933*, Londres, 1976. Derek H. Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, Londres, 1977 (hay trad. cast.: *De Versalles a Wall Street*, Crítica, Barcelona, 1985), y Roger Munting y B. A. Holderness, *Crisis, Recovery and War: An Economic History of Continental Europe, 1918-1945*, Londres, 1991, examinan el aspecto económico.

La mayoría de las historias de la Revolución rusa tratan también de la guerra civil, pero para mayor detalle, véase Evan Mawdsley, *The Russian Civil War*, Londres, 1987. Alec Nove, *An Economic History of the USSR*, Londres, 1982[3], ofrece una interesante descripción del desarrollo económico de la Unión Soviética, mientras que Martin McCauley realiza un estimulante análisis documental de la guerra y el modo en que ésta afectó al partido en *The Russian Revolution and the Soviet State, 1917-1921*, Londres, 1975.

La bibliografía en inglés sobre la Europa del Este durante esta etapa es pobre en comparación con la correspondiente a Europa occidental. Los mejores libros son Robin Okey, *Eastern Europe, 1740-1985*, Londres, 1982; Anthony Polonsky, *The Little Dictators: the History of Eastern Europe since 1918*, Londres, 1975; y, sobre todo, la que sigue siendo la más exhaustiva, C. A. Macartney, *Independent Eastern Europe: A History*, Londres, 1962. Thomas Masaryk, en su obra *The Making of a State: Memories and Observations 1914-1918*, Londres, 1927, nos proporciona un análisis biográfico de la época interesante, aunque prolijo.

Charles Maier, *Recasting Bourgeois Europe: Stabilisation of France, Germany and Italy after World War I*, Princeton, 1976, presenta la mejor perspectiva comparada de la estabilización de la posguerra. Para países concretos, véanse, sobre Gran Bretaña, Char-

les L. Mowat, *Britain Between the Wars, 1918-1940*, Londres, 1987[5]; David Reynolds, *Britannia Overruled: British Policy and World Power in the Twentieth Century*, Londres, 1991; y, sobre la decadencia y el nuevo amanecer de la economía británica, *The Development of the British Economy, 1914-1990*, de Sidney Pollard, Londres, 1992[4]. Para un comentario reciente y estimulante de las relaciones coloniales británicas y francesas a lo largo de este período, véanse P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism: Crisis and Deconstruction 1914-1990*, Londres, 1993, y Raymond Betts, *France and Decolonisation, 1900-1960*, Londres, 1991.

La historia de las crisis económicas de los años veinte en Francia es más asequible en inglés que la historia política francesa. La mejor historia económica de Francia en este período es la de Stephen A. Schuker, *The End of French Predominance in Europe: The Financial Crisis of 1924 and the Adoption of the Dawes Plan*, Chapel Hill, 1976. En cuanto a la política exterior, consúltese J. Jacobsen, *Locarno Diplomacy: Germany and the West, 1925-1929*, Princeton, 1972. La mejor introducción a la política francesa escrita en inglés es la de James McMillan, *Twentieth Century France: Politics and Society*, Londres, 1985 y 1992. Respecto a los detalles del surgimiento de la extrema derecha francesa, véase Robert Soucy, *French Fascism: the First Wave, 1924-1933*, Londres, 1986.

Mussolini, Londres, 1981, de Dennis Mack Smith, y *The Seizure of Power: Fascism in Italy, 1919-1929*, Londres, 1973 y 1987, de Adrian Lyttelton, ofrecen una estimulante visión de la política italiana. Acerca de los orígenes intelectuales del fascismo italiano, véase A. James Gregor, *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism*, Berkeley, 1979. La historia italiana más autorizada del período es la de Renzo De Felice, *Mussolini il fascista*, 1968. Sobre España, véase la obra de Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth: An Account of the Social and Political Background to the Civil War*, Cambridge, 1949 y 1950 (hay trad. cast.: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*, Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1984), que sigue siendo útil. Entre las numerosas obras que Raymond Carr y Paul Preston han dedicado al tema de España, figuran *The Civil War in Spain, 1936-1939*, Londres, 1986, de Raymond Carr, y *The Coming of the Spanish Civil War*, Londres, 1978, de Paul Preston (hay trad. cast.: *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1987).

Hay una bibliografía ingente sobre la República de Weimar. Richard Bessel, *Germany after the First World War*, Oxford, 1993; John Hiden, *The Weimar Republic*, Londres, 1984; la obra de título casi idéntico de Detlev Peukert, *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity*, Londres, 1991; Richard Bessel y E. J. Feuchwanger, eds., *Social Change and Political Development in Weimar Germany*, Londres, 1981, son algunos de los mejores títulos. Para un análisis más detallado de la crisis hiperinflacionaria de Alemania, véase Gerald Feldman, ed., *The Great Disorder: Politics, Economics and Society in the German Inflation*, Oxford, 1993; y sobre la cultura, el ameno libro de Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsiders as Insiders*, Londres, 1968 (hay trad. cast.: *La cultura de Weimar*, Argos Vergara, Barcelona, 1984).

Capítulo VIII. *Cañones y mantequilla, 1929-1939*

El libro de Charles Kindleberger, *The World in Depression, 1929-39*, Harmondsworth, 1987 (hay trad. cast.: *La crisis económica, 1929-1939*, Crítica, Barcelona, 1985), sigue siendo el relato mejor y más asequible de la depresión. Aunque anticuado, el relato de

H. W. Arndt, *The Economic Lessons of the 1930s*, Londres, 1944, sigue siendo útil. Karl Brunner, ed., *The Great Depression Revisited*, La Haya, 1981, y William Ashworth, *A Short History of the International Economy since 1850*, Londres, 1975[3] (hay trad. cast.: *Breve historia de la economía internacional desde 1850*, F.C.E., México, 1979[2]), ofrecen una perspectiva global, mientras que Barry Eichengreen, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939*, Nueva York, 1992, y Ian Drummond, *The Gold Standard and the International Monetary System, 1900-1939*, Londres, 1987, explican con detalle el funcionamiento del patrón oro.

Martin Kitchen, *Europe Between the Wars*, Londres, 1990 (hay trad. cast.: *El período de entreguerras en Europa*, Alianza, Madrid, 1992), es el mejor análisis comparativo de la Europa de la época. Siguen siendo útiles Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, 1987[7] (hay trad. cast.: véase más arriba, p. 445) y E. H. Carr, *International Relations Between the Two World Wars*, Londres, 1947. Steven Salter y John Stevenson, *The Working Class and Politics in Europe and America, 1929-1945*, Londres, 1990, ofrece una interesante descripción de las consecuencias sociales y políticas de la crisis en la clase obrera europea. Por desgracia, aún no existe un estudio comparativo igual de detallado sobre la clase media.

La depresión también suscitó un debate sobre la conveniencia de lograr una mayor unidad europea. Acerca de los orígenes de la UE, véase P. M. R. Stirk, ed., *European Unity in the Context of the Interwar Period*, Londres, 1989. En cuanto a la historia de países concretos durante la depresión, consúltense Charles L. Mowat, *Britain Between the Wars 1918-1940*, Londres, 1955; Keith Robbins, *The Eclipse of a Great Power. Modern Britain, 1870-1975*, Londres, 1983; y J. Stevenson y C. Cook, *The Slump: Society and Politics during the Depression*, Londres, 1977.

Hay una inmensa literatura sobre el hundimiento de la República de Weimar. Un buen punto de partida es Ian Kershaw, ed., *Weimar: Why Did German Democracy Fail?*, Londres, 1990. La literatura sobre la Francia de entreguerras resulta pobre en comparación, pero tres títulos recientes a tener en cuenta son Julian Jackson, *The Politics of Depression in France, 1932-1936*, Cambridge, 1985, y del mismo autor, *The Popular Front in France*, Cambridge, 1989, además del intuitivo estudio de Eugene Weber, *The Hollow Years: France in the 1930s*, Nueva York, 1994. Véase Kenneth Mouré, *Managing the Franc Poincaré*, para una descripción reciente de la política económica francesa de la época. Siguen escaseando las monografías detalladas sobre la Europa del Este durante la depresión. Entre las disponibles, se encuentran F. L. Carsten, *The First Austrian Republic, 1918-1938*, Londres, 1986; Hans Rogger y Eugene Weber, eds., *The European Right. A Historical Profile*, Berkeley, 1966; y Owen Rutter, *Regent of Hungary. The Authorized Life of Nicholas Horthy*, Londres, 1938. Para un resumen de publicaciones académicas recientes sobre el tema, véase Michael Kaser, ed., *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1975*, Oxford, 1986.

El laberinto español de Gerald Brenan está desfasado, pero es una explicación apasionante del trasfondo de la guerra civil española, al igual que el relato de un testigo presencial de los hechos, Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, Londres, 1937 y 1986 (hay trad. cast.: *El reñidero español: relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española*, Ibérica, Barcelona, 1977). Entre las obras más recientes figuran Raymond Carr, *The Spanish Tragedy*, Londres, 1986 (hay trad. cast.: *La tragedia española: la guerra civil en perspectiva*, Alianza, Madrid, 1986[2]), y Ronald Fraser, *Blood of Spain. An Oral History of the Spanish Civil War*, Londres, 1986 (hay trad. cast.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros: historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1979). También es importante el primer estudio exhaustivo de la figura

de Franco, realizado por Paul Preston, *Franco. A Biography*, Londres, 1994 (hay trad. cast.: *Franco, caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1994[5]).

Los estudios comparativos nos proporcionan una mejor comprensión de los fascismos europeos. Los mejores ejemplos son Walter Laquer, *Fascism: A Reader's Guide*, Londres, 1979; Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism*, Londres, 1965 (hay trad. cast.: *El fascismo en su época: Action Française, fascismo, nacionalsocialismo*, Península, Barcelona, 1967), y Roger Griffin, *The Nature of Fascism*, Londres, 1991. Para un revelador estudio de las ideologías dominantes en la época, véase Michael Oakeshott, *Social and Political Doctrines of Contemporary Europe*, Londres, 1940 (resulta especialmente sugestivo el capítulo 7). Ni que decir tiene que la literatura sobre la teoría y la práctica del nazismo, examinadas a veces como un caso aparte de los fascismos europeos, es enorme. Ian Kershaw proporciona una valiosísima orientación entre las distintas polémicas historiográficas en *The Nazi Dictatorship*, Londres, 1993[3]. Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham aportan documentos con el correspondiente comentario en *Nazism, 1919-1945: A documentary Reader*, Exeter, 1984. Karl Bracher, *The German Dictatorship*, Londres, 1971 (hay trad. cast.: *La dictadura alemana*, Alianza, Madrid, 1971), es una notable aproximación al tema, al igual que Joachim Fest, *The Face of the Third Reich*, Harmondsworth, 1972; Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair: A Study in Germanic Ideology*, California, 1961; Detler Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Londres, 1982, 1987; y, en fecha más reciente, Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany, 1933-1945*, Cambridge, 1991. Richard Overy presenta un estudio excelente de *The Nazi Economic Recovery, 1932-1938*, Londres, 1986. El estudio ya clásico de Eberhard Jäckel, *Hitler's Worldview. A Blueprint for Power*, Cambridge, Massachusetts, 1972, constituye una fascinante exploración de las ideas de Hitler.

Ian Kershaw, *Hitler*, Londres, 1991, y el estudio de Allan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, Londres, 1991 (hay trad. cast.: *Hitler-Stalin*, Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1994), son las últimas biografías del *Führer*. Asimismo, la aparición de materiales nuevos procedentes de los archivos de la antigua Unión Soviética ha dado pie a una revisión del estalinismo en una serie de estudios, los mejores de los cuales son Roy Medvedev, *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism*, Nueva York, 1989 (hay trad. cast.: *Que juzgue la historia: orígenes y consecuencias del estalinismo*, Destino, Barcelona, 1977); Robert C. Tucker, *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*, Londres, 1991; Chris Ward, *Stalin's Russia*, Londres, 1993; y Robert Conquest, *The Great Terror*, Londres, 1990 (hay trad. cast.: *El gran terror*, Caralt, Barcelona, 1974).

Capítulo IX. *De la guerra en Europa a la guerra mundial, 1933-1945*

El cincuentenario del estallido de la guerra provocó la aparición de una serie de nuevos estudios de la segunda guerra mundial. Donald Watt, *How the War Came*, Londres, 1989, y Richard Overy, *The Road to War*, Londres, 1989, son los mejores. Esmonde Robertson y Robert Boyce, eds., *The Paths to War*, Londres, 1987, y Gordon Martel, *The Origins of the Second World War Reconsidered*, ofrecen interesantes perspectivas sobre las últimas polémicas historiográficas, mientras que la controvertida obra de A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Londres, 1961, sigue siendo una excelente lectura.

Para analizar el aspecto económico del «apaciguamiento» de Hitler por parte de Gran

Bretaña, véase George Peden, *British Rearmament and the Treasury, 1932-1939*, Edimburgo, 1979. El dilema de Francia aparece bien ilustrado en Anthony Adamthwaithe, *France and the Coming of the Second World War*, Londres, 1977, mientras que David Reynolds explica de modo fascinante la dependencia cada vez mayor de Gran Bretaña hacia los Estados Unidos en *Britannia Overruled*, Londres, 1990.

Acerca de la historia de *Mussolini's Early Diplomacy*, véase el libro de Robert Cassels, Princeton, 1970. MacGregor Knox, *Mussolini Unleashed*, Cambridge, 1982, es un notable análisis de las ambiciones imperiales italianas, mientras que Jonathan Steinberg, *All or Nothing. The Axis and the Holocaust, 1941-1943*, trata de un aspecto de las relaciones de las potencias del Eje poco investigado. Paul Ginsbourg, *A History of Contemporary Italy. Society and Politics, 1943-1988*, Londres, 1990, habla de Italia bajo la ocupación aliada.

John Keegan, *The Second World War*, Londres, 1989, y Martin Kitchen, *The World in Flames*, Londres, 1990, son crónicas concisas y bien escritas de la guerra, como lo es la crónica de Martin Gilbert, *The Second World War*, Londres, 1989. Peter Calvocoressi, Guy Wint y John Pritchard han actualizado su ya exhaustivo análisis en *Total War*, 2 vols., Londres, 1989[2], y, junto con la magistral obra de Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms. A Global History of World War II*, Cambridge, 1994 (hay trad. cast.: *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, 1995), hacen hincapié en el carácter universal de la guerra. Richard Overy explora la interacción esencial de la estrategia con la economía para explicar la victoria aliada en *Why the Allies Won*, Londres, 1995.

Michael Balfour, *Propaganda in War, 1939-1945*, Londres, 1979, y Marlis G. Steinert, *Hitler's War and the Germans. Public Mood and Attitude during the Second World War*, Ohio, 1977, aportan detalles de la actividad propagandística del principal contendiente. El estudio de James D. Wilkinson sobre *The Intellectual Resistance in Europe* (hay trad. cast.: *La resistencia intelectual en Europa*, F.C.E., México, 1989) es una importante contribución al estudio de la resistencia en el mundo del arte durante la guerra. En cambio, Paul Fussell, *Wartime*, Oxford, 1989, escribe sobre las experiencias de los soldados y las familias durante la guerra. El punto de vista de los caricaturistas lo aborda Roy Douglas, *The World War, 1939-1945: The Cartoonist's Vision*, Londres, 1990. En cuanto a la radio, véase A. Briggs, *The War of Words*, Londres, 1970.

Para entender la vida en las zonas ocupadas y el coste social de la guerra, véanse Werner Ring, *Life with the Enemy*, Londres, 1982; Michael Marrus, *The Holocaust in History*, Londres, 1988; Arno Mayer, *Why the Heavens did not Darken*, Londres, 1990; y Arthur Marwick, ed., *War and Social Change*, Londres, 1988. *The Berlin Diaries of Marie «Missie» Vassiltchikov*, Londres, 1985, nos da una imagen excepcionalmente bien escrita de la vida en la Alemania nazi y la conjura de los oficiales contra Hitler. El papel de las mujeres en la guerra lo analizan cada vez más autores. Véanse Penny Summerfield, *Women Workers in the Second World War*, Londres, 1984; Mary Buckley, *Women and Ideology in the Soviet Union*, Londres, 1989; y Dorothy Sheridan, ed., *Wartime Women*, Londres, 1990. Véase también Susan Briggs, *Keep Smiling Through*, Londres, 1975

Capítulo X. *La congelación y el deshielo en la Europa de la posguerra, 1945-1989*

Anna Bramwell, ed., *Refugees in the Age of Total War*, Londres, 1988; Christian von Krockow, *Hour of the Women*, Londres, 1992 (un vibrante relato de la vida en la Prusia derrotada) y Josef Skvorecky, *The Cowards*, Praga, 1958-Londres, 1968, nos ofrecen

imágenes muy distintas de la vida en la Europa del Este al término de la guerra. Para un examen más detallado de Alemania, véanse Anne Deighton, *The Impossible Peace: Britain, the Division of Germany and the Origins of the Cold War*, Oxford, 1990; D. L. Bark y D. R. Gress, *A History of West Germany*, 2 vols., Oxford, 1989. Nicholas Pronay y Keith Wilson ofrecen un interesante análisis de la «reeducación» de Alemania en *The Political Re-Education of Germany and her Allies after World War II*, Londres, 1985. Para una bibliografía selecta sobre la reconstrucción económica, social y política de Europa occidental, véase el capítulo 11.

La bibliografía sobre la guerra fría es inmensa, y son muy variadas las interpretaciones de sus orígenes, su curso y, últimamente, su conclusión. Compárense Herbert Feis, *From Trust to Terror*, Nueva York, 1970; Robert James Maddox, *The New Left and the Origins of the Cold War*, Princeton, 1973; John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, Nueva York, 1972 (hay trad. cast.: *Estados Unidos y los orígenes de la guerra fría, 1941-1947*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989); y James L. Gormly, *From Potsdam to the Cold War: Big Three Diplomacy, 1945-1947*, Wilmington, Delaware, 1990. El libro de reciente aparición de Gabriel Parto utiliza de forma amena las entrevistas realizadas a partir de la caída del telón de acero en *The World that Came from the Cold*, Londres, 1993.

Para una descripción de la vida en la URSS antes de las reformas, véanse Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, Londres, 1974; Carl Linden, *Khruschev and the Soviet Leadership: With and Epilogue on Gorbachev*, Londres, 1966 y 1990; Geoffrey Hosking, *The Awakening of the Soviet Union*, Londres, 1990; David Lane, *Soviet Economy and Society*, Oxford, 1985; y Mary McCauley, *Politics and the Soviet Union*, Londres, 1977. Las tentativas reformistas de Gorbachov y las consecuencias de su fracaso aún las están asimilando los analistas políticos y los historiadores. Pueden encontrarse valoraciones de Gorbachov antes y después de la desintegración de la Unión Soviética en Martin McCauley, ed., *The Soviet Union Under Gorbachev*, Londres, 1987; Seweryn Bialer, ed., *Politics, Society, Nationality inside the USSR*, Londres, 1990; Richard Sakwa, *Gorbachev and his Reforms, 1985-1990*, Londres, 1991; las dos obras de John Bloomfield, *Perestroika and the Re-making of Socialism*, Londres, 1989, y *The Soviet Revolution*, Londres, 1990; David Lane, *Soviet Society under Perestroika*, Londres, 1990; y para entender la influencia de la «apertura» en la cultura soviética, véase Alex Nove, *Glasnost in Action: Cultural Renaissance in Russia*, Londres, 1989. Geoffrey Hosking, Jonathan Avis y Peter Duncan, *The Road to Post-Communism*, Londres, 1992, llevan a cabo un revelador análisis de la vida en la Comunidad de Estados Independientes.

La caída del telón de acero también ha facilitado el acceso de los historiadores a nueva documentación sobre la historia de la Europa del Este, lo que les ha permitido aportar detalles a lo que antes eran simples conjeturas. Entre las mejores historias de la Europa del Este siguen figurando obras escritas antes de 1989; véanse, por ejemplo, George Schopflin, *Politics in Eastern Europe*, Londres, 1981; Stephen White, John Gardner y George Schopflin, *Communist Political Systems: An Introduction*, Londres, 1982; Joseph Rothschild, *Return to Diversity: A Political History of East Central Europe*, Oxford, 1989; Robin Okey, *Eastern Europe, 1740-1985*, Londres, 1982; Michael Roskin, *The Rebirth of Eastern Europe*, Englewood Cliffs, NJ, 1991; y Geoffrey Swain y Nigel Swain, *Eastern Europe since 1945*, Londres, 1993.

Para más detalles sobre países concretos, véanse Jörg Hoensch, *A History of Modern Hungary, 1867-1986*, Londres, 1988; Christopher Cviic, *Remaking the Balkans*, Londres, 1991, sobre Yugoslavia; Henry Ashby Turner Jr., *The Two Germanies since 1945*, Londres, 1987, y Michael Balfour, *Germany: the Tides of Power*, Londres, 1992; y Nor-

man Davies, *Heart of Europe: A Short History of Poland*, Oxford, 1984. Para el relato de testigos presenciales de los espectaculares acontecimientos de 1989, véase Timothy Garton Ash, *We the People: The Revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin and Prague*, Londres, 1990.

Capítulo XI. *La reconstrucción de Europa, 1945-1991*

La reconstrucción de Europa occidental ha sido el tema de una serie de títulos excelentes en los últimos años. Michael Hogan, *The Marshall Plan. America, Britain and the Reconstrucion of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, 1987, y Alan Milward, *The Reconstruction of Western Europe, 1945-1951*, Londres, 1984, presentan visiones contrapuestas del impacto de la ayuda del plan Marshall en la reconstrucción europea. Charles Maier, ed., *The Marshall Plan and Germany. West German Development within the Framework of the European Recovery Programme*, Nueva York, 1991, y David Ellwood, *Rebuilding Europe. Western Europe, America and Postwar Reconstruction*, Londres, 1992, son asimismo introducciones importantes al tema.

Para una perspectiva comparativa acerca de la posterior historia política de Europa occidental, véanse Derek W. Urwin, *Western Europe since 1945: A Political History*, Londres, 1968, 1989[4]; Walter Laquer, *Europe since Hitler. The Rebirth of Europe*, Londres, 1970, revisada en 1982 (hay trad. cast.: *Europa después de Hitler*, Grijalbo, Barcelona, 1974); John W. Young, *Cold War Europe. A Political History, 1945-1989*, Londres, 1991.

La mayoría de los libros que tratan de la Europa de la posguerra se ocupan de la recuperación económica de Europa occidental, pero para más detalles, consúltense Angus Maddison, *Economic Growth in the West: Comparative Experience in Europe and North America*, Londres, 1964; Charles Kindleberger, *The Financial History of Western Europe*, Londres, 1984 (hay trad. cast.: *Historia financiera de Europa*, Crítica, Barcelona, 1988); Derek H. Aldcroft, *The European Economy, 1914-1980*, Londres, 1978 (hay trad. cast. de la tercera edición: *Historia de la economía europea, 1914-1990*, Crítica, Barcelona, 1997); y Herman van der Wee, *Prosperity and Upheaval. The World Economy, 1945-1980*, Londres, 1986 (hay trad. cast.: *Prosperidad y crisis*, Crítica, Barcelona, 1986). Para un análisis exhaustivo y reciente de la economía europea, consúltese Andre Boltho, ed., *The European Economy. Growth and Crisis*, Oxford, 1982 y 1991.

Las investigaciones de historiadores y sociólogos acerca de las consecuencias de los «milagros económicos» de Europa occidental en las relaciones de clase durante la posguerra se ven reflejadas en Anthony Carew, *Labour under the Marshall Plan*, Manchester, 1987; Howard Machin, ed., *National Communism in Western Europe: A Third Way to Socialism?*, Londres, 1983; y Peter Weiler, *British Labour and the Cold War*, Stanford, 1988. William Paterson ha editado una serie de obras sobre el tema, como *Social Democracy in Post-war Europe*, Londres, 1974.

Para una investigación más amplia de las relaciones entre estado y capitalismo, véanse Andrew Shonfeld, *Modern Capitalism*, Oxford, 1965 (hay trad. cast.: *El capitalismo moderno*, F.C.E., México, 1967); R. Kuisel, *Capitalism and the State in Modern France*, Cambridge, 1981; M. L. Smith y Peter M. R. Stirk, *Making the New Europe. European Unity and World War Two*, Londres, 1991; y Peter Hall, *Governing the Economy: The Politics of State Intervention in Britain and France*, Cambridge, 1986. Para más detalles sobre países concretos, véanse Alan Ginsborg, *A History of Contemporary Italy. Society and Politics, 1943-1988*, Londres, 1990; Michael Balfour, *Germany: the Tides of Power*, Londres, 1992; Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *Spain. Dictatorship to Demo-*

cracy, Londres, 1979, 1991[2] (hay trad. cast.: *España, de la dictadura a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1979); y Peter Hennessy, *Never Again. Britain 1945-1951*, Londres, 1992.

La bibliografía sobre la Comunidad Europea es cada vez más amplia. Entre las mejores obras se encuentran William Wallace, *The Transformation of Western Europe*, Londres, 1990, entre otras del mismo autor, responsable de la obra colectiva *The Dynamics of European Integration*, Londres, 1991. También resultan útiles Derek W. Urwin, *The Community of Europe. A History of European Integration Since 1945*, Londres, 1991, y Stephen George, *Politics and Policy in the European Community*, Oxford, 1985. En cuanto a los imperios, véase M. Doyle, *Empires*, Londres, 1988.

Capítulo XII. *¿La gran mutación? ¿El fin de la historia?*

La mayoría de los textos fundamentales aparecen citados, con la referencia correspondiente, en el texto del capítulo. La bibliografía sobre el tema es inmensa. Véanse, sobre todo, S. Freud, *El malestar en la cultura*, 1929 (Alianza, Madrid, 1991[15]); Filippo Tommaso Marinetti, *Manifiestos y textos futuristas*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1978; J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (1930), Madrid, Revista de Occidente, 1943[9], H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Londres, 1951 (hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 1987[2]); J. Ellul, *Le système technicien*, 1965; S. Giner, *La sociedad masa: ideología y conflicto social*, Seminarios y Ediciones, Guadalajara, 1971; P. Slater, *Origins and significance of the Frankfurt School*, Londres, 1971; N. Wiener, *The Human Use of Human Beings: Cybernetics and Society*, Londres, 1954 (hay trad. cast.: *Cibernética y sociedad*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969); A. Toffler, *Future Shock*, Londres, 1970 (hay trad. cast.: *El «shock» del futuro*, Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1991[5]) y *The Third Wave*, Londres, 1980 (hay trad. cast.: *La tercera ola*, Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1989[5]); y S. Nora y A. Minc, *L'informatisation de la société*, 1978 (hay trad. cast.: *La informatización de la sociedad*, F.C.E., México, 1980).

En cuanto al «fin de las ideologías», véase el libro de D. Bell, *The End of Ideology*, Londres, 1960 (hay trad. cast.: *El fin de las ideologías*, Tecnos, Madrid, 1964), y sobre «el fin de la historia», F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Londres, 1989 (hay trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992). Véanse asimismo D. Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Londres, 1976 (hay trad. cast.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977); T. Roszak, *The Making of a Counter Culture*, Londres, 1970 (hay trad. cast.: *El nacimiento de una contracultura*, Kairós, Barcelona, 1984[4]); D. Kumar, *Prophecy and Progress: The Sociology of Industrial and Post-Industrial Society*, Londres, 1978; D. Harvey, *The Condition of Postmodernity: an Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford, 1989; y S. Connor, *Postmodernist Culture*, Londres, 1989.

Sobre el capitalismo —y el trasfondo económico de los cambios—, véanse A. Shonfield, *Modern Capitalism: The Changing Balance of Public and Private Power*, Londres, 1965; J. R. Gillingham, *Coal, Steel and the Rebirth of Europe, 1945-1955*, Londres, 1991; H. van der Wee, *Property and Upheaval: the World Economy, 1945-1980*, Londres, 1986; F. Hirsch, *The Social Limits of Growth*, Londres, 1976 (hay trad. cast.: *Los límites sociales del crecimiento*, F.C.E., México, 1984), y, centrado sobre todo en cuestiones de tecnología, *Fast Report: Eurofutures, the Challenges of Innovation*, Lon-

dres, 1984. Las relaciones entre economía y política las estudian D. Brinkley y C. Hackett, *Jean Monnet and the Path to European Unity*, Londres, 1991; *Europe 2000*, Londres, 1977; S. Berger, ed., *Organising Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Londres, 1981; W. N. Lindberg, *The Political Dynamics of European Integration*, Londres, 1963; A. S. Milward, *The European Rescue of the Nation State*, Londres, 1992; y E. Gellner, *Nations and Nationalism*, Londres, 1983 (hay trad. cast.: *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid, 1988).

Muchos libros se han ocupado del «consumismo» y sus distintas manifestaciones, sobre todo en los Estados Unidos. Véanse G. Cross, *Time and Money: The Making of Consumer Culture*, Londres, 1993, que contiene una bibliografía muy útil; S. Ewen, *Captains of Consciousness: Advertising and the Social Roots of Consumer Culture*, Londres, 1976; R. Willett, *The Americanization of Germany, 1945-1949*, Londres, 1992; R. F. Krisel, *Seducing the French: the Dilemma of Americanization*, Londres, 1990; H. Lefebvre, *La vida cotidiana en el mundo moderno*; y J. Grimwood, *Photohistory of the 20th Century*, Londres, 1986.

Sobre el arte, véanse *Post-Impressionism*, Royal Academy, Londres, 1979-1980; E. F. Fry, *Cubism*, Londres, 1966; H. Richter, *Dada*, Londres, 1965 (hay trad. cast.: *Historia del dadaísmo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973); B. Hinz, *Art and the Third Reich*, Londres, 1979; P. Gay, *Weimar Culture*, Londres, 1968; *Art i poder: l'Europa dels dictadors, 1930-1945*, Centre de Cultura Contemporània, Barcelona, 1996; L. H. Nicholas, *The Rape of Europe*, Londres, 1994 (hay trad. cast.: *El saqueo de Europa*, Destino, Barcelona, 1996); y L. R. Lippard, *Pop Art*, Londres, 1966 (hay trad. cast.: *El pop art*, Destino, Barcelona, 1993). Véase también B. Hillier, *The Style of the Century*, Londres, 1983.

En cuanto a los medios de comunicación de masas, véase A. Smith, *The Shadow in the Cave*, Londres, 1973; D. Dayan y E. Katz, *Media Events: The Live Broadcasting of History*, Londres, 1992; A. Smith, ed., *Television: An International History*, Londres, 1995; y G. J. Mulgan, *Communication and Control*, Londres, 1991. Véase asimismo *Film: An International History of the Medium*, Londres, 1995.

Sobre la ciencia, véanse G. Holton, *The Twentieth Century Sciences: Studies in the Biography of Ideas*, Londres, 1972, y R. Mendelsohn, *Science and Western Domination*, Londres, 1974.

En cuanto a la población, véanse E. S. Woytinsky, *World Population and Production*, Londres, 1953, y R. W. Hiorns, ed., *Demographic Patterns in Developed Societies*, Londres, 1980; sobre las migraciones, C. G. Pooley e I. D. Whyte, *Migrants Emigrants and Immigrants: A Social History of Migration*, Londres, 1991; y en cuanto a las ciudades, P. Hall, *The World Cities*, Londres, 1966, y M. Dogan y J. D. Kasarda, *The Metropolis Era*, 2 vols., Londres, 1988.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE DE MAPAS

ÍNDICE